MARC BETRIU

AL OTRO LADO

ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
PRIMERA PARTE
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23

24
25
26
27
SEGUNDA PARTE
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
19
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31
32
TERCERA PARTE
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
Agradecimientos

Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Durante la Guerra Civil, Mastreta, un hombre de pasado oscuro, es reclutado a la fuerza por el servicio de inteligencia del gobierno republicano para encargarse de una delicada misión: recuperar una filmación, en manos de un traidor ruso, en la que se muestran las ejecuciones masivas de prisioneros nacionales. Su publicación podría tener desfavorables efectos publicitarios para el bando republicano.

En San Sebastián, tomada meses atrás por las tropas nacionales, y bajo una identidad ficticia, Mastreta contacta con Frederika Heinz, una joven y atractiva agente alemana a quien el gobierno de su país ha enviado al frente de una expedición para intermediar en la obtención de la filmación. Frederika es una mujer independiente y de comportamiento demasiado liberal para lo que están acostumbrados los militares españoles del bando Nacional. En la guerra de propaganda, conseguir la filmación de las ejecuciones del bando republicano y publicarla puede ser el golpe de efecto necesario para castigar a la República y tapar la mala imagen internacional que ha provocado el bombardeo de Guernica.

Mastreta y Frederika inician un flirteo al que no serán ajenos diversos azares. La trama se complicará con un peligrosísimo doble juego: la misión de Mastreta no es lo que parece, y la de Frederika, tampoco.

Al otro lado

Marc Betriu

A Macarena.
A Octavi, Víctor y Marc.

Por lo visto es posible declararse hombre.
Por lo visto es posible decir no.
De una vez y en la calle, de una vez, por todos
y por todas las veces en que no pudimos.

JAIME GIL DE BIEDMA

PRIMERA PARTE

1

En la embocadura del puerto de Tarragona, en abril de 1937, los barcos mercantes zigzagueaban con aparente parsimonia, expectantes, con las máquinas alerta, buscando el momento de anticiparse y adentrarse por la bocana antes de que alguna fragata republicana les atascara frente a la costa, obligándoles a perder tiempo y dinero. En el baile que se organizaba, los mercantes eran intrépidos y las fragatas, arrogantes. Los primeros tenían las de perder, porque los navíos militares tenían prioridad y se limitaban a avanzar despreocupadamente sin respetar su turno para iniciar las maniobras de atraque. Los capitanes de los mercantes echaban mano de toda su pericia para encontrar el momento de colarse sin que ello incomodara en lo más mínimo la trayectoria de los barcos militares, lo cual podría conllevar una severa amonestación y una abultada multa. Y en medio de aquella tensa disposición, intrépidas y arrogantes al mismo tiempo, se filtraban sin ningún pudor diminutas embarcaciones de pesca, zarandeadas por el oleaje que levantaban los grandes barcos, burlando a todos. Nadie conocía el puerto como los pescadores y peleaban con su desafiante navegación para reivindicarlo como propio.

Mastreta se entretenía observando aquellas maniobras desde la ventana de su buhardilla. Formaba parte de su rutina diaria. La temeridad de los pequeños pesqueros arrancaba en él una sonrisa. Fumaba mucho y bebía demasiado. Tenía temblores en las manos. No era algo nuevo, le pasaba desde que vivía por su cuenta, y de eso hacía ya mucho tiempo. Era un hombre nervioso, pero sabía controlarse y aparentar lo contrario. Lo que no podía evitar era que esa tensión nerviosa que circulaba por su cuerpo emergiera puntualmente, a veces en forma de fiereza, otras en forma de simple temblor en la mano, otras incluso, en forma de valentía. No

era un mal hombre, pero lo parecía. Cuando fue localizado por el ejército republicano, llevaba quince días en la ciudad. Había llegado en un carguero francés procedente de Marsella. El barco tenía como destino las Antillas francesas y no estaba previsto que hiciera escala en la costa catalana; Mastreta no se hubiera enrolado en él en tal caso. Pero tuvo una avería en una de sus calderas cuando llevaba un día y medio de navegación y tuvo que detenerse en Tarragona para repararla. Mastreta maldijo su mala suerte. Lo último que hubiera querido era pisar otra vez territorio español. Consiguió pasar desapercibido cuando las autoridades militares inspeccionaron el barco y luego evitó bajar al puerto. Los compañeros, casi todos franceses y antillanos, lo encontraron extraño. Aunque según sus papeles era italiano, todos sabían que en realidad era español, pero, como apenas le conocían y era poco hablador, nadie le preguntó.

Contaba con una ventaja: la guerra había convertido la vida civil en un desbarajuste. Aun así, era entonces un hombre muy receloso. En los últimos meses se había restablecido relativamente el orden en la zona republicana, desconocía en qué grado y con qué eficacia, pero, ante la duda, creyó que era preferible evitar cualquier riesgo de ser identificado y detenido.

Parecía que la suerte estaba contra él. No le faltaban motivos. Por si la avería de la caldera no fuera suficiente, a los cuatro días de atracar, el capitán, exageradamente escrupuloso, en vista de que la reparación de la caldera iba para largo, en buena medida por culpa de la guerra, decidió aprovechar las circunstancias para fumigar el barco, que, por otra parte, era un hervidero de ratas e insectos. La compañía naviera alojó a toda la tripulación, cuarenta y siete hombres, incluidos los oficiales, en tres pensiones cercanas al puerto. La reserva se hizo por un periodo de tres semanas. Mastreta fue el único que se desmarcó del grupo. Estuvo sopesando las opciones y al final pensó que pasaría más inadvertido si se movía por su cuenta. Dijo al capitán que tenía amigos en la ciudad y este se limitó a exigirle que se presentara tres semanas después en el barco y a darle el dinero equivalente al mismo periodo de alojamiento.

Encontró una buhardilla donde alojarse en una taberna cercana a los muelles. Conocía Tarragona y sabía que era habitual que los marineros hallaran alojamiento en las tabernas del puerto, la mayoría de las cuales eran regentadas por familias que vivían en el mismo edificio. Siempre se les podía hacer un rincón a cambio de dinero, y con francos franceses fue todavía más fácil.

El Serrallo, el barrio marinero de la ciudad, era una zona muy tradicional de casas bajas y calles cortas, con mucha actividad de pescadores locales. En los últimos años había crecido en importancia como puerto de carga. Este se había ampliado construyendo un muelle con maquinaria pesada e infraestructura para descarga. Los barcos de pesca de siempre debían sortear los enormes cargueros que irrumpían frente al puerto como gigantes ruidosos y sucios avanzando lentamente y levantando olas de agua oscura que zarandeaban todo lo demás. Paralelamente habían prosperado negocios para atender la demanda de los cargueros y sus tripulaciones. Había viejas tabernas y locales para los pescadores del lugar, aparte de la lonja, y era habitual ver a los hombres apañar las redes en los muelles por la tarde. Pero, al mismo tiempo, esa actividad se mezclaba con las cuadrillas de marineros que bajaban de los barcos a divertirse. Para ellos era un barrio más como los que habían visto en muchas otras partes del mundo y, tras semanas sin pisar tierra, arribaban ansiosos por pasarlo bien. Así, habían aparecido aquí y allá otro tipo de negocios, más o menos disimulados, prostíbulos y pensiones baratas que la autoridad toleraba para mantener a los jóvenes marineros apartados de otras zonas mejores de la ciudad. De este modo, la mayoría de las tripulaciones no iban más allá del barrio, y las gentes de calidad no se dejaban ver por allí. A costa de ello, el Serrallo había modificado su aire tradicional por otro más peligroso, sus calles estaban ahora más sucias, más concurridas, más oscuras, y las reyertas eran frecuentes a las puertas de las tabernas. Se hablaban allí muchos idiomas y se veían razas antes impensables. Con la guerra la decoración había cambiado otra vez, el mando militar había tomado el control del puerto, camiones iban y venían noche y día, en los muelles se acumulaban los

contenedores de carga militar o bajo supervisión del ejército, y pelotones de soldados subían y bajaban de barcos de guerra republicanos atestando las tabernas. Debajo de todo eso, los pescadores seguían con sus tareas y las tascas y los prostíbulos continuaban acogiendo gentes de todas partes. El local en el que Mastreta se alojó se llamaba El Far, un lugar muy marinero donde casi no aparecían soldados y del cual él no salía nunca.

El Far era luminoso de día gracias a su fachada acristalada, y muy oscuro de noche. El dueño no tenía encendidas más que media docena de raquíticas bombillas. A eso solo se añadían unas velas de cera que había en las mesas. El lugar era frecuentado por pescadores locales y por marineros viejos que buscaban tranquilidad. Después de la cena se llenaba de bultos con forma de hombres que departían con aire calmado, moviéndose poco y hablando entre copas con una pipa en la boca. Era un establecimiento discreto, sin mujeres, nada que ver con algunos de los prostíbulos de la misma calle, tan ruidosos que la jarana se oía desde los barcos. En El Far, Mastreta se sentía relativamente seguro.

Fue a los quince días justos de estar allí, por la noche, después de cenar. Mastreta ya había adoptado hábitos que en El Far ya habían adoptado también. Almorzaba pronto en una mesa alejada de los ventanales, pero desde la cual se veía la calle. Se comía bien, embutidos, cocidos caseros y pescado fresco prácticamente cada día. Comía mirando afuera, viendo a los pescadores preparar los enseres para el día siguiente, observando las cuadrillas de marinos que regresaban a su barco o llegaban a la ciudad. Veía a las mismas prostitutas encaminarse al prostíbulo que había más arriba, y a las mujeres del barrio que cuchicheaban y hablaban de las penurias de la guerra antes de volver a casa. A veces leía algún periódico y se enteraba de cómo iban las cosas en los diferentes frentes. Ese día, *El Diari de Tarragona* informaba del bombardeo de la localidad de Guernica. Después de comer, se encerraba en su cuarto y pasaba la tarde leyendo o mirando cómo arribaban y atracaban los barcos. Bajaba otra vez a cenar. Se refugiaba entonces en una mesa apartada y oscura que estaba al fondo.

Quedaba encajonada al principio de un pasillo y no se veía desde la barra. Allí era casi invisible, no dominaba todo el local, pero podía ver a todo el mundo que entraba. La camarera le preparaba la mesa y cuando terminaba de cenar le traía un café y un coñac. Bebía hasta que se cansaba. No hacía otra cosa que observar a su alrededor y hacer garabatos en una libreta que no dejaba ver a nadie. Tampoco a la camarera, la única con la que hablaba. Se llamaba Dolors, tenía veinte años y era la hija del dueño. Algunas noches, al principio, ella había flirteado con él a escondidas de su padre. Mastreta no le había hecho caso. Ahora ella apenas le decía nada, aunque siempre le miraba con curiosidad y le atendía con rapidez. La noche que le detuvieron, ella le había preguntado por primera vez por los garabatos de su libreta.

—¿Qué es lo que escribes en tu libreta todas las noches?

—Solo mato el tiempo.

—¿Son dibujos o poemas?

—Solo garabatos.

—Yo no podría ser marino. Siempre esperando, en el mar o en tierra, esperando un puerto o esperando un barco. ¿El tuyo cuándo zarpa? —Mastreta la miró con poca simpatía—. Me lo ha preguntado mi padre —aclaró ella.

—Tráeme otro coñac.

Quiso hacerse la ofendida, pero ya había aprendido que no le iba a servir de nada, así que volvió a la barra en silencio. Era bastante tarde y la taberna estaba llena. Mastreta vio entrar a dos hombres. Llevaban gabardina y sombrero. Estaban fuera de lugar en aquel antro de marineros. No fueron a la barra ni se detuvieron en ninguna mesa. Se dirigieron directamente hasta él.

—¿El señor Mastreta? —Él no dijo nada—. También sabemos su verdadero nombre, si lo prefiere.

—¿Qué pasa?

Uno de los hombres, el que había hablado, se sentó frente a él. Era muy feo, apenas tenía barbilla y su cara se confundía con el cuello; tenía un bigotito muy estrecho que agudizaba la descompensación entre el centro puntiagudo de su cara y el resto. El otro, recio y de cara plana, se quedó de pie con las manos en los

bolsillos.

—Aunque no lo parezca, somos militares —dijo el primero—. Yo soy teniente y mi compañero es sargento. Tenemos que pedirle que nos acompañe del modo más discreto posible.

Mastreta sintió el impulso de hacer una broma a partir de su rostro descompensado. Sin embargo, se contuvo.

—No estoy en el ejército. No obedezco órdenes.

—Eso es lo de menos. Resulta que se le requiere.

—No me interesa. Estoy de paso, me largo de aquí muy pronto.

El hombre descompensado sacó una libreta y se puso a ojearla.

—Podría darle algunos argumentos para convencerle. Están escritos aquí con todo detalle. Pero usted ya los sabe. —Mastreta se dio cuenta de que Dolors miraba hacia la mesa. Era la primera vez que le veía acompañado—. Y si aun así no quiere venir —siguió el teniente—, tendremos que detenerle con todo el protocolo. Hostia por aquí, hostia por allá, de rodillas en el suelo, le meteremos la bota en la cabeza, se escapará alguna patada, etcétera, etcétera... Fuera hay un coche. Yo le recomiendo otro sistema: se levanta tranquilamente, sube a coger sus cosas, salimos y ya está, será más fácil.

—¿Quién dice que son del ejército?

El hombre tenía poca paciencia o bien estaba muy acostumbrado a aquel tipo de situaciones. Mastreta pensó que, si un hombre tan feo había llegado a ser teniente y se conducía con tal tranquilidad y con tales aires de seguridad, sin duda se lo habría ganado a pulso.

—O se levanta o le cae la primera hostia.

No lo dijo en tono amenazador, sino más bien con mal humor, como si hubiera tenido un día muy largo y quisiera irse a la cama. Mastreta se levantó y sin pausa comenzó a caminar con calma. Los otros le siguieron. En la puerta de la taberna apareció un tercer hombre. Mastreta se dirigió hacia Dolors, que no había quitado ojo a la escena.

—Me marcho. ¿Cuánto debo?

—No lo sé.

El que decía ser teniente se adelantó con una sonrisa.

—Nuestro amigo ha encontrado su barco. Zarpamos enseguida. La empresa se hace cargo. ¿Basta con esto?

Le tendió unos cuantos billetes.

—Creo que sí. No sé.

—Pregúntale a tu padre. Nosotros subimos a hacer el petate. ¿Vamos, marinero?

Los dos militares le acompañaron a la buhardilla. Mientras recogía sus cosas, Mastreta vio desde la ventana un coche parado delante de la taberna. Estaba en marcha. Un hombre con abrigo y sombrero fumaba apoyado en la puerta. Una prostituta se le acercó y la hizo circular sin darle tiempo a nada. Al bajar de la habitación, el dueño se acercó a él.

—¿Se marcha?

—Sí. ¿Es suficiente? —dijo Mastreta señalando el dinero que el tabernero tenía en la mano.

—Sí, sobra.

—Para la próxima vez.

El dueño de El Far le dio las gracias y volvió a lo suyo. En las tabernas como aquella pasaban muchas cosas extrañas que ya no llamaban su atención. Dolors, en cambio, no se perdía detalle. Justo antes de que salieran cruzó la mirada con la de Mastreta y este le hizo un guiño en el último momento, antes de desaparecer por la puerta. La chica fue a recoger la mesa en la que hasta hacía un momento había estado aquel marinero, del cual nada sabía. Al llegar al rincón se llevó una sorpresa. Para aquella muchacha, aún soñadora, fue un momento que recordaría siempre. Sobre la mesa, junto al coñac, estaba la libreta del marinero. La cogió y la abrió sin poder contener su curiosidad. En sus páginas había pequeños dibujos a lápiz, estampas de la taberna y de las calles del barrio. Unos pescadores bebiendo en una mesa, el dueño fumando en un momento de descanso, una prostituta junto a una farola, y también ella sirviendo una copa o mirando por el ventanal.

2

Le llevaron en coche al centro de la ciudad. Iban muy apretujados. El teniente y el sargento se sentaban detrás, con él en medio. Delante, el tercer hombre y el conductor. Hablaban entre ellos como si él no estuviera, y por la jerga que usaban y el trato que se daban, realmente eran militares. Tarragona era una ciudad pequeña y a esas horas no había nadie en la calle, solo soldados. La ciudad estaba oscura. En pocos minutos estuvieron en un edificio militar. El teniente y el sargento se despidieron de sus compañeros con un par de chistes y llevaron a Mastreta al primer piso. Parecía que no había nadie en el edificio, estaba prácticamente a oscuras, pero al doblar un pasillo, al fondo, vio un despacho con la puerta entreabierta del que salía luz. Fueron hasta allí y el teniente llamó. Cuando recibieron permiso, los dos hombres hicieron pasar al detenido y se marcharon cerrando la puerta.

Mastreta había estado bastante perdido hasta ese momento. Ahora lo estaba más. Ante él había cuatro militares dispuestos como si se hallara frente a un tribunal en un consejo de guerra. Le contemplaban en silencio, todos ellos con cara circunspecta, con el rictus oblicuo, tieso, indescifrable. Mastreta estuvo a punto de ponerse a reír sin comedimiento con la esperanza de que el resto hiciera lo mismo y se descubriera que todo aquello era una broma sin gracia. Uno de los militares, un hombre de unos sesenta años, pelo blanco y galones de coronel, le hizo un gesto.

—Siéntese. Mi nombre es coronel Santos. Ya conocerá al resto más adelante. —Él obedeció en silencio—. ¿Cómo quiere que le llamemos?

Tardó en responder.

—Mastreta.

—Muy bien. No vamos a perder tiempo en eso, es tarde y hay

mucho que hacer. Nos ha costado encontrarle. Casi se nos fastidia todo el plan. Por otra parte, es una buena señal. Está claro que sabe moverse. Hace dos meses que le estamos buscando. —Mastreta no dijo nada. Prefirió escuchar antes que dar un paso en falso. Le temblaba la mano y la metió en el bolsillo de la chaqueta —. Ha costado lo suyo —siguió el coronel—, pero hemos dado con usted. Eso significa que también ha cometido errores. Errores que se pueden corregir. —Mastreta siguió callado. Se hizo un silencio extraño—. No es usted muy hablador —dijo al fin el coronel—. Eso también es una buena cualidad. Querrá saber por qué está aquí.

—Sí.

—Directo al grano. —El coronel parecía complacido. Se encendió un cigarrillo. Luego lo miró con firmeza—. ¿Qué le parecería trabajar para el Gobierno de la República? —preguntó.

Mastreta no movió ni un músculo durante unos segundos. Vio que todos esperaban su reacción.

—No me interesa —dijo.

Nadie se movió. Mastreta pensó que ya debían haber previsto que esa iba a ser su respuesta. Hizo un ademán poco convencido de levantarse, pero el coronel le detuvo con sus palabras.

—¿Es que simpatiza con los sublevados?

—He estado demasiado ocupado para interesarme por la política. Ni siquiera resido en España. Estoy aquí por accidente. La guerra no es lo mío.

Uno de los militares, un hombre alto y apuesto de unos treinta y cinco años, se puso en pie con estruendo.

—Pues ahora va a serlo, por cobardes como usted podríamos perder la guerra y vernos sometidos a un régimen fascista.

—Cálmese, capitán —dijo el coronel.

Volvió el silencio. La habitación era alargada y estrecha. La única luz era una lamparilla situada en la mesa donde estaban los militares. En el centro de la habitación se sentaba Mastreta. Se sintió como un condenado a muerte al que estuvieran a punto de colgar de una cuerda. Había una ventana cerrada al fondo y mucho humo, aunque este solo era visible bajo la luz de la lamparilla. Los militares le miraban de arriba abajo. Uno de ellos le pidió que se

levantara, que se quitara la gorra y la chaqueta, y luego otro le dijo que se las volviera a poner. Le hicieron andar, y finalmente sentarse otra vez. Mastreta, más que temer por su seguridad, estaba desconcertado. Obedeció a todo sin abrir la boca. Él había temido ser detenido por la policía, no por el ejército. No había desertado porque nunca lo habían llamado a filas, o si lo habían hecho, no le habían encontrado y, por tanto, jamás se le había notificado formalmente. Tampoco había apoyado la sublevación. Había desaparecido antes de que todo aquello empezara. No comprendía por qué le habrían estado buscando los militares y por qué le detenían, menos aún con una guerra en marcha.

—¿De qué va todo esto? —preguntó cansado de aguantar las miradas de todos.

—¿Simpatiza usted con la República? —inquirió el capitán con severidad, excesivamente impetuoso, anticipándose al coronel, que se sentaba a su lado y que se sintió visiblemente disgustado por la precipitación de su compañero—. ¡Responda!

—No simpatizo con los fascistas, si le sirve.

—Nos sirve —dijo el coronel.

El capitán se relajó.

—Pero no es mi intención enrolarme —añadió Mastreta—. Ni tampoco es esta la forma habitual de llamar a alguien a filas.

—No, no lo es —admitió el coronel.

—Entonces, ¿qué coño quieren?

—¿Ha visto usted alguna vez una película de espías? —dijo de pronto el coronel—. Seguro que sí.

—¿Qué?

—Da igual. No tienen mucho que ver con la realidad. Pero lo cierto es que los espías, por llamarlos de algún modo, existen. Y usted, señor Mastreta, va a convertirse en uno de ellos.

Mastreta se quedó mudo. Todavía no había asimilado lo que acababa de oír y ya se daba cuenta de que, por descabellado que pareciera, la cosa iba en serio.

—Eso es o una estupidez o una broma —dijo al fin.

—¿Se cree que un coronel, un teniente, un capitán y un sargento estamos aquí a las dos de la mañana para gastarle una

broma?

—Lo que pensaba, una estupidez. Demasiados cerebros juntos.

Nadie se rio.

—Puede que sí sea una estupidez —dijo el coronel—. En eso quizá tenga razón, pero las estupideces ocurren todos los días, seguro que usted lo sabe muy bien. Sea como sea, no hay vuelta atrás. Asimílelo ya, tiene dos minutos. Luego empezaremos. Le informo de que no tiene alternativa. Lo sabemos todo de usted. Incluso lo que le ha convertido en el hombre patético y deplorable que es ahora. Sabemos que mató usted a una persona y que la policía le busca por ello. Lo que no tenemos claro del todo es si ha matado también o no al auténtico señor Mastreta. Pero no se preocupe, ahora no vamos a interrogarle sobre eso.

3

Le dieron tiempo y se pusieron a hablar entre ellos. El capitán había quedado al margen de los otros. Se limitó a fumar en silencio con la expresión inmóvil. Aparecía como el duro del grupo, pero lo cierto era que tenía aspecto de ser de buena familia. Era atractivo, fumaba con elegancia y tenía unas manos tan cuidadas y limpias como las de un aristócrata. Los otros también parecían proceder de un entorno acomodado. Estaba claro que eran militares de carrera y no milicianos con galones. Parecían burgueses uniformados, aunque tenían un inconfundible aire marcial. El capitán, por ejemplo, daba la sensación de que estaba permanentemente en posición de firmes.

Después de hablar unos minutos, la conversación se apagó y se hizo el silencio. Otra vez, todos le miraban. El coronel se dirigió hacia él.

—¿Tiene algo que decir?

—Todo esto no tiene sentido. ¿Un espía? Cometen un error.

—Verá usted, Mastreta. Nos hacen falta personas que se mezclen con el enemigo, que finjan ser uno de ellos y que nos hagan llegar información sobre algunos asuntos. Los nacionales, como se hacen llamar ahora esos hijos de puta, también lo están haciendo. Quedarnos al margen de esa guerra sucia sí que sería un error.

—Está muy bien, jueguen a espías, hagan su guerra sucia, pero no cuenten conmigo. No soy recomendable. No sé ser fiel a nada, es una cuestión de carácter, menos aún a una patria o a una idea política. Además, no tengo habilidades para ese trabajo.

—Nadie las tiene. Pero se tiene que hacer. Y usted está más cualificado de lo que cree.

—No tengo ninguna disciplina militar...

—No es necesario. Sabe pasar desapercibido, y lo más importante, sabe hacerse pasar por otro. Ya lo ha hecho antes, ¿verdad? ¿No lo está haciendo ahora mismo? —Mastreta calló. El coronel continuó—: Además, originariamente es de buena familia, así que puede aparentar ser un hombre de maneras elevadas y buena educación. A la vez puede simular ser un marinero sin fortuna, salta a la vista. Hay otras facultades que posee que son interesantes. Habla francés y alemán, nos consta que ambos bastante bien, e imagino que debe defenderse en italiano. Por su historial, es evidente que es capaz de mantener la calma en situaciones peligrosas, y en este oficio tendrá que hacerlo. Y, por supuesto, posee usted otra capacidad inestimable en estos tiempos: es capaz de matar.

Se hizo otro silencio. La mano de Mastreta temblaba en su bolsillo. Su mirada se ensombreció.

—Prefiero la cárcel. Yo no me voy a jugar el cuello por nadie. Y, por supuesto, no voy a matar a nadie, ni por ustedes ni por la maldita República.

El capitán, que había estado fumando en un rincón, se levantó de golpe, pero el coronel le detuvo con un gesto.

—Nos da igual la República —dijo el coronel fijando una intensa mirada sobre Mastreta—. Aquí y ahora, en esta habitación, no somos idealistas ni patriotas, somos prácticos. Como si quiere mearse en la bandera de la maldita República, mientras haga bien su trabajo no habrá ninguna queja. Usted, Mastreta, no se jugará el cuello por la patria, sino por usted mismo, para salvar su propia vida. Así están las cosas.

De pie, en medio de la habitación, con aquellos hombres clavándole la mirada, la cara de Mastreta se llenó de ángulos. Su mano seguía en el bolsillo de su chaqueta. Nadie había llegado a ver que le temblaba, como nadie podía ver tampoco que con ella aferraba una navaja. En la buhardilla de El Far, tras hacer el petate, uno de los militares le había cacheado apresuradamente; sin embargo, Mastreta había tenido la habilidad de deslizar su navaja bajo el puño de la camisa.

—Nos complicaría mucho las cosas si se niega —siguió el

coronel—. Le confieso que ya hay un plan trazado en función de sus habilidades. Pero usted se llevará la peor parte. Mañana será fusilado por asesino y desertor. Así que siéntese y escuche.

—Yo no he desertado.

—Da igual. Ya arreglaremos el papeleo. Hay juicios sumarísimos cada día. Debería estar en el frente y no lo está. ¡Siéntese!

Mastreta no le hizo caso, así que el capitán apartó una silla de un manotazo, avanzó hacia él en dos zancadas y le cogió violentamente de las solapas para obligarle a sentarse. Pero no tuvo tiempo de más. En un instante, Mastreta le puso el mango de su navaja en el cuello e hizo saltar la hoja. Se oyó un ruido nítido que los dejó a todos petrificados. También al capitán. Pero Mastreta vio al momento en sus ojos que este estaba lo suficientemente loco como para intentar alguna maniobra. Así que, sin darle tiempo a más, le dio un fuerte empujón. El capitán se llevó por medio dos sillas hasta quedar sentado en el suelo. Antes de que se levantara, Mastreta se puso frente a él en actitud amenazadora, alzando la navaja.

—Coronel —gritó—, dígale a este hombre que no se mueva. Dígale a este hombre que acepto y que haré lo que me digan.

4

Mientras empezaba a darle vueltas al modo de desaparecer, uno de los militares le lanzó una carpeta sobre la mesa. Era un sargento. Mastreta no se había fijado apenas en él porque había estado todo el rato en segundo plano, en la penumbra. Era el único que no parecía un burgués disfrazado, era el único que parecía disfrutar con todo aquello, con la idea de interrogar a alguien; había algo en él casi imperceptible que le delataba, estaba genuinamente relajado mientras los otros tenían que aparentarlo. Parecía satisfecho de que hubiera una guerra en marcha. Mastreta pensó que, si tenían que torturarle, si al fin tenían que matarle, lo haría ese hombre. Le miró a los ojos y este no pestañeó. Era una cuestión de jerarquías, y en ese juego, el sargento siempre se anticiparía. Había visto antes a hombres así. Los había en los peores tugurios de los puertos, los había en las cárceles. Fueran donde fueran, la gente les rehuía, evitaba cruzar la mirada con ellos. No tenían ninguna utilidad, excepto en tiempo de guerra.

El resto de los militares se levantaron y fueron saliendo de la habitación. El coronel Santos se dirigió a Mastreta tendiéndole la mano. Él hizo caso omiso. A pesar de eso, el coronel se condujo con maneras amables.

—Ya le considero uno de los nuestros. Pero este es un juego peligroso que no admite fallos. Y los hay continuamente. Usted se preguntará en qué ha fallado para que le hayamos encontrado. Quizá un día se lo cuente. A partir de ahora, tenemos que procurar que cometa usted el menor número de errores posible. El primero que hay que subsanar es la falta de confianza mutua. El sargento iniciará ese adiestramiento. Cuando esté listo, cuando estemos seguros de que podemos contar con usted, le estaremos esperando.

Tras decir eso, el coronel salió y Mastreta se quedó solo con el

sargento. Fue una reunión breve. El hombre le ordenó que abriera la carpeta que había en la mesa. Mastreta lo hizo. En ella había fotografías. Siete en total. Mastreta ya habría tenido suficiente con la primera, con cualquiera de ellas, pero parecía que aquellos militares le tomaban por un desalmado, por alguien parecido al sargento que tenía delante, y habían querido asegurarse. Le habían investigado a conciencia y sabían casi todo de él. Entre las fotografías había amigos, estaba su madre y estaba su hermana. La amenaza era excesiva. Observó que algunas de las fotos eran muy recientes. Hacía tiempo que no veía a nadie de su familia. Mastreta pensó que su madre estaba envejecida, cansada, agotada por la vida. Parecía tomada en un mercado..., sí, ya sabía dónde, el lugar estaba cerca de la casa donde nació, en el barrio donde se crio. El sargento no tuvo que decir nada. Bastó con su mirada. Mastreta ya había visto que aquello iba en serio, ahora lo notaba de verdad en el estómago.

El sargento solo habló para decirle que le esperaban en otro despacho. Le llevó hasta allí y se marchó silbando con la carpeta bajo el brazo. Mastreta se quedó solo en el pasillo a oscuras. Empezó a darle vueltas al asunto, pero enseguida apartó de su cabeza cualquier cavilación. Entró en el despacho y prácticamente no salió de él hasta varias semanas después.

5

El objetivo del coronel Santos y del resto de los mandos militares era hacer de Mastreta un espía en apenas veinte días. No disponían de más. Por las informaciones que pudo captar de las conversaciones que escuchaba a su alrededor, el objetivo de su misión, que al parecer era una mujer, ya había llegado al país, a la zona fascista, o estaba a punto de hacerlo, así que trabajaban contrarreloj. Primero se encargó de adiestrarle ni más ni menos que el capitán idealista al que había puesto una navaja en el cuello. Se llamaba Sanz. Al hombre le habían dicho que a partir de ahora Mastreta era uno de ellos, pero, como era de esperar, la cosa no empezó muy bien y el trato era áspero y poco efectivo. Al capitán le costaba olvidarse de la navaja en su cuello y de los antipatrióticos comentarios de Mastreta, y sentía un desprecio implacable por los tipos que, a su parecer, huían de su deber. Educado toda la vida como un militar, no concebía tal conducta. Pero, por encima de todo eso, se le hacía especialmente difícil trabajar con un hombre en cuyo historial constaba el asesinato de una mujer joven.

Por su parte, Mastreta se tomaba todo aquello con una buena dosis de escepticismo que se traducía en un empleo generoso del sarcasmo, empujado por su condición de hombre acorralado. Su comportamiento irritaba al capitán, quien más de una vez debió refrenarse para evitar llegar a las manos. Pero, poco a poco, casi inesperadamente, la cosa mejoró. Ambos se centraron en la tarea. Contribuyó el hecho de que Mastreta asumiera que sus únicas opciones pasaban por superar con nota el periodo de adiestramiento. Luego analizaría de nuevo su situación y dedicaría tiempo a encontrar el modo de escapar de todo aquello.

Sanz no estaba allí para contarle en qué consistía la misión

que se le iba a encomendar, sino solo para darle, literalmente, lecciones de espionaje. A Mastreta le pareció que aquel hombre jamás había ejercido como espía, pero se sabía de memoria el manual, aprendido probablemente, pensaba Mastreta, en la academia militar, en algún curso secreto para soldados de élite impartido antes de la guerra por militares ingleses o franceses. Sanz le explicó cómo camuflarse en una ciudad y cómo hacerlo en un pueblo pequeño. Le aleccionó sobre dónde era mejor alojarse en cada momento, cómo pasar desapercibido en un autobús de línea o en un tranvía, cuál era el mejor modo de esfumarse si se hacía necesario y cómo librarse de agentes perseguidores. Le enumeró las mejores opciones para superar un control militar o policial, y cuáles eran las señales que evidenciaban que había sido descubierta su verdadera identidad. Le explicó trucos para huir y para trasladarse repentinamente sin despertar sospechas, y le dio una idea de lo que significaba comunicarse en clave con sus superiores o con otros agentes amigos. Las claves concretas con las que ellos operarían, le dijo, las conocería más adelante. Le enseñó ante qué debía recelar y ante qué mostrarse relativamente confiado, cómo saber quiénes eran amigos y quiénes enemigos. Le dio una lista de lo que en territorio enemigo, en este caso en territorio nacional, era oportuno decir y qué no lo era, sobre qué materias podría hacer bromas o comentarios y cuáles eran temas que jamás debía sacar en una conversación. Le dio consejos de cómo sobrevivir en las calles, o en un bosque, o escondido tras un falso armario durante días. Esa cantidad de datos era imposible de asimilar. Lo sabían; el objetivo de Sanz y del coronel era sencillamente que Mastreta tuviera con alguno de aquellos trucos un abanico más amplio de recursos. En el curso de la misión, su vida podría depender en alguna ocasión de su capacidad para recordarlos y aplicarlos eficazmente. Todo parecía sacado de películas de espías, pero ya lo había dicho el coronel: la realidad iba a ser otra. Así que, al margen de adiestramientos, necesitaban a hombres que tuvieran condiciones innatas. Y ellos creían que Mastreta las tenía.

Solo paraban para comer y para dormir unas pocas horas al

día. En el despacho había un camastro, por lo que Mastreta casi no salía de la habitación. Daba un paseo matutino al día de veinte minutos acompañado del capitán Sanz. Habían empezado con mal pie, pero tras asimilar que estaban condenados a entenderse, entre ellos se había generado una relación aséptica, de mera camaradería militar, salpicada por los puntuales exabruptos sarcásticos de Mastreta. Tras ello no había absolutamente nada más. Durante sus paseos matutinos, ese vacío estaba más presente.

—Su adiestramiento conmigo está a punto de terminar —dijo Sanz en su último paseo—. Muy pronto tendrá que pasar a la acción, y ahí la cosa irá en serio. El cinismo y el antipatriotismo no le servirán de nada.

—El antipatriotismo puede que sí.

—Espero que esté a la altura de su historial —dijo Sanz muy seriamente.

Mastreta había tenido la acertada cautela de hacer caso omiso de las referencias a su pasado criminal, las cuales ocurrían bastante a menudo ya que formaba parte de su perfil y estaba relacionado con lo que se esperaba de él. Parecía que querían mantener viva la fiereza criminal que creían que había en su interior. Al final del adiestramiento, sin embargo, estaba mentalmente agotado y había empezado a perder los nervios.

—Me cree un asesino y un hijo de puta, ¿verdad? —preguntó Mastreta. Estaba molesto—. Eso sí que es cinismo. Ustedes, que amenazan con asesinar a personas cercanas a mí, ¡que me quieren utilizar para matar!

—Por una buena causa —replicó Sanz, en voz baja, mirando a su alrededor.

—¡La República! Eso es ingenuo hasta para usted, Sanz.

—La victoria sobre el fascismo, a eso me refiero. No es algo que se pueda tomar a broma; si no ganamos, nos esperan tiempos muy oscuros.

—Ya estamos en un tiempo oscuro, capitán, ¿no se ha fijado? —Sanz no dijo nada. Mastreta se rio ligeramente mostrando asco —. Son ustedes imbéciles. Socialistas, comunistas, anarquistas, se odian a muerte unos a otros. Por eso perderán la guerra. Y la

verdad es que a mí me importa un rábano.

—Ahora está metido hasta el cuello. Cuando esté en su misión, deberá controlar sus emociones. Prefiero verle sarcástico que fuera de sí.

—Todavía tengo tiempo de comportarme como un ser humano, ¿no? —Sanz calló. Mastreta chupaba su cigarrillo como si fuera el último de un condenado a muerte—. ¡Maldito barco francés! —exclamó lanzando el cigarrillo al suelo con furia—. Tuvieron mucha suerte de atraparme.

Sanz le miró fugazmente.

—No fue suerte. La suerte casi no existe en este negocio. No debería decírselo, pero creo que puede ser bueno para su aprendizaje. —Mastreta clavó los ojos en él—. Alguien como usted, un espía que enviamos nosotros, saboteó el barco cuándo y cómo se debía. La operación fue perfecta.

Sanz había sido hábil. Mastreta no quiso evidenciarlo, pero saber aquello le hizo sentir mejor. Incluso pensó por primera vez que los espías debían existir verdaderamente, y que en sus manos podía residir un poder que, en cierto modo, podría hacerle creer que era un poco libre.

Anduvieron en silencio de vuelta al despacho. El día estaba nublado, había llovido cada tarde desde que fue interceptado. Mastreta no era un hombre supersticioso, pero no pudo evitar percibir que los augurios no eran buenos. Antes de llegar al edificio militar, empezó a chispear y la gente aceleró el paso. También ellos. Al otro lado de la calle, una chica se había parado en seco. Mastreta se dio cuenta enseguida. También el capitán. Era aquella muchacha, Dolors, de la taberna El Far. Cuando comprobó que Mastreta la había visto, cruzó hacia él. Llevaba un bolso y mientras andaba metió la mano en él para sacar algo. Empezó a llover con más fuerza y el capitán aceleró el paso. Mastreta no se movió. La chica se le acercó.

—Creía que su barco había zarpado.

—Todavía no.

—Se dejó esto cuando se fue —dijo alargándole su vieja libreta de dibujos.

El capitán se había detenido a unos pocos metros y los miraba con curiosidad.

—Gracias, en realidad, no la necesito. Puedes quedártela. Como un recuerdo. Anda, márchate. —La chica no se movió. Tenía una mirada de ingenua admiración hacia él—. Vete ya —dijo Mastreta, al tiempo que le daba la espalda.

Estuvo parada bajo la lluvia unos segundos más y luego, con la cara húmeda y los ojos brillantes, se dio la vuelta y, como si acabara de darse cuenta de que estaba lloviendo, echó a correr. Mastreta y Sanz alcanzaron la puerta del edificio militar. Mientras se sacaban las chaquetas mojadas, Sanz le preguntó por la chica. Mastreta le dijo que era una camarera y que trabajaba en una taberna del puerto.

—Una muchacha muy guapa. ¿En qué taberna trabaja? —preguntó Sanz.

Mastreta se dio cuenta de que había sacado una libreta negra de pequeño formato y estaba tomando notas.

—¿Qué significa esto? ¿Pretende investigar a la pobre chica?

—Simplemente es que me gusta, puede que quiera verla otra vez. ¿Acaso tiene algo con ella? —Mastreta se plantó ante Sanz. Este resopló—. Todo el mundo —dijo Sanz con repentina seriedad — es susceptible de ser investigado o registrado al menos. Estamos en guerra.

—Esa chica no tiene nada que ver con la guerra, por Dios. Si sigue tomando nota, le voy a dar un puñetazo, capitán Sanz, se lo juro.

Sanz dudó, y al final sonrió. Dejó de escribir y guardó la libreta.

—Hoy ya le he visto perder los nervios dos veces. Es una novedad.

Se arregló el uniforme. Estaba satisfecho. En contra de lo habitual, ese día había estado más templado que Mastreta. Eso le había puesto de buen humor.

—Ya les dije que no era apto —aseguró Mastreta.

—En eso coincidimos. Pero están empeñados en jodernos.

Mastreta sonrió, y lo hizo genuinamente, aunque al mismo

tiempo pensaba que nada de aquello tenía ninguna gracia.

—¿Cree que algún día nos llevaremos bien? —quiso saber Sanz.

—No lo creo, capitán, no lo creo. No mientras nos guste el mismo tipo de mujer.

Esta vez fue Sanz quien sonrió.

—Que le sirva de lección —dijo el capitán—. Usted lo ha dicho, esto de ser espía es como cortejar mujeres. A ellos y a nosotros nos gusta la misma. Guarde para usted la información importante e intente averiguar la que tienen los otros sobre ella. Todo se reduce a tener unas buenas dotes de seducción.

Volvieron al despacho. Al cruzar el umbral, se toparon con el coronel Santos. Llevaba un rato esperando y estaba contrariado. Lo pagó con ambos. Les dijo que aquello no eran unas vacaciones, que el poco tiempo que tenían no era para perderlo en paseos y que eran sus propias vidas las que estaban en juego. Estaba fuera de sí, a Mastreta le pareció otra persona. Pero, a decir verdad, todo era una estrategia del coronel para hacer que Mastreta y Sanz empezaran a desarrollar entre ellos mayor complicidad y a identificarse como parte de un mismo equipo. Era necesario. La misión la iban a llevar a cabo, en parte, los dos juntos. Esa mañana, Mastreta supo eso y supo que en unos pocos días iban a cruzar las líneas enemigas, que tendrían que llegar hasta San Sebastián y que él tendría que hacerse pasar por un artista desarraigado y traidor a la República.

6

Frederika Heinz llegó a España, a Irún, a mediados de mayo de 1937. Ya hacía varios meses que Irún y San Sebastián habían caído en manos de los nacionales y el tránsito regular por ferrocarril con Francia se había normalizado. Entre esas dos ciudades, la línea férrea había resultado dañada por los combates del mes de septiembre y estaba todavía en reparación. En la estación de Irún, a media mañana, la esperaban un espigado teniente, de nombre Iván Benítez, y su ayudante, un sargento regordete de baja estatura llamado Bono. Parecían, en el andén, unos modernos y uniformados don Quijote y Sancho Panza, esa fue la primera impresión que Frederika Heinz se llevó de ellos. Y se lo dijo. Solo con verlos se le escapó la risa, lo cual ruborizó al joven teniente, que se tomaba muy en serio todas sus tareas. Había sido asignado como ayudante del coronel Gil, de no ser así, en esos momentos podría estar combatiendo en Vizcaya. De modo que se aplicaba al máximo en su trabajo, no quería caer en desgracia y acabar en el frente, no tanto por cobardía, sino porque era consciente de que sus habilidades eran muy superiores en tareas administrativas que en el campo de batalla. La mirada simpática e informal de la alemana desarmó su ensayado saludo marcial, así como su tono presuntamente incontestable y su esfuerzo por ofrecer una imagen imponente de sí mismo y del ejército al que pertenecía. Pero no solo desarmó al teniente Benítez la poca seriedad que su persona despertó en aquella mujer, también su aspecto. Era rubia color champán y tenía la piel muy blanca, con algunas pecas suaves alrededor de la nariz. Aunque eso podía no significar nada. Tenía unos ojos grandes y azules, una boca carnosa y bien dibujada, y una frente ancha sobre la que caía un rizo color champán, aunque todo eso tampoco tenía por qué significar nada. No estaba en nada

de ello su belleza. Si bien tenía facciones claramente germánicas, no podía decirse que ese fuera el lugar en el que situarla, porque las formas de su rostro no encajaban con ningún grupo. Era bella no por ser parte de un estereotipo, sino por todo lo contrario, por su sutil rareza y por el modo armónico en que la manejaba. Tenía veintisiete años, pero, a pesar de su juventud, era de esas personas capaces de inspirar confianza a golpe de vista, simplemente con su modo de conducirse, con su forma de mirar y sus ademanes decididos y serenos, aunque no siempre dejaba ver esas virtudes. Era una mujer naturalmente sagaz y conocía bien a los hombres. Tenía unas dotes innatas para la interpretación y se le daba especialmente bien el papel de mujer despreocupada y ligera, tanto era así que muchos de los hombres que la habían conocido la describirían sin duda en esos términos y no dirían de ella que era un poco tonta por consideración a su extrema belleza.

—Me quedé sin cigarrillos en Burdeos y, como pueden imaginar, no es decoroso pedir cigarrillos a desconocidos en un tren —dijo en un perfecto español—. ¿Me invita usted a fumar, señor teniente? Usted no es un desconocido.

—Llámeme teniente a secas, señorita Heinz.

—Huumm, qué bien suena eso de «señorita» dicho por un hombre genuinamente español.

Al teniente Benítez le temblaba la mano cuando le alargó un cigarrillo y le proporcionó fuego.

—Ha sido un viaje interminable. Estoy agotada. Se me han roto las medias y he tenido que quitármelas. —Llevaba una falda hasta la pantorrilla, que se levantó inocentemente por encima de la rodilla. Ambos hombres le miraron las piernas desnudas, de piel muy blanca, con algunas pecas—. Así que necesito imperiosamente una habitación de hotel. ¿Cree que su ejército podrá proporcionármela?

Frederika Heinz se había quitado deliberadamente las medias en el tren. Había preparado su llegada durante la última hora de viaje. Ahora se daba cuenta de que el teniente Benítez y el sargento Bono no merecían seguramente que se hubiera tomado tantas molestias.

Durante el tiempo que duró el viaje en coche desde la estación de Irún hasta San Sebastián, Frederika Heinz habló bastante, había comprobado que a los hombres les daba la impresión de que las mujeres habladoras eran banales, no representaban una amenaza, y ello facilitaba que bajaran la guardia.

Hablaba muy bien español, y no únicamente un español académico, sino el callejero, había vivido un año y medio en Madrid cuando su padre estuvo destinado en la embajada alemana, en 1928, pero no había salido de la ciudad y sus alrededores, así que no conocía el norte de España. Estaba al día del estado de la guerra, de la situación política y social que la había desencadenado, y sabía los datos geográficos, históricos y culturales más destacados. Con todo ello se había hecho una idea de lo que iba a encontrarse: un paisaje seco y polvoriento de austera belleza, pueblecitos blancos emplazados en campos interminables, un cielo inmenso y un sol abrasador. Y en medio de ello, columnas de soldados, el eco de bombas lejanas y gentes perdidas recorriendo abatidas las cunetas de las carreteras. Vio soldados, efectivamente, y refugiados y miseria, pero se sorprendió al encontrarse con el paisaje vasco, que más se parecía a su Alemania natal que a la España de *El Quijote*. El día era fresco y a esa hora, al mediodía, el sol había desvanecido la niebla de la mañana, de la cual quedaban aún algunos restos entre colinas. El campo tenía un verde opaco, que con el sol ganó intensidad. La humedad se percibía en el ambiente, la carretera estaba mojada y llena de baches y de charcos que hicieron el viaje, aunque corto, bastante incómodo. A pesar de eso le gustó lo que vio desde la ventanilla, y durante un rato, cuando dijo que iba a echar una cabezada y pudo permitirse dejar de fingir y de hablar, se quedó en realidad absorta, con los ojos abiertos, viendo pasar bosques y caseríos que le trajeron a la mente paisajes de su infancia.

También la sorprendió San Sebastián. A la ciudad la había teñido irremediablemente la guerra. Pareció que el sol se había tapado de repente cuando entraron en ella. El caqui de los uniformes y de los coches militares estaba por todas partes, la

actividad era frenética y había en el ambiente un velo gris. Sin embargo, detrás de toda esa suciedad que parecía haber impregnado hasta el último rincón y el último ser que vagaba por las calles, se adivinaba una ciudad de edificios nobles y de avenidas sofisticadas.

El coche se detuvo al fin frente a un edificio imponente y afrancesado que había perdido un poco de su esplendor. Había alguna ventana rota en la fachada, que unos operarios intentaban reponer. Se divisaba claramente el impacto de varios disparos entre las ventanas de la planta baja y algunas de las letras que había sobre la puerta principal habían resultado seriamente dañadas.

El teniente Benítez, creyendo que dormía, la llamó delicadamente. El sargento Bono la miraba desde el asiento del piloto.

—Ya hemos llegado, señorita Heinz. Este es su hotel, el mejor de la ciudad.

Ella se incorporó arreglándose el pelo.

—Perdonen, debo de estar horrible. Odio viajar, me gustan los lugares, claro, pero los trayectos me desesperan.

—Ahora podrá descansar.

—Gracias. Es usted encantador, teniente Benítez. ¿Se lo había dicho antes una mujer alemana? —El teniente se puso rojo como un tomate—. Las mujeres alemanas somos muy apasionadas, contrariamente a ese tópico que afirma que somos de hielo. Nada más lejos de la realidad. Ya puedo decirle que me encanta este país, y que me entristece enormemente que exista una guerra tan terrible, aunque sea una guerra necesaria, claro está.

Benítez la ayudó a bajar del coche y la condujo al interior del hotel mientras Bono se encargaba de las maletas. Había bastantes militares en el vestíbulo principal, muchos de ellos mandos de alto rango, y se adivinaba actividad militar en los salones adyacentes. Los muebles lujosos y los cortinajes escarlata y morado, y las alfombras y las lámparas acristaladas ofrecían un intenso contraste con el exterior del edificio, parecía que allí dentro el tiempo se había detenido en algún momento de los felices años veinte. Los empleados del hotel se veían muy atribulados, pero se

comportaban con extremada cortesía y precisamente por eso no acababan de encajar en el nuevo contexto bélico que lo impregnaba todo; se comportaban como si aún estuvieran impresionados por el estallido de la guerra y no se hubieran adaptado todavía a trabajar y a existir en esa nueva situación.

Finalmente, Frederika Heinz fue acomodada en una habitación del tercer piso, pequeña pero elegante, con un balcón con buenas vistas de la plaza adyacente y del río Urumea. Solo llevaba cinco minutos en la habitación cuando recibió una llamada telefónica. Cogió el aparato y no dijo nada, se limitó a escuchar durante un par de minutos. Luego colgó, se desvistió y se preparó para tomar su primer baño en tres días.

7

Ser una mujer atractiva le había sido muy útil en su trabajo a Frederika Heinz. Pero a veces resultaba un verdadero inconveniente. Ese día tenía que recorrer buena parte del centro de San Sebastián a media tarde. Era consciente de lo exótica que resultaba por su aspecto extranjero y de lo mucho que se hacía ver. San Sebastián era, al fin y al cabo, una ciudad pequeña. Así que tuvo que preparar bien la salida. No llevaba el equipo más adecuado, lo que la obligó a improvisar. Su objetivo era que nadie supiera que había dejado por su cuenta el hotel en algún momento de ese día. La cita era a las afueras de la ciudad, en las cercanías de un barrio llamado Amara.

Se había puesto un pañuelo en la cabeza que tapaba por completo su cabello rubio y se había oscurecido la piel y las cejas con un poco de betún. Se puso una falda larga, la más anticuada que tenía, y un chal azul marino con solapas, una composición alejada de toda moda, que únicamente el sentido práctico de una mujer de campo podía justificar. Escondida tras el chal, era difícil que alguien pudiera verle bien la cara. Su primera tarea era salir del hotel. Bajó las escaleras y esperó en el rellano anterior al vestíbulo. Eran las cinco de la tarde. Había bastante movimiento y eso era bueno. Un grupo de soldados acababa de entrar y se dirigió al mostrador de recepción. Le seguían dos muchachos cargados de maletas. Durante un par de minutos toda la atención se centró en el grupo. Frederika bajó la escalera a paso rápido, pero sin cometer ninguna estridencia. Cruzó el vestíbulo y salió por la puerta sin que nadie se percatara.

Un autobús municipal lleno de mujeres la llevó hasta las afueras, hacia el camino de Lasarte. No pudo sentarse, así que se refugió al fondo y se pegó a la ventana. Algunas mujeres se fijaron

en ella al principio. Nadie se dio cuenta del momento en que se apeó. Amara, en sus límites, era un barrio de caseríos, un lugar húmedo de un verde bullicioso, una mezcla de campo y de ciudad. No había casi nadie a la vista. Divisó, a unos cien metros, a un grupo de soldados aburridos junto a un camión militar. Frederika siempre era cautelosa con los soldados. Por suerte, estaban enfrascados en una conversación jocosa y no repararon en ella. Por el momento, todo marchaba bien. Enfiló una carretera que salía de la ciudad a una zona boscosa. Parecía que iba a llover en cualquier momento. Al poco perdió de vista la ciudad. Anduvo durante veinte minutos. Cada trescientos metros veía asomar algún caserío tranquilo. La guerra parecía estar muy lejos de allí; de vez en cuando se oía algún perro ladrar. En ese tiempo, por la carretera solo pasaron dos convoyes militares, ni un solo coche civil. Cada vez que oía un motor se ponía en tensión y ralentizaba la marcha. No quería aparentar tener prisa, intentaba pasar por una lugareña que, como cada día, regresaba a su casa en las afueras después de visitar la ciudad.

La marcha se alargaba y Frederika temió haber cometido algún error, aunque las instrucciones eran muy precisas. Empezaba a plantearse la idea de dar la vuelta cuando vio la marca en el lado derecho de la carretera. Era una señal de color rojo, un brochazo en un árbol al borde del camino que indicaba el inicio de un sendero hacia el bosque. Aceleró la marcha. Aquella salida se le antojaba cada vez más arriesgada. Ya había tardado una hora en llegar hasta allí, tendría el tiempo muy justo para estar de vuelta en el hotel antes del toque de queda, eso contando con que Benítez o Bono no hubieran ido a buscarla en algún momento de la tarde.

Justo cuando Frederika llegó a la señal del árbol, oyó el ruido de un coche. Por un instante pensó en saltar al sendero y esconderse, pero temió ser vista en una actitud sospechosa y prefirió seguir como hasta entonces. Como si fuera una campesina de los alrededores, adecuó su modo de andar a un ritmo cansino y se arropó con su chal, dispuesta a meterse en el camino del bosque. El coche venía de San Sebastián, así que ella no podía verlo. Dobló hacia el sendero, que estaba lleno de charcos. No había recorrido

más de diez metros cuando notó que el vehículo atenuaba la marcha y se detenía sin apagar el motor, que siguió ronroneando. Oyó abrirse una puerta y luego unos pasos, primero sobre el asfalto y luego sobre el camino de tierra.

—¡Eh! ¡Oiga! —Era una voz contundente. Frederika adivinó al momento que se trataba de un militar—. Señora, ¿me oye? —Se detuvo y se dio la vuelta a medias, evitando mostrar su rostro. El soldado se acercó a ella. Iba solo. Era un capitán. Se quedó mirándola durante unos segundos—. ¿Es de por aquí? —dijo al fin. Ella asintió—. ¿Vive cerca? —Asintió de nuevo. El capitán se percató de que era una mujer joven—. ¿Es que no sabes hablar?

—Sí.

—Déjame verte la cara. —Frederika mostró el rostro al capitán con timidez, bajando la mirada como haría una joven campesina ante un militar. El hombre la miró largamente—. ¿Sabes si voy bien para llegar a Lasarte? —preguntó el capitán.

—No sé —dijo ella.

—¿Vives aquí y no conoces el camino de Lasarte?

—Lo siento.

—¿Dónde está tu casa?

—Por allí. —Señaló camino arriba.

—¿Sabes quién puede indicarme?

—No.

El capitán se quedó mirándola.

—Tan guapa y tan burra. —El hombre tenía una actitud gallarda y la miraba sin pudor. Ella lo aguantó un minuto y luego, sin decir nada, se volvió y continuó camino arriba. Oyó tras de sí los pasos sobre el fango del capitán siguiéndola—. Las mujeres de aquí no tenéis dos dedos de frente —dijo—. Pero en verdad que no había visto a ninguna tan guapa como tú.

—Adiós, señor —dijo ella sin detenerse.

La siguió durante unos metros más, casi por inercia. Luego se paró. Frederika aceleró la marcha, sabiéndose observada, hasta que el camino dobló a la izquierda. El capitán ya no podía verla. Ella avanzó un poco más, se detuvo junto a unas matas y escuchó, quería cerciorarse de que el hombre se marchaba. Le oyó hacerlo

tras un minuto que le pareció una eternidad. Suspiró aliviada, pero al momento se dio cuenta de que aquel breve encuentro le podía acarrear muchos problemas. Si el capitán estaba destinado en la ciudad, era fácil que tuviera que coincidir con él y podría ser reconocida. No quería preocuparse por eso ahora, todavía le quedaba mucho por hacer antes de que acabara el día.

Estaba en buena forma física, pero después de caminar una media hora más por un sendero a ratos con fuertes pendientes, a un ritmo frenético para que la noche no se le echara encima, llegó extenuada. El punto de encuentro era una vieja cabaña de madera. Tenía una señal en la fachada, otro brochazo de pintura roja. Antes de entrar, Frederika recuperó el aliento y examinó el lugar. El bosque estaba mudo. No se veían otras casas alrededor. El sendero seguía colina arriba, giraba a la izquierda y desaparecía en la vegetación. La cabaña no mostraba signo humano alguno. Parecía abandonada hacía mucho tiempo. Los cristales de la única ventana estaban rotos. La chimenea se caía a pedazos, como la puerta, que estaba descolgada e inservible. Había un pequeño leñero carcomido y vacío, y un banco de madera tan podrido que se adivinaba que el peso de un gato sería suficiente para partirlo por la mitad.

Caminó hacia la cabaña. Antes de que pudiera poner un pie en el único escalón de la puerta una voz de hombre procedente del interior la sobresaltó.

—Reconozco que este lugar es una mierda. —La voz hablaba un alemán suave, posiblemente austríaco y además de ciudad, pero su tono era seco. Frederika no dijo nada. Una sombra apareció en la puerta de la cabaña—. Entre —dijo.

Ella subió el escalón y cruzó el umbral. Lo siguió hasta el centro de la miserable cabaña. Había muy poca luz, pero pudo ver en la mejilla derecha del individuo una pequeña cicatriz casi imperceptible. Esa era una de las referencias que tenía para contactar con un hombre al que nunca había visto.

—¿No se olvida de algo? —dijo Frederika en castellano.

—¡Ah, sí! ¡La contraseña! —exclamó él en tono burlón—. ¿Realmente hace falta?

Frederika tenía un buen dominio de sí misma. Había estado enfrentada a situaciones de riesgo sin perder la templanza. Pese a ello, la incompetencia y arrogancia de su propio contacto estaban poniendo a prueba sus nervios.

—Sí, hace falta.

—Este año ha llovido más en Bilbao que en San Sebastián.

—Sin embargo, en Vitoria ha llovido más que en ambas ciudades —contestó Frederika.

El hombre se puso a reír.

—¿Por qué son siempre las contraseñas tan absurdas? Le hacen a uno sentir como un verdadero estúpido —dijo volviendo al alemán suave de ciudad, tratando de hacerse el gracioso.

—Es usted un imprudente. Al menos no debió hablar en alemán hasta tener la certeza de quién era yo.

—La estaba observando por la ventana. No hay error posible. Me la han descrito.

—¿Tiene lo que pedí?

—Me llamo Müller.

—Lo sé. Y usted sabe cómo me llamo yo. Así que podemos obviar las presentaciones.

El hombre sonrió al sentirse incómodo. Tenía el aire sobrado característico de las nuevas hornadas de jóvenes agentes de la Abwehr; la mayor parte era pura fachada, porque en realidad no tenían ninguna experiencia. Era evidente que ese era el caso. Cogió una maleta de piel y la puso sobre una mesa llena de polvo, el único mueble que había en la cabaña. Frederika la abrió. Había una pistola Mauser de 1934, un arma a la cual se había acostumbrado. Había también unos legajos con documentos y una libreta con informes cifrados y las últimas novedades e instrucciones. También un grueso fajo de dinero del país, otro menor de francos franceses y otro similar de marcos. Debajo de todo ello, había dos cartas cerradas, una de correo privado a su nombre, pero sin remitente, y otra oficial, con una pequeña esvástica en una esquina, aunque sin identificación de departamento alguno y sin nombre de destinatario o remitente. Su superior, el coronel Platz, solía comunicarse privadamente con sus

agentes de ese modo.

—¿Qué son estas cartas?

—No lo sé.

—Esto es raro.

Frederika las sostuvo ambas, una en cada mano. La carta del coronel no era anómala. La otra, la que parecía privada, lo era relativamente. La combinación de ambas era lo inusual. Viendo cómo había sido escrito su propio nombre en el sobre supo que se trataba de una carta de Mihail.

Acudió a su mente, como un fogonazo impertinente e inadecuado, la cara compacta y risueña de Mihail, y evitó mostrar ninguna reacción. Mihail y Frederika planeaban casarse, aunque habían tenido que aplazar la boda varias veces. Ello no les preocupaba demasiado, habían crecido durante un periodo en Alemania tan ruinoso económicamente como libre y tolerante socialmente para los de su raza. Hacía un año que vivían juntos, no era algo que estuviera bien visto, pero en Berlín se aceptaba sin despertar siquiera murmuraciones. Habían alquilado un pequeño apartamento en un edificio nuevo del centro de Berlín. La mayoría de los inquilinos del edificio eran parejas jóvenes como ellos. Hacía un par de meses que no veía a Mihail. Desde que Europa había entrado en la espiral de tensión política, habían estado ambos dando vueltas por el mundo. Él era piloto y había sido «animado» a incorporarse al ejército como una especie de trabajador autónomo. Llevaba a cabo vuelos aparentemente civiles, pero que en realidad eran encargos del Reich. No era un espía, pero poco faltaba, al menos eso era cuanto Frederika sabía de su trabajo. Mihail tampoco sabía mucho respecto a lo que ella hacía. En el año que llevaban viviendo juntos, solo habían coincidido en su apartamento breves periodos en verano y en otoño.

—Tengo un recado relativo a estas cartas —dijo Müller.

—¿Cuál? —preguntó Frederika.

—Debe leer en último lugar la carta del coronel Platz. —Ella intuyó en ese momento cuál era el sentido de todo aquello. No dijo nada y se las guardó en el abrigo sin abrirlas—. La verdad es que sí que es raro —dijo Müller—. Toda la misión es extraña.

Frederika se había quedado pensativa y no atendió a las cuestiones de su colega. Este suspiró resignado ante la indiferencia de ella y siguió con lo suyo. Cogió el material y comenzó a informarla de los códigos con los que debía descifrar las instrucciones de la libreta, los cuales ella ya sabía, y luego le mostró la correcta manipulación de la Mauser.

—¿Me está escuchando? —dijo Müller al percatarse de que ella seguía con la mirada perdida.

—Ya sé cómo funciona la pistola. ¿Hay algo más? Porque si no, debo marcharme.

—¿A qué viene tanta prisa? Quizá no vea una cara amiga en muchas semanas.

Frederika, sin decir nada, recogió las cosas de la maleta y las metió en una bolsa de trapo que había traído consigo arrugada en un bolsillo del sobretodo. Con ello formó un macuto mucho menos sospechoso que una maleta de piel lustrosa.

—¿Cómo cree que volveremos a contactar? —dijo ella.

Él la miró con extrañeza.

—En el libro de instrucciones está el método. Tenga presente que yo necesito al menos medio día de margen para llegar aquí con garantías desde Francia.

—No ha entendido usted nada. Soy yo quien está en una situación delicada, no usted.

—Son las órdenes. Si su misión es secreta, la logística debe serlo también. Técnicamente, en este caso, la España fascista es para usted y para mí un país enemigo. Un poco exagerado, pero es así. —Müller rebuscó en su chaqueta y sacó una petaca de *whisky* —. ¿Seguro que no tiene tiempo de tomarse un trago con un camarada? Me habían dicho que es una buena agente y una buena compañera de armas.

—Por el momento, Müller, usted no es más que un extraño. Si no hay imprevistos, volveremos a vernos dentro de dos semanas. Desde luego, no será aquí. Si ha sido usted el estúpido que ha escogido esta cabaña para vernos, tiene todavía mucho que aprender. Se trata de facilitarme las cosas, no de obligarme a jugarme el cuello. Además, al llegar al camino, un capitán me ha

interrogado y me ha visto la cara, lo cual podría traerme complicaciones. Me dan igual las instrucciones que tenga, sobre el terreno yo estoy al mando. La próxima cita será en la ciudad, donde debiera haber sido esta. Yo le diré dónde. Así es como volveremos a contactar. —Se subió las solapas del abrigo y cargó con el macuto a la espalda. Antes de salir de la cabaña se volvió hacia el hombre—: La suya no es ahora mismo una cara amiga, Müller. Más bien es la cara de un incompetente. Tendrá que ganarse eso de «compañero de armas». Le sugiero que deje de fanfarronear y empiece a hacer bien su trabajo.

Frederika salió dejando a Müller con la petaca de *whisky* en la mano y una expresión estúpida en el rostro. Debía darse prisa. El camino de vuelta iba a ser más peligroso que el de ida: ahora cargaba en la bolsa con un arma, dinero, planos y códigos. Faltaba poco para que empezara a oscurecer. Su presencia en el sendero, en la carretera y luego en las calles de San Sebastián se haría por momentos más sospechosa. Tendría que tomar el autobús sin cometer ningún error intentando pasar desapercibida en una hora en la que pocas mujeres viajaban solas. Por último, tendría que entrar sin ser vista en el hotel. Le quedaban dos horas de riesgos por delante, pero, aun así, en ese momento, en el sendero, cuando empezaba a refrescar y faltaba luz para desenvolverse con soltura y el bosque se movía suavemente con la brisa vespertina, Frederika tenía otra cosa en la cabeza, y sus labios temblaron cuando su mano rozó en su bolsillo las dos cartas que le acababan de ser entregadas.

8

A falta de pocos días para finalizar el adiestramiento, el coronel Santos hizo llamar a Mastreta a sus dependencias. Sanz también estaba presente. Ambos se sentaron en silencio frente a la mesa. Había mucho humo en la habitación y una botella medio vacía de coñac. A Mastreta le pareció que el coronel estaba nervioso e intuyó que había tratado de calmar sus nervios bebiendo más de la cuenta. Sin embargo, se portó con absoluta sobriedad.

Tardó en empezar y cuando lo hizo no calló durante un buen rato. Habló sin pausas, sin dar oportunidad a los otros para intervenir. Lo soltó de una tirada con voz desafectada y mecánica, con perfecta vocalización, como si fuera un aburrido discurso científico.

—La propaganda es un arma poderosa en tiempo de guerra. Nosotros intentamos aprovecharla y nos ha ido bien. Estamos consiguiendo muchos apoyos a nuestro bando, no hemos avanzado hasta el momento con los gobiernos, pero sí con la gente. Miles de jóvenes llegan a Barcelona para luchar con nosotros. Ingleses, franceses, polacos, americanos, chavales que lo dejan todo para venir a detener el fascismo. Esta guerra se observa en todo el mundo con atención. Nuestra causa es la buena, somos los buenos de esta guerra, y eso piensan también los periódicos de París, Londres y Nueva York. La prensa internacional está mayoritariamente con nosotros. No saben lo importante que eso es. Cuando los periódicos de esas ciudades publicaron el asesinato de García Lorca, la República ganó cientos de miles de adeptos, y lo mismo está pasando ahora con lo ocurrido en Guernica. Cuanto más apoyo popular logremos en esos países, más factible será que sus gobiernos nos echen una mano. En el fondo, todo es política. Una crónica enviada desde el frente, o mejor, desde las calles de

Madrid, donde mueren civiles cada día, vale su peso en oro. Y más aún una fotografía publicada en *The New York Times*. Es una cadena. Se publica, la gente se sensibiliza y los gobiernos pueden terminar por escuchar a la opinión pública si creen que sus puestos están en peligro. Hoy día basta una foto para mover muchas cosas. Aunque no lo crean. Los rebeldes también intentan sacar provecho de la propaganda, pero su causa tiene menos simpatías. La mayoría de las veces su versión cae en saco roto. Son golpistas, son militares que han quebrado la legalidad y que emplean las armas para someter al pueblo. Esa es generalmente la visión que el mundo tiene de ellos. Tratan de hacernos pasar por comunistas, por siervos de los soviéticos, y quieren presentarse como los defensores frente al terror rojo, esa es su estrategia. Como digo, su versión solo alimenta de momento a grupos extremistas, sobre todo en Francia, y por supuesto tiene el apoyo de Alemania e Italia. Pero el miedo a Rusia en todo el mundo es real, con lo que no somos intocables. Los periódicos son como aves de rapiña.

Mastreta pensó que el coronel creía realmente lo que decía, pero saltaba a la vista que la política no era de su interés. Era un discurso memorizado que le salió con tan poca afectación que difícilmente podía calar hondo. Después de aquella exposición, el coronel cambió ligeramente el tono de su voz. Fue solo un matiz, pero era suficiente. Lo que dijo después sin duda hubiera deseado exponerlo tan planamente como lo anterior, pero no lo logró.

—En zona republicana han ocurrido algunas cosas que no nos interesa que se conozcan fuera de España. Los fascistas intentan esparcirlo allá donde pueden como prueba de los males de la República y del caos que desata. Como he dicho, tienen poca credibilidad. Pero eso cambiaría radicalmente si pudieran demostrar lo que afirman. Si tuvieran, por ejemplo, una película. Una película que mostrara, pongamos por caso, el fusilamiento de varias decenas de prisioneros fascistas en un lugar cercano a Madrid. Prisioneros de las cárceles de la ciudad. Falangistas, militares sublevados, religiosos, elementos de derechas. Todos ellos desarmados y maniatados.

Como Mastreta, Sanz oía aquello por primera vez. Este, en su

idealismo, no daba crédito. Protestó, preguntó cómo era posible. El coronel no tenía ganas de dar explicaciones. Repitió su consigna: aquel departamento no era para idealistas, lo cual sumió a Sanz en el silencio.

—Esa película existe —continuó—. Tenemos confirmación de ello. La filmaron agentes rusos. Si quieren saber por qué se filmó, no puedo decírselo. Si quieren saber si las imágenes son claras y explícitas, sí lo son. Si quieren saber por qué se ejecutó a cientos de personas en ese lugar..., esa sería una pregunta demasiado estúpida para darle respuesta. La película —explicó el coronel— está en venta y no puede llegar a manos de corresponsales o gobiernos extranjeros. Evitarlo es su cometido. No hay censura para la prensa en los países afines. El favor de la gente podría desvanecerse y con ello la posibilidad de que sus gobiernos nos apoyen. No podemos permitírnoslo. Sin ese apoyo, la República no tiene salvación, solo es cuestión de tiempo.

Sanz y Mastreta permanecieron en silencio. El coronel cambió nuevamente su modo de explicarse. Ahora actuaba como un profesional, por primera vez durante la reunión hablaba con genuino interés respecto a lo que decía. Ahora hacía su trabajo: organizar una misión.

—La película la ofrece un oportunista ruso, un hijo de puta. Hay elementos corruptos entre nuestros «amigos» los rusos. También puede ser que a Moscú le interese sacarla a la luz simplemente para joder a los anarquistas. Hay otras guerras dentro de la guerra. Nadie juega tan bien a estos juegos sucios como los rusos. Eso quiere decir que no sabemos qué mierda está pasando con esta venta ni quiénes son buenos y quiénes son malos, con el riesgo que eso supondrá para ustedes.

Nadie decía nada. Sanz miraba al suelo. Su aire marcial estaba momentáneamente ausente. Mastreta se encendió un cigarrillo. El coronel sacó una carpeta y la puso sobre la mesa. Había ahora un tono vigoroso en su voz y sus palabras se tornaron motivadoras. Sanz salió de su apocamiento a medida que el coronel iba exponiendo el plan a seguir y su patriotismo y su empuje marcial regresaron. Mastreta no dijo ni una palabra. No conseguía

asimilar que cuando los otros dos hablaban del «infiltrado» y de las tareas que dicho «infiltrado» debía llevar a cabo en territorio enemigo, se estaban refiriendo a él.

9

Mastreta pasó los últimos días de su adiestramiento en el hotel Palace, el mejor de Tarragona. Pero no fue precisamente un lujo. Permanecía la mayor parte del día encerrado en una habitación oscura cargada de humo. El parpadeo de un proyector de cine de 16 mm terminaba por marearle, los destellos del haz de luz se convertían al final de la jornada en una tortura. El primer día vio una decena de películas documentales. La mayoría eran rusas, propaganda comunista sobre los campesinos de los Urales y su sistema de economía colectiva, sobre las fábricas de Stalingrado, a las cuales los obreros acudían felices, y sobre los pescadores del extremo oriental del país. Un hombre cuyo nombre nunca supo, llegado de Barcelona, trataba de hacerle ver las técnicas narrativas empleadas por los documentalistas: cómo sacar partido del montaje de los planos para plantear y construir poco a poco una idea, cómo utilizar los encuadres para transmitirla con mayor intensidad; intentaba hacerle ver el porqué de cada movimiento de cámara, la finalidad de cada cambio de plano, el propósito del ángulo con que estaba filmada una toma. Era agotador. Se había metido en aquella habitación al amanecer, y cuando pudo salir de ella para tomar el aire y fumarse un cigarrillo en la calle, era ya de noche. Al regresar, creía que podría dormir, pero se equivocaba. El hombre que le adiestraba le esperaba en la habitación con una cámara de cine, una Bolex de 16 mm, pequeña y fiable, le dijo, ideal para documentalistas que filmaban sobre el terreno. Era la misma cámara que solían llevar muchos corresponsales europeos que filmaban la guerra desde Madrid. En solo unas horas, Mastreta tuvo que aprender a manejarla con soltura. Cargar la película a oscuras, con el tacto de los dedos únicamente, familiarizarse con las ópticas que llevaba montadas en la torreta frontal, aprender a

interpretar el fotómetro y a manipular el diafragma. La luz, repetía su adiestrador sin cesar, ese era el secreto del cine, nada más que eso, luces y sombras atrapadas por una lente que las trasladaba a un soporte fotoquímico durante una fracción de segundo.

El segundo día fue más placentero. Salieron a la calle a filmar. Mastreta posaba su cámara en cualquier cosa que ocurriera a su alrededor: una multitud que esperaba el autobús de línea para ir a una fábrica de las afueras, coches que iban y venían por la rambla principal de la ciudad, rostros que pasaban junto a él y que, tras mirarle un momento, sonreían con timidez. El hombre que le adiestraba le regañaba de vez en cuando, bien porque había olvidado calcular la intensidad de la luz, bien porque no enfocaba aquello que estaba filmando, o bien porque cambiaba la óptica con demasiada torpeza. Nadie en su juicio, dijo aquel hombre más de una vez, creería que Mastreta era profesional en el manejo de una cámara de cine.

Sin embargo, Mastreta aprendía deprisa, tenía facilidad. Sus buenas aptitudes como dibujante le procuraban un buen criterio estético. Poseía una curiosidad innata por las pequeñas historias que ocurrían a su alrededor, tenía avidez por atraparlas con la cámara, como la tenía para dibujarlas. La mayoría de los cineastas, le explicó su adiestrador, eran buenos dibujantes, muchos habían sido pintores o fotógrafos antes de que una cámara de cine cayera en sus manos y quedaran fascinados por la idea de captar imágenes en movimiento.

Pasaron la tarde revelando el material filmado. Mastreta se desquiciaba con los productos químicos, con la temperatura de los líquidos y con las fracciones de tiempo necesarias para cada paso del proceso. Revelador, enjuague, fijador, blanqueador. Cuando terminó el día, su cabeza estaba al borde del colapso. Había perdido la noción del tiempo, le dolían las sienes y le escocían los ojos por culpa del humo del tabaco. Pero cuando se sentó para ver proyectadas las imágenes que había filmado durante la mañana, sus ojos brillaban.

Durante el tercer día repitieron el mismo programa. Ese día disfrutó filmando. Hubo una reyerta en una calle cercana a la

catedral. Dos hombres se empujaban con violencia arengados por un grupo de marineros. Uno estaba borracho, el otro se reía de él. Mastreta empezó a disparar sin darse cuenta. «¡La luz! —le repetía su adiestrador—. ¡Pon el diafragma en su sitio o la imagen se quemará! ¡Será mejor que cambies de óptica, la 50 es la más adecuada!». Las palabras de aquel hombre, susurradas al oído, ya no le resultaban extrañas. Los hechos eran como un imán para él y para su pequeña Bolex, le atraían hasta hacer que todo lo demás dejara de existir, solo estaban aquellos dos hombres, la rabia en sus ojos, su aliento jadeante, la chaqueta roñosa del borracho, la mirada asustada de una muchacha atrapada por la pelea en un portal de la calle. No fue más que un rifirrafe que duró apenas un par de minutos. Por la noche, vieron lo filmado. Mastreta estaba satisfecho. Sanz le observaba. En la pantalla se proyectaba la imagen del borracho que, desatado por el alcohol y la humillación, movía los ojos con rapidez, perdido, sin saber dónde posarlos. Aparecían brazos que le empujaban por doquier, pero la imagen se había quedado clavada en sus ojos extraviados.

Bajaron a la calle a fumar. Sanz sonreía ligeramente. Mastreta tenía la cabeza en otra parte. Su maestro, esta vez, le felicitó. Mastreta había observado algunos errores en la filmación. Un exceso de luz en algunos planos, otros estaban oscuros. Sanz y su adiestrador se miraron, comprendían algo evidente: a Mastreta le gustaba filmar. Antes de acostarse, aquel hombre le proyectó una película, esta vez era una obra de ficción llamada *El hombre de la cámara*.

Sanz y Mastreta se alojaban en la misma habitación del hotel. Tras el tiempo pasado juntos, se toleraban naturalmente. A ratos, incluso, llegaban a pasarlo bien, aunque lo ocultaran. En general, hablaban poco. Existía afinidad entre ellos, pero también había muchas cosas que les distanciaban. Cuanto menos hablaban, mejor funcionaba todo.

En las dos habitaciones contiguas se alojaban tres personajes inesperados a esas alturas, un hombre y dos mujeres. Mastreta había coincidido en algún momento con ellos, en el bar o en el pasillo, al entrar y salir de la habitación. Siempre iban juntos, ellas

cogidas del brazo, con mirada altiva pero extrañamente permeable, tan elegantes en el vestir y tan modernas en la actitud que parecían sacadas de una revista de moda. Él, detrás de ellas, siempre con una sonrisa templada en la boca y en la mirada, acompasado en todos los sentidos con las chicas, como el complemento perfecto de un triángulo inexplicable para quienes no estaban a la última. Después del desayuno, Mastreta les vio en un rincón del salón. Sanz le invitó a seguirle y le guio de un extremo al otro, directo hacia ellos. Plantado ante tan extraño trío, Mastreta se quedó perplejo al comprender que aquel hombre de aire elitista e inclasificable y aquellas damas tan extremadas, de pelo corto, labios rojo carmín y aires parisinos, eran parte también del equipo que debía instruirle en todo lo relativo a la caracterización del que iba a ser su personaje. Porque para dar vida a esa criatura todavía indefinida debía, para empezar, impregnarse de arte y de bohemia.

El hombre se llamaba Carlos Lozano y era una especie de vividor aristócrata sin título nobiliario, que de paso ejercía como pintor para matar el tiempo. Lo habían traído de Barcelona, donde, por lo visto, era uno de los puntales de la vida nocturna de la alta sociedad y tenía contactos de mérito con marchantes y productores de París, aparte de conocer bastante bien a algunos de los cineastas, pintores y artistas más valorados de la ciudad. Era un hombre superficial y mundano, con una afilada lengua, instalado en una especie de burbuja elitista, para el cual el mundo se reducía al arte y a las fiestas, a conversaciones sobre la moda, la etiqueta y la rumorología de sociedad. Sus cuadros eran mediocres, pero conocía las técnicas pictóricas más modernas y las corrientes artísticas del momento. Por su modo de hablar parecía no haberse dado cuenta todavía de que el país estaba en guerra. De él debía Mastreta aprender qué era lo último en arte y en cine, y empaparse en cuanto le fuera posible de esos tics de vividor elitista que el señor Lozano incorporaba a todo lo que hacía y decía.

No solo debía estar al día en las tendencias culturales, sino que además tenía que saber cómo vestirse, peinarse y comportarse para parecer un verdadero artista. Debía saber qué decir en una conversación con damas interesadas en el mundo del cine, cómo

conducirse en una fiesta de elevado nivel cultural, reconocer lo que sería atractivo para el personaje que interpretaba y lo que no. Debía saber ser y estar. De eso iban a encargarse las dos damas. Una de ellas, Judit Balcells, una barcelonesa de alta alcurnia y dudosa decencia, era muy bella. Tendría unos veinticinco años y no tenía marido ni oficio conocido. No obstante, contaba con aptitudes innatas que bien merecían respeto. Poseía una gracia natural para el trato social: dominaba las conversaciones con los temas más superficiales, convirtiéndose siempre en el centro de atención; tenía educación y encanto y una capacidad congénita para la seducción de la cual hay que decir que no era capaz de desprenderse, ni siquiera en el ejercicio del papel de maestra que ahora le había sido encomendado. Judit Balcells era una pésima profesora en términos convencionales, pero su presencia en aquel equipo educador fue de inestimable valor ya que la mera contemplación de su manera de ser y de comportarse fue altamente instructiva para Mastreta. De ella aprendió, por ejemplo, que a veces la carencia absoluta de sentido del ridículo, ejercida con convicción, resultaba altamente seductora, que dramatizar las situaciones despertaba interés, que la vulnerabilidad era un cebo precioso y que no era incompatible con una apariencia firme o tosca; aprendió asimismo que la gente es más estúpida de lo que parece, y más crédula, y por eso más fácil de engañar, siempre que la farsa, por inverosímil o grotesca que parezca, se ejecute con convencimiento y hasta las últimas consecuencias. Eso exigía creer en el papel y, por tanto, dotes interpretativas. Unas dotes que Mastreta descubrió a lo largo de esos días que poseía en cierta medida, porque a la postre se basaban en una simple y elemental habilidad para la seducción que no le era ajena.

La otra dama, Concha Vidal, era de mayor edad que Judit, estaría próxima a la cuarentena y tenía la cabeza mucho mejor amueblada que su colega. Era atractiva, pero desde un aire mucho más mesurado. Tenía también un trato elitista, pero en su caso se manifestaba con una educación exquisita. Había vivido muchos años en París donde había trabajado para casas de moda y se había casado. Al poco enviudó y regresó a España. Su cometido en el

equipo era adiestrar a Mastreta en cuestiones estéticas y contribuir a que desarrollara buen gusto, si es que eso era posible. Debía enseñarle, en la práctica, a vestirse, a peinarse, a comprar la ropa adecuada si se terciaba, a escoger. En definitiva, aquella mujer iba a encargarse del vestuario y el atrezo de aquella farsa para hacer creíble el papel de Mastreta, para ponerle en sintonía con la biografía de su personaje.

Conversaban, bebían, él escuchaba. Concha Vidal le sacó de compras una tarde. Judit Balcells le llevó a bailar a una sala de fiestas. Era un trabajo contra reloj. Por la noche cenaban todos juntos en el hotel y valoraban el trabajo de la jornada. La República había comprado varias películas documentales de corta duración. Se trataba de que Mastreta tuviera material con el que presentarse y hacer creíble su personaje de cineasta errante. Aunque la tarea era poco menos que imposible en el brevísimo periodo de adiestramiento con que contaban, la habilidad de Mastreta como dibujante y sus dotes estéticas con la cámara, así como la elevada educación que había recibido durante su infancia y adolescencia, facilitaron las cosas. Mastreta puso de manifiesto que los militares no se equivocaban cuando adivinaron que su perfil era un buen punto de partida, al menos en algunos aspectos. No se convirtió en un experto en arte ni en un cineasta experimentado, obviamente, pero sí podía llevar una conversación decente sobre la materia. No tenía el amaneramiento ni la tosquedad ni la libertad de gestos ni la pasión ni la locuacidad ni la fragilidad que se le suponían a un artista, pero sí contaba con una impertinencia y una mirada inteligente que hacían su composición del personaje bastante creíble. Quizá no se obtuvo como resultado el estereotipo que los militares habían planeado, pero tras unas semanas de trabajo el producto final era ciertamente interesante y, de hecho, más auténtico: era capaz de componer un personaje peculiar, entre estirado y seductor, entre fanfarrón y tierno, entre escurridizo e ingenuo; emanaba de él un cierto aire de desapego y una idea de peligro. Era el resultado de un cóctel al que Mastreta imprimía con fuerza su propio sello, dando lugar a algo atípico que, fuera lo que fuera, ofrecía la imagen de lo que podría

reconocerse como un hombre bohemio y atormentado.

El 17 de mayo de 1937, Mastreta terminó su adiestramiento. Sin apenas darse cuenta se había metido en el papel, casi sin ser consciente se había involucrado en su cometido. No era una cuestión de patriotismo ni de ideología, no lo fue nunca, se trató, primero, de supervivencia, más adelante de odio y de amor propio, y por último, de una emoción casi desconocida que recordaba vagamente haber sentido antes alguna vez, no sabía dónde, algo parecido a un extraño deseo de temeridad.

La noche del 17 de mayo, lunes, se organizó una especie de cena de fin de curso en el hotel. No tuvo nada de especial: la comida fue la de siempre, el atuendo, la música, nada difería de las otras noches. Solo que era la última y ese día no se habló del trabajo ni de la misión, simplemente bebieron y se divirtieron. A las chicas les gustaba Mastreta, quizá porque en parte era obra suya, o eso creían. Sanz estuvo, por una vez, relajado, riendo a gusto, y Carlos Lozano sacó todo su repertorio de exquisitas banalidades. La guerra quedó al margen, los peligros venideros se olvidaron por unas horas. Bailaron hasta tarde engañándose para creer que aquello era una lujosa fiesta parisina. Sanz terminó bebido, Lozano bailaba solo y Concha Vidal se retiró a sus aposentos dando tumbos. Mastreta y su maestra Judit Balcells desaparecieron escaleras arriba. Ese mismo día que acababa, a cuatrocientos cincuenta kilómetros de Tarragona, Frederika Heinz había tenido una tensa conversación con su contacto en un bosque de las afueras de San Sebastián.

10

El hombre conocido como Mastreta pasó a llamarse Juan Hernández el día 18 de mayo de 1937. Por la mañana, al despuntar el sol, él y el capitán Sanz, que, por primera vez desde que ambos se conocieron, vestía de civil, se montaron en un Citroën 7C y se trasladaron a la ciudad de Lleida. Sanz iba al volante. Durante el viaje Mastreta repasó una decena de veces su biografía.

Juan Hernández había nacido en Barcelona el 24 de marzo de 1902. Era hijo de una familia de derechas de clase media. Su padre tenía un comercio en la calle Canuda. Había estudiado, como su hermano menor, en una escuela religiosa. Fue un niño listo y asmático. Ambos hermanos habían demostrado desde temprana edad interés por el arte animados por su madre, una mujer muy culta procedente de una saga de profesores universitarios. El joven Juan había estudiado historia del arte durante unos años en la facultad, en Barcelona, aunque no terminó los estudios. Su temperamento le empujó a viajar, aun sin dinero, atraído por la vida bohemia de ciudades como París y Berlín. Durante esos años, vivió la mayor parte del tiempo en París, aislado de la política, ajeno a los acontecimientos que ocurrían en España durante los años treinta, de hecho, apenas pisó el país. Regresaba, principalmente, para pedir dinero a su familia. Las cosas no le habían ido como esperaba, sus dibujos no se vendían apenas y no lograba dinero más que para filmar cortometrajes y documentales cortos que encontraban pocas veces espacio para exhibirse y que no despertaban el interés de productores. La situación cambió súbitamente a principios del treinta y seis, la crítica parisina más vanguardista había reparado finalmente en uno de sus cortometrajes, lo que le permitió obtener dinero para rodar otro. En pocos meses, de la nada, pasó a convertirse en un posible nuevo

valor artístico en una ciudad hambrienta de novedades; estaba a un paso de salir del anonimato. Algo vino a interrumpir sus proyectos de manera dramática: la guerra estallaba en España y las noticias que llegaban desde Barcelona no eran nada buenas para su familia. Las cartas de su madre hablaban de miedo ante el caos reinante en la ciudad, que parecía que había caído en manos de los grupos de extrema izquierda. Juan Hernández, a punto de lograr el éxito, lejos del drama que se vivía en su tierra, no prestaba demasiada atención a los relatos de su madre respecto a detenciones y ejecuciones sumarias que estaban teniendo lugar. Pero esa realidad de la que se había mantenido al margen le alcanzaba al fin. Su hermano, que había militado brevemente en la Falange años atrás, fue apresado por un comité de la FAI y fusilado días después. En ese momento era abogado, estaba lejos de cualquier militancia política, se había casado y tenía dos hijas. Aquella muerte, tan injusta, fue para Juan Hernández un golpe gigantesco y supuso un punto de inflexión. Abandonó todo lo que estaba haciendo en París, que de repente le parecía algo infantil y estúpido, y regresó a España dispuesto a luchar contra los que habían matado a su hermano. Aunque no tenía apenas tendencias políticas, los sucesos familiares le situaban ahora como un convencido candidato a luchar hombro con hombro con los sublevados. Llegó a Barcelona dispuesto a buscar a los asesinos de su hermano, tal era su ignorancia. Lo que se encontró fue una ciudad sumida en la anarquía. Tuvo que huir rápidamente, pues su nombre estaba ya en algunas listas negras. Aun así, tuvo tiempo de preparar su fuga al bando nacional dando un gran rodeo, a través de los Pirineos, por el sur de Francia, hasta Aragón. Se desplazó a Zaragoza, donde se enroló, a pesar de su asma. En ese momento nadie preguntaba esas menudencias. Su loca idea era estar con los primeros soldados que entraran en Cataluña y tener así la ocasión de matar a aquellos que habían asesinado a su hermano. Llegó a entrar en combate y no fue muerto de milagro, pues un ataque de asma le inutilizó en pleno campo de batalla. La valentía de unos compañeros, que le evacuaron con riesgo de sus vidas, le salvó de morir tendido al pie de una colina. Se quedó en retaguardia, pero

no era el tipo de hombre que se contentara haciendo tareas de intendencia. Cayó en depresión, bebiendo y llorando como única actividad, mendigando incluso durante algún tiempo. Hasta que se dio cuenta de que su talento con la cámara podía ser útil a la causa. Eso era lo que le había llevado a San Sebastián. Su idea era denunciar las injusticias que se habían cometido en Cataluña y Aragón durante los primeros meses de la guerra, y procurar que sus películas tuvieran repercusión internacional.

Esa era la historia. Había costado lo suyo elaborarla. El coronel había hecho una primera propuesta que resultaba poco creíble, en la que se minimizaban los excesos que se estaban llevando a cabo en territorio republicano. Finalmente le convencieron. Si la historia no era creíble, el fracaso estaba asegurado. Había que ser prácticos, le dijeron, su cometido tenía que estar al margen de posturas patrióticas. Eran aquellas palabras del propio coronel que, durante el debate, se tornaron en su contra y le hicieron ceder.

Cuando Mastreta llegó a Lleida, se sabía de memoria su biografía. Sanz le interrogó respecto a aspectos concretos. ¿En qué compañía estuvo en Zaragoza? ¿En qué batalla tomó parte, aunque fuera brevemente? ¿Dónde vivió en París, qué barrio, qué calle, qué piso? ¿Dónde fue ajusticiado su hermano? ¿Trabajaba este en un gabinete de abogados? ¿Cuál? ¿Dónde estaban sus padres ahora? ¿Por qué abandonó la facultad? ¿Había estado casado? ¿Había tenido relaciones con mujeres en París? Para todo debía haber una respuesta. Pero muchas variables no la tenían. Algunos de aquellos flecos trataron de resolverlos Sanz y Mastreta sobre la marcha, durante el viaje. Su idea era plantearse todas las cuestiones a las cuales Juan Hernández podría tener que enfrentarse en San Sebastián en algún momento en el curso de una sencilla conversación. Era mejor improvisar ahora que hacerlo luego, rodeado de soldados fascistas. Aun así, sabían ambos que siempre habría preguntas para las cuales no habrían preparado una historia.

—¿Cruzó usted por el sur de Francia?

—Así es.

—¿Cómo está el sur de Francia en esta época del año?

—¿Frío? ¿Verde y florido? Todavía nevado en algunas cumbres. No lo sé, joder.

—¿Qué le parecen las bases ideológicas del falangismo?

—No tengo ni idea.

—Bien. Si algo no lo sabes, no lo sabes. ¿Cuál es su calle favorita de París?

—La *rue* Saint-Denis, por supuesto.

—¿Por qué?

—Porque está llena de prostitutas.

—Dependiendo de con quién hables, eso es mejor no decirlo. ¿Cuál era su unidad en el ejército?

—La decimotercera división.

—¿Cuál es el apodo de esa unidad?

—La Mano Negra.

—¿Por qué?

—¡Y yo qué sé!

—¡Mal! Eso sí tienes que saberlo. Cualquier soldado de esa unidad lo sabría.

—Pues no me acuerdo.

—La mano de Fátima, es un símbolo protector.

—Me *cagüen* la leche.

Mastreta tenía parientes en Lleida, aunque ya le habían dicho que no podría verlos. Hacía mucho tiempo que no recorría aquellas llanuras. El campo estaba verde en primavera; lo que solía ser un paraje pardo y seco durante la mayor parte del año, se transformaba. Florecían los almendros, los manzanos y los cerezos, brotaban los campos de cereales, los cielos eran inmensos, los ríos bajaban cargados y en los pueblos las muchachas habían cambiado sus atuendos invernales por frescos vestidos campestres. Así eran sus recuerdos. Vio algunas chicas desde el coche al pasar por pueblos de secano, pero con ellas había también milicianos que las cortejaban reclinados en sus camiones militares. No se veía apenas actividad en los campos, ni carros de bueyes en los caminos ni labriegos en las plazas. Algunos pueblos parecían estar abandonados mientras en otros había multitudes vociferantes

frente al ayuntamiento o en la plaza mayor. Mastreta hizo algunas filmaciones durante el camino, en especial de milicianos republicanos, muchachos que ante él pronto fanfarroneaban con sus fusiles.

Al llegar a las afueras de la ciudad les detuvo un atasco. Una columna militar estaba parada en la carretera. Un control daba el alto a la mayoría de los vehículos. Tras una espera de quince minutos, el capitán Sanz se bajó del coche y se acercó a un miliciano. Este le apuntó con el arma al verle. Por suerte, Sanz mantuvo la calma y consiguió identificarse sin que el miliciano perdiera los nervios. El hombre, que a ratos parecía sombrío y a ratos eufórico, bajó el arma al fin y con repentina educación fue a buscar a un superior. Este saludó marcialmente a Sanz y, tras hablar con él y comprobar sus papeles, repartió órdenes a diestro y siniestro, de modo que finalmente varios milicianos se encargaron de abrir camino para que el coche de Sanz y Mastreta pudiera entrar en la ciudad. Al pasar junto al control, los jefes de la columna saludaron al capitán. Al mismo tiempo, Mastreta pudo ver cómo un soldado hacía bajar a punta de fusil a varios hombres de un vehículo y los ponía en fila junto a la carretera con los brazos en alto. No tuvo tiempo de filmarlo, no pudo capturar con su Bolex los ojos extraviados de aquellos hombres cuyo gesto indicaba una emoción de miedo tan intensa que se asomaba ya a la resignación, aunque Sanz tampoco se lo hubiera permitido.

Mastreta se dio cuenta en ese instante de lo que estaba ocurriendo, de hacia dónde iba, de que había una guerra real a su alrededor. Había persecuciones y fusilamientos en las ciudades, y odio, y un miedo aterrador. Y a poco más de cien kilómetros estaba el frente, donde los hombres disparaban sus fusiles para matarse unos a otros. Comprendió de un modo completo y esencial, desde el interior del estómago, que se había desatado la locura y él estaba a punto de formar parte de ella.

11

El día 17 de mayo, Frederika consiguió volver al hotel sin novedad. Debería haber estado preparada para cualquier cosa, pero tenía la cabeza en otra parte. Quizá fue eso, su estado de ánimo neutro y decaído, lo que hizo que pasara desapercibida por las calles de San Sebastián, y luego en el autobús, y luego en el vestíbulo del hotel. En la habitación se quedó sentada un buen rato sin quitarse el abrigo, sin hacer nada, a oscuras. Sonó el teléfono, pero no contestó. Las dos cartas que le habían sido entregadas seguían intactas en su bolsillo. Sintió deseos de darse un baño, de hundirse en el agua durante un buen rato para estar ajena a todo, no solo a la guerra y a su trabajo, sino también a las cosas que le eran propias, las cosas que estimaba. Quería estar al margen de ellas para no sentir nada, para no experimentar dolor alguno. Sin embargo, no se movió. Se quitó el abrigo al fin. El teléfono sonó por segunda vez. Esta vez sí contestó. Era el teniente Benítez. Con voz de perfecto militar la convidó a una cena informal de trabajo a la que asistirían varios oficiales. A Frederika le costó elevar su voz al nivel del personaje que había creado para Benítez. Aun así, lo hizo. En cambio, al personaje le costó muy poco deshacerse del teniente alegando cansancio y jaqueca y prometiendo empezar el día con fuerzas renovadas.

Frederika abrió la primera carta, la de Mihail. Le contaba que estaba en alguna parte de Abisinia y le explicaba que aquel era un país de una belleza sin igual. Estaba entusiasmado, por primera vez en su vida había visto elefantes salvajes; por desgracia, había tenido que observar también, horrorizado, cómo un grupo de soldados alemanes e italianos abatían a escopetazos a uno de aquellos impresionantes animales. Los elefantes no entendían lo que les ocurría. Mihail decía no entenderlo tampoco. Pronto

volvería a Alemania. Cuando tuvieran más tiempo, le prometía, la llevaría a África. Se alejarían de todo. Le decía que el mundo era inmensamente grande y bello. La echaba de menos, más que otras veces, más que nunca. Tenía la sensación de que todo cambiaba muy deprisa a su alrededor, todo se volvía irreconocible. El ejército, las ciudades alemanas, sus propios amigos. Cada vez necesitaba más de ella para no extraviarse. Anhelaba verla en Berlín, en su pequeño piso de Kurfürstendamm. Traería algunos objetos de su viaje para darle un aire exótico al salón. Según había sido informado, estaría de vuelta en Berlín a primeros de mayo. Le rogaba que hiciera lo posible para que coincidieran al menos unos días. Estaba fatigado, desmotivado, fumaba y bebía demasiado, se disculpaba por ello y alegaba como única defensa la añoranza que sentía de ella. Solo encontraba ánimos para hacer su trabajo cuando pensaba que muy pronto estarían juntos. Era así, ¿verdad?, se interrogaba Mihail. «¿Te veré pronto? Espero que sí. Mi mente y mi cuerpo te necesitan. Y eso debe de significar que te quiero».

Era una carta breve, como todas las de Mihail; a cambio, como siempre, no había una sola palabra hueca. Nunca sobraba nada ni se dejaba nada por decir. El papel le temblaba en las manos porque adivinaba lo que iba a ocurrir cuando leyera la otra carta, la del coronel Platz. No quería abrirla todavía. Quería estar un poco más sin saber, agarrada a las palabras de Mihail: «Debe de significar que te quiero». Era la una de la madrugada. La habitación estaba oscura. Fuera sonaron unos gritos marciales: en la plaza un pelotón de soldados subía a un camión. Este arrancó haciendo un ruido infernal, que se disipó como un nubarrón negro que se alejara con el viento. Un par de minutos después el silencio era absoluto otra vez. Frederika leyó la carta por última vez. «Sí, Mihail —se dijo a sí misma—, el mundo es un lugar de locos, es cierto, debe ser terrible presenciar cómo se abate a tiros a una criatura indefensa, te comprendo y me horroriza también. Claro que sí, Mihail, iré contigo, quiero ver Abisinia, aunque me da igual el lugar, me basta con estar contigo. Tienes razón, todo cambia a nuestro alrededor, yo también te necesito para saber quién soy, para saber lo que está bien y lo que está mal. Deseo encontrarte en

nuestro piso de Kurfürtendamm, y ver esos extraños objetos que traes de Abisinia para decorar el salón. No fumes tanto, no bebas en exceso, claro que estaré, claro que nos veremos muy pronto, claro que te quiero».

Frederika guardó la carta en su bolsillo. Estuvo unos minutos mirando el techo de la habitación. Por fin, se levantó y cogió la carta del coronel Platz. Se sentó en la cama y encendió la luz de la mesilla.

Querida Frederika:

Te habrá extrañado recibir estas dos cartas. Conociéndote, puede que hayas averiguado el motivo. Ojalá no haya sido así. Tú me dices siempre que soy un hombre frío e insensible. No sé si lo dices en serio o no, a veces logras confundirme también a mí. Bien, pues hoy no podrás acusarme de frialdad. Aunque eso es lo de menos. Espero que hayas seguido las instrucciones en cuanto al orden en que debes leer las dos cartas. Es por tu bien. Te mereces leer la última carta de Mihail sin saber que es la última. A mí me toca escribir la otra, la carta hija de puta. Sí, Frederika, Mihail ha muerto, se estrelló con su avioneta en Abisinia el pasado 28 de abril. Lo siento. Sé que no hay nada que pueda añadir para consolarte. He planteado tu relevo de la misión a mis superiores. La respuesta ha sido negativa. Eres un activo demasiado importante, me han dicho. No hay nada que yo pueda hacer al respecto. Si tomas decisiones por tu propia cuenta, tendrás mi apoyo en la medida en que eso sea posible.

Con todo mi aprecio,

Coronel Joseph Platz

12

En mayo de 1937 en Lleida las cosas estaban peor que en Tarragona. Era la primera ciudad importante en la retaguardia republicana, en el frente aragonés. Había escaramuzas constantes en ese momento en los alrededores de Zaragoza y Huesca, a poco más de cien kilómetros. El ir y venir de tropas era constante y traumático para la ciudad, como la llegada de heridos. Al mismo tiempo, todavía se producían detenciones y juicios sumarísimos que a veces acababan en fusilamientos. Ya no ocurría a diario, como en 1936, pero esporádicamente corrían noticias de redadas y detenciones, y cualquier chispa podía desatar episodios de violencia incontrolada. Cuando llegaron a la ciudad, había una calma muy frágil. Los graves disturbios que se habían producido en Barcelona días atrás, enfrentando a anarquistas y trotskistas con el Gobierno de la República y la Generalitat, habían perturbado seriamente el orden en toda Cataluña. En Lleida se había mantenido cierta tranquilidad, si bien las columnas de milicianos que se encontraban en la ciudad habían dado serios avisos de indisciplina y los conatos de desgobierno se habían vuelto a intensificar con ejecuciones puntuales llevadas a cabo por elementos radicales. Todo era muy breve y siempre acababa igual: el eco de un tiroteo, unos gritos y una mujer de negro llorando sola en la plaza del ayuntamiento. La tensión había sido máxima y todavía se respiraba en el aire el olor a pólvora, aun así, finalmente había imperado el buen sentido, la vida marchaba y la gente trataba de seguir adelante en una falsa normalidad.

Tenían una agenda muy apretada. Solo iban a estar un día en la ciudad y había muchas cosas que hacer. Antes de instalarse, se dirigieron a la catedral, que había sido incendiada meses atrás. Mastreta filmó el edificio, ennegrecido por las llamas. Su aspecto

era lúgubre. En su interior se amontonaban carbonizados los restos del que fuera el coro, una obra barroca tallada en madera que había quedado reducida a cenizas. Imágenes como aquellas podrían abrirle puertas en San Sebastián. Sanz era reticente. Le parecía excesivo proporcionar aquellas imágenes al enemigo. Además, pensaba que le resultaría difícil justificar cómo había logrado filmar aquello. La cronología de su biografía, estudiada con rigor, no le situaba allí en ese momento. Eran detalles que debían tenerse en cuenta. Muy a su pesar, la filmación acabó destruida.

Mastreta y Sanz se instalaron en el cuartel habilitado en el interior de la Seu Vella, la que dos siglos atrás fuera catedral, en lo alto de una de las colinas de la ciudad. Mastreta había conocido la zona como un cuartel militar toda su vida, pero el efecto de ver un edificio tan bello, tan gigantesco en su ambición de monumento, en su excelencia, convertido en mero cuartel, pulido y desmerecido para un aprovechamiento práctico del mismo, con voluntad de deprimir a la ciudad afeándola en lo más estimado, siempre le había resultado chocante, aunque no hubiera conocido otra configuración. Provocaba a la vista la angustia de ver a un animal atrapado, cogido del cuello, impotente ante un destino tan incomprensible. Mastreta se dio una vuelta por el lugar después de haberse acomodado. Los alrededores del edificio eran también zona prohibida para civiles. Había varios niveles de murallas y baluartes que se superponían, testimonios de siglos de sitios y batallas. Ahora era un lugar solitario y tranquilo, descuidado y asilvestrado, donde las malas hierbas campaban a sus anchas. Un soldado apareció de súbito dándole voces hasta que se acercó lo suficiente para verle bien. Hacía un par de horas se habían conocido en el cuartel. El soldado, un hombre de casi cincuenta años, con cara de payés y de hacer las cosas con buen criterio, le aconsejó que se hiciera con un uniforme militar o con algún signo externo que permitiera su fácil identificación, o corría serio peligro de que algún miliciano de gatillo fácil le confundiera con un saboteador y le descerrajara un tiro en la cabeza antes de preguntar. Mastreta le dio las gracias. Alrededor de la Seu, el

terreno era irregular. Había algunos muros semidestruidos y senderos desdibujados. Caminó entre piedras hasta un baluarte que miraba al sur, hacia el río. Desde allí se veía toda la ciudad a sus pies, que a esa hora comenzaba a encender las luces de las calles. No tanto las de los hogares. Las ventanas permanecían todavía oscuras, cualquier ahorro era poco. El río Segre discurría inmutable. Algunas barcazas estaban ancladas en el margen izquierdo, y un poco más allá, en el mismo margen, a unos cientos de metros de la orilla, había aparcados una decena de camiones militares. Desde allí era el único destello de guerra que podía divisarse. De pronto sonaron tres escopetazos. Parecían llegar del otro lado de la ciudad y se apagaron en un segundo. Luego, el río siguió inmutable, como la ciudad. Mastreta oyó un ruido a su espalda. Temió que fuera un centinela dispuesto a disparar antes de preguntar, así que se volvió con cautela. Era el capitán Sanz.

—Llevo un rato buscándote —dijo.

—De pequeño subía aquí arriba los domingos de verano. Nos veníamos a merendar con un primo muy despabilado. Ya entonces era zona militar y estaba prohibido el acceso. Pero eso no era un obstáculo para nosotros. Éramos traviesos. No sé qué habrá sido de él. Supongo que habrá sido movilizado.

—Tenemos que preparar la jornada de mañana. Será un día largo. Nos uniremos a una compañía que se dirige a las cercanías de Huesca. Podríamos llegar a tropezar con el enemigo. El frente está loco en esa parte de Aragón, las líneas cambian cada día.

—Vamos muy bien equipados para el frente —dijo Mastreta con ironía.

—No te apures. En Barbastro nos desviaremos. A partir de ahí estaremos solos. Si no hay tropiezos, mañana mismo por la noche cruzaremos la frontera francesa y dormiremos en un lugar llamado Gabas, donde tenemos un colaborador. De allí, emplearemos otro día en llegar a Hendaya. Ahí, seguirás tú solo.

Mastreta no habló. Tenía una sonrisa falsa en la cara. Ya no se le pasaba nada por la cabeza, las cosas ocurrían demasiado deprisa. Sentía ese avance en la piel y en el estómago. Y en las manos, que le temblaban más a menudo que de costumbre.

Los dos hombres volvieron al cuartel. Empezaba a anochecer. Mastreta tenía en mente bajar a la ciudad y tomar un coñac en algún bar. Pero pronto desechó la idea, se dio cuenta de que la tarea que todavía tenían por delante era gigantesca y de que ya no había posibilidad de posponerla.

Por la mañana, al salir de Lleida, se toparon con un tiroteo. Un grupo de milicianos habían tomado una calle de las afueras y rodeaban una de las últimas casas de la ciudad, en la carretera de Huesca. Sanz y Mastreta, ambos vestidos de civiles, circulaban en el coche por calles que parecían todavía dormidas cuando un desarrapado miliciano con el arma en guardia les salió al paso. Les pidió que se identificaran y luego les dijo que debían esperar, que había un incidente. Desde el lugar donde estaban se divisaba parcialmente la operación. Era visible una esquina del edificio. Dos hombres apuntaban a él parapetados tras un coche. Otros dos hacían lo mismo desde una bocacalle. Estuvieron en alerta un buen rato. Mastreta sacó la cámara e hizo varias tomas de ellos, así como del miliciano que les había dado el alto. El hombre se reía, avergonzado ante la cámara. Sanz se impacientaba. De repente los cuatro hombres apostados empezaron a disparar como locos. Parecía que habían estado aguardando que una liebre saliera de su madriguera y que esta se hubiera hecho visible al fin. Se detuvieron a la vez después de cinco minutos de disparos. Acto seguido, dos de ellos salieron a la carrera y desaparecieron. Los otros dos se movieron también, con más cautela. La acción desapareció del campo de visión de Mastreta y Sanz. Se oyeron más disparos. Al cabo de unos minutos, dos de los milicianos volvieron con un compañero herido. Lo cargaron en un coche que salió disparado hacia el centro. Luego fueron apareciendo más soldados. Regresaban ahora con tranquilidad, el fusil colgado al hombro, departiendo sobre lo acontecido. El miliciano que había dado el alto al coche de Mastreta y Sanz preguntó a gritos si ya se podía pasar. Los otros gritaron que sí. Sanz estaba al volante. Si no se daban prisa, la columna de soldados a la que debían unirse partiría sin ellos. Al pasar junto al edificio donde se había producido el altercado, Mastreta apuntó con la cámara. Pudo

filmar cómo varios milicianos sacaban los cuerpos de al menos dos hombres y los dejaban en la calle.

Llegaron a tiempo de unirse a la columna. Corrió la voz de que había dos tipos con una cámara. Los soldados los miraban con curiosidad y no perdieron la ocasión de lanzarles algunos comentarios socarrones. Los que se apelotonaban en los últimos camiones se animaron considerablemente. Creyeron que eran periodistas. Para los soldados camino del frente, cualquier anomalía era buena para entretener la mente.

Era una columna de soldados de reemplazo. Habían sido llamados a filas y habían tenido que dejar sus trabajos y sus familias para ir a la lucha. El entusiasmo que desprendían los grupos de milicianos que habían visto en la ciudad estaba aquí ausente. No querían estar allí. La mayoría eran muy jóvenes. Entre aquellos hombres se veían caras de diversas clases. Las había histéricas, que aguantaban los nervios hablando sin parar, riendo compulsivamente o mordiéndose los labios. Las había mudas, tan quietas que parecían figuras, no movían un solo músculo, solo los ojos, que relucían en su tez enrojecida por el sol. Las había bobas, ausentes, caras que le daban vueltas y vueltas a alguna cosa, que se habían quedado encasilladas. Las había más o menos normales, caras de hombres que daban órdenes a gritos, que se portaban con firmeza militar, pero era una normalidad solo aparente, era fácil ver en ellas signos de tristeza. Había también caras que eran como monstruos, como rocas, caras de hombres que tenían hambre de guerra.

—Esos van a entrar pronto en combate —dijo Sanz—. Puede que hoy mismo. Se está luchando en los alrededores de Huesca. Se lucha en malas condiciones. No es una batalla de trincheras, es mucho más expuesta. Un tercio de esos hombres caerán muertos o heridos en los próximos días.

La columna hizo un alto en Barbastro. Sanz y Mastreta fueron invitados a sentarse con un grupo antes de despedirse. La mayoría venían de Barcelona y de localidades de sus alrededores. Fumaban sin parar, el tabaco era un bien muy preciado en la columna. Se pasaban también una bota de vino. Cuando llegó a Sanz, este

declinó beber y fue abucheado por todos. Mastreta, en cambio, se unió al grupo e hizo una demostración de habilidades. Era capaz de decir palabras inteligibles mientras el chorro de vino entraba en su boca, y luego sorprendió a todos lanzando el chorro contra su pómulo y haciendo que el vino se decantara dócilmente hacia la boca. Algunos hombres aplaudieron, otros reclamaron la bota para sí, pero nadie fue capaz de imitarle sin mancharse la guerrera. Contaron chistes y hablaron de mujeres. Mastreta habló de las francesas y enseguida se ganó la atención del grupo. Una moza que cruzó la calle a unos cien metros de donde estaban despertó el entusiasmo colectivo. Rieron un buen rato. Mastreta quiso filmar sus caras y sus ademanes, pero Sanz se lo impidió. Luego, se hizo un silencio breve y alguien preguntó cuántas horas faltaban para llegar a Huesca. Las caras de todos se ensombrecieron. Al poco, un sargento se acercó gritando a pleno pulmón. Los hombres se pusieron de pie al momento y se encaminaron a los camiones. Sanz se despidió de los que tenía más cerca y les deseó buena suerte, pero ellos ya no le escuchaban apenas, tenían la cabeza en otra parte. En unos minutos la columna estaba en marcha. Los camiones levantaron una considerable polvareda en la plaza del pueblo, y cuando se disipó, ya habían desaparecido.

Comieron en la cantina que había en la misma plaza. Vestidos de civiles podían pasar por cualquier cosa. A Mastreta le dio por beber y terminó por arrastrar a Sanz. A los postres, después de acabar una botella de vino, ambos habían perdido buena parte del comedimiento y se instalaron en una conversación de tono chistoso.

—¿Qué posibilidades tengo de terminar esta aventura con éxito y regresar entero? No muchas, supongo —dijo Mastreta riendo a medias.

—Yo no apostaría por ti.

—¿Una entre diez?

—Más bien una entre cincuenta. —Reía Sanz tontamente, Mastreta reía también, pero más tieso, no le hacía tanta gracia—. En unas seis o siete horas estaremos en Francia —calculó Sanz.

—Un poco tarde para conocer a las muchachas del pueblo.

—Dicen que las francesas están muy, pero que muy bien —dijo Sanz.

—No son más guapas que las de aquí. —Sanz pareció decepcionado—. Pero saben más de la vida, y saben demostrarlo —añadió Mastreta.

Apuraron sus copas de vino. Sanz tenía la cara enrojecida y Mastreta los ojos un poco hinchados. Les hubiera sentado bien una siesta.

—Si tengo que follar —dijo Mastreta de súbito—, ¿qué hago?

—¿Qué?

—Si me veo en la necesidad de follarme a una fascista para obtener información vital para la misión, ¿qué hago?

Sanz se partía de risa. Estaban bebidos y hablaban con demasiada despreocupación. Un grupo de hombres les observaba desde el fondo de la cantina.

—¡Pues disfrutarlo!

—Igual me hago fascista.

—No seré yo quien te lo reproche.

—Tampoco estarías allí para hacerlo.

—¡Que te jodan!

—Ya estoy jodido.

Mastreta había estado haciendo pequeños dibujos a lápiz mientras hablaba. Terminó de dibujar lo que parecía la cara de Sanz y acto seguido buscó otro objetivo. Dirigió su mirada al fondo de la cantina.

—¡No me toques las narices! —decía Sanz—. Yo me ofrecí voluntario para esto. El coronel no me dio ni una opción, ni siquiera me puso a prueba.

—Cállate —dijo de repente Mastreta en voz baja.

—No das el perfil, me dijo. De todos modos...

—Cállate de una vez —repitió Mastreta en un susurro casi colérico. Sanz se dio cuenta de que algo ocurría. Sin embargo, Mastreta siguió dibujando como si no pasara nada—. Al fondo —dijo al fin sin mover apenas los labios— hay cuatro hombres.

Sanz pidió café, pero desde la barra le dijeron que no había.

—Parece ser que les interesamos bastante —siguió Mastreta

sin dejar de dibujar—. Ni que fuéramos chavalas de buen ver.

—No debimos haber bebido tanto.

—A mí el vino me hace más listo. —La mujer de la cantina les trajo unas copitas de orujo del lugar. Sanz las rechazó, pero Mastreta le ordenó que las dejara sobre la mesa. Dio las gracias y empezó a beber—. Tómate tu copa o se darán cuenta de que estamos alerta.

Bebieron ambos. Mastreta contó un chiste y cuando la mujer volvió para cobrar, le soltó un piropo. Se levantaron y, al hacerlo, Mastreta tiró una silla al suelo y a punto estuvo de caerse. Salieron ambos y fueron hacia el coche. Cuando habían recorrido treinta metros, los cuatro hombres de la cantina salieron a la plaza. Mastreta y Sanz siguieron andando como si nada ocurriera. El coche estaba al otro lado de la plaza, donde habían estado los camiones militares.

—¿Llevas tu arma encima? —preguntó Mastreta.

—Sí, pero no está cargada. La munición está en el coche.

—Muy bonito. ¿Tienes idea de lo que pueden querer?

—En estos pueblos —contestó Sanz— reina bastante el caos. Aragón está en este momento partido por la mitad. Podría ser un pueblo de fascistas que se mantiene a la expectativa. Ahora que se han ido los soldados se les puede haber pasado por la cabeza linchar a dos forasteros republicanos. —Mastreta gruñó—. También podría ser el caso contrario y piensan que los fascistas somos nosotros —añadió Sanz.

Siguieron andando sin mirar atrás. Los cuatro hombres les seguían, cada vez con más apremio. Sanz murmuró que debían apresurarse, pero Mastreta no le hizo caso y siguió en su papel de borracho parsimonioso. Los hombres les pisaban los talones. Apenas faltaban diez metros para el coche cuando uno de ellos les llamó. En la plaza no había ni un alma. Llegaba música de una ventana y la brisa seca levantaba polvo. Sanz estaba a punto de perder los nervios. El hombre les llamó otra vez con una voz tan seca como aquel lugar. Mastreta se dio la vuelta. Sanz, en cambio, siguió caminando hacia el coche con la cabeza baja. El hombre que había hablado se acercó. Los otros tres iban un paso por detrás. A

Mastreta le pareció ver que uno de ellos metía su mano en el interior de la chaqueta y observó que otro era muy corpulento. Llevaban abrigo o chaqueta, iban demasiado tapados para ese día.

El que había hablado vaciló un segundo. Mastreta no lo hizo: nada más terminar de girarse, se fue hacia él y en un solo gesto le agarró por el cuello. Con la otra mano sacó un revólver del interior de su chaqueta y le clavó el cañón en la mejilla. Lo hizo tan rápido que todos, incluso Sanz, tardaron unos segundos en darse cuenta de lo que pasaba. Los que acompañaban al lugareño dieron un salto atrás. Uno de ellos retrocedió de espaldas unos metros, hasta que se dio la vuelta y salió corriendo.

El hombre encañonado era, del grupo de lugareños, el que mejor llevaba la situación. No dijo nada ni se movió. Esperó, como Mastreta. Uno de los que le acompañaban empezó a gritar. Mastreta le dijo al que tenía agarrado que le hiciera callar. La brisa levantó más polvo, la música de la ventana había cesado. Un coche llegaba por la carretera, estaba aún lejos, pero el polvo le delataba.

—Date prisa —dijo Sanz—. Es mejor largarse de aquí.

—¿Qué quieres? —preguntó Mastreta al hombre que tenía encañonado.

—Nada, señores. Ha sido un error. Solo quiero volver sobre mis pasos y olvidar que los he visto.

—Estoy nervioso y tengo prisa —gruñó Mastreta—. Dime de qué va esto o acabaremos mal.

El hombre dudó. Los otros se miraban sin saber qué hacer. Sanz, que hasta entonces había estado inmóvil, abrió la puerta del coche y buscó algo en el interior.

—Me ha parecido entender que van ustedes a Francia —dijo el hombre al fin.

—¿Y qué?

—Ahora está difícil moverse por Aragón. Solo queríamos saber si había la posibilidad de que llevaran a un par de pasajeros en su automóvil. Estábamos dispuestos a pagarles.

—¿Está loco?

—Son dos personas que deben salir de aquí como sea. Queríamos hacer un trato con ustedes, pero vamos a olvidar que

les hemos visto.

—¿Esos pasajeros son fascistas?

El hombre vaciló. Sanz había sacado su arma y la había cargado. Con ella en la mano obligó a los otros hombres a rodear el coche y a quedarse pegados a la sombra de un edificio. Allí comprobó que no llevaban armas de fuego. Solo navajas. Las tomó y las lanzó al suelo.

—¿Son fascistas esos pasajeros? —repitió Mastreta.

Notó que el hombre al que encañonaba había empezado a temblar ligeramente. El tipo no sabía qué debía decir.

—No lo sé —contestó—. Solo quieren hacer un viaje a Francia.

Mastreta se relajó. Cacheó rápidamente al tipo, quitó el revólver de su cara y le soltó el cuello, pero no guardó el arma.

—No quiero que me mientas —dijo.

El hombre estaba ahora muy nervioso, como si se derrumbara pasado ya lo peor. Mastreta le ordenó que se diera la vuelta lentamente, quería verle los ojos. Sanz estaba a la expectativa. Seguía los movimientos de Mastreta.

—No son fascistas —dijo el lugareño al fin—. Sus padres lo fueron. Vinieron un grupo de milicianos y los mataron. Eso pasó en noviembre pasado. Los milicianos sabían que había una muchacha y un niño, y los buscaron. Solo son niños. Nosotros los escondimos por pura pena.

—¿Quiénes sois vosotros?

—El pueblo entero. —Mastreta guardó su arma en el interior de la chaqueta. Eso dio confianza al hombre—. No podemos esconderlos más —siguió—. Han venido dos veces el último mes y han amenazado con matar al que los guarde. Todo el pueblo tiene miedo. Deben marcharse o alguien acabará chivándose y volverá a correr la sangre en esta plaza.

Sanz se acercó a Mastreta y al tipo, que respiraba ahora con celeridad. Lo hizo lentamente, llevaba el arma en la mano, lo que puso al otro en guardia otra vez. Sanz fue a decir algo, pero Mastreta le detuvo.

—¿Cuánto? —quiso saber—. ¿Cuánto pagan?

—Cinco mil pesetas. No tenemos nada más.

—Eso lo veremos. Vayan juntando todo lo que escondan. Billetes, las joyas de la abuela y los brillantes del tío que se fue a Cuba.

—¿Qué? —susurró Sanz.

El capitán no tuvo tiempo de añadir nada. Uno de los lugareños, el más joven, se acercaba ahora de un modo imprudente. Sanz se puso en guardia al momento. Otro hombre, el más corpulento del grupo, iba cautelosamente detrás del joven, preocupado por su actitud.

—¡Alto ahí! —ordenó el capitán.

El muchacho se paró, pero su actitud seguía siendo imprudente.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó—. ¿Por qué van armados?

—Tranquilízate, Luis —le dijo el corpulento.

Todo el mundo estaba inmóvil. El coche entró en la plaza levantando polvo. Parecía que iba a detenerse, pero el conductor se dio cuenta de que había hombres armados. De súbito aceleró y desapareció por el otro extremo. Nadie hizo nada. Entonces Mastreta, el único que parecía estar tranquilo, empezó a reír. Sanz estaba desconcertado.

—¿De qué va esto? —le espetó Sanz—. ¿Estás borracho de verdad?

Todos le miraban. Mastreta seguía riendo.

—¡Quién lo iba a decir! —dijo dirigiéndose a Sanz y luego al grupo—: No somos los compañeros de viaje perfectos para llevar a dos fascistas. —Se rio otra vez y miró a Sanz—. ¿No es así? —El capitán no supo qué decir—. Pero no somos asesinos —siguió Mastreta—. Y es cierto que vamos a Francia. Si juntan un buen estipendio, nos llevaremos a esos chicos y les dejaremos en el primer pueblo que encontremos al otro lado de la frontera. Luego, tendrán que apañárselas.

El hombre joven, que no tendría más de veinte años, clavaba los ojos en la pistola de Sanz. Había miedo en él, pero había también algo más fuerte que surgía con ímpetu juvenil.

—No podemos fiarnos de estos hombres —dijo con voz quebrada—. No sabemos qué son, tienen pistolas.

—Te gusta la niña, ¿verdad, imbécil? —dijo el corpulento.

—Cállate.

El coche volvió a aparecer por un extremo y se acercó muy despacio. Se detuvo en medio de la plaza. Bajaron dos hombres que, con mucha cautela, se acercaron al grupo. Se les unió aquel que había huido al principio despavorido. Mastreta contemplaba el debate divertido. Sanz se frotaba el mentón con una expresión visiblemente malhumorada. Se llevó a Mastreta junto al coche para hablar con libertad.

—¿Qué coño estás haciendo? —dijo.

—¿Qué más da?

—Son fascistas, para empezar. Y nosotros tenemos un trabajo que hacer. No es para tomarlo a broma.

—No hay para tanto, son niños. A ver qué nos traen de botín.

—¿Solo piensas en eso? —Mastreta miraba al grupo y fumaba —. No te vas a librar —dijo Sanz—. Este viaje no tiene vuelta atrás para ti.

—La verdad es que ahora estamos solos tú y yo.

—¿Por qué no me has dicho que llevabas tu arma encima? Me hubiera sido útil saberlo.

—He improvisado y ha salido bien.

—Yo estoy al mando y quiero estar al corriente. —Mastreta resoplaba. Sanz le agarró del hombro—. Estoy harto de que te tomes esta guerra como si fuera una broma...

—No me tomo nada a broma —respondió Mastreta súbitamente rabioso—. Yo no quería estar aquí.

—Recuerda las fotos de tu familia.

Mastreta se libró de la mano de Sanz y se encaminó al grupo de hombres metiéndose en medio a empujones.

—Basta de discusiones. Solo tienen dos opciones en este pueblo: esperar a que la milicia mate a alguien o fiarse de nosotros. Sea como fuere, nos marchamos antes de cinco minutos.

13

Hubo niebla marinera por la mañana en San Sebastián. Se oían las sirenas de algunos barcos invisibles y se alcanzaba a divisar los farolillos de los carros de agricultores que pasaban por delante del hotel con suministros, camino de los mercados. Frederika los veía desde la ventana. Le pareció que nada había cambiado, que aquella niebla había estado siempre en esa ciudad y nunca levantaría, que no habría noche ni día, solo esa penumbra, ese mundo difuso, para siempre. Pensó luego que esa niebla estaba solo en su ánimo y que seguía dormida en un sueño tan triste que tenía fuerza física, y que podía tocarse y oírse. Se vistió sin darse cuenta y, al terminar, observó que el zapato derecho estaba sucio de barro y que un botón de la falda estaba a punto de desprenderse. Se hizo la cama, aunque luego pensó que la camarera del hotel se hubiera encargado de esa tarea. Vació el contenido del macuto, el material que su contacto, Müller, le había proporcionado, y lo ocultó en la habitación. Ordenó su ropa, lavó sus bragas. Canturreó al peinarse ante el espejo al ver sus ojos llorosos. Bajó a la calle. Era muy temprano todavía y hacía frío. Sintió un placer al caminar sin destino por una ciudad desconocida, como el de pasear por un bosque sin sendero o por una costa solitaria, como escribió Lord Byron, vagando sin orden y con el propósito único de regocijarse en ello. Sintió un breve momento de libertad.

No tenía ganas, pero se obligó a desayunar en el comedor del hotel. Cuando estaba terminando, apareció el teniente Benítez acompañado de su ayudante, el sargento Bono. Benítez, con su atuendo en perfecto estado de revista, vino ese día con renovado ímpetu militar.

—Buenos días, señorita Heinz —dijo estrepitosamente.

—¡Por Dios! Vaya susto me han dado ustedes, teniente.

—El teniente Benítez y el sargento Bono a sus órdenes. ¿Ha dormido bien?

—Su empuje es admirable, ya de buena mañana.

—Es el empuje de un ejército victorioso, señorita.

—No lo dudo.

—El coronel Gil le espera en su despacho a las diez en punto, dentro de una hora. Es un hombre obsesionado con la puntualidad.

—Terminaré en unos minutos. Luego debo subir a buscar algunas cosas a la habitación. Estaré con ustedes en el vestíbulo en media hora. —Frederika volvió a centrarse en su desayuno dándole un bocado a una tostada con mermelada. Benítez no esperaba ser despachado de un modo tan competente. Frederika lo notó, así que añadió algo más—: No se preocupe, yo también soy muy puntual. Un hombre deja de interesarme en cuanto llega tarde a una cita. Usted no parece de esos, ¿me equivoco?

—No, señorita —dijo Benítez dubitativo.

—¿Seguro? Algún día tendré que comprobarlo. Y, ahora, si son tan amables, permitan que termine mi desayuno.

Ambos hombres se retiraron con ruidosos saludos militares en dirección al vestíbulo. Cinco minutos después, Frederika estaba en su habitación. Tenía que hacer un esfuerzo para seguir, aunque se sorprendió a sí misma cuando comprobó que una vez había dado el paso de poner en marcha la pantomima, luego todo era más fácil. En la habitación encendió la radio. Otra vez, estuvo largo rato frente al espejo. De fondo sonaba una copla. Finalmente, cogió uno de los documentos que Müller le había proporcionado, donde se detallaban los datos conocidos sobre el tal coronel Humberto Gil. Le echó una ojeada. Luego salió de la habitación y bajó las escaleras con aire fatigado. Había estado dando vueltas a algunas cosas durante la noche. Pensó en el coronel Platz. Era un hombre que delegaba en otros las tareas que le desagradaban. Empleaba el mando a su antojo. Habría tenido que hacer un esfuerzo para escribirle la carta. Se rio de él, le odiaba solo porque estaba vivo. Pensó en Müller, ese incompetente, ese joven estúpido y arrogante que no merecía estar vivo. Le odiaba, le hubiera matado sin pestañear.

Llegó al vestíbulo dos minutos tarde según el reloj que había sobre el mostrador de recepción. Benítez hizo sonar sus tacones y Frederika hizo el esfuerzo de poner otra vez en marcha la pantomima. Luego ya todo volvió a ser fácil.

14

Hacía dos horas que habían salido de Barbastro. Sanz iba mudo al volante, con una arruga en el entrecejo que no dejaba lugar a dudas sobre el estado de su ánimo. Mastreta, en el asiento de al lado, parecía divertido por el enfado de su compañero. De vez en cuando, se daba la vuelta hacia el asiento trasero. El niño era enternecedor. Tenía siete años y se llamaba Ignacio. Sus ojos eran muy grandes y estaban siempre húmedos. Parecía encontrarse en un estado ininterrumpido de perplejidad. Se sorbía los mocos con frecuencia, como si estuviera inmerso permanentemente en un llanto imperceptible. Inspiraba pena. Les habían contado que el chico había visto la ejecución de sus padres. Pero era un niño, al fin y al cabo, y aunque perplejo, saltó entusiasmado en su asiento cuando un enorme jabalí cruzó la carretera y obligó a Sanz a parar el coche. Preguntó por el animal, luego por la caza, y por el modelo de escopeta que era oportuno llevar en una cacería. Después de escuchar con atención infantil las explicaciones de Sanz, regresó a su perplejidad. Había visto que el capitán llevaba una pistola en la chaqueta y preguntó por ella. Este no supo qué decir. La sacó brevemente para que el chico la viera, luego le explicó que debía mantenerse alejado de ella.

La muchacha, que se llamaba Laura, estaba llena de ira. No preguntaría por el arma, creería que delataría de ese modo su interés por hacerse con ella, aunque luego no supiera cómo usarla, o contra quién. Mastreta estaba convencido de que, de surgir la oportunidad, la robaría. Parecía en todo momento a punto de saltar. Tenía diecisiete años. Su tez era blanca y su cabello castaño estaba muy oscurecido. Probablemente llevaban varios meses sin salir de algún sótano, sin que les tocara la luz del sol. Cuando Mastreta y Sanz la vieron por primera vez, en la puerta del patio

trasero de una casucha del pueblo, vestía un camisón amarillento, muy sucio, y encima una chaqueta de lana. En los pies llevaba unas botas de montaña. Su aspecto narraba en un instante sus últimos meses de vida. Mastreta ordenó a los lugareños que se le proporcionara ropa adecuada. Después de algunas discusiones, le entregaron una falda larga, una camisa vieja y un abrigo raído. En el último momento, una mujer de mediana edad, llorosa, le trajo una bolsa de trapo con pan y embutidos. Sanz arrancó con media hora de retraso. Cuando salían de la plaza en el coche, dejaron atrás a un grupo de unas veinte personas que se habían ido congregando ante la partida de los niños. En sus caras había mayoritariamente una genuina expresión de alivio. Después de cinco meses de angustia, aquellas gentes ya no podían más, ya les daba igual lo que pudiera ocurrirles a los chicos.

Laura, como su hermano, era toda ojos. También labios. No parecía de aquel lugar tan áspero. Al verla, con aquellos cabellos enmarañados, con aquella ira en la mirada, les pareció un animal salvaje sacado de una jaula. Luego, cuando las mujeres del pueblo la cambiaron de ropa, la peinaron y le recogieron el pelo, su aspecto mejoró exponencialmente. Su ira, sin embargo, seguía en sus ojos. Durante el viaje miraba todo el tiempo por la ventana. A Mastreta le dio la sensación de que su mirada perdida veía constantemente los rostros de los asesinos de su familia.

Cuando llevaban tres horas de viaje, Sanz paró en la cuneta. Dijo que el coche debía enfriarse, que de no hacerlo podían tener una avería en medio de ninguna parte. La carretera estaba desierta. Ordenó a los chicos que se quedaran dentro. Sanz y Mastreta bajaron, abrieron el capó e inspeccionaron el motor. Todo parecía en orden. Sanz, en realidad, quería hablar con su compañero sin ser oído.

—En cuanto lleguemos a Francia, los apeamos…

—En el primer pueblo que encontremos —completó Mastreta.

—Ni más ni menos —advirtió Sanz.

—Ese era precisamente mi plan.

—Está bien.

Sanz se había ido relajando a medida que pasaba el tiempo.

Había sido él quien más se había dedicado al muchacho, explicándole cosas de caza y de jabalíes.

—Esos chicos dan pena —admitió.

—Yo no me fiaría tanto —murmuró Mastreta—. Esa muchacha está rabiosa como una perra herida.

—Salta a la vista. Y ya es mayorcita. Por si acaso, será mejor que no perdamos de vista las armas ni los documentos. Si no era fascista antes, ahora lo es por resentimiento.

—Más o menos como Juan Hernández.

—En pocas horas cruzaremos la frontera. Mientras, más vale que estemos atentos. Tú me has metido en esto, imbécil.

Sanz cerró el capó y ambos se sobresaltaron al ver que la chica había salido del coche. Les miraba con sus enormes ojos. El chico también había salido y andaba por la carretera chutando piedras.

—Volved al coche, nos vamos —dijo Sanz.

La carretera estaba solitaria, tanto que parecía que estaban solos en el mundo. Durante la siguiente hora no se cruzaron con ningún vehículo. Llevaban un mapa bastante detallado y evitaban en lo posible entrar en los pueblos dando rodeos por caminos infernales. Cuando cayó la noche temieron perderse, así que no tuvieron otro remedio que cruzar algunas localidades. Tenían un aspecto fantasmal. Probablemente la mayoría habían sido en buena parte evacuadas o abandonadas. En una ocasión, sin saber siquiera dónde estaban, oyeron disparos. La calle por la que conducían estaba vacía. La inquietud se apoderó de todos en el coche. Mastreta palpó su arma en la chaqueta. El chico se acurrucó en el regazo de su hermana y esta no cesó un instante de morderse los labios. Sanz mantuvo la calma. Siguió conduciendo sin prisas, sin estridencias. Salieron del pueblo sin topar con una sola persona.

La carretera se volvió serpenteante y atravesaba bosques que en plena noche asustaban al muchacho. Su hermana le dijo que se durmiera, pero no podía. Se mareó un poco y eso hizo que se le pasara el miedo. Al fin cayó rendido. Era casi medianoche y estaban ya muy cerca de Francia. Hacía mucho rato que nadie decía nada. Sanz, que había sido relevado de la conducción, se

quedó dormido también. Mastreta conducía por inercia. Pensaba en lo que le esperaba dentro de dos días, en cómo se las arreglaría para acercarse a sus objetivos, en los riesgos que correría tras las líneas enemigas. La voz de Laura le sobresaltó.

—¿Qué van a hacer a Francia?

—Cosas de mayores. Duerme un rato.

—Supongo que son fascistas y quieren cruzar las líneas.

—No te importa. No hagas más preguntas.

Se quedó callada un rato.

—¿Cómo se llama? —continuó.

—Juan.

—¿Sabe que mi hermano vio morir a nuestros padres? —dijo de repente—. ¿Se lo han contado?

Mastreta no dijo nada.

—Los sacaron a la calle y les pegaron un tiro en la cabeza. Ignacio estaba escondido en un desván, en casa de un vecino, y pudo verlo desde un ventanuco. Yo estaba bajo una cama. Mi padre me dijo que me escondiera, tenía miedo de que me violaran. Tuve que preguntarle qué significaba eso. Le juré que no lo permitiría.

Había dicho lo último como una advertencia. Mastreta notó odio en su voz. Entendió que le enviaba un mensaje: si la tocaba, si alguno de ellos quería tocarla o hacerle daño a su hermano, tendría que luchar a muerte con ella, tendría que matarla o morir en el intento. Mastreta buscó sus ojos a través del retrovisor, pero estaba demasiado oscuro. Cuando devolvió su mirada a la carretera, algo le sobresaltó. La figura de un hombre apareció tras una curva saltando del arcén hacia el bosque. Llevaba un abrigo y sostenía lo que parecía una escopeta. Le fue imposible determinar si era un soldado, un miliciano o simplemente un hombre del lugar. Eso último no parecía probable. La chica también lo vio, soltó un grito sordo que no despertó a nadie. Mastreta golpeó con el codo a Sanz.

—¿Qué ocurre? —dijo el capitán.

—Estate alerta. He visto un hombre armado junto a la carretera.

—¿Era un rebelde?

—No lo sé.

Enseguida salieron de dudas. No habían recorrido cien metros cuando, al salir de otra curva, se toparon con dos coches cruzados en la carretera. No eran vehículos militares. Todo indicaba que era un grupo de milicianos. Dos hombres aparecieron de entre los coches dándoles el alto y apuntando con fusiles. Mastreta pudo ver dos armas más dirigidas hacia ellos desde los flancos. Era probable que hubiera más elementos escondidos en el bosque y que otros más estuvieran apostados tras ellos. En una maniobra audaz, un tercer vehículo apareció de un camino cerrándoles el paso por la retaguardia. Era una emboscada perfectamente planeada, probablemente ensayada muchas veces. Mastreta paró el coche y se hizo un silencio tenso. Oyó en el asiento de atrás la respiración agitada de Laura. Por fortuna, Ignacio no se había despertado.

—Que nadie diga nada —dijo Sanz—. Son republicanos. No habrá problema.

—¡Son ellos! —susurró Laura haciendo un esfuerzo por templar la voz.

—¿Qué? —inquirió Mastreta.

—¡Es el grupo que mató a nuestros padres y que ha venido dos veces al pueblo a buscarnos! ¡Algunos de ellos nos conocen!

—Es imposible, estamos demasiado al norte —replicó Sanz cortante.

—Agáchate. Y tapaos con la manta —ordenó Mastreta.

Mastreta y Sanz se lanzaron una mirada breve. Los grupos locales de milicianos tenían mucha movilidad. Durante un periodo, meses atrás, se manejaban a su antojo. Ahora, sin embargo, debían someterse al mando del Estado Mayor de la República. Era probable que aquella milicia tuviera órdenes de mantenerse en retaguardia como un grupo de refresco a la espera de participar en la batalla de Huesca, a la vez que ejercían de pelotón de contención en la imprecisa línea del frente entre Huesca y la frontera. Aun así, algunos de aquellos grupos escapaban a menudo al control del ejército. Se habían apostado en un punto estratégico, lo cual hacía pensar que, de pasada, actuaban como cazadores de fascistas que intentaban huir a Francia. Eran muy cautelosos, uno

de los milicianos se acercó a dos metros de la ventanilla de Mastreta.

—Salgan todos del coche —dijo.

—Somos militares de la República —gritó Mastreta—, vamos a Francia. Tenemos órdenes...

—¡Salgan del coche o disparo!

El tipo se separó de la ventanilla y apuntó, amenazador. Bajaron. El hombre que había hablado parecía el jefe del grupo. Estaba bebido. Sanz se acercó a él y habló con firmeza.

—Soy capitán del Ejército Popular. Tengo órdenes de estar esta noche en Francia...

—Ya, ya, ya... ¿Por qué no lleva el jodido uniforme?

—Estamos en una operación extraoficial. Estas órdenes han sido emitidas por el Estado Mayor.

Sanz le mostró los permisos.

—¿Cuál es su destino final? ¿Van a infiltrarse en territorio rebelde? ¿Por el País Vasco?

—Eso es confidencial.

—Ya, ya, ya...

El hombre se tambaleaba. Intentó leer los papeles a la luz de los faros del coche.

—Ya me han intentado engañar antes y se han llevado un tiro en la cara —gruñó—. En estos papeles no se entiende una mierda.

—Son salvoconductos —dijo Sanz—. Vea el sello y la firma...

—No soy ciego. ¿Parezco ciego?

Aquel tipo estaba muy cerca de perder el control, estaba tan bebido que era imprevisible. Sus propios hombres le miraban asustados. Todos estaban alerta ante su reacción. Sin embargo, los salvoconductos operaron un repentino milagro. Tras una inspección tambaleante, resopló, se cuadró y saludó militarmente.

—Disculpe el exceso de celo. ¿Necesita alguna cosa? ¿Agua? ¿Víveres?

—No hace falta. ¿Qué graduación tiene? —preguntó Sanz.

—Sargento, señor. Sargento Reyes. Estoy al mando de este grupo.

—¿Y cuáles son sus órdenes?

Mientras Sanz hablaba con el sargento, Mastreta se acercó a uno de los milicianos para pedirle un cigarrillo.

—Un tipo difícil el sargento —dijo en voz baja.

—Ni que lo jure.

El tipo se encendió un cigarrillo también.

—Lo que le gusta —dijo— es beber y pegar tiros. Si esto no se anima, acabará disparando contra nosotros.

—Ya se animará, tranquilo. La guerra se acerca. ¿Queda mucho para llegar a Francia?

—Está aquí mismo, a dos kilómetros. Llevamos una semana durmiendo en el bosque como alimañas. El hombre está loco. El otro día le dio por disparar a todos los coches que pasaban. Está obsesionado con los fugitivos que quieren pasarse al otro lado. Cuando un compañero intentó pararle, casi le revienta la cabeza de un culatazo. Yo ya estoy harto. Preferiría estar sitiado por el enemigo que seguir pegando tiros a desgraciados desarmados como si fueran conejos.

Sanz y el sargento fumaban también. Este último hablaba con entusiasmo de sus proezas.

—Esta semana hemos cazado a cuatro «conejos» —dijo el sargento—. Me entiende, ¿no? —Sanz asintió en silencio. La expresión de su cara se endureció—. Los enterramos en el bosque —continuó—. Por mi zona no se escapará ni uno solo de esos hijos de puta. —Se rio. Sus hombres, como Sanz y Mastreta, estaban circunspectos—. ¿Quieren tomarse un orujo? —les preguntó después de un ataque de tos—. Tenemos un buen campamento a trescientos metros de aquí.

—No, debemos seguir. Y usted no debería beber en exceso teniendo hombres bajo su responsabilidad y en situación de alerta.

El sargento le lanzó una mirada que fue como un fogonazo.

—¡Ay de aquel de mis hombres que no cumpla mis órdenes! ¡Y ay del enemigo que se me ponga a tiro! —se limitó a decir.

Ambos se miraron. Fumaron sin decirse nada. Mastreta y el miliciano con el que había charlado hacían lo propio. Lo único perceptible en ese instante era el ronroneo de los coches y el humo de los motores y de los cigarrillos, y el olor del bosque y del

monóxido de carbono. Entonces un quejido infantil se hizo audible con toda claridad. Fue un quejido muy leve, pero en ese momento y en esa carretera estaba tan fuera de lugar que a nadie pasó desapercibido, ni siquiera al sargento. En el coche, Ignacio se había despertado. Los ojos del sargento lanzaron otro fogonazo.

—¿Quién más hay en el coche? ¿Nadie ha mirado en el coche, joder? —Levantó el arma. Sus hombres se pusieron en tensión—. ¿Quién más hay en el coche? —repitió el sargento.

—¿Qué más da? —dijo Sanz—. Eso no es asunto suyo. Haga el favor de bajar el arma. Habla usted con un capitán.

—¡Pérez! Mira en el coche.

Uno de los hombres que estaban a la espalda del sargento dio un tímido paso adelante.

—Señor, esta gente son de nuestro bando —dijo.

—¡Mira en el coche o te pego un tiro! —gritó el sargento.

El tal Pérez dudó un instante, pero luego avanzó hacia el vehículo alzando el arma.

—Quieto ahí, soldado —dijo Sanz—. Ni un paso más. Es una orden de un superior.

El tipo se detuvo. Sanz lanzó una breve mirada a Mastreta. Cuando volvió a mirar al sargento, se topó con el cañón de su fusil que le apuntaba entre los ojos a corta distancia.

—Pérez —dijo el sargento—, te voy a enterrar vivo con los que matamos ayer como no hagas lo que te digo.

—Sargento —advirtió Sanz—, esto va a terminar muy mal para usted.

Mastreta lanzó el cigarrillo al suelo. Con aparente tranquilidad avanzó entre los milicianos, que estaban petrificados.

—Vamos, hombre, capitán. Deje que miren en el coche. No escondemos nada. No nos pondremos a pegar tiros entre amigos.

—¡Este hombre está desobedeciendo una orden! —gritó Sanz —. ¡Y está apuntando a un superior! ¡Eso es lo que me jode!

—Eso se arregla en un momento, ¿verdad, sargento? —El sargento, que había tenido una expresión feroz en la cara, empezó a relajarse, y luego a percatarse de la delicada situación en la que se había metido. Mastreta se puso a su lado. Quiso encenderse un

cigarrillo, pero le temblaba la mano. Prefirió guardarla en el bolsillo—. Sargento, a mí sí que me apetece un poco de orujo.

El sargento desvió la vista hacia Mastreta y, aunque mantuvo el arma en alto, dejó de apuntar a la cabeza de Sanz. Aun así, la situación era delicada. Había tantas armas apuntando que cualquier gesto mal medido podía desencadenar un desastre.

—Volvamos a empezar, ¿le parece, sargento?

—Quiero ver quién hay en ese coche.

—Y lo verá. Pero antes, tomemos ese orujo.

El sargento se relajó. Todo el mundo se relajó.

—Pérez —dijo Mastreta—, venga a tomarse un orujo usted también.

—No te muevas de ahí —ordenó el sargento.

—Pérez —repitió Mastreta—, no te muevas de ahí.

El sargento se rio. Su risa creció para convertirse en una carcajada. Los otros hombres se rieron también. A Sanz no le hacía ninguna gracia. Cuando el sargento estaba aún en plena carcajada, Mastreta le propinó un puñetazo seco y certero en la cara, con lo que se atragantó en su risa, se tambaleó y cayó desplomado. Por unos instantes, estuvo fuera de combate. Mastreta fue hacia él con tranquilidad y le quitó el fusil y un revólver que llevaba al cinto. Los lanzó a unos metros y levantó los brazos. Sanz tuvo el buen criterio de no hacer nada. Los milicianos se quedaron petrificados. Por fin reaccionaron, uno de ellos alzó el fusil y otros dos le imitaron.

—Tranquilo todo el mundo —dijo Mastreta—. Aquí todos somos amigos. Este hombre ha apuntado con un arma a un superior. Ustedes son soldados, no asesinos.

Sanz se volvió hacia los milicianos mostrándoles los salvoconductos.

—El sargento queda relevado del mando. Además, está detenido. ¿Quién es el soldado con rango superior?

Los milicianos vacilaron. Uno de ellos, el primero que había alzado su arma, la bajó ahora y dio un paso adelante.

—Yo soy cabo primero. Déjeme ver esos papeles.

—Usted tiene el mando ahora —dijo Sanz entregándole los

salvoconductos—. Le sugiero que mantenga al sargento bajo custodia, que le ate, incluso. Haga lo que quiera con él, pero no le deje empuñar un arma ni dar otra orden. Lo mejor que pueden hacer es dejar este puesto y unirse a las tropas que luchan en Huesca. Esta mañana una columna se dirigía hacia allí desde Barbastro.

—Capitán —dijo el cabo—, ¿puede decirme quién más hay en el coche?

—No. Aparten sus vehículos. Tenemos que seguir adelante.

Mastreta y Sanz retrocedieron hacia su coche. Sanz sonrió.

—Ya sabía que ibas a hacer eso. Ya te tengo calado, Juan Hernández.

15

El coronel Humberto Gil era un hombre recio, de estatura mediana, de aspecto generalmente vulgar; sin embargo, tenía un rasgo en los ojos que le daba un aire interesante, incluso atractivo según el modo en que los entornaba, lo cual era inevitable reflejo de su estado de ánimo. Era arrogante, pues estaba acostumbrado a que la gente que tenía a su alrededor, sus subordinados, se sometiera sin rechistar a su voluntad, ya fueran militares o civiles, y ello le permitía ciertos excesos de carácter equivalentes a los de un niño mimado, de lo que era plenamente consciente, así que su ejercicio era de origen intencionado y no había en ello autoengaño alguno, sino una actitud de gozo pecaminoso. Había sido designado meses atrás delegado en Guipúzcoa de la Comisión de Cultura y Enseñanza, uno de los departamentos sectoriales de la Junta Técnica del Estado, el organismo político-administrativo creado por el general Franco para regular la actividad cotidiana en la zona rebelde. La tarea podía ser interpretada poco menos que como un castigo. Como militar y estratega sobre el terreno, Gil era muy mediocre, sin embargo estaba muy bien relacionado, lo que le había permitido, ya antes del levantamiento, escalar hasta el rango de coronel. Con la guerra en marcha, y a pesar de sus buenos contactos y de su devoción por la causa, nadie en el alto mando fascista se atrevió a darle el menor atisbo de responsabilidad en operaciones de combate. Los generales golpistas eran prácticos. Fue relegado a retaguardia. Otros se hubieran sentido ofendidos por semejante destino en tiempo de guerra. La delegación que encabezaba en San Sebastián no era más que un extremo de la comisión, un puesto local, de rango menor, dentro de una estructura, la propia comisión, de poca entidad en el conjunto de la Junta Técnica y configurada con mandos de segunda fila que, en

realidad, no tomaban ninguna decisión de relieve sin consultar antes con la Secretaría General del Jefe de Estado. Pero a pesar de la poca entidad de su cargo, el coronel Gil, aunque no lo explicitara, estaba satisfecho y disfrutaba de sus prerrogativas. Le interesaba mucho más la política que la guerra. El cargo le otorgaba su pequeña cuota de poder, su particular virreinato, donde no era cuestionado por nadie y podía desplegar a sus anchas su autoridad, siempre que se manejara dentro de las directrices dadas por la superioridad. Gil era un hombre de carácter poco templado para el combate, pero era listo. El hecho de aceptar un puesto de poca entidad y con nulas posibilidades de acarrearle una reputación de héroe militar no significaba que no fuera ambicioso. Pensaba con absoluto convencimiento que el mismo sentido práctico que le había relegado ahora a aquel puesto secundario le rehabilitaría una vez ganada la guerra, cuando llegara el momento para hombres como él, con buenas dotes políticas y organizativas, con habilidades de burócrata para construir y poner en marcha una verdadera estructura de Estado. Solo tenía que esperar.

La tarea de su departamento no era irrelevante, había tenido, y tenía aún en la primavera de 1937, un papel importante principalmente en la ejecución de la orden de depuración de docentes en todos los ámbitos de la enseñanza, una labor sistematizada que se había puesto en marcha ya desde el primer instante en la zona rebelde. En el escaso año de guerra transcurrido, se había expedientado a miles de maestros y profesores universitarios, condenando a muchos de ellos al ostracismo más absoluto, sin posibilidades de enseñar, apartados de la noche a la mañana de sus aulas y sus alumnos. En los casos más extremos se había llegado a la ejecución tras juicios sumarísimos, principalmente entre profesores universitarios que se habían significado políticamente antes de la guerra. En pocos meses, y pese a las dificultades para contar con personal cualificado para cubrir las vacantes dejadas por la depuración masiva, se había conseguido desmantelar todas las reformas educativas implantadas por los gobiernos republicanos en los años anteriores, sustituyéndolas esencial y formalmente por un sistema

rigurosamente tradicionalista.

La «limpieza» de las aulas era la parte más importante del trabajo encomendado a la Comisión de Cultura y Enseñanza, pero tenía muchas otras tareas. Por ejemplo, se encargaba de confiscar y custodiar el patrimonio histórico y cultural en las zonas ocupadas. Se trataba de tomar posesión, inventariar y proteger todo bien de interés cultural que, propiedad del Estado, cayera en manos del ejército sublevado. A la vez, la comisión tenía órdenes de requisar los bienes de valor pertenecientes a aquellos particulares que se hubieran mostrado hostiles al nuevo orden. Eso significaba en la práctica que tenía libertad para investigar a todo aquel sospechoso de pertenecer o haber pertenecido a grupos anarquistas, comunistas, fieles a la República, o a cualquier individuo señalado como tal o denunciado como traidor. Una vez estabilizado un territorio, las denuncias entre ciudadanos por cuestiones patrimoniales eran cuantiosas. Ello, junto con la purga de docentes, le dio a la comisión rápidamente tintes tan siniestros como otros departamentos más netamente represores. El avance de la guerra, además, y las características que esta había tomado, hicieron necesaria la rápida organización de un aparato dedicado a la propaganda, a las relaciones públicas e institucionales, al trato con los servicios de prensa y a la difusión de comunicados y declaraciones oficiales, y, por supuesto, a la introducción en los medios internacionales de noticias, de rumores e incluso informaciones completamente falsas en beneficio de la causa fascista y en perjuicio de la República. La guerra se volvía compleja. Esa era una competencia tan delicada y relevante que había sido asumida directamente por la jefatura de Gobierno, principalmente por una cuestión de puro ejercicio de control centralizado de la información. No obstante San Sebastián era una plaza muy particular por su cercanía a Francia y por las propias características de la ciudad, lo que había permitido al coronel asumir con cierta autonomía labores prácticas también en aquel campo. Un aparato de propaganda como el que se estaba gestando traía consigo la construcción de una red de comunicadores, de saboteadores, de extorsionadores, de falsificadores, un cuerpo de

soldados sin uniforme que, con los meses, se fue convirtiendo en un verdadero ejército en la sombra y que libraba su propia guerra a través de los servicios de noticias de todo el mundo. Gil era un delegado valioso en dicha estructura por una cuestión geográfica que él había sabido explotar hábilmente.

Aun así, el coronel era consciente de lo secundario que su cometido parecía a ojos de otros militares en ese momento de la guerra, una circunstancia que se le echaba en cara cada vez con mayor frecuencia en las altas esferas del aparato militar. Las reuniones con mandos de su mismo rango y superiores destinados a la zona norte se le hacían más incómodas a medida que la guerra se complicaba y los combates se tornaban más sangrientos. Compartía puros y coñac con hombres que tomaban ciudades a sangre y fuego mientras él se divertía en retaguardia saqueando pueblos ya pacificados, procesando a maestros o jugando a boicotear grupos izquierdistas en el sur de Francia. Sus heroicas aprehensiones de obras de arte, sus purgas y sus sabotajes palidecían ante las hazañas bélicas de sus colegas. Le despreciaban, y él lo sabía, y lo aguantaba estoicamente a la espera de que su papel, ahora incomprendido a su criterio, tomara en la posguerra la relevancia merecida.

Frederika Heinz llegó a la sede de la delegación tres minutos antes de las diez. Era un edificio neoclásico excesivamente académico, lo que le restaba interés, era estéticamente desmesurado para su reducido tamaño. Dos grandes columnas corintias presidían la fachada. En cuanto entró en el despacho del coronel Gil, a las diez en punto, este se llevó una sorpresa considerable. Se puso de pie de inmediato y acudió a darle la mano con un fervor que no pudo disimular, hurgando en su interior para sacar hasta el último ápice de su atractivo. Benítez no se sorprendió del despliegue de cortesía de su superior. Era un hombre aficionado a las mujeres. Además, los militares fascistas eran especialmente atentos ante cualquier cosa relacionada con la Alemania nazi. No solo porque eran órdenes venidas de arriba; existía una corriente generalizada de admiración hacia lo teutón.

—Señorita Heinz, es un placer conocerla. ¿Se encuentra bien

hospedada? ¿Bien atendida?

—Perfectamente, coronel. El teniente Benítez es muy galante.

El coronel Gil podía ser un mediocre en el campo de batalla, pero tenía dotes políticas innatas. Frederika disponía de informes de ello y tenía claro que sería más difícil tratar con un hombre así que con un reputado estratega militar o un héroe condecorado. Cuando le vio comprendió que su informe le describía a la perfección y temió que ese día no tendría fuerzas para despachar con alguien como él.

—¿Puedo ofrecerle un jerez? ¿Un refrigerio? ¿Una cerveza quizá?

—No, gracias. Es muy pronto para mí.

—Por supuesto. Benítez, déjenos solos.

Frederika se sentía un poco mareada. En el coche, camino de su cita con Gil, no había dicho ni una palabra. Benítez le mostraba cada edificio remarcable junto al que pasaban y ella se limitaba a sonreír con educación. Hacía un día soleado, casi caluroso, de esos que levantan el ánimo. Cuando llegaron pidió un vaso de agua. Se lo bebió entero y sin pausa ante la mirada silenciosa de Benítez, Bono y otros oficiales que habían acudido a recibirla. Había algo en su cabeza que filtraba su percepción de las cosas para hacerlas cansinas y aburridas, sentía dentro de ella una inclinación hacia lo abstracto que trataba de domar, y esa voluntad de control era lo único que la mantenía alerta. Cuando se quedó con el coronel Gil se sintió muy sola. Por un momento no sabía con precisión cuáles eran las sutilezas por las que estaba allí, cuál era ese día el detalle de su cometido. Para ella la entrevista empezaba con un ánimo que distaba mucho de la imagen alegre que pretendía dar a su personaje.

El teniente se retiró tras dar un taconazo. Mientras lo hacía, el coronel escrutó a Frederika de arriba abajo con una sonrisa complacida. Su mirada se quedó en la superficie, no supo ver ni un ápice de lo que había en ese momento en el ánimo de ella. Ambos se sentaron.

—Todo el mundo es muy amable —dijo Frederika—. Y el hotel es magnífico. Me admira la gente de esta ciudad. Con todo el

sufrimiento que están viviendo, se comportan con gran simpatía y generosidad.

—La vida sigue adelante. Es usted una mujer muy sensible.

—Me entristece el drama que está viviendo su país. Esta mañana he salido a dar un paseo. He caminado hasta un pabellón-hospital que hay cerca de aquí. Por lo visto, allí llevan a los soldados heridos del frente. Por la mañana, muy temprano, sacan los cadáveres de los que han muerto durante la noche. Había en la calle un grupo de mujeres esperando noticias de sus hijos o esposos.

El coronel la miraba en silencio.

—No debería salir sola por la ciudad —dijo—. Mis hombres pueden acompañarla a donde quiera. Yo mismo estoy a su entera disposición. Para todo aquello que necesite. —Frederika sonrió y dio a entender su agradecimiento con una ligera inclinación de cabeza—. San Sebastián —siguió el coronel tratando de cambiar el tono de la conversación— es una ciudad llena de posibilidades. Hay escasez en estos días, ciertamente, pero eso es algo de lo que usted no se dará cuenta en absoluto, se lo garantizo. Podemos entretenerla de muchas maneras.

El despacho del coronel estaba lleno de cuadros, había tantos que apenas se apreciaba el color de las paredes; estaban dispuestos como piezas de un puzle, encajadas a la perfección, sujetándose unos con otros. Frederika fijó la vista en uno mediano de un soldado herido tumbado en un lecho de una habitación oscura, velado, a pocos instantes de la muerte, por un grupo de mujeres. Entre ellas había, en una esquina, apartada del centro de la composición, una mujer joven que lloraba, un personaje secundario e irrelevante, una hermana, posiblemente.

—Espero tener tiempo para ello. ¿Cree que mi visita aquí se demorará mucho?

El coronel se percató de que ella miraba sus cuadros.

—¿Le gusta el arte?

Ella asintió. El coronel se dirigió a un extremo de la habitación donde había un retrato de tamaño considerable de un oficial.

—Tengo algunas piezas interesantes. Este retrato, por ejemplo, tiene bastante calidad, ¿no le parece? —Se rio ruidosamente—. Hemos acumulado tal cantidad de obras que no sabemos dónde meterlas. Los que huyen las abandonan tras de sí. No se puede imaginar las cosas que encontramos. Cubiertas, jarrones, cuadros, libros, un verdadero arsenal. No hay tiempo de peritarlas al ritmo que se confiscan, así que ni siquiera sabemos si tienen valor.

—Debían tenerlo para sus propietarios.

—Supongo, supongo. Ahora sirven a otra causa.

Otro cuadro llamó la atención de Frederika mientras el coronel le manifestaba su entusiasmo por el enorme retrato del militar y le exponía luego el origen de otras obras. Era un cuadro pastoso e indefinido de una mujer joven, la pintura posiblemente de un alumno con escasas aptitudes; sin embargo, en su imprecisión, en su vaguedad, asomaba una idea de tristeza que resultaba eficaz. Con un ruido breve y considerado, un joven ordenanza entró trayendo unos dosieres que dejó sobre el escritorio del coronel. Frederika se sobresaltó y de forma abrupta se centró, y tuvo prisa por salir de allí pese a que, si hubiera estado sola, se habría entretenido un rato mirando las pinturas de las paredes.

—¿Qué sabe de nuestro hombre? —preguntó en cuanto el ordenanza hubo salido, interrumpiendo al coronel, que volvía a relatarle los pormenores de algunas de las obras confiscadas.

—Veamos —dijo este un tanto frustrado regresando a su escritorio—. Nuestro amigo, el que ha puesto en marcha todo esto, es tremendamente cauteloso.

—¿Quién habla con él?

—Él se comunica con nosotros. Hace pocos días nos hizo llegar pruebas del material, fotografías de la filmación. Identificamos a varios sujetos de los cuales teníamos noticia de su arresto, lo que confirma su autenticidad. Le haremos saber que usted está aquí. ¿Le parece bien?

—Desde luego. ¿Puedo ver esas fotografías?

Gil sacó de un cajón un portafolio y lo lanzó sobre la mesa.

Frederika lo abrió y estudió tres fotografías que había en su interior.

—No son muy nítidas —observó Frederika—. Y tampoco confirman las ejecuciones.

—Esos hombres fueron detenidos hace algunos meses y nada se sabe de su suerte —explicó Gil—. Son, sin duda, un indicio incuestionable.

Frederika no dijo nada, su expresión neutra incomodó ligeramente al coronel, que trató de dar impulso a la conversación.

—Cuanto antes pueda hacerse la entrega, mucho mejor. Es lo que queremos nosotros. Y desde luego eso es lo que quiere nuestro amigo. Corre un riesgo enorme con ese material en las manos. Por eso es tan cauteloso...

—¿Tiene alguna idea de su identidad?

—Lo estamos investigando. Sabemos que es ruso y sabemos que lo que vende parece auténtico, solo por eso vale la pena estar en el negocio, aunque, no lo negaré, hay otros interesados en él. Pero no se preocupe. La entrega se hará con plenas garantías.

Frederika suspiró. Se levantó y se acercó a la pared observando un cuadro tras otro.

—He visto negocios de este tipo terminar en carnicerías —dijo suavemente—. Me parece que no sabe lo que tiene entre manos y lo que es capaz de desencadenar. —La respuesta de Frederika y su actitud distante cogieron por sorpresa al coronel Gil. Apoyado en su escritorio, la observaba como si fuera una extraña criatura que de súbito hubiera penetrado en su despacho. Ella continuó—: ¿Cree que los republicanos no van a moverse? ¿Cree que puede fiarse de un ruso del que no sabe nada? ¿Acaso cree que los servicios secretos rusos y republicanos no están al tanto? ¿Qué certeza tiene de que no es una trampa? Se pone el cebo y se espera a que los peces vengan a picar. Ustedes han puesto en práctica esa estrategia antes, y les ha salido bien. ¿Confía en sus hombres, coronel?

Ese rictus atractivo de los ojos del coronel, tan a la vista en su arrogancia, se esfumaba cuando perdía la templanza, transformándose muy sutilmente en una mirada boba carente de

interés. La diferencia estaba en un ligerísimo matiz que lo cambiaba todo. Carraspeó. Frederika se dio la vuelta y clavó su mirada en el coronel desde el otro extremo de la habitación. Él pensaría más tarde que acaso toda aquella coreografía había sido interpretada hábilmente por ella para desconcertarle.

—Señorita Heinz, no dudo de la lealtad de mis hombres, por supuesto. —Se rio sin ganas al tiempo que en su interior iba adaptándose a la conversación—. Permítame que le recuerde que estamos en los primeros meses de una guerra que no parece que vaya a resolverse con rapidez. Es una guerra inesperada. Se organizó un alzamiento, no una estructura bélica. Esta se está montando sobre la marcha. Y lo estamos haciendo bien, dada la situación. Mejor que ellos.

—Volvamos a nuestro asunto —dijo Frederika caminando directamente hacia él sin dejar de mirarle, con pasos elegantes y lentos, un trayecto tan intimidante como fascinante a ojos del coronel—. Ellos saben que la película está a la venta y han conseguido hacer llegar a algunos de sus agentes hasta aquí.

—Eso está controlado —afirmó Gil.

—¿Seguro?

—Créame.

—Hablar de control en estas circunstancias me parece atrevido.

—Está todo lo controlado que puede estar.

Vaciló muy ligeramente al decir aquello. Frederika se detuvo a un metro de él.

—Está bien. —Ella encendió un cigarrillo—. Pongo, pues, en sus manos mi seguridad. Siga, por favor.

Gil hizo un esfuerzo para no carraspear, para evitar cualquier parpadeo. Continuó intentando mantener una apariencia firme e imperturbable.

—Veamos, el vendedor es ruso, de eso no hay duda. Sus motivos son desconocidos en este momento. Probablemente quiera dinero. Su condición fue muy clara, solo entregará la película a un enviado alemán. Como le decía, es cauteloso.

—No se fía de ustedes.

—Bueno, no lo veo como un problema de confianza. Yo creo que lo que quiere es garantizarse una distribución internacional. E imagino que le preocupa también su propia seguridad. Entre sus demandas habrá sin duda una petición de asilo a Alemania que deberá concedérsele.

El coronel se quedó callado, tomó aire ostensiblemente.

—¿Dónde se prevé que será el encuentro? —inquirió Frederika.

—Manifestó que debía tener lugar aquí, en San Sebastián. —Mientras el coronel hablaba, ella se alejó otra vez hasta el fondo del despacho—. Lo cual es lógico, y a nosotros nos facilita las cosas.

—Entonces está en zona nacional.

—Exacto. Los fusilamientos que creemos que aparecen en la película probablemente tuvieron lugar a finales del año pasado en las cercanías de Madrid, hace unos seis o siete meses. En ese tiempo tuvo que robar la película, desaparecer y pasar a nuestro territorio.

—El robo debe ser reciente.

—Ciertamente, no puede haber estado tanto tiempo escondido con la película, ni aquí ni en zona republicana. Seguramente planeó el robo y la inmediata huida. Eso debe haber hecho saltar todas las alarmas entre los republicanos. La película es rusa, de eso no hay duda, pero no creo que pudiera ser filmada sin permiso de la autoridad, aunque estemos hablando de milicias. La zona republicana es más caótica que la nuestra, de otro modo jamás se hubiera permitido semejante filmación, pero no son tan estúpidos ni están tan mal organizados como para no someter a estricta vigilancia el documento. Saben que se robó desde el primer momento, eso quiere decir que, sea lo que sea lo que han planeado, se ha organizado precipitadamente. Su ventaja es que posiblemente sepan quién la robó.

Frederika estuvo mirando el retrato del oficial que el coronel le había señalado al inicio. Lo hizo con tal detalle y atención que él pensó que había dejado de escucharle.

—Este es un asunto sucio, coronel, es un asunto que implica a

personas corruptas.

Se quedaron en silencio. Frederika sintió una imperiosa necesidad de estar sola, de dejar de interpretar un personaje altivo y distante. Se acercó a la ventana y miró afuera. Lucía el sol y los soldados que había en la calle se habían arremangado.

—¿Qué es lo que hacen ustedes aquí? —dijo de pronto—. ¿Boicotean a grupos izquierdistas del sur de Francia? ¿Planifican acciones de propaganda? ¿Interrogan a desgraciados?

—Bien..., algunas de esas cosas se hacen...

—A mí me gusta llevar siempre la iniciativa.

—Coincido, señorita.

—Perfecto, así entenderá mi preocupación. —Frederika clavó la vista en él—. Aquí me toca estar a sus expensas, depender de la pericia y la diligencia de usted y sus hombres. Es una situación que me incomoda. Le ruego que haga su trabajo, coronel, elabore un informe detallado, evalúe de un modo realista los riesgos y entonces mándeme llamar.

El coronel Gil asintió algo tieso. Respiró hondo, como buscando fuerzas y recursos para llevar la conversación a su terreno.

—Es usted una mujer sin duda muy competente. Hace honor a la fama de su país —dijo el coronel con una súbita sonrisa—. Ahora está usted en España. Las cosas son aquí más sutiles que en Alemania. No somos tan categóricos como ustedes, ¿nadie se lo ha dicho? ¡Seguro que sí! Pero eso no significa que no hagamos bien nuestro trabajo. Espero ganarme pronto su plena confianza. — Frederika sonrió delicadamente, ahora apartando los ojos, como si alguna nimiedad hubiera llamado su atención. El coronel siguió hablando—: Tenemos tiempo. La guerra no debe preocuparnos aquí en San Sebastián. Estamos a un paso de Francia, no faltan provisiones de nada, en esta ciudad los negocios pueden llevarse a cabo sin dificultad, sea cual sea el signo de las operaciones militares. Además, le garantizo que todo el norte del país será nuestro antes de fin de año. La guerra marcha bien.

—El norte —replicó Frederika— no es el problema. Caerá. Como Madrid, un día u otro. El problema está en el este, Aragón,

Cataluña y el Levante, ¿me equivoco? Ahí se organizará el frente realmente y se librará de verdad la guerra. Por ahí puede llegar ayuda internacional a la República. Por eso es tan importante esa película.

—No le falta razón, es importante para España y lo es para Alemania, lo es para la causa fascista y para acabar con esos asesinos comunistas; el mundo verá lo que son. —Frederika estaba circunspecta preparando su salida de escena, precipitándola acaso; volvió a sentirse abstracta y descentrada, dominada por una pesadumbre y un sinsentido agotadores. El coronel esperaba en ese momento mayor entusiasmo por parte de ella, así que prosiguió—: Además es bueno para usted y para mí. A nuestro pequeño nivel, queremos lo mismo, agradar a nuestros jefes. Debemos celebrar que nos hemos conocido y que ambos tenemos intereses comunes. Deme unos días para cerrar las indagaciones que tengo en marcha.

Ella sonrió de un modo indefinido.

—Ese cuadro del militar tan gallardo no hace falta que lo haga peritar, no vale más que el clavo que lo sujeta. Es pobre e insustancial, simples colores sobre una tela plana. Deshágase de él, créame, estropea su estupendo despacho.

La cara de Gil se aplanó como la del retrato, y Frederika pensó que aquel pésimo cuadro era ahora una acertada representación del coronel. Sintió un tonto deseo de reírse que contuvo a duras penas.

—Planeo dar una pequeña fiesta en su honor —dijo con la voz empequeñecida el coronel, echando mano de una parrafada que tenía ensayada, lo cual le proporcionó al menos palabras con las que llenar el silencio—. Aquí mismo, en este edificio. ¿Qué le parece el viernes? Vendrá gente importante. Le prometo que para entonces tendremos más información y podré garantizarle que el negocio podrá hacerse con total seguridad.

—Confío en usted, coronel. Proyecta una imagen firme y decidida, la de alguien que consigue lo que quiere.

Hubo un brevísimo coqueteo en la mirada de ella que el coronel, todavía plano en todos los sentidos, cogió al vuelo con regocijo, tomando aire.

—Bien —repuso Gil—, no me ha ido mal hasta ahora.

Se encaminaron a la puerta.

—Le gustará la fiesta. Tengo amigos muy divertidos, artistas, músicos, pintores... Me persiguen allá donde voy. Creen que mi departamento les va a dar trabajo, o subvenciones, como si ellos fueran una prioridad en tiempo de guerra. De todos modos, le dan colorido a estos días grises. —El coronel abrió la puerta y llamó a Benítez. Luego le dio la mano a Frederika efusivamente—. Haré que Benítez la informe puntualmente. Es un hombre muy diligente. Puede contar con él para lo que haga falta. —El teniente entró en el despacho—. Acompañe a nuestra amiga a la salida y dígale al sargento Bono que la lleve a donde quiera. Luego vuelva de inmediato.

—Sí, señor.

—Ha sido un placer conocerla, señorita Heinz.

—También para mí. —Frederika hizo un último esfuerzo—. Me habían hablado de usted, coronel, y debo decirle que, por el momento, no me ha decepcionado.

Sonrió otra vez. Estaba muy guapa, pero sus ojos, como había ocurrido a lo largo de toda la entrevista, estaban ausentes, perdidos en alguna parte. Ello había incidido en Gil, quien, sin saber el motivo, no había conseguido sentirse cómodo en ningún momento. Frederika salió de la habitación seguida de Benítez. En cuanto estuvieron fuera, la sonrisa de Gil se transformó en una mueca de angustia. Acudió sin demora al mueble bar y se preparó una copa de coñac. Benítez entró en el despacho a los pocos minutos.

—Cierre la puerta —ordenó Gil con voz seca.

—Una mujer muy bella —dijo Benítez.

—Nos va a traer complicaciones.

—¿Por qué lo dice?

—Necesito sacar una buena nota con este asunto, Benítez. Y eso será más difícil de lo que pensaba. En política pesan más los errores que los aciertos. —El coronel terminó su copa de coñac—. Esté atento a esa mujer. Ese es su cometido estos días. Y no me refiero solo a garantizar su seguridad. Complázcala en todo aquello

que desee. No podemos hacer otra cosa. Ahora mismo no sabe nadie qué vientos soplan en la superioridad. Tenemos que estar preparados para lo que pueda pasar.

—Sí, señor.

—Y haga venir a los jefes de sección. Ella tiene razón, este asunto se ha llevado chapuceramente. Hemos quedado como aficionados. Solo tenemos una semana hasta el viernes.

Benítez salió del despacho de Gil con una sonrisa en los ojos. Le traían sin cuidado las preocupaciones del coronel y sus paranoicas relaciones con el alto mando. No podía ocultar que la tarea encomendada era de su agrado. Su intención era llamar a la señorita Heinz e invitarla a cenar esa misma noche. Pero, para su sorpresa, ella se adelantó. Recibió una llamada telefónica al cabo de dos horas.

—Lléveme a dar una vuelta por la ciudad, teniente —le pidió —. Enséñeme los lugares más interesantes y algún que otro establecimiento de recreo donde una mujer alemana pueda pasarlo bien.

Como Gil, Benítez no captó demasiado bien el estado de ánimo de Frederika, ya que tenía una idea preconcebida de ella. Fue a buscarla por la tarde y la llevó a la playa, y luego condujo hasta el monte Igueldo para que admirara las vistas. Él se mostraba muy atento, intentando a la par no perder su aire marcial. La trataba como si fuera una estrella de cine americana, cuidando sus palabras, adoptando posiciones gallardas, ofreciéndole cigarrillos. Dieron un paseo con parada en algunos edificios de interés, pero en ese punto ella le habló con franqueza, le aclaró que esa no era la visita que deseaba. De ese modo, al caer la tarde, para estupefacción de Benítez, terminaron en una taberna de mala muerte de la parte vieja que ella misma había escogido. Había un pianista y algunas parejas bailaban. Cuando Frederika llevaba bebidas tres copas de vino, decidió aceptar el ofrecimiento para bailar de un hombre bien parecido, aunque con pinta de ratero. Benítez se quedó sudando en la mesa, viendo cómo se movían al ritmo de la música, asombrado, pensando en que jamás había conocido una mujer como aquella y preguntándose por qué no era

él quien estaba bailando con ella.

16

Cruzaron la frontera con Francia sin problemas. En el lado español no había aduaneros. El puesto, una casucha destartalada, estaba abandonado. Una bandera de la República, raída y descolorida, ondeaba a su aire. Era el único y paupérrimo signo de la autoridad por parte de España en el lugar. Del lado francés había dos agentes de la gendarmería bastante inquietos. Les dieron el alto empuñando sus fusiles. Tenían órdenes de ser estrictos, pero, una vez más, los salvoconductos de Sanz obraron milagros. Sanz se fumó un cigarrillo con ellos. Le contaron que un grupo de milicianos se había acercado al puesto varias veces. Una tarde, hacía unos cinco días, el grupo había detenido a un hombre a solo unos metros de la frontera, delante de ellos. Se lo llevaron, asustado como un pollo. Al poco oyeron disparos en el bosque.

Siguieron camino. La noche era cerrada. En un rincón del coche, Laura transpiraba ira por cada uno de sus poros. Mastreta se dio cuenta enseguida. Sus ojos estaban encendidos con fuego. Se podían adivinar sus pensamientos. Había estado a pocos metros de los hombres que habían matado a sus padres. Respiraba agitadamente y en algún momento lloró de pura rabia. Debido a ese fuego que llevaba dentro, perdió momentáneamente la cordura, o eso pareció. No podía callarse, aunque quisiera, su boca, su rabia, hablaban por ella. Comenzó poco después de haber cruzado la frontera.

—Sois unos asesinos... —gruñó a media voz desde el asiento trasero.

—¿Qué? —dijo Sanz, que iba al volante, sin creer lo que acababa de oír.

—Comunistas de mierda. Lo he oído todo.

—Más vale que te calles, chica.

—No iréis muy lejos. Sois tan asesinos como esos milicianos amigos vuestros. Debí haber hecho algo..., debí haber hecho algo... —Sanz y Mastreta se miraron—. Le diré a todo el mundo quiénes sois y lo que vais a hacer —gruñía—. Los fascistas os fusilarán, ojalá pudiera estar allí para verlo, ojalá pudiera apretar yo misma el gatillo.

Estaba tan cansada que a ratos la vencía el sueño. Luego se despertaba sobresaltada y empezaba otra vez. Sanz y Mastreta se mantuvieron en silencio. Era bien entrada la noche cuando llegaron al pueblo llamado Gabas. Más que un pueblo, eran cuatro casas junto al camino. No se veía ni un alma. Sanz sacó un mapa hecho a mano, sin nombre alguno, que debía guiarles hasta una fonda. Se apartó de la carretera siguiendo un camino que subía por la ladera al final del cual, a unos doscientos metros, había una casa solitaria, vieja pero pintoresca, que se anunciaba como una fonda. Llegaron en un par de minutos. Cuando detuvieron el coche frente a la casa se encendió la luz de una ventana y acto seguido un hombre apareció en la puerta. Hacía horas que les esperaban. Sanz bajó y habló con él. Estaba visiblemente nervioso. Después de una breve pero intensa conversación, el posadero pareció que se apaciguaba y acompañó a Sanz hasta el coche, donde entre los dos recogieron la mayor parte de los bultos que llevaban y juntos los entraron en la casa. Mastreta y los chicos los miraban desde el interior del Citroën. Ignacio estaba medio dormido, no sabía muy bien qué estaba pasando. Tenía ojos de gatito asustado. Laura, en cambio, era puro nervio. Se había soltado el cabello, que le caía sobre el rostro ensombreciéndolo todavía más. Mastreta se volvió hacia ella.

—Laura... —dijo.

—No hablo con asesinos. —Escupió las palabras.

Mastreta resopló y acto seguido salió del coche dejando a los chicos dentro. Subió al porche de la posada llevando las dos últimas maletas, pero no entró. Prefirió esperar a que Sanz saliera otra vez. No quería perder a Laura de vista. El capitán salió al fin.

—Vigílales —le dijo Mastreta.

Entró en la casa y dejó los bultos al pie de la escalera. El

posadero seguía nervioso y no paraba de refunfuñar. Mastreta intentó calmarlo sin mucho éxito. Lo dejo por imposible y se reunió otra vez con Sanz en el porche. Ambos miraban el coche. Su interior estaba a oscuras.

—Tenemos un buen problema —dijo Sanz.

El posadero, que no había dejado de murmurar, se asomó a la puerta y les dijo que debían entrar inmediatamente en la casa o cerraba para no volver a abrir. Mastreta intentó tranquilizarle otra vez y el hombre desapareció.

—¿Esta fonda es un lugar seguro? —susurró Mastreta.

—Sí —contestó Sanz. Su tono de voz era áspero.

—¿Diga lo que diga la chica?

—Sí. No hay más huéspedes que nosotros.

—Entonces, el problema no es esta noche —concluyó Mastreta—, sino qué hacemos con ellos mañana.

—La misión no puede ponerse en peligro. —Aunque intentaba disimularlo, había mil detalles que ponían de manifiesto que Sanz estaba muy contrariado por la situación—. Tú quisiste traerles con nosotros. —Elevó el tono de voz—. Si hay que solucionarlo, serás tú quien haga el trabajo sucio. —Se volvió y fue hacia el coche. Abrió la puerta con una fuerza innecesaria—. Vamos, chicos —dijo intentando suavizar el tono alterado de su voz—. Ya hemos llegado. ¡Abajo! —El pequeño salió enseguida, bostezando. Tuvo un temblor. La noche era fría. Sanz se agachó junto a él—. Esta noche podréis comer caliente y dormir en una buena cama.

—Tengo sueño —dijo el chico.

—¿Sabes una cosa? Dentro hay un gran comedor, y adivina qué hay en una de las paredes.

—¿Qué hay?

—Una gran cabeza de jabalí disecada.

—¿Es cierto? —dijo el niño con entusiasmo.

—Claro que sí, ahora lo verás.

El chico bostezó. Sanz esperaba con la puerta abierta a que Laura saliera. Esta no lo hacía. Una mujer gruesa, con camisón, bata y cara de sueño, asomó por la puerta de la fonda. El posadero, incapaz de mantener la calma, había delegado en su mujer. La voz

de esta sonaba también nerviosa, pero más controlada. Sanz cogió al chico en brazos y lo llevó hasta la mujer. Esta se alarmó cuando le vio. Sanz le explicó la situación. La mujer refunfuñó, pero se llevó al pequeño escaleras arriba. Mastreta y Sanz se volvieron hacia el coche otra vez.

—No quiere bajar —dijo Sanz.

—Vete. Déjame a mí.

Sanz estaba demasiado enfadado para seguir con aquello, así que se introdujo en la casa sin decir nada. Mastreta esperó un par de minutos. Se encendió un cigarrillo mientras andaba hacia el coche. Luego metió la cabeza en él.

—Laura. Si no sales, entraré yo —dijo.

—Si me tocas, si quieres violarme, tendrás que matarme.

—No quiero hacerte daño. No soy como esos hombres de la carretera.

—Te mataré, juro que te mataré...

Mastreta entró en el coche y se sentó en la parte trasera junto a Laura. Ella se puso en guardia. Enseñaba los dientes y las uñas.

—¿Fumas? —preguntó él.

Ella no respondió ni bajó la guardia tampoco. Mastreta lanzó su cigarrillo fuera. Ella intentaba ahora hablar, pero el llanto y la ansiedad se lo impedían.

—Laura, ahora estamos en Francia, eres libre. Aquí no hay milicianos, ya no tienes que esconderte en un sótano. —Mastreta señaló la puerta del coche—. Puedes ir a donde quieras. —Ella no varió su actitud. Sus ojos, muy abiertos, le miraban a través del cabello—. Dame la mano. Te llevaré adentro y podrás comer y dormir. Vamos, dame tu mano...

Mastreta le tendió la suya, pero al momento ella se vio amenazada y, lanzando un grito, empezó a golpearle y a intentar arañarle el rostro. Su fuerza era sorprendente. En cada zarpazo ponía todo el empeño que le quedaba a su agotado cuerpo, la cegaba el odio y creía que luchaba por su vida y por la de su hermano.

Mastreta tuvo verdaderos problemas para lograr coger sus brazos por las muñecas. Antes de conseguirlo se llevó un buen

arañazo en la mejilla. Finalmente pudo inmovilizarla.

—Cálmate... ¡Cálmate...!

Ella le escupió y Mastreta le respondió con un bofetón. Laura quedó anonadada unos segundos y empezó a llorar. Perdía sus fuerzas por momentos. Se derrumbó sobre sus propias rodillas, cubriéndose los ojos y luego los oídos. Se quedó acurrucada entre los asientos delanteros y traseros.

—Anda, ven conmigo. Aquí hace frío.

La chica purgó unos minutos más su rabia. Después, Mastreta tomó su mano y ella le siguió dócilmente. Cuando entró en la casa, su rostro estaba enrojecido y húmedo, tenía un aspecto muy triste, pero más sereno que nunca desde que Sanz y Mastreta la conocieran.

El resto de la velada estuvo como ida, en silencio absoluto. Se sentaron a la mesa en el comedor. El posadero se había ido definitivamente a la cama. Su mujer, más paciente y más templada, sacó pan, mantequilla, queso y embutidos. Se llamaban Jules y Marie Chabagnon, y por algún motivo eran fieles defensores de la causa republicana en España. Uno de sus hijos estaba de camino a Barcelona para unirse a las Brigadas Internacionales. En pocos meses, sin embargo, su posición ideológica había devenido muy arriesgada. Los grupos de derecha habían ganado en influencia en el sur de Francia animados por la sublevación española y sus tentáculos, que cruzaban la frontera, hasta el punto de que resultaba peligroso en algunas zonas mostrarse abiertamente de izquierdas. Cada vez había más casos de ataques a propiedades y de amenazas anónimas, incluso había habido algún apaleamiento nocturno. Por eso estaban los Chabagnon tan nerviosos.

Ignacio apenas comió, se caía de sueño y las pocas fuerzas que le quedaban las dedicaba por entero a las cabezas disecadas que presidían la sala. Mastreta le preguntó a Laura si quería llevar a su hermano a la cama, pero ella no reaccionaba. Fue finalmente *madame* Chabagnon quien se lo llevó escaleras arriba. Luego bajó otra vez y anunció que se iba a dormir. Dio un par de instrucciones a Sanz, que le dio las gracias una docena de veces, y volvió arriba con aire cansino.

Sanz bostezaba. Terminaron de comer los tres en silencio. El comedor tenía poca luz. La habitación era bastante grande, pero ellos solo ocupaban la mitad. La otra mitad era una sala de estar bastante confortable, con balancines y butacas estampadas, y presidida por una chimenea. Estaba en penumbra, con la única lumbre de un fuego mortecino.

—Me voy a dormir —dijo Sanz en cuanto hubo terminado de comer. Eran las tres de la madrugada.

—Me quedaré un rato —dijo Mastreta.

—Mañana tenemos que madrugar.

—Hace años que no duermo muchas horas.

Sanz se levantó.

—Laura, ven —dijo—. Te acompañaré a tu habitación. Dormirás con tu hermano. Hay un cuarto arriba para vosotros solos.

Ella habló por primera vez.

—Quiero que me lleve él. —Señaló con la mirada a Mastreta.

—Él se queda aquí —replicó Sanz a punto de perder la paciencia—. Haz el favor de...

Laura no esperó a que Sanz terminara la frase. Se levantó y salió de la sala sin decir nada. Sanz y Mastreta se miraron. Oyeron los pasos de la joven subiendo las escaleras. Luego se abrió y se cerró una puerta.

—Esa chica es un problema —dijo Sanz.

—Ha pasado meses encerrada en un sótano, ha visto morir a sus padres...

—Nos denunciará. Nos odia.

—No lo hará.

—No lo sabes.

—Es una cría. Le hemos salvado la vida. Mañana lo comprenderá y se calmará.

Aquel tema había afectado la relación entre ambos, ahora era extrañamente tensa. Mastreta terminó de comer y se levantó. Apiló los platos y los vasos que habían usado y los dejó en el centro de la mesa. Luego se sentó otra vez y se encendió un cigarrillo. Sanz le miraba con fijación.

—Puede que tengamos que hacerlo —dijo.

—Ah, ¿sí?

—Puede que tengas que hacerlo. —Mastreta se quedó inmóvil, esta vez fue él quien clavó la mirada en Sanz. Este se sintió de súbito incómodo. Sin embargo, estaba dispuesto a no dejar las cosas a medias—: Ya sabes cómo se hace, ¿no es cierto? Por eso te reclutamos. Para situaciones como esta.

Sanz enrojeció. Era evidente que había tenido que hacer un esfuerzo para decir aquello, para plantear un tema que jamás habían discutido abiertamente. Unas semanas atrás lo hubiera hecho sin pestañear, pero ahora las cosas habían cambiado entre ellos dos. Por un momento dio la sensación de que Mastreta iba a explotar, de que iba a lanzar su silla al suelo para ir hasta su compañero y propinarle un puñetazo. Pero no se movió en absoluto. Se limitó a seguir sentado y a exhalar el humo de su cigarrillo. Al final, habló con tono sereno.

—Vete a dormir. Tú no sabes nada de mí.

Sanz quiso decir algo más, pero se detuvo. Mastreta se sirvió una copa de vino y echó un trago.

—Mañana veremos qué ocurre. —Sanz se dio la vuelta para salir de la sala.

—Un momento —le detuvo Mastreta. Sanz se paró frente a la puerta, de espaldas a Mastreta. Este aspiró humo con tranquilidad y luego lo exhaló tomándose su tiempo. Le temblaba la mano, pero por lo demás, parecía tan sereno como había estado siempre desde que empezó el viaje—. Antes que matarla a ella, te mataría a ti.

Sanz escuchó sin darse la vuelta. Luego, salió y subió las escaleras. Cuando Mastreta oyó cerrarse la puerta de la habitación, recogió la copa de vino, apagó la luz del comedor y en la penumbra fue a sentarse en un butacón junto a la chimenea. Allí hacía calor. Se quitó la chaqueta, ni siquiera se había dado cuenta de que aún la llevaba puesta. Al hacerlo le pareció que se sacaba un gran peso de encima, mucho más grande que el peso de un revólver, una navaja, una cajetilla de tabaco y una libreta para garabatos. Tenía sueño, pero más que eso, tenía el deseo de hacer una pausa, de respirar a sus anchas, sin angustia, de oír crepitar el

fuego en el silencio, de estar a oscuras y desacelerar el torbellino que había en su cabeza. No había podido hacerlo en los últimos días. Parecía que habían transcurrido años desde que se sentara por última vez en aquella taberna en Tarragona, donde hacía dibujos y Dolors le traía puntualmente una copa de coñac. Cerró los ojos y pensó en eso, y trató de ordenar su mente, y aunque buscaba alivio, en ella daban vueltas sin descanso las palabras de Sanz: «Ya sabes cómo se hace, ¿no es cierto?».

Había matado a una mujer en el verano de 1933. Era un dato que figuraba en su ficha policial. Quedaba lejos en el recuerdo. A veces pensaba en ello, a veces pasaban días sin que ni siquiera se acordara. Pero siempre volvía. Sus cuatro años de ausencia no habían cambiado las cosas. Sanz creía que era un hombre capaz de acabar con la vida de una mujer a sangre fría. Eso decían los informes. Probablemente, al final de su entrenamiento, Sanz había dejado de tenerlo presente, pero lo cierto era que, si se fijaba bien, Mastreta podía ver que en los ojos del capitán había siempre un minúsculo destello de desprecio que su relación, que se había tornado bastante buena, no había logrado borrar del todo y que muy posiblemente no desaparecería nunca. Ese destello había sido esa noche mucho más nítido.

Mastreta terminó la copa de vino. Se encendió un cigarrillo. Iba a ser el último de la noche. Le había dicho a Sanz que le mataría a él antes que a la chica. Ahora estaba arrepentido. Le temblaba la mano, se hubiera tomado otra copa de vino, la oscuridad le hacía bien. Lanzó el cigarrillo al fuego y se frotó los ojos. Tenía sueño, pero sabía que le costaría un buen rato dormirse. Cuando los abrió otra vez, se sobresaltó. Laura estaba allí, mirándole desde la oscuridad.

17

Esa misma noche, a doscientos kilómetros de Gabas, Frederika Heinz se convertía en la sensación del bar Txapela en el centro de San Sebastián. Durante la tarde había estado tumbada, durmiendo a ratos, despierta otros con la mirada fija en un punto del techo, dejando pasar el tiempo sin hacer nada. En el duelo, hay quien practica constantemente mecanismos para apartarse de la realidad, uno tras otro, haciendo que se sucedan en el tiempo hasta ocuparlo por completo. Frederika se dio un baño largo. Le pareció que esa tarde el tiempo iba muy lento, que debía haber una avería en su reloj de pulsera. Bajó al bar del hotel una hora antes de la llegada de Benítez. Se tomó un *gin fizz* sola, sentada en la barra. Un hombre se le acercó. Era francés. Hablaron un rato. El hombre cada vez era más transparente, cada vez abría más los ojos, se reía más, enseñando unos dientes tan blancos que parecían artificiales, cada vez tenía durante más tiempo su mano izquierda sobre el hombro de Frederika. Ella pensó al principio que le apetecía estar con un hombre, pero a medida que el otro le hablaba más y más cerca de la cara, sintió una creciente repugnancia hacia él.

Benítez llegó justo a tiempo para que Frederika pudiera deshacerse del francés sin tener que planear una estrategia de huida. Salieron del hotel, dieron un paseo. Benítez la llevó a un bar muy elegante donde podían tomarse una copa sentados frente al paseo de la Concha, la zona de moda de la ciudad. Por allí caminaban las parejas, impecablemente vestidas, a la vista de los vecinos, de las familias y de los envidiosos y admiradores de clases menos favorecidas. A pesar de la guerra, aquellos ritos mundanos, sobre todo los de clase alta, se mantenían intactos. Frederika se tomó otro *gin fizz*. Cuando se levantaron, ella estaba ya más habladora, más risueña, y al poco era puro encanto, y Benítez no

podía hacer otra cosa que dejarse llevar.

Varias horas después estaban en el bar Txapela. Las gentes de aquel lugar no estaban acostumbradas a una mujer como ella y la miraban como si fuera una atracción de feria. Ya hacía más de una hora que se había iniciado el toque de queda, pero este, a menos que las circunstancias lo requirieran, no se ejecutaba a rajatabla. Muchos de los parroquianos del Txapela eran vecinos del barrio y vivían muy cerca, de modo que estuvieron dispuestos a correr un pequeño riesgo de vuelta a sus casas con tal de no perderse la fiesta. El bar estaba lleno. Para Frederika no había problema. Acompañada de Benítez, podía moverse por las calles con completa seguridad, a cualquier hora del día y de la noche. El teniente estaba al borde del colapso. No paraba de darle vueltas a lo mismo: debería alzarse y obligar al dueño a cerrar aquel tugurio, mandar a aquella gente a su casa y llevarse a Frederika de allí. Pero no podía hacerlo. Entonces, como él no se movía, no lo hacía tampoco el dueño del bar ni los clientes, así que su presencia, inicialmente intimidadora, terminó por legitimar la velada. Las órdenes que Benítez tenía eran claras: agasajar y complacer a la enviada de Alemania. ¿Cuál era el límite a esas órdenes? Por otra parte, el espectáculo que Frederika Heinz dio esa noche le cautivó tanto como al resto. Primero bailó con varios hombres. Enseguida se entendió con el pianista y tocaron juntos una vieja pieza alemana. Ella cantaba. Su voz sonaba exótica, distinta a todo. Se hizo el silencio en el bar para escucharla. Ya nadie estaba al margen de la joven mujer alemana. Cuando terminó, la audiencia estalló en aplausos. El pianista conocía una polka muy antigua. Un hombre de avanzada edad sacó un violín de la trastienda. Frederika se encargó de organizar el baile al que se animaron una docena de parejas. Cuando terminaron, agotados, parecía que siempre habían sido amigos. La música no paró y alguien sacó una guitarra. Frederika invitó a todo el mundo a beber. Al final de la noche, ya muy bebida, le pediría a Benítez que le prestara dinero. Con la guitarra en juego sonaron acordes flamencos a los que Frederika no pudo resistirse. No era la música de aquel lugar, pero ella y la velada lo pedían a gritos. Le enseñaron a bailar ese ritmo y se

quedó sola en la pista, con una copa en la mano, poniendo cara de gitana y zapateando el suelo como una loca. Terminó extenuada, y un hombre alto y corpulento que la había estado mirando toda la noche la tomó por el hombro y la condujo a su mesa. Benítez se mordía las uñas, solo, en la otra punta del bar. Frente a él tenía una copa de vino que apenas había tocado. La observaba en silencio, con la cara enrojecida por un sentimiento parecido a la vergüenza; la veía reír como una borracha y al hombre alto mirarla con ojos de lobo. Le vio tratar de besarla más de una vez, ella se dejaba a medias y el tipo amenazaba con perder el control. El vino corría por las mesas. Frederika se levantó de repente abandonando a su pretendiente. Cruzó el local dando tumbos hacia Benítez, pero el otro la siguió y la cogió con fuerza desmesurada. Ella se rio y la copa se le resbaló de la mano estrellándose en el suelo. Benítez se levantó. Su uniforme intimidaba. Fue hacia ellos. Se cayó una silla y la música se detuvo. A Benítez le temblaban las piernas, pero se esforzaba en sacar su aire marcial. Se oyeron algunas risas, algunas burlas escondidas que se apagaban en cuanto se daba la vuelta, y salían entonces de otra esquina. Sin embargo, nadie se atrevería a enfrentarse abiertamente a un teniente del Ejército, era una sentencia de muerte. Frederika lo supo desde el primer momento. Cuando Benítez se acercó, ella se lanzó a sus brazos. El otro se quedó solo en medio del bar y no pudo más que reírse, o intentarlo, y retirarse a su rincón apretando los dientes. Benítez, envalentonado por el abrazo de Frederika, se fue a por él y le ordenó que se largase del local. Ella no paraba de reírse. Ese fue el final de la velada. La gente empezó a marcharse, a todo el mundo le entraron de repente las prisas y lo que hasta hacía un momento habían sido caras borrachas y alegres, se tornaron preocupadas por los riesgos que encerraban las calles a esas horas de la noche.

Además de Benítez y Frederika, solo otra persona no era habitual en aquel antro, pero nadie reparó en ella, pues miraban a otra parte. Esa persona se esfumó con la desbandada general. Ningún testigo podría situarla allí aquella noche. Se marchó en silencio y se perdió en las calles. Vivía cerca. Era una mujer de unos cincuenta años. Tenía el pelo canoso y acaso le sobraran unos

pocos kilos. Por la calle resoplaba a cada paso que daba, no tanto por la fatiga, sino por la tensión que la ahogaba, que no la dejaba respirar al ritmo adecuado. Miraba atrás constantemente, y antes de encarar una bocacalle, se cercioraba de que no hubiera nadie al otro lado que pudiera verla. Llegó apresuradamente a un portal, sacó una llave vieja y se metió en la casa. Ya dentro se dejó caer en una silla. Estuvo un rato recuperando la respiración. Se tomó el pulso, asustada, pero al poco se encontró mejor. Se levantó y subió lentamente las escaleras. En la sala de estar crepitaba en las últimas un fuego abandonado hacía horas. Se quitó la chaqueta. Era una mujer de aspecto compacto, muy derecha, no muy alta, los kilos de más le sentaban bien, de cara noble y ojos profundos; se limpió los labios, que llevaba muy pintados solo por haber salido, tenía una boca amplia y elegante, aunque la edad le había estrechado los labios. La habitación estaba llena de libros y había algunos motivos marineros en las paredes y sobre los muebles. Sin encender las luces, atizó el fuego y se calentó durante unos minutos, no solo el cuerpo, también el ánimo, que le había quedado frío por el miedo. Cuando se sintió restablecida, rebuscó en el cajón de una cómoda vieja, aunque bien cuidada. Ahora llevaba un poco de lumbre impregnada en la cara, como si la pausa la hubiera conducido, una vez más, como una rutina, a reconocer el motivo por el que había salido aquella noche desafiando el toque de queda y eso la alimentara de una energía luminosa. De la cómoda sacó una libreta con tapas de cuero. Se sentó en una mecedora y, poco a poco, con letra de maestra, comenzó a escribir todo lo que había visto y oído esa noche.

18

Laura le miraba en silencio. Era un esbozo en la oscuridad. El brillo de sus ojos la delataba. Llevaba un camisón blanco que había pertenecido a la hija de *madame* Chabagnon.

—Tengo miedo —dijo.

—No hay motivo. Ya no.

—Aun así, tengo miedo...

Avanzó hacia Mastreta. Parecía que imploraba clemencia alargando los brazos hacia él, con su largo camisón, con sus grandes ojos húmedos, con sus labios tiernos de niña. Llevaba el pelo mojado y peinado hacia un costado. Se había lavado en la habitación con una jofaina que le había traído *madame* Chabagnon. Mastreta no tuvo tiempo de levantarse de su butaca. Como si fuera una perra enferma, Laura se sentó sobre sus piernas y se recostó en su hombro.

—¿Qué va a ser de nosotros mañana? —dijo—. ¿A dónde iremos?

—Mañana hablaremos de ello.

—Aparte de mi hermano, solo te tengo a ti.

—No digas tonterías, niña, no me conoces. Tendréis parientes...

—Están todos muertos.

—Mañana pensaremos en ello...

—Tu compañero... Su mirada me asusta. La tuya, en cambio..., me calma, me gusta...

Laura le miraba con sus grandes ojos de muchacha triste. Lo cierto era que apenas la veía, pero sentía muy cerca su aliento. Mastreta esbozó una media sonrisa para dar a entender que interpretaba sus palabras como una chiquillada. Pero no lo era, y su sonrisa duró un momento solamente, porque ella alargó el

cuello y le besó en los labios. Mastreta quiso reaccionar, pero la boca de Laura se pegó a la suya y no le dejaba marchar. Entonces se encontró a sí mismo tomando a aquella muchacha y besándola también. Mastreta había estado con muchas mujeres, pero nunca antes había sentido el sabor de la inocencia, que allí mismo, sobre sus labios, se traducía en una ternura que incomodaba y que rayaba en lo pecaminoso, pero que al mismo tiempo inspiraba un sentimiento mayúsculo de autenticidad y mantenía intacto todo aquello que debiera seguir siendo puro. Laura le besaba entrecortadamente, abrumada y ansiosa al mismo tiempo, dejando ir algún sollozo de vez en cuando, sollozos que a Mastreta le cautivaron, porque los tomó como suspiros de alivio por parte de ella, suspiros de quien siente que ya no está perdido ni solo, y la abrazaba entonces con más fuerza para darle respuesta, para explicarle así que desde ese instante él se hacía cargo de ella, no como un padre, no como un amante, sino como alguien compadecido por su desgracia y su soledad. Había una fina línea entre todo aquello, y llegó un momento en que todo se mezcló. Al poco, Laura le ofreció su cuerpo. Mastreta pensó que la muchacha no sabía siquiera lo que estaba haciendo, que se dejaba llevar por algo angustioso que rabiaba en su interior y por la necesidad de tener a alguien a quien agarrarse. Separó las piernas y se sentó sobre su regazo. Luego, en un gesto decidido, alzó el camisón y se lo quitó por la cabeza dejando su cuerpo desnudo. La penumbra impidió a Mastreta comprobar cómo se sonrojaba. Tenía el cuerpo de una mujer y su belleza encajaba en la luz mortecina, como sus ojos en la oscuridad. Le besó otra vez, al tiempo que su cuerpo se movía, y le atrapó con ello y con su piel, que emanaba un calor contagioso. Abrió los brazos y le dio sus pechos. Se escoró a un lado, y Mastreta la siguió, cegado, ella le guiaba la cabeza. Oyó su corazón, que palpitaba enloquecido. Ella acompañaba su cabeza con una mano, y luego se la aprisionaba. ¿Dónde está el otro brazo?, pensó Mastreta. Buscó la boca de ella y debió abrirse paso a duras penas. Su cuello estaba rígido, su cuerpo escorado, su boca ausente y su brazo se alargaba hacia alguna parte desconocida, fuera de ellos dos, al costado de la butaca. Entonces lo entendió. Se

acabó la inocencia. La mano de Mastreta buscó la mano ausente de Laura. Ya había llegado muy lejos, rozaba la empuñadura del revólver de su chaqueta. Ella se puso tensa de arriba abajo al verse descubierta. Él cogió su mano con contundencia y se levantó de la butaca en un gesto rápido. Laura estuvo a punto de caerse hacia atrás, pero Mastreta le atrapaba las muñecas. Retrocedió intentando soltarse, pero él no la dejaba.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

—¡Vaya comedia! —dijo Mastreta—. Habrías engañado a un santo.

—Si no me dejas, gritaré.

—Puedes gritar lo que quieras, pero antes, dime, ¿qué ibas a hacer? ¿Pegarme un tiro? ¿Eh? ¿Tanto me odias?

—No..., yo solo quería...

—¿Ibas a matarme aquí mismo? Te habrías llenado las tetas de sangre. ¿Lo sabes? Sea como sea, mi compañero tenía razón. Ahora es imposible confiar en ti.

Ella sollozaba. Mastreta la soltó. La chica se quedó aguantando el llanto frente a la chimenea, desnuda, cruzando los brazos sobre los pechos. La miró durante un segundo, ella le miró a él. Sus ojos seguían siendo grandes y sus labios parecían igualmente tiernos, su piel continuaba emanando calor y encajaba en aquella penumbra. Le lanzó el camisón.

—Vístete.

Ella se lo puso. Mientras, Mastreta recogió su chaqueta. Sacó el revólver. Ambos lo miraron. Luego lo volvió a guardar.

—No he venido para robar eso —dijo Laura—. Ya sé que no me crees. He visto tu chaqueta y de repente he querido comprobar si estaba allí. Nada más.

—Seguro.

—Estoy asustada, tenía miedo y todavía lo tengo.

—Llevo una pistola por accidente —dijo al fin—, y estoy en este viaje por accidente. Casi todo me importa un bledo, y te juro que las armas como esta me traen recuerdos muy jodidos. —Laura había dejado de sollozar. Estaba a la expectativa. No entendía lo que él le decía, aunque eso daba igual, Mastreta hablaba más bien

para sí mismo—. Yo no quería estar aquí ni meterme en esta guerra. No hubiéramos debido conocernos nunca, aunque ahora será difícil que pueda olvidarte, si es que vivo lo suficiente para tomarme un respiro y mirar hacia atrás. Resulta cómico, antes de empezar esta misión, ya me siento vencido por una golfa de diecisiete años.

—No soy una golfa...

Mastreta se rio de sí mismo. Pensó que la chica era más lista y más madura de lo que habían imaginado, aunque acabara de cometer una estupidez. La culpa era suya. Nunca debieron llevársela. Sanz habría disfrutado si hubiera podido contemplar la escena; le habría machacado a reproches. No le faltaría razón.

Mastreta sacó las balas del cargador del revólver, hizo ruido para que ella se diera cuenta. Lo guardó en la chaqueta y depositó las balas en el bolsillo del pantalón. Estaban casi a oscuras. Se levantó y se acercó al fuego. Lanzó otro tronco para animarlo. Ella había retrocedido hacia la oscuridad. Acuclillada, lloraba débilmente. Él se encendió un cigarrillo y terminó la botella de vino. Permaneció sentado en la penumbra en silencio dándole vueltas a la situación. Al poco, Laura dejó de llorar. Se sorbía los mocos como una niña. Estuvieron un buen rato así.

—No soy una golfa... —repitió ella mirándole con intensidad —. Te lo juro, yo nunca...

—Ya está bien —cortó Mastreta—. Esto es lo que haremos: os quedaréis aquí como prisioneros. Alguna forma habrá de convencer a esta gente. Con un mes será suficiente. Para entonces, lo que tenemos que hacer en zona nacional ya habrá terminado. O estaremos a salvo o criaremos malvas. Luego los Chabagnon os soltarán y podréis hacer lo que os dé la gana. —Laura empezó a llorar suavemente otra vez—. Lo de tus padres no tiene remedio —prosiguió él—. Ya tendrás tiempo de vengarte. Tú y tu hermano sois muy jóvenes. Ódiame cuanto quieras, te ayudará a seguir adelante, pero te recomiendo que no hagas tonterías y que intentes mantenerte con vida. Porque llegará un día en que te levantarás y esta guerra habrá terminado. Entonces ya serás una mujer y podrás venir a buscarme para acabar conmigo. —Laura quiso decir algo,

pero las palabras no le salieron. Se limpió las lágrimas y se levantó. Sin decir nada, se dispuso a salir de la habitación. Mastreta la detuvo—: Dormirás aquí, en ese sofá. Toma esta manta. —Le lanzó una gruesa manta de lana que había sobre una butaca—. No puedo fiarme de ti. Alguien tiene que vigilarte.

La chica obedeció sin decir palabra. Se tumbó y se arropó. A tres metros de ella, Mastreta se sentó en su butaca, la misma donde hacía unos minutos habían estado brevemente juntos.

19

No fue nada fácil que los Chabagnon aceptaran cargar con Laura e Ignacio, pero las dotes de seducción de Mastreta obraron el milagro. Eso y una suma de quinientos francos que tuvieron que descontar del presupuesto de la misión. También contribuyó Laura, que estuvo correcta, aunque demasiado silenciosa y enigmática, y el pequeño Ignacio, que, con sus grandes ojos húmedos y su sana curiosidad, se convirtió en un arma eficaz que Mastreta supo aprovechar. *Madame* Chabagnon cayó por completo en la trampa. Incluso *monsieur* Chabagnon se enterneció con el chaval. En todo momento evitó mencionar que eran hijos de fascistas, pues los Chabagnon no hubieran pasado por ello, aunque fueran unos pobres niños huérfanos. Sanz no dijo nada en absoluto. Desde que discutieran la noche anterior y Mastreta le amenazara, el capitán no le había dirigido la palabra. Aunque Mastreta no le contó lo que había ocurrido con Laura, a Sanz le sobraron las ocasiones para lanzarle reproches. Sin embargo, se mantuvo callado como un muerto. Mastreta intuía que, en el fondo, Sanz no habría sido capaz de ordenarle que matara a Laura y a Ignacio, mucho menos aún de ejecutarles por su propia mano. Con el chico, Sanz se mostraba incluso cariñoso, aunque se esforzaba en evitarlo. Mastreta imaginaba que la solución que habían encontrado había sido en realidad un alivio para Sanz. Pero las palabras que Mastreta le espetó la noche anterior no podían borrarse.

Desayunaron todos en silencio. Solo lo rompía en ocasiones Ignacio con su entusiasmo por los animales disecados y por las escopetas de caza que había colgadas encima de la chimenea. Sobre las ocho de la mañana empezaron a cargar bártulos y maletas en el coche. Sanz, con la ayuda de *monsieur* Chabagnon y la esforzada contribución de Ignacio, se ocuparon de revisar el

motor del Citroën. Tenían por delante más de doscientos kilómetros de carretera, en algunos tramos en muy mal estado. Lo llenaron de agua y de gasolina, y Chabagnon, un hombre de pocas palabras y cara contrariada que resultó ser un manitas con el motor, se encargó de ajustar el nivel de aceite. Mientras, Mastreta terminó de recoger la habitación y se aseguró de que no dejaban allí ningún rastro de su paso. Una tarea que acometió sin mucha convicción teniendo en cuenta que Laura e Ignacio eran un rastro más que evidente. Estaba revisando su revólver cuando oyó ruido a sus espaldas. Laura estaba en la puerta.

—¿Qué quieres? —dijo Mastreta.

—Nada.

—¿Es que escondes un cuchillo en alguna parte?

Ella se mantuvo callada. Mastreta siguió con lo suyo como si Laura no estuviera. Aun así, no se marchaba, permaneció quieta, en silencio, mirándole. Mastreta guardó el arma y cerró la última de las maletas. Se puso la chaqueta y cargó con los bultos para salir.

—¿Vas a decirme algo o no? —Se dio cuenta de que Laura estaba llorosa. Daba la sensación de que quería hablarle, pero no se decidía o no sabía cómo hacerlo. Mastreta no esperó más, pasó junto a ella para salir, pero entonces se detuvo. Se volvió hacia ella, que no se movió—. No volveremos a vernos —le dijo—. Olvídate de estos dos días. Olvídate de pistolas y de venganzas. Es lo mejor que puedes hacer. Y cuida bien de tu hermano.

—¿Tengo que olvidarme de ti también? —dijo Laura con voz clara y contenida. Mastreta no esperaba que hablara. Una vez más, se sorprendió de su madurez. Vaciló. Ella se giró hacia él—. Nunca me había tocado un hombre antes. Nunca me habían besado. Hasta ayer. ¿Tengo que olvidarlo?

Mastreta la miraba y le daba vueltas a lo mismo. ¿Cuánto había de inocencia? ¿Cuánto de miedo y de desamparo? ¿Cuánto de falsedad? ¿Cuánto era el resultado de una tragedia que bien podría hacer enloquecer a cualquier ser humano? A juzgar por sus grandes ojos que ahora parecían tan limpios, por sus labios hinchados, por el ligero temblor de sus manos, podría pensarse que

Laura se había enamorado. ¿Cómo saberlo? ¿Podía odiarse tanto como para urdir semejante engaño? ¿Podía hacerlo una muchacha de diecisiete años? Eso era lo que lograban hacer los espías, urdir engaños para obtener algo con ello, eso era lo que el propio Mastreta tendría que hacer dentro de muy poco. De ser ese el caso, Laura no actuaría de ese modo en obediencia a una causa política, sino a una causa propia, a una tragedia personal mucho más poderosa.

—Ya te he dicho que no volveremos a vernos —zanjó Mastreta.

Salió de la habitación y bajó las escaleras sin mirar atrás. Sanz estaba impaciente, no lo dijo, pero miraba el reloj sin parar. Cuando Mastreta apareció en el porche, Ignacio se lanzó a sus piernas para contarle que había estado reparando el motor del Citroën. Mastreta se despidió de él sin más dilación. Subió al coche y Sanz le imitó después de darle un apretón de manos a *monsieur* Chabagnon y de hacerle una breve caricia en la cabeza al pequeño Ignacio. Arrancó y se marcharon de allí.

20

Tardaron seis horas en llegar a Hendaya. Fue un viaje penoso, no solo por las incomodidades del trayecto, que ejecutaron sin apenas pausas, sino por la rareza en la que ambos se habían instalado. Durante las primeras dos horas no se dijeron nada. En un cruce de carreteras, Sanz se equivocó de desvío y eso les obligó a hablar. Tomaron por error la carretera hacia Pau. Mastreta se dio cuenta y tuvieron que desandar más de treinta kilómetros para llegar finalmente a Oloron-Sainte-Marie y dirigirse al oeste. Fue una conversación breve y aséptica. Luego volvió el silencio.

A las tres de la tarde entraron en Hendaya. La ciudad se había transformado con la guerra. Ya en las afueras se encontraron con decenas de chabolas improvisadas llenas de refugiados. Aun con los controles en las fronteras, muchos de los que huían se las habían arreglado para pasar a suelo francés y seguían haciéndolo cada día. Allí el ambiente era silencioso, estaba impregnado de drama. Solo los niños y las mulas que pastaban entre las chabolas eran ajenos a una realidad de absoluta carencia, de derrota y de miedo. Mastreta y Sanz entraron en la ciudad por el norte. Ninguno de los dos había estado nunca, pero muy pronto se les hizo evidente que la Hendaya que recorrían con el coche aquella mañana soleada de primavera distaba mucho de ser la ciudad que fuera solo unos meses atrás. Por las calles aparecían aquí y allá familias enteras deambulando con cara de espanto, arrastrando carros viejos donde habían cargado los enseres más variados, desde gallinas hasta mesas de comedor.

Tomaron una cerveza en un café del centro. El local estaba abarrotado. Hasta hacía poco era lugar de recreo y de tertulia para turistas, ahora, en cambio, estaba poblado por los personajes más inesperados, desde hombres que bien podían encajar en tabernas

cochambrosas de los muelles de Barcelona hasta madres españolas que, sin lugar a donde ir, se sentaban en la terraza para dar el pecho a sus bebés. Los turistas franceses de clase alta venidos del norte estaban asqueados con las nuevas compañías, pero no se atrevían a quejarse demasiado, soportaban el ambiente muy serios, educadamente sentados a la mesas, sin perder ojo de los sujetos inclasificables que aparecían por doquier sin cometido definido, tipos con pinta de espías, o de aprovechados, o de contrabandistas. En el fondo, los turistas franceses, aunque asustados, estaban también fascinados. Mastreta y Sanz comprobaron que había además una notable cantidad de periodistas. El bombardeo de Guernica, unos pocos días atrás, había causado impacto en Francia y había incrementado el interés por la guerra española, con lo que los periódicos de París habían enviado reporteros y fotógrafos a la frontera. Eran tipos muy curiosos, parecía que lo sabían todo, daba la sensación de que tenían un detector de noticias o de hechos sospechosos. Mastreta y Sanz se mantuvieron alejados de ellos, aunque no era fácil. Buscaban permanentemente el reportaje y se abalanzaban sin ningún pudor sobre cualquiera que les resultara potencialmente objeto de alguna historia, ya fuere de contrabandistas o un drama humano de refugiados. En el tiempo que estuvieron en el café, dos de ellos se sentaron a su mesa preguntando por su historia, queriendo saber de dónde venían y a dónde iban.

La transformación de la ciudad la completaba la masiva presencia de fuerzas del orden y de tropas del Ejército francés, y un intenso y ruidoso tráfico de vehículos, tanto militares como civiles. Se veían a menudo pequeños camiones, viejos y sucios, cargados de enseres hasta la bandera, la mayoría con matrícula española. Algunos de estos eran interceptados por la policía o el ejército siguiendo un criterio difícil de determinar, y su futuro inmediato pasaba a ser incierto.

Dieron una vuelta en coche por la ciudad. En Hendaya no tenían ningún contacto. Los simpatizantes de izquierdas habían quedado seriamente diezmados por masivas detenciones preventivas, estaban vigilados y tenían poco margen para moverse.

Ahora la zona estaba dominada por grupos de orientación fascista que contaban, en muchas ocasiones, con la silenciosa connivencia de las autoridades locales. En ese momento, en el sur de Francia, la derecha era una opción política que despertaba entre la gente de la calle menos recelo que comunistas y anarquistas, y estaba mucho mejor asentada en los círculos de poder. La izquierda estaba desorganizada e infiltrada, y era una temeridad confiar en ella.

Al girar una calle, se metieron por otra que salía de la ciudad hacia el sur. A los pocos metros divisaron la frontera. En aquel puesto, además de franceses, sí había militares españoles. Eran los primeros soldados sublevados que Mastreta veía. Sanz detuvo el Citroën en el arcén, pero enseguida se dieron cuenta de que no era una buena idea. Un par de soldados franceses se percataron de su presencia. Sanz dio la vuelta y regresaron al centro de la ciudad. Aparcaron el coche. Dejaron todo el equipo en el maletero y buscaron una pensión para pasar la noche. El capitán estaba inquieto, tenía miedo de que les robaran el Citroën. Las consecuencias de ello serían fatales. Para terminar de complicar las cosas, las pensiones y los hoteles estaban llenos. Preguntaron en todos los establecimientos del centro, sin suerte, incluso en los hoteles de lujo. Preguntaron en tabernas, en restaurantes, en kioscos callejeros, pero todo el mundo les daba la misma respuesta: ya no cabe nadie en esta ciudad. Sanz estaba cada vez más nervioso. A las diez de la noche seguían sin tener habitación. El capitán estaba enfadado consigo mismo: tenían que haber previsto que aquello podía pasar y haber buscado la manera de reservar con antelación alojamiento. Cenaron en un bistró situado en una zona apartada. Preguntaron al camarero por un sitio donde pasar la noche. El hombre no quiso problemas e hizo como si no les hubiera entendido. Comieron en silencio. Aunque era tarde, el lugar estaba casi lleno. La mayoría eran familias españolas que no tenían ningún lugar a donde ir y apuraban hasta que los echaban a la calle. Daban pena, pero, por otro lado, eran un entretenimiento para los franceses, que les observaban con el interés de quien contempla una criatura exótica. Parecía que los dramas de la guerra se veían en Francia como un divertimento. Cuando les trajo

la cuenta, el camarero, quizá impresionado por la miseria y la desgracia que veía cada día, les dijo que buscaran a un tal Gómez, un taxista de origen español que podía ayudarles.

Encontraron a Gómez dormitando en el interior de su coche, en una céntrica plaza. Era hijo de emigrantes extremeños. Tanto él como Mastreta y Sanz evitaron hablar de la guerra y de política, así que la conversación se hizo distendida. Mastreta y Gómez enseguida hicieron buenas migas y el hombre les juró y perjuró que iba a solucionar su problema por el módico precio de veinte francos. El tipo, más que nostálgico de su tierra, era buen negociante. Como él, cientos de oportunistas hacían su agosto en la ciudad sacando partido de las necesidades de los refugiados que llegaban en muchas ocasiones desesperados, ciertamente, pero trayendo consigo a cuestas todo el dinero, joyas y objetos de valor que habían podido salvar en su huida. Los más afortunados perdían una parte de sus pertenencias con el fin de lograr alojamiento o transporte, pero otros muchos corrían peor suerte y los ladrones les dejaban sin nada.

Fueron a buscar el Citroën y siguieron al taxi de Gómez hacia el norte de la ciudad, hasta un caserío de las afueras. Gómez saltó de su vehículo y aporreó la puerta. Mastreta y Sanz vieron desde su coche cómo la mujer que se asomó negaba con la cabeza. Le siguieron a tres direcciones más, todos caseríos en las afueras. No hubo suerte. Gómez se acercó al Citroën para asegurarles otra vez que les iba a encontrar alojamiento, costara lo que costara. La cuarta dirección estaba al sur, era un caserío también, frente al río Bidasoa y cerca de la frontera. A diferencia de los otros caseríos, en los bajos había una taberna. Gómez saltó por cuarta vez de su taxi y se metió en el local. Esta vez Mastreta fue tras él. Antes de que pudiera entrar, Gómez salía ya con una ancha sonrisa en la cara. Le seguía una mujer atribulada, enrojecida por horas de trabajo en la cocina. Les echó una mirada larga y centrada, evaluándolos como si fueran caballos en una feria de animales. Al final, asintió. Gómez les explicó que la mujer estaba dispuesta a alquilarles una casa vacía un par de calles más arriba. El lugar había sido hasta el verano anterior una casa de colonias veraniega para escolares

españoles ricos, y ahora estaba en desuso. La mujer, que debía ser de derechas, no quería alquilarla a refugiados, a los que tenía por sucios y empobrecidos desgraciados, comunistas, que solo podían traerle problemas. Por suerte, Mastreta y Sanz no se lo parecieron, dijeron que estaban allí por negocios y no hizo preguntas. Los acompañó a la casa, ubicada al final de la calle, a pocos metros de las rocas sobre el río Bidasoa, justo donde este salía a la mar. Era ya de noche, la zona era oscura y solitaria, un pinar oloroso y firme azotado por la brisa marina. Era una casa grande que olía a muebles viejos y a polvo húmedo. La mujer puso a su disposición una habitación y les prohibió utilizar el resto de la vivienda, exceptuando la sala de estar y la cocina que había en la planta baja. Era una casa desangelada, con las paredes vacías, excepto por algún espejo sucio y unas estampas marineras que habían perdido color. La habitación estaba en el primer piso. Tenía dos camas, un armario y un escritorio. Parecía la celda de un monasterio. La ventana asomaba al Bidasoa, que era allí una masa desorganizada de agua oscura en cuyos extremos despuntaban sin orden alguno rocas negras y afiladas. El precio era astronómico, cincuenta francos por noche. Después de descargar sus cosas, no tuvieron más remedio que regresar a la taberna con Gómez y la mujer. Gómez estaba satisfecho de sí mismo y de su intervención salvadora. Le invitaron, o se hizo invitar, a un vino. El hombre hablaba por los codos, pero una vez más evitaron mencionar la guerra y tocar cualquier cuestión de índole política. Cuando al fin se marchó entre risas, después de haberse tomado cuatro vasos de vino, a Mastreta se le arrugó el entrecejo. Sanz le preguntó qué pensaba y Mastreta se limitó a decir que el tal Gómez hablaba demasiado. Sin embargo, al poco le echaron de menos. La taberna estaba vacía, eran más de las doce de la noche y entre Mastreta y Sanz volvió el silencio.

21

Esa misma noche, un Opel negro salía de Irún y se detenía en la frontera, a pocos cientos de metros de Hendaya. En su interior había un solo hombre. Los dos militares españoles que estaban de guardia aferraron sus armas y uno de ellos se acercó al coche con cautela. El hombre bajó la ventanilla y, sin mediar palabra, le mostró un documento. El soldado gritó a su compañero que levantara la barrera. Luego, sin perder tiempo, corrió junto al vehículo, que ya avanzaba hasta el puesto francés, y habló con el gendarme que estaba de guardia. Este ni siquiera miró al interior. Levantó a su vez la barrera y el coche entró en Francia.

Cruzó Hendaya de sur a norte. La ciudad estaba tranquila; por unas horas, cada noche, recuperaba la calma que tenía antes de que empezara la guerra en España. El coche se detuvo en una calle apartada, en la parte norte, y de él salió su único ocupante, un hombre de aspecto imponente con gabardina negra y la cabeza descubierta. Tendría unos cuarenta años. Se llamaba Abel Guzmán. Por la constitución de su cuerpo —medía metro noventa—, podría jurarse que había nacido en Noruega; en cambio, por la simetría de las facciones de su rostro, por el color de su cabello, negro y brillante como el azabache, cualquiera pensaría que era de origen griego.

La calle estaba desierta. Guzmán recogió una bolsa del maletero y cerró el coche con llave. Luego caminó veinte metros hasta una puerta negra. Llamó tres veces con los nudillos. Tuvo que esperar por lo menos cinco minutos antes de que le abriera una mujer rubia de unos cuarenta años entrada en carnes y con cara de sueño y le dejara pasar. Llevaba restos de maquillaje en los ojos y los labios y vestía con una bata de plumas en las solapas que le estaba estrecha. Cuando la mujer cerró la puerta, Guzmán se

volvió hacia ella.

—No me gusta que me hagan esperar —dijo en español.

—Estaba durmiendo —replicó la mujer.

—¿Tan mal va el negocio?

—Este negocio no para nunca. Pero yo tengo que dormir de vez en cuando, ¿no? —respondió la mujer de malos modos—. Hoy es un día flojo.

Guzmán se acercó a ella y en un gesto rápido la cogió del cuello y la estampó contra la pared. La tuvo así aprisionada durante diez segundos. Ella no podía hablar, solo retorcer su cara buscando aire.

—Sabía usted que iba a venir esta noche —dijo Guzmán—. No vuelva a hacerme esperar.

La mujer intentaba asentir, pero le resultaba difícil. Él la soltó de un empujón y fue a parar al suelo tosiendo aparatosamente. Un hombre rapado, bajito y fornido apareció al fondo del pasillo. Cuando vio a Guzmán se quedó quieto sin atreverse a intervenir.

—¿Está bien, *madame* Chout? —preguntó.

—*Madame* Chout está perfectamente, George —dijo Guzmán —. Llévame a mi habitación de siempre. Y tráeme algo de beber. —Se volvió a la mujer, que se incorporaba doliéndose del cuello—. Y haga subir a quien ya sabe, *madame*. No olvide que no me gusta esperar.

Madame Chout asintió y le hizo un gesto a George. Este miró a Guzmán con rabia en los ojos, pero cuando el otro se irguió, tan alto como era, y dio un paso hacia él, bajó la vista, luego se dio la vuelta y se encaminó hacia el fondo del pasillo. Guzmán le siguió, pero antes de cruzar el umbral, se detuvo y regresó junto a *madame* Chout. Esta volvía a respirar con normalidad y había dejado de toser. Se levantaba pesadamente.

—*Madame* —dijo Guzmán tendiéndole la mano—, no me gusta hacer daño, no es un placer para mí. Pero Dios me ha dado la facultad de infligir dolor sin sentir remordimiento. Si alguien debe sentirse culpable por lo que acaba de ocurrir, es usted misma, yo no soy capaz.

No había variado la expresión de su cara ni el tono claro de su

voz en ningún momento desde que la puerta se abriera. Eso era posiblemente lo que más aterrorizaba a *madame* Chout de Guzmán. Y con la misma expresión y con la misma voz, se acercó a ella y la cogió por la cintura. Entonces la besó en los labios, no fue agresivo ni tierno ni grosero, simplemente la besó como se besa a las prostitutas, con egoísmo.

—Sube dentro de un par de horas —dijo Guzmán—. Solo si quieres. Yo estaré dormido, pero puedes despertarme, recordaremos viejos tiempos. ¿Recuerdas cómo lo hacíamos tú y yo? Te ensartaba y apenas nos movíamos durante un buen rato. ¿Te acuerdas?

—Ya no soy la de antes. Ya sabe que no hago servicios.

—¿No te apetece?

Ella no contestó. Guzmán la besó otra vez. Luego la soltó y sin decir nada más siguió hacia el interior. Recorrió el pasillo hasta una estancia oscura llena de espejos, sillones y canapés que a duras penas disimulaban unas paredes húmedas y descascarilladas. En un rincón, dos hombres, a los cuales la oscuridad amparaba, hablaban entre susurros y risas con dos muchachas vestidas con batas tan estrechas como la de *madame* Chout, pero a las cuales les sentaban mucho mejor. Guzmán cruzó la estancia hasta el pie de una escalera donde le esperaba George. Subieron al piso de arriba, hasta una habitación. En ella, las mismas paredes húmedas y descascarilladas parecían invisibles. Cortinas de terciopelo negro y otras de cristales de colores, lámparas atenuadas por pantallas rojas, una cama cargada de cojines y una gran alfombra de color púrpura obraban el milagro. George iba a marcharse, pero Guzmán le detuvo.

—Acércate, George. —Este lo hizo. Su cara se debatía entre una expresión de rabia y una de humillación—. ¿Puedo confiar en ti? ¿Como siempre? —dijo Guzmán. George asintió—. Me gustaría oírlo alto y claro. Es para que tú mismo lo recuerdes si algún día faltas a tu palabra.

—Puede confiar en mí, señor Guzmán.

—Bien. Quiero que mires esta fotografía. —Sacó una imagen del interior de su chaqueta y se la dio a George—. ¿Le has visto?

Era la fotografía de un soldado, de un capitán. Probablemente había sido sacada de su ficha militar. Era bien parecido y su expresión era firme y gallarda, aunque no inspiraba miedo, más bien confianza.

—No le he visto —dijo George.

—Es casi seguro que está en la ciudad desde ayer o desde hoy. Se llama Sanz, aunque probablemente use otro nombre, vestirá de paisano, pero es capitán. Puede ser que vaya acompañado de otro hombre, no lo sé. Quiero que preguntes discretamente por ahí y que averigües dónde puedo encontrarlo.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Un día como mucho. Sé que lo que te pido es difícil, por eso habrá un premio importante. Nadie tiene los contactos que tú tienes en Hendaya. En cuanto sepas algo, debes decírmelo inmediatamente. Da igual la hora que sea o lo que tú o yo podamos estar haciendo. Esto es más importante y vamos contra reloj.

—¿De cuánto dinero hablamos?

—Quinientos francos para ti. Cien más para gastos. —Guzmán sacó trescientos francos de su bolsillo y se los alargó a George, que vacilaba—. El resto cuando me digas lo que quiero saber. —George cogió el dinero dando así su conformidad. Iba a irse sin mediar más palabras, pero Guzmán le detuvo otra vez—. A veces te comportas con una vulgaridad muy molesta, George. Esas miradas de indignación que no van a ninguna parte, esa rabia contenida, cuando ambos sabemos que eres demasiado gallina para levantarme la voz, todo eso te perjudica, empobrece tu imagen, y a nadie se le escapa. Es posible que yo sea un hombre complicado, incluso retorcido, pero sabes que en lo que respecta a mis relaciones de trabajo soy un hombre sencillo. Si hago un trato, lo cumplo y espero que el otro lo cumpla también. Eso es todo. El resto, las miraditas, esa cutre indignación, están de más, es un lenguaje que sobra. —George hizo un esfuerzo titánico para aguantar las palabras de Guzmán sin descomponerse—. ¿Te parece razonable lo que digo? —siguió Guzmán. George no supo responder—. Puedes decir que no, si te parece que no es razonable. Nunca he hecho daño a nadie por decir lo que piensa.

—Me parece razonable.

—Bien. Esta conversación nunca saldrá de aquí. Con la condición de que no quiero volver a ver esa basura en tus ojos. Ódiame si quieres, o respétame, o despréciame, me da igual, pero, hagas lo que hagas, atente a ello.

Llamaron a la puerta. La expresión de George indicó que agradecía la interrupción. Sin decir nada, se dirigió a abrir.

—Espera un momento —dijo Guzmán—. ¿Es ella?

—Seguramente sí.

—¿Estaba durmiendo?

—No lo sé.

—No me mientas.

—Estaba con otro servicio.

Guzmán se quedó en silencio unos segundos. Soltó un largo suspiro. Apagó el cigarrillo y encendió otro.

—No la dejes pasar todavía. Sal y cierra la puerta. Dile que espere en el pasillo un momento, que cuente hasta diez y luego entre.

—De acuerdo.

—¿Sabes por qué te pido esto, George?

—No.

—Porque no quiero verla en el umbral contigo. No quiero que estéis juntos en la misma imagen. Me estropearía la velada.

Guzmán clavó la mirada en George buscando alguna reacción, pero este bajó de inmediato los ojos. Abrió la puerta y salió rápidamente. Quince segundos después la puerta se abrió otra vez. Entró una chica delgada de cabello largo y rubio y aspecto frágil. Tenía una cara de adolescente que se ensanchó con una enorme sonrisa cuando vio a Guzmán. Corrió hacia él y se lanzó a sus brazos.

—Has tardado mucho en volver —dijo ella—. Pensaba que te habías olvidado de mí.

—Sabes que tengo mucho trabajo, la guerra está en su punto álgido.

—¿Qué significa álgido?

—Que está en un momento importante. Estás cambiada.

¿Cuántos años tienes ya?

—Dieciséis, pero el mes que viene haré diecisiete.

—¿Sigues yendo a la escuela?

—Sí, voy cada día. A veces me pierdo alguna clase a primera hora, tengo demasiado sueño.

—No deberías trabajar hasta tan tarde. Hablaré con *madame* Chout.

—No es culpa suya, me gusta la noche, no lo puedo remediar. Por la tarde solo vienen viejos rechonchos, pescadores y payeses que apestan a vaca. En cambio, a estas horas, los clientes son mucho más interesantes.

—¿Con quién estabas ahora? ¿Con alguien interesante?

—Humm..., no estaba mal. Pero le he dejado a medias cuando *madame* me ha dicho que estabas aquí. Tengo muchas cosas que contarte...

Guzmán no la dejó hablar más y la besó con fuerza en los labios apretando su frágil cuerpo contra sí. Parecía que podía romperla con un abrazo. En cuanto se separaron, ella le ayudó de inmediato a quitarse la gabardina y luego el jersey. Lo dobló todo aplicadamente. Luego le hizo sentarse y le quitó los zapatos y los calcetines. Él fumaba sentado en la cama. Ella se sentó en su regazo y le quitó la camisa. Su torso era ancho. La largura de sus brazos y la amplitud de su pecho daban elegancia a su cuerpo. La chica lo recorrió con los dedos.

—Prepárame algo de beber —dijo Guzmán.

—Coñac, ¿no?

Él asintió. Se lo trajo. Había un mueble bar en la habitación. Luego la chica se ocupó en ordenar sus cosas, los zapatos, la bolsa, colgó la gabardina en el armario. Mientras lo hacía, no paraba de hablar contándole cosas que le habían ocurrido durante la semana. Guzmán la interrumpió.

—Quítate la ropa mientras haces todo eso.

Ella sonrió, se desvistió por completo y siguió con las tareas. Entonces Guzmán vertió sobre el suelo el contenido de su copa.

—Límpialo.

Ella no sonrió esta vez. Se estaba transformando. Ya no

parecía una adolescente, más bien una criatura en celo, hambrienta. Se puso a cuatro patas y usó sus propias bragas para recoger el coñac. Lo hizo lentamente y de allí se fue a los pies de él, los acarició, primero con las manos y luego con los labios, y se encaramó por sus piernas hasta su pene, que él ya había sacado del pantalón.

22

Sobre la medianoche una persona que más bien parecía un bulto oscuro recorría las calles vacías del centro de San Sebastián. En el silencio, se hacía más audible su respiración fatigada que sus pasos. Era un jadeo de mujer. Andaba con prisa, pero, aun así, avanzaba con lentitud. Iba tan ataviada que no podría ser reconocida sino desde muy cerca. Por los lados del pañuelo negro que llevaba en la cabeza asomaban mechones de pelo negro algo canoso. La mujer, que ya se había arriesgado lo suyo las noches pasadas desafiando el toque de queda para meterse en las tabernas del centro de la ciudad, convirtiéndose en testigo atento de las correrías nocturnas de Frederika Heinz, se exponía ahora a un riesgo mayor. Su intención era hacerse invisible por las calles del centro de la ciudad hasta llegar al río Urumea y cruzarlo por el puente de Santa Catalina. Luego, según su plan, recorrería por entero el paseo de Colón hasta el extremo este de la playa de la Zurriola, la más oriental de la ciudad. Una vez allí, debía adentrarse unos metros en el bosquecillo que lindaba con la playa y aguardar la llegada de un pequeño barco de pesca a motor. Iba a jugarse la vida. Se llamaba Patricia Rulfo.

Era relativamente fácil sortear el toque de queda, la ciudad había sido sometida a una calma marcial desde hacía ya algunos meses y la falta de altercados había relajado la vigilancia de las patrullas militares. Las había, pero eran pocas, había mucho jaleo en el frente como para ocupar demasiados hombres en tareas policiales en la retaguardia. Tampoco solían intervenir si avistaban a un peatón a menos que pareciera sospechoso por algún motivo que saltara a la vista o merodeara por zonas como las playas, el río o el monte Urgull. Eran puntos donde ya se había apresado antes a contrabandistas y a fugitivos que intentaban llegar a Francia por

mar o salir de la ciudad evitando los controles diurnos.

La mujer cruzó el río Urumea sin novedad. Esa era la primera zona de riesgo. Por suerte, estaba prácticamente a oscuras y no había soldados en ninguno de los extremos, lo que la hubiera obligado a dar un gran rodeo. El éxito de aquel primer reto le dio ánimos, su carácter era naturalmente optimista. Por el paseo de Colón se topó con una patrulla militar. Estaba en la otra acera, a unos cincuenta metros. Ella siguió su camino como si nada, sin levantar la vista, agarrando su pañuelo con ambas manos. Si la vieron, no despertó en ellos el menor interés. Los oyó charlar y reírse sin pausa hasta que salió de su campo visual. Después de quince minutos andando, se acercó al segundo punto de riesgo, el más peligroso. El paseo terminaba en la playa. Si la detenían allí, tan cerca del mar, sería llevada al cuartel e interrogada.

Llegó jadeando. Le dolía la cadera. Se escondió tras un quiosco, pegada a la pared de un edificio. Se oía el mar, nada más. Antes de seguir, estuvo más de cinco minutos a la escucha. No ocurrió nada. Se decidió al fin a bajar a la playa. Había recorrido diez metros cuando oyó muy levemente unos pasos de ritmo pausado pero constante, y luego unas voces. Retrocedió asustada ocultándose detrás del quiosco. Dos soldados aparecieron de repente por una esquina. Se dirigían al mar, hacia ella. Le costaba controlar los jadeos y su ansiedad crecía a medida que se acercaban. Pudo oír lo que decían. Hablaban de sus novias en términos poco respetables. Se pararon a veinte metros de ella para reírse. No podía evitarlo, la respiración se le aceleró de tal modo que empezó a costarle tomar aire. Se puso la mano en la boca para atenuar el ruido. Si aquellos dos soldados no hubieran estado tan ocupados en sus cosas, la habrían oído. Echaron a andar otra vez y doblaron la esquina siguiente. Luego desaparecieron. En cinco minutos dejó de oírlos y lo único que rompía el silencio otra vez era el mar y sus propios jadeos. Se hacía tarde. Quiso aguardar un rato más antes de decidirse, pero había pasado ya más de media hora desde que saliera de su casa. Tomó aire y se encaminó hacia la playa.

La arena hizo más penoso su avance. La oscuridad era casi

total. Llegaba un poco de luz de las farolas del paseo de Colón, pero solamente alcanzaba a subrayar la espuma de las olas rompientes. Creció la humedad. Se acercó mucho al agua y la sorprendió una ola. Se le mojaron los pies. Ahora tendría frío, pensó. Corrió hacia las rocas. Tuvo que sortearlas a oscuras, avanzaba lentamente, a tientas, a cuatro patas en alguna ocasión, resbaló una vez, pero no llegó a caerse. No miraba atrás, no quería saber si podía ser vista. No era nada fácil distinguirla en la oscuridad, hubiera requerido de una atenta observación, pero a ella le parecía que su posición era altamente expuesta. Ese pavor, más o menos controlado, le dio una agilidad sobre las rocas que, una vez superadas, la maravilló. Se metió unos diez metros en la vegetación y se sentó junto a unos matorrales. Jadeaba aún, pero el esfuerzo y el éxito de su empresa hasta entonces le habían arrancado buena parte del miedo. De momento, había cumplido su parte, estaba donde debía cuando debía, ahora solo tenía que esperar. Era la una de la madrugada.

23

Mastreta y Sanz habían preparado una bolsa compacta con todo el equipaje que había que trasladar esa noche a San Sebastián. Tuvieron que hacer un verdadero trabajo de ingeniería para que entrara todo lo necesario en un petate militar de tamaño mediano. Cuando terminaron, se acostaron, pero ninguno de los dos logró dormirse. Fumaban en silencio, tendidos a oscuras en la cama, pensando cada uno en sus cosas. Esa noche hacía un tiempo apacible y tenían la ventana abierta. De vez en cuando se oía la sirena de un barco que entraba al río o salía a la mar. Después de una hora, Sanz habló de pronto.

—¿Recuerdas tu historia?

—Sí.

—Ya sé que piensas que sí. Pero deberías repasarla.

—Esa parte la tengo controlada.

Silencio.

—¿Recuerdas el nombre de tu contacto?

—Sí.

—¿Y el de tu objetivo?

—Sí.

—Yo estaré aquí durante toda la operación. No cambiaré de alojamiento, aunque esto sea una mierda. Y si lo hiciera, te informaría antes. Dentro de tres días te haré llegar el resto del material. La cámara, las películas, los libros...

—Bien.

—¿Sabes cómo hacerme llegar un mensaje?

—No...

—¿Cómo que no...?

—Era broma. Claro que lo sé. —Silencio—. Creo que todo está controlado, tanto como puede estarlo —dijo Mastreta—. Todo

menos una cosa.

—¿El qué?

Mastreta fumó durante un minuto en silencio.

—No te mataría. —Sanz no dijo nada. Mastreta hablaba muy pausadamente, pronunciando con calma cada palabra—: No debí decir aquello. Cometí un error al llevarme a Laura y al pequeño. Eso creo, aunque puede que todo salga bien y nos quede para siempre la satisfacción de haber salvado la vida de dos niños. —Sanz seguía mudo—. No soy un asesino. En eso os equivocasteis tu coronel, sus amigos y tú. Soy un pendenciero, un fugitivo, a veces un borracho y un hombre sin arraigo, no tengo principios elevados, solo los básicos porque ya he vivido mucho y conozco cómo son las cosas. Me importa un bledo la República, el ejército y hasta quién gane esta guerra. Pero no soy un asesino.

—¿Mataste a una mujer?

Tardó un minuto en responder.

—Murió una mujer, sí.

—¿Entonces?

—Te lo repito, no soy un asesino, un día te lo contaré. Y lo dicho, no te mataría.

Ambos fumaron en silencio.

—Me alegra saberlo —dijo Sanz al rato.

—Quería decírtelo, por si no volvemos a vernos.

Sonó la sirena de un barco que debía ser bastante grande. Los motores hacían un ruido considerable al avanzar en las cercanías del puerto, frente a su ventana. A aquel bocinazo respondió con decisión una sirena minúscula, probablemente la de alguna pequeña embarcación que no se amedrentaba fácilmente.

24

George se topó con el taxista llamado Gómez en un burdel barato de las afueras. No fue una casualidad. Había preguntado en una esquina frecuentada por taxistas y alguien había dicho que Gómez había estado muy ocupado ese día y se había ganado un buen dinero con un par de extranjeros. Cuando Gómez tenía dinero, terminaba la fiesta en el burdel barato de las afueras con una puta española a la que tenía cariño. Desde hacía un mes George tenía relaciones con una camarera del mismo burdel y se dejaba caer por allí alrededor de las dos de la madrugada, cuando el bar estaba a punto de cerrar. Se sentaba en la barra y se tomaba una cerveza mientras la chica recogía.

Gómez bajó de las habitaciones dispuesto a tomarse un último vino antes de marcharse a su casa. Venía con una sonrisa satisfecha, había tenido un buen día. George le invitó y se enfrascaron en una conversación asimétrica. George se dijo que Gómez era un hombre demasiado hablador. Le preguntó si había llevado a españoles en su taxi en los últimos dos días. Al momento se dio cuenta de que había dado en el blanco. Le enseñó la foto de Sanz y el otro se hizo el interesante durante diez minutos, hasta que George le mostró el tercer billete de diez francos. Entonces dijo haber guiado a un hombre español que se parecía mucho al de la fotografía. Gómez no era nuevo en ese tipo de negocios. George tuvo que pagar cincuenta francos más para saber dónde se alojaba y para confirmar que iba con otro hombre. Gómez no recordaba haber escuchado los nombres, de algún modo habían evitado decirlos. Cuando se dio por satisfecho con el dinero obtenido, se lanzó a hablar sin freno. George tuvo que cortarle y el otro se fue de allí airado, borracho y satisfecho, guardando en el bolsillo sus ochenta francos. Había tenido un día redondo.

—¿A qué viene tanta pregunta? —dijo la novia de George mientras terminaba de secar unas copas de coñac.

—Acabo de ganarme quinientos francos. Y en tiempo récord.

—¿Quién te los pagará?

—Un hijo de puta. Ya sabes quién.

—Si te cae mal, ¿por qué trabajas para él?

—¿Quieres seguir viendo mi cara entera, guapa? Por el momento no tengo alternativa.

—Pues vaya tipo duro estás hecho —dijo ella.

—Tú ríete. Yo tengo una ventaja sobre él, y es que le odio.

—¿Él no te odia?

—Él no siente nada.

—¿No es eso una ventaja?

George se encogió de hombros. Sin embargo, enseguida ocultó otro gesto trayéndose la copa a los labios. Incluso ausente, Guzmán le daba miedo. Bebió un largo trago.

—Anda, guapa —añadió luego sin mirar a la chica—, haz el favor de acercarme el teléfono.

25

A las dos y media de la madrugada, Mastreta se fumó un último cigarrillo antes de ponerse en marcha. No había conseguido dormir ni un minuto. Estaba sentado en el quicio de la ventana observando el río, en el cual hacía un buen rato que había cesado cualquier actividad. La calle que bordeaba el cauce, frente a la casa, estaba desierta, o eso parecía, ya que había tan poca luz que en realidad era difícil saberlo con certeza. La habitación estaba a oscuras y Sanz, finalmente, se había quedado dormido. El tiempo apremiaba, la cita era dentro de veinte minutos en el extremo norte de la playa de Hendaya, muy cerca del castillo d'Abbadie. Cuando Mastreta daba las últimas caladas, comprobó que le temblaba la mano derecha. Se rio ante ello, era un modo de afrontarlo.

Iba a lanzar el cigarrillo, pero se detuvo. Se fijó en que alguien caminaba por la calle. Había aparecido de la nada, estaba a unos cien metros de distancia del caserío y andaba muy sigilosamente. Lo vio porque pasó bajo una de las pocas farolas que había. Luego desapareció en la penumbra. Por el modo de andar era un hombre. Llevaba una gabardina negra y la cabeza descubierta. Era lo único que podía asegurar. Iban cortos de tiempo, pero se quedó en la ventana y esperó a que pasara por la siguiente farola, que estaba justo en la esquina anterior a su hospedaje. El silencio era absoluto y, al poco, empezó a oír el ruido de sus pasos. Eran pausados y constantes; sin embargo, el hombre avanzaba deprisa. Cuando entró en el haz de luz de la farola pudo ver que era muy alto, de pelo negro. Llevaba las manos en los bolsillos de la gabardina. Se paró en la esquina y la luz cayó en su rostro verticalmente marcando algunas de sus facciones y dejando otras en la oscuridad. Cualquier hombre parecería tener una

calavera por cabeza con aquella luz. Pero entonces, levantó la cara hacia la ventana. Tenía unos rasgos simétricos y bien encajados. La luz los agudizaba, aunque caía sobre él ligeramente oblicua. Mastreta tuvo la impresión de que aquellas facciones eran las de una estatua antigua que se quedaría allí petrificada para siempre, pero la visión fue tan fugaz como un destello. En ese breve momento le pareció que el hombre le divisaba en la ventana, que le miraba directamente a los ojos, aunque a Mastreta lo amparaba una habitación oscura. El hombre dobló la esquina desapareciendo tan rápido y con tal sigilo que Mastreta tuvo la sensación de que lo que había visto solo había sido una fabulación de su mente. Sus pasos ya no se oían. Permaneció escuchando un rato más. De súbito se encendió la luz de la habitación. Sanz se había incorporado en la cama frotándose los ojos.

—Es muy tarde. Debemos marcharnos enseguida.

Mastreta cerró la ventana instintivamente. No se dijeron nada. Recogió sus cigarrillos y su documentación mientras Sanz se lavaba la cara en una jofaina que había en la esquina de la habitación, bajo un espejo. Se pusieron los abrigos y Mastreta cogió el petate.

—Ahora que lo pienso, no hace falta que me acompañes. Sabré llegar al punto de encuentro yo solito.

Sanz ni siquiera le miró. Salieron al pasillo. Prefirieron no encender ninguna luz. A Mastreta le temblaba la mano. Estaba inquieto.

—He visto a un hombre en la calle hace un momento —dijo cuando llegaron al recibidor del caserío.

Entraba ahora un tenue haz de luz a través de una ventana y podían mirarse a los ojos.

—¿Alguien sospechoso?

—No lo sé.

Sanz dudó.

—¿Qué es lo que piensas? —preguntó.

—¿Crees que podrían estar vigilándonos? —dijo Mastreta.

—Es improbable…

—Será mejor que tomemos precauciones.

—Está bien. Yo saldré y daré una vuelta completa al caserío.

Tú espérame aquí, desde esta ventana podrás ver si alguien me observa o me sigue. Hay otra ventana en la sala de estar. Cuando doble la esquina hacia la calle oeste podrás vigilar desde allí...

—Iré yo —dijo Mastreta secamente.

—El problema —siguió Sanz sin hacerle caso— será la parte trasera, no sé cómo podemos acceder a una de las ventanas. La fachada este se puede vigilar desde la cocina.

—He dicho que iré yo.

Mastreta no perdió tiempo discutiendo. Levantó el pestillo, abrió la puerta y antes de que Sanz pudiera reaccionar se deslizó a la calle que recorría el río. Sanz solo pudo correr sigilosamente a la ventana para seguir la trayectoria de su compañero. Vio cómo Mastreta, con el petate colgando a la espalda, se encendía un cigarrillo y echaba a andar con la misma tranquilidad que lo haría un marino que mata el tiempo en las cercanías del puerto. El caserío era cuadrado y tendría unos veinte metros de lado. Por lo que Sanz había visto, las cuatro fachadas eran más o menos iguales y, si no recordaba mal, había cuatro ventanas en cada una de ellas, todas con barrotes.

Mastreta silbaba una tonadilla, si alguien acechaba en la otra cara del edificio, oiría sin duda el silbido. Se acercaba ya a la esquina donde había una farola, la misma bajo la que había distinguido al hombre con cara de piedra. Llevaba un minuto en la calle. Todo parecía tranquilo. Sanz, desde el interior, no le perdía de vista. La calle únicamente estaba bien iluminada a lo largo de la fachada principal. No se veía a nadie. Observó a Mastreta llegar a la esquina y doblarla sin vacilar. Dejó de verle. Quiso esperar unos instantes más, era lógico pensar que si alguien estaba vigilando, esperaría a que Mastreta desapareciera para decidirse a seguirle sin ser visto. Aguardó forzando la vista hasta donde alcanzaba la lumbre de las farolas, pero no hubo ningún movimiento, todo estaba en calma. De pronto Sanz temió por Mastreta, hacía ya un minuto que estaba fuera de su cobertura. Corrió entonces hacia la sala de estar para apostarse en la ventana de la cara oeste.

Fuera hacía fresco. Mastreta dobló la esquina como si estuviera en el centro de Barcelona una tarde cualquiera de

domingo. Eso aparentaba, aunque, al hacerlo, apretó los dientes y su mano temblorosa aferró con fuerza la navaja que guardaba en la chaqueta. La calle oeste era mucho más oscura que la otra. La única luz venía rebotada de las farolas que había en ambas esquinas y que estaban orientadas hacia el río. Frente a él solo había oscuridad, y lejos, a unos doscientos metros, el resplandor de otra farola que no podía ver desde donde estaba. Aguzó el oído, pues podría fiarse más de lo que oyera que de lo que viera a lo largo de los próximos veinte metros. La fachada lateral tenía un añadido justo después de la segunda ventana, más o menos en la mitad de su longitud. Mastreta no se había fijado antes en aquella pequeña construcción adosada de no más de cinco metros de largo por tres de ancho. Era una especie de cobertizo conectado probablemente con el garaje del caserío, al cual se accedía también por la parte trasera. Era de madera y bastante rudimentario. Cuando llegó a su altura, Mastreta tomó precauciones por primera vez: dejó de andar pegado a la casa y se abrió hacia el centro de la calle. Cualquiera podía estar apostado al otro lado del cobertizo. Siguió silbando y caminando con la misma despreocupación, y con esa actitud avanzó. Sin embargo, cuando llegó al otro extremo del cobertizo, sintió que los nervios lo dominaban y paró de silbar. Se hizo el silencio. Volvió la cabeza en un gesto evidente que acabó con su interpretación. Tras el cobertizo no había nadie. Solo una puerta cerrada. Resopló y chupó con fuerza su cigarrillo. En ese momento oyó un golpe, un ruido que solo en el silencio de la noche había podido hacerse audible. Fue un golpe breve y sordo. Parecía haber tenido lugar muy cerca; aun así, sonaba atenuado como lo estaría por la lejanía. Entonces se dio cuenta de que la puerta del cobertizo no estaba cerrada, la corriente la había abierto un par de dedos. Oyó otro golpe y entonces comprendió que venían del interior del caserío.

Entró en la casa por allí. La oscuridad era absoluta, también el silencio. Solo oía sus propios pasos que se le antojaban harto delatores. Tropezó con un escalón, luego con un coche que estaba aparcado en el garaje. Le pareció que algo se movía al otro lado del coche, pero lo achacó a una percepción adulterada por el exceso de

alerta. Sin pensarlo dos veces, se metió en el pasillo que daba a la parte habitable de la casa. Casi de un modo reflejo, había sacado su navaja del bolsillo, aunque no había hecho saltar la hoja todavía. Su revólver estaba en el petate. Plantearse abrirlo y buscarlo entre todo lo que había conseguido meter en él le parecía ahora algo inconcebible. La tensión le tenía atado, le parecía que a cada instante podía salir alguna cosa de la oscuridad. El pasillo era muy estrecho y olía a madera húmeda. Bajo sus pies algo crujía a cada paso. Pensó que estaba loco, que las sombras e intrusos que veía por doquier no eran reales.

El pasillo daba al comedor. Allí había más luz gracias a una de las ventanas de la cara oeste. No se dio cuenta, pero desde el momento en que entró en la estancia, alguien le estaba mirando con ojos apagados, alguien a quien le pesaban los párpados y los brazos. Ese alguien emitió un ruido para hacerse notar. Mastreta se giró al instante e hizo saltar la hoja de su navaja. Ante él había una figura oscura. Estaba sentada en una silla, en un extremo de la mesa del comedor. No le reconoció todavía. Se acercó sin decir nada, mostrando solamente la navaja. Cuando estaba a unos pasos de él, aquellos ojos apagados se movieron y se clavaron en los suyos.

—¡Sanz! —dijo Mastreta en un susurro—. ¿Qué ocurre? ¿Qué haces aquí? La puerta trasera está abierta y he oído un ruido, la calle está tranquila, pero algo me da mala espina. —Hablaba muy deprisa, mirando continuamente de reojo a su espalda—. ¿Has visto algo? —insistió—. ¿Alguien me seguía? Sanz, ¿me oyes? ¿Qué ocurre?

Sanz movió ligeramente la cabeza y una banda de luz cruzó sus ojos resaltándolos en la oscuridad. Sus párpados se caían, sus ojos azules se veían grises, como en una película, y de cada uno de ellos brotaba una lágrima. Su respiración estaba hecha de suspiros, de lamentos silenciosos. Intentó hablar, pero no pudo. Mastreta le tocó, su pecho estaba húmedo. Era sangre. Buscó la herida palpando el pecho de Sanz.

—Tranquilo, buscaré ayuda.

Sanz respiraba sin éxito, luchando por tomar aire, se oía un

ruido penoso de encharcamiento en su pecho, sus ojos se iban hacia arriba y él luchaba por volver a fijarlos en los de Mastreta. Intentó hablar, pero solo consiguió sacar un hilo de sangre por la boca. Lo intentó otra vez, y le salió un estertor que no llegaba a palabra.

—Te pondrás bien —respondió Mastreta—. ¿Quién te ha hecho esto?

Sanz tosió y escupió sangre. Levantó entonces una mano. Mastreta se la cogió. Con el índice señaló hacia la oscuridad. Él asintió. Sanz le atrajo hacia sí. Quiso hablar, pero no lo consiguió, lo intentó otra vez, tampoco pudo. A la tercera logró decir algo.

—Huye.

Mastreta cogió firmemente la mano de Sanz y notó que esta perdía fuerza. Se le juntaron muchas palabras en la boca, pero no pudo decir ninguna. Sanz tuvo un espasmo, como una contracción, luego se quedó quieto. Mastreta tuvo la sensación de que todo se detenía, el corazón de su compañero, el suyo propio, los relojes de la sala de estar y con ellos el tiempo. Entonces oyó unos pasos a su espalda que rompieron el silencio, y luego una voz tranquila.

—No te muevas —le ordenó la voz. Mastreta estaba arrodillado frente a su compañero muerto. No se movió. Oía la voz muy cerca, detrás de él a solo unos pasos—. Dime tu nombre —dijo la voz.

Mastreta siguió inmóvil y en silencio. Le costaba respirar. El hombre dio un paso adelante. En ese momento su rostro apareció reflejado en un pequeño espejo que había en la pared, frente a Mastreta. La luz le llegaba de costado y su cara quedaba cortada por la sombra. Es una estatua, pensó Mastreta, no es real, se quedará allí en el espejo, inmóvil para siempre. Sanz se levantará y nos marcharemos de esta casa tenebrosa, subiremos al Citroën y huiremos a Barcelona, y allí cogeremos un carguero francés que nos lleve muy lejos.

—Está bien —añadió la voz.

Acto seguido, en un movimiento rápido, la estatua cortada desapareció del espejo. Mastreta oyó un siseo, lo reconoció al instante, era el sonido de la hoja de un cuchillo al salir de la funda.

26

En cuanto Abel Guzmán hundió su cuchillo en el cuerpo del capitán Sanz y este comenzó a desplomarse, no sintió nada. Le recostó en la silla, le cacheó y comprobó su identidad. Agarró su cara y la giró hacia la luz azulada de la ventana. Aún estaba vivo, pero casi había perdido el sentido. Había perforado certeramente uno de sus pulmones y se ahogaría en su propia sangre en unos minutos. Ahora le serviría de cebo. Se había topado con el capitán en el comedor sin preverlo y había tenido que improvisar. Oculto en la oscuridad, esperó. Una sombra llegó a través de la ventana de la calle. Alguien estaba fuera. Al poco, oyó unos pasos y un hombre entró en la habitación. Guzmán esperó un poco más.

Ahora su segunda víctima estaba a sus pies, de espaldas, de rodillas, a dos metros de él, inmerso en la oscuridad. No tenía ninguna posibilidad. Veía solo un leve dibujo de su contorno: su espalda, la parte trasera de la solapa de su abrigo y el reverso de una cabeza en la sombra. Dijo unas palabras. El otro no se movió. Le hubiera gustado ver su cara antes de matarle, conocer su nombre, pero no veía sus manos y eso era peligroso. Exigirle que se diera la vuelta se le antojaba más peligroso todavía. Como no quería usar el revólver, decidió hacerlo deprisa. Dio un paso al frente y sacó el cuchillo de la funda que llevaba sujeta en la parte interior del abrigo. Sabía exactamente dónde debía hincar la hoja para causar una muerte rápida. Su víctima se inclinó hacia delante, como si se abrazara a su compañero para recibir así la muerte. Guzmán hizo un gesto rápido, sin vacilación. Dar muerte certeramente era un hecho muy breve. En ese tiempo algo se movió delante de él. El cuchillo se clavó en la carne hasta el fondo, pero lo hizo antes de tiempo. En la oscuridad, en la velocidad, en el instante de un asesinato, todo se confundía. Luego su víctima se

movió con una fuerza imposible hacia un lado y Guzmán perdió el cuchillo. Entonces se dio cuenta. El arma había terminado clavada en la espalda de un cadáver. El desconocido había tirado de su compañero muerto y se lo había cargado a la espalda en un gesto tan decidido como el que Guzmán ejecutara con el cuchillo. Fue cuestión de milímetros, de una fracción de segundo. Luego, el otro se levantó lanzando el cadáver y se volvió con el codo por delante, impactando en la cara de Guzmán. El golpe le anonadó y le hizo caer de espaldas. No perdió el sentido, alcanzó a ver la sombra del hombre pasar sobre él huyendo hacia el cobertizo. Ese hombre no se volvió, no se preocupó de luchar; Guzmán observó en una nebulosa cómo recogía algo del suelo, era un petate que se cargó a la espalda. Luego desapareció por el estrecho pasillo. Guzmán logró ponerse en pie y, un poco mareado, siguió los pasos del desconocido. Cuando salió a la calle ya se había recobrado del todo, pero era tarde. Lo oyó correr por alguna de las calles cercanas, le pareció incluso ver su sombra proyectada en una fachada. Ya no podría alcanzarle.

27

Mastreta corrió durante diez minutos sin mirar atrás y sin saber tampoco hacia dónde iba. Sin embargo, la suerte le había echado una mano y en cuanto se calmó se dio cuenta de que, ciegamente, había estado dirigiéndose al punto de encuentro. Estaba en la playa. Oyó las olas romper mansamente en la oscuridad. Caminó con ritmo fatigado por la arena y se acercó al mar que, aunque tranquilo, hacía un ruido poderoso. Le faltaba el aliento. Una ola le mojó las botas. Se agachó y se lavó las manos. No quedó rastro de sangre. Luego se humedeció la cara. La luna apareció de improviso y el espacio se aclaró. Se sintió enormemente cansado, sin fuerzas para moverse. Una ola le alcanzó esta vez hasta los tobillos. Miró al fin a su alrededor. La luz lunar le permitió distinguir la playa. No se veía a nadie. Tenía miedo, le daba la impresión de que alguien podía estar acercándose sigilosamente a sus espaldas, pero se quedó inmóvil. Pasaron los minutos y no ocurrió nada.

En medio de la desorientación, hizo un esfuerzo y miró el reloj. Estaba estropeado. Lo habría golpeado en su huida y ahora había entrado agua en él. Aun así, se daba cuenta de que la hora concertada había sido superada hacía ya un buen rato. No le importaba demasiado, nada parecía tener mucha importancia, tenía la sensación de que en ese momento, si hubiera aparecido el hombre estatua, se habría dejado matar sin oponer resistencia alguna. Observó entonces que en un extremo la playa desaparecía tras unas rocas. Sobre ellas se alzaba el castillo d'Abbadie. El punto de encuentro se ubicaba en los alrededores de las rocas. La luna desapareció de repente sumiéndole en la oscuridad. Se atrevió a mirar hacia atrás. La ciudad estaba inmóvil también. Caminó por la playa hasta las rocas y, tras sortearlas, reapareció la luna y descubrió un pequeño barco pesquero fondeado a escasos metros

de la costa. Un hombre iba y venía sobre la arena fumando. Mastreta corrió hacia allí. En cuanto el hombre le vio le agarró de la chaqueta y le empujó hacia el mar. No hizo preguntas. Chapotearon hasta la embarcación. Mastreta lo hizo penosamente. Tuvieron que ayudarle a subir al barco, que se balanceaba tan inquieto como lo estaban sus ocupantes. Tan pronto estuvo a bordo, dos hombres lo acribillaron a reproches. No los escuchaba, avanzó por la cubierta y fue a acurrucarse a un rincón, a popa. No tenía fuerzas. Allí quieto se quedó todo el viaje que le iba a llevar a San Sebastián, en silencio y con la mirada perdida, oteando de vez en cuando a su espalda, hacia Hendaya, que se hacía pequeña a medida que marchaban y que, en la lejanía, se transformó en un gracioso enjambre de luces donde no parecía posible que algo malo pudiera ocurrir.

El viaje se le hizo corto. Hubiera deseado estar más tiempo en el mar, lejos de todo. No dijo ni una palabra. Uno de los hombres le ofreció pan y chorizo, y luego un poco de coñac. Mastreta ni siquiera se movió. Le lanzaron una manta. Cerró los ojos y vio los de Sanz.

Patricia Rulfo no llegó a oír el ruido de la embarcación. Eran más de las tres de la mañana y estaba tan inquieta que no podía dejar de moverse. Oteaba el mar sin descanso. Así vio el barco antes de oírlo, surgiendo de la nada. El mar estaba tranquilo, pero aquella zona era rocosa, peligrosa para un barco pesquero, por eso no era propicia para fugas y estaba menos vigilada. El barco no podía acercarse. Se quedó a unos doscientos metros meciéndose en silencio. Patricia vio entonces un bulto lanzarse al agua. Su avance hasta las rocas fue lento y a ella se le hizo eterno. A ratos le perdía de vista, hasta angustiarla, y luego reaparecía peleando con las olas. Tras diez minutos, el hombre chapoteaba en la espuma tratando de agarrarse a las rocas. Lo logró al fin. Trepó hasta salir del agua y ascender a una atalaya rocosa. Allí se tumbó. Ella llegó hasta él. Mastreta tosía y resoplaba casi como si tuviera convulsiones.

—Tranquilo. Ya está. Lo ha logrado. Estoy aquí para ayudarle.

Mastreta no dejaba de toser, o de gemir, pero Patricia tuvo la

sensación de que lo que hacía era llorar y no era capaz de dejar de hacerlo.

SEGUNDA PARTE

1

Frederika se metió en un bar del puerto. Un hombre la invitó a beber. Luego bailaron. Había mucho humo. No había mujeres en el lugar, solo marineros y pescadores. Todos la miraban. El hombre con el que había bailado quiso salir a dar un paseo. Ella se negó. Se apartó de él, quería seguir bebiendo y bailando. Buscó a otro hombre en la barra y se sentó con él. Era muy alto y no decía ni una palabra, empleó un gesto para pedir más bebida. El primer hombre se acercó a ellos. Habló con Frederika, pero ella no le escuchaba. El alto estaba a pocos centímetros. La miraban, y ella los miraba a los dos. El alto, harto del parloteo, apartó al otro de un empujón. Cayó al suelo. Se levantó al momento con ira en los ojos. La música no paró. Apretó los puños y cargó a gritos. El alto seguía mudo. Frederika se mareó y se apartó de la barra. Se puso a bailar sola. La pelea terminó mal. Uno gritaba y el otro le dio un puñetazo en la cara. Cayeron ambos agarrándose por las solapas. Otros hombres fueron a separarlos, pero fue imposible. Los presentes fumaban y se reían observando el espectáculo. Frederika bailaba. Otro hombre se acercó a ella. La cogió del brazo y sin decir nada la sacó del bar. En la calle hacía fresco. Había caído una niebla densa. Caminaron en silencio. Frederika no se fijó en él hasta que llevaban un rato caminando juntos. Parecía un hombre muy tranquilo. Tenía las manos en los bolsillos. No llevaba sombrero. Se presentó como Juan Hernández. Ella no le dijo su nombre.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Mastreta—. Ha liado una buena ahí dentro.

Ella le pidió que la llevara al hotel. Caminaron en silencio. La calle estaba húmeda. Apareció de la nada un camión militar.

—Cuidado —dijo él conduciéndola a una bocacalle.

Se quedaron ambos pegados a la pared. El camión pasó acelerando con gran estruendo. Era un viejo vehículo que roncaba como si fuera a estropearse en cualquier momento. Tal como apareció se perdió otra vez en la niebla. Siguieron pegados a la pared, como si se tomaran ambos un respiro. Mastreta oyó algo. Se volvió hacia Frederika y vio que estaba llorando. La cogió de la mano y echaron a andar. Ella se dejó llevar sin decir nada. Su mano estaba fría. Tuvieron que ocultarse otra vez. Ella ya no lloraba, se había tranquilizado, pero su cara, aún en la oscuridad, desprendía una gran tristeza.

—¿Qué le pasa?

—Nada.

—Míreme.

Mastreta alzó el rostro de ella por la barbilla. Se miraron a los ojos. Todavía se cogían de la mano.

—Quiero que mañana se acuerde de mí —dijo él.

—Déjeme.

Llegaron al hotel. Cuando ella reconoció el lugar echó a correr sin decir ni una palabra. Entró por la puerta principal sin volverse.

Mastreta se encendió un cigarrillo. La niebla era densa. Se oyó a lo lejos la sirena de un barco, como en Hendaya.

2

—Está loca. Está completamente chiflada —dijo Patricia Rulfo—. Lo último que una espera de una mujer alemana. La verdad es que ha terminado por caerme bien.

Mastreta miraba por el ventanal. Amanecía.

—Me alegra ver amanecer. Un día más. —No había alegría en su voz. En la última parte de la frase trató de imprimir un aire chistoso.

—No se preocupe. Está claro que no le tienen fichado. Lo importante es que ha contactado con ella.

—No creo que se acuerde de mí. Estaba como una cuba.

—¿Qué le pasará a esa mujer?

—No lo sé, pero así no llegaremos a ninguna parte.

—Las mujeres podemos ser complicadas. Pero esta, además, tiene problemas.

Patricia Rulfo era una mujer atípica. Había cumplido los cincuenta años, pero tenía el ánimo de una joven de veinte. Hablaba como si tuviera toda la vida por delante y mil proyectos por acometer. Aquella vasca, solterona, tozuda, republicana hasta la médula, había sido un antídoto eficaz para Mastreta para sobrellevar la muerte de Sanz y el abatimiento en que había quedado sumido. Él la miraba a veces intrigado, tentado de preguntarle por su vida. Había algo sofisticado en ella, y a la vez un candor y una franqueza campesina; la mezcla dejaba en el aire un enigma respecto a su pasado. Era espontánea y en apariencia abierta, pero la profundidad de sus ojos, la elegancia de sus ademanes convidaban a ver en ella a una mujer que planteaba desafíos, y de ello derivaba un atractivo postrero pero igualmente eficaz.

—No sé por qué no pueden mandar a mujeres al frente —dijo

Patricia—, incluso a mujeres de mi edad.

—Creo que las hay, al menos en el bando republicano.

—Eso es anecdótico. Deberían hacer un ejército entero de mujeres. Si me sentaran en una trinchera delante de una metralleta, solo tendría que apretar el gatillo, ¿no es así? Tengo buena puntería.

—Ah, ¿sí? ¿Ha disparado alguna vez?

—No, pero tengo buena vista y buenas manos. ¿Qué más hace falta para disparar?

—¿Y qué pasaría si tuviera que replegarse?

—No soy coja, todavía me muevo con destreza, aunque me duela la cadera y la espalda me dé a veces la lata. Si me dieran una metralleta y unos cojines, ningún fascista podría avanzar por mi flanco, de eso estoy segura. Podría pasarme la guerra entera cómodamente sentada sin mover más que el dedo del gatillo.

Llevaba cinco días en San Sebastián y seguía vivo. Echaba de menos a Sanz. El sentido del deber del capitán y la claridad con que afrontaba los acontecimientos le hubieran sido de gran ayuda en su situación, cuando todo estaba por acometer, cuando había tanto trabajo por hacer y ninguna señal de por dónde era más acertado empezar a hacerlo. Mastreta carecía de ese equilibrio mental con el que organizar un proyecto, sus habilidades estaban en su aptitud para la improvisación y su certera intuición. Además, tenía problemas para estar centrado, sentía un aliento imaginario en su cogote, el de un hombre alto y oscuro que alzaba un cuchillo contra él. Estaba tan tenso que ya de buena mañana necesitaba tomarse una copa de coñac para relajarse. Añoraba discutir con Sanz, beber con él, tenerle como contrapunto, quizá no fueron amigos, pero entre ellos había llegado a existir una extraña unión que les había hecho interdependientes. Mastreta sentía que sin el capitán le faltaba algo, que aquella misión, sin él, no tenía ya mucha razón de ser y, peor aún, que carecía de liderazgo.

Una cara le aparecía en la mente, una cara que había visto fugazmente en una calle bajo una farola y luego reflejada en un espejo, la de un hombre que parecía una estatua, que usaba con destreza el cuchillo, que tenía una voz potente y un tanto hastiada,

un hombre que ahora mismo estaría al acecho con el objetivo de acabar con él. Una vez en el pasado había experimentado la sensación de ser una presa a la que había que cazar. Era una sensación a la que no era posible acostumbrarse.

—Tuve ocasión de matarle y no lo hice.

Ya había dicho aquello varias veces antes. Patricia había tratado de confortarle, pero sus palabras parecían no penetrar en su cabeza, ni siquiera acompañándolas con sus ojos profundos. Esos días en San Sebastián, Mastreta conoció un miedo sostenido y consciente que lo invadía como una enfermedad. Evitaba trasladar esa emoción a Patricia. Se obligaba a comportarse con tranquilidad, como si fuera un experimentado agente secreto a quien nada pudiera hacer perder la templanza. Podía haber huido de la ciudad, quizá tendría que haberlo hecho. Probablemente, un espía profesional hubiera informado de que la operación estaba comprometida, que debía cancelarse, y hubiera desaparecido. Nada le unía a la causa. Ya en Tarragona, cuando le atraparon, había estado dando vueltas al modo de huir. Una vez solo en San Sebastián, no tenía más que pasar a Francia y olvidarse de todo. Nunca pensó que realmente fueran a tomar represalias contra su familia; durante la operación todo podía confundirse, podían darle por muerto, podía dar señales de que le habían capturado. No tenía claro por qué no lo hacía, pensó que era por Sanz, para encontrarse con su asesino otra vez, aunque lo cierto era que, tal como habían ido las cosas en Hendaya, era Mastreta quien tenía las de perder. ¿Por qué no se iba? Cuando se preguntaba aquello, le venía al estómago otra vez una vieja sensación: el extraño deseo de temeridad, un parco apego a la vida que la ausencia del capitán intensificaba, como si al faltar este nada contuviera ya la parte más oscura que había en su interior.

—Tenían informes sobre Sanz. Pero no sobre mí.

—¿El asesino le vio?

—No lo creo. Preguntó mi nombre.

—No saben nada.

—Yo me incorporé más tarde.

—Sus informes están incompletos.

—Eso descarta a la gente de Tarragona. Ellos me conocen.

—¿Y esa chica a la que ayudaron a pasar a Francia?

—No. No sabía que íbamos a Hendaya. Además, es una niña. Esto es más complicado.

—¿Quién más pudo avisarles? —dijo Patricia—. Tampoco tienen datos sobre mí. O ya me habrían cortado el cuello.

—Debimos haber sido cautos y haber evitado dejarnos ver juntos —dijo Mastreta—. Nos podríamos haber delatado el uno al otro sin darnos cuenta. Sanz lo habría visto. Es un milagro que estemos vivos.

—Pero lo estamos. Hay que seguir adelante y a partir de ahora hacer las cosas mejor.

Patricia fumaba un cigarrillo, un hábito que había adquirido recientemente. Le parecía casi una obligación desde el momento en que se convirtió en espía.

—Entre las cosas que quedaron en la habitación de Hendaya, ¿hay algo que pueda comprometerle?

Estaban en un café. El camarero se acercó a recoger la mesa. Mastreta garabateaba en su libreta. Sobre el papel, cuatro trazos negros formaron una cara angulosa cortada por un rayo de luz. Patricia le miraba en silencio.

—No, no quedó nada, solo una cámara y unas cuantas películas. Y las cosas de Sanz. Sus documentos, fotos de su familia... No tiene mucho sentido.

—¿A qué se refiere?

—Esta misión, ¿servirá de algo? ¿Habrá valido la pena? La muerte de Sanz... ¿Por qué murió él y no yo? Yo soy prescindible, él no lo era.

—No diga eso.

Patricia le miraba con tristeza y angustia, incapaz de acceder a él. Un grupo de soldados entró en el café. Venían con sus lustrosos uniformes, charlando a voz en grito y riéndose. Como era de esperar, se hicieron dueños del lugar. Patricia no se atrevía a mirarlos y sugirió que se marcharan. Mastreta no les dio importancia, parecía que ni siquiera se hubiera percatado de su presencia. Tenía la vista clavada en el dibujo de su libreta.

—Pude haberle matado y no lo hice.

3

Llamaron cinco veces por teléfono a intervalos de un minuto. El repiqueteo se clavaba en la cabeza de Frederika despiadadamente. Ya no pudo volver a dormirse. Tenía la vista fija en una minúscula marca de humedad que había en el techo. Los techos del hotel eran muy altos, aquella humedad estaba muy lejos. La tercera vez que sonó el teléfono, cogió la pequeña pistola Mauser de la mesilla de noche y jugó con ella. A la quinta llamada se puso el cañón en la sien. «Si suena otra vez, me pego un tiro», y acto seguido se rio. Tenía un cigarrillo en la boca. El sol entraba por la ventana cegándola. Esperó cinco minutos sin moverse. El teléfono no sonó. Se levantó de la cama y se fue al baño. Se dio una larga ducha de agua helada. Temblaba. Al salir se miró en el espejo. No se reconocía. Tenía los labios azules como los de un cadáver.

Imaginó que el teniente Benítez no tardaría en llamar a la puerta. Llevaba dos días escondida. La noche anterior había dejado un recado informando de que estaba indispuesta y no podía acudir a una cena con el agregado de la embajada alemana en Burgos, que se había desplazado a San Sebastián especialmente para verla. En lugar de eso, había salido sola por la ciudad. La indisposición de Frederika, su completa ausencia durante la semana, había alarmado a todo el mundo en la delegación. Esa noche debía celebrarse la fiesta en su honor para lo cual se había hecho un considerable esfuerzo organizativo. Varios generales habían acudido con sus esposas a San Sebastián por ese motivo. Se habían contratado números musicales y se había invitado a todos los prohombres de la ciudad. El coronel Gil estaba de un humor de perros y lo pagaba con Benítez, quien se hallaba en la incómoda situación de dar cuenta a sus superiores de las actividades de ella, al tiempo que la cubría en sus escapadas nocturnas. Desde el

primer día había comprendido que aquello debía quedar entre ellos dos, aunque Frederika jamás se lo pidió. Así pues, Benítez se limitaba a informar que apenas salía de su hotel, que solo paseaba un rato cada tarde, que no se sentía demasiado bien por causa de algún trastorno estomacal leve. Los nervios estaban a flor de piel en la delegación, y esa mañana Benítez recibió la orden tajante de traer plenas garantías de que la fiesta podría celebrarse normalmente y con la presencia de la señorita Heinz. No se trataba únicamente de adquirir con su intervención la película de los fusilamientos, tan anhelada por la comisión, también había en la visita, por parte española, un propósito de relaciones públicas y una voluntad de reforzar lazos de colaboración y de establecerlos en ámbitos donde el contacto era todavía inexistente o muy tenue. Hasta el momento, Frederika Heinz había resultado para los militares nacionales una sombra, un nombre únicamente, una oportunidad intangible que parecía diluirse en una inoperancia absurda que nadie comprendía.

Benítez había ido esa mañana al hotel de Frederika, pero ella no atendió a las reiteradas llamadas desde recepción. En la mayoría de casos, habría exigido al hotel que le abriera la puerta de la habitación 322 y habría irrumpido en ella sin contemplaciones. Pero una vez más Benítez no sabía muy bien cómo operar con la alemana. Ese desconcierto se había agravado en el curso de la semana. Primero le escandalizó la actitud de Frederika, pero luego, poco a poco, se dio cuenta de que algo le ocurría a aquella extraña mujer y un sentimiento creciente de empatía hacia ella le dominaba.

Fue al hotel sobre las nueve de la mañana. Cuando Frederika no respondió a las reiteradas llamadas del recepcionista, Benítez empezó a interrogar a todo el mundo. El recepcionista, aterrorizado ante el ímpetu militar, manifestó balbuceante que la señorita Heinz no había salido del hotel durante su turno, que había empezado a las seis de la mañana. Benítez, con su impaciencia en aumento, quiso hablar con el recepcionista del turno de noche, a quien hubo que despertar. La mujer alemana había salido sobre las nueve de la noche y había regresado

alrededor de las dos de la madrugada. Era la segunda noche que salía sola. Benítez dudó. Todavía era temprano. Lo más probable era que estuviera en la cama con dolor de cabeza. Al menos sabía que estaba en la habitación. Eso le tranquilizó. Apostó a un hombre en el vestíbulo y se metió en el bar del hotel. Cada media hora regresaba al mostrador de recepción para llamarla.

Frederika no quería enfrentarse al teniente Benítez. Durante las noches en que la había seguido por las peores tabernas de la ciudad, había acabado por simpatizar con él, había llegado a desarrollar una corriente fraternal imprevista para ambos. Le era simpático su desconcierto, la calmaba su sentido de la lealtad, inesperadamente resultó que era la única persona con la que le costaba mantener la farsa de no ser ella misma. No quería verle por un remoto temor a derrumbarse ante él como lo haría ante un hermano.

Sobre la una del mediodía, cuando estaba a medio vestir, sonó otra vez el timbre del teléfono. Esta vez era muy posible que Benítez hiciera uso de sus galones y obligara a alguien del hotel a abrirle las puertas de su habitación. Cogió la chaqueta y el bolso y corrió a la puerta para salir. No había nadie en el pasillo. Bajó las escaleras con rapidez. Llegado al último tramo, asomó la cabeza con cautela para comprobar, sin ser vista, la situación en recepción. Allí estaba el teniente, bastante inquieto, dando vueltas sobre sí mismo mientras el recepcionista llamaba sin descanso. No hubo respuesta y Frederika observó a Benítez visiblemente angustiado. El teniente tomó al fin una determinación y, como si diera órdenes a sus subordinados, exigió que un empleado le acompañara a la tercera planta. Los empleados le atendían cabizbajos y asustados. Uno de ellos le siguió hasta el ascensor y se metieron en él. En cuanto cerraron las puertas, Frederika bajó el último tramo de escaleras y, como una aparición fugaz, cruzó el *hall* del hotel hasta la puerta de salida. El recepcionista la vio y la llamó alzando el brazo, luego sorteó el mostrador para detenerla. Salió tras ella, pero cuando alcanzó la calle ya se había esfumado.

4

Mastreta se había instalado en una pequeña y céntrica pensión llamada La Cordobesa, en medio de la parte vieja. Era un lugar poco pulcro, flotaba en el ambiente un olor a comida grasa y a humanidad al que uno terminaba por acostumbrarse. Tenía, sin embargo, ventana en todas las habitaciones, lo que la hacía un lugar luminoso y facilitaba a los huéspedes airear los olores inciertos. Estaba llena casi siempre, pero Patricia se había preocupado de reservarle una habitación con más de dos semanas de antelación, para lo cual se había visto obligada a abonar una paga y señal bastante cuantiosa. La ciudad, que se encontraba vacía y fantasmal cuando las tropas nacionales entraron en ella en septiembre, estaba ahora abarrotada y, en general, era difícil encontrar alojamiento. La Cordobesa no había sido escogida al azar. Obedecía al perfil de lugar bohemio que requería la misión. Se alojaba allí gente de muy diversa índole. En aquellos días, en pensiones como aquella, todo el mundo parecía esconder alguna cosa. Muchos huéspedes iban y venían, una mañana estaban allí, tomando algo en el bar, y al día siguiente no se volvía a saber de ellos. La pensión había atraído también a una pequeña colonia fija de personajes muy heterodoxos, la mayor parte de ellos relacionados con el mundo del arte, personajes ahora sin recursos que se adherían a aquel ambiente por afinidad. El lugar se ajustaba a las posibilidades económicas de la misión, que eran muy escasas, y situado en el centro de la jarana donostiarra era propicio para presentar en sociedad a un cineasta desvalido con deseos de colarse en el entorno artístico local. Había un ambiente desestabilizado y desestabilizante que se alimentaba de sí mismo, como un círculo vicioso, que tiraba de los huéspedes hacia la anarquía de espíritu, hacia lo incierto, un lugar de novela barata,

de un falso y desgastado romanticismo, donde se mezclaba lo rico y lo pobre, lo limpio y lo sucio, lo recto y lo inmoral.

Aquel día, sobre las seis de la mañana, Mastreta había salido de la pensión y había dado un paseo hasta el río. Dos noches antes había acompañado a Frederika a su hotel. En quince minutos estaba frente al de ella. Como había hecho los días anteriores, se había apostado en un café de los alrededores, junto al ventanal, con la vista fija en la entrada del establecimiento. Como otros días, había visto amanecer. De ese modo, había podido seguirla hacía dos noches. También así Mastreta había conocido el aspecto del teniente Benítez, a quien ya había visto entrar y salir del hotel varias veces. El teniente había evitado que Mastreta abordara antes a Frederika. Siempre estaba allí, tieso como un palo, guardando las espaldas de la alemana como una carabina. Patricia le había puesto en antecedentes respecto al teniente. A Mastreta no le pareció gran cosa, aunque era alguien con quien, eventualmente, podía surgir la necesidad de establecer contacto. La trágica historia de Juan Hernández, su pérdida, su huida, su resentimiento contra los republicanos y su fanatismo habían sido concebidos para poder acceder a sujetos como el teniente Benítez y acaso, más adelante, al coronel Gil. La delegación encabezada por el militar, el edificio en el que estaba instalada, era el lugar donde, por puro sentido común, se estaría gestionando la adquisición de la película que Mastreta había venido a destruir y donde probablemente se custodiaría una vez adquirida.

En el bar de la pensión oyó decir que aquella misma noche iba a celebrarse una fiesta en la delegación en honor de la enviada alemana, a la cual había sido invitado un selecto grupo de músicos, actores y artistas de la ciudad. Se lo contó un hombre de carácter alegre la tarde anterior. El hombre estaba borracho, apoyaba la cabeza un su mano, plantado el codo en la barra. Desde esa postura no se estuvo callado en toda la tarde. Había vivido en México, aunque era español, y se le habían pegado expresiones y coletillas mejicanas que le hacían pintoresco. Se llamaba Antas y era músico. A Mastreta le recordó sus años de juventud, en Barcelona, en los tugurios del barrio chino, antes de que hubiera

tenido que huir. No había en Antas nada falso, tampoco nada sustancial, era un hombre acomodado en un vacío intrascendente. Mastreta le llevó a la habitación cuando casi no se tenía en pie, aunque esa fue una apreciación errónea, porque aquel era su estado natural y ya hacía mucho que había aprendido a manejarse en él sin ayuda de nadie, aunque no rechazaba jamás un hombro amigo ni una cara imprecisa con la que matar las tardes. La fiesta podía ser una buena oportunidad para Mastreta. Pero Antas no estaba invitado, ni tenía interés en estarlo, y tampoco tenía las amistades necesarias para meterle en ella. Durante los días que llevaba viviendo en la pensión, Mastreta se dejó ver en el bar y en la sala de estar cada día dibujando a lápiz y sacando fotos de algunos de los huéspedes con la pequeña cámara Leika que había podido traer en el petate consigo desde Hendaya. De ese modo amplió su círculo de nuevos conocidos. Había un matrimonio de argentinos, ambos pintores, a quienes la guerra había pillado en España, que habían decidido quedarse a ver qué pasaba. Ella era muy elegante y él era un hombre de una belleza latina que llamaba la atención. Mastreta les hizo un retrato a lápiz y en el curso del mismo observó cuán atormentada vivía ella por temor a perder a su hombre. También posó para Mastreta un ciudadano francés de mediana edad, un hombre gris, muy parco en palabras, de quien Mastreta no fue capaz de extraer ninguna esencia, con lo que le salió un dibujo intrascendente que el francés no quiso quedarse. Había una enigmática mujer de unos cuarenta años, enlutada, de semblante eternamente triste, que a las pocas horas de conocerle flirteó inesperadamente con él ofreciéndole la posibilidad de pasar la noche en su habitación. Por cómo se lo propuso, por la mecánica del diálogo mudo que llevó al ofrecimiento, Mastreta adivinó que lo hacía con todos los hombres mínimamente aseados que le dedicaban un poco de tiempo. Había también un joven gallego muy nervioso, aspirante a poeta, atascado en la ciudad sin dinero en busca de un modo de viajar a París. Mastreta le conoció porque buscaba bronca entre los parroquianos del bar y se metió con él. Los demás ya le conocían. Tenía rastros de un ojo morado de una riña anterior. Lanzó un vaso al suelo, a los pies de Mastreta,

fingiendo estar más borracho de lo que en realidad estaba. Era fácil de calar. Mastreta le hizo un dibujo y aquello le interesó más que liarse a tortazos. Le dibujó sin moratones, pero captó sus ojos de muchacho desorientado y abandonado, incapaz de sentirse vivo si no le daban una paliza o la daba él. Aquellos personajes resultaban inútiles para sus propósitos. Ninguno de ellos podía conectarle eficaz y velozmente con la delegación del coronel Gil.

La pensión, sin embargo, era el lugar adecuado. Había dos personas que podían resultar contactos provechosos. Una era la propietaria, la señorita Guerrero, una solterona cordobesa de unos cincuenta años que tenía un carácter de perros. Vivía en la misma pensión y recelaba de todo el mundo, no especialmente por razones políticas, que también, sino por razones económicas. No toleraba que ninguno de sus inquilinos se retrasara un solo día en el pago de la habitación y andaba siempre husmeando a la caza de problemas y argumentos con los que regañarles. Quería estar al día de todo lo que ocurría y, con ello, había conseguido que apareciera la figura del inquilino-confidente, clientes que, con la idea de conseguir un trato de favor, no tenían problema en suministrar información de aquello que oían o veían en las habitaciones ajenas. Esa información a su vez era muy valiosa para la señorita Guerrero, con ella se ganaba también favores. Tenía una extraña relación con un oficial apellidado Navío, adscrito a algún sombrío departamento militar de orden público que operaba en la retaguardia, uno de muchos. El hombre se dejaba ver por el vecindario un par de veces por semana paseando el uniforme con altanería, con ojos desafiantes. Recalaba sin falta en la pensión y se encerraba con la señorita Guerrero en sus aposentos privados. En otro caso podían haberse despertado habladurías sobre la naturaleza de aquellas visitas, pero lo cierto era que, por la vulgaridad de la Guerrero y la gallardía del oficial Navío, a todo el mundo se le antojaba poco menos que imposible una relación amorosa entre ambos. Aquella malhumorada mujer tenía, pues, buenos contactos con el mando militar y, sin duda, Mastreta podría conseguir favores a través de ella. Pero había que caerle bien, porque del mismo modo que podía echar una mano a un inquilino,

también podía denunciarlo, y era mucho más frecuente lo segundo que lo primero. A Mastreta se le había pasado por la cabeza tratar de seducir a aquella mujer, quien, por su modo de conducirse y de arreglarse, tratando siempre de rejuvenecerse, podía interpretarse que se encontraba con buena disposición, no tanto para un enamoramiento romántico, dado su agrio carácter, pero sí para el gozo de un encuentro carnal. La idea le resultaba angustiosa a Mastreta, si bien había tenido siempre la capacidad de ver en las mujeres que había conocido lo bello que había en ellas. La Guerrero tenía unos pechos generosos, probablemente bastante tiesos todavía, y unas manos bonitas. Era barrigona y achaparrada, pero tenía unas piernas bien torneadas, con unos tobillos estrechos y finos, y unos muslos que se adivinaban firmes todavía. No obstante, era tan maliciosa su mirada, tan airados sus gestos, tan torcida su sonrisa que Mastreta no sabía de qué modo conectar con ella. Puede que de haber insistido hubiera acabado dando resultado, porque era bastante visible que en esa mujer se mezclaban grandes contradicciones, impulsos radicalmente encontrados que habían hecho de ella una mujer atascada, desalmada, llena de amargura, y, por ello, él pensaba que había alguna parte recóndita a la que apelar dentro de ella. Pero concluyó que sería demasiado costoso y demasiado desagradable como para apostar por ello.

La otra persona que a Mastreta le convenía conocer no vivía en la pensión, pero pasaba en ella la mayor parte del tiempo. Se llamaba Honorio Lucero y todo el mundo le conocía simplemente por el Lucero. Oficialmente era pintor, aunque por lo que oyó nunca nadie le había visto en menesteres artísticos de ninguna clase. Más bien parecía una especie de jefe sindical, pero con aires de funcionario. Se comportaba como si fuera el jefe del grupo, su representante ante la autoridad, aunque, al poco de verle, Mastreta dedujo que era más afín a la autoridad que a quienes eran supuestamente sus colegas. No le caía bien a nadie, pero todo el mundo le temía y se portaba con él con reverencia. Se sentaba en el bar de la pensión y allí pasaba buena parte del día. Quien más, quien menos se dejaba caer por su mesa a departir con él, era

como una obligación. Las noticias oficiales que atañían al mundo de la cultura y la farándula se conocían a través de él, y era a él a quien había que dirigirse para cualquier demanda. No había forma de estrenar una obra teatral en la ciudad sin notificárselo antes al Lucero y sin solicitar sus gestiones; no podía organizarse un concierto ni una revista ni siquiera una venta de cuadros sin pasar por él. Incluso los cines y los cafés se cuidaban de mantener buenas relaciones con aquel individuo. Mastreta se pasó por su mesa al segundo día de estar en la pensión. El hombre le miró fugazmente y apenas le hizo caso cuando se presentó. Y aunque se lo hubiera hecho, de poco le habría servido. El Lucero no era otra cosa que un canal oficial, con lo bueno y lo malo que eso tenía. Respetarlo significaba depender de él, y eso solo era parcialmente operativo. El objetivo de Mastreta era ganárselo, amasarlo, y con ello manipularlo para que jugara a su favor. Era una tarea harto complicada, y más aún con el tiempo en contra. El Lucero y la Guerrero eran quimeras, objetivos inalcanzables. Añadiendo a eso la dificultad para contactar con Frederika Heinz, Mastreta veía muy escasas sus posibilidades. No le importaba demasiado, actuaba mecánicamente, dejándose llevar y viendo a dónde era capaz de arribar. Si no hubiera sido por Patricia, habría empleado la mayor parte del tiempo bebiendo y durmiendo, viendo pasar los días. Le daba igual, pensaba a menudo, era lo mismo pasar los días en una taberna de San Sebastián que en un buque francés camino de las Antillas. El tiempo se había parado, a veces pensaba que lo había hecho hacía ya mucho tiempo, en otra época de su vida, cuando todo se torció y lo poco organizado que había en él y en sus propósitos se rompió dejándole a la intemperie, inmerso en un sinsentido que le llevaba como un río tranquilo hacia ninguna parte. Por las mañanas, pese a ello, con resaca normalmente, recordaba que se jugaba la vida, que andaban tras de él.

En el café frente al hotel de Frederika Heinz, Mastreta se tomaba su tercer coñac. Patricia se había unido a él a media mañana. Le miraba con inquietud desde la mesa de al lado. Habían decidido que se sentarían en mesas contiguas, hombro con hombro, para evitar sospechas. Era la mañana del sexto día en San

Sebastián. Antes de encontrarse con Mastreta, Patricia mantenía, siempre en la medida de lo posible, sus rutinas con el fin de no despertar sospechas. Hacía la compra, se dejaba ver por el barrio, iba a la iglesia y charlaba con las mujeres en la plaza. A veces se reunía con Mastreta llevando a cuestas la compra, como ese día: una bolsa por la que asomaban cebollas tiernas, puerros y zanahorias.

Habían visto entrar a Benítez ya de buena mañana. Salía regularmente a fumar. Estaba visiblemente nervioso. La situación era extraña. Patricia pidió agua y un café, que depositó en la mesa de Mastreta. Pretendía atenuar el impacto del alcohol en él. Vieron cómo Benítez salía a fumar otra vez y al poco lanzaba el cigarrillo dejándolo a medias para entrar de nuevo en el hotel con decisión. Habrían transcurrido diez minutos cuando una mujer rubia, alta y de gestos decididos salió a la calle apresuradamente. Mastreta estaba amodorrado, lento de gestos. Patricia saltó en su silla.

—¡Es ella! —dijo.

Frederika Heinz pisó la calle como una gata que hubiera saltado de lo alto de la fachada. Como una exhalación se escabulló entre un grupo de hombres que fumaban en la acera, los cuales ni siquiera la vieron. Corrió a la esquina y de un salto se escondió tras ella. Tomó aire un momento y arrancó de nuevo, esta vez hacia la carretera que bordeaba el río. Allí había varios vehículos estacionados. Uno de ellos era un taxi.

Sin mediar palabra, Frederika se metió en el interior del taxi. El chófer, que fumaba reclinado en el capó con un periódico entre las manos, se sobresaltó, había oído la puerta de su taxi abrirse y cerrarse, pero no había llegado a ver quién había entrado en él.

Testigos de todo aquello, Mastreta y Patricia se levantaron de golpe, espalda contra espalda.

—Pague y vuelva a su casa —dijo Mastreta—. Ya me pondré en contacto con usted.

Ya en la calle, observó que alguien del hotel salía precipitadamente buscando con la mirada en todas direcciones. Era un empleado. Tras él apareció entonces Benítez, visiblemente alterado, y otro soldado. Mastreta, que les miraba por el rabillo del

ojo, no corrió, se limitó a andar a grandes zancadas hacia los coches.

Frederika se sentó en el interior del vehículo, atenta a lo que ocurría fuera. Una cabeza apareció en la ventanilla y se abrió la puerta con fuerza.

—No se puede entrar así en mi taxi, señorita —dijo el taxista con voz entre enfadada y asombrada.

—Perdone, señor.

—¿Es extranjera?

—Sí, señor.

—Salga.

El hombre tenía unos cuarenta años y en la camisa llevaba bordada la insignia de la Falange. Su rictus era pétreo, ello acentuado por un bigotito recto perfectamente recortado. Tenía en la cara arrugas de severidad y todo en él indicaba que era un hombre estricto e incorruptible. Por todo ello, a Frederika le pareció inconcebible que aquel falangista no estuviera luchando en el frente. Se dio cuenta entonces de que le faltaban dos dedos de la mano derecha y que cojeaba ligeramente. Por encima de su hombro, vio con sobresalto que Benítez había llegado hasta la esquina y oteaba los alrededores con ojos aguileños.

—Se lo ruego, señor —dijo Frederika—. Tengo un poco de prisa.

Le lanzó una mirada llena de encanto, pero el hombre no se inmutó.

Benítez deambulaba a unos cincuenta metros frotándose la cabeza y echando fuego por los ojos. No sabía qué dirección tomar. Frederika estaba únicamente amparada por la penumbra del coche. El teniente solo tenía que acercarse para descubrirla, solo tenía que caer en ello, fijarse en lo que tenía delante, a solo unas decenas de metros. Frederika lo contemplaba inquieta y, luego, resignada. En ese momento, una figura se interpuso. Mastreta llegó junto al taxista. Sin pensarlo dos veces, intervino:

—Perdone —dijo con aire de viajero extraviado—. ¿Sabe usted cómo llegar al monte Igueldo? —El hombre volvió a poner cara de desconcierto—. ¿Conoce el monte Igueldo? —insistió

Mastreta—. I-guel-do —repitió.

—¡Por supuesto que lo conozco!

—¿Está muy lejos?

—Oiga —dijo el taxista—, ¿no ve que estoy ocupado con la señorita?

—Buenas tardes, señorita —saludó Mastreta dirigiéndose a Frederika—. Parece que este es el único taxi disponible en este momento. ¿No irá usted por casualidad al monte Igueldo?

Los ojos azules de ella le miraban sin vacilación. El taxista estaba perdiendo los nervios, no comprendía por qué había perdido el protagonismo en aquella situación. Mastreta sonrió un momento. Frederika le devolvió la sonrisa.

—Pues resulta que sí —respondió ella alegremente adaptándose al tono jovial de él.

—¡Vaya suerte la mía! —dijo Mastreta, y se volvió hacia el taxista—. Buen hombre, creo que nuestros problemas están resueltos, la señorita y yo vamos a contratar sus servicios. —Y volvió a mirar a Frederika—. ¿Está usted de acuerdo?

Ella miró un momento al fondo, a la esquina, donde Benítez, desesperado, la buscaba forzando la vista. Luego, algo ansiosa, dirigió un gesto a Mastreta para mostrar su acuerdo.

—¡Vámonos, pues! —exclamó Mastreta briosamente.

—¡Un momento! —dijo entonces el taxista visiblemente contrariado.

—¿Qué es lo que ocurre? —replicó Mastreta alarmado.

La cara del hombre enrojecía por momentos. Frederika hacía un esfuerzo por contener la risa.

—¡Este no es el modo de hacer las cosas! —dijo el taxista.

Llegaron finalmente a un acuerdo, aunque ya nada pudo evitar el enfado del chófer. Arrancó de malos modos, lanzó bocinazos a unos peatones indefensos y tomó las primeras curvas a una velocidad excesiva. Detrás, Mastreta y Frederika se rieron a escondidas. Ella, además, lanzó un par de miradas por la ventanilla posterior y pudo ver a Benítez plantado en la esquina del hotel sin saber a dónde ir. El coche torció a la izquierda y perdió al teniente de vista. Frederika se relajó, el coche ronroneaba un tanto

sobrerrevolucionado, Mastreta se encendió un cigarrillo. Se hizo el silencio. Al poco, se acercó a ella.

—¿Me recuerda?

Le había visto antes. ¿Cuándo? Hacía dos noches. Mastreta leyó sus pensamientos. Volvió a enderezarse, pero enseguida se inclinó otra vez hacia ella.

—¿De verdad iba usted al monte Igueldo? —susurró.

—Pues no lo tenía planeado.

—Debo decirle que yo tampoco. ¿Prefiere que la invite a una copa?

Le recordaba rodeado de niebla. Tenía frío cuando estuvo con él, y él tenía las manos calientes. Le había levantado la cara por la barbilla y le había dicho que se fijara en él para recordarle. Frederika receló. Era un mecanismo innato en ella. En su trabajo, todas las casualidades eran por norma sospechosas y era pues obligatorio planteárselas desde otras perspectivas. Pero del mismo modo que debía recelar, debía también saber conducirse en terrenos inciertos como aquel sin dar a conocer las reservas que la pudieran asaltar.

Frederika se fijó en Mastreta procurando no evidenciarlo. Tenía manos grandes y había en ellas manchas de lo que parecía ser carboncillo; su aspecto era descuidado, fumaba con fuerza, pero en esas manos el cigarrillo parecía un entretenimiento y no una necesidad; no llevaba el afeitado pertinente, aunque en aquellos tiempos de escasez esas cosas no se observaban con rigor; tenía el pelo demasiado largo para lo que sería correcto en un hombre de buen provecho, y se peinaba hacia atrás, de modo que el cabello le caía de vez en cuando por los lados y debía pasarse a menudo las manos por él para colocarlo. Era evidente que no era militar, tampoco un agricultor o un pescador o un tendero del lugar, y los turistas iban más aseados. Frederika pensó entonces que a su lado se sentaba un poeta.

—Le recuerdo.

—Si es usted una vividora como yo —siguió Mastreta—, debería aceptar mi ofrecimiento y tomarse una copa conmigo. Usted no es de las que se escandalizan.

—No soy la misma de hace dos noches. Y no soy una mujer ociosa —dijo ella devolviendo la mirada.

—Con lo bonita que es, creo que debería aceptar, en cualquier caso.

Todavía no sabía qué papel debía interpretar con aquel desconocido. La cogía por sorpresa.

—¿No le avergüenza ser un vividor en estos tiempos difíciles? —dijo ella.

—Soy precisamente un vividor de tiempos difíciles. También los hay: pobre como una rata, incapacitado para el combate y con un poco de talento artístico que, evidentemente, ahora mismo no le interesa a nadie.

—¿Es usted pintor?

—Cineasta sin un céntimo, fotógrafo atormentado y también pintor si es preciso. Lo que sea necesario.

—Un trabajo duro.

—Tengo días buenos y otros malos. Hoy, después de verla, es de los buenos.

Coqueteaba con ella sin disimulo. Le hablaba cada vez más cerca. Le clavaba la mirada. Empezaba a sentirse como una estúpida.

—¿Cómo se llama?

—Juan Hernández. Un nombre vulgar.

—Señor Hernández, no me impresionan los aduladores.

—Está bien. Se acabaron las alabanzas. Empecemos por lo más básico. ¿Cuál es su nombre? —Ella no contestó—. Es alemana, ¿verdad? Casi no tiene acento, sin embargo, hay un ronroneo en su castellano que no pasa desapercibido a oídos expertos como los míos.

—Me llamo Frederika Heinz.

—Señorita Heinz, es la hora del aperitivo. ¿Quiere acompañarme?

Ella se inclinó hacia delante para hablar con el chófer.

—Déjeme en la próxima esquina, por favor.

El taxista refunfuñó, pero no llegó a decir nada inteligible. Circulaban en ese momento bordeando la playa de la Concha.

Detuvo el taxi junto a la acera después de dar un volantazo, lo cual le supuso un par de bocinazos de los vehículos que marchaban detrás.

—Yo me bajo aquí —dijo Frederika con decisión al tiempo que buscaba el monedero en el bolso—. Disfrute del monte Igueldo.

Él anunció que bajaría también. Luego dijo, educadamente, que quería pagar el viaje. Ella se negó y él, en un gesto muy propio de un vividor, dejó de insistir y se «resignó» a la voluntad de ella. Mastreta se apeó el primero. Ella estuvo un minuto pagando. Cuando fue a salir, él le tendió la mano. Frederika se enderezó ante él y la luz de la mañana le dio de lleno, brilló el sol en su piel y en su cabello. Bajo ese día primaveral, Mastreta dejó de verla por un segundo como una agente nazi y se dio cuenta de que era posiblemente la mujer más bella que había visto nunca.

5

Caminaron por el centro de la ciudad. Hacía un día espléndido. Ella le pidió un cigarrillo.

—¿Así que hace usted películas?

—El cine es un negocio con mucho futuro. Es un oficio que se está poniendo de moda entre los vividores, es decir, entre los tipos que, como yo, no saben hacer absolutamente nada.

—¿Ni siquiera luchar en la guerra?

—¡Ni para eso sirvo! Y no es que no lo probara. Me echaron por incompetente, interpretaron que era peor tenerme con ellos que contra ellos, así que me animaron a pasarme al Ejército Rojo, a lo cual me negué, por supuesto. Al final llegamos a un acuerdo, me hice neutral, como Suiza, y convinieron en que no iba a resultar peligroso si me quedaba quietecito, calladito y me limitaba a hacer fotos, a filmar o a cualquier otra actividad igual de inocua.

En las tascas se agolpaba la gente para tomar una tapa y un aperitivo. En algunas tiendas cerraban las puertas para ir a comer y en otras recogían el muestrario. Había bastante jaleo, pero en pocos minutos fue cesando y las calles pronto quedaron vacías. Caminaban sin un destino fijo, o eso creía ella. Al doblar una esquina, vieron a un soldado y una muchacha que discutían en la calle. Ella lloraba y trataba de marcharse, él la abrumaba trayéndola hacia sí. Los dejaron atrás.

—Ella está embarazada —dijo Mastreta.

—No. Él debe marchar al frente.

Mastreta sonrió.

—Es usted una romántica, como todas las mujeres.

—No es eso. Si estuviera embarazada, serían más discretos.

—Puede ser. Aunque a veces las emociones nos desbordan.

—¿Le parece este un tema de conversación apropiado?

—Seguramente no. Pero creo que usted es una mujer poco convencional. Yo lo soy también. No me da miedo decir lo que pienso, y creo que eso a usted no la asusta.

Caminaron sin prisa. Las calles habían quedado repentinamente desiertas, solo se oían sus pasos. Ella pensó que aquel paseo no tenía ningún sentido, no sería capaz de explicarlo a sus superiores, ni siquiera al coronel Platz. Y era consciente de que el encuentro con aquel hombre tan poco convencional debía ponerla en guardia.

—Este encuentro no es casual, ¿verdad? —aventuró ella.

—No la engañaré. Desde que la vi la otra noche, he rondado en mis ratos muertos su hotel con la esperanza de volver a verla.

No sabía cómo portarse con él, no era capaz de evaluar el grado de amenaza que la situación suponía. No obstante, aquella improvisación había activado su curiosidad y había apartado su mente de otras cavilaciones. Aunque era conocedora de los riesgos, sentía el deseo de alargar un poco más aquel momento.

—Se nos hace tarde para tomar un aperitivo —dijo Mastreta. Ella le miró interrogante. Él añadió—: No tendré más remedio que invitarla a comer. Conozco el lugar perfecto. Está aquí mismo.

—Todo le va de cara, ¿eh? —dijo ella.

—Ya le he dicho antes que hoy tengo un día bueno.

—Creo que es mejor que nos separemos.

—Tendrá que comer. Y le va a resultar difícil encontrar algún sitio abierto. No la importunaré. No la adularé, ni siquiera le diré lo bonita que me parece. Tampoco hablaremos de temas inapropiados. Ni de la guerra. Solo de lo que usted quiera.

Mastreta la llevó al bar de la pensión. A esa hora, pasadas las dos, estaba todavía lleno, pero por poco tiempo. Cuando ellos llegaron empezaban a levantarse comensales en algunas mesas, y cuando se sentaron, la mitad de ellas ya estaban vacías. La dueña, la señorita Guerrero, que pasaba buena parte del día en su despacho, solo aparecía por la taberna al mediodía. Cuando los vio, se encaminó hacia su mesa. Estuvo a punto de negarse a servirles a esa hora tan tardía, pero, intrigada quizá por la alemana desconocida, se decidió a cerrar con ellos la cocina. Cuando les

trajeron el primer plato ya estaban prácticamente solos en el comedor.

Mastreta había seguido en su papel de artista. Sin perder tiempo, la enredó en una conversación intrascendente, le habló de París y de sus desventuras allí, de los cafés y de la vida bohemia en el Barrio Latino. No le dijo nada que no fuera cierto. Cuando ella puso de manifiesto con sus comentarios que era una mujer culta, la conversación se ensanchó y, sin necesidad de fingir, ambos disfrutaron de ella. Hablaron de cine alemán. Mastreta tenía como objetivo pulir recelos, así que había evitado hacer cualquier pregunta sospechosa. Quería afianzarse ante ella como un personaje verdaderamente inofensivo. Ambos habían bebido lo suficiente para sentirse locuaces.

—Me gusta el arte y lo que hay a su alrededor —dijo Frederika—. Eso que usted llama inocuo, falsamente sin duda. —Miró al vacío recordando—. Siempre he pensado que nada malo puede ocurrir en un museo, o en un teatro, son como espacios seguros, protegidos, lugares saludables en los que refugiarse, incluso durante una guerra.

Se rio tontamente durante un segundo, y luego se recompuso. Mastreta lo percibió y se tomó también un segundo observándola en silencio, con la misma transparencia.

—¡Ajá! —dijo Mastreta entonces—. ¡Por eso está usted aquí! ¡Viene a comprar a precio de saldo! Pues eso es lo que se va a encontrar. ¡Saldos! Empezando por mi trabajo.

—No tiene mucha confianza en sí mismo como artista.

—No tengo mucha confianza en que los demás la tengan. Solo es eso.

—Pues es usted un artista atípico. La mayoría de los que conozco tienen más soberbia que un marqués.

Mastreta pensó unos momentos antes de hablar.

—Generalmente —dijo—, soy bastante más antipático y arrogante, sobre todo en los días malos, que son la mayoría. Soy un hombre cambiante, voy de un extremo al otro, hoy no valgo nada y mañana no alcanzo a entender por qué los demás piensan que no valgo nada.

—¿Qué hace usted realmente en San Sebastián, señor Hernández? ¿Por qué no se quedó en París, viviendo en su burbuja?

Mastreta creyó que era el momento. Sacó una voz más apagada, evitó mirarla a los ojos y a partir de entonces se pasó los dedos por el cabello con más frecuencia.

—No querrá oír historias tristes de la guerra, ¿verdad? Porque la mía es una de ellas, una de muchas.

—¿Ha estado realmente en el frente?

Tardó en responder.

—Mi intención era matar a cuantos rojos me fuera posible. El plan era sencillo: romper yo solo la línea del frente en Aragón y avanzar a la carrera hasta Cataluña, y luego seguir avanzando sin pausa hasta Barcelona y allí acabar con todos los rojos del mundo.

—¡Un gran plan!

—Sí que lo era, pero no me salió muy bien. Resulta que un ataque de asma de lo más inoportuno dio al traste con todo el avance.

—¿Es asmático?

—Si no lo fuera, esta guerra estaría acabada, o yo muerto.

Mastreta pidió coñac para los dos. Ella no protestó. Ahora eran los únicos clientes en el comedor. Era la hora de la siesta. Un camarero limpiaba las mesas mientras otro barría el suelo. Este último les sirvió de mala gana.

—Hay un motivo personal, supongo —dijo ella.

—Quizá no lo sepan en Alemania, pero hay algunos que matan primero y preguntan después, o ni preguntan, los hay que aniquilan vidas con la ciega complicidad de los cobardes que están en el Gobierno, los hay que se vuelven amantes del terror y lo impregnan todo de miedo y de muerte.

—Eso ocurre también en otras partes del mundo.

—El mundo es muy grande, señorita Heinz, no me importa lo que les pase a otros, nunca me ha importado, ni siquiera lo que le ocurre a un vecino, o a un amigo, o... a un hermano... Soy de esos hombres atribulados que ya tienen suficiente con lo suyo. O eso es lo que solía ser.

—¿A quién mataron en Barcelona?

—A nadie. Solamente a mi hermano.

Se quedaron ambos en silencio.

—Pusieron precio a mi cabeza, ¿sabe? —dijo Mastreta de súbito—. Eso sí que es divertido. Como a un forajido del oeste. —Frederika apuró su copa de coñac. Mastreta ya había terminado el suyo—. ¿Quiere otro? —preguntó.

Ella asintió. El camarero les sirvió. Su humor empeoraba. Luego dejó la botella sobre la mesa con estrépito. Mastreta y Frederika se rieron con disimulo.

—Estamos yendo a contracorriente —susurró él—. La siesta es sagrada en este país. Incluso en tiempos de guerra.

Frederika estaba un poco achispada por el alcohol. Este operaba, una vez más, su efecto balsámico: nada le dolía, momentáneamente nada le importaba. ¿De dónde había salido ese tal Juan Hernández? ¿Cómo habían llegado hasta allí? Recordó quién era ella y por qué estaba allí, pero eso no movió nada en su interior. Recordó que hacía dos noches él la sacó de una taberna y la llevó al hotel. Durante un rato, la cogió de la mano. Le hubiera gustado cerrar los ojos y oírle hablar, y reírse con él del mundo como si fuera un lugar inofensivo. Le miró mientras él encendía un cigarrillo.

—Quiero filmar la guerra —dijo Mastreta con seriedad—. Hacer fotos de la muerte, del miedo, de lo que hay dentro de un hombre cuando tiene que saltar contra una alambrada. De lo que hay en sus ojos cuando mata a un inocente.

—¿Me enseñará alguna película suya?

—Primero tendré que hacerla. El cine es caro. Busco quien me financie.

Había algo extraño en él, algo que no acababa de encajar, algo que la inquietaba y la atraía al mismo tiempo. No tenía nada que ver con Mihail, un hombre transparente, en lo bueno y en lo malo, de temperamento confuso, frágil, dependiente, un soñador que quiso ser piloto para ver el mundo desde la distancia, sin mezclarse demasiado en él, y evitar así el desasosiego, un hombre con tendencia a perderse para el cual, en muchos sentidos, ella

había sido un referente. En cambio, el hombre que se sentaba frente a ella no era transparente ni frágil, por mucho que pudiera aparentar una cierta fragilidad artística. Podía parecer despreocupado, torpe, incluso un patán que rompería un vaso en un gesto despistado, pero, a decir verdad, observó que nada se le escapaba, que podría alcanzar al vuelo una moneda que rodara de improviso al suelo desde la mesa, como un sapo atraparía una mosca pese a su estado aletargado. Sabía que debía recelar de él, creía que lo hacía y luego creía que no. No debería estar allí, expuesta a quién sabe qué, pero ese tal Hernández, con su alegría y su amargura, le había proporcionado los únicos momentos de paz desde que supo que Mihail había muerto.

—Le dejaré ver mis dibujos. ¡Y comprarlos! Me gusta el dinero. Creo que está usted en disposición de ser fácilmente engatusada. Lo advierto ahora para evitar luego reproches.

—De acuerdo, me parece noble por su parte.

Ella tenía las mejillas enrojecidas y un mechón de cabello ondulado le caía sobre la frente. Ambos fumaban. Estuvieron unos momentos en silencio, mirándose. Mastreta se atrevió a tantearla.

—¿Y qué demonios hace una bella mujer alemana en San Sebastián en plena guerra?

—Buscar saldos para comprar, ya lo ha dicho usted.

—¿Sola?

—¿Se le ha despertado la curiosidad?

—No, solo quiero saber si tengo un rival. Usted me gusta —admitió Mastreta con tranquilidad. Frederika le escrutó durante unos segundos. Él puso cara de corderito, simuló timidez. Luego se rio—. Disculpe —añadió—, solo esperaba algo de reciprocidad. Ya sabe usted un poco de mí. ¿No debería yo saber un poco de usted?

—No sea tan quisquilloso.

—Está bien —claudicó Mastreta sin más—. Así es más divertido. Algo me dice que va a ser usted quien me engatuse a mí. —Apuró la copa de coñac y sacó la billetera de la chaqueta—. Permítame que ahora sea yo quien corra con el gasto.

No había nadie en la sala, así que Mastreta se levantó y se dirigió a la puerta que conducía a la cocina para avisar al

camarero. La miró desde allí. Ella se arreglaba el pelo mirándose en un pequeño espejito que había sacado del bolso. El informe que le había sido entregado la describía como una mujer inteligente, con aptitudes innatas para negociar y para manipular, seductora y hábil para el engaño. Era fría, no necesariamente en el trato, sino en esencia. El informe advertía que aquella mujer culta y educada era capaz de matar sin la menor vacilación a un hombre con el que había estado divirtiéndose unos minutos antes. Cuando lo leyó, en Tarragona, aquella descripción le pareció distante e irreal, como si fuera una novela. Ahora, todas aquellas palabras tomaban forma. Mastreta había estado a gusto con ella y había tenido la sensación de que entre ellos había una complicidad auténtica, pero al mirarla en ese instante, a unos metros de distancia, tomó conciencia de que todo, absolutamente todo, era mentira. Pagó y regresó a la mesa. Mientras se acercaba, comprendió que del mismo modo que él estaba en guardia, también lo estaba ella; las casualidades no existían en su negocio, la mente de una mujer como Frederika Heinz estaría sopesando cada minuto que pasaban juntos, estaría preguntándose quién era él, qué pretendía al provocar que se conocieran, y en todo momento, insidiosamente, intentaría obtener respuestas. Sabía que jugaba con fuego, sabía que nunca podría confiar en ella, aunque ella le convenciera de algún modo de lo contrario. Probablemente contaba, además, con ayudantes muy capaces, como el asesino que había matado a Sanz. Mastreta solo podía apoyarse en la voluntariosa ayuda de Patricia Rulfo. Tendría que repetirse una y otra vez quién era ella en realidad y qué era capaz de hacer. Ella estaría ahora a la expectativa, preocupada por recabar información sobre él, lo cual, de momento, le hacía sentir relativamente seguro.

Dejó una raquítica propina al tiempo que levantaba los hombros.

—Propina de vividor en tiempos de guerra —dijo.

—No esperaba menos.

Se dirigieron a la puerta. Cuando iban a salir, se cruzaron con Honorio Lucero. No hicieron más que saludarse, pero Mastreta intuyó que aquel sería un encuentro a la postre beneficioso, porque

el hombre se quedó impresionado con la belleza de Frederika, tanto que no atinó a cederles el paso como hubiera sido caballeroso hacer. Mastreta se lo hizo notar y retrocedió al fin torpemente, consternado por su propia dejadez. Salieron y Honorio Lucero, pasmado en la puerta acristalada, les siguió con la mirada, confuso y con mil interrogantes en los ojos. Subieron a su habitación. Era un cuartucho humilde de tres metros de ancho y cuatro de largo con una ventana hinchada por la humedad que no cerraba muy bien, pero que era ancha al menos. Daba a la calle y dejaba entrar mucha luz. Había una cama de hierro que chirriaba ya con la sola vibración que ocasionaba un portazo, y había a su lado una mesilla de noche de madera sin el menor encanto. Al otro lado de la puerta había una jofaina para asearse y un pequeño espejo colgado de la pared. Una repisa no muy grande albergaba un par de vasos y una hilera de útiles para el aseo, además de un par de botellas de licor, unas toallas, un plato con manzanas y una caja con cuatro cubiertos. No cabía ni un alfiler en aquel estante, que hacía las funciones de cuarto de baño, cocina y mueble bar, y que, por suerte, quedaba escondido al abrirse la puerta y disimulado por un perchero que no daba tampoco más de sí. En el otro extremo de la habitación, bajo la ventana, había una mesa escritorio, también de madera, desconchada y grabada con garabatos de amoríos y poemas sin sentido. A un lado de la ventana había un armario estrecho de una sola puerta. En un lateral de este, mirando hacia la cama, colgaba un espejo de medio cuerpo. Y eso era todo, ni cuadros ni cortinas ni alfombras ni el menor atisbo de calidez.

Sobre el escritorio había unos cuantos dibujos tamaño cuartilla que Mastreta había realizado los días anteriores. Algunos estaban apoyados en la pared como si el autor todavía estuviera valorando si los daba por terminados. Eran la única decoración y por eso se hacían muy visibles. Frederika cogió uno de ellos. Lo había dibujado la noche pasada. Era el rostro de Sanz. A Mastreta no le disgustaba aquel dibujo, en él, el capitán sonreía a su pesar, como Mastreta le había visto hacerlo a menudo en respuesta a su sarcasmo. Sanz era tan estricto, o quería parecerlo, que hacía

esfuerzos para atenuar una sonrisa con el fin de no perder su estampa marcial. La expresión le había salido bien en el dibujo, el gesto era tal como lo recordaba en el rostro de su compañero. Frederika lo miró en silencio.

—¿Un amigo suyo? Es apuesto.

Mastreta había estado muy tranquilo hasta entonces, pero ahora le tembló la mano.

—Está muerto, ¿verdad? —dijo ella de repente—. ¿Es su hermano?

«Un amigo mío», pensó, y perdió el control de su mirada y a duras penas contuvo sus palabras. No supo qué fue lo que hizo con los ojos en ese instante, pero si reflejaron su alma, Frederika Heinz debió sentir su odio clavado en ella.

—No, no es mi hermano, pero está muerto. Le mataron hace poco.

—Lo siento. Debe odiarles mucho.

Mastreta se quedó desconcertado.

—¿A quiénes?

—A los rojos.

No dijo nada. Ella devolvió el dibujo a su lugar.

—Me gusta —dijo, y cogió otro—. Me gustan bastante. Puede que sí compre alguno.

—Allá usted —advirtió Mastreta secamente.

Frederika siguió mostrando su agrado por los dibujos y él se relajó, pero a partir de entonces estuvo más abrupto y evitó mirarla a los ojos. Pensó que ella lo habría notado. Al mismo tiempo, de un modo irracional e instantáneo, comprendió el sentido de lo que estaba haciendo y le resultó más fácil seguir, aunque su conducta se tornó más opaca y desde entonces fue consciente de ello. Otra vez chistoso, les puso a los dibujos un precio desorbitado. Regatearon, y él aceptó hacer una rebaja igual de desorbitada. No aceptó, sin embargo, vender el dibujo de su amigo sonriente. Cerraron el trato, Frederika adquirió cinco tamaño cuartilla por cincuenta francos franceses que le abonó al momento. Mastreta trajo dos vasos y una de las botellas de licor de la repisa. Se sentaron en la cama y él acercó la mesilla de noche

para dejar los vasos y la botella. Brindaron por la venta.

—Gracias a usted, señorita Heinz —dijo Mastreta elevando el vaso—, esta semana tengo dinero para pagar la habitación, que me gastaré alegremente en vino y cigarrillos franceses. Brindo por ello y por usted. —Ella alzó también su vaso y bebieron ambos—. Ojalá hubiera muchas damas extranjeras por esta ciudad dispuestas a ser engatusadas. ¿Tiene amigas? ¿Se quedará mucho tiempo en San Sebastián?

Ella hizo como si no le hubiera oído.

—Quizá debería plantearse otras ocupaciones —dijo disfrazando la pregunta con un tono que quería denotar preocupación por su precaria situación económica.

—¿Por ejemplo?

—Podría estar en el ejército haciendo labores en retaguardia.

—¡Qué pesada es usted! No quiero hablar más del ejército y de la guerra, no ahora. Hablemos de cine, de pintura, de usted...

—Todos ellos temas de lo más inocuos.

—Será que me hace sentir usted ligero y superficial, como si nada de lo que pudiera hacer tuviera relevancia ni consecuencia alguna, como si estuviéramos ahora mismo apartados del mundo, protegidos de él. El estado de ánimo perfecto.

Mastreta se aproximó a ella. La cama chirrió.

—El vino y el brandy le hacen hablar así. —Ella apartó los ojos.

—Puede ser, pero no lo estropee.

Se acercó a Frederika y puso la mano en su brazo. Posiblemente ella esperaba que se abalanzara, pero Mastreta hizo lo contrario, la atrajo hacia sí sin contemplaciones y le dio un beso en la boca. Fue muy breve, porque ella retiró los labios enseguida. Le fue a dar una bofetada, pero él la detuvo cogiéndole la muñeca y entonces la besó de nuevo. Esta vez fue un beso certero. La besó desde arriba, la cogió desprevenida y eso la obligó a doblar el cuello, de modo que, sin querer, ella elevó los labios hacia él. Duró muy poco, ella se zafó un momento después, casi con violencia, y se puso de pie apartándose. Antes de que pudiera hablar, él se anticipó.

—Antes de que diga nada, déjeme hablar, no soy un ser grosero, se lo juro, me educaron bien y eso no puede sacudirse, no hago esto a menudo tampoco. Me gustan las mujeres, pero no soy un fresco. Si la he besado, ha sido porque me ha parecido que era lo que debía hacer, creo que hemos conectado y eso no pasa a menudo.

—Su comportamiento lo ha estropeado todo.

Frederika estaba furiosa consigo misma. Se sintió débil.

—De acuerdo —admitió Mastreta—, lo asumo, ha sido una estupidez. Hagamos como si no hubiera ocurrido. ¿Qué le parece?

Ella no tuvo tiempo de responder. Llamaron violentamente a la puerta y sin esperar respuesta, esta se abrió. En el umbral apareció un militar alto y de buena planta. Tras él asomaba la cabeza de la señorita Guerrero. Tanto Mastreta como Frederika se quedaron pasmados, enseguida reconocieron al oficial, cada cual por su cuenta y por muy diferentes experiencias.

Mastreta le conocía como el capitán Navío, se había cruzado con él en las escaleras de la pensión, era el oficial que visitaba regularmente a la Guerrero para obtener informes de los inquilinos. Por su parte, Frederika, que nunca olvidaba una cara, le identificó al instante como el oficial que la interrogó brevemente en el sendero del bosque, a las afueras de San Sebastián, cuando iba a reunirse con su contacto, el imprudente de Müller. Ese día, disfrazada de lugareña, ya había comprendido que podría volver a encontrarse con aquel hombre.

El capitán Navío penetró en la habitación pausadamente y con altanería, sabedor de que era él quien iba a controlar la situación y disfrutando de esa sensación. La Guerrero le seguía con una mal disimulada sonrisa maliciosa. Frederika se dirigió suavemente al fondo del cuarto. Recordó que aquella vez, en el sendero, él no le había visto el cabello rubio, pues lo cubrió con un pañuelo; sin embargo, recordó también que sí se había fijado en su cara. Durante su instrucción en Alemania le enseñaron a reconocer caras en contextos radicalmente distintos. Desarrolló habilidad para ello, se trataba de memorizar determinados trazos, aquellos indisimulables que aparecerían siempre a la vista. Era algo que

había interiorizado y que hacía de modo mecánico cuando observaba un rostro. Para los no adiestrados en esa técnica, en cambio, podía resultar muy difícil reconocer a alguien si las circunstancias eran sustancialmente distintas. Frederika confiaba en que ese fuera el caso. El capitán había visto a una mujer vasca a la que habría creído de pelo negro, caminando por un sendero hacia una granja, en medio del bosque, y la habría tomado por una campesina analfabeta. Ahora estaba ante una mujer rubia, resuelta, moderna y vestida con elegancia. Si tenía suerte, su cara resultaría familiar al capitán, pero no lograría ubicarla.

—Esta situación —dijo el capitán con severidad— es inaceptable en una casa respetable.

—También su entrada, capitán —replicó de repente Mastreta, que se había mantenido inmóvil, plantado en medio de la habitación—. A menos que haya un incendio, esta intromisión no tiene posible justificación.

Corría un grave riesgo al hablar de ese modo a un oficial. Una vez más hacía su apuesta, esperaba que su imprudente proceder le ayudara a ganarse el favor de Frederika Heinz. Ella, en tanto que enviada de una potencia aliada a la que el Gobierno fascista quería complacer, tenía el poder de interceder por él. Otra cosa era que lo hiciera, al fin y al cabo. Ahí radicaba el riesgo para Mastreta. El capitán se encaró con él.

—¡Cállese, imbécil! —dijo alzando la voz. Luego la suavizó—. Las probabilidades de que le haga arrestar son ahora mismo del ochenta por ciento. —La frase del capitán podía parecer una hipérbole dicha con un sentido del humor inquietante. Pero no era el caso, el capitán Navío hablaba absolutamente en serio, lo que decía muy poco en su favor—. Aquí solo hablo yo.

Dio una vuelta por la habitación ojeando lo que había en ella y luego se acercó a Frederika.

—Nombre —dijo.

—Me llamo Frederika Heinz, capitán. Estoy en España en calidad de...

—¡Cállese! —El capitán la miró fijamente y frunció el ceño, entonces algo ocurrió en su mirada. Acababa de darse cuenta de

que ya la había visto antes. Pausadamente, dio otra vuelta por la habitación. Su arrogancia desmesurada podría parecer ridícula si no fuera porque los riesgos eran reales—. Frederika Heinz, ¿eh? ¿Puede usted decirme por qué hay en estos momentos una orden de búsqueda de la superioridad para localizar a una mujer alemana que responde a ese nombre?

—Sí, sí puedo.

—Lo imagino. De hecho, creo que yo también tengo una explicación para ello, una explicación muy poco honrosa.

Mastreta y Frederika se miraron brevemente, ambos entendieron entonces que el capitán Navío tenía una idea equivocada de ella. Habría recibido, como el resto de la oficialidad, la orden de búsqueda sin mayor especificación. En cuanto la señora Guerrero le informó de que había allí mismo, en la pensión, una mujer que respondía al perfil y que había subido a la habitación de un huésped, pensó que se trataba de una fugitiva o de alguien sospechoso que debía ser interrogado, y creyó que había tenido un golpe de suerte con el que esperaba obtener la felicitación de sus superiores. Como en el caso del coronel Gil, Navío era un militar mediocre, por eso estaba en la retaguardia haciendo labores administrativas, y como el coronel Gil, también creía que en su territorio era poco menos que un reyezuelo. Sin embargo, a diferencia del coronel, era un hombre carente de imaginación y de una simplicidad intelectual solo equiparable a su arrogancia. Había algo que venía aparentemente a confirmar su teoría: ya había visto antes a aquella mujer. No sabía dónde, pero, por lo guapa que era, por su modo desenfadado de vestir, por la situación en la que la encontraba, a solas en el cuarto de un hombre de dudosa calaña, y porque era casi el único tipo de mujeres que él frecuentaba, incluidas mujeres alemanas o que fingían serlo, pues todo tenía cabida tan cerca de la frontera, por todo ello tuvo la certeza de que era una prostituta. La señorita Guerrero, además, le había dicho que había estado tomando brandi, algo muy poco habitual en una dama, que durante el almuerzo habían estado hablando con una naturalidad impropia de las convenciones del decoro y que, posteriormente, la pareja había subido sigilosamente a la

habitación. Todo encajaba para el capitán Navío. Convencido de sus deducciones, jactándose internamente hasta la obcecación de su perspicacia, no era ya capaz de ponderar adecuadamente los hechos. Había irrumpido de aquel modo en la habitación con la esperanza de encontrarles en pleno servicio. El capitán estaba tan convencido de su teoría que no supo ver la larga lista de detalles que la desacreditaban, como por ejemplo la elegancia en el vestir de Frederika, o su porte, o el cuidado detalle de su maquillaje y el recogido del pelo. Todo ello debió haberle conducido a la prudencia, pero su carácter obtuso no le dejó apreciar aquellos evidentes indicios de su error.

Después de dar su teatral vuelta por la habitación, sabiéndose observado por todos, el capitán se volvió con un gesto dramático hacia Frederika y la cogió por el brazo.

—La prostitución es un delito en la nueva España, señorita, este es un país de Dios.

—¿Está usted loco? —dijo ella.

—¡Silencio!

«Es el momento», pensó Mastreta, y no esperó más. Sacó la mano temblorosa de su bolsillo, se acercó al capitán, que en ese momento le daba la espalda, y le cogió el cabello por el cogote. Tiró de él para apartarlo de Frederika y después, con extrema violencia, le empujó por la cabeza contra la pared. Fue todo muy veloz. El capitán no reaccionó y su frente impacto contra el tabique haciendo un ruido seco. Perdió la orientación durante unos segundos. Frederika y la Guerrero observaban desconcertadas. Mastreta estaba impasible frente a su adversario, que se tambaleaba a un palmo de él, contemplando cómo empezaba a reaccionar, cómo se frotaba la frente enrojecida y trataba de comprender lo que había ocurrido, y en cuanto vio que el capitán alzaba los ojos, le dio un puñetazo que impactó en su pómulo izquierdo. Navío cayó al suelo con estrépito quedando ahora anonadado. La Guerrero no daba crédito, tampoco Frederika. Mastreta se agachó sobre el capitán y le quitó el revólver que llevaba en una lustrosa funda. Luego lo dejó sobre la mesilla de noche lejos del alcance de su propietario.

«Ya está hecho, ya no hay vuelta atrás —pensó Mastreta—, lo que tenga que pasar, pasará, y a mí me dará igual». Sanz le habría regañado por aquello, estaba seguro, le habría dicho que no podía improvisar de aquel modo. Posiblemente hubiera tenido razón. El plan de Mastreta daba por sentado que Navío había notificado por teléfono al cuartel que había localizado a la fugitiva en la pensión. De acuerdo con eso, en los próximos minutos debería llegar la caballería con Benítez al frente. Si no era así, si el imbécil de Navío había planeado llevar él mismo a Frederika Heinz al cuartel, la cosa iba a complicarse mucho, se arriesgaba a recibir un tiro del capitán, o a verse obligado a matarlo.

Se dio cuenta de que Frederika le miraba. La expresión de su cara le pareció en ese momento extraordinariamente bella, mezclaba emociones distintas, quizá contradictorias, y con ello agudizaba la fuerza de sus facciones. Aparte del capitán, que, sentado en el suelo, se frotaba la cabeza aún desorientado, estaban solos en la habitación. La Guerrero había desaparecido, probablemente en busca de ayuda.

—Acaba de cometer usted una estupidez —dijo Frederika.

—Otra más. Me molesta extremadamente observar cómo un caballerete de pacotilla insulta y amedrenta a una mujer, más aún cuando no le llega a la suela del zapato.

—Lleva un día pletórico.

—Lo único importante de este día es que la he encontrado a usted.

—Si no le abofetea él cuando se levante, lo haré yo por su atrevimiento al besarme.

—Estoy aquí frente a usted. Haga lo que le parezca...

Antes de que terminara, ella le abofeteó con fuerza. Mastreta no dijo ni hizo nada. Tras unos segundos, se apartó de Frederika y se agachó al lado del capitán.

—¿Se encuentra bien? —dijo—. No se debe insultar a una mujer, sea cual sea su oficio. —El capitán balbuceaba—. Todas ellas merecen respeto.

Frederika observaba a Mastreta en silencio. Puede que después de todo fuera realmente un loco cineasta tocado por la

guerra, puede que su encuentro hubiera sido casual y su beso, un impulso genuino. Pensó que ella no debería estar allí.

Mastreta ayudó al capitán a ponerse en pie y a sentarse después en la cama. El hombre empezaba a reaccionar y a comprender todo lo que acababa de ocurrir.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Hijo de puta. Vas a acabar en el paredón.

—Compórtese, capitán. No lo estropee más, sigue habiendo una dama en la habitación.

En ese momento se oyeron pasos en el pasillo. La señorita Guerrero se había topado en su huida con un grupo de tres militares. El que encabezaba el grupo era el teniente Benítez. Con cara de espanto y con un chorro entrecortado e ininteligible de palabras a las cuales el teniente no había prestado apenas atención, la Guerrero les había conducido hasta el cuarto. Apareció en la puerta señalando a Mastreta.

—¡Ese es! ¡Ese es! —dijo.

Benítez entró en la habitación. Los dos hombres que le acompañaban entraron también y se quedaron apostados junto al umbral, a la espera de órdenes. Benítez ni siquiera se fijó en Mastreta o en el capitán. Se dirigió directamente hacia Frederika Heinz.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Estoy bien, teniente. Me alegro de verle. Es usted muy oportuno.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

—Pregunte a su capitán, él lo aclarará todo.

Benítez se dio la vuelta y fue entonces cuando reparó en que había un oficial superior en la habitación. Inmediatamente se cuadró y le saludó militarmente. El otro se puso de pie aún tambaleante, a la par que Mastreta se escurría discretamente hacia el fondo de la habitación.

—El teniente Benítez a sus órdenes, capitán. Gracias por su aviso. Temíamos que la enviada alemana pudiera haber sufrido algún daño.

—¿Cómo? —dijo el otro.

—¿No fue usted quien nos avisó? El coronel Gil me manda que se lo agradezca en su nombre.

—¿El coronel Gil?

—Sí, señor.

El capitán, ya repuesto, se quedó en silencio evaluando las palabras de Benítez. Empezaba a comprender la situación. En ese momento, el teniente se percató de que Navío tenía un golpe en la frente y que aparecía por momentos una intensa rojez bajo su ojo izquierdo.

—¿Se encuentra bien, capitán?

—Me encuentro perfectamente —dijo elevando la voz.

Navío se palpó el rostro e hizo uno de sus arrogantes giros en el centro de la habitación clavando los ojos en todos los presentes. Se detuvo ante Mastreta y se acercó a él. Situó su cara a pocos centímetros de la de Mastreta, que se mantenía impasible y sin expresión. Estuvo así algunos segundos, sin decir nada. Benítez, tras él, no comprendía lo que estaba pasando.

—¿Ocurre algo, capitán?

El capitán y Mastreta seguían mudos, mirándose a los ojos. Navío los tenía encendidos.

—¿Es usted Frederika Heinz? —preguntó de súbito el capitán sin dejar de mirar a Mastreta—. ¿La enviada del Gobierno alemán?

—Así es —respondió ella.

—Teniente —dijo el capitán—, custodie a esta mujer hasta su hotel, o allá a donde ella quiera ir. —El teniente se acercó a Frederika para acompañarla—. Un momento —le retuvo el capitán. Se volvió hacia ella y se cuadró. Luego hizo una ligera reverencia —. Mis respetos, señora.

Cuando se enderezó de nuevo, sus labios temblaban. No fue capaz de mirarla a los ojos. Se quedó inmóvil con la cabeza ligeramente gacha a la espera de que Benítez se la llevara. La situación resultaba cómica para Frederika, no sabía de qué otro modo debía tomárselo. Aquello parecía un vodevil español, y a punto estuvo de echarse a reír, porque todo conducía a eso, y a que, tras ella, se echaran a reír también todos los presentes: los guardias del umbral que se mantenían firmes y circunspectos; la

señorita Guerrero, con su vulgaridad y su vestido pasado de moda queriendo aparentar otra edad y otro rango, sacando la cabeza atónita por encima de las espaldas de los soldados; Benítez, plantado en la habitación sin comprender lo que ocurría y, sin embargo, firme en su papel salvador, fiel a ella hasta el final y a la vez fiel a su uniforme; y el capitán, con su reverencia, en un gesto que, con lo acontecido, era puro teatro y pura ridiculez. Luego estaba ella y ese tal Juan Hernández, los actores principales, desconcertados y desconcertantes, misteriosos el uno para el otro, cómplices de aquella comedia que ahora se resolvía de un modo tan insospechado. Pero aquello no era una comedia. Frederika no supo qué debía hacer y esa desorientación la inquietaba, pero a la vez la conectaba de nuevo con el ánimo de ese día, con la anarquía con la que se habían conducido ella y el tal Hernández desde que se conocieron. Adivinó que el capitán querría quedarse a solas con Hernández, probablemente para desquitarse a golpes, puede incluso que mandara arrestarle y entonces, quién sabe lo que iba a ocurrir. Comprendió que aquel desconocido, aquel supuesto cineasta chistoso y amargado, aquel posible farsante, puede que asesino, aquel hombre que la había besado, dependía de ella. Se miraron a los ojos. Los de él estaban inexpresivos, lo cual la molestó, porque ella quería ver una súplica. Frederika elevó el rostro en un gesto de altivez para el cual esperaba una respuesta de sumisión. Pero Mastreta elevó también el suyo y, al hacerlo, le hizo un guiño. Benítez intercedió oportunamente.

—¿Nos vamos? Esta noche hay una fiesta en su honor, ¿recuerda?

Ella no dijo nada, Benítez la cogió delicadamente del brazo, pero ella se resistió un instante más. Luego, finalmente, apartó los ojos de Mastreta y dejó que el teniente la condujera. Cruzaron la habitación y ante ellos los soldados se apartaron de la puerta para que salieran. Ya en el pasillo, Benítez ordenó a sus hombres que les siguieran, pero el capitán Navío detuvo la orden. Hizo entrar a uno de ellos y cerró la puerta.

Benítez acompañaba a Frederika con su brazo puesto suavemente en su espalda. Recorrieron el pasillo rodeados de

huéspedes que iban apareciendo en los umbrales de sus habitaciones o acudiendo desde la terraza, intrigados ante la presencia de militares.

6

Frederika pensó en interesarse por Hernández y averiguar si había sido arrestado. Fue solo un pensamiento fugaz. Visto con objetividad, se había sacado un peso de encima, había eliminado una posible amenaza. Ahora debía eliminarlo de su cabeza, escupirlo como un trago de vino picado. Había sido un accidente, el colofón a unos días locos y extraños que habían empezado con la noticia de la muerte de Mihail. Era tiempo de volver al trabajo.

Benítez no se separó de ella en toda la tarde. No le hizo reproches, no le preguntó directamente por qué había huido esa mañana ni lo que había hecho durante el día, ni le preguntó siquiera qué hacía en un cuartucho de una pensión barata del centro de San Sebastián con un hombre, sin duda, de baja condición. Decidió esperar. Lo que sí hizo el teniente fue encargar, discretamente, un informe sobre la pensión y sus huéspedes, en especial sobre Juan Hernández. Entregó la orden por escrito al soldado que le acompañaba antes de entrar en el hotel con Frederika para que la trasladara inmediatamente a sus ayudantes de mayor confianza en la oficina. Ya hacía días que la delegación había recibido la información de la presencia en La Cordobesa de un supuesto fotógrafo huido de zona republicana. Cada día llegaban a su mesa datos de ese tipo a decenas, y cada uno suscitaba la apertura de un expediente. La fuente primera de dicha información, en ese caso concreto, era la propietaria de la pensión, la señorita Guerrero. El expediente figuraba como rutinario, de modo que no tenía prioridad. Las purgas en las escuelas y universidades, labor principal de la comisión, de enormes proporciones logísticas y organizativas, a la que se destinaba la mayor parte de los recursos humanos y económicos de la delegación, relegaba a una larga espera cualquier expediente que

no estuviera, por algún motivo, marcado como un caso de interés especial. Había cientos de expedientes en los archivos de la delegación, y la mayoría quedaban olvidados en cajas y carpetas en algún sótano del edificio. Se archivaban, a menos que alguna denuncia o hecho concreto los pusiera de relieve. Tras las órdenes cursadas por Benítez y mandadas al archivo del departamento, el expediente Juan Hernández iba ahora a ser rescatado y marcado como prioritario. El archivo de la delegación era una menudencia comparado con el de otros departamentos, como la sección a la que pertenecía el capitán Navío. Allí los expedientes se contaban por miles y todos se revisaban, ese era su cometido principal. El nombre de Juan Hernández había llegado también a manos de esa sección, y el expediente estaba ahora mismo en curso para que se le asignara personal. Hasta ese momento, pues, Juan Hernández no había despertado el interés de las autoridades militares, ni para bien ni para mal, pero el episodio ocurrido en la pensión con Navío iba a cambiar esa situación, tanto en la delegación como en la sección del capitán. Para eso había sido elaborada una historia sobre su personaje y se le había dado toda la cobertura necesaria, desde papeles falsos que daban cuenta de su actividad militar en Zaragoza hasta partes médicos que confirmaban sus problemas de salud, además del informe militar que le otorgaba la baja definitiva del Ejército. A partir de ahora, todo ese trabajo, llevado a cabo en Barcelona durante semanas a partir de papeles requisados a prisioneros nacionales, iba a ponerse a prueba.

Frederika estuvo nerviosa toda la tarde. Benítez había sugerido la idea de subir con ella a la habitación y ella no se había negado. Él la miraba con fascinación. No solo le parecía bella, también una criatura extraña por su imprevista humanidad. Él se sentó en la silla del escritorio que había en la estancia. Desde allí veía la calle. Todavía era de día y había mucha actividad en la plaza y en la avenida frente al hotel. Frederika se había encerrado en el baño para darse una ducha. Era inconcebible, casi inaceptable, que él estuviera allí en ese momento. Días atrás así lo hubiera creído. Pero el estado de su relación con ella convertía ahora aquella situación en algo que se le antojaba natural.

Probablemente muchos de sus colegas no lo hubieran entendido. Él había creído observar que Frederika necesitaba algo más que un ayudante en asuntos de Estado, acaso un amigo, un soporte, porque de otro modo parecía que ella podía perderse, ahogarse en lo que a Benítez le parecían signos claros de una amargura que no comprendía.

Ella salió del baño con un salto de cama de seda roja que se ceñía a su cuerpo y caía hasta los pies. Iba descalza. Parecía estar ahora de buen humor.

Extrajo varios vestidos de noche y se los mostró a Benítez.

—¿Qué le parecen? ¿Cuál es, según un caballero español, el más adecuado? ¿Qué se lleva ahora por aquí, además del caqui? ¿Entiende usted de moda?

—No mucho. Cualquiera de ellos le sentará bien, sin duda es usted una mujer agraciada.

—Qué encantador es usted conmigo. Me pregunto por qué.

Se acercó a él y se quedó de pie mirándolo. Benítez, que permanecía sentado, se sonrojó. A menudo, ante el teniente, ella lanzaba frases al vuelo que quedaban irresueltas y revoloteaban un rato a su alrededor como un entretenimiento estimulante, como un grato acertijo cuyo enigma estaba en ellas mismas, hasta extinguirse lentamente, dejando de la situación que las creaba algo como el aroma que dejaría el humo de un cigarrillo. Pero otras veces, como ahora, pronunciaba repentinamente cuestiones que esperaban una réplica, y ello se notaba sin excepción. Ella tenía la virtud de hacerse entender a más de un nivel, a través del intelecto y del instinto simultáneamente, lanzando al mismo tiempo consignas que podían ser distintas, en ocasiones contradictorias.

—¿Por qué es tan encantador conmigo? —insistió ella.

—Usted me cae bien, Frederika —dijo él.

—Usted también a mí, Iván. —Ya hacía algunos días que se trataban por su nombre de pila en situaciones de mayor intimidad. Ella se puso frente al espejo para ver cómo le quedaban los vestidos—. Hemos hecho buenas migas, ¿verdad? No sé qué habría sido de mí sin su ayuda estos días. Ha tenido que aguantar bastantes estupideces por mi parte. Le prometo que eso se ha

terminado. Ya es hora de trabajar.

—Me alegra oírlo, y me gusta verla tan animada. Estábamos preocupados por usted. En cuanto esté lista, prepararemos el encuentro de esta noche. Creo que le interesará que le anticipe algunos datos. El coronel Gil...

—¿Le gusta su trabajo, Iván? —le cortó ella. La pregunta le pilló por sorpresa—. ¿Es usted militar de carrera?

—Me alisté en cuanto estalló la guerra.

—De modo que sus convicciones son firmes. Sabe lo que hace y por qué lo hace.

—Más o menos. Creo que este país se encontraba en estado de caos y que ahora necesita que alguien le ponga orden.

—No solo lo cree, participa de ello en cuerpo y alma.

—Supongo que sí. ¿No es eso lo que debería hacer?

—¿Dónde queda entonces su vida privada? No se puede entregar todo a una idea o a una patria. ¿No tiene novia, Iván?

El teniente, que no esperaba preguntas tan personales, balbuceó al principio. Frederika se rio.

—Pretendía a una joven —contestó el teniente con ligera timidez—. No la he visto desde hace meses.

—¿A qué se dedicaba antes?

—Soy contable. Trabajaba en una carpintería, en Segovia. Hacíamos muebles. Esa chica trabajaba también allí. Supongo que lo hace todavía.

Se quedó pensativo durante unos instantes recordando aquellos días hacía menos de un año.

—¿Cree que lo que hacemos usted y yo aquí en San Sebastián para ganar esta guerra es más importante que esa chica? —dijo Frederika.

—Sí, sí lo creo. Sí en este momento. La vida de millones de personas depende de nosotros, del trabajo de cada uno de los soldados que están en el frente luchando y muriendo.

Ella parecía ahora triste. Sus párpados se mostraban pesados y sus ojos y sus labios hinchados como si hubiera llorado o estuviera a punto de hacerlo. Un momento después, sin embargo, aquel aire pasó, como si solo hubiera sido un espejismo

—Dígame —dijo ella con tono más animado—. ¿Es muy grave que un civil agreda a un oficial? ¿Qué castigo puede acarrear?

El teniente empezaba a acostumbrarse a aquellos repentinos cambios de conversación y de ánimo.

—Es sumamente grave, por supuesto. El castigo depende de muchos factores. Del rango del oficial, de las circunstancias del caso..., en la peor de las situaciones puede suponer una sentencia de muerte.

—Eso pensaba.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Simple interés profesional. En Alemania, actualmente, a pesar de estar en tiempo de paz, desobedecer a un superior puede terminar en un fusilamiento. La objeción de conciencia ha desaparecido del código militar y un comportamiento entendido como lógico por el sentido común puede interpretarse fácilmente como un acto de cobardía penado con la muerte. No hay términos medios, es sí o no, blanco o negro, culpable o inocente, amigo o enemigo. Esa doctrina que ha adoptado mi Gobierno contradice la esencia de mi trabajo como negociadora, donde los matices son fundamentales. Me piden que sea drástica y tajante, y no sé si sabré serlo.

—Es usted una mujer muy capaz.

—¿Usted cree? ¿Cuántos días llevo aquí? Ya he perdido la cuenta. Y mis progresos son nulos. —Benítez no dijo nada. Ella pareció arrepentirse de sus palabras—: No sé por qué le cuento esto.

—Me gusta que confíe en mí —se apresuró a decir él—, más allá incluso de cuestiones de trabajo. Entiendo que se encuentra usted lejos de su hogar, en un país que está patas arriba y que eso puede hacer que se sienta un poco sola. Lo que no comprendo es cómo su Gobierno no ha enviado con usted a un equipo de asistentes, o a personal de la embajada; la han dejado a su suerte con todo el peso del trabajo.

—Alemania le da una importancia relativa a mi cometido aquí.

—Aun así.

Frederika escogió un vestido azul marino largo y ligeramente ceñido al busto y a la cintura. Se dirigió al baño para vestirse.

—Solo tardaré unos minutos —dijo. Benítez se encendió un cigarrillo y examinó la habitación. Frederika le habló desde el baño —: ¿Puede prepararme una copa, por favor? Hay jerez en el mueble bar. Y prepárese usted otra.

Frederika se vistió deprisa. Se recogió el pelo haciendo con él una espiral por encima del cogote. Se puso luego unas gotas de perfume francés. Tardó unos veinte minutos en estar lista. Cuando salió, Benítez estaba bebiendo una copita de jerez y la aguardaba con otra para ella.

—Está muy guapa.

—Gracias, querido Iván. Es usted muy galante, como siempre. ¿Me ofrece un cigarrillo? —Benítez sacó su pitillera—. Ese tal Hernández —dijo ella mientras fumaba— es un dibujante aceptable. Además, hace películas, o eso dice. ¿Le conoce?

—Eso mismo iba a preguntarle a usted —dijo Benítez intrigado.

—He topado con él casualmente esta mañana. Es un hombre atípico, está un poco loco, pero es un conversador ameno y, en el fondo, bastante lúcido. Los rojos mataron a su hermano y tuvo que huir de Cataluña. Ha tenido la gentileza de invitarme a comer. ¿Debí rechazar la oferta? ¿Es eso poco aconsejable aquí para una dama?

—Depende de las circunstancias, pero, generalmente, no es adecuado aceptar la invitación de un desconocido.

—Eso me temía. ¿Qué sabe de él?

—Poca cosa. Acaba de llegar a la ciudad.

—¿Antes de hoy había oído hablar de él?

—No.

Frederika terminó su copa en un par de largos tragos. Benítez la observaba. A ratos parecía una actriz actuando en una película americana, o así es como quería verla. Sus altibajos le traían loco y amenazaban con agrietar su porte marcial. Cuando terminó de beber, sus mejillas enrojecieron. La encontraba tan bonita, tan diferente, que a veces le costaba contener el impulso de acercarse a

ella y declararle su amor.

7

Irrumpió en la fiesta con su vestido de noche azul oscuro que resaltaba sus ojos. Su belleza asombró a todos los presentes cuando penetró en el salón principal del edificio de la delegación y en un instante desapareció el malestar que todavía pudiera quedar en el ánimo de los militares por su conducta esquiva durante la semana. El edificio, de noche, era un poco tétrico, como sacado de una novela victoriana, más aún con las restricciones de suministro eléctrico, pero tenía unos salones amplios y majestuosos. La guerra no lo había tratado bien, pero, en los meses que Gil llevaba al mando, había conseguido adecentar una parte del mismo, en especial el primer piso, donde se instalaron los despachos, y un ala de la planta baja, donde se habían limpiado y arreglado dos salones que se empleaban como salas de reuniones y en los que se oficiaban fiestas como la de esa noche. La primera vez que estuvo en él, le pareció un lugar sombrío, pero ahora, con la luz de las arañas del techo, con las alfombras y las cortinas desplegadas, los candelabros encendidos, el perfume de la cera y la música de guitarras y palmas que interpretaba un trío de músicos desde un rincón, con los oficiales con sus trajes de gala y sus damas vestidas de largo que al verla se inclinaban en una reverencia, aquel lugar le pareció de una elegancia casi irreal, fuera de lugar en medio de la miseria. Benítez iba a su lado, aunque cuando cruzaron el umbral del salón se alejó un metro de ella, pues, desde ese instante, asumía que su puesto iba a ser el de un mero secundario. El coronel Gil se acercó inmediatamente a ella y le cedió el brazo, situándose como anfitrión. En la fiesta había oficiales de muy alto rango. Había también, como parte de un séquito, un grupo de religiosos encabezado por el mismísimo obispo de San Sebastián y compuesto por miembros de su diócesis, al que guiaba un capellán

castrense con galones. Eran solo una parte de los invitados. Tal como el coronel Gil ya había anticipado a Frederika, a las fiestas de ese tipo se solía traer también a artistas e intelectuales, todos ellos afines al nuevo régimen. Formaba parte de un plan de normalización social y cultural que la comisión había puesto en marcha en las ciudades más importantes bajo su control, aunque, en realidad, únicamente en San Sebastián se estaba implementando de un modo organizado, en parte por el sustrato que la ciudad tenía ya tradicionalmente en ese sentido, favorecido por su ubicación, y en parte por un empeño propio del coronel Gil, un hombre inclinado naturalmente a lo artístico y que, además, había encontrado en ese círculo un pintoresco grupo de adeptos que le adulaban y reforzaban su posición de reyezuelo en su territorio en lo referente a asuntos culturales. Los mandos nacionales querían lanzar el mensaje de que el nuevo Gobierno no era solo un cuerpo militar para la guerra, también sabía gestionar la paz y la vida civil. El mundo de la cultura era, en este sentido, un sector que a la larga tenía que ser estratégico, y San Sebastián se convirtió en la práctica en banco de pruebas de esa normalización. De ese modo, el coronel Gil tenía instrucciones directas de activar teatros, cines, revistas y toda aquella actividad orientada a entretener a una población que debía mirar a un futuro bajo un nuevo orden, con nuevas reglas que iban a filtrarse a todos los ámbitos de la vida. Escuelas de música, auditorios, galerías de arte, todo debía volver a la normalidad en la medida de lo posible, pero ahora sometido a un estricto control por parte de la autoridad. La cercanía de la ciudad a Francia y la calma relativa que rápidamente se instaló en ella una vez ocupada, sumado a un clima más cosmopolita y tolerante que en la mayoría de las ciudades fascistas, donde se había implementado el estricto control moral, funcionó como polo de atracción de compañías teatrales, pintores y músicos, que hasta entonces habían vagado desperdigados y escondidos huyendo del conflicto. En las grandes ciudades muchos artistas e intelectuales se habían significado políticamente, lo cual muchas veces había sellado su destino. Pero había un buen número de artistas anónimos, principalmente actores de pequeñas compañías,

cantantes de variedades, gentes de la farándula, que vagaban por pueblos y ciudades de provincias, bastante más pobres que sus homólogos urbanos y cuya necesidad de ganarse el pan se anteponía de largo a sus convicciones políticas, con lo cual no podían permitirse tener afinidades en ese sentido y no tuvieron más remedio que simpatizar con el Gobierno del territorio en el que les pilló la guerra. Una vez iniciado el conflicto, terminaron dirigiéndose a las ciudades más grandes en busca de refugio y del modo de ganarse la vida, y uno de sus principales destinos en territorio fascista era San Sebastián. Entre todos, nutrieron la ciudad de un variopinto ambiente artístico, todavía poco intervenido por corrientes ultramoralizantes. Funcionaban con relativa regularidad en la ciudad varios teatros de variedades, aunque solo ofrecían, salvo excepciones autorizadas, sesiones de tarde debido al toque de queda. Permanecían abiertas media docena de galerías de arte, que se ganaban relativamente bien la vida gracias a los ciudadanos franceses que, habiendo cesado los combates en la zona, cruzaban nuevamente la frontera en busca de saldos. La mayor parte de las escuelas de música o de arte seguían funcionando. Los fondos con que contaba el departamento para su tarea dinamizadora eran prácticamente nulos, pero San Sebastián era en ese momento casi el único lugar de la España fascista donde un actor o un músico podía encontrar trabajo, y donde un pintor podía llegar a vender alguna tela. Oficialmente, el gestor de la suerte de aquel nutrido grupo de artistas era el coronel Gil, ellos eran los súbditos preferentes de su virreinato. Las buenas influencias en la delegación eran decisivas para que una galería de arte no fuera clausurada, para que un teatro pudiera seguir programando o para que un actor pudiera encontrar empleo y no ser enviado al frente. Gil y los suyos campaban a sus anchas por aquel ambiente y habían conseguido corromperlo hasta los huesos. Los beneficios que obtuvieron trascendían lo económico. Con el tiempo, se creó una corte de favoritos que participaban de ello, bien forzados por un instinto propio de supervivencia, bien por una genuina afinidad política con el régimen. Además de obtener trabajo con facilidad o ver sus obras promocionadas, los miembros

de la corte estaban invitados a las fiestas como parte del decorado y a menudo actuaban en ellas por unos pocos reales. Uno de los máximos favoritos del coronel Gil era Honorio Lucero, especializado en tareas de informador y situado oficiosamente en un cargo jerárquico relevante. Por contra, los que no convergían con el grupo y con los nuevos aires imperantes, o los que simplemente no se mostraban suficientemente aduladores o no caían en gracia, estaban condenados, como poco, a la marginación absoluta, sin ninguna opción de trabajar. El miedo fue el arma más eficaz. De facto, estaba en marcha una purga tan severa como la que se estaba llevando a cabo con los maestros, y más efectiva y mucho más fácil de implementar.

Esa noche la representación de artistas era considerable, Gil se había preocupado de ello con la intención de complacer a su invitada. Había una decena de actrices y coristas de buen ver, jóvenes, bonitas y espléndidamente vestidas, aunque con un recato fuera de toda censura. Había también actores y un grupo cuantioso de pintores, poetas y escritores, todos ellos fascistas convencidos, al menos así se manifestaban. Estos llevaban trajes más o menos elegantes. Había asimismo un puñado de galeristas y propietarios de teatros y locales donde se programaban actuaciones musicales o teatrales. Su afinidad con el nuevo orden era, también, incuestionable. Eran, en el fondo, empresarios del régimen, potentados locales favorecidos por el nuevo Gobierno, con intereses que iban más allá de lo artístico.

Frederika Heinz, acompañada del coronel Gil, fue presentada a algunos de aquellos personajes, los que el coronel consideró más relevantes. Empezó por los militares, de mayor a menor rango. Luego saludó a los empresarios y terminó con los artistas, aquellos de más fama. Escritores, articulistas, periodistas, algunos de ellos de cierto renombre ya antes de la guerra. Pintores, poetas, músicos. Frederika reconoció a un hombre, al principio no supo dónde le había visto, pero cuando le dio la mano y se quedó mudo, pasmado por su belleza, recordó que se había cruzado con él esa tarde en la taberna de la pensión La Cordobesa. Junto a Honorio Lucero había otra persona que le daba la espalda. Formaba parte de un grupo de

artistas de menor rango que ya no le iban a ser presentados. Eran todos jóvenes y entre ellos había algunas mujeres que destacaban por su alegre conversación. El hombre que estaba de espaldas hablaba en ese momento con una chica muy joven que tenía una risa parecida a un rebuzno. Era el único al cual Frederika no veía la cara. La chica que hablaba con él se percató de la presencia del séquito oficial y se calló de inmediato, al tiempo que hacía un gesto al grupo. El hombre se dio entonces la vuelta y Frederika se encontró de frente con él. Era Juan Hernández.

8

Unas cuatro horas antes de la fiesta, el capitán Navío abandonaba la habitación de Mastreta dejándole inconsciente en su cama. Tardó veinte minutos en salir por completo de su aturdimiento. Creyó que como resultado de la paliza había quedado seriamente herido. Durante un rato no fue capaz de moverse. Consiguió sentarse en la cama. Le temblaban las piernas y el dolor en el pecho era intenso. Descubrió, sin embargo, que, si era capaz de aguantar el dolor, no tenía en realidad problemas para moverse. Se puso en pie con más facilidad de la que esperaba. Se miró en el espejo. Tenía un corte en el labio, otro en la mejilla izquierda y un golpe en el pómulo derecho, nada más. Se abrió la camisa y examinó su torso. Podía contarse una decena de cardenales, algunos grandes como la palma de la mano. Descubrió que le dolía el pecho al inclinarse y al tomar aire. Temió que tuviera alguna costilla rota. Exploró su dolor para averiguar si era posible que tuviera dañado algún órgano interno.

Se cambió de ropa y su aspecto mejoró. Aunque se movía con lentitud, su apariencia era pasable y no llamaba especialmente la atención. Salió de la habitación. Iba con una chaqueta y una corbata nuevas y se puso el único sombrero que tenía. Matizó así su aspecto, pasó de bohemio a parecer un hombre casi normal. Bajo el brazo llevaba una carpeta con algunos de sus dibujos. Avanzó por el pasillo lentamente y bajó las escaleras como si evitara pisar huevos, esquivando así en parte sus dolores. Pudo permitirse hacerlo ya que no había nadie mirándole. Al entrar en la taberna, sin embargo, tuvo que hacer de tripas corazón. Se acercó a la mesa donde, como era habitual, estaba Honorio Lucero.

—¿Ha visto mis dibujos? —dijo Mastreta de repente. Lucero leía el periódico, no se había percatado de la presencia de Mastreta

y se sorprendió al oír de pronto una voz tan cerca de él. Levantó la cabeza y le miró. Mastreta no le dio tiempo a reaccionar—. La señorita Heinz, la joven alemana que estaba este mediodía conmigo, ha comprado cinco dibujos tamaño cuartilla. Dice que son muy interesantes. ¿Quiere verlos?

Tuvo desde ese momento toda la atención de Lucero. El hombre fingió interesarse por las cuartillas que Mastreta llevaba y le invitó a sentarse. Pidió brandi para los dos. Era un hombre atractivo y se decía que tenía éxito con las mujeres. A Mastreta, en cambio, le pareció patán y superficial, aunque era evidente que su posición de privilegio en relación con la autoridad del régimen le facilitaba mucho las cosas a la hora de hacer sus conquistas femeninas. La conversación se fue rápidamente hacia la señorita Heinz. Mastreta le informó de que se trataba de una importante delegada del Gobierno alemán que estaba en San Sebastián para desarrollar las buenas relaciones entre ambos regímenes fascistas. Se vio obligado a dar una versión de los hechos de aquella tarde en su habitación, pues los rumores del incidente habían corrido por toda la pensión. Mastreta ya había pensado en eso y elaboró un relato procurando ser benévolo con todos los participantes en aquel vodevil, incluso con el capitán.

—El capitán Navío, por lo visto, pretende a la dama alemana y se ha sentido ofendido cuando ha sabido que ella estaba a solas conmigo en mi habitación. El carácter militar entiende poco de esas pequeñas libertades morales de que gozamos los artistas, ¿no le parece? —Lucero murmuró algo ininteligible y animó a Mastreta a seguir—: No es censurable, pues, que el capitán irrumpiera en el cuarto con el fin de velar por el buen nombre de la dama. El hombre no sabía que ella estaba allí simplemente en calidad de mecenas, comprando algunos de mis garabatos.

—Conozco bien al capitán. Y conozco de sobra su arrogancia.

—La cuestión es que la discusión fue a más y se agravó con malentendidos inoportunos y con la tozudez de ambos, y el capitán terminó por excederse en su cometido de galán. La llegada de un teniente puso fin al entuerto, que ahí se quedó. Yo me disculpé con el capitán sin obtener a cambio ni una palabra, pero eso no es cosa

que a un artista le importe. Él quedó satisfecho y yo también.

—Se dice que golpeó usted al capitán —dijo Lucero.

—Ligeramente, pero no crea, él se desquitó plenamente. —Lucero observó las heridas en su cara. No parecía muy convencido de la explicación—. Le aseguro —siguió Mastreta— que, de no quedar el capitán satisfecho, ahora mismo el que le habla no estaría aquí presente, sino más bien cagado de miedo en una celda del cuartel general. Debo decir que la dama alemana intercedió amablemente en mi favor. —A Lucero aquello le pareció que tenía sentido—. Hoy se da una fiesta en su honor —concluyó.

—Lo sé, lo sé.

—Si le apetece conocerla, ese es un buen momento.

—No se crea, Hernández, en esas fiestas hay generales, coroneles y una lista interminable de potentados. ¡Ni siquiera podré acercarme a ella! A una mujer como esa la encerrarán en un círculo y no la soltarán en toda la velada. No sabe cómo son esos militares. Ahora mismo, se creen dioses. Bueno, ya conoce al capitán Navío.

—La dama y yo hemos hecho hoy buenas migas, nos hemos divertido bastante.

—Eso me han dicho.

—Es una lástima, yo podría presentársela sin ningún problema. Si me viera en la fiesta, seguro que me prestaría su atención. Lo malo es que no estoy invitado.

Lucero le dijo que eso no era un obstáculo. A menos, indicó, que el asunto con el capitán Navío estuviera aún vigente. Mastreta le aseguró que se había zanjado y que, en cualquier caso, era un asunto entre ellos dos. Lucero receló. No lo dijo, pero era evidente que no quería meterse en líos con los militares, su situación era ahora inmejorable.

—Le he dicho que usted era pintor —dijo Mastreta de pronto.

—¿Cómo?

—A la señorita Heinz. Me ha preguntado quién era usted. Le he dicho que era bastante bueno con el pincel. Aunque, señor Lucero, lo cierto es que no he visto ninguna obra suya. ¿He hecho bien?

—Sí, sí. Ha hecho bien, se lo agradezco. ¿Qué más le ha dicho?

—No mucho, simplemente ha sonreído, y creo que ha vuelto la cabeza hacia la puerta para verle otra vez.

Lucero dudaba y buscó argumentos para decidirse. Cayó en la cuenta de que no sabía demasiado de Juan Hernández, así que le sometió a un mal disimulado interrogatorio. Mastreta repitió su historia: hermano muerto en Barcelona a manos de milicianos anarquistas; perseguido en zona republicana, donde se puso precio a su cabeza; huida a Francia y regreso para combatir en Zaragoza; enfermo de asma, apartado como consecuencia a San Sebastián... Honorio Lucero había perdido también a un primo hermano en el frente aragonés. Hablaron de la guerra y del frente mientras tomaban un segundo brandi y, una hora después, Mastreta había conseguido garantías por parte de Honorio Lucero de que su nombre figuraría en la lista de invitados a la fiesta en honor a Frederika Heinz.

Las dos horas anteriores a la fiesta Mastreta las pasó en casa de Patricia Rulfo, a pesar de que habían decidido que él nunca se dejaría ver por allí. Mastreta interpretó que la situación lo requería y tomó extremas precauciones antes de llamar. Ella le puso compresas frías en las partes más hinchadas del cuerpo y le dejó dormir durante un rato. Se fue a la farmacia y compró un frasco con unos polvos contra el dolor. A ella le iban muy bien cuando le dolían las rodillas. Cuando faltaba poco para salir, le despertó y le ayudó a vestirse.

—Si yo no fuera tan mayor... —dijo—. ¿Le duele mucho?

—Menos. El brebaje funciona. La costilla es lo que me está matando. Si hago un gesto brusco en ese lado, se me corta la respiración del dolor.

—¿Ya sabe lo que hace? —dijo Patricia.

—No. Sanz se enfadaba conmigo cuando improvisaba.

—Pues siga sus consejos. Preparemos un plan.

—No se me da muy bien. El experto en eso era él.

—Sin embargo, lo ha conseguido —dijo ella enérgicamente—. La ha conocido. Y ella sabe que está en deuda con usted.

—Ella no piensa en esos términos, ninguno de nosotros debería pensar de ese modo, jugamos en otro campo y con otras reglas. Su reacción ha sido brillante. Se ha librado de mí sin mover un dedo.

—Disculpe el lenguaje, pero, ¡vaya zorra!

—Lo que no entiendo es... —dijo Mastreta reflexivo— ¿por qué huía esta mañana del tal Benítez? Él es su ayudante aquí. ¿Por qué se ha prestado a pasar la tarde conmigo?

—Quizá le gusta usted.

—Hay algo raro en todo esto. Y solo hay un lugar donde puedo obtener información.

—En su hotel.

Mastreta la miró. La actitud de Patricia escondía algo.

—Y usted, ¿qué está pensando, loca? —dijo Mastreta—. No voy a permitir que se cuele allí. De ningún modo.

—¿Por qué no? No hay ningún peligro. Ella estará en la fiesta. Nadie va a entrar en esa habitación durante ese rato. Es el momento perfecto.

—Patricia —él levantó la voz—, no tiene las condiciones ni la experiencia para algo así. Quíteselo de la cabeza.

—¡De acuerdo! No se altere o le dolerán más las costillas.

—Júreme que no lo hará.

—Lo juro. —Mastreta indagó en sus ojos. Ella se rio de él—. Ande, termine de vestirse usted solito. Ya le he tocado demasiado. Ya tengo una edad, pero sigo siendo una mujer. Cuando esté listo venga a la mesa, intentaremos entre los dos trazar un plan para esta noche. Luego, si quiere, se lo salta a la torera. Eso es cosa tuya, yo ya recogeré lo que quede de usted.

9

Entre otras muchas cosas, Frederika había sido entrenada en Alemania para no mostrar sus reacciones. Cuando se vio frente a Juan Hernández, nada en su rostro denotó su desconcierto. Lo saludó con un gesto de cabeza. Luego se apartó del grupo conducida por el coronel Gil. Por dentro le dio un salto el corazón y en su mente se acumularon los interrogantes. Juan Hernández aparecía de nuevo con su aire de despreocupación. Le había guiñado un ojo sin que nadie le viera, fue lo mismo que había hecho en la habitación de la pensión.

Los militares la tuvieron ocupada durante un buen rato. Se turnaban para traerle champán francés y canapés. Aparentemente era una fiesta muy lujosa, aunque, a decir verdad, no había sido costosa en absoluto. En esos momentos, tan cerca de la frontera francesa, era más barato el espumoso francés que el español, y la mayoría de las botellas procedían de partidas confiscadas en la frontera. En cuanto a la comida, Gil había hecho su negocio habitual con uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Su dueño apenas cubría costes con aquellas fiestas, pero se ganaba el favor de quienes, a la postre, frecuentarían a menudo su local dejando importantes beneficios.

La conversación fue ligera y divertida, a la par que correcta y galante, en algún momento se habló de la marcha de la guerra en términos de máximo optimismo. Frederika se movió en ese ambiente como pez en el agua mostrando interés por lo que se hablaba y dejando ver a los presentes un conocimiento remarcable de tales asuntos, si bien no excesivo para no sacar a nadie de su papel. Le parecieron todos muy caballerosos, más de lo que había creído. También sus esposas eran damas cultas en extremo. Una de ellas se acercó a Frederika para conversar. En un momento dado de

la charla, la mujer mencionó a un tal capitán Navío y la previno sobre él. Era arrogante y su reputación dejaba mucho que desear. Por fortuna, decía la dama, parecía estar ausente.

Mastreta hizo caso omiso de la presencia de Frederika. Si no hubiera sido por el dolor que le pinchaba en el costado, lo habría pasado francamente bien. Se unió a un grupo de bailarinas y actores que sabían divertirse. Conocían chistes picantes y Mastreta añadió unos cuantos más picantes todavía que había aprendido en el barrio chino de Barcelona. Estaba en un ambiente que conocía bien, había sido el suyo años atrás. Los artistas eran iguales en todas partes, tenían la misma insensatez, la misma despreocupación, y en algún momento olvidaban que había límites y normas que no era aconsejable traspasar. Una muchacha de unos veinte años, que apenas había hablado, no le quitaba el ojo de encima. Mastreta la había visto antes hablando brevemente con el coronel Gil, lo cual la puso automáticamente en su punto de mira. Llevaba una especie de capa oscura sobre un vestido largo y holgado. Tenía el cabello negro y lo llevaba recogido. Era guapa, aunque a primera vista no tanto como las otras. En cambio, sus ojos rasgados desprendían una mezcla de candidez y picardía, y había una elegancia en sus gestos que no parecía aprendida. Mastreta la catalogó como la chica más interesante del grupo. Se produjo una breve pausa en la conversación y él la aprovechó para acercarse a ella.

—Es usted muy fotogénica.

—¿Qué significa eso? Suena bien —replicó con una voz de terciopelo que no tenía que ver con su aspecto.

—Que es grato mirarla. Si me permite que se lo diga. Perdóneme el atrevimiento, puede que haya bebido demasiado.

—¿Me invita a un cigarrillo?

Encendió también uno para él. En la sala había una decena de parejas bailando y al sonar las notas de un pasodoble, se animaron muchas más.

—Usted es dibujante, ¿verdad?

—Entre otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—Hago películas.

—¿Busca una actriz?

—No tengo dinero.

—Pero aquí está, ¿no?

Tenía encanto, cuanto más hablaba, más se aniñaba su voz, más abría los ojos, más cerca estaba de Mastreta.

—¿Quiere bailar? —dijo de súbito, pues ya hacía rato que se mecía al son de la música.

Se quitó la capa y se unieron a los bailarines.

—Quizá sí pueda serme usted útil —dijo Mastreta.

—¿Hay dinero de por medio?

—Ya le he dicho que no tengo dinero.

—Son tiempos difíciles para una chica lejos de su ciudad. Tengo unas cuantas ocupaciones para ganarme la vida. —Mastreta arqueó visiblemente las cejas. Ella se apresuró a añadir airada—: Todas ellas decentes.

—¿De dónde es usted?

—De Valencia. Ante todo, soy cantante, pero no abunda el empleo en estos tiempos. Y una chica tiene que vivir. —Él asintió comprensivo—. Así que bailo en una obra, en el teatro Bellas Artes. También friego suelos, zurzo calcetines y no digo que no a ofertas de trabajo dignas, por variadas que sean.

—¿Ha posado alguna vez?

Ella le lanzó una mirada pícara. Mastreta era un bailarín aceptable, pero ella era una virtuosa, se conjuntó con él de tal modo que siempre la tenía en el lugar adecuado, como si se anticipara a su guiado, y era tan hábil que le dejaba ver sus ojos a su conveniencia, y rozaba su pecho con el de él cuando le parecía oportuno, de acuerdo al ligero coqueteo que habían iniciado ambos.

—Soy buena posando, no me canso, tengo una paciencia infinita, y mientras me dibuja puedo incluso cantarle una canción, aunque eso es un poco más caro.

Mastreta volvió a arquear las cejas. Ella casi levitaba alrededor de él, y era tan suave manejarla que la apretaba contra sí porque temía que saliera despedida, con lo que su baile rozaba lo

indecoroso.

—¿Por qué se ha fijado en mí? Hay chicas muy guapas en la fiesta.

—No lo sé, quizá pueda decírselo cuando termine su retrato.

—Las chicas que se dedican a eso en mi ciudad —le dijo ella al oído— no tienen muy buena fama. Para mí es un trabajo a elogiar, me gusta ser inmortal.

—No soy tan buen dibujante.

—Pero está aquí, ¿no? —repitió ella.

Bailaban tan bien que Mastreta empezó a preocuparse por hacerse ver demasiado. A su alrededor centraban la atención de quienes se dedicaban a mirar a los bailarines. La condujo a una esquina del salón. Fue la primera vez que sintió una ligera resistencia en el cuerpo de ella. Aun así, se quedaron allí, bailando en un espacio pequeño y apartado de las miradas.

—¿Puedo contar con usted, pues?

—Muchas damas no lo considerarían un trabajo muy decente. Pero, en realidad, sí lo es tal como yo lo hago —se justificó ella.

—¿Y cómo es eso?

—Vestida de arriba abajo. —Él se rio hasta que le rabió el costado y la risa terminó abruptamente en un quejido. Era graciosa, y era sin duda una chica despabilada y con las ideas muy claras. Le cayó bien de inmediato. Ella apostilló—: Soy bastante cara.

—Ya lo temía.

—Diez pesetas por hora.

—¿Cuánto? —se alarmó él.

—Cinco.

—Dos.

—Ni hablar —dijo otra vez airada.

Terminó el pasodoble y la sala se llenó de aplausos. Ella le lanzó una mirada y Mastreta la siguió. Tenía los hombros redondos y la piel morena. Cuando se hubo apartado unos metros de la zona de baile, se volvió y se puso frente él con decisión esperando una mejor oferta.

—Está bien. Tres por toda la sesión —dijo Mastreta

tendiéndole la mano—. ¿Lo zanjamos ahí?

—Por toda la sesión se lo dejo en... cuatro pesetas. —Ella le tomó la mano sin darle tiempo a negarse—. ¿Cuándo empiezo? ¿Mañana? Creo que cantaré para usted por el mismo precio.

Mastreta asintió, actuó por instinto una vez más. No tenía ni idea de a dónde podía llevarle aquel contacto, posiblemente a ninguna parte; que la hubiera visto con Gil no tenía que significar nada, pero dados los pocos progresos que estaba haciendo, no podía dejar pasar ninguna oportunidad, por improbable que fuera. En ese momento alguien tocó su espalda. Al volverse se encontró con Honorio Lucero, que tenía ojos de angustia. Hacía una hora que la fiesta había empezado y se había olvidado por completo de él. Lucero le hizo una señal para que le siguiera. Antes, Mastreta susurró algo a la joven de los ojos rasgados.

—¿Cómo se llama?

—Inés.

—Venga mañana al mediodía. Vivo en...

—Ya sé dónde vive y cómo se llama.

Se fue con Lucero, quien estaba nervioso como si le corriera electricidad por dentro.

—Amigo Hernández —dijo—, tal como predije, esa mujer resulta completamente inaccesible. Creo que me vendría muy bien su ayuda en este momento. —Mastreta observó la situación mientras Lucero le hablaba—. El coronel Gil está con unos generales. La dama va a quedarse con dos capitanes. Nada que su amistad con ella no pueda superar. Este es el momento. Esos capitanes me echarían a patadas de allí si intentara hablar con ella, pero no a un amigo como usted. Solo le pido que me la presente.

Sintió que su pulso se aceleraba. Le dolía el cuerpo ahora más que en toda la noche, la sangre le palpitaba en cada cardenal y en cada hinchazón. Se acercó al grupo y Lucero se quedó atrás expectante. Ella no se había percatado de su movimiento, pero su voz no la sobresaltó. Era como si hubiera estado esperando aquel momento toda la noche.

—Buenas noches, señorita Heinz. Estaba ansioso por volver a verla.

—Buenas noches.

—¿Nos disculpan? —dijo Mastreta dirigiéndose a los militares —. La señorita y yo somos buenos amigos.

Los dos militares miraron a Frederika buscando su confirmación. Ella les sonrió, les dio las gracias por su compañía y se dejó llevar por Mastreta. Este la condujo a un rincón de la sala.

—Se dejó los dibujos que compró esta tarde. Ya que los pagó no me parece justo que no los tenga usted. Los he traído conmigo. Están en el guardarropa. Cuando se marche, pídalos y se los darán. Así no tendremos que volver a vernos.

—El capitán Navío no ha venido a la fiesta. En cambio, usted sí. Tengo curiosidad por saber cómo se resolvió el asunto.

—¿El asunto? ¿Se refiere al momento en que la han llamado puta y yo he intercedido para defender su honor y usted me ha abandonado en manos de un mequetrefe para que me diera una paliza salvaje? Debería mejorar su conocimiento del vocabulario español y sus sutilezas. —Ella no dijo nada. Bajó la mirada e hizo ademán de marcharse. Mastreta la detuvo cogiéndole el brazo—. Sé por qué me abandonó —susurró—. Ha sido el beso. Se ha sentido ofendida. ¿No es así?

—No quiero seguir hablando con usted.

—Me han roto una costilla, ¿sabe? O eso creo. Pero he querido venir aquí igualmente.

—Está usted medio loco. ¿Para qué ha venido? Dígame, ¿para qué?

—No lo sé, no he podido evitarlo.

Frederika le miró a los ojos. Trató de calmarse.

—¿De verdad le han roto una costilla? —Rebajó el tono.

—Supongo que no, pero casi. Mi cuerpo parece un saco de patatas. —Ella se rio, él quiso unirse, pero un pinchazo en el costado le paró en seco una vez más—. No me haga reír, ¿quiere? El dolor me mata.

—Lo tenía merecido.

—También merezco que me dé las gracias.

En ese momento, Honorio Lucero se acercó a ellos. Venía dubitativo y no podía quitar los ojos de Frederika.

—Hola —saludó.

—Ah, hola, señor Lucero, ahora le hablaba a la señorita Heinz de usted. —Y se dirigió a ella—: Señorita, este es Honorio Lucero. Pintor y un hombre importante del mundo del arte aquí en San Sebastián.

Lucero le besó la mano y dijo algo en alemán.

—No se preocupe —replicó Frederika—. Hablo perfectamente su idioma.

—Ha sido un placer volver a hablar con usted, señorita —dijo Mastreta—. Vuelvo con los míos, los pequeños artistas, los faranduleros de poca monta.

Frederika le observó alejarse evitando mostrar, una vez más, su desconcierto.

10

El hotel donde se alojaba Frederika Heinz era relativamente accesible en primavera, incluso en aquellos convulsos días. En recepción, los empleados tenían órdenes de detener a todo aquel que no estuviera identificado como huésped. Además, había siempre un par de soldados en el *hall* principal. La presencia de numerosos mandos militares en el establecimiento había hecho necesarias aquellas elementales medidas de seguridad. Sin embargo, en la parte trasera del hotel había una terraza donde, antes de la guerra, si hacía buen tiempo, un cuarteto tocaba cada noche ritmos de moda. Los huéspedes salían después de la cena con sus copas de champán a tomar el aire, y los más jóvenes y osados se lanzaban a bailar. Con la guerra había desaparecido el cuarteto, solo los fines de semana tocaba un pianista en el salón principal, pero los paseos por la terraza seguían vigentes. Esta estaba separada de la calle por un jardín que terminaba en un seto que ya no recibía los cuidados de antaño y en algunos puntos clareaba. Era habitual y bien sabido que algunas vendedoras de rosas se colaban por él y accedían a la terraza con el fin de ganarse cuatro cuartos. Era algo impensable antes de la guerra, pero ahora se toleraba como se toleraban tantas otras cosas. Patricia Rulfo se presentó allí aquella noche con sus ropas más miserables y con una docena de rosas que había comprado por la tarde. Su aspecto estaba muy bien conseguido y nadie dudó de lo que aparentaba. Un par de auténticas vendedoras la miraban con ojos rabiosos. Antes de que vinieran hacia ella a increparla se metió en el salón ofreciendo rosas a todo el que se encontraba y con disimulo se deslizó hasta las entrañas del hotel. Había estado varias veces en él antes de la guerra y enseguida se orientó. No tenía intención de subir a la habitación de Frederika Heinz por el ascensor o por la

escalera principal, sino por la de servicio. Cuando la encontró se dio cuenta de que no era una buena idea. A cada minuto subía o bajaba un empleado. Se dirigió a la escalera principal. Su atuendo no encajaba en aquella regia escalinata, pero allí sería fácil que no se cruzara con empleados ni soldados.

Conoció el número de la habitación a los pocos días de empezar a seguirla. Ni siquiera lo planeó, simplemente lo escuchó una noche, en una de aquellas tabernas que frecuentaban ella y el teniente Benítez, durante una conversación despreocupada. Los recepcionistas y botones del *hall* estaban atentos a la puerta de la calle. Había poca gente, dos empleados y un grupo de cuatro militares algo bebidos que conversaban y reían sin demasiado recato haciendo la corte a dos muchachas emperifolladas cuyo único cometido allí era conseguir algún obsequio de los soldados con el fin de sobrevivir. Las muchachas se llevaban toda la atención. Si alguien la vio aparecer al pie de la escalinata, no la consideró suficientemente sospechosa como para darle el alto. Subió hasta la tercera planta sin ver a nadie. Llegó fatigada, había subido deprisa y ahora lo pagaba. Penetró en el pasillo del tercer piso y se sentó en una butaca que había en un descansillo, frente a los ascensores. El pasillo era regio y oscuro. Dominaban el terciopelo, rojo oscuro como sangre, y las lámparas estilo Tiffany. No había cuadros en las paredes, solo las marcas de haberlos habido.

La 322 estaba al final del pasillo. Era una zona vedada a los civiles. Pocos meses atrás, se apostaba a un soldado en cada planta, pero con el tiempo, la ausencia de incidentes y las necesidades militares, aquella medida, que Patricia Rulfo desconocía, se había relajado. En la actualidad había únicamente un soldado que hacía una ronda por todo el hotel siguiendo una a una las zonas restringidas. Patricia tampoco sabía eso.

Eran casi las diez de la noche cuando se plantó frente a la habitación 322. Había llegado hasta allí sin demasiados problemas, pero de nada serviría si no lograba abrir ahora la puerta. Su plan en este punto dependía de una novelucha de espías inglesa que había releído esa tarde para la ocasión. En ella, el héroe, un

valiente y apuesto inglés llamado Jack Conway, enviado tras las líneas enemigas en el curso de la Gran Guerra, conseguía abrir la puerta del despacho de un mariscal alemán sirviéndose de las tapas de piel de una libreta. Y eso era lo que Patricia llevaba en un bolsillo. Tal como había hecho Jack Conway, introdujo la tapa en la ranura de la puerta, a la altura de la cerradura. Moviéndola de arriba abajo topó con el pestillo. Ahora era cuestión de habilidad, de dar en el punto justo para hacerlo retroceder y abrir así la puerta. Estuvo cinco minutos intentándolo. Se hicieron eternos. Según el plan y la novelucha inglesa, bastaba un minuto para superar aquel trámite. Patricia empezó a desesperarse. Ya no podía demorarse más, hasta ahora nadie había aparecido por la planta tercera, pero estaba tentando demasiado a la suerte. Al fin comprendió que sus intentos eran en vano. La puerta estaba cerrada con llave y aquel sistema de apertura furtivo valía solo para puertas cerradas únicamente con el pestillo. Maldijo la novelucha inglesa, que se le antojaba ahora inverosímil y tramposa, y al héroe, que le pareció un patán con suerte, y más que a nadie al autor, y maldijo su estupidez por creer que aquello iba a ser tan fácil, y su insensatez por tomarse aquella guerra como si fuera la trama de una ficción. No tendría nada de romántico terminar en los calabozos del ejército, ni en ser torturada y ajusticiada.

Se levantó dispuesta a salir de allí de inmediato cuando oyó ruido en el interior de la habitación contigua. La 323 estaba situada entre su posición y el descansillo donde estaban los ascensores y las escaleras. Si alguien salía de aquella habitación, estaría atrapada. Se dio cuenta de que su situación era crítica. Pensó que lo mejor era correr hacia las escaleras sin más dilación, pero entonces la puerta de la 323 se abrió hacia el exterior, ante sus narices, y a punto estuvo de darse con ella. Se quedó paralizada durante un segundo, protegida por la puerta abierta. Algo había visto en medio del pavor. Al fondo del pasillo, unas cortinas de terciopelo le daban un aire lúgubre al lugar. No se lo pensó dos veces y corrió hacia allí procurando no hacer ruido. Oyó el carraspeo de un hombre. No se giró a mirar, se lanzó tras las

cortinas y se apretó contra la pared intentando dominar su acelerada respiración. La cortina se movía y ella intentó pararla sin mucho éxito. Cualquiera con un poco de lucidez la hubiera descubierto, pero no el coronel que acababa de salir de la 323. Cuando cerró la puerta de su habitación, Patricia pudo verle a través de una minúscula abertura que quedó entre las cortinas. El hombre tosía y carraspeaba sin cesar, se movía con lentitud, tendría unos sesenta años, llevaba la guerrera desabrochada y el pelo despeinado. Estaba borracho. Tosió, carraspeó más y se dirigió con paso impreciso hacia los ascensores. En su recorrido, hasta que se metió en el ascensor, dejó un rastro de ruidos guturales que fácilmente habrían podido despertar a todos los huéspedes del ala. Cuando desapareció volvió el silencio. Patricia lanzó un suspiro de alivio. Esperó un minuto antes de salir de su escondite, dispuesta a largarse de allí de inmediato. Pero entonces cayó en la cuenta de una cosa, y su cuerpo, que buscaba también alivio, se puso otra vez en tensión.

Salió de entre las cortinas y se acercó a la puerta de la 323. Se agachó para mirar por la ranura, a la altura de la cerradura. En efecto, el coronel no había echado la llave de su habitación, estaba cerrada solo con el pestillo. Introdujo la tapa de la libreta por la ranura, la movió hacia arriba con fuerza y la puerta se abrió.

Patricia se preguntó qué hacer, pero fue solo durante una fracción de segundo. No se le ocurrió pensar que podría haber alguien más en la habitación. Se metió en ella y corrió al balcón. Se paró de repente, tomó aire y echó una ojeada confirmando que estaba vacía. No encendió la luz. Abrió el balcón y sacó la cabeza con cautela. El balcón de la 323 y el de la 322 era el mismo dividido por unos barrotes de hierro. Saltar de un lado a otro era fácil incluso para una mujer entrada en años. La baranda, de obra, era tan ancha que podía sentarse fácilmente en ella y arrastrarse luego sorteando los barrotes. El único peligro era que podía ser vista desde la calle. A esa hora, no obstante, la plaza frente al hotel estaba vacía. No se lo pensó dos veces.

Superó también el último escollo: las puertas del balcón de la 322 estaban entreabiertas. Patricia se deslizó al interior de

puntillas. Terminó de correr las cortinas. Se dio la vuelta hacia la habitación. Ya estaba allí, en la 322, lo había conseguido. Había perdido mucho tiempo y además tendría que volver a la habitación contigua para luego marcharse, de modo que debía darse prisa. Se remangó, encendió una pequeña lámpara que había en el escritorio y se puso manos a la obra a buscar sin saber el qué.

11

La fiesta funcionó a impulsos y por sectores. El grupo de los artistas de poca monta lo pasó generalmente bien. Mastreta fue la atracción principal por lo que tenía su presencia de novedoso. Supo sacar partido de su condición de cineasta, y tuvo la habilidad de mostrarse divertido a la vez que iba soltando en pequeñas dosis, aquí y allá, su drama personal, la muerte de su hermano y su peligrosa huida por Aragón y Francia. Era, según su relato, uno de los pocos del grupo que había estado en el frente, lo cual despertó admiración.

El grupo de los empresarios y militares había perdido chispa. En ese punto de la noche, Gil se acercó a Frederika Heinz, que estaba siendo agasajada en exceso por algunos escritores fascistas que habían bebido demasiado y que empezaban a perder la compostura, y le hizo un gesto para que le siguiera. Rápidamente Benítez, que estaba atento a todo lo que ocurría, se situó en posición de asistente oficial al lado de Frederika. Gil llamó también a dos militares más, miembros de su equipo, y a un general. Todos ellos se deslizaron sin alboroto tras los pasos del coronel, abandonando el salón principal sin que se diera cuenta la mayoría de los presentes. Mastreta sí se percató. Honorio Lucero llevaba un buen rato junto a él hablándole de Frederika y de los pocos progresos que había hecho con ella. Estaba borracho, fastidiosa y pegajosamente borracho. Ella le había despachado en pocos minutos dejándole embobado y sin habla. Ahora se sentía frustrado y bastante iluso. Mastreta estaba harto de oírle. Le asombraba que personas de tan poca entidad, de tan escasa capacidad, como el capitán Navío y Honorio Lucero, tuvieran tanto poder en la ciudad; era como una corte de necios. La guerra les había expulsado y habían ido a caer allí, resentidos y amargados, campando a sus

anchas y gozando de un poder del que no eran merecedores. Se libró de él arguyendo que debía ir de inmediato al excusado.

El coronel Gil llevó al pequeño grupo que había seleccionado al piso superior, a su despacho particular. Cuando Mastreta salió del salón y llegó al pie de la escalera, pudo ver aún al teniente Benítez. Estaba oscuro arriba, excepto por un haz de luz que apareció brevemente, hasta que Benítez desapareció. No había nadie en los rellanos ni en los salones contiguos. Estuvo un minuto evaluando la situación. Patricia y Mastreta sí habían esbozado finalmente un plan de acción para esa noche. Consistía, ante todo, más allá de los progresos que pudiera hacer con Frederika Heinz, en trabajar para ganarse la atención y el favor del coronel Gil. Para ello, en primer lugar, debía ingeniárselas para conseguir que Lucero les presentara. Esa parte del plan falló estrepitosamente, pues Lucero no estaba por otra cosa que no fuera Frederika; además, Gil ni siquiera estuvo cerca de él. Probó a acercarse al coronel por su cuenta, pero el resultado fue aún peor. Y entendió que, si insistía, corría el peligro de ponerse en evidencia. Había otros militares, pero eran igualmente inaccesibles.

Frederika y Mastreta hablaron una segunda vez. Eso fue una improvisación dentro de otra improvisación. Coincidieron en el bar. Las luces se habían apagado para la actuación de una pareja de cantantes que interpretaban un fragmento de una conocida zarzuela. Se miraron brevemente en la oscuridad. En ese momento, nadie se fijaba en ellos.

—No lo hacen nada mal —señaló Mastreta. Ella miraba la actuación y él la miraba a ella—. Hoy lo he pasado bien —le susurró—. No cambio ninguno de los golpes que me he llevado. La he odiado un poco, no lo niego, hay un hombre en mí que no quiere implicarse en las cosas de otros y aborrece verse arrastrado, aunque se lo haya buscado él mismo. Pero créame que cuando la veo ya no siento ningún dolor.

Los cantantes interpretaban una escena de *La patria chica*, en la que los personajes principales, Pastora y Mariano, cantan la belleza y las virtudes de su tierra, Andalucía ella, Aragón él. La tozudez de Mariano y la gracia de Pastora arrancaban risas entre

los invitados, y los versos más famosos eran acompañados a coro por algunas de las coristas, que se habían dispuesto alrededor de los cantantes.

—¿La volveré a ver?

—Pensaba que no quería volver a saber de mí.

—He cambiado de idea. ¿Podemos comer juntos otra vez?

—Eso es imposible.

—No es cierto. Nada es imposible cuando concierne solo a dos personas, aunque el mundo entero se vaya al garete.

—No sé qué quiere de mí. No tengo nada que ofrecerle. Ni usted a mí.

—Es verdad que valgo poco, no más que mis dibujos, pero todos tenemos un propósito.

La actuación terminó, se encendieron las luces y todo el mundo aplaudió largamente. Ella le miró con desprecio, pero él se acercó mucho. El griterío en la sala era considerable y aislaba la conversación como si estuvieran solos. Hablaron muy deprisa, impetuosamente, conscientes de que en pocos segundos les iban a interrumpir.

—¿Recuerda la noche que nos conocimos? Yo la llevé de la mano a su hotel. Tenía frío.

—Déjeme.

—Entonces me necesitaba.

—Apártese de mí o...

—O me hará detener.

—Si hace falta.

—Usted me gusta y yo le gusto. No me convencerá de que no es así.

—No perderé más el tiempo con usted.

El coronel Gil se acercó a ella acompañado de otros oficiales. Venían a compartir su entusiasmo, seguros del éxito del espectáculo, y a gratificarse en el efecto que habría tenido en ella. Mastreta reculó. Los aplausos y las risas se fueron apagando. Frederika sonreía, rodeada de militares, alabando la actuación. Gil estaba satisfecho de sí mismo. Volvió el murmullo moderado de las conversaciones. Mastreta la vio alejarse. Sintió ira, tanta que no

notaba lo mucho que había bebido. Cruzó la sala y se refugió en el cuarto de baño, pero se lo encontró lleno de militares. Había un grupo muy escandaloso. Habían bebido bastante y se habían quedado charlando en el baño. Hablaban de mujeres, hablaban de Frederika Heinz. Hicieron comentarios chistosos sobre sus encantos, hablaron de su cuerpo. Mastreta se lavó la cara mientras los escuchaba.

Cuando regresó al salón, la fiesta estaba en su mejor momento. Los invitados estaban animados por los licores y los modales se relajaban. En general, todo el mundo parecía haber subido el volumen de su voz y de sus risas. Una docena de parejas bailaba. La orquesta tocaba entonces un vals. La zona de baile se llenó por completo. Mastreta vio acercarse a Lucero y para esquivarlo sacó a una muchacha a bailar. La chica no hacía otra cosa que reír, luego se puso melosa con él, hasta el punto que pareció que se estaba durmiendo entre sus brazos, en realidad se había mareado un poco, su gesto se torció, palideció y se separó de él acalorada. La acompañó y la dejó tumbada en un sillón, estaba preocupada por si alguien la había visto en tan deshonroso estado. Desde allí Mastreta vio a Frederika bailando con el coronel. Luego fue otra vez Lucero quien apareció diciendo que quería bailar con Frederika. No dejaba de hablar, y en esas andaba cuando el coronel Gil y su séquito se llevaron a Frederika Heinz al piso superior.

La escalera estaba desierta. Cuando empezó a subirla se dio cuenta de que podía ser visto desde el *hall* del edificio, donde había dos soldados de guardia. Retrocedió al instante. Los guardias hablaban y fumaban despreocupadamente, pero uno de ellos lo hacía de cara a la escalera. Esperó un par de minutos, pero el soldado no variaba su posición. Tomó aire y se fue hacia la escalera como si no tuviera nada que esconder. Ascendió el primer tramo, el único en el que era visible para los soldados. No supo si le habían visto. Aguzó el oído. Nada ocurrió. O no repararon en él, o no le dieron ninguna importancia.

El umbral que había visto cruzar a Benítez daba acceso a un largo pasillo repleto de puertas, oscuro a esas horas. Era casi medianoche. Se veía luz únicamente en una de las puertas, la

última, la que cerraba el pasillo. Le llegó el olor de puro y oyó el rumor de una conversación. A medida que avanzaba, comprobaba si las sucesivas puertas estaban abiertas. La mayoría lo estaba. Si alguien salía del despacho del coronel, podría meterse por una de ellas. Llegó al final del pasillo sin novedad. Entró en el despacho anterior. Descubrió un minúsculo haz de luz que procedía del fondo. Venía del marco de una puerta que, sin duda, comunicaba aquel despacho con el de Gil. Mastreta se pegó a la pared, junto a la puerta. Lo que se decía en la habitación contigua era desde allí audible.

12

Patricia había empleado media hora en registrar la habitación de Frederika Heinz y el resultado fue un fracaso rotundo. No había encontrado nada relevante, ni papeles oficiales ni notas ni material de trabajo, y por supuesto no había encontrado la película de la matanza, una esperanza que tuvo al inicio de su registro. Podría tratarse de la habitación de una aburrida, aunque sofisticada, ama de casa. Ropa, productos cosméticos, colonias, una novela en español, revistas alemanas..., nada que llamara la atención. Plantada en medio de la habitación con sus harapos de vendedora de rosas, repasando con la mirada los cuatro lados por si hubiera algún rincón donde todavía valiera la pena mirar, Patricia se desesperó; había corrido riesgos muy elevados para nada. Se dio cuenta entonces de que había una diferencia importante entre ella y Frederika Heinz: esta era una profesional y era buena en su trabajo. Si había algún documento u objeto relevante en aquella habitación, la señorita Heinz lo habría guardado con tanta eficacia que a una aficionada le resultaría imposible hallarlo. También era plausible pensar que se lo hubiera llevado consigo. En cualquier caso, Patricia concluyó que su aventura nocturna había sido un completo desastre con un alto coste en riesgo. Debía salir de allí de inmediato, aunque se resistía a aceptar que sus esfuerzos hubieran sido en balde. Se sentó en la cama un momento. Estaba fatigada por la tensión. Se estiró en ella y observó lo que tenía a la vista: el techo, la lámpara, el quicio de los armarios, los cuadros, el escritorio, los cajones, las mesillas de noche, las maletas...; lo había revisado todo. Cerró los ojos un minuto. ¿Dónde podía esconderse alguna cosa en aquella habitación? Al mover la cabeza sobre la almohada le pareció sentir un ruido que no procedería de las plumas, la seda y el algodón. Se incorporó de un salto. No se le

había pasado por la cabeza mirar bajo la almohada. La desplazó de un tirón, pero no encontró nada. Sin embargo, había un acartonamiento al tacto. Sacó la funda y encontró dos cartas. Las observó con avidez. Estaban escritas en alemán, un idioma que no conocía. Patricia no tenía ni idea de si era importante o no, pero al menos era algo. Se le planteó entonces el dilema de si era acertado llevárselas; la alemana las echaría en falta sin duda, así que, sin pensarlo más, empezó a copiarlas letra por letra. Afortunadamente, eran bastante cortas. Aun así, le llevó tiempo, no era una labor fácil sin conocer en absoluto el idioma, con la dificultad añadida de los temblores nerviosos que atacaban su mano, que le impedían escribir con diligencia. La campana de una iglesia cercana dio la medianoche.

Cuando apenas le faltaban dos líneas para terminar la segunda carta, oyó algo en el pasillo, tan tenue que no podría identificarlo, fue simplemente una modificación ambiental. El pavor la asaltó de nuevo, ya hacía rato que tenía la sensación de que estaba tentando demasiado la suerte. Dejó inmediatamente lo que estaba haciendo, guardó el lápiz en el cajón, metió en el bolsillo los papeles que había usado, corrió a dejar las cartas en la almohada y se dirigió al balcón. Cuando estaba frente a él oyó una llave entrar en la cerradura de la puerta. Se deslizó de un salto afuera. Quiso cerrar las cortinas, pero no tuvo tiempo. El balcón tenía unos postigos con listones de madera. En lugar de saltar al balcón contiguo, se parapetó tras uno de los postigos, en el exterior, temblando de arriba abajo, a la espera de acontecimientos. No hacía un minuto que estaba escondida cuando oyó abrirse el balcón. La persona que había entrado dio un paso adelante y se quedó en el umbral. Patricia estaba a un palmo de esa persona, separada solo por listones de madera, viéndole a través de ellos, aguantando la respiración en un esfuerzo titánico, sintiendo el pulso desquiciado en sus oídos. Primero vio sus manos. Eran de hombre. Llevaba una chaqueta negra. Se estaba poniendo unos guantes. Patricia movió un poco la cabeza para intentar ver la cara del desconocido. Era muy alto, y desde su posición parecía muy corpulento. Vio su perfil, la luz blanca de la calle le iluminaba

muy tenuemente, pues se había quedado en la penumbra. Su rostro se le apareció fraccionado por los listones del postigo. Aun así, supo que no olvidaría jamás aquellas facciones o la imagen que de ellas se había hecho en la penumbra. Le pareció un hombre de piedra, de proporciones perfectas, de expresión inmóvil, de ángulos precisos. Sintió miedo. El desconocido movió la cabeza a un lado y luego al otro, hacia ella. Sus ojos oteaban en la oscuridad. Patricia los observaba con creciente pavor, temiendo que aquellos ojos de piedra acabaran su trayectoria clavados en los de ella. No lo hicieron. Con gestos firmes, el hombre retrocedió, cerró la puerta del balcón y corrió las cortinas. Patricia respiró. Las piernas y las manos le temblaban, le faltaba el aire, no pensaba con claridad; aun así, se sentía ligera como una pluma y sus movimientos fueron de una precisión juvenil. Pasó al balcón contiguo en unos pocos segundos, cruzó la habitación 323 y salió al pasillo en otros pocos segundos; llegó a la escalera antes de completar un minuto de tiempo. En la primera planta se topó con tres parejas. Eran extranjeros, franceses, y bajaban al bar. Patricia se quedó tras ellos, que apenas se percataron de su presencia; al llegar a recepción, nadie reparó tampoco en ella. Siguió parapetada tras el grupo hasta alcanzar el salón que daba acceso a la terraza. En ese momento la descubrió un empleado del bar, pero ya no estaba en una situación sospechosa, ya no estaba fuera de lugar. El hombre la reprendió diciendo que ya no eran horas de estar allí, ella ni siquiera se dio la vuelta, salió disparada al jardín, corrió hasta el seto y se escabulló por él hasta la calle. Veinte minutos después estaba en su casa. En todo ese tiempo, desde que huyó de la habitación de Frederika Heinz y durante las cuatro horas que tardó en dormirse, sus manos no pararon de temblar, y en su cabeza no dejaba de aparecer la imponente figura de perfil oscuro que parecía el de una estatua griega.

13

—Ya saben de qué hablo —decía Frederika Heinz—. Guernica es la prueba. Ustedes saben que quien cuente con esa fuerza, ganará esta guerra.

Se hizo un silencio.

—No todos aprueban lo que pasó en Guernica.

Mastreta no pudo identificar la voz. No era la de Gil.

—Eso no me compete —dijo la alemana.

Escuchó pasos que andaban en círculo. Se oyó el tintineo del hielo en un vaso.

—No puede autorizarse sin que el general Mola dé su aprobación. —Era el coronel Gil quien hablaba—. ¿No es así, general?

—Así es. —Era la voz que había sonado antes.

—Perfecto. Estoy deseando conocer al general Mola. —Se hizo un silencio largo—. El Führer se toma en serio este asunto —continuó Frederika—. Con todo el respeto, su capacidad para negociar es muy limitada. El tiempo apremia, como todos sabemos.

—¿A qué se refiere?

—Vamos, señores, estamos al día de todo —siguió ella—. Se les dio una información, y fallaron. Se les dijo dónde estaban esos dos hombres, y uno de ellos escapó. Ahora mismo está en la ciudad y no tienen ni idea de cómo localizarle.

—¿Cómo sabe usted eso? —dijo alguien.

—Ya le he dicho que estamos al día.

—La culpa no es solo nuestra. —Era la voz del general que había hablado antes—. También ustedes fallaron. El dichoso Macario sigue vivo y pasando información.

—Macario tiene mucha experiencia y es listo. Le tuvimos a tiro, pero le dejamos escapar tal como habíamos pactado. Ustedes

lo aprobaron. Les recuerdo que, gracias a eso, todos los espías rojos que está movilizando el enemigo van a caer en una trampa y a ser eliminados, si no lo están ya; un buen golpe para la República, creo yo. Cada vez que Macario señala un objetivo, ustedes solo tienen que esperar a que aparezca el incauto. ¿A cuántos han eliminado ya? Que yo sepa, la información siempre ha sido precisa. —Frederika hizo una pausa—. Macario no es el problema, la información que proporciona a sus superiores les llega también a ustedes oportunamente gracias al infiltrado. Luego es asunto suyo terminar el trabajo.

—Un infiltrado que no conocemos —dijo con severidad el general.

—Ese es otro asunto que no viene al caso.

—Señora, hay información estratégica sobre la guerra que el enemigo no debe conocer, aunque nosotros sepamos que lo sabe.

Se hizo un largo silencio.

—No les recomiendo que prescindan de las ventajas de esta situación.

—Macario debe desaparecer. Este juego es demasiado peligroso.

—Trasladaré su petición.

Se oyó un golpe violento, un manotazo sobre una mesa.

—¡Las guerras se ganan en el campo de batalla! —espetó el general—. Haga lo que tenga que hacer, pero no quiero volver a oír hablar de ese hijo de puta.

El tono del general era muy alterado. Demasiado. En su modo de hablar había una ligera marca de desprecio hacia Frederika Heinz, probablemente por el simple hecho de que era una mujer.

—Señorita Heinz —intervino Gil contemporizando—, todos estamos nerviosos por culpa de Macario, y más después del asesinato de uno de nuestros agentes en Salamanca. —Hizo una pausa y siguió—: General, no debemos olvidar que nuestra colega alemana está por entero de nuestra parte.

—General —intervino Frederika—, las guerras tienen muchos frentes. Si no son capaces de verlo, yo no puedo ayudarles. La película, por ejemplo. ¿Quieren prescindir también de esa

oportunidad?

—Podemos hacerla circular por nuestra cuenta.

—Me necesitan para conseguirla.

—Tenemos gente muy eficaz trabajando en este tema.

—Allá ustedes. ¿Sin Macario y sin mí? Buena suerte, caballeros.

—Señorita Heinz, por favor. General, escuchen. Tenemos novedades. Estamos muy cerca. El ruso ya ha dado una fecha y un lugar. No estropeemos lo que ha costado tanto.

Se oyó un murmullo entre hombres que Mastreta no pudo entender.

—Si quieren unos minutos para hablar con libertad... —sugirió Frederika.

—Es muy amable —dijo Gil—. Si tiene la bondad, puede esperar en el despacho contiguo.

Mastreta sintió una punzada en el estómago. Las voces de Gil y Frederika se acercaban a la puerta que comunicaba ambos despachos y unas sombras se proyectaron por debajo de la misma. Mastreta miró a su alrededor, no había cortinas en las ventanas y el único mueble, además de un par de sillas, era un escritorio de pequeñas dimensiones. Se dirigió a la puerta para salir al pasillo, pero en ese momento oyó abrirse la puerta principal del despacho de Gil. Mastreta pensó que iba a ser descubierto, empezó a buscar excusas para justificar su presencia allí. Sintió una brisa en la cara. Venía de la ventana. Corrió a ella de puntillas. Era una ventana corredera que se abría verticalmente. Estaba abierta por la mitad. Se deslizó justo cuando se encendía la luz del despacho. Había una repisa de no más de cincuenta centímetros y se tumbó en ella. Parte del cuerpo reposaba sobre el vacío. Estaba en un primer piso, pero los techos eran muy altos en el edificio y la planta baja estaba elevada por encima del suelo, de modo que desde la posición de Mastreta había por lo menos una caída de ocho metros. No sabía si era visible desde la calle. Era muy difícil que pudiera comprobarlo sin tener que incorporarse, lo cual suponía arriesgarse a ser visto desde el interior. Se quedó inmóvil soportando un agudo dolor en el costado. Oyó pasos moverse por la habitación. Luego pudo oír a

la perfección una conversación. En el despacho habían entrado Frederika Heinz y Benítez.

—El episodio de Salamanca ha puesto muy nerviosos a los militares que manejan los servicios de espionaje. —Era la voz de Benítez—. Temen que la estrategia que diseñaron se esté volviendo en su contra. Debe comprenderlo, no se fían de nadie. Y a eso se suma el error que se cometió en Hendaya. —Frederika no dijo nada—. Por cierto —siguió Benítez—, ¿puedo preguntarle cómo sabe lo de Hendaya?

—Sabe que no puedo decirle nada de eso, Iván.

El tono de voz de Frederika al dirigirse ahora a Benítez había cambiado radicalmente, era muy diferente del que había empleado durante la reunión. Había dejado su frialdad y se mostraba casi cariñosa.

—A cambio —dijo Benítez—, puedo informarle de algo que, estoy seguro, le interesará y que puede ser importante para su seguridad.

—Si es importante para mi seguridad, usted me lo dirá de todos modos, ¿no es así?

Se hizo un largo silencio.

—Frederika, ¿es ese tal Juan Hernández un agente alemán?

Frederika se puso a reír.

—¡No! ¡Por Dios! ¿Eso sospechaba? No hay nada de eso. Ya se lo dije, salí a tomar una copa. Topé con él por pura casualidad.

—La creo —dijo Benítez con seriedad.

—No parece muy satisfecho.

—Tenemos dudas respecto a ese Hernández. Usted me ha aclarado una y con ello ha eliminado algunas de mis hipótesis. Pero quedan otras dudas. Y ahí llegamos a lo que quería decirle. Nuestro hombre en Hendaya no pudo ver al otro agente rojo cuando huyó. Por desgracia, de los dos era el que no teníamos identificado y del que no conocíamos ningún dato. Nuestro hombre registró sus pertenencias, pero solo encontró una cosa reseñable.

—¿Qué?

—En su habitación había una cámara y rollos de película. Es de suponer que los abandonó en su huida. Hernández afirma ser

cineasta, ¿no es así? —Frederika se quedó en silencio. Benítez prosiguió—: No es gran cosa para acusar a ese Hernández. Esos rollos podrían estar destinados a filmar secretamente cualquier cosa, nuestras instalaciones, a algunos de nosotros, no tiene que significar que el agente huido pretenda ser director de cine. Pero el hecho de que haya aparecido de repente en escena y tan cerca de usted... Y además que esté hoy aquí... —Frederika siguió callada—. Solo son especulaciones apoyadas en indicios muy débiles. Puede que todo sea una casualidad. Lo cierto es que sus papeles parecen estar en regla, su historia cuadra. Faltan cosas por comprobar, pero parecen ciertos algunos datos que confirmarían su fidelidad a nuestra causa. Como, por ejemplo, que su hermano murió en Barcelona asesinado por los rojos, y que luchó en Zaragoza. Aún tenemos que investigarlo a fondo, pero llevará su tiempo, el frente es un caos. Por el momento hemos decidido no detenerle a la espera del informe definitivo. De todos modos, he creído que debía saberlo. Por lo que pueda ser, tenga cuidado con él.

—Gracias, Iván. Sin usted estaría desamparada por completo.

—Yo quería vigilarle, pero finalmente se descartó, no disponemos de hombres y el trabajo nos desborda. Le aconsejo que no vuelva a verle.

—Le prometo que a partir de ahora me portaré muy bien.

Mastreta estaba llegando al límite de sus fuerzas. La cornisa se clavaba despiadadamente en su espalda y además debía mantener el cuerpo en tensión para no precipitarse al vacío, lo cual redoblaba el dolor que sentía en el costado. Tenía que hacer una fuerza considerable que se iba convirtiendo progresivamente en un esfuerzo inhumano. Aguantaba como podía cargando la tensión en el abdomen. Su cuerpo empezó a temblar. Pronto comprendió que no tendría otro remedio que sujetarse con la mano al quicio de la ventana. Dentro, Frederika y Benítez habían dejado de hablar. Mastreta sufría tanto que no estaba ya muy atento a lo que pudieran decir. Durante un rato no ocurrió nada, y eso fue peor. Mastreta no tenía otra cosa en que pensar que en su precaria posición. Llegó al límite de sus fuerzas. Levantó la mano izquierda y se sujetó en el quicio de la ventana. Su situación mejoró y se vio

capaz de aguantar un rato más, eso si no veían su mano desde adentro. Cayó entonces en la cuenta de que hacía ya un buen rato que no oía nada. ¿Acaso se habían marchado del despacho? La luz seguía encendida, pero el silencio era absoluto. Le llegó solo el murmullo de la conversación en el despacho de Gil, así como unos pasos apresurados y constantes en la calle que desaparecieron a los pocos segundos. ¿Le habrían visto? Si era así, se lanzaría al vacío con la esperanza de no romperse nada y poder huir. Sería una salida desesperada, pero la única viable. Cuanto antes supiera a qué atenerse, mejor, así que se decidió a asomar la cabeza. Lo hizo con cautela y lo que vio nada tenía que ver con lo que esperaba. Benítez y Frederika estaban en el centro de la estancia, ella se apoyaba en el escritorio. Él la estaba besando en los labios. Ella se dejaba hacer sin poner mucho énfasis. Fue un beso lleno de educación, Benítez temblaba y Mastreta adivinó que hacía un esfuerzo de contención, posiblemente porque sentía un respeto desmesurado hacia ella. Se separaron. Benítez estaba rojo. Frederika sonreía.

—Besa usted como un muchacho —dijo ella.

—Este no es el mejor lugar... —respondió el teniente, ansioso, amenazando con volver a la carga.

—Será mejor que no. —Ella le detuvo.

—Frederika, no es usted como esperaba. Me desconcierta, nunca había conocido a una mujer como usted.

—Iván, es hora de que volvamos a la reunión. Ya habrá tiempo de hablar. Haga el favor de llamar a la puerta.

Benítez parecía a punto de zozobrar. La emoción vivida le había desequilibrado. Seguramente, ni él mismo sería capaz de saber si en aquel momento era inmensamente feliz o terriblemente desgraciado. Tomó aire, se dio la vuelta y se fue hacia la puerta. Llamó y la abrió. Desde el umbral dijo algo al interior y esperó respuesta. Frederika aguardaba en el centro del despacho, apoyada todavía en el escritorio. Mastreta clavó los ojos en ella. Su expresión era de indiferencia, como si esperara un autobús sin pensar en nada. Solo durante un instante soltó un leve suspiro, como si se sintiera fatigada, hastiada de todo aquello. Benítez la

llamó, ella cruzó la habitación y ambos entraron en el despacho de Gil apagando la luz y cerrando la puerta tras de sí.

Mastreta hizo un esfuerzo silencioso para subirse al umbral de la ventana y deslizarse al interior del despacho. Se sentó en el mismo quicio para tomar aire. Le temblaba la mano y le dolía todo el cuerpo. Durante ese minuto de reflexión le asaltó de repente el miedo. La puerta había quedado entreabierta. Se pegó a la pared y pudo ver una parte del despacho de Gil. Distinguía a Benítez, que estaba en pie tras una butaca. Sospechó que Frederika se sentaba en ella. Debía estar frente al general y los otros militares, que estaban en el otro lado de la habitación. El coronel hablaba en tono diplomático, caminando en círculos. Aparecía y desaparecía del campo de visión de Mastreta.

—... Y, por supuesto, contamos con su ayuda, Frederika.

—Hay un hombre llamado Müller —dijo Frederika—. Llegará mañana a la ciudad. Necesitará una habitación en el hotel.

—Ningún problema.

—Él me acompañará en la entrega.

—Está bien. Veamos, dice llamarse Gregory Ivanov. Trabajaba en la embajada rusa, un cargo sin relevancia. Es difícil confirmarlo. Tenía encargo de custodiar primero y de destruir después la película, pero no lo hizo. El engaño funcionó hasta que Ivanov desapareció, hace un mes. Salió de Madrid pagando a un contrabandista. Desde entonces ha vivido oculto en varias ciudades de nuestra zona. Intentó vender la película a corresponsales extranjeros, pero nadie le garantizaba la salida del país ni protección después. Además, no inspira confianza precisamente. No parece peligroso, más bien un tipo listo que ha visto una oportunidad.

Gil había hablado en un tono firme, seguro de haber hecho bien su trabajo.

—Es una historia demasiado perfecta —dudó Frederika.

—Una historia sencilla y creíble.

—Imposible de comprobar.

—¡Suficiente para correr el riesgo!

—¿Cuántos agentes tienen ustedes trabajando en esto?

—Unos cuantos.

—Pues díganles que extremen las precauciones.

Mastreta oyó ruido en el pasillo. Botas que pisaban firmemente el suelo. Eran por lo menos dos hombres. La conversación seguía dentro. Mastreta se deslizó hacia la puerta que daba al pasillo. Oyó los pasos detenerse de golpe y abrirse una puerta. Mastreta regresó a la posición anterior. Reconoció la voz de uno de los recién llegados, sin duda era el capitán Navío. Habló con aire marcial, pero Mastreta estaba demasiado atribulado para entender lo que decía. Luego hablaron al mismo tiempo varias voces. Alguien se acercó tanto a la puerta tras la que escuchaba Mastreta que creyó que le hablaban a él. Se dominó como pudo. Comprendió que había llegado el momento de salir de allí. Se escabulló sin hacer ruido. Se deslizó por el pasillo tan silenciosamente como fue capaz. Llegó a la escalera y bajó a la fiesta. Los centinelas estaban de espaldas esta vez. Cuando entro en el salón principal nadie se fijó en él. Había estado fuera más de media hora. El ambiente era irregular. Había corrillos que se divertían y a la vez invitados solitarios que habían quedado fuera de juego. Mastreta solo quería salir de allí, ya había tenido suficiente. Se acercó a Lucero, que era de los solitarios, y le dijo que estaba bebido y mareado, que no se encontraba bien y que se marchaba. Lo soltó de un tirón sin dar opción al otro a abrir la boca, y se largó.

14

En cuanto Benítez le informó de sus sospechas respecto a Juan Hernández, Frederika tuvo la certeza casi absoluta de que era el enemigo y de que contactar con ella formaba parte de su misión. Sintió un vacío ante aquella convicción y tuvo un breve instante de miedo, un miedo extraño y fugaz que no tenía que ver con los riesgos que pudiera correr en el curso de la misión, sino con el desamparo, con la soledad, con la pérdida de algo indeterminado que no era capaz de precisar. Estaba en un despacho contiguo al del coronel Gil y entonces Benítez la besó, y ella se dejó, porque su ser no podía hacer otra cosa que buscar un ápice tangible con el que acompañar su soledad y colmar su necesidad de pertenecer a algo, no podía hacer otra cosa que empeñarse en sentirse partícipe de un cuerpo mayor, de una maquinaria dentro de la cual todo tendría sentido. Para Benítez aquel beso debió de ser un beso lujurioso, pero ella cerró los ojos y buscó confortarse en esa pizca de afecto.

Volvieron a la reunión. La disputa con los militares no fue fácil. Luchaban por evitar un excesivo sometimiento a las exigencias alemanas. Guernica había sido celebrado por algunos mandos españoles, que se veían victoriosos, pero otros lo consideraban una barbaridad y un error estratégico. Se resistían a dejar que Alemania e Italia emplearan a España como territorio para una calculada e intimidatoria propaganda de su potencia de guerra en su propio beneficio, así como banco de pruebas y de entrenamiento para sus aviadores, ello a costa de la destrucción del país. De hecho, conscientes del impacto de la noticia, se habían apresurado a acusar a los republicanos del bombardeo por medio de un comunicado oficial. Algunos generales creían que matanzas como la de Guernica podían forzar a Francia y a Reino Unido a

prestar ayuda a los republicanos. Frederika escuchaba en silencio. Ya había dicho lo que tenía que decir. Tomaba nota mentalmente de las opiniones de los presentes para poder informar de quiénes estaban a favor de una mayor intervención alemana y quiénes no. Todos estaban de acuerdo en que la propaganda se había convertido en un frente más en el que había que combatir y eso daba mayor relevancia a la película de la matanza en los alrededores de Madrid.

El capitán Navío entró en el despacho junto a otro oficial. Evitó mirarla. No había podido acudir a la fiesta por una emergencia. Habían llegado informes de que era posible que quienes habían asesinado a un agente de su sección en Salamanca hubieran llegado recientemente a San Sebastián siguiendo la pista de Gregory Ivanov. Alguien se dio cuenta de que no era aconsejable hablar de aquello delante de Frederika, de modo que la invitaron amablemente a regresar a la fiesta.

La reunión fue provechosa e intensa para Frederika. Fue una terapia útil. Pero cuando bajó las escaleras acompañada de Benítez, en lugar de sentirse aliviada, su inquietud creció sabiendo que Juan Hernández se encontraba en la fiesta. Ello carecía de sentido. Al entrar en el salón, le buscó con la mirada. No le vio y al rato se dio cuenta de que se había marchado.

Cuando la fiesta terminó, Benítez se ofreció a llevarla al hotel. Era algo que ella daba por hecho, pero él se encargó de confirmárselo después de que ella estuviera hablando durante un buen rato con un oficial muy apuesto y bastante hábil en el trato con las mujeres. Desde que la había besado, Benítez no conseguía disimular su estado nervioso. Estaba tras ella como una sombra, con los ojos abiertos como naranjas y los dientes apretados, se mantenía alerta a todo lo que ella decía o hacía y a lo que decían o hacían los demás en relación a ella. Cuando salieron, Frederika se acercó al guardarropa. Le dieron su abrigo. Había decidido no hacerlo, pero, al fin, espontáneamente, preguntó si alguien había dejado algo para ella. El soldado cayó en la cuenta y, disculpándose por el descuido, extrajo una carpeta de un cajón. Benítez preguntó qué era aquello y ella le respondió con una

evasiva.

Benítez la llevó en coche. No se dijeron nada. Él quiso hablar nada más sentarse al volante, pero ella le rogó que estuvieran un rato en silencio. Llegaron al hotel. El teniente le abrió la portezuela del auto y le tendió la mano. No había nadie en la calle. Cuando estuvo fuera del coche, él le rodeó la cintura con el brazo, titubeante, y trató de besarla. Ella se lo impidió. Benítez llevaba mucho rato esperando la ocasión. Con suavidad, ella le dijo que aquello era inapropiado e inoportuno, que ambos tenían demasiadas cosas de que ocuparse y demasiado importantes como para perder el tiempo con amoríos. Estuvo melodramática y efectiva. Le dio un beso breve y se despidió.

En la habitación, Frederika se desvistió mecánicamente. La cama tenía pliegues que no estaban allí por la tarde. Recorrió la habitación con la mirada. Las cortinas estaban echadas, cuando ella las había dejado parcialmente abiertas. Había otros detalles. No hacía falta mirar más. Alguien había estado en su habitación durante su ausencia. Se metió en la cama. Eran las dos de la madrugada. Sola, a oscuras, en silencio, sintió un vacío otra vez.

15

Cuando Mastreta llegó a su pensión se encontró con una nota de Patricia. Ella había tomado precauciones al escribirla. La nota no tendría mucho sentido para cualquiera que la leyera. Para Mastreta, en cambio, sí lo tenía.

«He hecho lo que me prohibió y he visto a su estatua. Mañana debemos hablar de ratones cuando cazan».

—La ha traído una vieja de parte de su amigo Julián —dijo el recepcionista al darle el pequeño sobre.

Patricia y Mastreta habían ideado un sistema para comunicarse de un modo más seguro. Conscientes de los riesgos que corrían, decidieron no dejarse ver juntos en lugares donde uno u otro eran conocidos. Solo romperían la regla en caso de extrema necesidad. La palabra «ratón» significaba que se encontrarían en el bar La Cola de Ratón, un tugurio poco concurrido en el otro extremo de la parte vieja. Habían escogido otros tres bares y a cada uno le habían dado un nombre de animal. Para concertar la hora del encuentro, debían introducir en la frase una acción. «Cazar» significaba las nueve de la mañana, «comer» las dos de la tarde, «jugar» las cinco de la tarde y «cenar» las ocho. Cada verbo podía aplicarse fácilmente a frases muy diferentes y en contextos muy diversos dando siempre la clave, lo mismo que los nombres de animales que habían escogido para designar los lugares de encuentro. Eran códigos muy simples, pero en ese mismo momento, mirando el papel que tenía delante, Mastreta pensó que era un sistema efectivo y que había sido un acierto idearlo. Sanz le había instruido en técnicas básicas como aquella. La primera frase de la nota no estaba cifrada, procedía del buen criterio de Patricia, no tenía sentido excepto para Mastreta, que comprendió al instante.

Se tendió en la cama. Su cuerpo pedía a gritos un respiro. Su mente también. Había sido un día muy largo, pero pensó que vendrían días peores, más largos todavía. No habría pausa, como en el curso de aquella guerra que avanzaba sin dar tregua. Pensó que debería mandar un mensaje a Barcelona sobre todo lo que había averiguado ese día, que debía hacerlo ahora, cuanto antes, para prevenir a Macario, para advertir a otros espías de que eran objetivo de un sistema planificado para eliminarles, dar la alarma de que había un infiltrado entre los máximos responsables de los servicios secretos republicanos... Pero no tenía fuerzas.

Se despertó entre sudores y con un dolor insoportable en el costado. Eran las seis de la mañana y estaba amaneciendo. No se movió de la cama. Se quedó tumbado mirando el techo, con la mente en blanco. Estuvo así una hora. Luego se levantó y quiso asearse, tuvo que esperar media hora, ya que había cola en el baño comunitario. Volvió a tumbarse en la cama haciendo tiempo hasta la hora de la cita con Patricia. A las ocho y media salió de la pensión. Se tomó un café de camino. Se sentía fatigado y le pesaban los párpados. Estaba pagando el café cuando la fatiga le desapareció de repente. En la calle, frente a la puerta cristalera de la taberna, había un hombre bajito, con bigote pequeño y entradas en la frente. Iba ataviado con un abrigo ligero color marrón y no llevaba sombrero. Fumaba un cigarrillo. Estaba aparentemente mirando un escaparate, pero por alguna razón ocupaba más tiempo mirando hacia atrás, hacia la taberna, que hacia la tienda. Aquello no sería motivo de alarma si no fuera porque Mastreta estaba seguro de que había visto antes a ese hombre, aunque no sabía dónde. Recordó la conversación entre Benítez y Frederika Heinz, durante la cual él le había explicado que no tenían hombres para vigilar a Juan Hernández. Era una información obtenida de primera mano y, por tanto, plenamente creíble. Mastreta pensó que pecaba de un exceso de celo. Salió de la taberna vigilando de reojo el comportamiento del tipo bajito del bigote. Pasó junto a él, que no pareció inmutarse, y siguió calle abajo. Anduvo unos doscientos metros y se detuvo. Se sacó un cigarrillo y con la excusa de encenderlo se situó de lado, de modo que pudiera comprobar si

alguien le seguía los pasos. Esperaba encontrar solo rostros anónimos, pero no fue así. El hombre bajito con bigote estaba allí, a veinte metros de él, parado ante otra tienda. Lanzó la cerilla y siguió su camino. Procuró sosegarse y desde entonces ralentizó la marcha, hundió las manos en los bolsillos y se entretuvo en los escaparates de las tiendas que iba encontrando al paso. Al rato, recordando algunos de los consejos de Sanz, torció hacia una calle secundaria y estrecha con pocos peatones donde el perseguidor, si es que lo era, fácilmente se pondría en evidencia. Nada más dar la vuelta a la esquina, se detuvo y se apoyó en la pared como si fuera un mozo ocioso que esperara a una chica. Desde allí veía la calle principal sin ser visto. El hombre bajito tendría que doblar la esquina para seguirle. Al cabo de un minuto le vio pasar desde su posición, caminando pausadamente por la calle principal, sin girarse siquiera hacia la callejuela.

Llegó puntual a la cita con Patricia. Ella no notó que estaba nervioso, pues estaba todavía más nerviosa ella después de lo que había ocurrido la noche pasada.

—Fui al hotel —soltó Patricia sin más preámbulo.

—Eso pensé cuando vi su nota. Ya no tiene remedio.

—No se preocupe, todo fue bien. Más o menos. —Mastreta la regañó, pero ella se defendió certeramente—: ¿No es usted quien siempre habla de improvisar? —Él se resignó—. Ocurrieron dos cosas importantes. —El camarero les trajo café. Patricia casi no podía contenerse—. La primera: le vi. —Se quedó un segundo en silencio observando el impacto de sus palabras en Mastreta—. Logré colarme en la habitación, no sin muchas dificultades, y cuando estaba a punto de largarme, oí algo en el pasillo. Tuve el tiempo justo para esconderme en el balcón. Y pude verle. Encajaba a la perfección con la descripción que me dio usted del hombre que mató a Sanz. No hay duda.

Mastreta tuvo la sensación de que le costaba respirar y, a la vez, sintió una punzada en el estómago. El hombre estatua encarnaba para él no la muerte de Sanz, ni siquiera la muerte como algo genérico, encarnaba su propia muerte. No importa todo lo demás, pensó, no importa nada más cuando se la ve venir, y se

acerca en silencio, cuando algo que siempre fue abstracto toma forma concreta. Todo se hace más estrecho, el mundo se cierra alrededor, como una cárcel. Pidió un coñac. Olvidó pedir algo para ella. Se lo tomó como si fuera una necesidad, una medicina de la que esperara un efecto inmediato. No había comido nada y el primer ardor del coñac en el estómago casi le hizo vomitar, pero enseguida se habituó. Patricia pidió más café y bocadillos. Mastreta no tenía hambre.

—Una de dos —siguió Patricia—, o es un agente de los fascistas y estaba investigando a la alemana, o bien trabaja con ella. Yo me inclino por lo segundo, lo cual significa que la bella señorita Heinz es la responsable directa de la muerte de Sanz.

—No. Yo también hice mis averiguaciones anoche. Ese cabrón está con los militares. Fueron ellos quienes le mandaron a Hendaya. Sin embargo, fueron los alemanes quienes les facilitaron la información. ¿Cómo entró?

—¿Qué?

—Ese hombre, ¿cómo entró en la habitación?

—Tenía la llave —dijo Patricia.

—También puede ser que se conozcan y colaboren, aunque dependan de estructuras diferentes.

—O puede que la explicación sea mucho más sencilla. Nadie tiene en esta ciudad el poder que tienen los militares. Pueden conseguir lo que quieran. ¿La llave de una habitación de hotel? Eso no es ningún problema.

Mastreta sintió la necesidad de decir algo para dar salida a lo que le ardía en la cabeza.

—Ese hombre está aquí para matarnos a usted y a mí —dijo en tono seco, vocalizando como un locutor de radio.

Terminó de un trago la copa de coñac. Patricia sonrió, al contrario de lo que esperaba él. Mastreta comprendió lo que iba a decir y antes de oírlo, durante un instante, la miró como con nostalgia de ella, de la firmeza de su carácter y de su valentía, anticipándose a lo que sentiría cuando tuviera noticia de su muerte.

—Eso ya lo sabíamos.

16

Mastreta necesitó media hora para contarle a Patricia todo lo que oyó la noche anterior en el despacho del coronel Gil. Convinieron en que lo más importante era informar a sus superiores respecto a dos puntos básicos: que el agente llamado Macario era vulnerable y su información estaba siendo utilizada por el enemigo, y que había un infiltrado en los servicios secretos republicanos, de ese modo, los fascistas habían urdido una complicada trampa para eliminar a todos sus agentes. Probablemente algunos de ellos ya habrían caído, como Sanz. Patricia estaba en serio peligro, aunque formara parte de la red logística. Mastreta tenía algo más de tiempo, pues había oído del mismísimo coronel Gil que desconocían su identidad. De todos modos, Benítez y Navío estaban tras su pista y su tapadera sería puesta a prueba. Prepararon la información que iban a transmitir a Barcelona. También debían comunicar que ya se había concertado una cita para la entrega de la película, y que el vendedor se llamaba Gregory Ivanov, empleado de la embajada rusa, aunque eso ya lo sabrían.

—¿Cómo vamos a averiguar el lugar y el momento de la entrega? —preguntó ella.

No tenía una respuesta. Patricia se encargaría de cifrar el mensaje y de enviarlo por el canal habitual. Este era un proceso sumamente rudimentario. Ella tenía un amigo panadero, un peón más de la red logística, que tenía autorización para cruzar a Francia tres veces por semana para comprar harina y azúcar, que escaseaban en España. Patricia le entregaba notas en la panadería, en la calle Arístides, con los mensajes que debía transmitir. Desde el teléfono de un hotel de Hendaya realizaba una llamada a un número de París y leía textualmente los mensajes. Al poco rato recibía una llamada con instrucciones. De vuelta a San Sebastián,

entregaba una nota a Patricia cuando esta iba a comprar el pan. De ese modo, Patricia había informado días atrás de la muerte de Sanz.

No era posible adelantar los envíos ni comunicarse con celeridad con los eslabones que formaban la cadena, y si uno fallaba, la cadena se interrumpía sin remedio. Mastreta pensaba que el sistema era claramente mejorable, pero no era ahora el momento de ocuparse de eso.

—Cuando hable con su contacto —dijo Mastreta—, infórmele de que, a partir de ahora, seré yo quien mande los mensajes y quien los reciba. Hágale una descripción de mí. —Patricia le miró frunciendo el ceño—. ¿Cómo se llama?

—Se llama Leguineche. ¿A qué viene eso?

—Usted se marcha a Francia mañana mismo.

—Pero...

—No quiero discutirlo. Incluya en el mensaje su marcha para que la recojan en Francia. Es cuestión de días que la encuentren.

—No soy una cobarde...

—No se trata de eso, Patricia. Quedarse aquí es un suicidio para usted. Tendrá que informarme de quiénes son sus amigos. Los hombres del barco y cuantos más haya. ¿Los conocen en Barcelona? ¿Podrían estar en peligro?

—Nunca he hablado de ellos. Era mi pequeño grupo, completamente autónomo.

—¿Pueden relacionarlos con usted?

—No lo creo. Desde que la ciudad cayó en manos fascistas, siempre hemos sido muy cautos.

—Bien.

—¿Y usted? ¿Está seguro de que no le han identificado?

—Lo oí de boca del mismísimo coronel Gil.

—Por si acaso, no se fíe de nadie. Y menos de ella.

Había preocupación en los ojos de Patricia. No podía evitar sentir que abandonaba el frente y dejaba allí solo a un colega de armas.

—¿Cuál era la segunda cosa? —preguntó Mastreta de repente —. Ha dicho que ocurrieron dos cosas importantes en el hotel.

—¡Es cierto! ¡Casi lo olvidaba! Registré la habitación de la alemana de cabo a rabo. Nada me pareció relevante, la verdad, había algunos papeles a la vista, una especie de inventario de obras de arte y los planos de un avión, creo, pero nada me pareció de importancia, o no supe verla, quizá porque no se había molestado en ocultarlos.

—Creo que los alemanes esperan que se les pague por su ayuda en la guerra. Puede que estén negociando incluir en el pago obras de arte. Eso daría sentido a algunas de las cosas que se hablaron anoche en el despacho de Gil.

—Al final sí encontré una cosa. Esto. —Patricia exhibió la transcripción de las cartas que había encontrado en la almohada de la habitación—. Estaban cuidadosamente escondidas. Las copié letra por letra. Por suerte, eran cortas. La segunda no está terminada, pues el hombre-estatua me interrumpió en plena labor. Usted verá si tienen algún valor.

Mastreta examinó los papeles. La letra era imprecisa, algunas palabras eran ininteligibles. Tuvo que usar la imaginación para descifrarlas.

—Son cartas privadas —dijo Mastreta.

—¿Qué es lo que dicen?

Mastreta repasó otra vez el texto para tener la certeza de que no eran cartas cifradas. No lo parecían en absoluto. Si lo fueran, se podría decir que los alemanes habían convertido la codificación de mensajes en un verdadero arte.

—No aportan mucho respecto a la misión. Pero creo que explican en parte el comportamiento de Frederika Heinz. Una de ellas es una carta de amor. Ni más ni menos. De un tal Mihail. Está en Etiopía y la echa de menos. Parece un hombre sensible.

—Lo último que esperaba oír. ¿Y la segunda?

Mastreta suspiró un momento y miró a Patricia a los ojos.

—Es la carta de un superior, un tal coronel Platz. Él es quien le remite la primera carta. Le debe de tener cierta estima a la señorita Heinz.

—¿Por qué?

Mastreta hizo una pausa.

—Él ha muerto. Mihail. Eso dice la segunda carta. Se estrelló en su avioneta hace unas semanas. Platz se lo hace saber y le da el pésame.

Patricia se quedó muda. Mastreta se encendió un cigarrillo y se reclinó contra el respaldo de la silla. Patricia estaba decepcionada.

—De poco ha servido pues mi incursión en el hotel. —En la voz de Patricia había desilusión.

—Las cartas —dijo Mastreta para alimentar la expectativa de Patricia— revelan que Frederika Heinz tiene puntos débiles, que es vulnerable. Quizá podamos aprovecharnos de ello.

—Resulta cruel.

—Puede ser un buen modo de llegar a ella. ¿Qué es lo que necesita una mujer que ha perdido a su compañero?

—Consuelo.

—Sí, supongo.

El bar estaba bastante animado a esa hora. Los vecinos acudían a desayunar y a charlar. Habían estado muy centrados en su conversación. Mastreta echó una ojeada al local. Había un grupo de amigos en la barra bebiendo vino con rostros inexpresivos y rutinarios. Otro grupo reía en una mesa contigua a la de Mastreta y Patricia. Al fondo, dos hombres discutieron de pronto aparatosamente y algunos clientes se inclinaron para ver qué pasaba. En la mesa contigua se levantaron para curiosear. Al hacerlo, Mastreta pudo ver que había otra mesa detrás, y en ella se sentaba un hombre solo. Era el hombre bajito del bigote. Allí estaba otra vez, con la cabeza baja, sin atender a nada de lo que ocurría a su alrededor. Parecía tímido y apocado, interesado únicamente en su taza de café. «Las casualidades no existen», se dijo. No le comentó nada a Patricia. Ella debía marcharse de San Sebastián, se lo repitió una vez más. Ahora tendría que arreglárselas solo. Le preocupaba que el hombre del bigote le hubiera visto con ella.

—La fiesta se ha acabado para mí —admitió Patricia con tristeza.

Tenía los ojos húmedos.

—No es un juego, Patricia —dijo Mastreta—. Ya ha hecho más que suficiente.

Patricia pensaba en sus cosas, en los amigos que iba a dejar atrás, en los fascistas que habían aniquilado su vida cuando empezaron aquella guerra y tomaron la ciudad. Para Mastreta las cosas eran distintas, por su parte, pensaba en un hombre pequeño y con bigote, de aspecto pacífico, que a sus ojos, en cambio, aparecía como una peligrosa amenaza.

17

Müller se presentó en su habitación a las diez en punto tal como habían acordado. A Frederika no le importaba en absoluto lo que pudieran decir al respecto sus jefes en Alemania. Ella sabía que en San Sebastián era intocable. Müller era arrogante y estaba pagado de sí mismo, pero al menos era puntual.

—¿Está bien instalado?

—Sí. Es un buen hotel, a pesar de todo. ¿Aclaró el misterio de las dos cartas?

—Sí. Es un asunto zanjado.

Frederika fue tan categórica que alguien más avezado hubiera notado que algo no iba bien y hubiera insistido, o acaso, todo lo contrario, comprendiendo que no era conveniente hablar de ello. Müller simplemente pensó que no confiaba en él. Después de lo ocurrido en el bosque, quería mejorar su imagen ante ella, pero no sabía cómo hacerlo. Frederika se sentó en un pequeño butacón.

—El otro día en el bosque no se daban las condiciones para brindar por nuestra patria y por el éxito de la misión. Hoy sí.

—¿A las diez de la mañana?

—¿Y eso qué importa? Es hora de que hablemos usted y yo, de que seamos colegas.

Frederika le señaló el mueble bar. Müller sacó dos vasos y una botella de jerez. Ella alzó la copa. Müller la imitó. Bebieron los dos. Frederika rellenó las copas y sonrió con un aire falso que su colega no detectó, simplemente porque no la conocía lo suficiente.

—La parte de este trabajo en la que brindamos por la patria, en la que nos sentimos héroes, le gusta, ¿verdad? Con eso soñaba cuando estaba en la Juventudes Hitlerianas. —Frederika dejó de sonreír. Müller estaba mudo. Intentó entonces esbozar una sonrisa que fue incapaz de mantener. Ella prosiguió—: Déjeme adivinar.

Usted es austríaco y sus padres le mandaron a estudiar a Berlín. Fue un alumno aplicado y bien dispuesto, el mejor de su promoción. Se empeñó especialmente en joder a judíos desamparados hinchándoles la cara a base de puñetazos, y sus jefes vieron en usted a un hombre duro y con agallas. —Ella mantuvo un tono jocoso en su voz, pero no se reía. Había tristeza en sus ojos azules—. ¿Me equivoco? —Él quiso decir algo, pero ella no le dejó —. No, no me equivoco. Aunque me jure lo contrario. Y entonces le llamaron un día y le dijeron que había llegado la hora de servir de verdad a su país, al Reich. Le dijeron que iba a hacer grandes cosas por la patria. Cosas importantes por las que iba a sentirse orgulloso y por las que iban a sentirse orgullosos sus padres. Cosas como matar a otros hombres, cosas como morir... Bueno..., puede que no se lo dijeran con esas palabras.

Frederika se volvió hacia Müller. Debía de tener veintiún años, no más. Estaba inmóvil, era incapaz de decir nada. Arrugaba un poco la frente, extrañado, sin comprender demasiado bien. Era un fanático, pero tan joven que era todavía maleable. Pensó que tenía ante sí a un niño al que le habían dicho a quién tenía que amar y a quién tenía que odiar, y que un día, ya tarde, empezaría a pensar por sí mismo. Entonces vería su propia imagen en el espejo. Lo que Frederika no podía adivinar era qué pensaría de sí mismo. Claro que ya daría igual, fuera lo que fuera lo que viera, ya sería capaz de soportarlo. Ella no era mucho mayor, pero la habían reclutado muy joven y ya había pasado por eso, su proceso había sido distinto, cinco años atrás Alemania era otro país y entonces creía que merecía la pena. Lo miró y vio algo de ella misma en él.

—Morir por la patria. Sonaba bien en la academia, ¿verdad?

Müller respiró hondo. Sus arrugas en la frente se intensificaron.

—¿A qué viene esto?

—Esto viene a que no me gusta nada nuestro papel en este drama. —Frederika se bebió la copa de un trago—. Estamos muy solos en esto. Necesito saber que puedo confiar en los únicos amigos que tengo aquí.

—¿Duda de mi lealtad?

Lo miró un buen rato sin responder, y con ello trató de decirle algunas cosas. Otras las ocultó. No estaba segura, sin embargo, de que supiera leer sus ojos.

—No voy a ser delicada con usted.

—De acuerdo.

—Lo que me preocupa es su capacidad.

Müller tembló ligeramente porque, a la vista de lo descarnado de la conversación, tras oír las palabras de Frederika Heinz, no fue capaz de inmediato, al ritmo de las réplicas y contrarréplicas, de garantizar su propia eficacia, ahora puesta en duda. Lo hizo al fin con palabras vacilantes que no inspiraban nada y que Frederika oía simplemente, inmune a ellas.

—En algún momento —dijo ella lentamente sobre las palabras tibias de Müller, silenciándolo— durante nuestra estancia aquí, nos van a matar.

Müller tragó saliva. Consiguió estar a la altura de la situación: no dijo ni hizo nada. Frederika se paseó por la habitación. Llevaba una blusa holgada de manga corta y una falda oscura. Él, absurdamente, pensó que tenía unos brazos bonitos.

—Ese hombre que huyó en Hendaya está aquí para eso. La buena noticia es que lo sabemos. La mala es que él probablemente sabe que lo sabemos.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque sé quién es.

Müller se quedó muy serio intentando no mostrar ninguna emoción, pero tragó saliva otra vez y eso le delató. Luego, como si hubiera accionado un dispositivo para ello, esbozó una ancha sonrisa.

—¡Bien! Entonces hagamos que lo arresten. O mejor aún. Dígame quién es y mañana aparecerá flotando en el río.

—¿Está asustado, Müller?

—No es eso...

—¿Siente que le siguen en la noche? ¿Que le observan? —Müller volvió a arrugar la frente—. Un hombre muerto —anunció Frederika— es un callejón sin salida. ¿Sabe usted algo de biología?

—No.

—Los virus más eficientes son los que enferman al paciente, los que le aturden. Los que matan, en cambio, se extinguen, porque no pueden seguir transmitiéndose. Así que jugaremos a un juego con él.

—No acabo de comprender.

—No se preocupe. Lo primero que tiene que hacer es aprender a vivir con miedo. Evitar que eso le aturda. Ese es ahora su trabajo. —No dijo nada. Ella se paseó por la habitación, súbitamente nerviosa—. Y hay otra cosa. Otro trabajo. —Müller, ahora, se expresó con los ojos invitándola a explicarse—: Yo no soy infalible, y no estoy en mi mejor momento. Así que tendrá que velar por mí.

19

El hombre del bigote había sido más listo que él la primera vez. Mastreta no iba a permitírselo de nuevo. Después de despedirse de Patricia, anduvo calle arriba hacia el río. Era una zona tranquila. Repitió la misma operación que en la ida. Aunque no veía al hombre del bigote, estaba seguro de que le seguía. Se metió en una bocacalle y esperó. Cinco minutos después apareció. Mastreta no acertaba a adivinar cómo demonios lo hacía para seguirle a tanta distancia. Pero allí estaba. Pasó junto a la bocacalle sin hacer ningún gesto delator. Continuó calle arriba como si nada. Esta vez fue Mastreta quien se puso tras él. Lo siguió durante veinte minutos. Se dirigió a las inmediaciones del río, en una zona que estaba desierta, excepto por las barcazas que bajaban por él. Era justo lo que Mastreta deseaba, de ese modo podría abordarlo de un modo discreto. Su persecución era parca y chapucera, sin duda, pero le daba igual. Iba a enfrentarse a él, sin más preámbulos, le atizaría hasta que le sacara todo lo que su estómago fuera capaz de soportar. Luego lo haría, le mataría. Intentó imaginar cómo, pero le costaba enfocar esta parte con claridad. Decidió que improvisaría y dejó de pensar en ello. Llegaron a una zona arbolada, cercana al río y a uno de los puentes de la ciudad. No había nadie alrededor. Mastreta había ido recortando la distancia que les separaba. Ahora el lugar era idóneo. Se lanzó a correr para alcanzarle, pero, para su sorpresa, el hombre se dio la vuelta y, plantado junto a un árbol, le esperó tan impasible como había estado siempre. Mastreta se detuvo a dos metros de él.

—¿Juan Hernández, supongo? —dijo el hombre.

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién es usted?

De súbito el miedo le asaltó. Se dio la vuelta y descubrió entre unos matorrales una cabeza que se escondía. Había otro hombre.

Probablemente se habían ido turnando para seguirle. Había caído como un principiante.

El hombre de los matorrales salió de su escondite y se acercó. Se paró a unos diez metros. El del bigote estaba quieto y aparentemente tranquilo, con las manos en los bolsillos. Puede que llevara un revólver. Pero Mastreta comprendió que no tendría más oportunidades. En un gesto rápido, se abalanzó sobre él. Le cogió de las solapas y le bajó el abrigo de un tirón, aprisionándole los brazos. Lo empujó cogiéndole con una mano por el cuello hasta que lo aplastó contra un árbol. Con la otra mano hizo saltar la hoja de su navaja y la pegó violentamente a su cuello.

—Si se mueve, le corto el cuello.

El hombre del bigote empezó a respirar con agitación. El otro corrió hacia ellos y se detuvo a una distancia prudencial.

—¡Señor Hernández, tranquilícese! —dijo el del bigote—. ¡Somos de los suyos!

—¿Qué?

—Déjeme explicarle...

—Dígale a su amigo que se acerque con las manos a la vista.

El del bigote llamó al otro. Era un hombre con aspecto atribulado, como si sufriera angustias que inspiraban pereza a ojos ajenos. Mastreta no recordaba haberle visto nunca. Le lanzó una mirada cautelosa sin apartar la navaja del cuello del otro. Se acercaba mostrando sus manos, grandes y velludas. Se detuvo a unos metros de ellos.

—Señor Hernández —dijo el hombre del bigote—, somos agentes republicanos, igual que usted. Sanz es amigo mío. Hablé con él hace pocos días y me reveló su nombre y su tapadera. Confiamos el uno en el otro ciegamente.

Mastreta estaba confundido.

—Hemos llegado esta madrugada desde Salamanca, huyendo. La única referencia que tenemos aquí es usted.

—Sanz nunca me habló de ustedes.

—Me llamó desde un pueblo llamado Gabas, en el sur de Francia. Ustedes estaban en una fonda del pueblo.

—Repito, Sanz nunca me dijo nada.

—No teníamos que estar aquí. ¿Cómo iba a saber su nombre si no?

Mastreta se separó de él de inmediato.

—Mierda.

Mientras Mastreta retrocedía, el hombre del bigote le dijo una palabra en clave. Mastreta, algo atolondrado, respondió con otra palabra. Cayó hacia atrás al tropezar con unos matorrales. Quedó boca arriba, apoyado en los codos, el cuello se le dobló hacia atrás. Antes de levantarse, vio el cielo, que estaba muy azul, cruzado por unas pocas nubes muy perfiladas, muy densas, muy pesadas, tanto que no parecía posible que pudieran sostenerse allá arriba. Nubes primaverales de panza oscura, se dijo. Sobre él, cegado por la luminosa mañana, se mecían las ramas de los árboles, oscuras a contraluz. Se levantó al fin como pudo. Los otros dos, que se habían reunido, le miraban.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó el hombre del bigote.

—Debemos separarnos. Ahora mismo.

—¿No me ha oído?

—Los van a matar. Saben que están aquí. Tienen que esconderse de inmediato. Y no vayan a ningún lugar que haya sido establecido con anterioridad.

—¿De qué está hablando?

—Esta tarde. En el bar La Cola de Ratón. A las siete. Sepárense y escóndanse. Se lo explicaré allí.

Se dio la vuelta y se alejó sin mirar atrás.

18

En los alrededores de la pensión había al mediodía mucho jaleo. Los bares rebosaban de jóvenes con boina que tomaban vino y discutían acaloradamente. A veces se acercaban grupos de soldados impecablemente vestidos, cuya sola presencia acallaba a los parroquianos. Algunos, al verlos, se alejaban tan disimuladamente como era posible. Se hacía entonces un silencio tan súbito que hacía audibles como de la nada los tintineos de las copas, el taconeo de las botas en el empedrado, la risa de alguna muchacha. Mastreta oyó sus propios pasos. Iba demasiado apresurado y creyó que todos en las terrazas de los bares le miraban al pasar por la plaza. Los militares no estaban cómodos con aquel efecto silencio que se producía a su alrededor y que llegaba siempre un instante tarde haciéndose evidente, así que reaccionaban como si no fuera con ellos, exagerando entonces su impostada gallardía y su voluntad de hacerse dueños del lugar. No tenían muchas posibilidades de congeniar. Los hombres se recogían en sus grupos, se encerraban en sus bebidas, de espaldas a los soldados, y lentamente crecía un murmullo sostenido, sometido, adulterado. Solo los soldados soltaban risotadas y llamaban a gritos al camarero. Nadie más se movía, nadie más alzaba la voz. Mastreta cruzó la plaza y llegó a la pensión. Desde la terraza, que daba a la plaza, le observaba Antas. Subió las escaleras de dos en dos.

—Parece asustado —dijo Antas desde la terraza.

La puerta acristalada estaba abierta de par en par, como casi siempre, día y noche. Mastreta al oírle se detuvo. Se volvió y esbozó una sonrisa. Tomó aliento y salió a la terraza.

—Solo tengo prisa.

—Y tiene un buen motivo.

Era un día cálido. Desde allí se veían los toldos de los bares,

que tapaban a la gente. Antas bebía vermú. Había una botella a medias en la mesa. Olía a alcohol, pero eso no era extraño en él a ninguna hora del día. Le ofreció un vaso a Mastreta que este se bebió de un trago.

—¿A qué se refiere?

—Es mejor tomarse las cosas con tranquilidad. El tiempo no va más deprisa ni más despacio porque lo deseemos. Lo único que tenemos es el presente, y estamos solos en él.

—Lo tendré en cuenta.

—Aunque, en su caso, yo también tendría prisa. Para qué negarlo. A veces uno quiere alcanzar el presente cuanto antes, y el que le espera a usted me ha parecido delicioso.

Mastreta seguía sin comprender, quiso preguntar a Antas, pero le pareció que no sacaría nada en claro, así que fingió entenderle y no dijo nada.

—Tómese otro. —Antas le rellenó la copa—. Hay cosas que requieren tiempo, que deben paladearse poco a poco, sin perder la ocasión de saborearlas por entero, sin dejarse nada.

Mastreta creyó que se refería al vermú. Esta vez se lo tomó más lentamente, en pequeños sorbos. Su corazón iba demasiado deprisa para encajar en el ritmo de Antas, quien siempre estaba al ralentí. Terminó la copa. La calle, blanca como en un día de agosto, invitaba también a relajar el ánimo y a adecuarlo a una cadencia lenta. Antas sonreía.

—No pierda más el tiempo conmigo.

Mastreta se despidió de él y volvió a la escalera. Cuando estaba llegando a su habitación se aclaró el misterio.

—Se retrasa usted —dijo Inés. La muchacha que conoció en la fiesta estaba sentada en una silla, en el rellano frente a su puerta. Dos huéspedes, a los que Mastreta solo conocía de vista, le hacían la corte. Cuando ella le vio, se levantó de inmediato y dejó a los otros dos con la palabra en la boca. Era más bajita de lo que la recordaba—. Se acordará de mí, supongo.

Mastreta le había dicho que viniera al mediodía. En el fragor de la fiesta había creído que podía ser un modo de acceder al coronel Gil, ya que la había visto con él en una actitud distendida.

Ahora, aquella estrategia se le antojaba inverosímil. Miró el reloj, eran poco más de las doce. De un par de saltos, la chica se puso frente a él con la cara risueña y un gesto de enfado en los labios, pero no muy severo.

—¡Cómo iba a olvidarme de usted! —dijo él sacando el buen humor del que había hecho gala la noche pasada—. ¡Mi querida señorita Inés! No soy un hombre puntual, ni tampoco bien organizado. Ocurre que ahora no es un buen momento para nuestro plan...

—Ah, ¿no? —exclamó ella, resuelta, alzando la voz—. He venido andando desde el otro lado del río. No pienso irme de vacío.

Mastreta la cogió del brazo y la apartó de los otros. Era muy joven, ahora, sin maquillaje y sin traje de noche, se dio cuenta. Pero, a pesar de ello, tenía un empuje y una decisión que, en el contraste con su aspecto inocente, la hacían extrañamente atractiva. Sus ojos rasgados y su cabello intensamente negro adornaban su encanto. Había una chispa en ella que ni siquiera entonces a Mastreta, con la mente en otra parte, le pasaba desapercibida.

—No grite, se lo ruego. La casera es muy fisgona.

—¿Ya no le parezco una buena modelo?

—¡Claro que sí! Pero ahora tengo otros asuntos de los que ocuparme. Le prometo que tengo presente nuestro acuerdo —aseguró Mastreta—. Cualquier otro día...

—No voy a marcharme sin mi dinero —le interrumpió Inés—. Debe saberlo. Soy capaz de organizar un buen sarao.

No era el mejor momento para un sarao. Mastreta cedió momentáneamente para salir del paso. La llevó a su habitación. Tenía que hablar con Patricia sobre la aparición de los dos agentes republicanos, si es que realmente lo eran. Se habían intercambiado las palabras clave, pero, a esas alturas, aquello no era garantía de nada. Si efectivamente eran de los suyos, quizá podrían pasar a Francia con Patricia. A esa hora, sin embargo, no podría localizarla. Todavía era temprano, tendría tiempo de verse con ella después de comer. En cuanto entraron en la habitación, Inés se

calmó. En sus ojos brillaba un destello de triunfo. Seguramente era una chica acostumbrada a salirse con la suya. Fue directa al grano.

—¿Le gusta lo que llevo puesto? ¿O prefiere que me cambie de ropa?

Llevaba un chal de tela ligera y color oscuro cubriendo la parte superior de su cuerpo. De cintura para abajo se había puesto una falda ancha y larga, de color gris, típica de la zona. El conjunto no era nada llamativo y no resultaba demasiado favorecedor, sino más bien vulgar. A pesar de todo, en cuanto tuvo la atención de Mastreta, se retiró el chal. Debajo llevaba una blusa de fina tela blanca sin cuello, con los bordes del escote ribeteados de colores chillones. Tenía un aire mejicano y dejaba a la vista buena parte de sus hombros. Mastreta se dio cuenta, por como oscilaba su pecho, de que la chica no llevaba nada más debajo.

—No está mal. Mucho mejor sin el chal.

—Ya le dije que yo no poso desnuda.

—Lo recuerdo.

—Espero que sí. Hay gente muy dura de mollera. Eso no quiere decir que no me guste que me pinten bien bonita. —Se sentó en la cama—. ¿Dónde me pongo?

Mastreta se reclinó en la mesa. Necesitaba recuperar el aliento.

—Antes —dijo—, ¿le importa traerme una copa de vino? Está todo ahí, en la repisa.

Mastreta se quitó la chaqueta. Abrió el armario para cambiarse la camisa. Ella se levantó.

—Este lugar no es muy acogedor —señaló—. Si hacemos otra sesión, le traeré flores. Solo le costarán cincuenta céntimos. —Le llevó la copa de vino—. ¿Qué le ocurre?

Mastreta no respondió. Bebió hasta terminar la copa. Ella estaba plantada frente a él mirándole con curiosidad. Se portaba con una naturalidad contagiosa.

—Veamos —dijo él mientras dejaba la copa en la repisa—. ¿Dónde voy a ponerla?

Jamás había tenido a una modelo posando para él. Los modelos que empleaba para sus dibujos eran personas de la calle,

tal como las veía. Esto era una nueva experiencia, pero debía parecer profesional. Se encontró a sí mismo en medio de la habitación sin saber muy bien cómo conducirse.

—Pues...

—¿En la cama?

—En la cama está bien, aunque es un poco extraño. Se presta más a hacer un desnudo. Será mejor que se sitúe junto a la ventana.

Ella lo hizo. Mastreta le acercó una silla y ella se sentó. Mientras él buscaba los lápices y las cuartillas, Inés ensayó algunas posturas alargando los brazos en posiciones exageradamente dramáticas.

—¿Qué tal así?

Elevó los brazos al cielo, ora como si quisiera alcanzar un don divino, ora como si temiera la furia de ese mismo don.

—Esa posición acabará agotándola. No voy a exigirle tanto. Apoye el brazo en el marco de la ventana y vuelva el cuerpo hacia ella.

—¿Va a dibujarme de espaldas?

—Ahora gire la cabeza hacia mí.

—De acuerdo.

Mastreta la observó desde varios ángulos. Lo hacía más que nada para parecer el experto que no era. En esa posición resaltaban el hombro y el rostro de la chica por encima de todo lo demás.

—Estoy bastante cómoda.

—Muy bien. Vamos a empezar.

—Alto. Quiero ver el dinero.

Mastreta se rio de ella, aunque no bromeaba. Sacó cuatro pesetas y las dejó sobre la mesa. Ella se relajó otra vez. Llevaba el cabello recogido.

—¿Prefiere que me lo suelte? —dijo.

—De acuerdo —respondió él por decir algo.

Empezó a dibujarla. Se sentó frente a ella con una carpeta a modo de soporte. En un momento tuvo esbozada una silueta. Él iba a lo suyo, observando sus brazos, su cuello, su cabello. Cuando se encontró con sus ojos, ella se rio.

—Si quiere, puedo enseñarle un poco más los hombros. Nadie ha dicho que no pueda tener una actitud un poco más picante. ¿Le parece bien? —Mastreta asintió—. Casi me siento ofendida. La mayoría de las veces tengo que pelearme para que me respeten. Ya le he dicho que hay gente muy dura de mollera. En cambio, para usted, parece que no sea más que un florero.

—Así está bien. No necesito más.

—Sin ir más lejos, el otro día el coronel Gil nunca tenía suficiente. Levántese un poquito más la falda, decía, y un poquito más. Sin darme cuenta tenía las piernas desnudas. Una lo hace por amor al arte, pero el cateto de Gil pinta peor que un mono de feria.

Mastreta apartó la mirada del papel.

—¿El coronel Gil pinta?

—Por decirlo de algún modo. Es un aficionado. Alguien debería decirle que se dedique a otra cosa. Él se lo toma muy en serio, tanto que nadie se atreve a criticarle como se merece. Y así estamos.

—¿Posa a menudo para él?

—Lo he hecho unas cuantas veces. No paga mucho, el muy avaro, y se preocupa más por desnudarme que por otra cosa. Es bastante asqueroso. No como usted. Si su dibujo me gusta —dijo lanzando una mirada insinuante—, otro día podemos negociar un acuerdo más... generoso para los dos.

La chica encogió el hombro y la blusa cayó un par de centímetros dejando a la vista un poco más de piel.

—Quizá al coronel le gustaría recibir clases de dibujo —murmuró Mastreta.

Inés se sorprendió de la indiferencia de Mastreta ante sus insinuaciones. Una parte de ella se sintió un poco decepcionada.

—No creo que acepte recibir clases —dijo—. El muy merluzo cree que es un pintor bastante decente, y como nadie le saca del error... Pero ahora busca a un retratista. Se cree tan importante que quiere hacerse un retrato a tamaño natural.

A Mastreta a punto estuvo de caérsele el lápiz de la mano. ¡Un retratista para el coronel Gil! Un empleo así le permitiría un contacto personal con el militar, hacer valer su historia y su

dramática huida de zona republicana. Él no era retratista, por supuesto, pero podía aparentarlo, al menos por un tiempo; no dominaba la pintura al óleo, aunque eso no era relevante, solo necesitaba unas pocas sesiones durante las cuales realizaría un esbozo a lápiz del coronel, eso sí sabía hacerlo. Además, podría convencerle para que fuera el protagonista de una serie de filmaciones o para dejarse hacer fotos en su puesto de flamante jefe de delegación. Su ego sería el mejor aliado.

—¿Paga bien? —quiso saber Mastreta fingiendo no darle importancia a lo que hablaban.

—Ya le he dicho que es un avaro. Aunque nunca se sabe. Está tan empachado de sí mismo que bien podría valorar su retrato en una cifra considerable.

—Eso me interesaría. Ando mal de dinero. Como no venda lo que salga hoy de esta sesión, será difícil que pueda volver a contratarla.

Mastreta le lanzó una mirada perdida para ver su reacción. Ella estaba impasible. En su cuaderno, el esbozo de Inés le miraba complaciente anunciando una aventura, invitando al observador a acercarse a ella para un propósito indiscernible. Miró a la modelo y vio que su dibujo no podía igualarla. Se acercaba, pero Mastreta no tuvo entonces la paciencia ni la templanza para recoger en el papel cuantas ideas desprendía ella, cuantas historias podía contar. Sus ojos rasgados le invitaban y le apartaban al mismo tiempo, sus labios buscaban a ratos una falsa insinuación, hasta que se cansaban y regresaban a un gesto incierto que era candoroso, pero lejano, indicando que eran ajenos a aquel lugar. Luego, inesperadamente, sin forzarlos, le llamaban como si no tuvieran nada mejor que hacer.

—Aunque con tanta ropa no sé cómo voy a vender este dibujo... —añadió Mastreta cautelosamente.

—¡Ajá! Ya sabía yo que no iba usted a ser tan mojigato.

—Solo se trata de arte, querida Inés. Solo eso. Su cuerpo es una inspiración. Pero esa blusa tan suelta y esa falda tan hinchada... Los compradores quieren ver cosas que no ven en la calle o en sus casas.

—¿Cómo por ejemplo?

—Ya lo sabe. —Ella ahora le miró con intensidad, expectante, venciéndose a sí misma en una lucha silenciosa que ya había estado ganada de antemano. Mastreta lo vio, pero no supo el motivo, y le daba igual, estaba allí y eso era suficiente—. De usted puedo sacar matices muy interesantes para los compradores franceses. Es tan española, tan alegre y recatada al mismo tiempo. Mi interés es puramente profesional. Verá lo que quiero decir... — Se levantó y dejó la cuartilla sobre la mesa. Luego se acercó a ella, que parpadeó denotando cierto nerviosismo. Se situó de pie ante Inés y con suavidad descubrió un poco más su hombro—. No le pido mucho más.

—Es usted igual que todos.

—Pero le caigo mejor que la mayoría, ¿no es así?

Había una mezcla de rabia y de excitación en los ojos de ella, y se incrementaba a cada gesto de Mastreta. Su respiración se agitó, su pecho subía y bajaba cada vez con más celeridad. Él lo percibió y siguió bajando su blusa.

—Eres un malnacido —dijo ella, aunque no se movió.

Le miraba ahora con fuego en los ojos. Entonces él se inclinó y la besó en la boca. Ella tenía los labios brillantes y temblaba ligeramente. La besó otra vez al mismo tiempo que, suavemente, descubría sus pechos.

Mastreta estuvo con Inés una hora larga. De vez en cuando, un gesto de la joven le provocaba una punzada de dolor y le recordaba que tenía el cuerpo lleno de moratones. Se quejaba y se reían ambos. Ella prometía tener más cuidado. Hacía bastante calor en la habitación. Mastreta alcanzó su cuaderno y la dibujó mientras ella se reía tumbada en la cama.

—Al final te has salido con la tuya —dijo—. Tendrás tu desnudo.

—Ahora no te muevas.

—No sé si dibujas bien o mal —añadió ella—. Solo te pido una cosa: que no se me reconozca en el dibujo.

—De acuerdo. Te pondré la cara del coronel Gil

Estaba enrojecida por el calor y la fatiga. También se sonrojó.

Parecía que le daba más vergüenza dejarse pintar desnuda que entregarse a un hombre al que apenas conocía. Ensayó unas cuantas posturas ante un Mastreta resignado que perdía cada vez el hilo de lo que empezaba. Finalmente consiguió que se quedara quieta en una posición cómoda para ella, entre cojines y sábanas. Era una escena poco explícita pero insinuante.

—¿Te ha pintado Gil desnuda?

—Eso no es asunto tuyo, chico —replicó con repentina seriedad.

—Perdona. —Su enfado duró solo un minuto. Mastreta, en cambio, bajaba ya de la nube y volvía a tener los pies en la tierra —. En verdad me resultaría muy ventajoso que el coronel me contratara para pintar su retrato.

—Podrías obligarle a desnudarse —dijo ella riéndose—. De ese modo, el muy malnacido probaría su propia medicina.

—No aspiro a tanto. Solo a ganar unas perras con las que pagar el alquiler.

—Yo tengo bastante influencia con él.

—Ah, ¿sí? —dijo Mastreta con tono ligeramente jocoso.

—No seas imbécil. Le hago reír. Los hombres, en el fondo, son así de simples. Da igual lo fuertes, o inteligentes, o poderosos que presuman ser. A todos les gusta jugar, y entonces son tan inocentones como un niño de corta edad.

—¿Crees pues que puedo contar con ello?

Inés se incorporó. Se dio cuenta de que, repentinamente, habían dejado de hablar el mismo idioma.

—No vayas tan rápido. ¿A qué viene tanto interés?

—Ya te lo he dicho. Necesito dinero. Si lo consigues —insistió Mastreta—, el... «esfuerzo» no será en balde. Te lo pagaré con parte de las ganancias...

La mirada de ella se endureció. Se puso de rodillas sobre la cama, de modo que Mastreta estuvo a su alcance. Entonces le abofeteó sin comedimiento.

—Antes te he dicho que eras como todos —dijo—. No es verdad, eres peor, peor incluso que Gil. Él no me trata como a una puta.

A Mastreta le ardía la mejilla. Ella se tapó con la sábana.

—Perdona.

—Nunca he tenido intimidad con ese asqueroso. No hago esto con cualquiera, para que lo sepas. Y menos con Gil, y menos para hacer un favor a un pintor de pacotilla al que acabo de conocer. —Mastreta se quedó mudo. Ella estaba realmente furiosa y en sus ojos asomaron lágrimas de rabia—. Es hora de irme —dijo.

Se levantó y empezó a vestirse. Mastreta era consciente de que la había humillado, sin embargo, en ese instante, se alarmó cuando se dio cuenta de que, a pesar de todo, le daba igual. Lo único que verdaderamente le preocupaba era que la posibilidad de acceder a Gil, que hasta hacía un momento había tenido tan cerca, se esfumara de repente. Se frotó la cabeza. Soy un espía, se dijo, mi trabajo es seducir, engañar, mentir con el fin de conseguir con ello alcanzar un objetivo determinado. No puedo sentir culpa por mis actos, solo puedo lamentarme y reprocharme si estos no son eficaces.

—Somos dos extraños —dijo Mastreta acercándose a ella, que le daba la espalda—. Nunca volveré a tratarte como hace un momento. Ha sido una estupidez. Como tú has dicho antes, los hombres a veces somos como niños, no he pensado lo que decía.

—No es cierto. —Se volvió hacia él—. En ningún momento, mientras hemos estado juntos, te has portado como un niño.

Ella se interrumpió y se sonrojó. Terminó de vestirse y se puso el chal sobre los hombros. Sus ojos se encontraron durante un segundo. Mastreta quiso decir algo, pero ella se dio la vuelta y salió de la habitación. Sobre la mesa seguían las cuatro pesetas que Mastreta había sacado para pagarle.

Se vistió. Estaba furioso consigo mismo. Había juzgado mal a Inés. En el fondo, ella era también una niña. Estaba encendiendo un cigarrillo cuando llamaron a la puerta. Mastreta creyó que era ella otra vez. Corrió a la puerta y cuando abrió se quedó de piedra. Era Frederika Heinz.

—Esa chica ha salido de aquí llorando —dijo—. ¿Qué ha hecho esta vez, Juan Hernández?

19

Mastreta la hizo pasar. Ella se paseó por la habitación mientras él intentaba poner orden. Arregló tan rápido como pudo la cama y trajo una silla para que se sentara.

—Un amigo suyo —dijo Frederika—, un tal Antas, me ha visto en el pasillo cuando venía hacia aquí y ha evitado lo que hubiera sido una situación sin duda muy violenta. La segunda en la que se hubiera visto usted mezclado en solo dos días.

Mastreta no dijo nada. Terminó de adecentar la habitación. Luego se apoyó en la mesa y cruzó los brazos. No estaba completamente seguro, pero pensaba que era ya muy probable que ella supiera quién era él en realidad. A pesar de todo, no podía sino creer firmemente que su personaje seguía vivo y su verdadera identidad a salvo, ya que, de otro modo, no sabría seguir adelante con la farsa. Se aferraba a una remota posibilidad y apostaba fuerte una vez más, no tenía otro remedio. Hacía un esfuerzo para evitar que ella notara que estaba incómodo. Frederika se sentó. La habitación estaba cargada, él se dio la vuelta y abrió la ventana. Fuera hacía calor y en la calle se iba imponiendo un silencio que parecía que tenía oídos. Eran casi las dos de la tarde y no había almorzado todavía.

—Según su amigo Antas, estaba muy ocupado con una dama.

—Posa para mí.

—¿Y por qué se marchaba llorando?

Mastreta no contestó.

—¿Ella la ha visto al salir? —dijo al fin.

—No. Y es una suerte, porque sabe quién soy. Y yo sé quién es ella.

Había una clara insinuación en las palabras de Frederika.

—Usted no sabe nada de esa chica —espetó Mastreta.

Se dirigió hacia el rincón donde guardaba los licores y los vasos.

—Y usted tampoco, se supone —replicó ella.

—Eso es asunto mío.

—¿A qué viene ese mal humor? —preguntó Frederika—. Casi no le reconozco. ¿Qué se ha hecho de aquel despreocupado cineasta, de aquel vividor de tiempos de guerra que siempre se salía con la suya?

—¿Quiere tomar algo? —se limitó a decir Mastreta.

Llenó una copa de vino barato. A punto estuvo de derramarla. Le temblaba la mano. A ratos se sentía al descubierto ante ella, como si llevara colgado del cuello un cartel que rezara que era un espía republicano. Todo dependía de algún matiz en la mirada de ella, de un ademán de sus manos.

—¿Qué la trae por aquí, señorita Heinz? Creía que no quería volver a verme nunca más.

—¡Nunca más! Si lo dije alguna vez, estoy segura de que no lo creyó. Desde que le conozco tengo la sensación de que usted y yo estamos ligados de algún modo, y creo que usted siente lo mismo.

Se miraron a los ojos. Era la primera vez que lo hacían desde que ella entró. Él lo había evitado todo el tiempo, aunque sabía que eso le empequeñecía ante su rival. Ahora aguantó la mirada haciendo un esfuerzo titánico. Ella bajó los ojos finalmente para buscar un cigarrillo.

—Me apetece esa copa de vino —dijo.

Mastreta se la trajo.

—¿Por qué ha venido? —insistió.

—¿No lo sabe? —dijo ella después de dar un sorbo.

—¿Por mis dotes de dibujante?

—En parte. —Ella miró la copa de vino con desagrado—. Este vino es imbebible.

—¿Qué más? ¿Se interesa acaso por mi estado de salud tras la paliza?

—Eso también.

—Me duele, pero lo soporto. ¿Qué más?

Ella se levantó. Dejó la copa en la tarima.

—Supongo que ha sido una mala idea. Será mejor que me marche. —Mastreta reaccionó. Cuando ella llegaba a la puerta, él la alcanzó y bloqueó la puerta con su cuerpo. Estaban muy cerca—. ¿Va a darme otro beso sin mi permiso?

—¿Qué es lo que quiere?

—Estoy hambrienta. ¿Me invita a comer?

20

Fueron a una tasca cercana a la pensión. Al principio no hablaron mucho. Parecía como si ambos tuvieran algo en mente, algo abstracto, pero no supieran exactamente cómo concretarlo y llevarlo a la práctica. Había un menú barato. Sopa y pescado. El vino era malo, pero el pescado era fresco. Hablaron de ello. Estaban hambrientos y vaciaron los platos y las copas.

—¿Está casada? —preguntó Mastreta.

—No. ¿Y usted?

—No. Pero tiene a alguien en Alemania, ¿verdad?

Mastreta se fijó en su reacción. Ella negó con la cabeza mientras bebía un sorbo de vino. Se ocultaba tras la copa.

—Es usted muy guapa. Apuesto que ese teniente, Benítez, la pretende.

—Es un buen hombre y un buen oficial.

—Rehúye mis preguntas.

—¿Y qué más da? ¿Por qué las hace? Soy una mujer, soy alemana y estoy aquí con usted. ¿Qué más quiere saber?

—Creo que me he enamorado de usted.

Mastreta improvisaba. Le resultaba fácil con ella, las palabras salían solas, incluso aquellas. Frederika le miró sonriendo, pretendiendo que departía con un muchacho alocado. Sus ojos, sin embargo, estaban tristes. En su mente pesaban muchas cosas al mismo tiempo y se le hacía difícil controlarse. Iba a tientas, avanzaba desorganizadamente hacia un devenir cada vez más incierto.

—¿Le da igual? —dijo él.

—Se enamora y desenamora muy deprisa, señor Hernández.

—¿Y qué más da? —Se sonrieron con los ojos. Tomaron coñac. Ella estaba escurridiza. Mastreta encendió un cigarrillo y se

lo dio—. Es tabaco americano —dijo. Encendió otro para él y fumaron en silencio—. ¿Estará mucho tiempo más aquí? —preguntó al poco.

—No. De hecho, esta comida es una despedida. Me voy en pocos días. Estaré muy ocupada, con lo que no creo que podamos volver a vernos.

—Debimos pedir champán. —Ella le miró con seriedad—. Tiene razón —añadió Mastreta con humildad—. No valgo tanto. Con vino barato es suficiente. ¿Se acordará de mí allá donde vaya?

—Claro que sí. Ayer estuve poco cortés. Lo siento. Me acordaré de usted y guardaré un buen recuerdo de estos dos días.

—Yo no le guardaré rencor.

Ambos rieron. Ella se sintió pequeña. No quería reírse, no quería sentirse a gusto, porque eso hacía más difícil su trabajo.

—Dos días solamente —dijo Mastreta—. Parece que ha sido una eternidad, y a la vez parece que ha pasado solo un instante. Suficiente para...

Mastreta se interrumpió. Ella soltó una carcajada suave, pero transparente, que indicaba un hastío indolente con el que quería mantener el juego.

—Vamos, señor Hernández. Acabo de ver salir a una mujer de su habitación. Usted no me ama.

—No crea, no estoy seguro de que no sea así. Da lo mismo. Brindemos, pues, por dos breves días en los que nuestras vidas coincidieron, colisionaron más bien —ella rio—, y que con el paso de los años se perderán en la mente, ocultos tras otros miles de recuerdos.

Brindaron. Mastreta pidió la cuenta. Frederika insistió en pagar. Él no discutió demasiado. Pasearon un rato por el centro de la ciudad. Había bastante animación por las calles. Hacía calor, pero el sol ya no apretaba a esa hora y muy pocos hombres llevaban sombrero. Mastreta se quitó la chaqueta. Al hacerlo, observó que a unos veinte metros tras ellos había un hombre alto con sombrero que justo entonces se lo sacaba y se pasaba la mano por el pelo. Era rubio y tenía la piel roja por el calor.

Pasaron frente a una tienda de recuerdos. Todavía existían, a

pesar de la guerra. Estaba vacía, a la espera del regreso de los turistas franceses, que ahora escaseaban.

—¿Cómo se llama el hombre que la espera en Alemania? Debería comprarle un recuerdo de San Sebastián.

—No me espera nadie.

—Compre algo de todos modos. Así se acordará de mí.

Rebuscaron por la tienda. Casi todo eran objetos religiosos. También había vestidos tradicionales y boinas, y en un rincón había una buena exposición de cerámicas. Botijos, platos, ceniceros. Algunas piezas tenían formas extravagantes con el fin de atraer la atención de los compradores. Mastreta observaba a Frederika, que se divertía ante un botijo con cuernos de toro. Después de un rato, ella encontró un pañuelo blanco de encaje que tenía bordado el nombre de la ciudad. Era muy barato. Los precios estaban por los suelos. Antes de que ella pudiera decir nada, Mastreta se lo compró.

—Le echaré de menos —dijo ella.

Mastreta se acercó a ella.

—Vayamos a su hotel. Ahora —susurró.

—¿Por qué clase de mujer me toma?

—Usted no es una mojigata. Y no tenemos más tiempo.

—Tengo que irme.

Ella se apartó de él. Salió a la calle y echó a andar con cierta torpeza. Mastreta la siguió a pocos pasos. Ella le miraba de vez en cuando, como si quisiera tirar de él. La alcanzó, la cogió por el brazo y la condujo hacia una callejuela. Ella se dejó llevar. Caminaron por la callejuela que, al poco de alejarse de la calle principal, estaba desierta. Él la cogió de la mano. Andaban deprisa. Tiró de ella hacia un soportal sombreado. Se oía un rumor lejano de gente, un perro ladraba en alguna parte de la callejuela, de alguna ventana salía el llanto de un niño. La atrajo hacia sí, muy cerca. Acarició su cabello. Ella le miraba con sus ojos enormes y azules.

—No sé cómo voy a sacármela de la cabeza, Frederika.

Mastreta la besó y ella se dejó hacer. Sus labios estaban dóciles, como si se hubieran rendido o quisieran pretenderlo. De

pronto se oyó un estruendo. Era un disparo. Mastreta miró a su alrededor. Descubrió que, en el callejón, a poca distancia de ellos, estaba el hombre rubio y acalorado que les había estado siguiendo. Creyó que era quien había disparado, pero enseguida vio que estaba tan desconcertado como él mismo. Frederika seguía muy cerca de él. Casi no se había movido. Se miraron. Mastreta vio otra vez tristeza en ella. Se oyó otro disparo. El estruendo fue aterrador y resonó por el callejón como si el ruido rebotara en las paredes de los edificios y se clavara luego en sus cabezas. Venía de alguna azotea. Se oyeron gritos procedentes de la calle principal. La gente corría. Otro estallido. Hubo más gritos lejanos. El hombre rubio permanecía petrificado en la callejuela. Mastreta estaba inmóvil, no sabía dónde estaba el peligro ni dónde podía refugiarse. Frederika, en un gesto rápido y decidido, salió corriendo hacia el hombre rubio, que la esperaba. En unos segundos habían desaparecido. Mastreta estaba solo en el callejón.

Un grupo de cinco soldados estaba desalojando a la gente en la calle principal. Uno de ellos le paró, le cacheó y le mandó salir de la zona. Preguntaban a todo el mundo, pero nadie parecía saber a ciencia cierta qué era lo que había ocurrido. Mastreta se alejó del lugar. No vio a Frederika por los alrededores. Se había esfumado.

21

Se tomó un vino en una tasca cercana a la casa de Patricia Rulfo. Luego compró tabaco. Le pareció que nadie le había seguido. La calle estaba tranquila, casi solitaria, hacía rato que había dejado atrás la zona del tiroteo y daba la sensación de que todo el mundo se había ido hacia allí a curiosear. Era media tarde. Aquella soledad construyó en él una sensación de desasosiego. Ya no había sitios seguros, ya no tendría momentos de paz. Todo parecía preparado, como si estuviera actuando en una película y hubiera llegado el momento de acabar con su personaje. Solo oía sus propios pasos sobre los adoquines. Al doblar la esquina, de camino a la casa de Patricia, se topó con ella. Cuando se vieron no se dijeron nada. Él la siguió a unos diez metros de distancia. Caminaron hacia el extremo oeste del barrio. En esa zona había mucha gente en la calle y muchos soldados que hoy no estaban tan ociosos. Entre militares y transeúntes, cientos de ojos se cruzaban inspeccionando todo lo que pasaba alrededor, ya fuese desde una actitud directa, altiva y escrutadora, o de reojo, desde la alarma y el miedo. Patricia entró en La Cola de Ratón. Estaba lleno. Mastreta entró detrás. No calcularon bien, no supieron dónde meterse y se encontraron plantados en medio del bar, fuera de lugar. El suelo estaba pegajoso. Siguieron haciendo como que no se conocían. Tampoco pidieron nada. Una mesa quedó libre y Patricia se sentó. Él al final pidió un vaso de vino y se hizo un hueco en la barra. Los dos eran conscientes de lo poco acertados que habían estado. Patricia estaba incómoda e indecisa. Como Mastreta no se reunía con ella, se levantó al fin y se situó a su lado. Él bebía vino demasiado deprisa. La barra tampoco era un buen sitio para hablar, la gente estaba casi encima. Pasaron veinte minutos hasta que la barra se despejó. Para entonces Mastreta estaba bebido y

todo le parecía una broma de mal gusto. Se reía solo hablando consigo mismo. Patricia le condujo hacia la mesa.

—No grite.

—¿Estoy gritando? Por Dios, qué más da —dijo Mastreta. Se sentaron frente a frente. Él la miraba sin ninguna expresión—. ¿Se da cuenta de que no sabe nada de mí?

—Y no quiero. Y a pesar de ello, le conozco bien.

—Usted no se sentaría nunca con un hombre como yo. Por eso tengo que gritar, de otro modo sería demasiado raro. Tengo que rebajarla, traerla hacia mí.

La mesa estaba adosada a la pared. Mastreta se levantó del banco, se sentó a su lado y de improviso la besó en los labios. Apestaba a vino.

—¿Lo ve? La he convertido en una puta barata. Píntese los labios y dese colorete.

Hablaba muy cerca de ella, entre dientes, sonriendo. Mientras ella se pintaba los labios exageradamente, él le soltó el pelo, sonriendo, y pasó los dedos por él. Le desabrochó un par de botones dejando a la vista un escote indecente. La besó otra vez y le sobó los pechos. Ella se dejaba hacer, inerte. Mastreta notó que el corazón le iba muy deprisa. Se había sonrojado. Le habló ahora al oído.

—No me conoce. Es lo mejor, o le repugnaría.

—No es verdad. Usted inspira confianza.

—Sabe, a lo largo de mi vida he ido soltando lastre. Al final, no me quedó nada. Y ahora solo tengo esto en lo que andamos metidos. —Se rio—. ¿Sabe por qué me reclutaron?

—No quiero saberlo.

—Fue porque...

Entonces fue ella quien le besó en la boca, largamente, a gusto, metiéndole la lengua, demostrándole que estaba a la altura de lo que fuera que estaba haciendo.

—No quiero saberlo —repitió irguiendo el pecho ante él.

Mastreta respiró fatigosamente un rato, cerrado en sí mismo. Pidió más vino. Le pusieron el vaso delante, pero no bebió. Lo miraba en silencio, decaído. Entonces, cuando por fin se decidió,

Patricia se le adelantó y se lo bebió de un solo trago.

—Si usted se emborracha, yo también.

Mastreta se frotó la cara. Por entre las manos se le escapaba un gemido, un rugido de rabia.

—No quiero cargar con usted, ¿entiende? Con el peso de su vida encima de mí.

Patricia se levantó y pidió algo de comer. El bar se había llenado otra vez. Entraba por el ventanal una luz sombreada de tarde. Por efecto de la bebida, a Mastreta le pareció que llevaban allí mucho rato, que el bar era suyo, que el camarero de la barra era su amigo. Patricia regresó a la mesa.

—¿Qué hora es? —dijo él.

—Van a ser las siete.

—Tiene que irse.

Con una claridad asombrosa, le explicó a Patricia que habían contactado con él dos hombres que decían ser agentes republicanos. No quería que la vieran con él porque no se fiaba. Ella accedió a sentarse en otra mesa, pero no quiso dejarle allí solo todavía. Se reía haciéndose la puta, besuqueándole por toda la cara.

—Se porta como un suicida —susurró ella.

—Es usted bastante guapa, Patricia. ¿Nunca ha estado casada?

—Mejor no pregunte. Yo tampoco preguntaré más.

Ella se levantó. Se llenó un vaso de vino y se lo llevó a una mesa al otro extremo. Al poco, un hombre de mediana edad y con pinta de paleto se sentó en su mesa. Mastreta pensó que todas las mujeres se confundían con putas cuando estaban con él. Se quedó con una sonrisa boba en la cara, como si estuviera sentado con un amigo imaginario. Se aburrió enseguida, menguada su capacidad para entretenerse. El hombre del bigote tardó diez minutos en llegar, tiempo durante el cual los ojos brillantes de Mastreta se iban siguiendo a todo el que cruzaba frente a él. Al fin entró y se dirigió directamente a sentarse a su mesa. Mastreta no le vio hasta que lo tuvo delante. Su compañero entró al cabo de un minuto y se instaló en la barra, había bastante gente y Mastreta solo distinguía fracciones de él. Se le hizo un nudo en la garganta e intentó

aliviarlo terminando la copa de un trago. Luego le tendió amistosamente la mano al hombre del bigote, que le miraba sin ninguna expresión. A este le pareció una burla. Mastreta le sonreía, pero su voz sonaba como un murmullo seco y casi imperceptible que salía como un hilo de su boca y que no parecía dirigido a nadie.

—Tiene usted el aspecto de un espía de película inglesa al que van a matar en la próxima escena —dijo Mastreta—. Cambie de atuendo cuanto antes.

Pidió más vino. El otro percibió que estaba borracho. Se sacó el sombrero y lo soltó en la mesa. Estaba mojado y dejó sobre ella gotas de agua. Mastreta se dio cuenta entonces de que estaba lloviendo. Lo apartó de un manotazo y cayó al suelo, entre la mesa y la pared.

—Déjelo ahí.

—¿Se puede saber qué pasa?

—Sanz está muerto. Lo mataron en Hendaya. —El hombre palideció—. ¿Cuántos de sus colegas han muerto o han sido detenidos?

—Tres.

—¿Comprende? Los conocen a todos y saben cuáles van a ser sus movimientos. Por eso se anticipan, solo tienen que esperar a cazarles como conejos.

—¿Cómo puede ser?

—No lo sé.

—¿Por qué nos vemos aquí? ¿Es seguro?

Mastreta sonrió, si bien se le veía falto de ánimo. Hablaba en un murmullo de borracho.

—Hace bien en no fiarse mucho de mis decisiones. Escogimos este bar ya que tiene buenos ventanales y puede verse quién va a entrar. Tiene una salida trasera, por si hay que largarse corriendo, y además conocemos de vista a la mayoría de parroquianos. Esa es toda la seguridad que puedo ofrecerle. ¿Por qué querían verme?

Trajeron el vino. Mastreta recibió al camarero con una alegría alcohólica. El otro se le unió tibiamente y a destiempo. El camarero les dejó solos.

—Me llamo Del Río. Mi compañero se llama Laguna. Salimos de Salamanca por los pelos. No teníamos que venir aquí hasta dentro de unos días, pero no podíamos seguir allí.

—Haré que les lleven a Hendaya. Mañana a lo sumo.

—No puede ser.

—¿No me ha oído?

—Vamos detrás de Gregory Ivanov. ¿Sabe quién es?

—Dígame dónde está y qué aspecto tiene. Yo acabaré con esto.

—Es imposible.

—¿Quiere morir?

—No es tan sencillo.

Mastreta se relajó. Por primera vez, con la claridad propia de un borracho que se aferra a algo, le pareció que veía el final de todo aquello. Todas las piezas estaban suspendidas en el aire, como si las manejara un malabarista.

—Nadie sabe qué aspecto tiene —dijo Del Río—. Nadie le ha visto.

—¿Cómo puedo encontrarle?

—No puede. Nadie puede.

—¿Qué significa eso?

Del Río bebió.

—Debería usted ocuparse de otras cosas —dijo Del Río con el aire de quien no confía en el otro.

—¿A qué se refiere?

Mastreta le miró tan intensamente como era capaz.

—Esa mujer alemana. No acabo de comprender su estrategia, espero que tenga alguna respecto a ella. En cualquier caso, está jugando con el demonio, y no siempre tendrá ayuda.

—¿Fue usted? ¿Quién hizo los disparos?

—Fue mi compañero, Laguna. Es un truco muy viejo. Llevo bastante más tiempo que usted en este negocio, señor Hernández. Ese sombrero que ha lanzado al suelo me permite cambiar de aspecto en unos segundos. No somos estúpidos. He sobrevivido un año en territorio enemigo. ¿Cree usted que descubrió esta mañana que yo le seguía? Yo me hice ver, de ese modo no se dio cuenta

de que otro hombre le seguía también. Otro viejo truco.

—Está bien.

Ambos estuvieron unos segundos en silencio. Mastreta intentaba ver con claridad a Laguna, pero siempre había un cuerpo que se lo impedía.

—Tiene que calmarse y pensar con frialdad —siguió Del Río —. Esa mujer, aléjese de ella. De hecho, sería conveniente que cambiara de alojamiento.

—Los militares no me vigilan. Lo sé con seguridad.

—Pero ella sabe quién es, ¿verdad?

—No lo sé.

—Puede trastornar el buen sentido de cualquiera, lo comprendo. Usted quizá cree que hay alguna especie de afinidad entre ambos, y que eso le mantiene a salvo. Pero no se deje engañar. La han entrenado para eso. —Mastreta miraba hacia otro lado—. Quizá no le guste oír lo que digo, pero piense en ello.

Efectivamente, no le gustaba oír aquello, aunque intuyera que Del Río tenía razón, y tuvo el efecto contrario al propósito, porque Mastreta, ebrio como estaba, ahora no pudo dejar de pensar en ella y sintió el deseo de levantarse e ir en su busca bajo la lluvia. Del Río le pareció pequeño y mezquino, ajeno a él, alguien inexplicablemente despreciable con quien nunca se sentaría a tomar una copa.

—¿Cómo podemos comunicarnos? —preguntó Del Río tratando de centrar a Mastreta.

—No lo sé.

—¿Conoce a alguien de confianza que pueda hacer de intermediario?

—Me alojo en una pensión, La Cordobesa. Está en el centro. Puede dejarme una nota en recepción. No, eso no es seguro. —El otro se impacientaba—. Hay una panadería en la calle Arístides. Déjele una nota al panadero y alguien me la hará llegar. Se llama Leguineche.

—Está bien. Recibirá noticias nuestras.

Del Río estaba visiblemente disgustado. A Mastreta no le pasó desapercibido, pero no se le ocurrió nada para hacerle cambiar el

ánimo. Se sintió narcotizado e impedido, al mando de un bote miserable que hacía agua y que se hundía ante la angustia de todos los que iban en él. Le dio por reírse.

22

Müller estaba nervioso. No era muy evidente, pero hablaba todo el tiempo y no paraba de beber. Se habían detenido en una tasca. Después del tiroteo se habían mezclado con un río de gente que se alejaba de la zona. Había a su alrededor un silencio y un miedo colectivo que no discriminaba a nadie. La propia masa lo alimentaba. Frederika comprendía la reacción de la gente, no tanto la de Müller. Este debería haber intuido qué era lo que había pasado. Alguien velaba por Juan Hernández. No era más que eso. El miedo venía de lo desconocido, de lo incomprensible, de lo inevitable. No había, pues, motivo entonces para que Müller tuviera miedo. Este se terminó su tercera cerveza. Hablaba sin cesar en alemán de sus compañeros de armas, especialmente de aquellos que bajo fuego enemigo sin duda se portarían como gallinas, quizá para quitarse de la cabeza su propia reacción, que no era capaz de determinar si había estado a la altura de lo que se esperaba de él. Frederika solo le escuchaba a medias, observaba a la gente. Apenas había tenido tiempo para mirar a su alrededor con detenimiento desde que llegara a la ciudad. Las mujeres vascas le parecieron entonces bastante atractivas, no porque tuvieran una elegancia especial o porque tuvieran gran simetría o esbeltez, sino porque actuaban sin complejos y con una decisión que despertaba su admiración. Se dio cuenta de que las gentes de aquella ciudad, de aquel país, estaban tan exentas de maneras artificiosas, era tal su preocupación, su miedo, el amor que sentían por los suyos, la angustia que les abrumaba frente a la más absoluta incertidumbre, que desprendían invariablemente una luz esencial, como si los sentidos, como si su sistema nervioso hiperactivo tersara su piel, engrosara sus labios y modulara el brillo de sus ojos. Había en ellos tan firme propósito por sobrevivir que se veían a sus ojos

extranjeros como criaturas poseedoras de una integridad para con ellos mismos, una determinación que intensificaba sus atributos físicos, sus virtudes y sus defectos, y en ese punto tan desnudo del alma y el corazón ella veía belleza. Cualquiera pensaría que aquellas ideas eran una estupidez, quizá para otros serían aquellas gentes unos salvajes, gentes incivilizadas por la guerra, unos pobres miserables, pero para Frederika eran todo lo contrario, eran una absoluta expresión de humanidad.

Müller se calló al fin. La miraba con ojos expectantes. Para él todo aquello no era visible, pasaba a su alrededor sin que fuera capaz de captarlo. Además, estaba en ese momento ciego, obcecado consigo mismo, dándole vueltas al misterio de su conducta durante el tiroteo. Si tuviera que dar órdenes, si tuviera entonces que tomar las riendas de la situación, se quedaría indeciso, petrificado, inmóvil. Frederika pensó que su compañero había ganado también en humanidad. No era que careciera de valentía, sino que no tenía todavía los recursos para ejercerla. Distaba mucho todavía de ser un soldado frío y desalmado, lo cual era su ambición, sin duda tenía la capacidad, pero no sabía llegar a ello todavía, y eso le asustaba, lo cual le hacía hablar y beber.

Frederika sintió un alivio que no podría explicar a Müller. Acaso este lo sintiera también. No había salido como esperaban. Hasta que llegaron al callejón todo iba bien. Era un callejón sin salida y había al fondo, en la última casa, unas escaleras con aspecto de estar abandonadas que bajaban a un sótano oculto. Había sido alquilado secretamente meses atrás, a través de intermediarios, por la embajada alemana. Era un piso franco disponible solo para emergencias, para situaciones ajenas a la autoridad militar del lugar, que teóricamente desconocía su existencia. No había otro sitio donde hubieran podido llevar a Juan Hernández. Era una casa deshabitada rodeada de casas deshabitadas, con un sótano cerrado, entre muros de piedra muy antiguos que habían sido cimiento de casas construidas y derribadas sucesivamente a lo largo de años, de siglos incluso. Un buen lugar para encerrar e interrogar a alguien. Frederika se preguntó cómo se habría sentido al enfrentarse a Juan Hernández

sujeto a una silla y recibiendo golpes de Müller. Eso era enormemente inquietante para ella, porque había organizado todo aquello debido a un incontenible e inexplicable deseo de tener a Hernández a su merced. Probablemente habrían tenido que matarle al final, incluso si después de todo el jaleo resultaba que era un hombre inocente, un pobre artista sin fortuna. El tiroteo disipó las dudas que Frederika pudiera tener respecto a Hernández, y al mismo tiempo interrumpió lo planeado, pero dejó irresueltas otro tipo de dudas en ella que tenían que ver consigo misma.

Al salir llovía. Era una lluvia primaveral: repentina, furiosa y breve. Les cogió de lleno. Cuando llegaron al hotel estaban empapados. Frederika no podía estar ni un minuto más escuchando a Müller. Benítez salió de la nada a su encuentro.

—¿Puedo invitarla? —preguntó.

Müller tenía una cita en Hendaya. Se marchó sin decir nada. Ella subió a cambiarse de ropa y bajó al cabo de un cuarto de hora. Benítez la acompañó al salón de recreo del hotel. Esa noche había un pianista tocando piezas clásicas. El ruido de la lluvia acompañaba la música como un fondo agradable pero alarmante, como un aviso constante de que al mismo tiempo que estaban allí sentados tomando una copa de jerez, ocurrían muchas otras cosas a su alrededor, en aquella ciudad hermosa y ensuciada por la guerra.

—Háble me del general Mola —pidió Frederika.

La lluvia cesó de pronto. El pianista se quedó solo y vaciló un instante. Apenas lo notó nadie. Frederika tuvo la sensación de que esa tarde se daba cuenta de cosas que pasaban desapercibidas para el resto.

—Es un patriota —afirmó Benítez recostándose en su butaca —. Es un líder nato.

—Me gustaría conocerle. Me han pedido un informe sobre él.

—Eso será difícil en este momento.

—Dígame, pues, qué piensa usted de él.

—¿Mi opinión tiene algún valor?

—Por supuesto, Iván.

Benítez se adelantó en su butaca. Encendió un cigarrillo.

—El general es un ejemplo para todos nosotros, empezó de

cero, fue herido como soldado en África y condecorado varias veces. Todos sus logros, desde que era un simple soldado, proceden del campo de batalla, de su arrojo frente al enemigo y de su inteligencia en la lucha.

Una presencia le interrumpió. El pianista había acabado una pieza y el público aplaudió comedidamente. Desde sus butacas, elevaron la cabeza. Un hombre alto y ancho de espaldas estaba plantado frente a ellos. Vestía de negro. Benítez se levantó. Frederika le observó desde su butaca.

—No sabía que estaba en la ciudad —dijo Benítez dándole la mano—. Me alegra verle. —Nada de lo que decía Benítez cuadraba con el lenguaje de su cuerpo. Frederika observó que durante unos segundos el teniente había perdido la referencia de ella y había comenzado a portarse como haría un chaval que hubiera cometido una gamberrada al enfrentarse a un padre excesivamente severo, con la duda de si este era conocedor de su mala conducta. Luego Benítez, ligeramente recompuesto, se volvió súbitamente hacia ella —: Frederika, le presento al señor Guzmán. Colabora con nosotros.

Ella le tendió la mano. Se vio diminuta frente a aquel hombre cuyo portentoso físico quitaba el aliento, no tanto por su atractivo incuestionable, sino más bien porque era inevitable asociar su fuerza a una idea de violencia y brutalidad, aun cuando no hubiera pestañeado siquiera. Guzmán le cogió la mano e hizo una ligera reverencia con la cabeza.

—Encantado. He oído hablar mucho de usted y tenía ganas de conocerla.

Su dicción era perfecta, las palabras eran voluminosas cuando las decía, como si todas ellas fueran importantes e inevitables. La miró con una franqueza inusual, como si de sus ojos salieran palabras también, aunque no tenían sentido para ella, hablaban un idioma oscuro que, aunque fuera capaz, no tenía la voluntad de comprender. Frederika pensó brevemente cuántas cosas no serían jamás tema de conversación con aquel hombre. Parecía condenado a decir solamente sentencias, a dar órdenes, a emitir gruñidos claros como palabras, en su dicción y en su significado. Se sentó con ellos. Bebió coñac. Solo habló Benítez, quien parecía que había

agudizado más aún su sentido del saber estar hablando sin decir nada en realidad. Guzmán le miraba en silencio, sin hacer subrayados con su expresión, como si nada de lo que oyese fuera de su interés. Sin embargo, le daba breves réplicas para mantener viva la conversación. Cuando se hizo un hueco, se dirigió a Frederika.

—Hace unos días la vi a usted, a ambos. En una taberna. Usted había bebido demasiado y bailaba con un desconocido. Entiendo que lo está pasando bien.

Cualquier mujer en cualquier lugar del mundo se hubiera sentido incómoda, no solo por las palabras, sino también por la mirada penetrante que las acompañaba, que no planteaba enigma alguno, pues era abiertamente arrogante y lasciva al mismo tiempo.

—Pues la verdad es que sí —replicó ella inmutable—. No es Berlín, pero esta puede ser una ciudad divertida. Por desgracia, esta noche estoy fatigada. Teniente, les dejo con sus cosas.

Frederika se levantó. Los otros dos lo hicieron a su vez. Guzmán la miraba desde arriba, con sus grandes ojos que no escondían nada, que decían cosas que ella no quería comprender.

23

El agua había caído de súbito con una violencia sorprendente. Patricia andaba unos pasos por detrás de él, cubierta la cabeza con un chal. Aquella mujer entrada en años, con dolores en las articulaciones y un corazón grande y propenso a desbocarse, le hacía de guardiana. Mastreta no se cubrió, la lluvia le sentó bien. El cielo estaba verdoso, con una extraña claridad vespertina que proyectaba el color del agua revuelta en los nubarrones. De algún lugar llegaban velados rayos de sol. Se había encaminado hacia la playa siguiendo un intenso olor a mar. La calle se había quedado desierta, excepto por algunas figuras que corrían para resguardarse de la lluvia y los camiones militares que seguían circulando con la misma cadencia rutinaria de siempre. El ruido de la tormenta llegó a ser ensordecedor. Había caminado hasta el paseo y luego se dirigió hacia la pensión. En la puerta, se dio la vuelta. Había visto desde allí a Patricia, encorvada, arropándose bajo una cortina de agua que al poco se confundió con ella y dentro de la cual desapareció. Fue visible aún su perfil durante unos segundos, acaso gracias a un claro de luz o a una tregua en la descarga de lluvia, eso creyó Mastreta; puede que fuera su deseo de que siguiera cerca de él, guardándolo, atándolo a la cordura, y su voluntad, desdibujada, de velar a su vez por ella. Hasta ese momento no había sido capaz. Cuando al fin la había perdido de vista, al final de la calle, había sentido la angustia, en el fondo de su alma, de que había fracasado una vez más, de que estaba a punto de hacerlo, pero bebido todavía no había sido capaz de ubicar aquellos pensamientos e inquietudes ni de desenmarañar su origen. Habían convenido en encontrarse al día siguiente, unas horas antes de que ella saliera de la ciudad hacia Francia. Mastreta se agarró a eso para sentirse mejor consigo mismo.

Al entrar, el recepcionista le había entregado un sobre que alguien había traído. No recordaba quién. Era el recepcionista un hombre asqueado y negligente que pasaba el rato leyendo novelas tras el mostrador. En su habitación, Mastreta había abierto el sobre. Era una carta de Inés.

La suerte te sonríe, como a todos los malnacidos. La casualidad ha querido que esta tarde haya visto al coronel Gil en el teatro. Sin decirle yo nada, ha hablado otra vez de hacerse con los servicios de un retratista. Por lo visto, esta semana había contratado a uno que le ha decepcionado y al que ha despedido de malos modos. Jura que fusilará al próximo que le decepcione. Por supuesto, le he hablado enseguida de ti y te espera mañana a las diez. Con un poco de suerte, acabarás en el paredón.

Inés

P.D. No me busques, ni siquiera para agradecérmelo, no quiero volver a verte.

La carta de Inés le había hecho reír. Se había tumbado en la cama con la mirada fija en el techo y se había abandonado a cavilaciones ebrias que resultaron infructuosas y no le condujeron a nada. Iba y venía en su ánimo una sensación de vértigo que al final siempre terminaba en el mismo sitio, en Frederika Heinz, lo que le causaba una especie de euforia incontenible surgida de una mezcla angustiosa entre el deseo de poseerla y el deseo de dañarla. Al cabo de una hora, había bajado al bar con la esperanza de encontrarse con Antas. Allí estaba, como siempre, comedidamente borracho, madurando y expulsando ideas a fuego lento, riendo con un grupo de gente tan borracha y tan despreocupada, en ese momento del día, como él. Antas llevaba, sin proponérselo, a la gente a su terreno, y eso le convertía en una especie de imán social, alguien a quien la gente buscaba para pasar el rato. Mastreta se había sentado con ellos, tenía la decidida voluntad de

sacarse de la cabeza un montón de zumbidos y de expulsar de su cuerpo una abrumadora sensación de extravío y de culpa, y un miedo que no se sentía con fuerzas de afrontar en la noche, en soledad, sin haber bebido antes lo suficiente como para perder el sentido común.

24

Müller apareció por su habitación cuando ella ya casi se había quedado dormida. Era medianoche. En Hendaya había recibido informes concretos sobre los próximos pasos a seguir. La puso al día resumiendo el contenido de los documentos. Ella los miraba por encima, en silencio. La habitación estaba a oscuras, excepto por una lamparilla direccional que iluminaba la mesa creando un círculo. Sus manos iban y venían sobre los documentos, quemadas por la luz. La voz de Müller llegaba desde la oscuridad. Era una voz agradable, con su alemán vienés, con altibajos, con inflexiones, era una voz de la que no cabría destacar nada y que no servía para otra cosa que para transmitir información. Imaginó que podría confundirla con cualquier otra voz de hombre, y luego pensó que nunca confundiría la voz de Guzmán.

Cuando guardaron los informes y cerraron sus carpetas, había nerviosismo en el aire, pero había también convicción, incluso un cierto sentimiento de euforia: con las instrucciones recibidas, habían pasado de un grado importante de incertidumbre a enfocar muy claramente cuáles eran sus objetivos. Por fin, sus órdenes se concretaban. La velada fue provechosa, pero al final de la misma Müller sacó el tema que ella hubiera querido evitar.

—Bueno, creo que todo está bastante claro —dijo.

—Lo está sobre el papel. Luego vendrán los imprevistos. El primero de ellos puede venir de su propia cabeza, Müller.

—No se preocupe por mí. Sé bien cómo hacer mi parte.

Frederika le sonrió transmitiendo complicidad. Su relación, que tan desafortunadamente había comenzado, había ido modulándose hacia un vínculo de distante camaradería. A Frederika ahora le caía bien Müller, quizá por sus dudas, por su inocencia todavía, a pesar de su arrogancia. Se levantó y fue al

baño a refrescarse. Al regresar, observó en la expresión del joven que había algo pendiente. Sin embargo, este no parecía decidirse a exponerlo.

—¿Quiere decirme algo más, Müller? —Él se frotó la cabeza —. Debe aprender a no mostrar lo que siente —le recomendó Frederika—. Y si no puede o no quiere evitarlo, debe saber dar una respuesta.

Müller no se lo pensó más.

—No comprendo cuál es el juego con ese tal Hernández. Lo de hoy era muy arriesgado. Si le soy sincero, casi me alegro de que no saliera bien. ¿Por qué no lo dejamos en manos de los militares? — Frederika no dijo nada. Él prosiguió—: Es evidente que ese hombre es un peligro y lo más sensato sería acabar con ello. Está acorralado. Es un problema fácil y tiene una solución fácil. Basta una llamada. Le detendrán y le fusilarán. Fin del problema. ¿O es que hay algo más que no me ha contado?

—No, no hay nada más.

—Acabemos con ello, pues. Es una estupidez perder el tiempo en esto.

—En realidad, no sabemos nada de él. Hoy pudimos haber puesto remedio a ello y averiguar quiénes son sus cómplices.

—Eso no es asunto nuestro, sino de los militares. Nuestro objetivo es muy concreto, todo lo demás...

—Es conveniente informarse bien antes de actuar, evaluar la dimensión del riesgo. Ahora sabemos que es probable que haya quien vigila por él, y que ese alguien está armado.

Frederika se daba cuenta de que era poco convincente, pero eso no le importaba demasiado. Ciertamente había sentido alivio, pero al mismo tiempo no podía evitar preguntarse cómo hubiera sido tener a Hernández atado en un sótano para ella sola. No podía evitar sentir un deseo malsano respecto a eso, y le venían a la cabeza fantasías que se esforzaba en desechar, imágenes que la excitaban y al tiempo la asustaban, consciente de que había una malformación en ellas y que no tenían nada que ver con su misión allí. A Müller la conversación le había sentado bien. Estaba más entero, arrogante otra vez, incluso. Había dejado de parlotear. Ella

vio que hacía un esfuerzo para enfocarse debidamente. Una parte de su preparación solo podía proceder de él mismo: de sus errores y de su modo de reaccionar ante ellos. Tomaron una última copa y en el curso de la misma sintió que debía reforzar su posición delante de Müller y al mismo tiempo sacar a la luz las debilidades de él.

—¿Ha interrogado a un hombre atado a una silla alguna vez? —preguntó con la copa en la mano. Müller no contestó dando a entender que no lo había hecho, lo cual era obvio para ambos—. ¿Le ha pegado un tiro en la cabeza a un hombre impedido que suplica con los ojos por su vida? No es algo fácil de hacer, porque la mente no encuentra excusas como las que se encuentran dando muerte a alguien en una batalla, o en un tiroteo. Se le pasan a uno muchas cosas por la cabeza, le tiembla el ánimo, y cuando se ha hecho, tiembla más todavía, mucho más, quizá para siempre. Pero es algo que tendrá que hacer. No basta con saber que ese hombre indefenso y atado a una silla es un enemigo y que querría matarte, eso no es suficiente. Sigue siendo un hombre. El único modo de hacerlo y salir indemne de ello es metiéndote en la cabeza que ese hombre no es un ser humano, que es una cosa, un virus, una lacra, que pertenece a una subespecie de gusanos o de insectos que infestan y pudren el mundo, que es un desecho prescindible porque forma parte de un grupo desechable y prescindible, más aún, que debe ser erradicado para evitar que nos contagie su podredumbre y nos convierta en insectos también. —Frederika pensaba que Müller debía oír aquello, aunque ya se lo habrían dicho antes, pero ahora había estado cerca de tener que aplicarlo de verdad y tendría para él otro sentido, un impacto distinto. Ella estaba completando la construcción de un asesino—. No es solo odio, eso no basta. Sigue siendo un hombre. Tiene que verlo como si, al apretar el gatillo, simplemente aplastara una cucaracha. Hasta que no piense de ese modo, será demasiado frágil, porque cuando mate se matará a sí mismo también. Tiene razón. Es una suerte que hoy las cosas no hayan ido como esperábamos. —Frederika se interrumpió porque repentinamente se dio cuenta de que no estaba explicando todo aquello únicamente para Müller, se lo estaba diciendo a sí misma.

Se terminó la copa. Él la miraba. Ella intuyó que la deseaba, no tanto por ser bella, sino por el deseo de poseer lo que se admira—. Piense en lo que le he dicho, no solo como una idea abstracta, sino como algo real. Piense en ese hombre, en Hernández, solo es un pedazo de carne, no tiene emociones, no siente, es un insecto para usted, para nosotros.

La penumbra los rodeaba, solo les llegaba rebotada la luz amarilla de la lámpara del escritorio. Del balcón venía una luz azul. En algún punto, el amarillo y el azul chocaban. Era algo inapreciable, pero Frederika ese día se daba cuenta de cosas que otros no veían y se quedaba absorta y envuelta en ellas. En la oscuridad era para Müller un perfil indeterminado a partir del cual podía crear su propio personaje, a imagen y semejanza de lo que él deseaba llegar a ser. Desde la imprecisión era más fácil devenir modelo para los anhelos de alguien manipulable. Hablaron un rato más y luego el joven se marchó satisfecho, sintiéndose parte de algo. A los cinco minutos Frederika estaba en la cama y, contra todo pronóstico, consiguió poner su mente en blanco, pues en ese momento estaba bajo el influjo de sus propias palabras, y al cabo de otros cinco minutos se quedó profundamente dormida.

25

Se levantó tarde, le dolía la cabeza. No tuvo tiempo de preparar un atuendo adecuado, solo de recoger su parco estuche con lápices y carboncillo y su carpeta con papel en blanco. Eran herramientas insuficientes para pintar un retrato, pero Mastreta pensaba explicar al coronel, de modo muy profesional, que en el primer día de trabajo solo planeaba tomar algunos bocetos e ideas. Durante su adiestramiento en Tarragona, le habían repetido en numerosas ocasiones que era importante cuidar los detalles, que, en el curso de una misión, estos a menudo marcaban la diferencia entre el éxito y el fracaso. Aquella mañana, Mastreta se saltó a la torera los detalles. Se presentó en el vestíbulo de la delegación mal peinado, con la camisa mal abrochada, los zapatos sucios y la cara pálida y sin afeitar. En tiempo de guerra aquellos defectos de presencia podían disculparse, pero no en aquel edificio, no frente al coronel; ofrecía una imagen inequívoca de dejadez que ningún militar podría tolerar, ni siquiera en un civil. El cabo que había en recepción no quería atenderle y llamó a un compañero para que le echara a la calle. Cuando comprobó que su nombre estaba efectivamente en la lista de visitas de esa mañana, lo miró largamente y cruzó una mirada divertida con su compañero. Este le acompañó al despacho del coronel Gil. Se retrasaba cuatro minutos, algo aceptable. Sin embargo, eso no tuvo relevancia frente al impacto de su desaliñado aspecto. En cuanto Gil le vio, hizo una visible y espontánea mueca de desagrado, más aún cuando el hombre se había preocupado por tener un aspecto impecable para ser retratado.

—¿Viene usted del frente? ¿Es así como se presenta habitualmente? —Se le pasaron un par de réplicas por la cabeza, pero no era muy probable que el coronel se tomara a buenas su

sarcasmo. Se mordió la lengua—. Mañana —añadió Gil—, si es que vuelve, no aparezca otra vez de esa guisa o será de inmediato despachado.

—De acuerdo.

Evitó dar excusas. A él no le gustaban y adivinó que, como a la mayoría de militares, al coronel tampoco. En la habitación había un caballete y un lienzo de por lo menos metro y medio de alto por un metro de ancho. Mastreta jamás se había enfrentado a una tela de aquellas dimensiones.

—¿Cuál es su nombre?

—Juan. Nos conocimos brevemente en una fiesta hace dos días aquí mismo.

—No le recuerdo.

—Vine con el señor Lucero.

El coronel murmuró algo dando a entender que se daba por aceptablemente satisfecho. Mastreta sacó el cuaderno y un lápiz de su estuche y, plantado en medio de la estancia, se dedicó a reconocer el terreno. El coronel le observaba con desaprobación.

—¿Son esas sus herramientas de trabajo? —dijo. Mastreta señaló su libreta—. ¿Habla en serio?

—Hoy haremos solo unos bocetos para ver qué encuadre es el más acertado. Ya habrá tiempo de trabajar sobre la tela y de coger el pincel.

—No tengo tiempo para bocetos ni estudios de luz. Empiece directamente sobre la tela.

Mastreta se movió por la habitación inspeccionando ángulos. El coronel le observaba con impaciencia.

—¿Me permite? —dijo Mastreta.

Cogió al coronel por los hombros y lo desplazó hasta situarlo de espaldas a su escritorio.

—Apóyese en la mesa. —El hombre lo hizo. Seguía tieso como un palo—. Creo que este es un buen emplazamiento. —Mastreta se alejó un par de pasos—. El encuadre le sitúa a usted en medio, de pie, pero reclinado sobre la mesa, es decir, enérgico pero relajado, y eso le caracteriza como alguien seguro de sí mismo y templado a la vez, esos son trazos de un hombre poderoso. Detrás de usted

figura su espacio de trabajo, el lugar desde el cual toma decisiones. Es también un símbolo de poder y de fuerza. La escena explicará que ha estado usted trabajando y ha hecho una pausa para posar para la inmortalidad antes de volver a lo suyo, a lo que sabe hacer, conducir un ejército victorioso. Colocaremos una bandera rojigualda, con ello, además de su significado político, le daremos un contrapunto cromático al retrato. Dominarán los colores sobrios, los marrones, los caqui, los negros, y a un lado, al fondo, brillarán como una luz los colores de la bandera de una nueva España. —Las palabras de Mastreta tuvieron efecto. Gil parecía ahora satisfecho—. ¿Tenía usted alguna otra cosa pensada? —preguntó Mastreta.

—Está bien, está bien...

Mastreta se sentó en un taburete que estaba dispuesto ante el caballete. El coronel se quedó inmóvil en el mismo lugar donde le había dejado Mastreta, posando de un modo exagerado.

—He oído que le gusta pintar —tanteó Mastreta.

—Así es.

Empezó a trazar líneas sobre la tela blanca.

—Me han dicho que no lo hace mal del todo.

Ante Mastreta, a quien tomaba ya por un verdadero artista, el coronel tuvo un inusual ataque de humildad.

—Tengo mucho que aprender todavía.

—¿Qué le gusta pintar?

—Me gustan los paisajes. Pero no he podido dedicarme a eso todavía. ¿Qué puede pintarse en estos días? ¿Los bombardeos? ¿La chusma que vaguea por los campos? ¿Los pordioseros de las calles? Emborronan cualquier lienzo.

—Por supuesto.

—Por no hablar de que mis obligaciones apenas me dejan tiempo. —Mastreta asintió. Sobre la tela, la silueta de un hombre de trazo geométrico empezaba a hacerse reconocible—. Cuando ganemos esta guerra —siguió Gil—, pienso perderme por los campos de Cáceres, donde yo nací. Ahí hay buenos paisajes, campos diáfanos de cereales, cerros pedregosos y laderas de olivares mordidas por el viento. Nada de refugiados y pordioseros.

—Es evidente que le gusta el arte, coronel, su sensibilidad le delata.

Gil sonrió complacido, ajeno a una ironía que Mastreta había soterrado debidamente, solo para darse él mismo el gusto de oírla.

—La guerra me ha abierto los ojos —dijo el coronel—. Parece una paradoja, pero así es.

—Le entiendo. Las guerras sacan lo peor y lo mejor de cada hombre. En mi caso, sacó lo peor.

—¿Cómo es eso?

—Es una larga historia, coronel. Basta decir que enloquecí hasta el punto de coger el fusil, a pesar de que el asma me incapacita para ello. A punto estuve de morir, y conmigo, algunos compañeros de armas que se vieron expuestos por mi culpa. —Gil le escuchaba con interés—. Cuando mi hermano fue asesinado, la única emoción que era capaz de sentir era el deseo de matar a otros hombres. Y aún me corroe. Dios me dio fuerzas para escapar, para cruzar las líneas enemigas, y si quiere, me las dará para vengarme. Pero prefiero no hablar de eso.

—No se equivocó usted, amigo. No se atormente. Hizo lo que creyó que debía hacer. Esta guerra era necesaria, hay que eliminar la chusma comunista que quiere acabar con este glorioso país, que lo ha sumido en el caos, que asesina a sacerdotes y a gentes de bien, como seguro era su hermano.

Mastreta se sumió en un silencio. El coronel le acompañó en su reflexión compadeciéndose. Mastreta se centró en el dibujo mientras el otro le observaba con interés.

—¿Dice que estuvo usted en la fiesta?

—Sí, señor.

—Es cierto que su cara me suena. Alguien me lo señaló. Me dijeron algo interesante de usted. No recuerdo qué...

El coronel frunció el ceño tratando de recordar.

—Además de pintar también hago películas. Quizá fue eso lo que le dijeron.

—¡Claro! ¡El cineasta!

—Sí, señor. Debería quedarse quieto...

—Disculpe.

Entraba mucha luz por la ventana. Mastreta dejó el lápiz y fue a echar las cortinas. La habitación quedó en penumbra.

—Hay demasiada luz lateral. Crea ángulos en su cara demasiado marcados.

Cruzó la estancia hasta el otro extremo y encendió las luces. Volvió a su puesto estudiando el espacio. Luego fue a la mesa del coronel y encendió la lámpara que había allí. Mientras, hablaba distraídamente.

—Hace tiempo que pienso en la utilidad que pueden tener mis habilidades como cineasta para nuestra causa. No es momento de hacer comedias, por supuesto, pero quizá sí de filmar a nuestras tropas, a nuestros comandantes, nuestras ciudades, como San Sebastián, donde vuelve a imperar la ley y el orden. Dar a conocer al mundo que la nuestra es la causa correcta. —El coronel escuchaba en silencio. En su boca se dibujaba lentamente una sonrisa—. Yo he sufrido mucho —continuó—. He creído que era un desperdicio de esta guerra. Me he vuelto loco pensando que no podía hacer nada para ayudar, que solo era una carga.

—Le comprendo bien. En las guerras, los soldados tienen el papel principal, por supuesto, pero otros deben hacer también un papel importante. Las mujeres, por ejemplo, que son enfermeras tan valientes; los intelectuales, que nos trasladan las ideas que debemos defender... ¡Por el amor de Dios! ¡Claro que encontraremos un papel para usted en esta guerra, muchacho!

Unos golpes en la puerta les interrumpieron. Gil sonreía abiertamente.

—¡Adelante! —gritó con energía—. ¿Quiere una copa?

Dejó su posición y se encaminó al mueble bar.

—No, gracias. En otro momento.

Un sargento entró en la habitación llevando el correo.

—Buenos días, coronel —saludó el sargento.

—Déjelo sobre la mesa. Y llame a Benítez de inmediato.

Mastreta se encogió al escuchar ese nombre.

—El teniente está ausente, señor.

—Cuando llegue, mándemelo al instante.

—Sí, señor.

El sargento salió del despacho.

—Esta guerra —dijo Gil— ha puesto de manifiesto lo que todos sospechábamos, que los rojos son unos monstruos. No sé qué habría sido de nosotros si no nos hubiéramos alzado en armas. Historias como la de usted justifican lo que se ha hecho y lo que está por venir.

Mastreta se quedó inmóvil. Le vino a la mente la imagen agonizante de Sanz y no fue capaz de decir nada al hilo de las palabras del coronel. Este, tras beber un largo sorbo de su copa, regresó a su posición, tan gallardo y poderoso como Mastreta le había hecho verse a sí mismo. Mastreta se acordó de Inés, que había dicho el día anterior que todos los hombres, en el fondo, eran como niños. Bastaba darles algo anhelado con lo que entretenerse. Todos tenían en alguna parte debilidades y miedos, y eso les hacía vulnerables. Mastreta había apuntado bien, pensó entonces que se conocía más a las personas por lo que deseaban que por lo que odiaban, porque sus deseos muchas veces estaban conectados con sus carencias, con aquello inalcanzable que admiraban, con lo que hubieran deseado llegar a ser, con sus fracasos. Pensó en sus propias carencias, en sus frustraciones. Pensó en lo que deseaba y en lo que odiaba, y en aquel momento no fue capaz de discernirlo.

La charla siguió entre ellos en términos amistosos. Mastreta avanzaba en su esbozo, hasta que les interrumpieron de nuevo. El coronel tenía que atender otras obligaciones. Se despidió de Mastreta emplazándole a continuar al día siguiente a la misma hora. Sin embargo, antes de salir de la habitación se detuvo. Mastreta recogía sus lápices para guardarlos en la carpeta. El coronel se acercó a él.

—¿Le gustaría tomarse una copa esta tarde? Deberíamos conocernos mejor. Podría ser bueno para su trabajo.

—Por supuesto. Precisamente pensaba en ello, aunque no me atreví a proponérselo.

—Perfecto, pues. Hay un café muy cerca de aquí, el café París. Es un lugar donde todavía puede uno tomarse un cóctel y relajarse. Un sitio elegante donde no verá pordioseros. ¿A las cinco?

—Allí estaré.

El coronel se giró para marcharse, pero se detuvo otra vez. Iba a decir algo, pero en lugar de eso sonrió.

—Quería sugerirle que se vistiera más apropiadamente, pero ¡qué coño! Si le dicen algo al entrar, diga que va de mi parte. ¡Hasta luego!

26

Patricia le había visto en la panadería. Antes ya había percibido algo inconcreto que en su mente no pudo organizar y que quedó dentro de ella como una alarma. Cuando le vio tras de sí, a través del espejo que había al fondo, su cuerpo entero se tensó en un latigazo y a punto estuvo de perder el mundo de vista. Quizá fue una premonición, porque esa vez elevó una súplica, pidió en silencio que aquello no estuviera ocurriendo, que fuera un espejismo o un malentendido de su mente. Salió de la panadería y le perdió de vista. No tenía por qué haber ninguna conexión, se dijo que no era más que una casualidad, que probablemente solo era alguien que tenía un aspecto similar. Caminando por la calle, donde las vecinas se paraban a charlar y los niños correteaban, todo parecía estar otra vez en su lugar. Volvió a casa y preparó la comida mientras oía la radio. Lo hizo muy deprisa, como si tuviera que dejar listas las cosas para ir a alguna parte o para recibir a alguien. Después de comer se tumbó en su mecedora junto al aparato de radio. En un par de horas tenía que verse con Mastreta. Consiguió quedarse dormida, pero muy poco rato, y el despertar fue en un sobresalto angustioso. La casa tenía tres plantas, a pie de calle había un recibidor y una despensa. Una puerta cristalera daba acceso a un patio que compartían otros edificios de la manzana. Allí tendían la ropa las mujeres al mediodía, cuando el sol daba de lleno, y se sentaban en el banco a tomar limonada y a charlar de las menudencias del día anterior. En la misma planta, junto a la entrada al edificio, había también una cámara llena de armarios que había caído en desuso. Guardaba allí vestigios de su vida entera, documentos, fotos, objetos, incluso ropa de otras épocas, de cuando tenía quince años y los muchachos del barrio venían a hablar con su padre para sacarla a dar un paseo hasta el final de la

calle y la invitaban a un helado. La habitación tenía espejos y hasta hacía unos años, al poco de morir sus padres, bajaba todavía a estar sola consigo misma y con sus recuerdos. Se ponía sus viejos vestidos y hablaba a su reflejo como si pudiera explicar a la que fue quién era y lo que estaba por venir. En la primera planta estaba la sala de estar y la radio, alrededor de la cual giraba la vida del hogar, como en cualquier otra casa. A un lado estaba el balcón en donde en verano sus padres se sentaban a esperarla las tardes del sábado. En el otro extremo, una puerta estrecha conducía a la cocina y a una galería que daba al patio trasero. En la sala, unas escaleras llevaban al piso de arriba, donde estaban los dos dormitorios y el aseo. Este lo había hecho construir su padre como un añadido, sujeto por vigas de madera sobre el vacío, hacía ya muchos años, para asombro de los vecinos, que por aquel entonces seguían empleando letrinas en los patios. Su padre era pescador y la casa en todas sus plantas estaba llena de signos de ello. Cuadros oscuros de viejos lobos de mar, arpones colgados de la pared, reproducciones de barcos de pesca. Patricia no había querido deshacerse de la mayor parte.

Cuando despertó, junto a la radio, entraba la luz de la tarde por el balcón. El polvo flotaba en el aire. Era una hora del día que tomaba una bella factura en aquella casa en los días soleados. Penetraba el sol entre los tejados hasta el fondo mismo de la sala, intenso y ardiente, antes de desvanecerse súbitamente a los pocos minutos, y dejaba una huella invisible del tiempo. Patricia subió a la tercera planta a refrescarse en el aseo antes de salir. Tenía ansia por ver a Mastreta. Luego tendría que desmontar su vida y meterla en una maleta para marcharse de San Sebastián. Se arregló el cabello ante el espejo, se limpió los dientes con un colutorio y se puso un poco de agua de colonia. Por el ventanuco del aseo todavía penetraba el sol, igual de ardiente, y tan directamente que la cegaba. Salió al pasillo aún deslumbrada y todo estaba oscuro. Vio una figura frente a ella y, absurdamente, por un segundo, creyó que era su padre. La figura se acercó a ella pausadamente, pareciendo todavía irreal, una mancha negra en su deslumbramiento, y como si el mundo diera un giro repentino,

como si algo hubiera alterado con un chasquido de dedos el avanzar natural del día y del tiempo, la figura le dio un golpe en la cabeza con una fuerza desmedida, desproporcionada para su talla, lanzándola a rebotar contra la pared del pasillo y dejándola al instante sin sentido.

Despertó con una sensación de incomodidad que no comprendía. Le dolía la cabeza, pero peor era la incapacidad de moverse y la angustia que la ahogaba. Cuando volvió completamente en sí, cuando dejó atrás el terreno incierto de un duermevela con altibajos, con pausas indemnes y miedos punzantes, cuando volvió a ser competente para comprender, la invadió una sensación de miedo pausado, asumido, consecuente, tuvo una reacción insospechada para sí misma de dignidad que se expresaba a través de sus ojos serenos. El hombre estatua la había atado a la cama por las muñecas y los tobillos, extendidos los brazos y las piernas sobre el colchón, como una mártir. Tenía un trapo metido en la boca. Él se dio la vuelta al oírla gemir y se acercó a la cama. No se había quitado el sobretodo negro. La habitación estaba casi a oscuras. Por la ventana entraba la luz azulada de última hora de la tarde. Le reconoció al momento, antes incluso de que se volviera. Era más reconocible por su porte y su presencia que por cualquier otra cosa. Era elegante en los movimientos cuando se aproximaba a ella y la hizo pensar que nada malo podía llegar a hacerle un hombre que se movía de aquel modo, porque, en la oscuridad, emanaba de él un aire de armonía, de confort, casi de ternura. Pero cuando estuvo más cerca de ella, cuando pudo verle mejor, todo aquello, sin desaparecer, se le proyectó de golpe como un contrapunto aterrador. Guzmán acercó la silla y se sentó junto a la cama. Encendió una cerilla para prender un cigarrillo y ella le vio las facciones, marcadas y vacilantes. Una cara anaranjada flotando en una habitación azul.

—¿Quién es el hombre de Hendaya?

Patricia no se movió. Su respiración, muy rápida, inundaba pegajosamente la habitación, pero ella no era capaz de oírla y al otro parecía que más bien le excitaba.

—Si va a decírmelo, mueva afirmativamente la cabeza.

No se movió. El hombre se levantó y se quitó el guante de la mano derecha. Era una mano grande y pulcra. De sus labios colgaba el cigarrillo, la punta del mismo le ubicaba. Cuando aspiraba, su cara se aparecía como la de un espectro en el espejo de una cámara vacía y oscura. Le dio un bofetón con la palma abierta. Luego otro, luego otro... Hacían un ruido seco y súbito que de tan frecuente y ordenado se tornó como un ritmo al que podrían haberse incorporado un contrabajo y luego un saxofón.

—¿Va a decirme quién es el hombre de Hendaya?

No se movió. Siguió abofeteándola. Su maniobra parecía una coreografía. Extendía en alto el brazo derecho tan largo como era, doblando su cuerpo, y al llegar a un punto determinado lo abatía entonces sobre su cara. Patricia pensó que debía ser agotador, sin embargo, parecía que el movimiento nunca le fatigaba, por muchas veces que lo repitiera.

—¿Va a decirme quién es el hombre de Hendaya?

No se movió.

—Hay algo que va a hacer que me lo diga. No sé qué es, ¿voy a tener que ir probando hasta que lo encuentre?

No se movió. Ni se movería porque dentro de ella se hizo fuerte una decisión vertiginosa y confortante que tomó forma de recipiente acorazado en el que iba guardando cosas, y por cada una hacía una ceremonia interior, como un funeral laico en el que los allegados pronunciaban un elogio. Hizo una ceremonia por sus padres, por cada centímetro de ellos, trayéndose muy cerca de los sentidos cada detalle del tacto de sus manos, del olor de su cabello, siempre a mar el de su padre, a muñeca antigua el de su madre, y según la hora del día, a cocina y a pescado; trajo la voz de su padre y la oyó brevemente, regañándola, mimándola, llamándola para ir al mercado a vender la pesca del día. Los gritos del mercado, las redondillas de las vendedoras, los chistes de los vagos, los rebuznos de los asnos, los ladridos de los perros, las mujeres guapas que mariposeaban por las paradas perseguidas por adolescentes y que ella miraba con grandes ojos de niña escondida entre las cajas y los carritos mientras su padre la arengaba, impaciente, siempre impaciente. Admiraba a aquellas mujeres que, entre el pescado,

olían a rosas y a lavanda, y, pese a ello, regresaba ansiosa al olor casero y físico de su madre, y a los muchachos de su barrio, que apestaban y que la perseguían sin descanso para tenerla cerca, y a las aulas de la escuela, apestando también a lejía y a madera y a niños sucios. Se regocijó en su juventud y en su inocencia, en su cuerpo firme de adolescente que miraba a escondidas en los espejos de la cámara de los armarios, por la noche, a la luz de unas velas, descubriendo su propio tacto, tan áspero en sus manos resecas y callosas y tan excitante a la vez, la imagen y la idea de lo prohibido, que no obstante era tan bello y tan tierno, y tan perturbador, y que la confortaba entonces, en su adolescencia, y la inmunizaba ahora, porque Patricia había viajado allí otra vez, muy lejos en el tiempo.

Guzmán se fumó un cigarrillo mirándola sin ninguna expresión, a oscuras. Al rato, le rompió dos dedos de una mano y luego estuvo jugando con ellos, doblándolos para hacer extrañas figuras. Le preguntó y ella no se movió. Se fue a comer algo a la segunda planta y regresó al cabo de una hora, masticando, cuando era negra noche. La violó y eyaculó sobre su cuerpo. Le preguntó y ella no se movió. Le tapó la nariz y la boca con la mano hasta que se puso azul. Le preguntó y ella no se movió. Puso varias cerillas entre los dedos de sus pies, y le preguntaba antes de prender cada una. Ella no se movió. Se fue y regresó a los pocos minutos con unas pequeñas tenazas. No se movió. Le pinzó los pezones hasta que sangraron. Le preguntó, y ella no se movió. Le pinzó la vagina hasta que sangró, y ella no se movió. La violó otra vez, le preguntó y, aunque gemía, no se movió.

27

Mastreta había comido solo y luego se había echado una larga siesta. Al despertar hizo algunos dibujos sin levantarse de la cama. Tras varios intentos, consiguió un esbozo decente de Frederika Heinz, un dibujo en el que cualquiera que la hubiera visto antes la reconocería. No consiguió hacerla sonreír. Cuando lo probó, varias veces, se le había ido el parecido. La dejó con los labios suavemente inertes, expectantes, unos labios antes de recibir un beso. Había querido ponerle ojos de malvada, de bruja, pero la perdía también, se le iba el parecido. Tuvo al final una estampa neutra, como si hubiera copiado una estatua de piedra griega en lugar de un ser humano vivo. Lo lanzó al suelo en un arrebato.

Fue a la taberna a la hora convenida con Patricia, pero ella no se presentó. Quiso ir a su casa, pero no le pareció sensato. No había bebido en todo el día y ahora tenía una sed incontenible. Llegó al café París a las cinco en punto. Había estado haciendo tiempo por los alrededores. De vez en cuando, pensaba que alguien le seguía, identificaba una cara sospechosa y le ponía trampas, se paraba, doblaba una esquina y regresaba luego marcha atrás, pero no sacó nada en claro.

El café París era un lugar elegante, oscuro, muy nocturno. No entraba luz natural. Era uno de esos sitios en los que uno creía que ya era de noche para sorprenderse luego al salir al sol, y ello tenía un influjo inevitable que manipulaba los sentidos. Había una barra y frente a esta se disponían una serie de compartimentos, unos canapés circulares tapizados con terciopelo oscuro, cada uno alrededor de una mesa con un mantelito blanco y una lamparilla con una pantalla de un color tibiamente anaranjado. Cuando entró, solo había un par de mesas ocupadas, por lo que se respiraba una sensación de estar en tiempo muerto, de provisionalidad, como si

se hubiera colado fuera de horas o el café estuviera a pocos minutos de cerrar. Olía a humo del día anterior. A excepción de los camareros, todos eran soldados. Mastreta divisó al coronel al fondo, en una mesa rinconera. Antes pasó junto a la otra mesa ocupada y todos le miraron con una curiosidad que no disimularon. El coronel le hizo un gesto. Estaba con dos oficiales que al acercarse Mastreta se levantaron, recogieron sus portafolios y se marcharon saludándole brevemente.

—Siéntese —dijo el coronel. Se quedaron solos. Desde allí se veía la sala entera, casi vacía—. Esta es mi segunda oficina. Despacho más trabajo aquí que en la delegación. Es necesario tener un buen espacio de trabajo para rendir, y yo aquí rindo más que en ninguna otra parte. Claro que no es el lugar idóneo para que le retraten a uno. —Se rio—. Desde aquí trabajo con la mente más limpia, aunque parezca un contrasentido. En la delegación siempre hay un timbrazo en alguna parte, el taconeo de algún sargento que irrumpe en el despacho, algún telegrama. No se puede pensar con claridad, no puede tenerse una perspectiva adecuada. Para evaluar los problemas hay que verlos desde fuera, como un juez. Hay que evitar tomar demasiado partido. El trabajo rutinario ya lo hacen otros, no me necesitan para eso. Perdone, ¿qué quiere tomar? —Le hizo un gesto al camarero—. Hacen buenos cócteles. Yo tomo coñac. A mí me gusta Peinado, pero los hay franceses también.

El camarero se acercó a la mesa velozmente, pero se quedó a un par de metros como si tuviera instrucciones de no cruzar una línea imaginaria que le permitiría ver y escuchar más de la cuenta. Mastreta pidió coñac. El coronel ordenó que dejaran la botella en la mesa. Y cuanto más bebía, más hablaba.

—Me gustan ustedes, los artistas, pero solo como un recreo. Tengo alma militar, eso es así y no puedo negarlo, disciplina, orden, mano dura si hace falta, pero tampoco puedo engañarme a mí mismo. Le diré una cosa, Hernández, ¿sabe cuándo empecé a prosperar en mi vida? ¿Cuándo vinieron los ascensos, uno detrás del otro? Cuando dejé de engañarme a mí mismo, cuando supe quién era y lo que quería, y entonces averigüé lo que era capaz de conseguir, acaso no todo lo que hubiera deseado, pero sí una buena

parte. Pues bien, la cuestión es que me atrae la indisciplina de ustedes, la anarquía de espíritu que les lleva a inventar, a crear, hay algo de eso en mí, por eso me gusta este lugar, pero ya le digo, solo como un recreo, como un secreto, porque muy pronto tendremos que acostumbrarnos a guardar celosamente estos momentos de anarquía, estarán prohibidos, ya lo están en realidad para la mayoría. Pensará que soy un hombre contradictorio, y no me importa, todo lo contrario, las contradicciones han hecho grandes a muchos hombres porque eso les lleva a dialogar consigo mismos y eso es bueno, eso les hace avanzar.

El coronel quería agradarle, quería que tuviera un concepto de él afín a lo que Mastreta representaba a sus ojos. Por alguna razón le había caído en gracia. Habían tomado ya un par de copas de coñac. El coronel bebía deprisa, aunque Mastreta no supo adivinar si esa era su rutina habitual o si lo hacía para proyectar una cierta imagen de indisciplina, para identificarse con él; su entusiasmo le llevaba a rellenar las copas en el mismo instante en que quedaban vacías.

—Las películas me fascinan. Creo que yo tengo talento para eso. Siempre me fijo cuando voy al cine cómo cambian de un plano a otro, de uno general a un plano muy cercano al protagonista. Eso es un lenguaje, ¿verdad? Eso es muy poderoso, manipula las emociones de la gente sin que se den cuenta, no ya de que han sido manipulados, sino de cómo ha ocurrido. Es un mecanismo silencioso y efectivo, y además simultáneo, cientos de espectadores manipulados todos al mismo tiempo, en el mismo instante. Ríen todos a la vez, lloran en los mismos momentos de la película, se asombran todos juntos..., es fantástico. Cuando ganemos la guerra tenemos que crear un ministerio específico para el cine concentrado en crear una industria potente y competitiva. No solo destinada a nuestro país, sino mucho más ambiciosa, a Europa, al mundo. Eso ha llevado a los alemanes y a los anglosajones a dominar las mentes de la gente, desde aquí hasta la India, de Argentina al Japón, ¿se ha fijado? Ellos nos narran la historia del mundo a su gusto, dejándonos al resto de las naciones como auténticos imbéciles. Los libros de historia no sirven de nada frente

a eso. Ahora mismo la propaganda se disimula en tontas historias de amor, en dramas aparentemente intrascendentes, pero bajo los cuales se esconde un mensaje político. Y luego están los noticiarios. Hoy en día la gente quiere ver imágenes de todo: las guerras, los conflictos, las batallas, imágenes de los hombres que dominan el mundo. ¿Sabe que hay decenas de cineastas filmando esta guerra? ¿Lo sabía? Esos locos se van con sus cámaras al frente a hacer películas de cómo los soldados se matan unos a otros. Se juegan la vida por conseguir imágenes trágicas que conmuevan al mundo. ¿Había oído algo semejante?

—Y cree que yo podría ser útil.

—Estoy convencido de que sí. No he dejado de darle vueltas desde esta mañana. Ya tenemos a algunos de esos locos haciendo películas para nosotros en el frente, alemanes y austríacos que se presentaron nada más empezar la guerra. Pero nadie está contando la historia de lo que hacemos aquí en retaguardia. Nadie explica cómo es la España que estamos construyendo, cómo es el día a día, cómo rehacemos este país en todos los aspectos, en la educación, en la industria, en la implantación de nuevos valores de orden y prosperidad. Esa es una historia que debe ser contada al mundo.

A medida que bebía, el discurso del coronel se volvía más entusiasta, si bien cada vez vocalizaba peor. El café se había ido llenando y la tranquilidad que se respiraba al inicio de su encuentro se había sustituido por un murmullo creciente y un ir y venir constante de cuerpos anónimos, soldados la mayoría, que parecían todos iguales. Había también cada vez más mujeres, elegantemente disfrazadas, porque poco tenían en esencia de aquello que aparentaban. Mastreta quiso intervenir más en la conversación, pero se dio cuenta de que no le hacía falta, se limitaba a dejarle hacer y a ir introduciendo comentarios que alentaban al otro. El coronel había sacado sus propias conclusiones y había hecho ya planes al respecto; él mismo, por su cuenta, se dirigía justo hacia donde Mastreta quería llegar, aunque sin más garantía que las palabras dichas en una tarde larga de borrachera. Solo tenía que empujarle un poco, aunque llegó un momento en que el coronel solo se escuchaba a sí mismo.

—¿Cree que podría trabajar en eso, Hernández? La comisión de educación y cultura sin duda me apoyará en esto. Ya hemos avanzado mucho en otros aspectos que eran urgentes, los niños vuelven a llenar las aulas, los indeseables ya han sido eliminados, se abre ante nosotros un nuevo amanecer. Para ello tendremos que derramar sangre, y no poca, ya lo dijo nuestro líder, el general Mola: hay que ser en extremo violentos y crear un clima de terror, sin vacilación, sin miedo y sin compasión, hay que aplastar a todo aquel que sea mínimamente contrario a la nueva España, comunistas y anarquistas, por supuesto, pero también demócratas, liberales, todo aquel librepensador que pueda siquiera mínimamente poner en cuestión el régimen. Todos serán pasados por las armas sin ninguna piedad, porque el fin es demasiado importante, el mundo entero depende de nosotros y no puede haber escrúpulos en ello. ¿Comprende? Son ellos o nosotros, esto es una guerra a muerte, en el frente y aquí también. No por gusto, sino porque es necesario. Bueno, y por gusto también. —Se rio sin comedimiento—. ¿Quién no quiere descerrajar un tiro en la misma cara de esos rojos hijos de puta? Usted más que ninguno.

Pasaron unas muchachas junto a la mesa y el coronel hizo con el brazo ademán de cazarlas. Ellas se alejaron divertidas, tentadoras, pero no se fueron a ninguna parte. Se quedaron a la vista por si eran requeridas.

—Hay unas palomitas preciosas en esta ciudad, no sé de dónde salen, pero todas vienen a mí. Son de lo más gracioso, se emperifollan como damas francesas, pero hablan como analfabetas. Creo que vienen de los pueblos, del campo, huyendo del hambre. Muchas son hijas de rojos que ya están bajo tierra.

—Cuando me marché de Barcelona —dijo Mastreta dando coba al coronel—, llevaba conmigo imágenes filmadas de asesinatos en las calles, de incendios en iglesias. Todo eso se perdió durante el viaje. Nadie sabe lo que están haciendo allí.

El coronel estaba más por las palomitas que por otra cosa. Rellenó las copas de coñac. Hizo un gesto y las dos chicas se sentaron a la mesa con ellos, una a cada lado.

—¿De dónde habéis salido, palomitas? ¿Quién os da de

comer?

—¡De beber querrá decir! —dijo la más avispada.

Bastó un gesto al aire para que un camarero se presentara allí a los pocos segundos. Las muchachas pidieron cócteles. El café estaba ya lleno. Todos los compartimentos estaban rebosantes y frente a la barra había repentinamente una muchedumbre. Mastreta sacó su libreta para hacer algunos dibujos. El lugar ahora era visualmente motivador, ocurrían cosas simultáneamente por doquier. El coronel había conquistado sin problemas un espacio de intimidad con la muchacha más avispada. La otra chica, la que estaba junto a Mastreta, bebía muy deprisa, acaso para dar con el interruptor necesario para dejarse llevar en aquella cueva de lobos. Hizo un dibujo rápido de ella. La chica se vio y se rio, sorprendida de su pericia. Quiso llamar a los otros para que vieran el dibujo, pero no le hicieron caso. El dibujo no era elogioso en absoluto. Aunque era bonita, su atuendo estaba tan fuera de lugar como un sombrero de plumas en la testa de una monja. El carmín en sus labios era tan excesivo que más bien parecía que los tuviera hinchados por un puñetazo. La primera vez que ella, dejándose caer distraídamente, le besó en la boca, Mastreta tuvo la sensación de que se estaba comiendo una barra de labios empapada en licor.

No quiso irse sin el coronel. Hubiera sido una verdadera estupidez, porque, a pesar de todo, Mastreta no había sido capaz de desconectar del motivo por el que estaba allí. Había encarado la noche con una sensación de asco que no había sido capaz de sacarse de encima. Él era, desde su propio punto de vista, un extraño, un borrón en la fiesta, y aunque los demás no lo percibieran, en ningún momento se había entregado a la velada verdaderamente. Salieron juntos. Les acompañaban dos oficiales. Antes de cruzar la puerta, todos ellos se arreglaron las guerreras y se pusieron en orden el cabello y la expresión misma de la cara. Los secretos se quedaban dentro del café. Fuera su apariencia debía ser irreprochable. Mastreta se asombró del modo en que todos ellos tenían aquello incorporado en su conducta, como una rutina estricta e ineludible cuya omisión pudiera ser severamente sancionada. Era ya de noche y había caído una niebla ligera y

húmeda. Estaban tan borrachos que no sintieron la humedad que les calaba hasta los huesos.

—Venga mañana sin falta —dijo el coronel desde su tambaleante estampa marcial—. Tenemos mucho de que hablar.

Mastreta no pudo sacar nada más.

28

Fue el coronel quien le hizo esperar en la segunda sesión. El soldado que le condujo hasta el despacho, un cabo delgaducho, andaluz, con una gracia natural, era uno de los que habían estado la noche anterior en el café París y tenía resaca. Así que, habiéndolo recordado aquel muchacho de anoche tan amigo del coronel, cuando Mastreta le preguntó y luego le insistió, fingiéndose tan resacoso como él, si podía esperar dentro, después de pensárselo unos segundos, le abrió la puerta.

Se paseó por el despacho con la excitación propia de un espía aficionado. Pensó que debía aprovechar la ocasión. Abrió los cajones del escritorio. Había tantas cosas que no sabía por dónde empezar. A golpe de vista nada le pareció importante, aunque su inspección pasaba demasiadas cosas por alto. Sintió que el tiempo se le echaba encima. Se fijaba en nombres, en fechas, en números, en lugares. Nada le llamó la atención. Cerró el último cajón. Eso le relajó. Entonces vio un documento sobre la mesa y los ojos se le fueron directamente a un nombre: Gregory Ivanov. Estaba perdido en un mar de palabras. Le invadió una tensión tan estimulante que fue capaz de leer un párrafo entero en cuestión de segundos. Era un informe biográfico. Funcionario de la embajada rusa adscrito a un departamento de relaciones institucionales, ayudante del encargado de prensa. Licenciado en Periodismo en la Universidad de Leningrado, tercero de su clase, director del periódico de la facultad entre 1925 y 1927.

La puerta se abrió de pronto. Antes de levantar la cabeza, Mastreta vio algo escrito a mano al pie de la página: «Uba, medianoche, 3 de junio». El coronel se quedó pasmado cuando le vio tras el escritorio.

—La lámpara no me gusta —dijo Mastreta encendiendo y

apagando la lamparilla de la mesa—. Estropea la unidad de luz. Es un punto que desvía la atención. Los cuadros están llenos de elementos que tienen la fuerza de imanes. Hay que controlarlos o rompen silenciosamente el conjunto sin hacerse ver. Luego el cuadro no funciona y nadie entiende por qué; por ellos se fuga la atención, como si fueran el sumidero de un lavabo. —Mastreta se apartó de la mesa para tener una visión de conjunto—. Así está mejor.

El coronel cruzó la estancia relajado otra vez. Fue directo al mueble bar y se sirvió una copa de jerez.

—La mejor medicina para el malestar, cualquier tipo de malestar. —Se tomó de un golpe el jerez. Se sirvió otro—. ¿Quiere uno?

—Por supuesto —aceptó Mastreta. Necesitaba tener algo en las manos para dejar de pasárselas por el cabello y dejar de frotarse el mentón.

—Lo pasamos bien anoche. —Le entregó la copa. Mastreta se la tomó de un trago. El coronel se rio—. Usted es de los míos.

—Póngase en su puesto, ¿quiere? Hoy voy a ponerme en serio.

El coronel se situó frente al escritorio. Mastreta afinó su posición desplazándole ligeramente a la derecha. Comprobó que tenía un aspecto impoluto, iba impecablemente vestido, afeitado y peinado; sin embargo, su aliento indicaba problemas estomacales propios del regurgitar de una noche de excesos. Gil lo sobrellevaba naturalmente como algo incorporado a su día a día.

—Las chicas se quedaron prendadas de usted —dijo—. Su falta de interés por ellas es una estrategia eficaz con las mujeres. Yo no sé hacerlo. No me hace falta, la verdad. Pero me gustaría que me explicara cómo lo consigue. Yo no soy capaz de resistirme a las tentaciones y caigo de cuatro patas. Me convierto en un verdadero patán, y eso no estimula a las mujeres.

Mastreta dibujaba sombras sobre la tela. Le escuchaba sin mirarle.

—No sabría decirle —replicó—. Me pareció que esas muchachas le adoran.

—Por supuesto que me adoran, y hacen todo lo que les digo, pero los ojos se les iban. Se escapaban de mí sin ser conscientes de ello.

—Yo no lo vi así. Creo que se le metió esa idea en la cabeza, y eso no es bueno, distorsiona la realidad.

El coronel lanzó una risotada.

—¡Ve! A eso me refiero. Tiene usted una indiferencia que resulta estimulante. Ayer se lo dije: yo no me engaño a mí mismo, lo aprendí hace tiempo y me ha ido bien desde entonces.

—¿Quiere que le pinte con un ligero aire de indiferencia?

—Bueno, usted mismo. No quiero fugas en mi retrato. —Se rio.

Unos trazos angulosos crearon una perspectiva orientada hacia una figura esbelta y sin rostro. Líneas oblicuas y horizontales cortadas por un destacado vertical que interrumpía la perspectiva y le daba sentido. En el arte, pensaba Mastreta, todo tiene sentido, todo significa algo, el arte miente mejor que nada, porque persigue la belleza de una verdad que demasiado a menudo es falsa. El arte no tiene un juez interior ni un detective que haga preguntas, vive felizmente en su propia falsedad hasta hacerla verdadera. Qué fácil sería vivir dentro de un dibujo, dentro de un libro o de una película, para bien o para mal. Todo tendría sentido. Fuera, pensó, está la verdad y el caos. El coronel, como la mayoría de militares, se empecinaba en darle sentido a la realidad hasta falsearla. Acaso, pensó Mastreta, ello tenía que ser así, porque de lo contrario no habría modo de llegar a alguna parte. El coronel iba tomando forma; firme y gallardo, poderoso, le daba sentido al entorno y el entorno se lo daba a él. Su silencio ayudó a Mastreta a dejar la mente en blanco y a concentrarse. Al poco, no obstante, se atascó. Las manos del coronel no le acababan de salir. Tenía unos dedos cortos y velludos que no le sentaban bien al conjunto. Una vez atascado, su cabeza se fue a otra parte, a Gregory Ivanov, licenciado en Periodismo por la Universidad de Leningrado, tercero de su clase, director del periódico de la facultad entre 1925 y 1927.

—Esta noche venga más tarde. A las siete. Quiero hacer un

experimento.

Las palabras del coronel le sobresaltaron. Al final, se dijo, por mucho empeño que los militares y el coronel pusieran en ello, la verdad se deja ver por algún resquicio, reside en algún gesto, en una mirada, aunque se omita, aunque sea inútil, aunque se deje pasar sin que sirva de nada.

—Soy un hombre simple y transparente —dijo Mastreta—. Todos los artistas lo somos. Quizá es eso lo único que soy capaz de enseñarle. Allí estaré, a las siete.

—Perfecto. —Lanzó otra risotada.

Un sargento, como había hecho el día anterior a la misma hora, entró en la habitación sin llamar llevando el correo y una voluminosa pila de expedientes.

—Buenos días, coronel —saludó.

—Déjelo sobre la mesa. —El coronel se dirigió entonces a Mastreta—: ¿Ve lo que le digo? En esta oficina se cuelan constantemente asuntos irrelevantes que me apartan de la simplicidad y la transparencia.

Se rio y Mastreta le acompañó en la risa sin tener que forzarla. El sargento no se marchaba todavía.

—Señor —dijo—, la hija de Santamaría está en el vestíbulo esperando.

—¡Estupendo! ¿Ella y el chico han sido alojados tal como dije?

—Sí, señor.

El coronel se acercó de súbito a Mastreta con paso alegre, frotándose las manos.

—Me gusta hablar con usted, Hernández. Pero ahora debo recibir a una persona. Tendremos que interrumpir esta sesión. Aunque... ¡Qué diablos! —Puso expresión de quien quiere compartir su regocijo—. Quédese un momento. Me gustaría que conociera a alguien. Una persona muy especial, y tiene una historia parecida a la suya. —Se volvió hacia el sargento—: Hágala pasar, Gómez.

El sargento salió del despacho. Gil se sirvió otra copa y sirvió una más para Mastreta. Luego se la acercó y aprovechó para echar

un vistazo al esbozo del lienzo.

—¡Por Dios, Hernández! —exclamó Gil—. No me equivocaba con usted. Empiezo a reconocerme. —Mastreta no dijo nada. Llamaron a la puerta—. ¡Entre!

La puerta se abrió. Mastreta no lo sospechó, pero en cuanto vio su silueta en la sombra, sin haberla aún reconocido, sintió en su estómago una punzada premonitoria. El sargento abrió la puerta de par en par y se hizo a un lado. La silueta del umbral avanzó sin mucha determinación, con pasos cortos, con las manos caídas a los costados, como abandonada y perdida. El coronel indicó al sargento que abriera las cortinas y la luz del día la iluminó. A aquella muchacha que entró en la habitación Mastreta la había visto anteriormente con un aspecto enfermizo y sucio, la había visto vestida de niña y la había visto como a una mujer. La había visto como a una virgen inocente y como a una criatura endiablada. Se agitaron en él sensaciones mezcladas y contradictorias, y corrió por su cuerpo un escalofrío atenazador ante la inminencia de verse descubierto en el peor momento y en el peor lugar imaginables.

Laura se acercó a Gil sin reparar todavía en la presencia de Mastreta. Ella no tuvo punzada premonitoria alguna. El reencuentro con él la pilló de golpe, en unas circunstancias, además, que parecían imposibles. Era la última persona que esperaba ver en aquel despacho, aunque desde que había llegado a San Sebastián, la noche anterior, se instaló en un rincón de su cuerpo la inquietud de que por aquellas calles podía aparecérsele en cualquier momento la figura de Juan Hernández.

Cuando Laura se volvió y se lo encontró de frente, en su cara se encendió una luz de asombro. Sus ojos apocados se abrieron como naranjas y surgió en ellos un brillo intenso, incluso una emoción. Mastreta la observó inmóvil, evitando cualquier expresión. Laura abrió la boca como si fuera a gritar, pero los gritos quedaron bloqueados en su garganta. Mastreta le hizo un gesto solo con los ojos tratando de que entendiera que correría un grave peligro si ella hablaba, buscando en ella una pizca de complicidad, o de compasión. No tenía más margen que aquel, no

podía aferrarse a otra cosa.

Estaba en manos de aquella criatura imprevisible y alocada, torturada por la guerra hasta límites que Mastreta, al conocerla, no había comprendido, como sí comprendió después. Recordó que ella, aquella última mañana, en el hostal de Gabas, había entrado en su habitación en estado trémulo y le había dado a entender, vagamente, que sentía una emoción nueva y extraña. La recordó encima de él, desnuda y cálida, desamparada y deseosa de tener a alguien que la estimara y la guiara. Recordó su inocencia, que le había conmovido. De lo que pasó después, de su intento de robarle el revólver, tenía registrada la información, pero las imágenes habían desaparecido de su memoria. Le quedaba solo la belleza.

Más no podía hacer. Le había dicho lo que había podido con la mirada. En estado pétreo, esperó lo que tuviera que acontecer. Gil hizo las presentaciones oportunas y se situó entre ellos.

—¿Te encuentras adecuadamente alojada? —dijo.

Ella tardó en responder. Sus ojos seguían clavados en los de Mastreta. Entonces sonrió. Él no supo qué significaba, sospechó que la chica había comprendido que ahora él estaba a su merced.

—Me encuentro bien, coronel. Y mi hermano también. Todavía duerme en el hotel, el pobre. El viaje ha sido largo y duro. Una chica del servicio se ha quedado velándole.

—No te preocupes por el dinero. Todo está pagado hasta que encontremos a alguien que pueda cuidar de vosotros.

Gil se dirigió a Mastreta.

—Su padre y yo éramos muy buenos amigos. Coincidimos en Huesca cuando yo era un joven sargento. —El coronel sonrió al recordar. Posó su mano sobre el hombro de Laura—. Tú todavía no habías nacido. Él era entonces militar, pero era por encima de todo un ideólogo, y en sus ideas estaba ya el movimiento que ahora nos ha alzado en armas. Nuestra causa le debe mucho, y yo, personalmente, le debo mucho más. Algún día te lo contaré, muchacha. —Ella sonrió—. Ustedes dos tienen mucho en común —continuó Gil—. Ambos han sufrido la locura asesina de las milicias rojas.

—Ah, ¿sí? —Laura puso cara de interés—. Yo perdí a mis

padres. ¿Qué le ocurrió a usted, señor Hernández?

Mastreta tragó saliva.

—Mi hermano. Lo mataron.

—Tuvo que huir de la zona republicana, como tú —añadió el coronel.

—Es terrible —dijo ella—. ¿Y cómo logró cruzar las líneas?

Laura le clavó la mirada otra vez. Sus ojos le observaban con un gesto de satisfacción.

—Es una larga historia... —Mastreta se dio cuenta de que ella iba a jugar con él, iba a jugar con aquella situación, flirteando con la idea de delatarle. Comprendió que tenía que salir de allí inmediatamente—. Pero ustedes tendrán mucho de que hablar —dijo—. Y yo, mucho trabajo que hacer preparando el retrato. Tengo que obtener los colores necesarios, lo cual no es fácil en estos tiempos.

Gil le sonrió dándole unas palmadas en la espalda. Entonces sonó el teléfono.

—No se vaya todavía —le pidió Gil.

Mastreta y Laura se quedaron frente a frente mientras el coronel hablaba. En los ojos de Mastreta había una evidente angustia que contenía a duras penas. Ella sonreía ligeramente, tenía una expresión luminosa, sin embargo, Mastreta no vio en ella en ese momento ningún signo de vértigo que pudiera interpretarse como indicio de un deseo loco de causar la desgracia de otro. Gil regresó con ellos.

—Nos vemos, pues, a las siete, ¿de acuerdo? —dijo Gil. Mastreta asintió—. Es extraordinario que estén ustedes aquí, y que hayan podido conocerse.

Laura sonrió. Mastreta también. Se inclinó ligeramente para despedirse. Recogió sus cosas y se preparó para salir del despacho.

—Ha sido un placer conocerla, señorita. Gracias por todo, coronel.

—Señor Hernández —dijo ella de súbito—. Me cuesta hablar de la tragedia que he vivido el último año y de lo que he tenido que sufrir para llegar aquí sana y salva. Puede que, con usted, que ha pasado por lo mismo, me resulte más fácil. ¿Sería tan amable de

invitarme a tomar un chocolate en alguna sala pública y decente?

—Es una buena idea —aprobó Gil con aire paternal.

—Por supuesto —añadió Mastreta.

Salió de allí tan rápido como pudo. Bajó las escaleras del edificio de tres en tres y corrió por el vestíbulo hasta la calle. Luego se alejó apresuradamente mirando cada pocos minutos a su espalda. Convinieron en encontrarse en una pastelería cercana después de comer. Estarían solos. Entonces, quizá, sabría cuáles eran las intenciones de Laura respecto a él, si era en verdad solamente una chica desamparada o si la guerra la había convertido ya, sin remedio, en un demonio.

29

Llegó tarde a su cita con Laura. La vio desde la calle sin que ella se percatara. Estaba visiblemente nerviosa, pero aparentó firmeza y templanza en cuanto Mastreta apareció ante su mesa. A primera vista la pastelería era un lugar lujoso, aunque si se observaba con detenimiento, era fácil darse cuenta de que la pintura estaba demasiado desgastada en algunos puntos, que algunas bombillas no funcionaban, que algunos camareros llevaban trajes que no eran de su talla y que los manteles y las servilletas empezaban a estar raídos.

Mastreta se sentó. Se miraron a los ojos hasta que ella bajó la mirada. Parecía un gesto de timidez adolescente, pero él entendió que, en realidad, evitaba mirarle porque sentía una especie de vergüenza ante la nueva situación, sabedora del poder que tenía ahora sobre él. Se había vestido muy finamente con un traje de chaqueta oscuro; más parecía una turista francesa que una joven que hasta hacía muy poco no tenía más que harapos. Había querido hacer una exhibición, mostrarse adulta, segura y amenazante, pero ante Mastreta su disfraz se tambaleaba.

—No esperaba verte aquí, en San Sebastián —comenzó Mastreta con indiferencia—. ¿Está bien tu hermano?

—Sí. Sé cuidar de él.

—Una vez más, se pone en evidencia que no se puede confiar en ti.

—No iba a quedarme en Francia esperando a que terminara la guerra.

—Es peligroso estar aquí. Te lo dije entonces.

—No para mí. Ya lo has visto. El coronel me adora. Le debía mucho a mi padre.

Mastreta asintió.

—Estás muy cambiada. Pero en el interior de ese vestido y ese maquillaje creo que está la Laura que conocí hace solo unas semanas.

—Tú no sabes quién soy. No lo supiste tampoco cuando huimos juntos.

—Puede que no. Oriéntame. ¿Qué Laura tengo ante mí? ¿La loca? ¿La intrigante dispuesta a disparar a un hombre con el que está haciendo el amor? ¿O la niña huérfana y desamparada incapaz de romper un plato?

—No me hagas enfadar —repuso ella con seriedad—. Podría delatarte ahora mismo. ¿Ves a aquellos soldados en la mesa de la esquina? Han venido conmigo. Se encargan de que no me falte nada. Solo tengo que llamarles y decirles quién eres en realidad.

Mastreta quiso replicar, pero en el último momento optó por callarse. El camarero acudió a la mesa. Ella pidió una taza de chocolate. Él quiso tomar un vino, pero allí no vendían alcohol. Pidió un vaso de agua. Estuvieron unos minutos en silencio. Él la miraba sin contemplaciones y ella desviaba repetidamente la vista como huyendo de una silenciosa reprimenda. El camarero trajo el chocolate y el agua y se marchó.

—¿Qué quieres, Laura? —dijo él al fin.

—No lo sé muy bien. No sé qué hacer.

—Creo que sí lo sabes. Te salvamos la vida, ¿lo recuerdas?

—Eres un espía republicano...

Mastreta soltó una carcajada tratando de tapar las palabras de Laura.

—No lo digas, ni siquiera en voz baja —le pidió entre dientes.

—Está muy nervioso, señor Hernández. ¡Cálmese!

Se inclinó hacia ella.

—Te lo repito, te salvé la vida. Nada ganas con delatarme.

—¿Cómo que no? Puede que seas muy bueno en tu trabajo, si no hago nada para detenerte, podrías descubrir secretos que beneficien al enemigo.

—¡Qué tontería!

—Que sean determinantes para los generales republicanos.

—No hables tan alto. Estás diciendo estupideces.

—Secretos que acaben con el ejército nacional.

Ella se rio en un arrebato y Mastreta se dio cuenta de que estaba jugando con él.

—Ahora hablo con una adolescente —dijo Mastreta a punto de perder los nervios.

—Antes tenías más sentido del humor —replicó ella entre risas.

—¿Me dirás de una vez lo que quieres?

—Te he dicho antes que no me conoces, en Francia no me conociste como crees, estuvimos solo un par de días juntos.

—Fue suficiente…

—Ten cuidado con lo que dices. —No quería ser demasiado agresivo. Con Laura era un riesgo demasiado grande—. No voy a delatarte de momento —dijo ella de pronto—. Pero quiero algo a cambio.

—¿Qué?

Laura hizo una pausa para tomar un poco de chocolate. La boca le quedó sucia y se limpió al momento, casi avergonzada. Mastreta observó que le temblaba la mano. No le miraba, parecía que no era capaz de hacerlo. Sus ojos al fin se elevaron hacia él. Estaban muy brillantes y a la vez parecían asustados.

—Te quiero a ti. —Mastreta no dijo nada. Tampoco hizo gesto alguno, ni siquiera con el rostro. Prefirió esperar a que siguiera. Ella, al tiempo, esperaba una respuesta de Mastreta. El silencio duró un par de minutos y fue Laura quien lo rompió—: Aquella noche, en Francia, aunque no lo creas, no quería hacerte daño, ni siquiera quería robar el revólver. Solo quería dejar de tener miedo… —Le costaba mirarle al hablar de aquello—. Sé lo que es el miedo —continuó ella—, aunque tú no lo entiendas, aunque sigas pensando que soy una estúpida adolescente. Y no hablo de un miedo puntual, no hablo de una noche de pánico que termina al amanecer, hablo de un terror prolongado que dura días y semanas, que no cesa ni un instante, que te quita el hambre y el sueño y frente al cual es imposible encontrar una rutina que lo haga llevadero. Los nervios dominan tu cuerpo, los ojos se te pierden en detalles que nadie más ve, te falta el aire, a veces crees ahogarte

sin remedio, y el corazón te late tan locamente que piensas que en cualquier instante se va a estropear. Hay momentos en que deseas morir para que todo acabe, llegas a pensar que es peor el miedo que la muerte. Y posiblemente sea así. —Mastreta la escuchaba atentamente. Habría deseado tomar algo de alcohol, pero tuvo que conformarse con un trago de agua y con encenderse un cigarrillo. Laura siguió hablando—: Cuando nos marchamos de Barbastro contigo y con tu compañero, aquello no terminó. Tuve miedo de ti. Muchísimo. Creí que iba a ser violada, eso por lo menos. El miedo te enloquece. Tanto que ni siquiera sufría por mi hermano, me daba igual lo que pudiera ocurrirle. No hay ninguna nobleza en todo eso, lo sé, pero es lo que sentía entonces.

—Me tienes miedo y me odias, ¿entonces…?

—No te odio. Deja que termine. Luego, en Francia, contigo, por fin me libré del miedo. Fue cuando me sacaste del coche, ¿lo recuerdas? Fuiste muy grosero conmigo, pero me di cuenta de que no ibas a hacerme daño. Me di cuenta de que tú eras lo único que conseguía apartar el miedo de mí. Te odié cuando te fuiste, no por abandonarme, sino porque volví a estar asustada.

Los dos militares que acompañaban a Laura estaban impacientes. Miraban una y otra vez el reloj. Uno de ellos, un cabo, se levantó y se acercó a la mesa de Laura y Mastreta.

—Señorita, deberíamos volver al hotel. Su hermano la espera, ¿recuerda?

—Sí, enseguida. Ya casi hemos terminado.

—Siento interrumpirles —añadió cortésmente el cabo—. Pero es que entramos de guardia dentro de poco. El sargento es muy estricto con eso.

—Lo entiendo. Gracias, soldado —dijo ella—. Solo será un minuto más.

El cabo hizo un gesto con la cabeza y volvió a su mesa, pero ya no se sentó. Su compañero se puso también en pie y ambos recogieron sus gorras y pidieron la cuenta. Laura estaba ansiosa. Esperaba una respuesta de Mastreta.

—No hay ningún lugar para ti más seguro que este —dijo él —. La guerra no volverá aquí, al menos en mucho tiempo. Y si lo

hiciera, la cercanía de Francia es una garantía.

—No lo entiendes...

—En cambio, estar cerca de mí supone un riesgo altísimo. —Mastreta se rio sin ganas—. Si pudiera apostarse al respecto, hacerlo por mí sería tirar el dinero. Huelo a cadáver, Laura, estoy más muerto que vivo.

—Me da igual...

—¿Recuerdas a Sanz? Lo mataron en Hendaya.

—No me has comprendido, no tengo miedo a morir, ya no, no temo al coronel, no temo a fascistas ni a republicanos. Para mí no hay otra guerra que la soledad, que la orfandad. Por eso te necesito, por encima del peligro que significa estar contigo, por encima de convicciones que de hecho no son mías, nunca lo fueron, sino de mi padre.

—Necesitas a alguien que cuide de ti, lo entiendo. Pero no puedo ser yo. No puedo, te verías arrastrada a un mundo oscuro en el que no debes mezclarte. Eres todavía una niña...

Laura estaba cada vez más pálida. Se había sincerado como nunca en su vida y ahora tenía la sensación de que no había servido de nada, lentamente se daba cuenta de que Mastreta no había visto todavía que lo amaba desesperadamente.

—No digas eso... —balbuceó.

—Procuraré que nada te falte —continuó Mastreta—. Encontraré a alguien que se ocupe de ti y de tu hermano...

Mientras Mastreta hablaba, Laura estuvo a punto de romper a llorar, pero se dominó. Se quedó muy seria, con la mirada fija en él.

—Está bien. —Se puso en pie—. No tenemos más que decirnos. Si no es por las buenas, será por las malas.

—¿Qué significa eso?

—Esta noche. En el hotel La Concha. Si no vienes, más vale que prepares tu fuga.

—Espera. Mañana. Te lo prometo.

Ella se levantó, se dio la vuelta y se reunió con los militares, que la esperaban en la puerta. Le echó una última mirada glacial a Mastreta y salió del local. Él se quedó mudo. Esperó unos minutos

y salió también para meterse en el primer bar que encontró, donde por fin pudo tomarse una copa cargada de alcohol.

30

Estuvo rondando la taberna donde se reunía con Patricia, pero no la veía. Ya era el segundo día. Pasó por la pensión y no tenía ninguna nota. Se encaminó al puerto. Estuvo un buen rato paseando entre los barcos pesqueros esperando ver al hombre que le trajo a la ciudad. Lo vio trajinando en la cubierta de un pesquero pequeño blanco y azul. Al principio el hombre no le reconoció, y cuando al fin lo hizo se alteró tanto que tuvo que refugiarse en la cabina del barco para no llamar la atención. Mastreta le siguió. Se llamaba Uribe. Cuando se calmó le interrogó respecto a Patricia. La última vez que la había visto fue la mañana anterior, muy temprano. Le había pedido que la llevara a Francia. Él había puesto reparos, pero había accedido al fin. Tenía que ser esa noche. Ella debía traer algunos enseres la tarde anterior, pero no había aparecido. Y en todo el día no había sabido nada de ella. Mastreta le ordenó que estuviera alerta por si tenían que salir con el barco. Iría a buscarle a su casa. El hombre vivía frente al puerto y, cuando Mastreta se marchó, temblaba y su cara había enrojecido.

Regresó al centro. Atardecía. Los peatones se apresuraban a regresar a sus casas. A esa hora circulaban decenas de camiones que venían del frente trayendo heridos y tropas que habían sido relevadas. Luego cargaban suministros y volvían de noche. Era una rutina ruidosa y extraña. Mastreta caminaba ahora por los alrededores de los pabellones del hospital militar. Estaban bajando a los heridos de los camiones. Decenas de ellos. Los traían arropados en mantas de cualquier color. Los camilleros no tenían prisa, llegaban agotados y repetían una y otra vez las mismas maniobras. Apoyaban la camilla en la punta de la caja del camión, uno bajaba y esperaba, sujetando la camilla, el otro bajaba también y, rebufando, se llevaban al herido al interior del pabellón. Eran

pocos camilleros, así que tardaban mucho en descargar a todos. Daba igual si estaban más o menos graves, los sacaban en función de su posición en el interior del camión, en el orden inverso a como habían sido metidos adentro. Los heridos no se quejaban, no se movían. Una vez los camiones se detenían y el conductor apagaba el contacto, la descarga de heridos se hacía en un silencio aséptico que, dependiendo de los ojos con que se mirara, podía parecer solemne. Había mujeres alrededor, muchas de ellas ancianas. Se quedaban a una distancia prudencial, no se acercaban porque sabían que serían reprendidas de malos modos. Alargaban el cuello tratando de ver a los heridos.

Cuando Mastreta llegó a la calle donde vivía Patricia, oscurecía. Estaba desierta. Aunque habían acordado que no la visitaría en su casa a menos que hubiera una emergencia, su ausencia era tan inusual que quiso echar un vistazo. No había luz en ninguna ventana, tampoco estaba encendido el farolillo de la entrada. Llamó discretamente a la puerta, sin resultado. Junto a la casa había una puerta de madera que daba acceso a un pasillo exterior que separaba el edificio del contiguo. Estaba cerrada, pero la pudo saltar sin hacer ningún ruido y sin ser visto. El pasillo era muy estrecho y no tenía luz, estaba húmedo y lleno de matas que crecían en las esquinas. Algunas medían más de un metro. Llegó a un patio interior donde había todavía ropa tendida. Una mujer canturreaba en la oscuridad recogiendo unas sábanas. Vio a Mastreta e interrumpió lo que estaba haciendo y lo que estaba canturreando. Él le dio las buenas noches frotándose la frente para que la mujer no pudiera verle bien. Había una puerta cristalera que daba acceso al edificio de Patricia. No estaba cerrada. Tenía el pestillo roto. En el suelo, pisó muelles y arandelas que se habrían desprendido cuando arrancaron el pomo. La casa estaba en silencio. Tropezó con un zapatero. Apenas veía a una distancia de un metro. Esta vez, pensó Mastreta, no me cogerás por la espalda. Hizo saltar la hoja de su navaja.

Tardó mucho en encontrarla, arriba, en el último rincón de la casa. Había subido con la espalda pegada a la pared, inspeccionando todo a su alrededor. El silencio era abrumador,

absoluto. A cada paso se delataba, cada crujido bajo sus pies desataba una sensación de inminencia que le costaba gobernar. En la sala de estar, la mecedora, en medio de la estancia, estaba en una inmovilidad casi inverosímil, en un equilibrio imposible. De la calle llegó la luz repentina de los faroles, que acababan de encenderse, proyectando sobre el techo la sombra de los muebles. Subió a la última planta y la encontró tumbada en la cama del último dormitorio, atada de pies y manos, desnuda, inerte, sucia de sangre y vómito. Vio que respiraba al detectar el reflejo oscilante de la calle en la piel sudada de su pecho. La desató. Le cogió la cabeza con las dos manos. Casi no podía reconocerla. La mitad derecha de su cara estaba deformada.

—Patricia... —le dijo al oído—, soy yo. Te sacaré de aquí.

Ella no respondió. La vistió con una falda y una chaqueta que encontró en el armario. Luego la envolvió en una manta. La levantó y salió del dormitorio. No tuvo esta vez ninguna cautela. Bajó velozmente las escaleras. La depositó en la mecedora y fue a buscar un vaso de agua a la cocina. Al regresar, la mecedora se movía todavía, con ella inerte, en medio de la habitación oscura, a la única luz de la calle. Le dio a beber agua. Apenas movió los labios. Le mojó la cara. Abrió ligeramente el ojo que no tenía hinchado. Dijo algo que Mastreta no entendió. La cogió en brazos. Bajó a la planta baja. Cuando iba a salir a la calle oyó un vehículo que se detenía y luego el taconeo de botas sobre los adoquines. Retrocedió hacia la puerta cristalera que daba al patio trasero. No había nadie esta vez. Había algunas luces en las ventanas de los edificios de los alrededores. Cargando con Patricia, desanduvo el camino que había hecho al entrar. Por el pasillo exterior, casi no pasaba con Patricia en brazos. La cargó a la espalda como un saco. La puerta de madera tenía un candado. Le dio varios golpes con el talón, pero el candado no cedió. El ruido de las botas de los soldados le hizo retroceder. Estaban tratando de abrir la puerta principal de la casa. Mastreta se asomó con cautela por encima de la puerta de madera. Eran cuatro soldados. Dos de ellos forcejeaban con la puerta principal. Otros dos les observaban, alerta, sosteniendo una camilla enrollada. Otro hombre, un oficial,

aguardaba tras todos ellos en la penumbra, fumando. Se adelantó un paso regañando a sus hombres por demorarse. Cayó oblicuamente sobre él la luz de una farola cercana. Era el capitán Navío. Uno de los soldados, el más fornido, apartó al otro, le dio una patada a la puerta y esta cedió. Entraron a la carrera, el primero de ellos, el capitán. Mastreta esperó a que la calle estuviera desierta. Pero uno de los soldados se quedó frente a la puerta haciendo guardia. Estaba relajado, fumando, a ratos silbaba. Mastreta comprendió que no podía salir a la calle y tener alguna esperanza de desaparecer sin ser visto por el guardia; cargando con Patricia, aquel le alcanzaría a los pocos metros. Volvió atrás. Era cuestión de muy poco tiempo que registraran la casa y terminaran por salir al patio trasero. Mastreta se enredó en la ropa tendida. Patricia se le hacía más pesada a cada minuto. Fue al fondo del patio. Había una puerta que daba a otro edificio cuya entrada principal debía salir a la calle lateral, fuera de la vista del soldado que hacía guardia. Llamó con los nudillos. No tuvo que esperar, la mujer que había visto antes recogiendo sábanas estaba ya allí, con la luz apagada, como una espectadora. Vio solo el brillo de sus ojos, inmóvil, a unos palmos del cristal de la puerta. Mastreta le hizo un gesto de súplica. Detrás de él, en el edificio de Patricia, se encendió la luz del balcón de la sala de estar. Casi al mismo tiempo se encendió la ventana del dormitorio donde hacía unos minutos Patricia había estado atada a la cama. Se oyó algún grito ininteligible, órdenes gritadas con ira, se oyó caer algún mueble, algún jarrón, algún espejo. El brillo de los ojos de la mujer se movió hacia él. Le miraba desde el otro lado del cristal. Temblaba de espanto.

—Déjeme entrar —susurró Mastreta hablando muy velozmente—. Solo quiero cruzar su casa y salir a la calle. Nadie lo sabrá. Intento salvar a Patricia. Usted la conoce, ¿verdad? Es su vecina. ¡Ayúdeme! —A medida que Mastreta hablaba, crecía el temblor en ella—. Si me encuentran aquí, frente a su puerta, será peor para usted. Les diré que estaba conmigo. —La mujer lloraba. Atrás, se encendió el farolillo de la puerta trasera de Patricia. La ropa tendida oscilaba ligeramente por la brisa—. Van a salir. Abra

la puerta, joder.

La mujer abrió. Mastreta pasó junto a ella, que cerró al instante. Dejaron atrás los gritos de uno de los soldados que ya estaba en el patio llamando al capitán. Mastreta caminaba a ciegas con Patricia a cuestas.

—No encienda la luz. —Hablaba sin saber si la mujer le seguía—. Váyase a la cama y no abra hasta que hayan aporreado un buen rato la puerta.

Avanzó por un pasillo hasta que se encontró con la pared. A la derecha había una habitación pequeña. Llegaba allí una tenue luz amarilla de alguna parte. Vio que había unas escaleras que llevaban al piso de arriba. Se detuvo sin saber hacia dónde ir, el cuerpo de Patricia no le dejaba ver bien. Se volvió y entonces descubrió que había un hombre frente a él, junto a la escalera. Llevaba pijama y bata. Temblaba también. La mujer apareció detrás. Mastreta le impedía el paso hasta que avanzó. Estaba en medio de la habitación, con Patricia a cuestas, y los otros le observaban sin ser capaces de decir nada. Aporrearon entonces la puerta del patio.

—¿Cómo salgo a la calle? ¡Rápido!

La mujer reaccionó antes.

—Venga, sígame.

La casa era estrecha y tortuosa. Recorrieron un pasillo a oscuras, pasaron por una cocina por la que entraba luz de la calle. De allí desembocaron en un recibidor. Llegaban hasta ellos los golpes en la puerta del patio y las voces de los soldados. Antes de salir, Mastreta miró a la mujer agradecido. Era una mujer joven que esbozó entonces una sonrisa. Mastreta vio que era risueña, de ojos grandes y claros, ojos francos, acaso de campesina.

—Nunca digan nada de esto a nadie. Patricia se lo agradecerá siempre.

Salió a la calle. Era estrecha y corta, apenas había luz porque las farolas estaban en las esquinas. Bajó a Patricia de su espalda y la cogió en brazos. Caminó alejándose de allí tan rápido como era capaz. Dobló una calle y luego otra. Un peatón, el único que se cruzó, se detuvo a su paso, pasmado, mirándole sin disimulo.

Dobló otra calle. Sabía más o menos dónde estaba. Tendría que pasar frente al pabellón a donde llevaban a los heridos. Luego enfilaría hacia el puerto. Le quedaba un buen trecho. En la siguiente callejuela, una pareja flirteaba en un portal.

—¿Quiere que le ayude? —dijo el muchacho.

Mastreta no contestó. Si le seguían, no tardarían en encontrarle, estaba dejando un reguero de testigos y avanzaba muy lentamente. Antes de recorrer la callejuela, se topó de frente con una pareja de soldados que hacían la ronda. Se pararon en seco frente a él. Le miraban desconcertados. Mastreta no les dio tiempo a decir nada.

—Mi madre está muy enferma. La llevo a que la vea uno de los médicos del pabellón.

—¿Qué le pasa?

—Ya es muy vieja la pobre. No responde.

—No se canse. Los viejos no saldrán vivos de la miseria de esta guerra. Mejor que la lleve de vuelta para que muera en su cama, hombre.

Mastreta siguió adelante sin decir nada. Los soldados le siguieron con la mirada y murmuraron algo, «pobre desgraciado». Cruzó frente al pabellón. Todo estaba tranquilo. Los camiones militares estaban parados. Un centinela le vio, pero no dijo nada. Agotado, llegó al río y siguió por el paseo. Por suerte, estaba muy oscuro. Las farolas no funcionaban. Vio que había algunas parejas de novios, pero no repararon en él. Al llegar cerca del puente, se detuvo y sentó a Patricia en un banco, tan arropada que parecía una alfombra mal enrollada. Se sentó junto a ella. Seguía inerte, trató de reanimarla. Puso sus labios sobre los de ella para comprobar si respiraba. Lo hacía muy débilmente, con pausas abruptas, como si perdiera el ritmo y su cuerpo, desesperado, hiciera un esfuerzo por recuperarlo.

31

Por segunda vez, Frederika bajó a tomarse un cóctel con el teniente Benítez al bar del hotel. Ese día no había pianista y, aunque había bastante gente, reinaba un silencio extraño, como si los comensales no supieran divertirse en un lugar elegante, como si solo supieran hacerlo en bares de mala muerte. Un efecto de la guerra, pensó Frederika: divertirse abiertamente no estaba bien visto sino en lugares escondidos o en fiestas privadas. Además, según le explicó Benítez, ese día había habido muchas bajas por causa de una ofensiva republicana coordinada en Segovia y Huesca. Cientos de hombres habían muerto.

—Cuéntemelo —dijo Frederika.

—No tengo muchos datos. No me parece un buen tema de conversación.

—Me interesa.

Dos oficiales se acercaron a ellos y les saludaron educadamente. Luego se alejaron. Frederika miraba a Benítez del mismo modo que un momento antes de la interrupción, invitándole a hablar.

—Hay un cerro, cerca de Segovia, llamado Cabeza Grande. La cumbre alcanza casi los mil quinientos metros. Es zona de pinares y prados, diseminados y desordenados unos y otros, cruzados por arroyos. Allí han atacado los rojos, camino de La Granja de San Ildefonso, intentando tomar la villa para avanzar hacia Segovia.

—Conoce el lugar, ¿verdad?

—Sí, lo conozco bien. Soy de por allí. Es un mal lugar para entablar combate, hay espacios a campo abierto, pero también muchas arboledas, muchos lugares donde parapetarse y preparar emboscadas.

—¿Muchas bajas?

—De los suyos, muchísimas. De los nuestros, lo cierto es que bastantes también. Y la ofensiva sigue.

Frederika vio a lo lejos a Guzmán. Había entrado en la sala hacía unos minutos y se había reclinado en la barra, mirando a su alrededor.

—Ahí está ese hombre. Guzmán. Me lo presentó el otro día —dijo ella.

Benítez lo vio y asintió, pero no hizo ademán de llamar su atención para que se uniera a ellos. Más bien lo contrario, lo miró solo por el rabillo del ojo y volvió a centrarse en ella, aunque nada pudo ocultar su incomodidad.

—El general Mola ya está en ello. Se están reforzando las defensas en La Granja, y de momento sigue en nuestro poder. Ahora ya les será mucho más difícil tomar la plaza.

—¿No le cae bien? Me refiero a Guzmán.

—Ni bien ni mal. Es un hombre muy directo. A veces demasiado.

—¿Qué quiere decir?

—No se puede bromear con él, y es difícil estar a gusto con alguien así, cuando tienes que medir cada palabra que dices.

—¿A qué se dedica exactamente?

—Hace trabajos no oficiales. No sé decirle exactamente.

—¿Cómo lo de Hendaya, por ejemplo?

Benítez no dijo nada. No pudo evitar girar la cabeza para ubicar a Guzmán, y se lo encontró allí mismo. Pidió permiso para sentarse con ellos. Ocupó una butaca frente a Benítez. Frederika estaba a su izquierda. Intercambiaron unas breves palabras de cortesía. Preguntó qué querían tomar y llamó a un camarero.

—No estamos colaborando demasiado usted y yo —dijo de pronto Guzmán a Benítez.

—Dígame lo que necesita.

Ella contempló a ambos hombres. Benítez transformaba su conducta con Guzmán, se tornaba serio, tieso y poco acertado con las palabras.

—No me ha recibido usted en su despacho. Fui a verle esta tarde, pero me dijeron que estaba ocupado.

—No siempre estoy disponible. ¿Quiere que nos veamos mañana por la mañana?

—Ya no es necesario. —Se dirigió a Frederika—. Le interesará saber que el hombre de Hendaya ya ha sido identificado.

—Excelente.

—Es una excelente noticia —añadió Benítez con un entusiasmo excesivo.

—Sin embargo, no ha sido detenido todavía, por lo que es recomendable que mantenga usted unas elementales medidas de seguridad. Al menos por unas horas.

—¿Cree usted que era un peligro real? —preguntó Frederika.

—No lo sé. Su nombre es Hernández. Ustedes sabrán lo cerca que estaba.

Un sargento se acercó a ellos y le hizo un gesto a Benítez. Este aún digería las palabras de Guzmán y no se dio cuenta.

—Le están llamando, teniente —señaló Guzmán.

Benítez se levantó abruptamente. Cuando se fue, dejó un vacío. Guzmán clavó la mirada en Frederika. Ella no lo notó, su mente estaba en otra parte. Habría agradecido que hubiera habido un pianista ese día, alguna distracción, bailarines sobre los que descansar la vista. Quiso tomarse una copa y tardó un segundo en ver que tenía una intacta delante de ella. Al verla, sin embargo, no la tocó. Quería pedirla más que beberla, y tenerla allí la frustró. Se encendió un cigarrillo. Guzmán, que no dejaba de mirarla, había hecho ademán de darle fuego, pero ella no se percató.

—¿Conocía a Hernández?

—La verdad es que sí.

Guzmán se rio.

—Ya lo sabía.

—El hombre nos engañó a todos —dijo ella riendo de buena gana—. Aunque no tiene gracia.

—Usted comió con él hace unos días.

—Es cierto.

—Estuvo en su habitación. —Ella le miró por toda respuesta —. Lo sé porque acabo de hablar con un capitán que estuvo allí también. Dígame, ¿qué tal es? Nunca le he visto la cara.

—Bastante normal.

—Sin embargo, ustedes pasaron mucho tiempo juntos.

—Recuerdo que era ameno. Hacía bonitos dibujos y me pareció bastante culto. Era un hombre templado, desorganizado, imprevisible. Tengan cuidado cuando vayan a arrestarle.

—Eso no me corresponde a mí, por desgracia. —Guzmán bebió educadamente—. Parece que la impresionó.

—En absoluto. —Frederika cogió su copa y le dio un breve sorbo.

—¿No sospechó usted nada?

—La verdad es que sí. Y el teniente también. Me consta que quería vigilarle, pero no tenía hombres para ello.

—Le cayó bien, ¿verdad? Puede que incluso le gustara estar con él.

—Ya le he dicho que era ameno. Pero, dígame, señor Guzmán, ¿cómo lo ha averiguado? ¿Cuáles son sus métodos?

—No es complicado, basta preguntar por ahí. A veces cuesta un poco obtener respuestas, ciertamente.

—¿En este caso, por ejemplo?

—Veinte horas. No está mal, aunque he tenido interlocutores más tercos todavía. Hasta cuarenta horas.

—Al final siempre hay respuesta.

—Siempre.

—Debe ser un trabajo agotador.

—Es bastante entretenido. Y tiene algunas recompensas. Se ven reacciones humanas únicas, muy difíciles de observar, y pueden llegar a ser fascinantes. Se oyen palabras pronunciadas por primera vez, se puede divisar el fondo mismo de los ojos, lo más escondido del alma.

—Se refiere al miedo.

—Y otras cosas, emociones realmente extrañas e inusuales que aparecen limpias, sin ningún filtro, sin ningún comedimiento. Rabia, odio y sumisión a cosas impensables. Ves un espíritu de supervivencia decidido, ingenuo, y luego puedes contemplar ante ti cómo se va diluyendo poco a poco. Pero principalmente miedo, un pavor transparente. Puede decirse que el miedo es mi trabajo,

señorita Heinz. —Ella le sonrió para llenar el silencio, pero fue una sonrisa que no se creyeron ninguno de los dos. Bebió otro trago, esta vez más largo—. ¿Cuándo se marcha? —dijo Guzmán como si nada.

—Pues muy pronto, creo. Usted ha facilitado mi trabajo.

—Me gustaría conocerla mejor. ¿Le parecería bien cenar conmigo alguna noche, antes de abandonarnos?

Después de lo que acababa de contar, la pregunta de Guzmán solo podía tener una respuesta, y eso era evidente para ambos. Aun así, la había hecho, y ahora la observaba fijamente, disfrutando de lo que había provocado. Frederika le miró de un modo neutro, casi distraído, pero en su interior percibía que cada una de sus reacciones quedaba expuesta, las verdaderas y las fingidas, y que no tenía forma de salir de esa inercia delatora, acaso, pensó, no fuera posible con un hombre que conseguía meterse hasta el fondo de los ojos y del alma.

32

Uribe apagaba las luces de la sala de estar para subir a acostarse cuando llamaron a la puerta con los nudillos. Fueron golpes muy seguidos. La puerta no ajustaba bien, con lo que rebotaba y hacía un ruido exagerado, como si la zarandearan. Durante el día estaba acostumbrado a ello, pero en la noche sonó atronador. Antes de abrir miró por la ventana, pero fue incapaz de comprender lo que había afuera. Llamaron otra vez y abrió al fin con cautela. Desde la calle empujaron hacia dentro sin miramientos. Uribe se puso en guardia, reaccionando y empujando a su vez hacia afuera, pero Mastreta ya se había metido en el recibidor.

—Tranquilo. Soy yo. Nadie me ha visto. No podía ir a ninguna otra parte.

Uribe retrocedió. Mastreta llevaba a Patricia cargada sobre el hombro. No había tenido más remedio, sus brazos ya no habían podido sostenerla a peso; además, de esa forma era mucho más rápido, incluso menos sospechoso, ya que en verdad parecía que llevaba un saco o una alfombra a cuestas. La manta era tan grande que cubría el cuerpo de Patricia por completo y en la oscuridad se confundía con cualquier cosa que uno quisiera imaginar. Uribe tardó en comprender.

—Tenemos que acostarla en una cama —dijo Mastreta.

Por fin, Uribe reaccionó y se unió a él en la preocupación y la angustia, y en canalizarlas de un modo útil. Lo condujo a una habitación pequeña sin ventana que la mujer de Uribe empleaba para coser. Apartó una montaña de ropa que había sobre la cama. Tumbaron a Patricia. Uribe salió a buscar alguna cosa. Volvió a los pocos minutos con vendas y desinfectante. Al entrar vio a Patricia ya desnuda, con la piel sucia de sangre. No quiso ver más, dejó el botiquín y salió al instante. Su mujer le miraba con ojos aterrados

desde el pasillo. Apareció un niño en la puerta de una habitación contigua y la mujer cambió de expresión llevándoselo con palabras cariñosas. Desde la habitación, Mastreta pidió una palangana con agua y compresas.

Lavó a Patricia con cuidado. Aparte de la hinchazón en la cara, tenía quemaduras y heridas en el pecho y en los pies, y tenía varios dedos de una mano rotos. Casi toda la sangre venía de su cara: de la nariz y de la oreja, de varios cortes y erosiones en el pómulo, todos en el mismo lado. Allí el cabello canoso estaba teñido de rojo. Lloraba y sus lágrimas eran rojas. Al poco descubrió que sangraba también por la vagina, se formó una mancha roja en las sábanas. Uribe estaba en la puerta otra vez, no osaba acercarse.

—Le pegó siempre en el mismo lado de la cara para hacerle más daño —dijo Mastreta. Era la primera vez que veía signos de tortura en un cuerpo, hablaba en voz alta sin motivo, como para hacer real algo que no parecía posible—. Tiene lesiones en la vagina, cortes y moratones. No sé cómo voy a desinfectar ahí. También... le han quemado los pies, con unas cerillas seguramente. Se las metió entre los dedos...

—Cállese...

—Uno, dos..., tres dedos rotos de la mano derecha.

—¡Basta! —gritó Uribe con una voz atronadora.

Salió y cerró la puerta tras de sí. Mastreta se quedó solo. Hizo lo que pudo. Le puso desinfectante en las heridas abiertas de la cara y en las quemaduras. Le limpió el cuerpo entero y le puso vendas en la cara y en la entrepierna del mejor modo que supo. Enderezó los dedos rotos de la mano y se los inmovilizó con unas piezas de madera alargadas, recortes de alguna chapuza que encontró en una caja de herramientas. Cuando terminó, la tapó con las sábanas. Notó que temblaba. Mastreta se tumbó a su lado. Había estado tan tenso que ahora sintió que le fallaban las piernas. La cama era estrecha y estaba muy pegado a Patricia. La oía respirar a un ritmo constante que le adormeció. Le despertó a los pocos minutos un gemido de Patricia. Se incorporó con cuidado y se inclinó sobre su rostro deformado.

—No lo pude evitar —dijo Patricia. Lloraba—. Al final tuve

que decírselo. Lo siento.

—No pasa nada.

—Tuve que decírselo...

—Has sido muy valiente.

—Me hubiera dejado matar, pero no lo hacía. Y yo quería morir y él no me mataba.

—¿Recuerdas lo que le dijiste?

—Te juro que yo quería morir.

—Lo sé. Tienes que decirme qué le contaste. ¿Le dijiste mi nombre?

Ella asintió.

—¿Le dijiste dónde encontrarme?

Ella asintió.

—Estamos en casa de Uribe. ¿Le hablaste de Uribe?

—No. No me preguntó. No me preguntó...

Lloró entonces más ruidosamente.

—¿Le hablaste de alguien más? ¿De tu amigo el panadero?

Ella negó con la cabeza.

—Pero lo hubiera hecho —susurró.

Mastreta pegó su mejilla a la de ella y le dio un beso.

—Si no hubieras aguantado tanto, yo ya estaría muerto. Te debo la vida. ¿Lo entiendes? —Ella asintió sin dejar de llorar—. Ahora tienes que descansar.

Salió de la habitación. Había pasado una hora desde que llegaran. Uribe estaba dando vueltas en la sala de estar. Su mujer se había vestido y estaba sentada en una butaca con las manos en la cara.

—¿Tiene algo de beber? —pidió Mastreta sentándose.

Uribe miró a su mujer, pero esta no se movió, así que se fue a la cocina y trajo una botella de coñac y tres vasos. Mastreta se sirvió olvidándose de los otros dos. Luego bebió de un trago. Rellenó su vaso y entonces reparó en los otros vasos llenándolos también.

—¿Se morirá? —preguntó Uribe.

—No. Tendrá que tenerla aquí hasta que podamos pasarla a Francia.

—Está bien —dijo Uribe mirando a su esposa. Esta seguía muda e inmóvil ante lo que estaba ocurriendo.

—Tendremos que esperar a que esté mejor, a que pueda caminar al menos. Si la trasladáramos ahora, la mataríamos.

Mastreta se reclinó en la butaca abandonándose. Buscó un cigarrillo, pero no encontró la cajetilla. En su lugar, se acabó el vaso de coñac. Se le cerraban los ojos. Antes de que pudiera dormirse, Uribe le tocó el hombro.

—Usted tiene que irse.

La mujer daba vueltas detrás de su marido.

—¿Puedo comer algo antes?

Le dieron un plato de lentejas. La mujer, a medida que le veía comer, le iba mirando cada vez más candorosamente. Empezó a hacer cosas impropias. Le pasaba las manos por la espalda mientras comía como si fuera un hermano llegado del frente. Le acarició cariñosamente el pelo como si fuera un muchacho del barrio que se tomaba la merienda en su cocina. Cuando se levantó, le abrazó suavemente con un propósito indeterminado, aunque franco. Mastreta interpretó que no era capaz de controlar la tensión que sentía y que calmaba la intensidad de sus emociones con el contacto. Creyó que se sentía culpable al echarle, y que ello se mezclaba con el miedo de tenerle allí y de tener también a Patricia. Mastreta se llevó a Uribe a un rincón.

—Prepare su barco. Va a llevarme a Hendaya.

—Ni lo sueñe. ¿Está loco? ¿No ha tenido suficiente por hoy?

Discutieron brevemente. Mastreta no le dio opción y le aconsejó que no le dijera nada a su mujer. Uribe se dio cuenta de que ya no había marcha atrás, de que desde que le recogió en Hendaya la primera vez, ya nada volvería a ser igual para él. Cuando lo comprendió, todo fue más fácil. Antes de salir, Mastreta fue a ver a Patricia. La esposa de Uribe estaba junto a ella refrescándole con un paño húmedo la parte de la cara que no tenía vendada. Al verle, salió sin que tuviera que decir nada. Mastreta, una vez solo, se inclinó sobre Patricia y la besó en la mejilla.

—No me duele nada —dijo ella—. ¿Eso es bueno?

—Ya te dolerá.

Ella se angustió.

—No quiero sentir dolor.

—El dolor te hace saber que estás viva. ¿No querrás perderte lo que tiene que pasar a partir de ahora?

—No me quedan fuerzas.

—Dentro de una semana estaremos tú y yo en París tomando Pernod. —Ella sonrió y derramó una lágrima—. Tengo que irme.

De la sala llegó el ruido de un altercado. Mastreta besó otra vez a Patricia y salió. La mujer de Uribe estaba fuera de sí. En cuanto vio a Mastreta se abalanzó sobre él abrazándole otra vez.

—No se lleve a mi marido —le susurró al oído—. No se lo lleve.

Mastreta se desprendió de ella. Agarró a Uribe y lo sacó de la sala. La mujer les siguió hasta la puerta. Se encogía sobre sí misma como si tuviera espasmos en la tripa. Mastreta entendió que ya lo había intuido, que antes, al abrazarle, intentaba evitar lo que ahora estaba ocurriendo ante ella y no podía parar.

TERCERA PARTE

1

Hacía una noche cerrada. Al poco de navegar, se levantó un viento tormentoso y el mar se embraveció. El aire estaba lleno de electricidad, pesado y denso, hasta que empezó a llover a cántaros. El pequeño barco se zarandeaba tanto que Mastreta tenía problemas para no perder el equilibrio. Miraba a Uribe todo el tiempo para saber si debía preocuparse. Este fumaba y bebía de un termo de café y coñac. Estaba tenso, pero no era por el estado de la mar. El viaje no duró mucho. No se dijeron ni una palabra. La cabina estaba a oscuras. Fumaban sin cesar, pensando ambos en sus cosas. Al cabo de un rato, aparecieron las luces de Hendaya. Mastreta tocaba una y otra vez el revólver que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Estaba cargado. Llevaba también un puñado de balas sueltas que tintineaban sordamente unas contra otras al paso de su mano. Había tenido que regresar a la pensión para recogerlo. Muchas cosas podían haber salido mal; sin embargo, allí estaba, preso de un sentimiento de temeridad incontenible, y de una sensación, que no sabría explicar, de que nada podría interponerse en sus propósitos. Había visto una patrulla frente a la puerta de la pensión, cuatro soldados aburridos que, a pesar de ello, estaban muy atentos a todo lo que ocurría a su alrededor. Se había encaramado por una ventana enrejada de la planta baja desde la que alcanzó la baranda de la terraza del primer piso. Abrió la puerta de un empujón, que cedió fácilmente ya que no cerraba bien. Cruzó el pasillo, subió a la segunda planta y se metió en la letrina. A oscuras todo había resultado más difícil. Había alcanzado a tientas la cisterna subido a un taburete. Encima había una caja de cartón, donde la había dejado el primer día de estar allí. Estaba húmeda por la condensación, casi se le había deshecho en las manos. El revólver también estaba húmedo. Se lo

había metido en el bolsillo. Se le cayeron algunas balas que hicieron un brevísimo ruido de granizo. Se arrodilló buscándolas. Algunas habían rodado fuera de su alcance. Ya daba igual. En cuanto tuvo una docena se largó de allí por el mismo lugar por donde había entrado. Detrás dejó todo lo demás, todos sus dibujos, todas las pertenencias de quien fue Juan Hernández.

Uribe conocía muy bien la zona, pero Mastreta no era capaz de ver la playa, por más que lo intentara, plantado en cubierta. Allí se convirtió en un estorbo para Uribe, quien había echado el ancla y preparaba el bote. Hubiera querido que Mastreta manejara el bote solo, pero comprendió que ello sería demasiado complicado en aquellas condiciones, a oscuras, sin referencias, bajo una lluvia intensa y en un mar que parecía que bullía a su alrededor. Llegaron a la playa en pocos minutos.

—Le esperaré hasta un momento antes de que empiece a clarear el día. No más. Entonces me iré.

Mastreta asintió. El otro le indicó un sendero en la maleza y, sin pausa, Mastreta desapareció por él.

2

El puesto para taxis estaba vacío. Al poco llegó uno. El taxista conocía bien a Gómez. Mastreta fingió estar un poco borracho. Le dijo que eran amigos y que quería tomarse unos vinos con él. El otro creyó haberle calado bien y le habló de una casa de mala reputación que Gómez frecuentaba. Estaba cerca.

El lugar estaba casi vacío. Era un sitio venido a menos, pasado de moda. Había una muchacha detrás de una barra y un par de parejas sentadas en la oscuridad del fondo. Preguntó por Gómez a la chica de la barra, le soltó la misma historia que al taxista. La adornó un poco más, ya que a la muchacha, que estaba aburrida, le dio por darle conversación. Gómez estaba arriba. Mastreta no quería montar alboroto. Preguntó si había alguna chica disponible. A los cinco minutos apareció una. Era española, como la mayoría. Era muy bajita, nada sofisticada, pero tenía una cara redonda y bonita. Tendría unos veinte años.

Mastreta la siguió al piso de arriba. A media escalera todo se volvía muy oscuro. Ella le dio la mano. Luego les alumbró una luz roja. En el pasillo había cuatro puertas en cada lado y otra al fondo. Mastreta, con aire juguetón, tiró de la chica.

—¿Conoces a Gómez? Es taxista.

—Claro que le conozco.

—¿Sabes en qué habitación está? Somos amigos y quiero darle una sorpresa. ¿Podríamos estar todos juntos?

Ella se rio. Dijo que no podía ser, que tenía que preguntarlo, que aquello sería más caro. Mastreta le dio dinero. Ella le condujo a la última puerta y llamó. Le dijo que se quedara detrás de ella. Él no esperó respuesta y abrió la puerta. La chica no tuvo tiempo de protestar, todavía no era consciente de lo que pasaba. La habitación era muy pequeña, Mastreta se encontró frente a una

cama chirriante. La prostituta estaba encima. La agarró del brazo y la alzó sin demasiado esfuerzo. Pesaba como una pluma. Gómez estaba en otro mundo. Tenía los ojos cerrados, visiblemente borracho, se movía muy lentamente. Mastreta ganó tiempo con eso. La prostituta casi no protestó. La sacó en volandas de la habitación. La otra chica estaba en el umbral, por fin había fruncido el ceño, había comprendido que algo no iba bien. Mastreta cerró la puerta dejándolas en el pasillo. No había cerrojo. Se encaminó a Gómez, que yacía desnudo y medio dormido en la cama. Le lanzó un puñetazo en medio de la cara. Repitió la operación cuatro veces. Le dio con ganas. Gómez sangraba mucho. Lo levantó de la cama. Casi no se tenía en pie. Le dio otra tanda de puñetazos. Gómez cayó al suelo. Mastreta sacó la navaja y se la mostró a poca distancia de la cara.

—¿Con quién hablaste de nosotros? —Sabía que no tenía mucho tiempo. Los burdeles como aquel tenían a hombres para solucionar situaciones como aquella—. ¡Mírame!

Los ojos blancos de Gómez se abrieron mucho, destacaban en medio de su cara enrojecida por la sangre. Mastreta le dio otro puñetazo. Temía darle demasiado fuerte. Cogió una jofaina que había en una esquina y le tiró el agua encima. El otro se incorporó, quedándose sentado. Mastreta se agachó un poco, y desde esa posición le dio un puñetazo en horizontal con mucha fuerza que impactó en el pómulo derecho del taxista. No pudo evitarlo. Estuvo tentado de matarlo sin más. El otro reaccionó.

—Basta... Basta...

—¿Con quién hablaste de nosotros? —Gómez dejó de atender. Mastreta interpretó que iba a aprovecharse de su estado para ganar tiempo. Agarró su escroto con una mano y con la navaja empezó a cortar por debajo de sus testículos. Gómez lanzó un alarido y trató de huir arrastrándose por el suelo. Detrás, las chicas habían abierto la puerta y estaban chillando—. ¿Con quién hablaste de nosotros?

—¿Quién eres?

—Mírame bien. ¿Te acuerdas de mí? ¿Te acuerdas de mi amigo?

—No... —Mastreta agarró otra vez sus testículos. Gómez

reaccionó—: ¡George! Hablé con George.

—¿Quién es? ¿Dónde le encuentro?

—En el Rayon Vert.

Mastreta le dio otra serie de puñetazos. Sentía placer en ello y se dejó ir. Le daba tan fuerte como era capaz. Sentía que tenía una fuerza interior desconocida. Un hombre se le acercó por detrás. Era alto y circunspecto. Mastreta lo intuyó y se dio la vuelta. No dijo ni una palabra. El otro tampoco. Exhibió su navaja. El otro le impedía el paso.

—Tengo que irme —espetó Mastreta en francés—. Era un asunto entre él y yo. Ya está zanjado. Aparta y no pasará nada más.

El otro no se movió. Mastreta avanzó hacia él y este, tras un instante de vacilación, retrocedió. Mastreta avanzaba y el otro, aunque se mantenía con los puños en alto, seguía retrocediendo. Al llegar a la puerta, Mastreta le apartó de un manotazo y salió al pasillo. Las chicas le miraban con los ojos brillantes, como si observaran un espectáculo que ahora, de repente, no querían que terminara. Bajó corriendo al piso inferior y salió a la calle sin que nadie más se pusiera frente a él.

3

Llevaba una inercia con la cual nada parecía poder detenerle. Un taxista le llevó al Rayon Vert en pocos minutos. Mastreta le dio dinero y le dijo que le esperara, que le necesitaría más tarde. El hombre no tenía nada mejor que hacer, de modo que aparcó y se acomodó en su asiento. Entró de buenas maneras, enseñando un billete de veinte francos. Preguntó por George. Todos le conocían, pero nadie sabía dónde estaba. Eran las dos de la mañana. Se le acercó una chica muy joven, morena y muy alta. Una mujer entrada en años, sentada al fondo, le había ordenado con un gesto de cabeza que se hiciera cargo de él. La mujer creyó que era su tipo. Mastreta la invitó a una copa de champán. Le preguntó por George. Ella dijo que vendría más tarde. Se tomaron otra copa, ella quería subir, pero él no se movía. La invitó a fumar. Ella fumaba coreografiando cada gesto, elevando el rostro para exhalar el humo, dándose un aire refinado. Sería lo que les gustaba a los clientes ricos que veraneaban en Hendaya. Con la otra mano, alcanzó la de Mastreta y la puso sobre su rodilla para animarle. Tenía la piel muy suave, muy oscura. Aunque Mastreta hablaba bien el francés, ella adivinó su origen, y para complacerle habló en español. Lo hacía con un acento tan marcado que las palabras, aunque acertadas, parecían otras. Durante un rato, él perdió la noción del tiempo y del lugar en el que estaba, embebido en las palabras de ella, que debía descifrar una a una, tragando champán como si fuera agua mineral. Entonces entró George. Lo supo porque a la chica se le fueron los ojos. Vio a un hombre no muy alto, fornido, de pelo muy corto. Entró silbando, relajado, manejando un amuleto con la mano izquierda y sosteniendo un cigarro con la derecha. Se sentó al fondo con la mujer entrada en años. Otra chica, con aire aburrido, que no tendría todavía los

dieciocho años, se sentó con ellos. Tenía un abundante cabello castaño claro, llevaba un recogido un poco desgarbado e iba muy maquillada. Imitación de las putas caras de París. Mastreta se acabó el champán, se disculpó y se levantó. Cruzó la sala hasta la mesa del fondo y, sin decir nada, se sentó con ellos.

—¿Es usted George? —El otro no contestó—. Estoy buscando a un hombre. Un español. Le conocí hace tiempo, aquí en Hendaya, y nos hicimos amigos, pero no recuerdo su nombre. Creo que podría encontrarle aquí. Muy alto, fuerte, viste de negro y no lleva sombrero.

El otro se rio, aunque forzadamente, sorprendido por la irrupción. La mujer no hizo nada. Había tenido aspecto de aburrida, y dejó de tenerlo. Por su parte, la muchacha miró a Mastreta con ojos de niña, mordiéndose sin darse cuenta la solapa de la bata. Él se unió a la risa de George. Era puro nervio y de algún modo ello se hacía perceptible para los otros.

—Hacía mucho tiempo que no pisaba esta ciudad —dijo Mastreta con una voz tan intensa que contradecía inevitablemente el sentido en apariencia ocioso de sus palabras—. Me ha traído buenos recuerdos. Pensaba en correrme una buena juerga con él, si le encuentro.

—No sé de quién me habla —dijo George.

—¡Qué mala suerte! Lo pasamos muy bien aquella vez. Él me trajo aquí, conocía bien la casa.

George se rio otra vez, más forzadamente aún.

—¿Se refiere a Guzmán? —dijo súbitamente la chica joven, con el gesto expectante de quien se atreve a aventurar la solución de un acertijo.

—Sí, Guzmán. Exactamente. —Los otros dos estaban pasmados. Ni siquiera se atrevieron a lanzar una mirada de reproche a la muchacha—. ¿Está aquí?

—No —siguió la chica—. Lo sé seguro, ya que él solo quiere estar conmigo.

Mastreta sonrió. La mujer le dijo a la chica que fuera a por champán. Esta se levantó. Mastreta también.

—Nos lo tomaremos arriba, ¿te parece bien?

Ella asintió con una sonrisa. George se había levantado. Mastreta sacó dinero y se lo ofreció.

—Si aparece Guzmán, venga a avisarme, ¿de acuerdo? Y no le diga nada. Quiero darle una sorpresa.

George estaba muy serio. Se frotaba el mentón constantemente. Cogió el dinero. La mujer se levantó también. Mastreta ya se marchaba con la chica.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó mientras subían las escaleras.

—Arlette.

Inició con ella una conversación sencilla y se percató de que tenía la mente de una niña. Nada más cruzar el umbral de la habitación y cerrar la puerta, ella se dio la vuelta y le dio un beso en la boca. Le introdujo la lengua con voluntad de complacer. Mastreta la apartó y se sirvió un coñac. Cuando se volvió otra vez hacia ella, ya estaba desnuda.

—¿Qué quieres que haga?

—Eres muy joven. ¿No vas a la escuela?

—A veces. Pero me aburre mucho.

—¿Te gusta este trabajo?

—¿Qué quieres decir?

Mastreta se sacó la chaqueta. Ella lo tomó como un inicio y se acercó a él. Le cogió la mano y la puso en su sexo. Mastreta se apartó pidiéndole paciencia con un gesto de manos y regresó a su copa de coñac. Ella estaba otra vez junto a él, pegada a su cuerpo y tratando de desabrocharle la camisa.

—Guzmán me habló de ti.

—¿Seguro? —dijo ella con ilusión.

—Me habló de una niña muy dulce y muy aplicada.

De repente se fue la puta y en su lugar apareció una niña casi tímida. Se sentó en la cama recogiendo los brazos sobre su cuerpo.

—Me recuerdas a él —dijo ella.

—Ah, ¿sí?

—Él siempre bebe coñac. Como tú. Y me pregunta por la escuela. Le preocupa que tenga estudios y todo eso. Es muy protector conmigo. Yo le quiero locamente.

—Supongo que quieres a muchos hombres.

—No como a él.

—¿Y él te quiere?

—Creo que sí. Solo está conmigo. A veces es muy frío, cuando estamos juntos saca todo de mí y me deja muerta, pero me dice que es la única forma que tiene de sentir algo. Yo soy la única que le hace sentir algo.

—Y eso te hace feliz. —Ella asintió sonriendo—. Hace mucho tiempo que no le veo. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

—¡Uy! Ahora, con todo lo que pasa en España, está muy ocupado. Solo viene muy de vez en cuando.

—¿Cuándo fue la última vez que le viste?

—Estuvo aquí hace una semana o diez días.

—¿Tiene una casa en Hendaya?

—No lo sé. Cuando viene aquí, pasa la noche conmigo.

—Si tienes que hablar con él por una emergencia, ¿cómo lo localizas?

Ella dudó. Se mordió los labios.

—¿Te gusto? —dijo de improviso. Se levantó y se acercó a Mastreta. Volvía a ser una puta—. Tú me gustas mucho.

Mastreta se dejó hacer. La miraba como si fuera una presa.

—No tanto como Guzmán, ¿verdad? —Ella le miró sin comprender—. A mí también me cuesta sentir algo —dijo Mastreta roncamente.

Se portó con ella con agresividad. La empujó sobre la cama. Ella no lo esperaba y se incorporó rápidamente sobre los codos. Mastreta se desvistió y se puso sobre ella. La penetró sin contemplaciones, le tiró del cabello cuando se acercaba al final. Ella se ensortijaba en su cuerpo dándole ternura para ablandarlo, pero Mastreta sentía el infame deseo de hacerle daño, la manejaba como a una muñeca, agarrándola del cuello y del pecho, arremetiéndola con todo el cuerpo, lanzando un rebuzno cada vez. Cuando terminó, se tumbó a su lado. Ella resoplaba. Se levantó de la cama poco a poco y, como si fuera un automatismo, le trajo la copa de coñac. Mastreta fumaba en la cama. Ella dudó, pero al fin se tumbó a su lado. Estuvieron en silencio hasta que él se terminó

el cigarrillo. Ella se tocaba la entrepierna y, tras hacerlo, Mastreta observó que había quedado un poco de sangre en sus dedos.

—¿Te he hecho daño? —preguntó con voz neutra.

—No es nada. Estoy acostumbrada.

—¿Guzmán te hace daño?

—A veces. Sin querer. Tranquilo. No le diré nada de esto. —Mastreta la interrogó con la mirada—. Te buscaría y creo que te mataría —lo dijo riendo, pero sonó como una certeza.

—¿No le importa que estés con otros hombres?

—Nunca me ha dicho nada. Aquí cuidan de mí. *Madame* Chout y George, y el resto de las chicas. Somos como una familia. Creo que a Guzmán eso le gusta, cree que estoy a salvo con ellos y no tiene que estar siempre preocupándose por mí.

Él la miraba sin expresión alguna. La mayoría de las prostitutas que había conocido, en Barcelona, en París y en otras ciudades, eran, aunque muy jóvenes, mujeres ya muy bregadas, muy listas y muy conscientes de su situación. Si se observaba con detalle, era fácil ver que mentían a los clientes todo el tiempo, ver que les repugnaban, que odiaban estar allí. Aquella chica, en cambio, parecía sincera, era pura inocencia, pese a las cosas que era capaz de hacer en la cama. No era consciente de lo penosa que era su vida, la aceptaba con naturalidad. Probablemente era eso lo que la hacía distinta a ojos de Guzmán, esa extraña pureza que se diría imposible en aquel lugar, esa verdad absurda con la que aquella chica se había entregado ahora a él, como anteriormente se había entregado a Guzmán y a muchos otros. Mastreta pensó que no se había encontrado nunca con una prostituta como aquella, y comprendió hasta qué punto habían conseguido echarla a perder. Le pidió más coñac y ella se lo trajo. Él le dijo que bebiera, pero ella, arrugando la nariz, dijo que no le gustaba, que era muy fuerte. Se quedó mirándola y sintió desprecio por aquel lugar, y sintió asco de sí mismo, pero ello no movió nada en él ni cambió su determinación, comprobó que, pese a todo, no era capaz de conmoverse. Ella se dio cuenta de que él la miraba muy fijamente y creyó, en su inocencia, que él podría encapricharse de ella. Como habría ocurrido ya antes muchas veces con muchos hombres, en su

interior, donde su inocencia se mezclaba con una emoción genuina de perversidad, tan rara que era en sí misma pura y bienintencionada, motivada por un anhelo infantil por ser amada, aunque fuera breve e insustancialmente, surgió como reacción espontánea la chispa de un amor igual de breve, verdadero e insustancial, y por todo ello falso en realidad, y a pesar de ser tan efímero, de ser tan reiteradamente decepcionante, se agarraba otra vez a él como agarra una niña un globo de helio, hasta perderlo y pasar a otra cosa, a otro hombre. Arlette, entendió Mastreta, era una prostituta que amaba a sus clientes, porque encontraba en ellos la rutina agradable del enamoramiento, para lo cual estaba naturalmente predispuesta, al menos lo que ella interpretaba como tal.

—¿Volveré a verte? —preguntó ella con coquetería—. A mí no me importaría.

—Quizá a tu amigo Guzmán no le guste.

—Él no se mete en esas cosas.

—¿Y si te quisiera solo para mí?

En su falsa realidad, verdadera en su interior, sus ojos brillaron. Se acercó a Mastreta y lentamente le besó en la boca. Llamaron a la puerta con los nudillos. Era un aviso de que había terminado el tiempo. Ella se vistió mecánicamente, pero estaba alegre. Mastreta hizo lo propio. Antes de salir de la habitación, se tomó de un trago otra copa de coñac. Pensó que le haría falta.

—¿Te puedo invitar a una copa de champán antes de marcharme?

Ella asintió. Lo cogió de la mano y lo llevó abajo. Ahora todo le pareció todavía más sórdido a Mastreta: los hombres que subían con sus chicas, con los que se cruzó en las escaleras, los farolillos rojos del pasillo, las paredes acolchadas de terciopelo sucio y raído, la penumbra forzada, el olor a viejo y a humo y a sudor, todo mezclado. Se sentaron en un rincón. Pidió champán. A ella tampoco le gustaba, aunque no lo dijo, se lo bebió y se le arrugó la nariz en un espasmo que no pudo disimular. Casi no había nadie. La mujer del fondo, *madame* Chout, hacía números en una libreta. Al otro extremo de la habitación, George bebía con un cliente,

ambos hablaban animadamente. Había además dos chicas aburridas que se peinaban la una a la otra. Mastreta miró su reloj. Eran más de las tres. Se levantó sin decir nada. Arlette le miró sin comprender.

—Ven —dijo él.

Ella obedeció. Mastreta la cogió del brazo y, sin mediar palabra, tiró de ella llevándosela hacia la puerta. Ella lanzó un breve grito motivado por la sorpresa. Al ver que no la soltaba, trató de zafarse, pero no tenía fuerzas para hacerlo. Aunque ella no pidió ayuda, *madame* Chout percibió enseguida que algo extraño ocurría y a su vez, como si estuvieran silenciosamente comunicados, George lo percibió también. Este fue al instante hacia ellos. Mastreta empujó a Arlette hacia la puerta y se volvió hacia George. Hizo saltar su navaja.

—No te acerques más. O la mato.

Se hizo un silencio mortal. El hombre que estaba con George se pegó a la pared, expectante, las dos prostitutas se levantaron con estrépito tumbando una mesita. *Madame* Chout no se había movido de su mesa. Arlette estaba detrás de Mastreta, en un rincón, incapaz de moverse.

—Tranquilo —dijo George.

—Dile a Guzmán que, si quiere a la chica, tendrá que venir a buscarla. Dile que he venido desde San Sebastián para encontrarme con él. Que le espero en el lugar donde nos vimos la última vez.

Para sorpresa de Mastreta, George se relajó.

—Está bien, amigo. Lo que tú quieras. —George se rio—. Lo que tú quieras, amigo —repitió. A Mastreta le tembló la mano. George seguía riéndose—. Buena suerte, amigo.

Mastreta cogió a Arlette por el brazo y la condujo hacia la calle. Ella estaba tan desconcertada que no sabía qué hacer. Afuera, Mastreta oía todavía la risa de George. Cerró la puerta con estrépito. Hacía fresco. El taxi seguía aparcado junto a la puerta. El conductor dormía en su asiento. Despertó bruscamente cuando Mastreta cerró la puerta del taxi. Arlette empezó a reaccionar. Se arrinconó en un extremo del coche, asustada. Él guardó la navaja. Le dijo que no tuviera miedo, que no le haría daño. Que solo

quería ver a Guzmán. El taxista no entendía lo que pasaba. Mastreta le gritó que arrancara, que todo estaba bien.

Condujeron por Hendaya. Mastreta dijo al chófer que evitara las zonas donde pudiera haber controles militares o policiales. No había nadie en las calles por las que circularon. Arlette temblaba, más de frío que de miedo. Él evitó mirarla. En pocos minutos llegaron al caserío donde Sanz había sido asesinado. Detrás de ellos el mar hacía un ruido infernal. Bajaron del taxi. Ella no quería. El taxista no sabía qué hacer. Mastreta la sacó de un tirón. Luego pagó y el taxi se alejó sin dilación. Olía a pino y a tierra mojada. Arlette sollozaba, aunque era difícil para Mastreta determinar si en realidad estaba asustada o si todo aquello era una aventura para ella. Hasta que la sacó del burdel, ella había sido un ser, en cierto modo, vacío, una niña que parecía ajena al mundo en parte por ingenuidad y en parte por un conformismo pausado, una aceptación de su destino que Mastreta apenas podía comprender. Ahora, asustada y apartada de su confortable y sucia realidad, ya no tenía la mirada básica de antes, por primera vez parecía un ser real. Él repitió que no le haría daño, que solo tenía que quedarse tranquila y no decir nada.

Dieron la vuelta al edificio hasta llegar al cobertizo de madera por el que Guzmán había entrado aquel día. Mastreta sacó el revólver y cogiéndolo por el cañón, amartilló el candado hasta que cedió. Entraron. Caminaron a oscuras buscando las escaleras. Mastreta revivió la muerte de Sanz, todo estaba igual, la luz azulada que entraba por las ventanas de la fachada norte, el ruido que hacían sus pisadas sobre el suelo de madera, el brillo de los espejos. Subieron al piso superior y se metieron en la misma habitación. No encendió la luz. Le indicó a Arlette que se sentara en la primera cama. Luego salió al pasillo y abrió todas las puertas para cerciorarse de que no había nadie. Regresó a la habitación. Se acomodó en una silla, al fondo, junto a la ventana. Antes la abrió. Vio otra vez la perspectiva de la calle con la farola en la esquina. Oyó la sirena de un barco.

Ella se tumbó. Eso relajó a Mastreta. Se encendió un cigarrillo. De repente sintió una gran fatiga. Tomó aliento como si

le faltara oxígeno, ruidosamente. Sudaba. Le temblaba la mano. Se quitó la chaqueta como si le estuviera asfixiando. Tenía hambre y se sintió mareado. Solo había alcohol en su estómago y le faltaban las fuerzas. Inició una conversación para centrarse, para quitarse una sensación de vértigo que crecía en su cabeza mareándolo.

—Guzmán es un asesino. ¿Lo sabías?

—Espero que te mate.

—No sería tan mala cosa. Eso acabaría con todos mis problemas. Así que tengo poco que perder.

—¿Por qué me has traído?

—Porque quiero hacerle daño, y por lo que dices, tú eres lo único que le importa. Quizá consiga que se le agriete la cara de piedra cuando te corte el cuello.

Ella calló de miedo. Mastreta también. Se puso otra vez la chaqueta porque se sentía desnudo sin ella. Guardó su mano en el bolsillo para que ella no viera que le temblaba.

4

Había pasado una hora. Miraba el reloj cada diez minutos y cada vez que lo hacía sentía una punzada en el estómago. El tiempo avanzaba y lo que había puesto en marcha ya no podía pararse. De vez en cuando miraba hacia la calle. El silencio era absoluto. Estaba tan alerta a cualquier sonido que sentía que el silencio era algo sólido que le envolvía.

Ella parecía dormida. Se levantó para cerciorarse. Al verle de pie junto a la cama, ella se arrinconó de un salto, pegada al cabezal, abrazándose las piernas. Súbitamente, el blanco de sus ojos brilló en la oscuridad. Mastreta clavó sus ojos en los de ella, completamente inmóvil. Acababa de oír algo, no era nada, un ruido nimio, pero no lo había oído hasta entonces.

—No me mates —dijo ella. Aquello le distrajo. Volvió a aguzar el oído—. Tengo miedo, yo no he hecho nada.

—Silencio.

Ella empezó a sollozar. Mastreta no podía oír ya el silencio. En cambio, Guzmán sí podría oírla a ella. Mastreta retrocedió lentamente fijando la mirada en la puerta. Se detuvo cuando sintió el contacto de la silla en sus piernas. Entonces la puerta se abrió de par en par. Sacó el revólver. El pasillo estaba tan oscuro que no era capaz de distinguir si había alguien frente a él. No se movió.

—Estoy apuntando a tu amiga —gritó Mastreta.

Ella dejó de sollozar, como si se le hubiera cortado la respiración. Volvió el silencio sólido de antes. Mastreta estuvo inmóvil durante unos minutos que se le hicieron terriblemente espesos, interminables. Oyó un susurro, una sorda llamada de atención. Ella, desde la cama, miró hacia la puerta.

—Ven. No tengas miedo. Ven hacia mí —dijo la voz.

Ella empezó a respirar agitadamente.

—Tengo miedo —dijo ella.

Mastreta, apuntando a la puerta abierta, fue hacia la cama y agarró a Arlette por el cabello obligándola a retroceder con él. Desde atrás, le rodeó el cuello con un brazo y con el otro siguió apuntando a la puerta. Ella temblaba. Mastreta retrocedió hasta que notó otra vez la silla contra sus piernas. Todo se detuvo de nuevo. Ella olía a miedo.

—Entra caminando poco a poco —ordenó Mastreta—. O le pego un tiro.

Pero no la apuntaba a ella. Tenía la mirada fija en la puerta abierta. Le pareció ver algo en la oscuridad, y disparó. Ella gritó y en un gesto imposible de controlar, se lanzó sobre la cama. Mastreta sintió que iba a morir. Pero el otro no fue tan rápido. Mastreta se había acurrucado en un rincón, tras un armario, cuando sonó el disparo que rompió el cristal de la ventana. Disparó a su vez por inercia. El espacio era muy pequeño, apenas había cinco metros entre la puerta y la ventana. Arlette, instintivamente, se levantó y corrió fuera de la habitación. Ahora el lugar era una ratonera. No ocurrió nada durante un par de minutos. Entonces se encendió la luz del pasillo. La habitación seguía a oscuras y sobre ella se proyectó de repente un haz luminoso. Mastreta le cazó en el suelo, le vio al instante arrastrándose para entrar en la habitación. Disparó tres veces saliendo de detrás del armario. Se oyeron desde el pasillo gritos de niña. El otro rodó sobre sí mismo y se quedó tendido en el suelo, bocabajo, con la mitad del cuerpo en el interior de la habitación. Pero entonces se preguntó quién había encendido la luz. Se agachó instintivamente justo cuando sonaron dos disparos que pasaron por encima de su cabeza. Miró el cuerpo inerte en el suelo cortado por la luz del pasillo. No era el de un hombre alto. Era fornido y tenía la cabeza redonda. No había tiempo, solo alcanzó a ver una sombra que se proyectaba sobre él. Apretó el gatillo a ciegas dos veces, pero solo se oyó un disparo. No tenía balas. El clic fallido del segundo disparo había sido perfectamente audible. Buscó las balas en el bolsillo de su chaqueta, se le cayeron al suelo y las buscó a tientas. Desde allí vio a Guzmán llenar por completo el espacio de la puerta. Sin

sombrero, alto, estaba a contraluz, pero se adivinaban los ángulos de su cara de piedra. Ni siquiera le apuntaba. Ya no tenía prisa. Mastreta comprendió que tenía un par de segundos. Palpó el suelo y encontró el arma de George. Cuando el otro se dio cuenta, disparó al instante, pero Mastreta fue muy rápido: el tiro impactó en el suelo. Mastreta disparó también con la pistola de George, a ciegas, pero Guzmán no cayó, se había pegado a la pared. Tras el fogonazo, Mastreta le vio avanzar hacia él. Otro disparo cruzó por encima de su cabeza y dio en el cristal de la ventana. Se abalanzó sobre Guzmán, le dio un puñetazo en la cara, pero solo se tambaleó. Le dio otro. Guzmán le devolvió un golpe con la mano en la que llevaba la pistola. Ambos se agarraban las manos empujándose uno a otro en medio de la habitación oscura, con la única luz que llegaba desde el pasillo. Guzmán era más fuerte que él, una sombra enorme que le envolvía. Con un gesto muy rápido, la sombra condujo la mano con la que Mastreta sostenía el arma hacia abajo dándole un rodillazo, lo hizo dos veces, la segunda hizo rodar la pistola por el suelo. Mastreta liberó su mano y le dio un puñetazo. Con la otra mantenía en alto el arma de Guzmán, pero no podría contenerle mucho más tiempo. Guzmán también tenía una mano libre y le impactó en la cara. Mastreta se dejó hacer y el otro le propinó dos golpes más. Lo aguantó como pudo para tener el tiempo de sacar su navaja y hacer saltar la hoja. Ambos lo oyeron. Mastreta le asestó un navajazo en el vientre, pero no fue acertado, Guzmán se había esquinado y llevaba un abrigo tan grueso que la navaja apenas le hirió. Le dio otro golpe en la cara y Mastreta le lanzó otro navajazo, pero había ya perdido la ocasión de sorprenderle, sorteó la acometida, era más alto que él y sus brazos más largos. Mastreta empezó a sentirse mareado por los golpes y no le quedaban demasiadas fuerzas para sostener en alto el arma de Guzmán. Este consiguió apuntarle un breve instante, pero terminó disparando al aire.

—Se te acaba el tiempo —dijo Guzmán.

Mastreta pensó que tenía razón, y pensó también que aquello era como una sucia pendencia callejera, no más. Las pendencias callejeras se resolvían con gestos inesperados. Mastreta atrajo el

brazo con el que Guzmán sostenía el arma y le clavó la navaja en la parte interior de la muñeca, atravesándola de parte a parte. El otro gritó y soltó la pistola, pero en el gesto Mastreta perdió la navaja. Guzmán se inclinó sobre su brazo al tiempo que Mastreta buscaba el arma. Desatendió a Guzmán el tiempo suficiente para que este le embistiera con toda la fuerza de su cuerpo enviándole al suelo, junto a la ventana. La pistola estaba frente a Guzmán. Este todavía se dolía, pero ambos eran conscientes de que Mastreta no podría alcanzarla. Guzmán sonrió. Se sujetaba el brazo taponándose la herida, que sangraba bastante. Mastreta se levantó con rapidez y antes de que el otro pudiera coger la pistola que estaba a sus pies, se subió al quicio de la ventana y se dejó caer al vacío. Cayó de pie y rodó sobre el suelo. Solo eran tres metros. Corrió hacia la calle que bordeaba el Bidasoa al salir al mar. Esperaba un disparo, pero seguía corriendo con la esperanza de quedar oculto en la oscuridad, y al fin lo oyó, en el mismo instante en que notó un latigazo en su espalda. La misma fuerza del tiro le empujó hacia delante y sintió un vacío frío debajo de su cuerpo, al tiempo que perdía el sentido.

El golpe contra el mar helado le devolvió el conocimiento, y supo que algo no iba bien. Estaba suspendido bajo el agua, a oscuras, sin saber a qué profundidad, y no podía moverse. Le faltaba un ápice solamente para perder el sentido, y allí, inerte en el agua, sintió el deseo de dejarse ir. Lo habría hecho posiblemente si ello hubiera sido un tránsito plácido. La sensación de ahogo le devolvió a la realidad. Emergió y una ola le empujó contra unas rocas. El golpe le aturdió otra vez. Notó que la mitad de su torso estaba paralizada, pero podía mover las piernas. Solo tenía un par de minutos, el tiempo que Guzmán tardaría en bajar a la calle desde la casa. Buceó hasta que sus pulmones dijeron basta. Emergió sin saber dónde estaba. El mar absorbía el río Bidasoa con un estrépito infernal, tan picado como al principio de la noche, pero allí, gracias al rompeolas, su fuerza estaba atenuada. Estaba a unos cien metros de la costa. Podía distinguir el caserío y una figura que inspeccionaba los alrededores. El mar estaba negro y ruidoso, así que la figura no podía verle ni oírle chapotear.

Mastreta siguió avanzando a pequeños tramos, en breves buceos, peleándose contra el mar que más allá del rompeolas se hizo abrumador y le manejaba a su antojo. Era un ser minúsculo al que tragaban las olas y luego escupían. Se dejó llevar, atrapado en el desorden del oleaje, que, al cabo del tiempo, creyó que tenía su propio ritmo. La chaqueta pesaba demasiado y le hundía, se le agotaban las fuerzas para luchar contra ello. Los buceos con los que iba desplazándose cada vez eran más breves y angustiosos, cada vez le resultaba más difícil volver a la superficie, la mitad de su torso seguía inerte. Pudo bordear el espigón unos trescientos metros más, pero las olas le empujaban peligrosamente contra las rocas. Perdió el control, estaba ya enteramente a merced del mar y debía atender a demasiadas amenazas al mismo tiempo. Tuvo la fortuna de agarrarse a una roca y de encaramarse a ella antes de que el oleaje le embistiera. Sin embargo, el avance por las rocas, a oscuras, era imposible; se le hundió la pierna en una grieta. Tardó mucho rato en sacarla, plegado de un modo insostenible, y cuando lo hizo tenía una herida abierta en la pierna como la de un puñal. Aunque temblaba de frío, se quitó la chaqueta. Se metió al mar otra vez y se alejó cuanto pudo del espigón. Ya no se sentía tan pesado, con la mitad del cuerpo, nadó mecánicamente, sin pensar en nada, marcando un ritmo, contando las pedaladas que daba con las piernas.

5

Cuando Uribe le encontró y sintió que este le recogía, flotando casi exánime, Mastreta se abandonó y perdió el conocimiento. Lo recuperó brevemente cuando el otro le abofeteaba. Estaban en el bote, junto al barco, y Uribe no podía subirle sin que colaborara. Hizo un esfuerzo y saltó a la cubierta. Cuando su compañero hubo asegurado el bote, le arrastró hasta la cabina. Mastreta estaba tiritando. Uribe no se dio cuenta de que tenía un disparo en la espalda hasta que lo depositó en el suelo. Comprendió que debían salir de allí de inmediato.

Cuando estuvieron en alta mar, Uribe paró el barco, encendió la luz de la cabina e inspeccionó la herida. Estaba junto al omóplato. No sangraba demasiado, pero no había orificio de salida. El tiro le había roto una costilla. Tenía además una evidente protuberancia en el pecho, justo en la clavícula. Probablemente la bala había quedado alojada allí. Le echó ron a la herida y luego le hizo un vendaje con unos trapos que empapó a su vez en ron. Mastreta le observaba en silencio. Estaba pálido y el cuerpo le pesaba tanto que se sentía incapaz de moverse. El otro le hizo algunas preguntas, pero no respondió. Al poco, se quedó dormido.

6

El sol de la mañana le despertó. Estaba en el suelo de la cabina, en el mismo lugar donde se había dormido. Uribe había depositado sobre él varias redes para hacerle menos visible desde el muelle.

No se movió. Pasó una hora. De vez en cuando, veía alguna sombra proyectada sobre él desde el muelle y oía un retazo de conversación. En unos segundos regresaba el silencio.

Uribe apareció al fin. Cuando entró en el barco este se zarandeó y Mastreta volvió en sí. Le trajo pan y embutidos. Mastreta tenía mucha sed. Bebió abundantemente, pero era incapaz de comer. Uribe le dio agua con sal y azúcar, y se quedó mirándole mientras bebía.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

—¿Puede hacer venir a un médico? —dijo Mastreta.

—No puede quedarse aquí.

—Eso corre de mi cuenta.

—Déjeme ver. —Uribe le inspeccionó la herida—. Conozco a un veterano de la guerra de Marruecos. Ha visto curar heridas de bala. Es de fiar. Él podrá decirnos si es grave. Y quizá sacar la bala. La tiene dentro.

—¿Cómo está Patricia?

—No se preocupe por eso ahora. —Mastreta no se había movido apenas. Seguía tumbado en el suelo de la cabina, escondido bajo las redes. Le dolía el cuerpo entero. Sin embargo, no se quejó. Solo se dejaba hacer, fuera donde fuera donde eso le llevara. Antes de marcharse, Uribe le preguntó—: ¿Hizo lo que tenía que hacer?

Mastreta se rio negando con la cabeza. A Uribe no le hizo gracia. A Mastreta tampoco se la hacía. Revivió el tiroteo pensando una y otra vez en lo que había hecho mal. Recordó que había

matado a un hombre, revivió el momento en que había tiroteado su cuerpo, revivió el forcejeo con Guzmán a contraluz, vio su cara impasible, muy cerca de la suya, enseñándole los dientes de vez en cuando en su empeño por aniquilarle, un empeño mutuo que ahora le parecía un hecho salvaje e inhumano, aunque no lo era en realidad. Uribe regresó por la tarde con el veterano. Era un hombre templado de unos sesenta años, apenas dijo nada y no preguntó. Traía una bolsa con él, sacó yodo, vendas y unas pinzas. Mastreta tuvo que aguantar el dolor, le dieron un cinturón para que lo mordiera, pero no lo quiso. El veterano le metió las pinzas hasta el fondo. Lo más insoportable fue cuando alcanzó con ellas la clavícula. Sacó la bala de un tirón. Le enderezó la clavícula y la costilla rotas, le puso yodo, suturó y le vendó. Tenía heridas en el brazo y un costado, se las había hecho al golpear las rocas. Y tenía también una herida abierta en la pierna. Le puso yodo; el corte de la pierna además se lo cosió. Uribe le sujetaba puesto encima de él. El dolor le tuvo temblando todo el rato. Cuando el veterano acabó, el brazo le quedó inmovilizado. No había lesiones internas graves, le dijo el hombre, con lo que el principal riesgo para Mastreta era que la herida se infectara. Debía tomarse la temperatura de vez en cuando, cambiar los vendajes y desinfectar una vez al día, y permanecer inmóvil al menos una semana. Le dio unos comprimidos para el dolor.

Uribe y el otro estuvieron hablando un rato. Mastreta los veía desde el suelo, tumbado bocabajo; estaba entonces en un duermevela, el sol de la tarde le daba en la cara. No sentía nada, solo una gran fatiga. Cuando volvió en sí, el veterano se había ido. Uribe le miraba reclinado en la ventana de la cabina, fumando. Le dijo que no podía quedarse más tiempo en el barco. Mastreta se incorporó. Estuvieron sentados en el suelo en silencio hasta que oscureció. Uribe le daba coñac de vez en cuando, y por cada trago de Mastreta, él tomaba dos. Cuando estuvo un poco bebido, le dijo que ya no podría ayudarle más. Su familia se lo había prohibido.

—Tendrá que cuidar de Patricia unos días más. —Uribe calló y bebió. Mastreta se alarmó—: ¿Qué pasa?

—Ella no está bien. Tiene fiebre y delira. Su cabeza ya no rige

después de tantos golpes. —Mastreta agarró súbitamente a Uribe por la solapa con el único brazo sano—. Suélteme, imbécil —dijo Uribe—. Podría romperle la cabeza, tal como está. ¿Qué sabrá usted? Conozco a Patricia desde niño. Si le ayudo, es solo por ella, sino ya le habría tirado por la borda.

Uribe se zafó de un manotazo. Mastreta respiraba fatigosamente.

—Se recuperará, estoy seguro.

—Ya se le murió uno, ¿verdad?

Mastreta intentó darle un puñetazo, pero estuvo tan lento que Uribe le desvió el brazo y le desplazó hasta que quedó tumbado en el suelo, luego se levantó y se quedó plantado mirando cómo Mastreta se retorcía. Empleó un pie para enderezarlo y dejarlo sentado.

—Todavía no le he oído darme las gracias, hijo de puta. —Uribe le miraba con ira—. No beba más. Duerma un poco. Cuando sea negra noche tendrá que largarse.

7

Benítez tenía un modo característico de llamar a la puerta de la habitación de Frederika Heinz que esta ya tenía identificado. Daba dos enérgicos golpes, y a los pocos segundos, daba un par más mucho más tenues, como si se disculpara por llamar demasiado fuerte la primera vez. Ello no tenía demasiado sentido, ya que siempre avisaba de su llegada con una llamada desde recepción. Para Frederika era una justa manifestación del carácter de Benítez y de la proyección del mismo hacia ella: un lado enérgico y marcial que el teniente tenía que compatibilizar con ese otro lado humano a través del cual había llegado a familiarizarse tanto con ella, trascendiendo en buena medida sus obligaciones.

Frederika le abrió mientras se recogía el cabello. Terminaba de arreglarse para acompañarle. Estaba citada con el coronel Gil. Ya era un hecho habitual que Benítez se tomara un jerez en la habitación, sentado en una pequeña butaca que había junto al balcón mientras ella terminaba de acicalarse, y que en ese rato conversaran familiarmente de cualquier tema, a veces de cuestiones banales, otras veces de los motivos del viaje de Frederika y de la marcha de la guerra, y otras, cuando Benítez reunía el valor y veía la oportunidad, de ellos mismos. Para cada tema, él tenía un tono de voz y una postura distintos. Quien realmente marcaba los temas era ella, con su estado de ánimo lanzaba las oportunas señales para que Benítez, inconscientemente, se condujera de un modo o de otro. Ese día Frederika estaba de buen humor y, mientras Benítez se tomaba su jerez sentado en su butaquita y ella terminaba de arreglarse, conversaron como dos viejos amigos de trivialidades, hallando ambos, en apariencia, sincero gusto en ello.

Sin embargo, cuando Frederika terminó con su cabello y

acabó de repartirse unas gotas de perfume por el cuello, se sentó en la cama frente al teniente, que estaba risueño y desprevenido, y la charla dio un giro importante, tornándose mucho más sustanciosa, aunque el propio Benítez no era capaz de verlo en toda su magnitud.

—¿Es cierto que el general Mola está en la ciudad? —preguntó Frederika.

—¿Cómo sabe eso?

—¿Acaso es un secreto? Creo que lo comentaron unas camareras en el desayuno.

—No es de dominio público. —Frederika se encendió un cigarrillo. Benítez le acercó una copita de jerez—. Solo estará un par de días —le informó.

—Ya. Me hubiera gustado entrevistarme con él. Le tengo un gran respeto.

—Es un gran hombre. He tenido el placer de verle dos veces, y es un comandante que inspira a sus subordinados.

—Qué lástima. ¿Se marcha mañana?

—Pasado mañana, pero su agenda está a rebosar.

—¿No podría verle a primera hora, antes de su partida?

—Se marcha al alba.

Frederika estaba muy guapa, fruncía ligeramente el ceño como si ocupara la mente en algo más que en la conversación.

—¿No es muy peligroso viajar en estos momentos?

—El general viaja en avión.

—Me aterran los aviones.

—Es un avión inglés, muy seguro.

—¿Y no teme el fuego antiaéreo?

—Desde donde partirá no debería tener riesgo alguno. Aunque en la guerra eso no puede garantizarse al cien por cien. Volará siempre sobre territorio bajo nuestro control.

—Eso significa que viaja al oeste. Y solo puede ser desde Vitoria, claro está. Es el único modo de evitar sobrevolar zona enemiga. —Benítez sonrió ligeramente sin responder—. Disculpe, pregunto demasiado. —Se rio—. Pero debo decir que en un avión alemán viajaría más seguro.

—Es un Airspeed, un avión excelente.

—Si usted lo dice. ¿Seguro que no puede hacerme un hueco para entrevistarme con él?

—Como le digo, tiene la agenda llena. En este momento, solo le interesan Bilbao y Segovia. Todo lo demás simplemente no existe para él.

—Si puede darle un consejo de mi parte, dígale que eso es un error.

—¿Cómo?

—Por lo poco que sé, Mola está metido en un combate político tan cruento como la misma guerra.

Era la primera vez que Frederika vio a Benítez incómodo al tratar un tema con ella. Anteriormente se habían producido situaciones cuyo dudoso decoro había podido violentar al teniente, pero jamás se había tensado tanto ante ella por una cuestión que no fuera meramente ociosa.

—Nada de eso es asunto suyo, creo —dijo Benítez con mucha suavidad evitando resultar cortante.

—¿Es cierto que el general se disgustó bastante con el bombardeo de Guernica?

—No lo sé.

—He oído que él y el general Franco tuvieron unas palabras por esa cuestión.

—¿Por qué me pregunta por todo eso?

—Curiosidad.

—Pues la verdad es que a Mola no le caen muy bien los alemanes después de Guernica.

—Nunca hemos hablado usted y yo de lo ocurrido en Guernica. ¿Qué piensa de ello?

—Hemos tenido mucho trabajo estas últimas semanas negando nuestra implicación. Hemos difundido que habían sido aviones republicanos los que bombardearon la ciudad.

—Pero usted sabe que no fue así. Lo que me interesa saber es qué piensa usted personalmente del bombardeo.

—¿Tiene algún sentido auspiciar el bombardeo y luego negar nuestra implicación? No es el modo en que yo haría las cosas. No

soy partidario de emprender acciones de las que luego no pueda asumirse la responsabilidad. Un ejército noble debe pechar con sus acciones.

—Entonces, ¿piensa como el general Mola?

—Solo me pregunto de qué sirve asesinar a civiles inocentes.

Frederika fumaba sentada en la cama. Benítez, atento a todo lo que la concernía, se levantó para acercarle un cenicero.

—Me consta —siguió ella— que Mola ha dicho alguna vez que hay que ser implacable con el enemigo.

—Y estoy de acuerdo en eso. Pero ¿eran los muertos de Guernica enemigos? ¿Era necesario encarnizarse con el uso de bombas incendiarias?

—Y cree que Mola no tuvo nada que ver con eso.

—Estoy seguro.

—Yo pienso más bien que el problema para nuestro general es que no quiere perder el control.

—Por supuesto, no permitirá que nuestro ejército y nuestra causa se conviertan en herramientas de la ambición de Hitler. En eso confiamos ciegamente quienes tenemos la convicción de que él es quien debe liderar el futuro de España.

—¿Y Franco?

—Franco es un don nadie. Aquí en el norte nadie comprende cómo demonios es posible que...

Benítez se calló repentinamente. Frederika terminó su cigarrillo y se levantó de la cama. Benítez, tenso, se levantó a su vez.

—No se preocupe, Iván. Usted y yo somos más que colegas, ¿no es cierto? —Él permaneció en silencio—. Mi interés en todo esto es meramente deportivo, si me permite la expresión. —El teniente se mantuvo tieso y callado. Evitó mirarla a los ojos. Ella comprendió que había puesto a prueba su relación con él y verificado los límites de la misma. Era el momento de cambiar de tercio—: ¿Me pone otra copita? —dijo—. Echo de menos los días en que salíamos por la noche a beber y a bailar. ¿Se acuerda? Lo pasábamos bien.

Benítez seguía distante.

—Tenemos poco tiempo —dijo—. Nos esperan en la sede de la delegación.

—Me marcho en unos días, ya lo sabe. Mi misión está a punto de terminar. ¿Cree que después de que me vaya volveremos a vernos?

Benítez la miró al fin.

—Espero que sí —dijo él.

—¿Me invitará a cenar la última noche?

—Por supuesto.

Ella se acercó a él.

—Ya se lo he dicho alguna otra vez. Sin usted, no sé qué habría hecho. No siempre he sido sincera. Hay algunas cosas que quiero contarle. Entonces, Iván, entenderá por qué a veces me he comportado como una loca.

—No diga eso.

—Y entenderá lo importante que ha sido usted para mí. —Sonrió—. Aunque ahora tengo un grato recuerdo de nuestras aventuras nocturnas.

Ella estaba en una actitud abierta, dando señales de buena disposición a un acercamiento de él. Sin embargo, Benítez, que incluso pudo haberla besado, seguía tenso, enfadado consigo mismo y no supo leerlo, se limitó a sonreír y a recoger sus cosas.

—Nos espera el sargento abajo.

Se encaminó hacia la puerta y la abrió. Se puso a un lado, muy marcial, aguardando educadamente que ella saliera. Frederika recogió su bolso y salieron ambos. Mientras caminaban por el pasillo, ella miraba de reojo al teniente, que seguía más distante de lo habitual. Por primera vez tuvo la sensación de que había perdido una parte del control que tenía sobre él, y supo que había barreras muy firmes que ni siquiera sus habilidades femeninas podrían derribar. Por otro lado, durante su conversación había alcanzado otro propósito más importante, la razón de ser por la que en realidad había venido a España.

El cielo amenazaba lluvia sobre la ciudad. El Citroën que les llevaba roncaba como si algo no marchara bien dentro de él. El sargento Bono y Benítez lo comentaron distraídamente. Frederika

miraba por la ventana. La calle estaba animada, unos soldados, reclinados sobre su vehículo, hablaban con gallardía a unas muchachas muy jóvenes que se reían con timidez. En los alrededores, un hombre viejo y malhumorado conducía un carro, estaba contrariado por el ruido de los coches que le rodeaban, que le obligaban a atender y tranquilizar a su caballo sin descanso. Era un caballo viejo e hinchado, de aspecto apacible, pero el tráfico le tenía tan nervioso que movía la cabeza sin cesar advirtiendo con ello que en cualquier momento podía desbocarse. Bono conducía calmadamente, pero unos niños cruzaron la calle delante del coche, inconscientes de los peligros del tráfico. El sargento tocó el claxon repetidamente y les dio unos gritos perdiendo su natural tranquilidad. Junto al coche, el viejo caballo resoplaba y daba saltos, alterado. Bono se alejó de allí. Al poco estuvieron delante del edificio de la delegación.

Frederika tuvo que esperar unos minutos para entrar en el despacho del coronel Gil. La luz que entraba por las ventanas era cambiante, tan pronto irrumpía un brillante haz de luz solar como se ensombrecía la sala, talmente como si hubiera anochecido de súbito.

Benítez vino a buscarla. Ella se percató de que estaba tímido, como si estuviera arrepentido de haber sido tan suspicaz con ella cuando hablaron de Mola y de Franco. Se hacía evidente que se torturaba pensando que había estado muy cerca de ella hacía unos minutos y ella dispuesta para un beso, y que el momento había pasado quizá para no volver. Ahora, Benítez, obcecado, ya no recordaba siquiera por qué había estado tan tieso con ella.

Un hombre acompañaba al coronel cuando accedieron a su despacho. Cuando ella entró, el hombre le daba la espalda y se encaminaba al fondo de la habitación, hacia una puerta que conectaba con el despacho contiguo. Frederika no le vio la cara, pero supo al momento que era Guzmán. Desapareció por la puerta del fondo. Gil, al mismo tiempo que el otro hombre desaparecía, acudió a estrechar la mano de ella, tan galante como siempre.

—Tengo buenas noticias —dijo genuinamente satisfecho—. Usted me pedía resultados, me pedía que hiciera bien mi trabajo...

Vamos, no lo niegue, ¡y tenía toda la razón! —Frederika se limitó a sonreír, expectante—. Soy un hombre que sabe reconocer sus errores cuando es preciso hacerlo. Pero también soy un hombre que sabe enmendarlos. Y ahí tendrá que ser usted quien me lo reconozca sin titubeos.

—No sé de qué me habla.

El coronel la acompañó hasta una butaca. Luego, henchido de satisfacción, apoyado sobre su escritorio, en la misma postura que Mastreta le colocó para preparar su retrato un día antes, le lanzó una mirada triunfante.

—Tengo que anunciarle, ante todo para incrementar su sensación de seguridad durante su estancia en nuestra ciudad, y también para presumir, no lo negaré, del buen hacer de nuestros hombres, que el agente rojo que se nos había escurrido todos estos días, ese hijo de..., disculpe, ese malnacido que nos engatusó a todos, finalmente, ha caído. —La noticia cogió a Frederika por sorpresa—. Eso significa —siguió el coronel— que podemos relajarnos todos un poco, y que nuestro negocio podrá concluirse, digamos, con menos tensión en el ambiente.

Gil enseñó una amplia sonrisa.

—Se refiere a Hernández.

—Exacto. Creo que hemos limpiado de ratas rojas esta ciudad. Al menos, por el momento.

—Le felicito. ¿Le han detenido?

—Está muerto. Anoche, en Hendaya. Supongo que hubiera sido mejor poder interrogarle, pero, sinceramente, poca cosa le habríamos sacado. Sabíamos por qué estaba aquí. Aunque hubiera disfrutado hinchándole la cara a tortazos yo mismo. El muy malnacido estuvo aquí, en este mismo despacho, y nos tomamos unas copas hace dos noches.

Frederika no dijo nada y su cara no dio a entender nada tampoco.

—Supongo que el tipo hizo bien su trabajo..., bueno, hasta cierto punto, de lo contrario no estaría muerto. —El coronel se rio. Luego se quedó absorto—. Me cayó bien, esa es la verdad. Por eso resulta tan doloroso, no por él, válgame Dios, sino al ver lo

vulnerables que somos, al ver las ratas que nos envían a rompernos y a dudar de nosotros mismos. Yo me creí su historia, sabe, me duele reconocerlo, estuve muy cerca de entregarle mi plena confianza... Hablé con él de cosas de las que no había hablado con compañeros que tengo aquí mismo, en este edificio, y cuya lealtad no pongo en duda. Por Dios, nos mandan hombres que se enredan dentro de nosotros para dominarnos, como serpientes. Quieren vencernos en lo más rastrero, hurgando en nuestras heridas, en nuestras bajezas, en nuestras debilidades.

—¿No hacemos todos lo mismo? —dijo Frederika sin mirar a ninguna parte.

—Tenía alma de artista el muy cabrón, perdone la expresión, eso era genuino en él, por eso me engañó, sabía escuchar, sabía beber, sabía enamorar a las mujeres... —Se rio otra vez y contempló a Frederika como interpelándola, aunque ella estaba inmóvil mirando todavía a ninguna parte—. Tenía ese aire de bribón circunspecto...

Frederika le pidió una copita de jerez solo para que dejara de hablar. El coronel fue al mueble de los licores y trajo dos copitas.

—Nos gustaba ese tipo. Eso es lo que lo hace tan perverso, tan malvado. Bueno, ahora ya está. Le cazamos. Usted le conoció también, ¿verdad?

—Sí, un poco. ¿Cómo murió?

—Mire —continuó el coronel, seguro de sí mismo—, la verdad es que no debería contarle todo esto, pero creo que se lo debo. El mismo hombre que le dejó escapar hace unas semanas se enfrentó anoche a él. El encontronazo terminó positivamente para nuestro bando, y Hernández cayó al mar herido de muerte por un balazo. Aunque no se ha encontrado su cuerpo, nuestro hombre asegura que las posibilidades de que haya sobrevivido son nulas. Le alcanzó un disparo, eso es seguro, y las corrientes en esa zona son muy fuertes, ni un hombre sano podría sobrevivir. Pero incluso si no le hubiera matado el tiro, si hubiera logrado salir del agua, estará ahora herido de muerte, totalmente inoperativo. No ha sido perfecto, pero ¿no le parece que debemos celebrarlo?

El coronel alzó su copa. Ella se levantó.

—Por supuesto —asintió Frederika.

Bebieron ambos.

—Por si acaso, hemos redoblado la vigilancia en los accesos a la ciudad y en los lugares donde podría intentar refugiarse, de haber sobrevivido y conseguido regresar, incluso estamos interrogando a las personas que sabemos que tuvieron contacto con él. Queremos corregir errores, pecar de precavidos, visto lo mucho que se acercó. Espero que eso la haga sentir completamente segura.

—Recuerdo que la otra noche, en la reunión que tuvimos durante la fiesta, alguien dijo que podrían haber llegado otros agentes enemigos a la ciudad.

—Bueno, eso es solo una posibilidad, una deducción. En todo caso, nuestro dispositivo de vigilancia incluye esa eventualidad también. Si hubiera otros agentes, no han logrado infiltrarse como lo hizo Hernández. Hemos hecho un chequeo en profundidad de toda nuestra estructura y los resultados son definitivos respecto a eso. Le juro que nunca se ha hecho una inspección tan a fondo. Si están aquí, están sordos y ciegos, y si hacen un solo movimiento, se pondrán inmediatamente en evidencia. Después de lo ocurrido, hemos cambiado los protocolos de seguridad. —El coronel se incorporó cayendo en la cuenta de algo y se dirigió al fondo del despacho, a una librería en la que apenas había libros—. Venga, quiero mostrarle algo. —Había un lienzo apoyado contra la librería. El coronel lo alzó y le dio la vuelta—. Fíjese. ¿Qué le parece? ¿Dónde demonios reclutan a sus agentes? ¿En escuelas de arte? —Frederika se acercó lentamente observando en silencio el esbozo que había hecho Mastreta del coronel—. Solo es un esbozo, pero ya le digo que es el mejor dibujo que me han hecho. ¿No es una locura?

—¿Qué va a hacer con él?

—Pensaba destruirlo, pero he cambiado de idea. Lo colgaré en alguna parte de este despacho para no olvidar nunca el engaño que hay detrás de él, para recordar quién es el enemigo y de lo que es capaz. —Frederika, sin decir nada, se dispuso para marcharse. El coronel la siguió—. ¿Qué le parece si la invito a cenar esta noche? Si todo va bien, muy pronto habrá terminado su labor aquí.

—No podrá ser. Lo lamento. Tengo que pasar informes a mis superiores.

—Tengo la sensación de que su estancia aquí no ha sido todo lo grata que yo hubiera deseado. Me disculpo por ello.

—No piense eso, se equivoca. Y en todo caso, la culpa ha sido solo mía.

8

Cuando salió del edificio convocó a Müller a su habitación. Prepararon el equipo que este debía llevar durante su viaje. Todo se había precipitado. Aun así, Frederika tenía la percepción de que el proyecto estaba bajo control. Müller notó que estaba distraída.

—Este es el momento que hemos estado esperando desde que llegamos aquí.

—Tiene razón. ¿Está preparado?

—Creo que sí. —Frederika le sonrió—. Está usted con la mente en otra parte —dijo él—. ¿Qué le pasa?

—Nada importante.

—¿Me lo va a contar?

—Es una buena noticia. Una distracción que por fin ha terminado. —Müller la miraba esperando—. Gil me ha informado hace un rato de que han eliminado a Hernández. Le han matado esta noche.

Müller hizo un esfuerzo por moderar la sensación de alivio.

—Podemos estar un poco más tranquilos —dijo.

—Supongo que sí.

—Le caía bien, ¿verdad?

—Probablemente tenía previsto matarnos a los dos. Da igual si me caía bien o no. Ya se lo dije. Solo era un trozo de carne, una cucaracha.

—Todo se confunde a veces trabajando de esta manera. Supongo que no debe olvidarse por qué estamos aquí y lo que defendemos.

—¿Sabe usted lo que defiende, Müller?

—Por supuesto.

—Ya lo supongo.

Terminaron los preparativos. Si todo iba bien, ya no vería a

Müller hasta su regreso a Alemania. Se despidieron en la habitación con rapidez. Él esperaba una despedida más ornamentada, creía que se lo había ganado. Frederika lo percibió.

—¿Sabe qué? Bajemos al bar a tomarnos una copa. Lo tiene merecido. Es usted un buen camarada.

Instalados ya en el bar, habló principalmente Müller, Frederika se limitaba a darle réplicas y a sonreír. Cuando habían bebido ya bastante, Müller se puso nostálgico y habló de Viena y de su infancia allí. Su mejor amigo había sido un muchacho judío del que nunca más había sabido nada. Le rogó que no hablara de ello con nadie. Ella se lo juró, pero acto seguido le regañó por habérselo contado y le aconsejó que jamás volviera a hablar de ello con nadie, ni siquiera con un camarada.

9

Mastreta se probó a sí mismo. Salió de la cabina por su propio pie. Llevaba una chaqueta oscura y de solapas anchas, de marino, que le había traído Uribe. Este le miraba desde lejos sin dejarse ver. Estuvo tentado de acompañarle un trecho, pero no lo hizo, se quedó contemplando cómo se perdía en las calles de la ciudad, con una mezcla de alivio y de culpa metida en su cuerpo fornido.

Caminaba con lentitud, arrastrando las piernas, pero, al poco, pareció que todo circulaba nuevamente dentro de él; sentía palpitar la herida, el dolor se intensificó, pero, al mismo tiempo, y gracias al propio dolor, fue tomando el control del cuerpo. No sabía dónde vivía Inés, pero sí que cantaba y bailaba como corista en un espectáculo de variedades en el teatro Bellas Artes. Desde el puerto tuvo que cruzar la ciudad entera, hasta el barrio de Amara, escondiéndose en los portales. Cuando llegó, resoplaba como un caballo. En cuanto recuperó el aliento, merodeó por los alrededores. La función estaba en marcha y terminaba a las diez de la noche. La calle estaba entonces desierta. Descartó la idea de entrar en el teatro. Ya no podía dejarse ver. Se escondió en un portal. Casi se durmió de pie. La noche era cálida, pero Mastreta tiritaba, tanto que le costaba mantener la verticalidad. Empezó a dar vueltas sobre sí mismo para no derrumbarse. Cuando acabó la función, la calle se llenó de repente de gente y luego, con la misma velocidad, se vació y regresó el silencio; el toque de queda resultaba muy efectivo para dispersar las multitudes. Tuvo que esperar media hora para ver salir a los artistas. Inés apareció al fin con otra compañera. Salió riéndose, tan natural como la había visto siempre. Caminó hacia donde estaba oculto Mastreta, que la esperaba sin moverse. Se despidió de su amiga cuando estaba a cien metros de él. Pero entonces Mastreta se fijó en dos hombres

que caminaban detrás de ella. No los había visto antes, ni siquiera supo de dónde habían salido. Estaban allí y se acercaban a la joven a un ritmo rápido, mucho más que el de ella, que era pura despreocupación. Inés tarareaba una canción. Mastreta la tenía a diez metros cuando los dos hombres la alcanzaron. Temeroso de ser visto, retrocedió en su portal, amparándose en la oscuridad. Los hombres la llamaron por su nombre. Ella se dio la vuelta en un gesto alegre, como si esperara a dos aficionados al teatro que vinieran a felicitarla por su actuación. Hablaron en susurros. Ella respondió entonces airada, con la misma espontaneidad con que antes se había mostrado tan jovial y accesible. Los dos hombres llevaban sobretodo y sombrero. Mastreta no los reconoció. Pensó que serían del mismo departamento que el capitán Navío. Ella estuvo gritona y hostil hasta que uno de los hombres la cogió de los brazos en un gesto intimidatorio. Le susurró algo que la hizo callarse y tornarse dócil. Le hablaron durante un rato, ella solo escuchaba. Mastreta oía sus voces, pero no podía entender lo que decían. Luego caminaron los tres calle abajo. Los siguió a bastante distancia, no había nadie más en la calle. Se detuvieron en un edificio del mismo barrio. Era una casa vieja y poco cuidada de tres plantas. Inés fue quien abrió la puerta y entraron los tres. Al poco se encendieron las luces de una ventana del segundo piso. Mastreta aguardó un rato con la vista fija en la ventana. De vez en cuando se veía una sombra. Sentía punzadas regulares en el hombro. Seguía tiritando con tanta intensidad que le costaba tenerse en pie. Se sentó en los escalones de un portal. Tenía frío y le costaba mantenerse despierto. A ratos, se le iba la cabeza, se le nublaba la vista y perdía la noción del lugar en el que estaba y de lo que allí hacía. Se recostó subiéndose las solapas de la chaqueta. Entonces oyó un coche. Los ruidos le ayudaban a mantenerse cuerdo. La ciudad estaba tan callada que percibió el rugido del motor a mucha distancia. El ruido se concretó y aparecieron los focos en la calle. El vehículo se detuvo frente al edificio de Inés, en medio de la calzada. Al cabo de un rato, bajaron del edificio los dos hombres que habían subido con Inés. Hablaron con el conductor del coche y luego enfilaron calle arriba. Pasaron junto al

portal en el que estaba Mastreta. Iban riéndose y desaparecieron tras la esquina. Mientras, el coche aparcó en la calle y apagó el motor. No podía ver cuántos hombres había dentro. Solo distinguía la lumbre del cigarrillo que fumaba el conductor. Esperó diez minutos. El silencio era tal que tenía miedo de moverse. Después de un rato, se levantó. La luz del piso de Inés se apagó. La calle se quedó muy oscura, la mayoría de las farolas no funcionaban. Dentro del vehículo, alguien se encendió otro cigarrillo. Mastreta, pegado a la pared como si se hallara justo frente a un abismo, salió del portal y se alejó tan silenciosamente como pudo. Se perdió en la oscuridad en pocos segundos. Cuando llegó a lo alto de la calle, se ocultó tras un quiosco para mirar atrás. Nada se movía. Seguían fumando en el coche. Estaba mareado, comenzó a andar alejándose de allí con una idea en la cabeza. Tenía que cruzar la ciudad otra vez. No se preguntó si sería capaz de hacerlo, simplemente empezó a caminar.

10

Era medianoche. Llamaron a la puerta. Laura estaba tumbada en la cama, pero no dormía. Se levantó de inmediato. Cruzó el saloncito sin encender las luces. Estaba segura de quién llamaba. Le temblaban las manos. Cuando abrió, Mastreta estaba reclinado en el quicio, tambaleante. Estaba sudado y temblaba. Entró sin decir nada y se dejó caer en un canapé que había en el saloncito. Ella cerró la puerta y le siguió. No tuvo que preguntar nada para comprender que algo iba mal. Le ayudó a incorporarse y le sacó la chaqueta. Le abrió la camisa y descubrió el vendaje compresivo. Intentó levantarle, pero no pudo. Él perdía momentáneamente el sentido y luego alzaba una mirada perdida hacia ella. Laura le dio unos golpecitos en la cara para que se despejara. Finalmente consiguió que se levantara. Apoyándose en ella, llegaron a la habitación y él se tumbó en la cama. Le sacó la camisa y los zapatos. Trajo agua y le dio de beber. Mastreta tragaba sediento, derramando buena parte del agua sobre el pecho. Luego perdió el sentido. Laura apagó la luz. Lo tapó con la colcha y se quedó un rato mirándole sentada en la cama junto a él. De vez en cuando le tocaba la frente para ver si estaba caliente y le secaba el sudor. Pasó una hora. Ella también se sentía agotada y, a la vez, llena de fuerza. Se tumbó junto a él y al poco se quedó dormida.

11

Por la mañana le despertó un rayo de sol sobre los ojos. Cuando los abrió, Laura le miraba fijamente. Había casi euforia en su mirada, pero estaba muy comedida. Vestía una camisa cerrada y una falda larga. Llevaba el pelo recogido. Estaba sentada en una silla que había situado junto a la cama.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó—. No tienes fiebre.

—¿Qué hora es?

—Ayer bebiste mucha agua. Has mojado la cama. Te he traído ropa para que puedas cambiarte. —Aquello enmudeció a Mastreta. Ella, en cambio, estaba exultante, tanto que no ordenaba bien sus ideas—. No te preocupes por el servicio. La habitación es muy grande, tiene un saloncito y dos dormitorios, con su baño cada uno, es casi un apartamento, solo le falta la cocina. Tienen instrucciones de no entrar en este dormitorio. Les he dicho que no me encuentro bien. Se han llevado a Ignacio. En este hotel hay unas chicas que cuidan de los niños de los huéspedes y los llevan a la playa. Nadie sabe que estás aquí. —Mastreta se sentó en la cama. Estaba empapado—. ¿Crees que podrás cambiarte solo?

No podía, ambos eran conscientes de ello. Laura le ayudó a levantarse y le acompañó al baño. Él se dejó hacer. Ella le quitó la ropa y llenó la bañera con un palmo de agua. Mastreta vio que ella se sonrojaba, quería parecer adulta, pero era evidente que nunca había visto a un hombre desnudo. No tenía fuerzas para cambiar la situación. Esperó plantado en medio del baño, en silencio. Apoyándose en ella, se metió en la bañera manteniendo la pierna herida fuera del agua.

—No debes mojarte los vendajes.

Le lavó con una manopla húmeda.

—¿Qué hora es?

—Las cinco de la tarde.

Le ayudó a vestirse. Le trajo unos pantalones y una camisa blanca.

—¿Dónde has conseguido la ropa?

—La he comprado en una tienda que hay aquí al lado. Espero que te esté bien.

—No hagas nada sin consultarme antes.

—De acuerdo —dijo ella con voz triste.

Mastreta sintió que debía darle una explicación.

—Si alguien te preguntara por qué compras ropa de hombre, no podrías explicarlo. ¿Comprendes?

Ella asintió. Mastreta se tumbó en la cama. Ella estuvo lavando su ropa en el baño. Él se quedó dormido. Al poco se despertó. Estaba solo. La luz de la tarde entraba por la ventana. Se levantó. La ciudad estaba en calma. Desde allí se veía la playa. El mar estaba verdoso y el cielo estaba plagado de nubes rotas por las que se colaba el sol. Era una ciudad bonita; desde su llegada, Mastreta apenas la había mirado. Algunas parejas caminaban con parsimonia por el paseo. Era un lugar apacible y tranquilo, parecía ajeno a la guerra, a todo lo que pudiera ser malo: los edificios soleados de la parte este del paseo, el mar que arribaba a la playa mansamente, los niños que corrían frente a las olas, el aire húmedo de la tarde.

Oyó ruido en el saloncito, voces alegres de niño. Luego, a medida que oscurecía, volvió el silencio. Se durmió otra vez. Le despertó la puerta del dormitorio. En la penumbra del atardecer, Laura vino hacia él.

—Me llevo a Ignacio a cenar —susurró—. Volveré en media hora. ¿Te encuentras bien?

—Sí.

—¿Tienes hambre?

—Mucha.

—Eso es bueno..., es lo que decía siempre mi madre. Pediré que me suban la cena aquí. Una cena muy copiosa. Cuando acueste a Ignacio comeremos juntos.

Ella le tocó la frente y luego le acarició el rostro. Mastreta

pensó que Laura quería darle un beso, pero no lo hizo. Salió rápidamente de la habitación. Oyó voces de niño y luego la puerta. Todo quedó en silencio otra vez y poco después se durmió.

Laura le despertó tocándole suavemente el hombro. Había abierto la ventana para airear la habitación. Estaban casi a oscuras, se colaba la luz de las farolas de la calle y una tenue lumbre cálida procedente del saloncito.

—¿Qué hora es? —preguntó él.

—Las diez.

Ella le acercó una bandeja a la cama. Le había preparado un plato con dos trozos de pollo, puré de patatas y un huevo duro. Mastreta comió casi con ferocidad. Ella le miraba y de vez en cuando se levantaba para realizar alguna tarea doméstica. Dobló la ropa de Mastreta, que había estado secándose colgada en el cuarto de baño. La habitación olía a ropa limpia. Cuando Mastreta hubo terminado de comer, ella acudió enseguida a llevarse la bandeja al saloncito. Él se levantó. Llevaba los pantalones y una camiseta sin mangas. Se sentía mucho mejor. Tuvo la sensación de que, físicamente, dentro de él, poco a poco, todo se equilibraba otra vez.

Fue al baño y se plantó frente al espejo. La luz de allí era muy blanca y hacía que se viera muy pálido; al mismo tiempo, la barba incipiente se veía más negra que nunca. Tenía aspecto de fugitivo, de mendigo, de hombre solo y abandonado a su suerte. Detrás de él apareció Laura. Sus ojos estaban brillantes, como si estuvieran rebosantes de lágrimas a punto de derramarse. Estuvieron así unos minutos, mirándose a través del espejo, bajo la luz blanca. No se dijeron nada. Ella fijaba la vista en él de un modo demudado e impúdico, como si creyera que él no podía verla, de modo que Mastreta observaba nítidamente en ella una abrumadora proyección de emociones que seguramente ni la propia Laura era capaz de procesar. Era una niña vestida de mujer. Se volvió hacia ella.

—Gracias. Me has salvado la vida.

—De nada. —Mastreta le dedicó una sonrisa de agradecimiento y añadió un ligerísimo parpadeo que ella detectó y

recibió con un destello de gozo. Sin embargo, fue un gozo muy breve, que ella misma sofocó—: ¿Habrías venido aquí si no hubieras estado herido? ¿Si hubieras podido ir a otra parte?

El alma de Laura se desdoblaba y se contradecía constantemente. De niña, pasaba súbitamente a otra cosa, se daba la vuelta en un instante y aparecía una Laura madura e inteligente, una mujer recelosa y distante, las cualidades que había tenido que agudizar durante meses para sobrevivir. Luego, de repente, regresaba la niña.

—No. Pero ahora eso ya no importa. Me alegro de haber venido.

Laura se acercó a él. Ahora estaba risueña, pero desde el aire inequívoco y firme de una mujer adulta. Parecía que se condujera como una actriz de cine negro.

—Quisiera utilizar el baño —dijo él.

—Tengo que mirarte la herida. He comprado vendas para cambiar los vendajes. También desinfectante.

Mastreta se sentó en un taburete y se dejó hacer. Pudo verse por primera vez la herida en el espejo. Había tenido mucha suerte. La cicatriz tenía buen aspecto, estaba rosada y no olía a nada. También la de la pierna. Podía mover el brazo, pero era doloroso, y además, si lo hacía, corría el riesgo de que se le abriera la herida. Ella le aplicó desinfectante. Lo hacía sin remilgos, de un modo un poco bruto pero efectivo, se notaba que era una chica de pueblo, aunque fuera la hija del hombre más culto del pueblo. En ningún momento hizo gesto alguno de repulsión ante la visión de las heridas.

Le puso un nuevo vendaje. Se aplicó mucho. A ratos sonreía aniñándose momentáneamente, luego volvía a centrarse. Mastreta la tenía muy cerca y sentía su olor a hembra joven y a sudor. Sudaba porque estaba tensa todo el tiempo. Le puso la camiseta y le ayudó a levantarse.

Cuando caminaban hacia la cama, en penumbra, Mastreta notó que le miraba. Se apoyaba en ella rodeándole la espalda con el brazo sano. Se detuvo. Con delicadeza, condujo a Laura hacia él y calmadamente le dio un largo beso en los labios. Ella se dejó

llevar y, sin darse cuenta, se abalanzó sobre Mastreta, quien debió detenerla para evitar trastabillarse. Se quejó de un intenso dolor y ella le acostó disculpándose. Laura tenía la cara encendida. Se tumbó junto a él, sin tocarle. Iba con pies de plomo, lo cual le resultaba un esfuerzo considerable. La única luz llegaba del saloncito, por debajo de la puerta, proyectada en horizontal sobre las baldosas de la habitación.

—Sé que esto es muy peligroso —dijo ella—. Ahórrate los sermones.

—No tengo ningún sermón. Es bien sencillo, dependo de ti. No tengo condiciones.

—No había terminado.

—Está bien, continúa.

—Sé que esto es peligroso, pero no tengo miedo. Mi padre era un buen hombre. Mi madre era tierna y dedicada. Tuve una infancia tranquila y feliz, no me faltó nada. Mi vida en Barbastro era plácida, aburrida e inocente. Pero ahora, mirando atrás, pienso que lo único que ha valido la pena de lo poco que he vivido es el tiempo que he pasado contigo.

—No hables así, parece como si...

—¿Como si mi vida fuera a terminar? Siento que será así. No me da vértigo pensar eso. Me llena el interior del cuerpo de fuerza y de pasión, y siento el deseo de conducir esa fuerza hacia mi hermano y hacia ti. Es una fuerza que me desborda y que casi no puedo frenar.

Mastreta notó que su voz era sincera y un poco más ronca.

—Laura, ahora no digas nada más. No puedo con todo eso.

—Perdóname.

—No te disculpes. Debes aprender a no hacerlo.

Se quedaron en silencio un rato, tumbados en la penumbra. Al poco, Mastreta estaba a punto de dormirse.

—¿Por qué me has besado en los labios? —dijo ella de súbito.

La pregunta quedó en el aire. Mastreta tardó mucho en decir algo.

—Necesito que mañana hagas algo por mí —respondió—. Creía que, si te besaba, sería más fácil convencerte.

Ella lloraba en silencio.

—Haré lo que me digas.

—No soy un buen hombre, Laura. Y aunque lo fuera, ahora estoy en medio de un enorme remolino y lo único en que puedo pensar es en cómo salir de él y en cómo evitar ahogarme. Y, de paso, evitar que te ahogues tú también.

Se callaron.

—Me gusta hablar contigo —dijo ella al rato—. Oír tu voz en la oscuridad. ¿Podemos hablar un rato más?

—Claro.

—Estás equivocado. Sí que eres un buen hombre, pero crees que no. Tienes culpas dentro de ti, ¿verdad que sí? —Hablaba lentamente, pensando cada palabra—. ¿Algún día me las contarás?

—Laura, no comprendo por qué quieres hacerte mayor tan deprisa. No es necesario. —Ella se dio la vuelta en la cama dándole la espalda—. No te enfades.

—No estoy enfadada. Estoy triste. Y luego volveré a estar feliz, y si me das un beso, pensaré que me va a estallar el pecho de gozo. Y luego, volveré a estar triste.

—Ojalá no me hubieras conocido.

—Probablemente estaría muerta. ¿Te arrepientes?

—Claro que no. Ojalá no hubieras tenido que conocerme para seguir con vida. Eso es lo que quería decir. Ojalá no hubiera empezado nunca esta guerra.

—Ahora eres tú quien parece un niño.

—Tienes razón.

Mastreta se encendió un cigarrillo. Fumó en silencio. Ella seguía tumbada de espaldas a él.

—¿Cuántos años tienes? —quiso saber Laura.

—Treinta y cinco.

—Pareces más joven.

—A mí me pasó como a ti. Tuve que dejar de ser un niño muy pronto.

—¿Algún día me contarás cosas de ti?

—Claro.

—Cuando termine la guerra, ¿podremos ser por lo menos

amigos?

—Claro.

Ella se dio la vuelta. Le miraba desde la oscuridad.

—No lo dices en serio, verdad.

—No pienso en ello realmente. Ese momento está muy lejos.

—Es verdad. —Ella le miraba fumar. Sonreía, aunque seguía derramando lágrimas—. Te quiero —dijo con voz firme—. No puedo evitarlo.

—El amor es algo muy inconstante a tu edad. Conocerás a otros hombres y te enamorarás de ellos.

—Está bien. He sido una cursi. Lo que quería decir es que te deseo. ¿Es mejor esa palabra? Y no me avergüenzo de ello. Sé que no es decente estar aquí tumbada contigo, que no es decente entregarse a un hombre, pero no me siento sucia, al contrario, y por eso sé que esto no puede ser malo. Te deseo y tú a mí, aunque quieras evitar pensar en ello. ¿Recuerdas aquella noche en Francia? Tú me deseabas. —Laura se sentó en la cama. Le bajaban lágrimas por la mejilla. Su voz, aunque temblorosa, era firme—. ¿Recuerdas mi cuerpo? ¿Mis pechos? Aquel día los acariciaste con gusto.

—Entonces todo era distinto. —Mastreta no sabía qué decir.

—No puedo dejar de pensar en ello, me arde dentro del cuerpo.

Empezó a desvestirse. Mastreta se incorporó y la detuvo. Entonces ella lloró sin disimulo. Él la abrazó.

—No volveré a tratarte como una niña. Te lo prometo. —Ella lloraba, y entonces le besó en el cuello, en las mejillas y luego en la boca—. Tengo que descansar —dijo él suavemente.

Ella se detuvo. Estaba agitada. Le ayudó a echarse y se tumbó a su lado. Al cabo de un rato, se calmó.

—¿Qué tengo que hacer? Mañana, ¿qué tengo que hacer?

12

El día 3 de junio de 1937 hizo calor en San Sebastián, pero corría un aire fresco de mar que lo hacía llevadero. El mar estaba bonito, ruidoso pero limpio, y en el cielo, muy azul, avanzaban con rapidez pequeñas unidades de nubes muy nítidas. Esa mañana pasaron varios grupos de aviones sobre la ciudad, lo cual había sido anunciado a la ciudadanía para evitar alarmarla, pues si bien San Sebastián no había sido bombardeada desde que pasó a manos de los nacionales, las noticias de ataques a otras ciudades, el bombardeo de Guernica, eran bien conocidos. Eran cuadrillas de aviones alemanes de combate que se dirigían a los alrededores de Bilbao.

Frederika bajó a caminar junto al mar, por el paseo de la Concha. Observó los aviones alemanes desaparecer entre las nubes y reaparecer a los pocos instantes, hacían un ruido que a ella, en ese momento, le pareció desagradable, como si rompieran la calma de ese día y perturbaran otros sonidos que le eran gratos, como el rumor del mar y los chillidos de los niños que jugaban en la arena. Hacían un ruido ronco, uniforme y constante que no era posible eludir, que permanecía sin remedio, rellenándole la cabeza hasta que no podía oír nada más.

El capitán Benítez se dirigía en coche al hotel de Frederika cuando la vio caminar despreocupadamente y sin rumbo por el paseo. Ordenó parar al chófer y se bajó de un salto. Llevaba un ánimo enérgico, casi alegre, acorde con el día. Galantemente, se unió a ella en su paseo. Los aviones volaban de súbito muy bajo, y la gente de la playa lanzaba vítores cuando pasaban. Luego, su ruido se extinguió lentamente y volvió la calma. Benítez y ella iban charlando de cosas sin importancia y sin darse cuenta recorrieron buena parte del paseo. Sin apenas aviso ni preparación, Benítez

pasó de la galantería al amor. No podía evitarlo. A Frederika eso no le disgustaba, la incomodaba un poco, pero en el fondo le resultaba grata aquella devoción, aquella filiación exenta de subterfugios. Él no lo sabría nunca, pensó ella, pero Benítez le había hecho mucho bien durante sus días en San Sebastián, le había proporcionado un asidero emocional y una proximidad que, si bien para el teniente era un amor real, para ella era un vínculo fraternal, cándido, que la estabilizaba.

—Quiero darle algo —dijo Benítez sacando una cuartilla que llevaba guardada dentro de la guerrera—. Creo que puede hacerle gracia. O, todo lo contrario, no lo sé.

Benítez le entregó la cuartilla, que estaba doblada por la mitad. Frederika la desdobló. Era su propio esbozo.

—Lo encontramos entre las cosas de Hernández, en su habitación. La reconocí al instante. ¿Posó para él?

—No.

—Lo haría de memoria. ¿Lo quiere?

13

Mientras Frederika y Benítez caminaban por el paseo, alguien les observaba desde una ventana cercana. Mastreta retrocedió al reconocerles y se ocultó tras la cortina, aunque no podía ser visto desde la calle. En la distancia, pensó que parecían una pareja de enamorados. Al rato, sin embargo, podía apreciarse que ella se apartaba imperceptiblemente de él cada vez que este acortaba el escaso espacio que les separaba, y que mientras el teniente buscaba con su mirada los ojos de la dama, ella volvía el rostro hacia el mar, como si hubiera una inercia inevitable en ello.

Laura se acercó por detrás. Adivinó lo que Mastreta miraba.

—Conozco a esa mujer. Es alemana. No me la han presentado, pero me he cruzado con ella algunas veces en el despacho del coronel Gil. Es la mujer más distinguida que he conocido jamás. —Mastreta estaba de acuerdo, pero no lo dijo—. Espero ser un día tan distinguida como ella. Entonces te enamorarás de mí.

Mastreta sonrió. Laura sonreía también. Había convicción en ella, y también una simpatía que atenuaba la situación que vivían ambos. Él la observó y pensó con tristeza que Laura era una muchacha que, por su inocencia, por su inteligencia, por su coraje y empeño, por cómo trataba de sobrellevar y curar sin ninguna ayuda tantas heridas como tenía su alma, era digna de ser amada. Regresó a la cama. Laura le cambió el vendaje. La herida estaba mucho mejor.

—¿Por qué mirabas con tanto interés a esa mujer? —dijo Laura de repente—. La conoces, ¿verdad? —Mastreta se puso tenso —. Sí. La conoces —respondió ella misma.

Una sombra de tristeza cruzó por la cara de Laura, quien, un minuto antes, había estado luminosa y alegre. Mastreta lo supo ver, leía con claridad las emociones de Laura, quien muchas veces no

era capaz, en su tierna edad, de enmascararlas, no a los ojos de él.

—No me preguntes nada. Saber te perjudicaría, y de paso me perjudicaría a mí.

—Está bien.

—Te dije que tenías que hacer algo por mí. Más allá de eso, no puedo pedirte más. No sería sensato.

Mientras hablaba, Laura recogía las vendas y las gasas del suelo. Luego fue a la ventana.

—Voy a cerrar las cortinas —dijo ella.

Mastreta se tumbó. Físicamente se sentía cada vez mejor. Le dolía un poco la herida, y no podía mover el brazo con plena libertad, pero había recuperado buena parte de las fuerzas. Durante un momento, cerró los ojos, únicamente para abstraerse. Ella se acercó a la cama. Al verle con los ojos cerrados, creyó que se había dormido y no supo qué hacer. Él los abrió de repente. Laura le sonrió, pero él estaba muy serio.

—Tienes que hacerlo esta mañana —dijo.

—Está bien. Antes debo ir a ver al coronel. Me espera todas las mañanas. Se preocupa mucho por mí. Me ha acogido casi como a una hija. Quiere ponernos a estudiar a mí y a Ignacio. Dice que tiene planes para nosotros.

—Te conviene tener al coronel como padrino.

—No es un mal hombre.

—No se trata de eso. En la guerra, todos los hombres, los buenos y los malos, hacen cosas malas. No se puede evitar.

14

Frederika y el teniente regresaron al hotel. Allí les esperaba el coche de Benítez, que los llevó al cuartel del coronel Gil. Este la recibió tan de buen humor como Benítez. Parecía que para ambos era un domingo de verano cualquiera, sin una guerra alrededor, un día como tantos otros en una ciudad de veraneo despreocupada y ociosa.

Tenían que preparar el intercambio de la noche. Si todo iba bien, ese iba a ser el penúltimo día de Frederika en San Sebastián. Para Benítez, Gil y los militares de la delegación, tras la eliminación del agente republicano en Hendaya, el intercambio no iba a ser más que un mero trámite. Pensaban más en cómo iban a celebrarlo que en el encuentro en sí. Gil dijo que ya le habían dado demasiadas vueltas a todo aquel asunto. Normalmente, Frederika hubiera discrepado y hubiera exigido una sesión de trabajo concienzuda. Pero no tenía energía para ello ese día. Aunque aparentaba lo contrario, en su cabeza bullían demasiadas cosas. Cada vez que se abría la puerta del despacho de Gil, daba un salto imperceptible. Un buen observador se hubiera percatado de ello, pero los otros estaban demasiado ensimismados en su éxito, en la buena marcha de los acontecimientos, y se abandonaron a la labor estéril de hablar reiteradamente de ello, bajando la guardia. Además, la ofensiva en Segovia, que estaba en su punto álgido, tenía ahora buenos augurios, ya que la primera acometida republicana había sido contenida. Las buenas noticias en la guerra desencadenaban en los militares una intensa euforia, era algo que Frederika ya había observado antes, era una sensación difícil de igualar, muy superior a la de ver ganar al caballo por el que se había apostado en las carreras o a la de ver a tu equipo de fútbol conquistar el campeonato nacional.

Los tres se tomaron una copa de jerez helado. El coronel era muy maniático en esas cosas. La temperatura era importante para saborear adecuadamente el jerez, de otro modo, decía, no era más que un vino vulgar y perdía su razón de ser. Se unió a ellos otro teniente y un capitán. La reunión había tomado un cariz de despedida que Frederika observaba no sin cierto pasmo. Le decían lo agradable que había sido trabajar junto a ella. Benítez, ahora en un segundo plano, la miraba con un aire agridulce. Para él, Frederika iba a ser el recuerdo imborrable de algo bello e inalcanzable que, al menos, pensaba, había logrado rozar, de lo que había formado parte.

La puerta se abrió. Entró un soldado algo colorado y anunció la llegada de alguien. El coronel acudió a la puerta con los brazos abiertos a recibir a Laura. La acompañó hasta el grupo. Todos fueron extremadamente caballerosos con ella. Laura, en cuanto vio a Frederika, ya solo tuvo ojos para ella.

—Señorita Heinz —dijo el coronel—, quiero que conozca a una persona muy especial. Es casi como una hija para mí.

Laura apenas supo qué decir. Se quedó mirando a Frederika como si tuviera delante a una princesa.

—Eres una muchacha muy bonita —dijo Frederika.

—Gracias.

—Y ha sido muy valiente —dijo el coronel—. La más valiente de todos nosotros.

Gil la rodeó con su brazo en un gesto paternal. Alguien le reclamó y las dos mujeres quedaron una frente a la otra. Frederika le dedicó una expresión de simpatía. Laura le clavaba sus enormes ojos oscuros. Ahora parecía una niña.

—Nunca había visto ropa tan moderna como la que lleva.

Frederika vestía un traje chaqueta marrón de algodón muy entallado que resaltaba las curvas de su cuerpo, muy distinto a las ropas holgadas al uso, y debajo llevaba una blusa a juego de tono muy claro, con dos botones desabrochados. Exhibía un escote casi indecoroso y gracias a él se adivinaba un busto firme y redondo. Laura no pudo evitar ver que en su escote se entreveía un sostén, una prenda de la que ella solo había oído hablar. Estaba tan

fascinada por aquellos detalles que Frederika, que supo a ciencia cierta lo que pasaba por su cabeza, no pudo evitar sonreír enternecida.

—Es un sostén —dijo Frederika—. ¿Nunca habías visto uno?

Laura negó con la cabeza.

—En Berlín todas las mujeres lo llevan.

—¿Es usted berlinesa?

—No de nacimiento, pero llevo años viviendo allí.

—Mi padre era un gran admirador de Alemania y en particular de Berlín. Me contagió su entusiasmo. Quisiera preguntarle algunas cosas.

—¿Qué quieres saber?

—¿Es cierto que en Berlín hay cientos de cabarés y que las mujeres van a ellos igual que los hombres?

—Las mujeres berlinesas no nos consideramos distintas de los hombres en cuanto al modo de disfrutar de la vida. Hemos conquistado el derecho a pasarlo bien sin que ello suponga una deshonra. —Laura se sonrojó ligeramente—. Disculpa si he sido muy franca.

—Al contrario. ¡Cuánto me gustaría viajar allí! —soltó Laura rápidamente—. Es la mejor ciudad del mundo.

—No está en su mejor momento. Berlín es una ciudad divertida y superficial para unos, y aterradora para otros. —Frederika se interrumpió y miró a su alrededor, prefería que los militares no la oyeran hablar de aquel modo. Luego le dedicó a Laura una súbita sonrisa—. Antes de que me vaya, quiero que vengas a mi hotel. Te enseñaré a ponerte un sostén.

—¿Es que se marcha pronto?

—Mañana, si todo va bien.

El coronel Gil se acercó a ellas.

—Laura, ¿recuerdas a aquel pintor que conociste aquí en este mismo despacho hace unos días?

—Sí.

—Te convidó a merendar, ¿no es cierto?

—Sí.

A Frederika no se le escapó que las preguntas del coronel

incomodaban a Laura.

—Pues ha resultado ser un mal hombre, un mentiroso, un rojo de tomo y lomo.

Ella vaciló solo un segundo.

—Fuimos a merendar esa tarde —dijo con voz afectada de niña—. Estuvo muy amable.

—Eso fue culpa mía. No debió haber ocurrido. Te prometo que me ocuparé más de ti. Por eso he querido que lo supieras. No puedes confiar en nadie, ¿de acuerdo?

—Está bien.

El coronel se alejó.

—¿Un pintor? —dijo Frederika.

—Sí.

—¿Era apuesto?

Laura enrojeció levemente y parpadeó al tiempo que desviaba la mirada hacia ninguna parte.

—Sí. Aunque no me fijé. Era un hombre muy desaliñado.

—¿Recuerdas su nombre?

—No muy bien...

—El coronel lo sabrá.

—Creo que se llamaba Juan Hernández.

—Sí, me suena el nombre. ¿Por qué no le has preguntado al coronel qué le había ocurrido?

Laura evitó mirarla. Buscaba algo en la nada, como si esperara la llegada de un nuevo conversador.

—No lo sé. ¿Qué le ha ocurrido?

—La verdad es que no tengo ni idea, son cosas de hombres. Querida Laura, puesto que me marcho mañana mismo, ¿qué te parece si esta tarde a primera hora voy a tu hotel? Me parece que tenemos un busto parecido y quizá me sobre un sostén que te vaya bien. ¿Qué te parece?

Laura aguantó admirablemente. Ahora, no tenía dudas de que Frederika Heinz no hacía aquella proposición desinteresadamente. No comprendía los motivos, pero supo cómo tenía que comportarse.

—Sería maravilloso. Es usted muy buena... —Laura le dio un

pequeño abrazo. Luego, se apartó de ella súbitamente decepcionada—. ¡Oh! Olvidaba a mi hermano. El pobre ha enfermado y está en cama. No es grave, un simple catarro, pero sí contagioso, aunque no para mí, que acabo de pasar por ello. Además, es muy entrometido. No dejaría de curiosear. ¿No podría ir yo a su hotel?

—Por supuesto.

—Me gustaría ver todo su armario, todos sus vestidos, y sus perfumes. ¿Tiene cremas faciales?

—Claro que sí.

La puerta del despacho se abrió abruptamente. Laura, que estaba de espaldas a la misma, se sobresaltó. Un joven oficial entró con una chocante falta de rigor militar que no se le escapó a nadie. Sin formalismo alguno, corrió hasta el coronel y le apartó del grupo para susurrarle unas palabras al oído. El grupo, que había estado tan alegre hacía solo unos segundos, estaba ahora inmóvil, como parado en el tiempo. Pareció que la noticia saltó telepáticamente de unos a otros, pues Frederika no vio hablar a nadie. De algún modo rebosaba de un militar para derramarse en el de al lado. Se dio alguna orden breve, que luego se reformuló; un capitán iba a salir, pero se volvió atrás para gritar a un teniente algo imposible de entender. Entró un sargento con la cara roja como un tomate, empapado en sudor, fumaba sin ser consciente de ello. Benítez recogía unos papeles que se habían caído de la mesa del coronel. Frederika y Laura, apartadas de los acontecimientos, observaban fascinadas. De repente, en el despacho no había nadie más que el coronel, pero luego entraban tres hombres y se marchaban dos, y luego se marchaba el tercero y volvían a entrar dos. Solo habían pasado tres minutos.

Hubo un momento de pausa. El coronel se limpió el sudor de la frente. Se apoyó en la mesa cabizbajo, con los ojos cerrados. Decía que no con la cabeza, y luego lo dijo en voz alta, ásperamente. En el cenicero de la mesa habían quedado abandonados varios cigarrillos a medio consumir, el humo envolvía al coronel. Estaba abatido, tambaleante. Su cara, cuando se volvió hacia Frederika y Laura, reflejaba una mezcla de

incredulidad y de angustia. Clavó unos ojos adormilados, casi atontados, en Frederika, y caminó hacia ella. Y derramó sobre ella la noticia de que el general Emilio Mola había muerto aquella mañana en un accidente de avión.

15

Cuando Laura regresó al hotel estaba muy excitada. Para ella, todo aquello de fingir y escuchar conversaciones ajenas con falso desinterés era una novedad y tenía en ella un cierto impacto emocional. No podía estarse quieta. En pocas horas habían pasado demasiadas cosas. Por el contrario, en Mastreta, mientras la oía hablar, fue creciendo la preocupación. No habría querido nunca implicarla en todo aquello, cuyos riesgos ella no sabía ver en toda su dimensión. Y el peligro estaba en cualquier detalle, en cualquier gesto, en un parpadeo.

—Ella sospecha de ti —dijo Mastreta después de escuchar su relato.

—¿Por qué?

—Todo tiene un propósito para esa mujer.

Mastreta miraba por la ventana, entre las cortinas echadas. Hacía un sol entrecortado que daba de lleno en la fachada del hotel. La habitación seguía penumbrosa, pero ahora finos haces de luz solar atravesaban el espacio colándose entre las cortinas. Luego, una nube ensombreció el día, y la penumbra se volvió uniforme. Mastreta no quería mirar a Laura en el curso de aquella conversación. Creyó que debía mantener la distancia con ella, evitar complicidades que no harían otra cosa que animarla a interpretar lo que estaba ocurriendo como un juego. Laura bajó la mirada, muy seria.

—No has hecho nada mal —la animó Mastreta, al tiempo que regresaba a la cama y se sentaba en ella.

Laura se acercó.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó.

—Sí.

—Toma. —Le dio una navaja que había comprado de camino

al hotel—. Es tal como la querías. Casi no me la querían vender. Solo porque soy una chica. He tenido que decirles una y otra vez que era para mi padre.

Mastreta se familiarizó con ella. Era automática, como la que había perdido en Hendaya. Se la guardó en el bolsillo.

—Es una costumbre. Sin ella me siento desnudo.

—¿Tan peligrosa ha sido tu vida? —quiso saber ella con ojos brillantes.

Para Laura él era un ser fascinante, como salido de una novela. Mastreta evitó responder para no alimentar la idea equivocada que tenía de él y de lo que hacía.

—Así que el general Mola ha muerto —dijo para cambiar de tercio.

—Había un gran revuelo en la delegación.

—¿Y qué más?

Laura prosiguió su relato. Había seguido al pie de la letra las instrucciones de Mastreta. Al salir del departamento de Gil, había ido a la panadería de la calle Arístides, donde el panadero, Leguineche, le había entregado dos notas de Del Río y una tercera nota de Barcelona. Mastreta había instruido a Laura para que diera a Leguineche cuanta información este precisara para confiar en ella.

—Tuve que decirle que venía de parte de Patricia. Se la describí. Quiso saber dónde estaba. Le dije que escondida.

La nota de Barcelona venía cifrada. Mastreta no había memorizado los códigos, pero sí recordaba algunas de las equivalencias, y puesto que la nota era muy breve y los caracteres muy básicos pudo descifrarla sin miedo a errar. El mensaje decía simplemente: «Matar enviada alemana». No había una sola referencia a la película de los fusilamientos que debía interceptar, ni al traidor ruso que la había puesto en venta. El mensaje lo había recibido Leguineche hacía ya tres días y desde entonces no había habido más comunicaciones. Ya hacía tiempo que Mastreta había empezado a sentir que no era más que una pieza situada en el tablero de un juego, y que alguien se divertía manejándole a su antojo. En el curso del juego se habían perdido vidas, pero eso no

parecía importarle a nadie más que a él. Mastreta siempre fue consciente de que eran piezas que podían ser eliminadas por el enemigo, pero ese día tuvo la sospecha de que también para su propio bando eran piezas desechables, enviadas sin prever siquiera que pudieran regresar. A nadie en Barcelona parecía importarle la información enviada hasta entonces por Patricia y por él, ni que hiciera ya varios días que no daban señales de vida. Necesitaba pensar en todo ello, así que le pidió a Laura que le dejara solo. Ella no se lo tomó mal, se encerró en el cuarto de baño para arreglarse y salir al encuentro de Ignacio, que estaba en la playa con otros niños del hotel.

Los mensajes de Del Río no estaban cifrados. El primero era de hacía dos días. Le informaba de que se mantuviera escondido a la espera de noticias suyas. El segundo mensaje era de esa misma mañana. Del Río se mostraba preocupado por su silencio. Le citaba a media tarde en la misma taberna donde se habían visto la primera vez.

Laura regresó con Ignacio. Mastreta tuvo que quedarse encerrado en la habitación. Cuando Laura lo acostó para la siesta, regresó al dormitorio con una bandeja de comida. Mastreta estuvo muy callado, y ella se dio cuenta.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que salir.

16

No tuvo noticias de Müller. Habían convenido una llamada al hotel que debía sonar tres veces y que no debía contestar, pero esta no se produjo. Esperó en balde una hora por si había ocurrido algún imprevisto que le hubiera retrasado. Luego bajó a comer. Era ya muy tarde, pero en el comedor todo el servicio se puso en marcha para complacerla. Comió sola. El camarero la miraba a cierta distancia, atento a todo lo que pudiera necesitar, no tenía nada más que hacer. La comida estaba sabrosa. Recordó cuando conoció a Juan Hernández y la comida que compartieron en la pensión; aquel día también era tarde y su camarero estuvo todo el tiempo malhumorado. Recordó que se rieron de él. Fue aquel un día extraño, con la irrupción más tarde del capitán Navío en la habitación, y luego, por la noche, en la fiesta, con la inesperada aparición de Hernández. Pensó en la primera vez que le vio, cuando la llevó de la mano hasta su hotel un día de niebla. Y la última vez. Huyó de él en un callejón mientras alguien disparaba desde un lugar cercano. Regresó a su habitación. Müller seguía sin llamar.

17

Laura le rapó el pelo casi al cero. Con ello y con la barba de cuatro días que llevaba no era fácil reconocerle al primer golpe de vista. Se puso la chaqueta con solapas anchas que le había dado Uribe. Antes de salir, ella le detuvo, había tenido una idea. Buscó en su maleta y sacó unas gafas de carey. Eran de su padre. Aunque no veía muy bien con ellas, el efecto valía la pena.

La taberna estaba bastante cerca del hotel La Concha. Cuando llegó, Del Río ya estaba allí, sentado en una mesa apartada de la barra. Había poca gente. Mastreta se sentó con su compañero.

—¿Por qué intenta cambiar su aspecto? No está mal. Apenas le he reconocido al entrar.

—Me han descubierto. Probablemente me creen muerto.

—¿Por eso han reforzado los controles de entrada y salida de la ciudad... ¿Qué ha pasado? —Mastreta le contó brevemente lo ocurrido en Hendaya. El otro negaba con la cabeza—. Más vale que no permanezcamos mucho tiempo juntos. ¿Se encuentra bien?

—Lo suficiente.

Cuando vino el camarero Mastreta pidió coñac. Del Río bebía cerveza.

—No beba demasiado.

—¿Qué más da?

—¿Qué va a hacer?

—¿Y ustedes?

—No se preocupe por eso.

—Basta de mierdas. ¿Por qué están aquí?

Del Río apuró su cerveza.

—Se habrá dado cuenta de que no contamos demasiado. Nos mandan a zona enemiga y se olvidan de nosotros. Oímos hablar de Gregory Ivanov hace algunas semanas. Averiguamos que iba a

pasarse a los fascistas y que tenía algo para vender, no sabíamos qué. Quisimos avisar a Barcelona, pero fue imposible. Quedamos incomunicados cuando cayeron un par de compañeros en Burgos. Intentamos encontrarle por nuestra cuenta, pero cada vez que me acerco a él, se me escapa de entre los dedos. Es como si todo el mundo le anduviera buscando en círculos. A punto han estado de rebanarme el cuello.

—Como en Salamanca.

—¿Cómo sabe lo de Salamanca? —Mastreta se encogió de hombros—. Era él o yo. Pero eso no fue por Ivanov. ¿Ha oído hablar de Irina? —Mastreta negó con la cabeza—. Tenía que sacarla de la ciudad. Debía encontrarme con ella en un piso seguro. —Del Río hizo una pausa—. Era una ratonera, pero tuve suerte, me equivoqué de piso, ¿no es increíble? Vi lo que pasaba y dejé tieso al que había venido a por mí. —Del Río intentó beber de su vaso, que ya estaba vacío, se quedó frustrado y se le arrugó la cara—. Llegué a estar obsesionado con Irina, lo sabía todo de ella, dónde estudió, dónde trabajó. —Sacó una foto de una joven muchacha sonriente—. Sé que no debería guardarla, pero no quiero desprenderme de ella todavía. Era muy lista, fue tercera de su curso y dirigió el periódico de la facultad.

—¿Qué ocurrió?

—Nunca he vuelto a saber de ella, se perdió quién sabe dónde. Intenté volver a contactar con ella, averiguar qué le había pasado, pero era demasiado peligroso. ¿Seguro que nunca ha oído hablar de Irina? —Mastreta negó con la cabeza—. Supongo que al final la cazaron. —Mastreta pidió otra cerveza para Del Río. Este miraba la foto—. En realidad, nunca llegué a verla. ¡Qué estupidez! A veces parece que persigamos fantasmas.

Mastreta se frotó la cabeza rapada. Cuando miró a Del Río de nuevo, tenía una arruga entre los ojos, como si algo en su cabeza diera vueltas en un laberinto tratando de hallar la salida.

—¿Ha dicho que fue tercera de su clase? ¿Dónde estudió Irina?

—Qué más da.

—¿En Leningrado?

—Sí.

—¿Periodismo?

—Sí.

—Joder.

—¿Qué ocurre?

—Gregory Ivanov estudió Periodismo en Leningrado, fue tercero de su promoción y dirigió el periódico de la facultad entre el veinticinco y el veintisiete. ¿Lo dirigió también Irina? ¿En los mismos años?

—¿Qué coño significa eso?

—Que estamos persiguiendo fantasmas.

18

—Irina, ¿qué vendía?

—Nada —dijo Del Río—. Había sido intérprete de los fascistas en Burgos. Había transcrito documentos importantes y tenía copias de algunos de ellos. Operaciones militares, planes para tomar Madrid. No los vendía, simplemente quería cambiar de bando.

—¿Cómo se enteraron en Barcelona?

—Por un agente. Macario. Nos dio un número de teléfono. Hablé con ella una vez, una bonita voz con acento ruso. Eso es lo que tenía de ella, una voz y una foto, suficiente para imaginarla.

—No pierda más el tiempo —dijo Mastreta—. Irina no existe. E Ivanov tampoco. Los fabricaron para nosotros, se inventaron sus vidas y les pusieron una cara. Pero fueron perezosos, repitieron su historial académico.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Conseguí ver el expediente de Ivanov. También averigüé cuándo y dónde iban a encontrarse con él. Camino de Uba, a las afueras de San Sebastián. Hoy a medianoche. Ahora ya no importa, a menos que quiera que le rebanen el cuello.

—Puede que se equivocara al leerlo. Puede que hayan coincidido en la facultad.

—Irina era una trampa para cazarlo. Ivanov lo es también. No sé cómo encaja en todo esto, no sé si existe o no en realidad, pero si acudimos a esa cita esta noche, acabaremos tiesos. —Del Río estuvo unos momentos absorto. Mastreta le miraba. Terminó su copa de coñac—. ¿Podrá cruzar a Francia? —preguntó.

—Salí de Burgos, allí dejé a algunos compañeros que no lo lograron. Y salí de Salamanca.

—Siempre hay una primera vez para todo —dijo Mastreta. Del Río sonrió a través del humo del cigarrillo, que le colgaba de la

boca—. ¿Y su amigo?

—Nos separamos hace dos días. No sé nada de él desde entonces.

—¿Cree que...?

—No, ese siempre reaparece. Tiene la rara habilidad de desviar la atención hacia mí. —Se rio—. Se pone de lado delante de sus narices y se las arregla para que nadie se dé cuenta de que está allí mismo. Es un buen compañero. ¿Y usted? ¿Quiere venir conmigo?

—Dígame una cosa, Del Río. Ese bigotito tan ridículo, ¿es de verdad?

—Pues sí. No le aconsejo que use postizos, si le pillan con algo así, ya no tiene remedio.

Mastreta se rio ruidosamente. Del Río le reprendió con la mirada.

—Antes de marcharme —dijo Mastreta— tengo que acudir a una cita con una dama.

El otro le miró largamente moviendo la cabeza.

—Usted ya se da por muerto, ¿verdad? Es un estúpido. ¿No se da cuenta de que ya habrá otras ocasiones?

—¿Sabe qué? Dentro de un mes le estaré esperando sentado tranquilamente tomándome un Pernod en la terraza del café Burguese, en París. No lo olvide. Está en la *rue* Saint-Denis. A esta misma hora. ¿Cree que podrá conseguirlo?

—No me cae bien, Hernández. Supongo que yo tampoco a usted. Pero es un camarada. —Hizo una pausa para cerciorarse de que Mastreta escuchaba lo que estaba diciendo—. Es usted un fanfarrón, puede que tenga habilidades, no lo niego, pero los fanfarrones son los primeros que caen.

—He llegado hasta aquí.

—Usted lo ha dicho, hay una primera vez para todo.

—¿Por qué hace esto, Del Río? ¿Es usted un republicano convencido? ¿Comunista? ¿Un patriota? A mí me encerraron en un cuarto y me enseñaron una foto de mi madre. No hago esto por ellos, no lo hago por nadie.

—¿Entonces? No me conteste, le pondría en un aprieto. He

conocido a otros como usted. Se implican tanto que se hacen matar. No les importa el peligro, al revés, les gusta, les motiva. Para tipos como usted tiene que haber un final, bueno o malo, pero tiene que haber un final.

Del Río iba a levantarse. Mastreta le detuvo. Se miraron unos segundos, como si compitieran a ver cuál de los dos hacía antes una mueca.

—Es verdad que no me cae bien —admitió Mastreta riéndose. A Del Río no le hizo gracia—. Dígame una cosa, ¿le parece normal que en las últimas comunicaciones de Barcelona no hayan mencionado a Ivanov? ¿Ni una sola referencia a él?

—No se preocupe más de eso. Los fascistas de los cojones nos han tomado el pelo. Ahora que lo sé, no voy a dejar que sigan haciéndolo. Su última oportunidad. ¿Viene conmigo?

Mastreta le miró largamente. La conversación con Del Río le había resultado sumamente útil. No pensaba con claridad, pero, a pesar de ello, sabía lo que tenía que hacer, se dio cuenta de que lo había sabido siempre. Esa simplicidad le reconfortó, como el dolor que sentía en la espalda y en la pierna, que le recordaba que estaba vivo y era frágil. Eso, pensó, le daba ventaja, le ubicaba en el mundo, por muy confuso que este fuera. Del Río se levantó y buscó su cartera.

—Váyase tranquilo. Yo invito —dijo Mastreta.

19

Había sido un día muy largo para el coronel Gil y toda la delegación. En el norte, en toda la estructura militar, desde los mandos hasta la tropa, se había desarrollado un vínculo estrecho con la figura de Emilio Mola, incluso entre las unidades que en el treinta y seis le cuestionaron, como las unidades carlistas. Ahora, todos lamentaban su muerte, había alcanzado el estatus de líder que todo ejército necesita, depositario de una ciega confianza en el buen desempeño del mando. En el norte, Franco quedaba lejos, su sombra no alcanzaba, se le veía como a un militar sin la necesaria entidad para guiar la guerra y lo que tenía que venir después, que, a ciencia cierta, nadie sabía; no había empatía con ese hombrecillo ajeno a la lucha que allí se libraba, y que había logrado hacerse nombrar Generalísimo por medio de lo que algunos consideraban argucias políticas de dudosa legitimidad. Les parecía que mientras ellos luchaban y morían en Vizcaya y en Segovia, mientras Mola velaba por la supervivencia de sus hombres, Franco había estado maquinando el modo de hacerse con el mando. Mola había impregnado a su ejército de un sentido del honor antiguo y sólido que había convencido a sus hombres de que solo bajo ese código que él encarnaba se podía ganar la guerra, y esa convicción hacía de ellos un ejército poderoso y leal, y a Mola objeto de devoción.

Benítez se había portado con disciplina militar en todo momento y había sido eficaz desde que conocieron la noticia. Le correspondía al departamento de Gil hacer una nota dirigida a todas las cancillerías y a los servicios de prensa. Se valoró retrasarlo, incluso alguien manifestó la posibilidad de aprovechar propagandísticamente la pérdida de Mola acusando a los rojos de su muerte. Sin embargo, imperó un sentido de lealtad y respeto por el general y se decidió no mercadear con su muerte a la espera de

tener más información sobre las circunstancias del accidente.

Al atardecer, habiendo hecho acopio de todos los datos de que se disponía, Gil propició una reunión de urgencia con la plana mayor en el norte. A lo largo del día los principales generales y comandantes de la zona habían ido llegando a San Sebastián específicamente para ello. Gil había tenido la habilidad de organizar el encuentro antes que nadie, lo que le convertía en anfitrión y le daba una relevancia a su figura que no le correspondería.

La reunión se había concebido como una primera comisión de emergencia para evaluar la situación, para homenajear al general muerto, y también para iniciar la investigación de lo acontecido y prever una inmediata sustitución de Mola, al menos provisionalmente, a la espera de las instrucciones de la Junta Técnica del Estado, dado que la ofensiva en Vizcaya estaba en un punto muy delicado y debía darse rápida respuesta a la ofensiva republicana en Segovia y en Huesca, por lo que un vacío de poder en aquel momento podía ser desastroso.

Llevaban ya una hora reunidos cuando un teniente entró en la sala y llamó a uno de los generales. La reunión continuaba entre el resto, pero a medio gas, todos comprendieron que lo que se estaba hablando en el rincón era importante. Benítez entró en ese momento. Estaba pálido. El general regresó con el grupo. No dijo nada, pero parecía tener la cabeza en otra parte. En un momento dado, volvió en sí y llamó a varios de los reunidos. Fueron a una habitación contigua. Gil quiso acompañarles en calidad de anfitrión, pero bastó un gesto para que comprendiera que debía permanecer al margen. La reunión entonces quedó desangelada, formada únicamente por militares de segundo rango. El coronel interrogó a Benítez con los ojos, pero este estaba tieso como un palo. Al final, se hizo el silencio. Al cabo de media hora, el teniente que había alterado la marcha de la reunión abrió la puerta de la habitación contigua y llamó a Gil y a Benítez.

Entraron en la sala. Los generales estaban muy serios, en silencio. Gil quiso rebajar una tensión que no comprendía y ofreció copas a todos. Uno de los generales le detuvo y se plantó ante él.

—Dos horas antes de que el Airspeed del general Mola despegara —dijo el general—, un centinela avistó en la noche a un hombre tratando de salir del campo de aviación de Vitoria. Le dio el alto, pero el intruso hizo caso omiso, frente a lo cual abrió fuego de intimidación. Pudo detener al hombre, sin embargo, siendo aún negra noche, estando en los límites del recinto y tardando horrores en llegar una patrulla de refuerzo, no pudo evitar que huyera en un momento de despiste.

Gil estaba intrigado, seguía sin comprender los motivos de tanto secretismo y de aquella extraña secuencia de hechos que le estaba siendo relatada y en la que parecía tener un papel central, sin saber por qué.

—Según el centinela —siguió el general—, el hombre venía del hangar donde estaba el Airspeed.

—Vaya. —Gil miró a todos los presentes desconcertado por el hecho de ser el centro de todas las miradas—. ¿Hay alguna evidencia de sabotaje en los restos del avión?

—Todavía no hay ningún informe, los están trasladando a Burgos. El técnico que ha hecho la primera inspección sobre el terreno dice que los testigos vieron que el avión volaba muy bajo en plena niebla.

Uno de los otros generales se acercó a Gil.

—No hay nada seguro, pero es extraño que el avión volara tan bajo —dijo—. Pudo haberse manipulado algún componente o instrumento de vuelo para forzar una pérdida de potencia, incluso para desorientar al piloto respecto a la altitud a la que estaba volando.

—Qué hijos de puta —dijo el coronel entre dientes—. Pagarán por esto. El mundo sabrá sus sucios métodos de hacer la guerra.

El general clavó la mirada en Gil.

—El centinela —dijo muy serio— tuvo tiempo de ver bien al individuo. Era un hombre rubio, suplicó que no le disparara. Tenía acento alemán.

—¿Qué? No comprendo.

—En su huida, perdió una cartera con efectos personales. Entre ellos su documentación.

Lanzó sobre una mesa escritorio una cartera negra. Gil la abrió. En los documentos había una fotografía.

—Yo conozco a este hombre —dijo Gil.

—Los documentos son falsos, pero el teniente Benítez le ha identificado. Se llama Müller. El ayudante de esa mujer alemana que tiene usted aquí protegida.

Finalmente, el coronel empezó a comprender. Se sentó frente al escritorio e inspeccionó la documentación. Repasó la declaración del centinela, también la declaración del cabo de una patrulla que había visto al mismo hombre rubio una hora más tarde en un pueblo cercano. No se le dio el alto ya que no se había radiado ningún dato físico del intruso.

—No puede ser —dijo el coronel.

—Debe ser un traidor solitario —dijo Benítez—, un mercenario que actúa por su cuenta.

El general hizo callar a Benítez con un gesto. Se hizo un silencio que se alargó un minuto. Gil seguía mirando los documentos. Cuando terminó, se levantó y carraspeó.

—Es muy extraño. Supongo que tendremos que hablar con ella...

—Deténgala.

—¿Qué?

—Ya me ha oído.

—Por supuesto. Aunque habrá que preparar una explicación para la embajada alemana.

—No se preocupe por eso demasiado. Según lo vemos nosotros, son ellos quienes tienen que darnos una explicación.

—General —dijo el coronel Gil—, hay otra cosa. Esta noche tenemos previsto un encuentro que lleva organizándose desde hace semanas. La necesitamos. Sin ella, no puede haber acuerdo. Ella forma parte del trato.

El general no dijo nada. Benítez estaba visiblemente nervioso y todos se dieron cuenta. Le invitaron a salir de la reunión.

Al cabo de una hora Gil le mandó llamar. En el despacho del coronel había tanto humo que era difícil respirar sin romper a toser. Los otros salieron. Se quedó solo el coronel. Benítez abrió la

ventana.

—Lo de esta noche sigue adelante —le informó el coronel—. No se le dirá nada a la señorita Heinz hasta que tengamos la película en nuestro poder. Luego habrá que interrogarla. Ya veremos después el modo de hacer circular la película y de sacar a Ivanov del país. —Benítez sudaba en silencio—. Mientras, usted va a encargarse de vigilarla. No queremos que sospeche. La situación se ha convertido de repente en algo imprevisible. Debemos poner todo lo que sabemos en cuarentena.

—Quizá todo tenga una explicación bien sencilla y nos estemos precipitando.

—O puede que ella desaparezca antes de medianoche, por ejemplo. Que todo haya sido un montaje para que nuestra querida amiga alemana pudiera ejecutar un encargo distinto del que creíamos.

—Me resisto a pensar eso...

—Sé que la aprecia. Todavía no hay nada seguro. Usted averigüe lo que pueda sin que ella sospeche. Pregúntele por Müller, háblele de Mola, investigue quién coño es esa mujer.

—Ella es más lista que yo, señor.

—Pero usted sabe más que ella. Saque partido de eso. —Benítez se cuadró. Luego se dio la vuelta y se dirigió a la puerta con decisión—. Una cosa más, teniente.

—Diga, señor.

—La chica le gusta, no se moleste en negarlo. Tenga cuidado, no se deje engañar. No olvide quién es usted y en qué bando lucha. Ni lo que le ha pasado a Mola.

Benítez se cuadró otra vez y salió de la habitación. Bajó al nivel inferior, que estaba por debajo de la calle. Entró en la oficina donde media docena de militares trabajaban tras sus escritorios. El teléfono no dejaba de sonar. Había un murmullo constante de voces y un tecleo rítmico de máquinas de escribir que se solapaban como en una melodía insufrible. Un ventanuco en lo alto de la pared era el único respiradero. La habitación estaba cargada y olía a sudor y a tabaco. Benítez se fue a su mesa, en el extremo de la oficina, y mandó llamar a uno de los militares.

—Sargento, ¿hay alguna novedad?

—No, señor.

—¿Cuánto hace ya?

—Hace dos horas que tenía que haber llamado. No lo ha hecho. Nos hemos turnado, siempre había un hombre al lado del teléfono. Entiendo que eso cancela el encuentro de esta noche. La nueva fecha es el día 10 de junio, a la misma hora y en el mismo sitio.

—¿Ha dado Ivanov alguna explicación, alguna pista sobre los motivos?

—No, señor. Ha sido muy breve.

—¿Quién ha hablado con él?

—Calleja. No le hemos dicho nada antes porque estaba usted con todo lo del general Mola.

—No se preocupe.

—Simplemente ha dicho que, si no llamaba, debíamos entender que la reunión se aplazaba hasta la nueva fecha. ¿Quiere que mandemos a alguien de todos modos?

—Que vayan un par de hombres. Que se mantengan ocultos. Si aparece alguien, que le detengan. Sea quien sea. —El sargento asintió. Cuando se iba, Benítez le detuvo—: ¿Quién lo sabe?

—Solo los que estamos aquí.

—¿Cuándo acaban el turno?

—A las ocho.

—No hablen de esto con nadie de momento. Con nadie, ¿entendido? Informe al resto.

—Sí, señor.

Benítez consultó su reloj.

—¿Quién hace el turno de noche?

—Pues... Márquez y Navarro, creo. No tardarán en llegar.

—Averígüelo. Luego les llama y les dice que libran hasta medianoche. Se quedarán usted y Calleja hasta entonces.

Cuando el sargento se alejó y regresó a su mesa, Benítez levantó el auricular del teléfono y llamó al hotel de Frederika Heinz. Le dijeron que no estaba en la habitación, que estaba en el bar. Benítez pidió que le pusieran al habla con el soldado que

mandaba la guardia en el hotel. Tuvo que esperar cinco minutos.

—¿Conoce usted a la señorita Heinz?

—Sí, señor.

—Bien. Ponga a un hombre a vigilarla discretamente, sin que ella se percate. Que no salga del hotel bajo ningún concepto. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor.

20

Laura le abrió la puerta canturreando. Cuando la seguía hacia el dormitorio, ella le miraba de reojo intentando esconder una sonrisa incontenible.

—¿No ves nada distinto en mí?

Mastreta buscaba algo por la habitación.

—¿No hay nada de beber?

—No.

—Pide que suban una botella de coñac.

—¿No será sospechoso?

—Ya no importa.

Laura comprendió que Mastreta tenía la cabeza en otra parte. Estaba tenso y se precipitaba, encontró cerillas y se encendió un cigarrillo. Ella le miraba un poco triste, aunque intentó que él no lo notara. De pronto, corrió al teléfono y pidió la botella y vasos. Mastreta se relajó al observarla.

—¿Qué me decías? —dijo.

—Nada.

—Sí que estás distinta, pero no sé decirte qué es.

Ella se enderezó elevando el busto.

—Llevo sostén. —Laura se desabrochó un par de botones de la blusa y le enseñó la tira del sujetador. Mastreta fingió admiración, pero enseguida frunció el ceño. Cuando ella lo vio se apresuró a explicarse—: Cuando te has ido, ella me ha llamado por teléfono.

—¿Ella?

—La señorita Heinz. Ya te he contado que me había invitado a su hotel para enseñarme su ropa y sus cosméticos. Ella me lo ha regalado.

Le miró como lo haría un gato, como si fingiera creer que no

había hecho nada malo. Mastreta se ahorró el sermón. La dejó disfrutar y escuchó pacientemente sus explicaciones sobre las cremas faciales que se había puesto y la ropa que se había probado. Posiblemente fuera la primera vez que la veía genuinamente alegre, sin angustia alguna, sin rémoras. Trajeron el coñac. Mastreta se sentó observándola y bebiendo.

—¿Te ha preguntado por mí? —dijo cuando ella hizo una pausa.

—Sí. Creo que intentaba averiguar si tú me gustabas y, en tal caso, por qué no estaba apenada por tu desaparición. Creo que he respondido bien, con absoluta indiferencia.

—¿Algo más?

—No. Bueno, sí. La han llamado por teléfono. Ha sido una llamada muy tensa. Cuando ha colgado parecía otra. Me ha dicho que tenía que marcharme porque tenía trabajo que hacer.

—¿Ha hablado en alemán?

—Sí. Primero parecía enfadada. Luego ha estado mucho rato en silencio, escuchando. Y, al final, ha hablado muy deprisa, como si estuviera dando instrucciones. Al colgar estaba triste, pero solo ha sido durante un momento. Entonces me ha regalado este precioso sostén de satén y me ha pedido que me marchara. Ha sido encantadora. Nunca había tenido una prenda de satén.

Llamaron a la puerta. Mastreta tuvo que refugiarse en el dormitorio para que Ignacio no lo viera. Era una rutina. Se tumbó con la mirada fija en el techo en el que se proyectaba la luz de la tarde y, al poco rato, la luz de las farolas del paseo. Laura vino al cabo de una hora, después de acostar al niño. Como de costumbre, se tumbó junto a él.

—No puedo quedarme más tiempo aquí —dijo Mastreta.

—¿Por qué no? Nos hemos organizado bien.

—Tengo que irme de la ciudad. Esta noche.

Laura se incorporó de pronto.

—Nos vamos contigo.

—Eso es imposible. —Ella se tumbó otra vez—. Nada ha de pasarme, así que no quiero que estés ansiosa si no sabes de mí durante un tiempo. De alguna manera, te haré llegar noticias mías.

Laura se deslizó sobre la almohada y le besó en los labios. Él se dejó hacer y ello animó a Laura en su interior. Se arrimó a él y se aferró a su cuerpo como si fuera una necesidad. Pero cuando se separaron, por el modo en que él le acarició las mejillas húmedas de lágrimas y por el gesto tierno de sus ojos, comprendió que todo seguía igual.

Ella se dio cuenta de que a él le temblaba ligeramente la mano. Se la cogió.

—No es nada —dijo Mastreta—. Me pasa a menudo.

—Tienes las manos grandes y calientes. —Condujo su mano hasta su mejilla—. Me gusta sentirlas. —Siguieron tumbados un rato en la penumbra—. Me gustas con el pelo tan corto. Pareces más peligroso, pero yo sé que no lo eres. Si nos vieran juntos por la calle, la gente sentiría miedo de ti, y admiración por mí. Las mujeres que van con hombres peligrosos son fascinantes.

Mastreta se frotó la cabeza rapada. Ella lo hizo también.

—Me has quitado la fuerza.

—Ojalá. Ojalá estuvieras a mi merced y pudiera hacer contigo todo lo que me gustara.

—No me lo digas.

—Te complacería, eso haría.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Mastreta miró el reloj y se relajó. Ella lo vio de reojo.

—¿Qué hora es?

—Todavía es pronto.

Él se encendió un cigarrillo y fumó con los ojos cerrados.

—Cuéntame cosas. De tu vida en París.

Mastreta resopló pensativo.

—Me gustaba pasear por la calle Saint-Denis, si un día tienes que buscarme en París, hazlo en la *rue* Saint-Denis.

—¿Qué tiene de especial? —dijo ella con voz ansiosa.

—Todo el mundo allí tiene una historia, como los personajes de las películas, solo que son reales, y sus problemas y sus dramas son de verdad, los llevan grabados en la cara. Las mujeres te miran desde los portales en silencio y te invitan con una sonrisa, algunas

son unas escandalosas y se te echan encima rozándote con sus pechos, tentándote.

—¿Son prostitutas?

—Sí. Para muchos son personas desechables, no cuentan, sin embargo, acuden a gozar de ellas una y otra vez. El mundo es así de sucio. —Hizo una pausa—. También yo soy desechable.

—No digas eso.

—Está bien, no lo diré.

—No lo digas ni lo sientas. —Ella murmuró algo que Mastreta no entendió. Luego se volvió hacia él—. Ella también lo dijo. Desechable.

—¿Quién?

—La señorita Heinz. Cuando hablaba por teléfono.

—¿Entiendes el alemán?

—No, pero mi padre era un gran amante de todo lo alemán. Lo estudiaba, leía libros en alemán. Recuerdo algunas palabras, títulos de libros que él me enseñaba y de los que me explicaba cosas. Había uno que se titulaba así, *Der Abschaum der Gesellchaft*.

—*La escoria de la sociedad*.

—Exacto, los desechos, la escoria del mundo. *Abschaum*. A mí me gustaba esa palabra porque también significa espuma.

—¿Era un libro nazi?

—Supongo. —Ella reaccionó entonces con un ímpetu muy comedido—. Mi padre era un buen hombre.

—¿Qué dijo ella exactamente?

—No lo sé, solo reconocí esa palabra, *abschaum*, pero su tono de voz fue el mismo que el tuyo hace un momento, como si hubiera dicho lo mismo que tú sobre sí misma, que era desechable. Que era espuma. —Ella se revolvió en la cama—. Mi padre era un buen hombre —repitió.

—No lo dudo.

Para animarla, Mastreta le explicó cosas de los restaurantes y de los bulevares de París, de los grandes teatros y de los tugurios donde los poetas toman absenta. Ella se rio al fin al contar él alguna anécdota divertida de sus peripecias, pero a la vez, a ratos, estuvo llorosa. Al poco, se durmió. Mastreta no podía. Le pasaban

demasiadas cosas por la cabeza. Llamaron a la puerta. Ella se despertó de pronto. Regresó con una bandeja con la cena. Cuando acabó de comer, Laura le hizo la cura de las heridas en el cuarto de baño. Lo hicieron en silencio, lentamente, ella muy aplicada, él muy paciente. Luego, mientras él se abrochaba la camisa, ella se quitó rápidamente la blusa. Dijo que quería enseñarle el sostén. Mastreta salió sin demora del cuarto de baño. Ella le siguió vistiéndose.

—Perdóname.

—No te disculpes. No has hecho nada malo. Pero tengo que irme —dijo—. Acuéstate ya.

Ella le abrazó desde atrás pasándole los brazos por la cintura y pegándose a él.

—Hace rato que no lloro —dijo—. ¿Lo has notado?

—No me importa que llores. No tiene nada de malo.

Ella se rio graciosamente, de un modo espontáneo. Era una risa incontenible que, se diría, venía a suplir el llanto. Mientras, Mastreta recogió algunas cosas y las colocó en una bolsa. Luego se puso la chaqueta de solapas anchas.

—El sostén me aprieta horrores. Es la cosa más incómoda del mundo.

—No te hace falta.

Ella suspiró.

—Para estar guapa una mujer tiene que sufrir. Eso me ha dicho la mujer alemana.

Antes de que rompiera a llorar, Mastreta salió del dormitorio. Cruzó el saloncito sin vacilar y salió al pasillo del hotel cerrando tras de sí.

21

El salón del hotel estaba muy lleno esa noche. Muchos de los comandantes que habían venido a San Sebastián por causa de la muerte del general Mola se alojaban allí y habían bajado a tomar una copa. En vista de ello, la dirección del hotel había mandado llamar al pianista que animaba las veladas los fines de semana. Frederika estuvo sentada en un rincón, sola. La complacía la soledad, sin embargo, se percató enseguida de que ninguno de los militares se acercaba a saludarla. Se entretuvo escuchando al pianista, que no era malo y estaba ajeno a todo, concentrado en las piezas que interpretaba. Cuando finalizaba una de ellas, parecía regresar brevemente a la realidad, esbozaba una sonrisa tímida y se volvía hacia el público inclinándose suavemente desde su banco, a pesar de que no recibía aplausos. Se enderezaba luego otra vez, ponía delicadamente las manos sobre el teclado y, otra vez ausente, iniciaba una nueva pieza. Frederika observaba esta rutina congraciándose en silencio con él. Había bebido más de la cuenta, solo un poco más, lo justo para que, habiendo comprendido su situación, se sintiera igualmente relajada, despreocupada incluso, expectante también, pero sin que ello ocupara su cabeza y sin que condicionara su modo de comportarse, que era lento y que incorporaba largos momentos de inmovilidad, con la vista fija en el pianista, como conectada con la música de un modo incomprensible, aunque tan genuino que se hacía ver como digno de respeto. Benítez entró en la sala precipitadamente. La buscó con la mirada y cuando la vio, se dirigió directamente hasta ella. Por el camino, dedicó un breve saludo a algunos de los militares que habían reparado en su llegada. Se sentó con ella sin decir nada. Ella le sonrió, parsimoniosa. Le brillaban los ojos. Dijo algo respecto al pianista.

—¿Puedo hablar con usted en privado? —le pidió Benítez.

—¿Qué ocurre, Iván? Parece usted inquieto.

—Es importante. ¿Puedo sugerirle que subamos a su habitación?

—¿Para qué? Aquí nadie nos oye. Todo el mundo parece atareado con otros asuntos. —Ella llamó la atención del camarero y pidió una copa de champán. Benítez no quiso tomar nada—. No me gusta beber sola. —Benítez pidió una cerveza—. El pianista es bastante bueno. Me pregunto qué papel juega un músico en una guerra. Es como un decorado inapropiado. Y más tocando música romántica alemana. Está fuera de lugar, ¿no le parece? O puede que todo lo contrario, que ahora sea más necesaria la música que nunca. En cualquier caso, ahí está ese hombre, esforzándose sin que nadie le escuche.

Frederika se rio. Llegaron más militares, lo hicieron con cierto revuelo, ya que eran muchos. Algunos de ellos habían estado hasta hace poco reunidos con Benítez. La mayoría se agruparon en torno a las mesas que había junto a la barra. Benítez no pudo evitar observarlo.

—Está usted más apuesto que nunca, Iván —dijo Frederika, recuperando la atención del teniente—. Le sienta bien ese aspecto de preocupación infinita. Está alarmado por algo e indeciso al mismo tiempo. Supongo que tiene que ver con la muerte del general Mola, ¿me equivoco? —Benítez todavía no supo qué decir. Ella le dedicó una sonrisa—. Se nos termina el tiempo, ¿verdad?

—Tenemos que hablar.

—Sí, ya lo ha dicho. Sabe, Iván, yo nací en un pueblo muy pequeño, cerca de Augsburg, en Baviera, pero viví allí poco tiempo, porque mi padre era diplomático y nos arrastraba con él allá donde le destinaban. Durante unos años en Madrid, como ya sabe. A veces me acuerdo de mi pequeño pueblo y de cómo jugaba allí con mis amigas escondiéndonos en los bosques y cruzando arroyos con los pies desnudos, a pesar de que el agua estaba helada. Durante mucho tiempo me sentía culpable cuando me acordaba de aquellos años, porque mi padre nos decía a mí y a mis hermanos, desde muy pequeños, que debíamos desprendernos de

los recuerdos como si fueran prendas de vestir; los recuerdos se nos quedaban pequeños y debíamos ponernos unos nuevos, como hacíamos con la ropa al crecer. Nos decía que la nostalgia era para las personas que no tenían futuro, que no tenían un destino, que no iban a ninguna parte, y nosotros siempre íbamos a alguna parte. Él nos lo decía con buena intención, para que fuera más llevadera nuestra vida errante, para que no viviéramos siempre enfermos de añoranza. Pero el resultado fue que yo nunca me he permitido tener memoria y las vivencias no se acumulan dentro de mí. —Benítez se había enredado en la historia que explicaba Frederika y lo demás había quedado momentáneamente fuera—. Mi padre murió hace ya unos años. Él, al morir, estaba orgulloso de sus hijos y de la vida que habíamos tenido, de la vida que nos había dado. Habíamos podido ver muchos países y conocido distintas culturas. Pero la realidad era que no teníamos amigos, que lo habíamos ido dejando todo atrás. Por supuesto, él nunca supo que yo me sentía así y murió satisfecho de sí mismo y de su legado.

Ella se bebió su copa de un solo trago. Luego se sirvió otra. La cogió con la mano y la sostuvo mientras hablaba, derramándosele el champán un par de veces sin que ello pareciera importarle lo más mínimo.

—Me cuesta bastante rectificar esa manera de vivir, la tengo muy metida dentro de mí. Pero lo intento, procuro no desapegarme ya de mis vivencias. ¿Sus padres viven?

—Sí.

—¿Y residen en el mismo lugar donde nacieron?

—Sí.

—Pues le envidio. Usted tiene un pasado.

—Todo el mundo tiene un pasado.

—Supongo que sí. Pero el pasado no se hace con lugares, sino con personas. Como las fotos. ¿De qué sirve tomar fotos de un río, de una calle, de una iglesia, si en ellas no aparece alguien que signifique algo para quien las observa? Mi padre no nos tomaba fotos en los lugares en los que vivíamos. ¿Se da cuenta de lo que eso significa? —Benítez no supo qué decir. El murmullo de la conversación entre los militares había crecido y había captado otra

vez su atención. Frederika se percató de ello. Apuró su copa y la dejó encima de la mesa—. No quiero marcharme mañana sin haber tomado alguna foto de usted. No tengo ningún recuerdo de mis días en San Sebastián. Ni siquiera he ido de compras. —Frederika se rio suavemente y se levantó de pronto—. Me gustaría recordarle, Iván. Tan apuesto como está hoy, tan galante como siempre ha sido conmigo.

Benítez se levantó también. Frederika sorteó la mesita y, lanzándole una mirada cariñosa de escorzo, se encaminó hacia la salida.

—¿A dónde va? Tengo que hablar con usted —dijo Benítez siguiéndola.

—Voy a buscar mi cámara de fotos. Pídame otra copa de champán, ¿quiere?

Sin mirar atrás cruzó la sala y salió observada por todos. El soldado de guardia, que había estado vigilándola desde que Benítez se lo ordenara por teléfono, se acercó a este.

—Buenas noches, teniente. ¿Debo seguirla? —Benítez caminaba y el otro le seguía. Se detuvieron en la puerta. Desde allí vieron cómo Frederika cruzaba el vestíbulo, subía velozmente las escaleras hacia su habitación y se perdía al final del primer tramo —. ¿Teniente?

—Quédese aquí —dijo, y salió tras ella.

Benítez llegó a las escaleras y subió corriendo al tercer piso. No logró alcanzarla, no llegó a verla. Se plantó frente a su puerta y llamó enérgicamente diciendo su nombre. Lo repitió varias veces. Pero nadie abrió. Bajó corriendo al salón. El soldado de guardia, que se había relajado por primera vez en toda la noche, fue a su encuentro fumándose un cigarrillo, aliviado, con el aire de haber hecho bien su trabajo.

—¿Dónde está? —dijo Benítez.

—¿Qué quiere decir?

—¿No ha regresado?

—¿Se refiere a la señorita Heinz?

—¡Pues claro!

—No, señor.

Benítez salió al vestíbulo. No había nadie, solo el recepcionista y un joven botones que hablaban despreocupadamente. Benítez fue corriendo hasta ellos.

—¿Han visto salir a la señorita Heinz? La mujer alemana.

—Sabemos quién es.

—¿Y bien? —Benítez perdió los nervios—. ¡Mierda! ¿La han visto salir?

—Sí, señor, hace un momento, señor.

22

Frederika salió a la calle, se dirigió rápidamente hacia la esquina y la dobló. Había en la penumbra un coche en marcha. Abrió la puerta del asiento de atrás, pero antes de meterse dentro una sombra salió de la nada y la cogió del brazo, volviéndola y atrayéndola hacia sí.

—Ahora ya no hay secretos entre nosotros, ¿verdad?

Mastreta la miraba con una sonrisa muy leve en los ojos. Estaban pegados. Él era más alto que ella y casi la envolvía. Ella reconoció su voz, su forma de hablar, pero levantó la cara para verle y cerciorarse de que estaba allí. Llevaba el pelo rapado y una barba incipiente, y sus ojos se clavaban en ella sin titubeos. Ya no parecía un poeta, ni un cineasta, sino un hombre desarraigado, un marino llegado a puerto tras meses ausente.

—¿No habría creído de verdad que estaba muerto? —Ella temblaba ligeramente. Llevaba un traje de noche sin mangas. Era una noche perfumada y húmeda, veraniega, pero hacía fresco—. Tengo que subir al coche con usted —dijo Mastreta—. ¿O prefiere que demos un paseo?

Ella reaccionó. Miró atrás y súbitamente inquieta se metió dentro del coche como un caracol en su concha. Mastreta no se despegó de ella. Entró también y cerró la portezuela. Frederika se arrinconó al otro extremo. La iluminaba de escorzo la luz blanca de una farola. El conductor se volvió con ojos interrogantes.

—Arranque de inmediato —dijo ella en alemán sin dejar de mirar a Mastreta.

—¿De quién huye?

El coche arrancó. Avanzaba doblando calles desiertas al azar. En el interior, ella pareció que se abandonaba, como si perdiera la fuerza. Dejó caer la cabeza sobre su propio hombro y se la cubrió

con la mano.

—¿No tiene nada que decir? —preguntó Mastreta.

—Necesito un minuto —dijo ella con la voz rota.

—Es usted muy buena —admitió él con voz sonriente—. Nunca he sabido cuándo fingía y cuándo no. —Mastreta miró de pronto por la ventanilla. Habían entrado en una calle muy oscura en la que no funcionaban las farolas y que había ensombrecido a todos dentro del coche—. Dígale al chófer que pare. —Ella no reaccionó. Mastreta tocó al conductor con la mano—. Oiga, *stop*. ¿Me entiende? ¡*Stop*! —le ordenó.

El otro no hizo caso. Mastreta sacó su navaja y la hizo saltar. Luego, en un movimiento rápido, la puso en la garganta de Frederika.

—Dígale que pare. —El conductor se detuvo. Miraba atrás por el retrovisor. Sus ojos, pensó Mastreta, estaban demasiado tranquilos—. Dígale que se baje del coche y se aleje.

Frederika se puso derecha. Mastreta no se lo permitió del todo, la empujaba contra la ventanilla con la mano con la que sujetaba la navaja.

—¿Va armado? —dijo ella en alemán al conductor.

—Sí —respondió este.

—Sáquela y apúntele. No me hará nada —le dijo ella.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé. Y no dispare.

Mastreta se puso a reír.

—¿Por qué piensa que no le haré nada? —dijo en alemán—. ¿Creía que no hablo alemán? Me basta un segundo para cortarle la arteria yugular. —El chófer se quedó parado—. Saque lentamente la pistola —le ordenó— y déjela en el asiento. Luego baje del coche y aléjese. Todo muy despacio, por favor.

El conductor tardó mucho en moverse. Ni siquiera pestañeaba. Mantenía el contacto con Mastreta a través del retrovisor, pero estaba tan oscuro que les resultaba difícil a ambos leer en la mirada del otro. Durante unos segundos que parecieron durar mucho, solo se oía el ruido del coche, al ralentí, como meciéndoles a todos, como un interludio que fuera a dar paso a un

movimiento desbocado y ruidoso. Frederika acababa de darse cuenta de que Mastreta únicamente empleaba el brazo izquierdo y lo tenía ocupado amenazándola a ella con la navaja.

—¿Qué le ha pasado en el otro brazo? —dijo en alemán para que el conductor se percatara de ello—. ¿Fue donde le dispararon?

Mastreta comprendió que el tiempo iba en su contra y alargó el brazo herido sin apartar la navaja que sostenía con la otra mano en la garganta de ella. Era inevitable, y el dolor era soportable. Alcanzó al chófer por atrás y metió la mano en el interior de su abrigo palpando en busca del arma.

—¿Dónde tienes la pistola, cabrón? Dámela. Ahora. —Cuando el otro se movió, Mastreta adivinó hacia dónde y se adelantó metiendo la mano en el bolsillo exterior del abrigo. Tocó la empuñadura de la pistola, pero en ese momento el chófer le agarró del brazo y tiró con fuerza de él. Mastreta gritó de dolor, por un segundo sintió todo el costado derecho paralizado, aun así, instintivamente le golpeó con la otra mano la nuca ferozmente. El otro se sintió aturdido y Mastreta cogió el arma. Le pegó el cañón en la mejilla. Resoplaba de dolor. Frederika no se había movido—. Salga del coche y aléjese —repitió en alemán.

El otro lo hizo al fin. Mastreta guardó la navaja. Cuando el chófer se hubo alejado, hizo bajar a Frederika. Luego salió él.

—Conduce usted.

Mastreta la apuntaba desde el asiento del copiloto. En realidad, se había olvidado de la pistola, la sostenía por inercia, tanto era así que, en su conjunto, no resultaba amenazante, solo tenso. Poco a poco el dolor bajó de intensidad. Ella conducía sin rumbo. Ambos pensaban que eran como una alarma, que era como si fueran dando gritos por la calle, ya que parecía que no había nadie más en la ciudad y se hacían muy visibles y ruidosos.

—Necesito el coche —dijo Mastreta—. Pero a usted puedo dejarla donde mejor le vaya. —Ella le miró con desconcierto—. Tenía otros planes respecto a usted, pero ha ocurrido algo que me ha hecho ver las cosas de otro modo. Ahora tengo otra prioridad. —Ella no dijo nada. Mastreta le indicó de pronto hacia dónde debía girar y siguió haciéndolo durante un rato—. ¿No dice nada?

¿Quiere que la secuestre? ¿Acaso se ha enamorado de mí?

Mastreta se sintió más relajado al decir aquello, como si esas palabras le hubieran trasladado sin control a otro momento, a algún instante grato que hubieran vivido juntos, aunque su sentido estaba ahora fuera de lugar y sonó como una estupidez. Bajó entonces la pistola y quedó sujeta en su regazo, y en ese momento se le ocurrió pensar que una estupidez podía tener su razón de ser y ser de algún modo útil.

—¿O es que es cierto que huye?

Ella siguió en silencio. Conducía del mismo modo que Mastreta había sujetado el arma, sin consciencia de ello, dejándose arrastrar por automatismos, dominada por la tensión, y en sus ojos se fueron acumulando lágrimas que no quiso derramar bajo ningún concepto. También a ella le hicieron bien las palabras que oía venir de Mastreta, y su voz, que le parecía la de siempre. Y de pronto pensó que la había echado de menos, aunque no se hubiera dado cuenta, y, muy brevemente, como un destello que se encendió muy fugazmente en su cabeza y que no quiso retener, se le antojó increíble que hubiera permanecido impasible tanto tiempo sin oírla.

—¿Por qué huye? —dijo él.

—¿Qué más da?

—¿A dónde pensaba ir?

—A Francia.

Mastreta la miraba, en su cabeza se arremolinaban las ideas.

—¿Sabe que el general Mola ha muerto?

Ella no dijo nada. Llegaron cerca del puerto y Mastreta la mandó parar. Cogió de inmediato las llaves del coche y se hizo el silencio. Miraban ambos alrededor. No se veía ni un alma.

—Quédese aquí. Agáchese si ve a alguien. Tengo que hacer una cosa.

—¿Confía en mí?

—No tengo más remedio. —Se calló y recapacitó—. Confío en que su situación sea tan penosa como la mía.

Mastreta salió del coche. Le lanzó una mirada. Ella, en penumbra, le pareció peligrosa, sin embargo, esa imagen se

transformó súbitamente cuando ella bajó de pronto del coche y se quedó plantada en la calle, a tres metros de él, con su vestido sin mangas, temblorosa.

—Vuelva al coche. Llama demasiado la atención.

Ella entró de nuevo. Mastreta se alejó hasta la esquina y desapareció.

23

Llamó a la puerta muy suavemente. Había luz en la ventana. Abrieron enseguida. Uribe ocupaba todo el ancho de la puerta, como si se hubiera encrespado ante la visión de Mastreta igual que haría un pavo real dispuesto a batirse.

—Vengo a llevármela.

Uribe, muy serio, le dejó pasar. Mastreta no guardó las formas y se metió hasta el fondo, hasta la habitación donde había dejado a Patricia unas noches atrás. Antes de que pudiera entrar, la mujer de Uribe apareció en el quicio de la puerta. Sostenía una jofaina y unas vendas sucias. Se quedó parada.

—Márchese —dijo. Mastreta intentó entrar, pero ella no le dejó. Su obstaculización fue inesperada porque se apretó contra el cuerpo de Mastreta y le acarició la cara con su mano libre. Dejó entonces las cosas que llevaba y se pegó a él intentando transmitirle algo. Elevó la cara y la pegó a la de Mastreta, y le besó en la mejilla—. Márchese, por favor.

—No voy a llevarme a su hombre. Solo quiero sacar a Patricia de la ciudad.

Ella, aun así, no se despegó, como si quisiera que su angustia siguiera ardiendo en su interior y ello fuera importante para ella en ese momento, como si hubiera perdido el orden de las cosas, de lo que era peligroso, de lo que debía hacer para mantener a su familia a salvo. Uribe apareció por atrás.

—Déjale. Él sabe lo que hace.

Uribe tuvo que separarla entrometiéndose entre ellos, porque la mujer no hacía caso. Mastreta se inclinó sobre Patricia, que dormía. Le tocó suavemente la mejilla. Tenía media cabeza vendada. Cuando sintió el contacto, se revolvió muy suavemente, como si estuviera inmersa en líquido pastoso. Hizo un esfuerzo

para mirarle. Mastreta se volvió hacia Uribe y su mujer.

—No está muy bien —dijo Uribe—. Creímos que mejoraba ayer. Pero hoy apenas ha abierto los ojos.

Mastreta se pegó a ella.

—Patricia, soy yo. Voy a llevarte conmigo. ¿Puedes cogerte a mi cuello?

De repente, ella abrió su ojo, del que se derramó una lágrima.

—¿Ha valido la pena? —dijo—. Quería volver a verte para preguntártelo. ¿Ha valido la pena? Todo lo que hemos hecho, a pesar de los errores que hemos cometido. ¿Ha servido de algo? Tengo que saberlo.

—No debes pensar en eso.

—Tengo que saberlo.

—Voy a sacarte de aquí. Tú vales la pena. Lo demás no importa.

Ella no respondió. Estaba demasiado fatigada para comprender, para escapar de sus cavilaciones. Su mueca de angustia venía de su interior, no del dolor, y Mastreta no sabía cómo hacerla desaparecer. La envolvió en una manta. La mujer de Uribe se unió a él prestando ayuda desde su propia angustia, sin saber muy bien el resultado de sus actos. Solo era capaz de actuar en la inmediatez, sin comprender más allá de eso. Mastreta cargó a Patricia en sus brazos. No tuvo que pedirlo, Uribe puso sobre ella una bolsa con lo esencial para las curas. Cuando salió le fue dictando las instrucciones.

—Le hemos cambiado las gasas y las vendas una vez al día, hay que aplicarle desinfectante también una vez al día.

Mastreta no podía con ella. Con el brazo herido, le resultaba imposible sostenerla. Uribe le ayudó, casi se les escapó de las manos. Patricia terminó en brazos de Uribe. Mastreta abrió camino. La esposa lloraba sin sentido plantada en la sala de estar.

—¿Cuál es la carretera más segura para salir de San Sebastián?

—Ninguna —dijo Uribe—. Han cerrado la ciudad. Ni siquiera puedo sacar el barco de puerto sin pasar un control y un registro.

Mastreta no se movió. El otro negaba con la cabeza,

pensando.

—Tiene que ir hacia el sur —dijo su mujer. De súbito se encendió como una bombilla—. Hacia Vitoria. Hay muy poca vigilancia. Nosotros vamos a Vitoria a menudo.

—Habrá puestos de control en todas las salidas —dijo Uribe.

—Hay un camino que sale por Amara y llega al río, y a un caserío llamado Martutene, un barrio nuevo. Luego hay un parque y después el camino se estrecha mucho y no va a ninguna parte. Solo a los huertos. Nosotros tenemos allí una cabaña. Cerca, hay un empalme que conecta con la carretera de Vitoria más allá de los controles. Una vez fuera de San Sebastián, podrán ir al norte.

—Hágame un dibujo.

Antes de que lo dijera, la mujer estaba ya buscando papel y lápiz. Mientras dibujaba le iba dando explicaciones que Mastreta no comprendía, ya que incorporaban referencias para él desconocidas.

—Nunca encontrarán el empalme, no de noche —dijo Uribe.

—Pueden pasar la noche en la cabaña.

La mujer, que se conducía como una loca, le dio la llave y luego el plano que había esbozado. Mastreta la miraba un poco pasmado. Luego se rio. Ella se rio también y le dio un abrazo pegándose otra vez a él casi de un modo indecoroso, sin guardarse nada. Parecía que necesitaba contacto físico constante, como una niña asustada.

—Tenga cuidado con la cama —dijo—. Las sábanas son muy antiguas, eran de mi madre, no quiero que se manchen de sangre. Duerma con ella, yo lo he hecho estos días. Caliéntela con su cuerpo.

Salieron a la calle. Uribe le seguía con Patricia en brazos. Al llegar a la esquina, Mastreta le dijo que esperara. Fue hasta el coche. Frederika no estaba dentro. Llamó a Uribe y entre los dos depositaron a Patricia en el asiento trasero. Se miraron un momento breve.

—Márchese. No deben verle conmigo.

—No podrá conducir.

—Ya me las arreglaré.

Uribe le tendió la mano y Mastreta se la estrechó. Le dio las gracias y el otro casi se molestó. Luego el marinero desapareció. Mastreta se montó en el coche. Antes de arrancar, miró por la ventanilla. En la sombra de un soportal vio la figura frágil de Frederika. Había estado allí todo el tiempo. Bajó del coche.

—¿Qué está haciendo?

—Ha pasado un camión de soldados. No dejan de hacerlo. Me buscan a mí. La ciudad debe estar ya cerrada.

—Suba al coche. Tiene que conducir. Yo no puedo hacerlo.

Arrancaron haciendo mucho ruido, o eso les pareció. Ella conducía tan suavemente como era capaz. Iban con las ventanillas bajadas para oír mejor los camiones, que hacían un gran estruendo. Se pararon varias veces, cuando les pareció que podían cruzarse con alguno. Se agachaban en sus asientos y esperaban. Cuando se hacía nuevamente el silencio, seguían adelante. Así lograron llegar al barrio de Amara y encontrar el camino de los huertos. La lluvia de los últimos días lo había dejado impracticable. Mastreta daba gritos cada vez que se enfrentaban a un charco en el que se podían quedar atascados, pero Frederika conducía con mucha pericia y los gritos de Mastreta estaban de más. Tomó consciencia de ello y dejó de dar indicaciones. Habían conducido encendiendo los faros solo a veces, cuando les resultaba imposible ver dónde se metían. Había momentos en que la oscuridad les engullía, y entonces, o bien ella o bien Mastreta, alargando el brazo, encendían los faros. La ciudad había desaparecido sin que se dieran cuenta y se encontraban en medio de una zona boscosa y fértil, a su alrededor la vegetación rebosaba hacia ellos desde los muros de piedra del camino. Mastreta, guiándose por el dibujo de la mujer de Uribe, señaló una entrada hacia la izquierda, y a unos doscientos metros apareció una cabaña de piedra. Frederika paró el coche detrás y apagó el motor. Estaba tan oscuro que tuvieron que abrir las puertas a tientas. Andaban uno detrás del otro, con las manos por delante. La cabaña era muy pequeña y estaba en una explanada tan reducida que sobre la misma había un techo de vegetación, copas de árboles que habían crecido alegremente a su libre albedrío, buscándose entre ellas hasta enlazarse sus ramas, ocultando el espacio como si

fuera un lugar prohibido y secreto cuyo paradero exacto nunca pudiera ser determinado. Entraron. El lugar no tenía luz. Frederika encontró velas. Componían la cabaña una estancia con chimenea y una habitación. No había cuarto de baño, descubrieron que la letrina estaba fuera. Mastreta quiso traer él solo a Patricia, pero necesitó ayuda. La llevaron entre los dos al dormitorio y la acostaron. Hacía frío allí dentro, más que fuera. La cubrieron de mantas, todas las que encontraron. Mastreta hizo fuego. Frederika buscó algo de comer en los armarios. Se sentaron frente a la chimenea en silencio, comiendo zanahorias. Descubrieron también una botella de coñac. Habían estado tan atareados que apenas habían dicho nada. Ella había temblado de frío todo el tiempo, pero no había hecho ninguna mención a ello. La sensación de frío la había encogido, sus brazos habían terminado pareciendo los de un esqueleto, pero ahora, al poco de sentir el calor del fuego, se dilató y su piel se tornasoló. Tenía las mejillas enrojecidas, como si hubiera hecho un gran esfuerzo físico. Mastreta la miraba de reojo, incómodo. Sintió que ese tipo llamado Juan Hernández ya no le pertenecía, que era un extraño para ambos porque solo tenía razón de ser en un lugar y en un momento determinados que ya habían dejado atrás. Y por eso, sintió que ella era también una extraña, como si fuera la primera vez que la veía. Para evitar a Frederika, se fue al dormitorio a ver cómo estaba Patricia. Se tumbó junto a ella y al hacerlo la despertó. Aunque estaban a oscuras, ella le reconoció.

—Soy una carga —dijo—. No me importa morir, me preparé para ello.

—Pues olvídalo. Te voy a sacar de aquí.

Mastreta la abrazó para que sintiera su calor. También para que percibiera que sus palabras eran ciertas, para que se sintiera inundada de un deseo de vivir, a pesar de todo, a pesar de la culpa que la aplastaba como una losa.

—No hiciste nada malo. ¿Me oyes?

—¿Qué? —dijo Patricia semiinconsciente.

—No hiciste nada malo.

Mastreta lo repetía en su cabeza, como si a la vez que quisiera

que ella lo comprendiera desde el sueño, desde el silencio, estuviera inspeccionando también su propia conducta en San Sebastián. La habitación estaba húmeda y cuando Mastreta ya se dormía, Patricia empezó a toser. Buscó en la habitación y encontró un brasero. En la sala, Frederika dormía en la mecedora. Se había cubierto con el mantel de la mesa. El fuego estaba vivo y Mastreta llenó el brasero y lo llevó al dormitorio. Lo dejó junto a la cama. Patricia dormía ahora profundamente. Regresó a la chimenea. Se durmió al fin en una silla, pero su sueño era muy ligero, tanto que confundía la realidad con los sueños que tuvo, en los que nada tenía sentido, porque se abrazaba a seres espinosos como cardos, y se tumbaba junto a criaturas urticantes, y se balanceaba sobre un vacío profundo y, absurdamente, entraba en cuentas de balances y contabilidades que parecían comprensibles solo durante un momento, en que veía claramente el programa contable de los hechos acontecidos y de los que estaban por acontecer, hasta que chisporroteaba un tronco.

Frederika lo vio sobresaltarse y adormecerse luego en solo unos segundos, sin haberse desasido del sueño. Lo miró un rato y vio el rictus de un hombre dormido, desconectado, y tenía sentido para ella, aunque pensó que era un espacio al cual nunca había sido convidada. Dormía con los brazos cruzados sobre sí mismo y por el bolsillo de su chaqueta asomaba la empuñadura de la pistola. Aun así, Frederika no se movió, dejó pasar el tiempo lentamente mirando lo que acaso debería estar haciendo, pero sin hacerlo. E, imaginándolo una y otra vez, imaginando una variedad de situaciones con él, que partían de aquel momento de sueño frente al fuego, como si fuera cada situación imaginada un camino distinto tomado en un cruce al que volvía una y otra vez, se quedó también dormida.

Se despertaron al mismo tiempo. Ella de frío, él de angustia. El fuego estaba muerto. Se miraron brevemente. Ella se levantó y echó un tronco para avivar el fuego. Amanecía. Ahora vieron el lugar por primera vez a la luz del día. Mastreta no dijo nada y se fue al dormitorio. Regresó al cabo de unos minutos.

—Si quiere, le puedo echar una mirada a su amiga. Tengo

algunas nociones de primeros auxilios. —Mastreta se dolió de la espalda—. También puedo mirarle a usted.

Había poca leña y Mastreta salió fuera. Regresó al cabo de un momento con un par de troncos, los que podía sostener con un brazo. Los lanzó al fuego. Ella había esperado a que él volviera porque no quería hacer nada a sus espaldas. Entonces, sin mediar palabra, se fue al dormitorio. Mastreta la dejó hacer. La siguió a cierta distancia. Ella abrió la ventana, que estaba orientada a levante, y entró la primera luz del sol. Inspeccionó a Patricia. Mastreta cerró la puerta y regresó a la sala. Frederika regresó al poco rato. Él comía zanahorias.

—Habría que llevarla a un hospital. Como no es posible, es mejor quedarse aquí. Andar dando tumbos con el coche durante horas la matará. —Frederika caminaba bastante relajada hacia él. No le miraba a los ojos, tampoco él a ella—. Quítese la camisa. Voy a ver su herida.

—¿Se quedaría aquí, velándola? ¿Espera que me crea eso?

Ella no dijo nada. Estaban plantados en medio de la sala separados por tres metros, ella en traje de noche sin mangas, despeinada, con los brazos recogidos para darse calor, él haciendo un esfuerzo por parecer un gigante, balanceándose, sin embargo.

—¿Cómo debo llamarle? —dijo ella.

—Juan Hernández. Le tengo apego al nombre.

—Por mí, bien. No me cae mal ese tipo. ¿Quiere que le mire la herida o no?

Mastreta se quitó el abrigo y se sentó en una silla. Ella le ayudó desde atrás a quitarse el jersey y la camisa. Retiró las vendas con cuidado.

—Tuvo suerte. Fue cosa de centímetros.

Cuando hubo terminado, él ya no volvió a ponerse la chaqueta. Pero cogió la pistola del bolsillo y se la puso en el cinto.

—Póngase mi chaqueta si quiere.

Ella lo hizo. Mastreta reparó entonces en que ella tenía un pequeño bolso. Estaba abandonado sobre la mesa.

—Déjeme ver su bolso. Vacíelo ahí encima.

Ella lo hizo. La conducta de ambos era mecánica y

desafectada, una acción-reacción exenta de gestos o expresiones que pudieran indicar algo, ya que ambos eran conscientes plenamente de que cualquier sentido adicional que quisieran imprimir a sus actos sería superfluo, despertaría recelo y les perjudicaría en relación al otro más que otra cosa. Había mucha cautela. Estaban a ello atentos, como para cazarse en tal actitud, que no podría dar a entender nada que el otro pudiera percibir como verdadero. En el bolso no había nada remarcable. Solo un papel doblado. Mastreta lo cogió y lo desdobló. Era el dibujo que hiciera de ella, que los hombres de Benítez habían encontrado en su habitación de La Cordobesa al registrarla y que aquel le había entregado a ella.

—Registraron su habitación. Me reconocieron y creyeron que podía desear tenerlo.

—Pero no es así.

—Tírelo al fuego si quiere.

Mastreta observó el dibujo. No había sabido hacerla sonreír. Tuvo tentación de intentarlo otra vez. Ella le miraba con algo de interés, ante lo cual él se encaminó a la chimenea y depositó el dibujo sobre las llamas, que eran entonces muy tenues. Ambos contemplaron cómo el papel enrojecía y temblaba, y luego, en un fogonazo silencioso, prendía en llamas y se consumía.

Mastreta buscó tabaco. Estaba en su abrigo. Ella lo adivinó y encontró el paquete en un bolsillo.

—Será mejor que salgamos a ver qué hay en el huerto —dijo Mastreta encendiéndose un cigarrillo—. Tenemos que comer algo, y ella también. Se llama Patricia, por cierto. Su amigo Guzmán la dejó así.

Frederika no reaccionó de ningún modo. Salieron afuera. Inspeccionaron la zona y confirmaron que el lugar quedaba muy oculto. El camino terminaba allí y la cabaña no podía verse desde el camino principal. Había un manzano. Recogieron algunas manzanas, pero estaban demasiado verdes. Ambos eran torpes en cuestiones agrícolas. En el huerto encontraron zanahorias, apios, acelgas y puerros. Arañaron la tierra buscando patatas, pero no encontraron ninguna. En el interior de la cabaña había cebollas y

ajos. Trajeron agua de un pozo que había en el extremo del huerto y con todo ello llenaron una olla mediana y la pusieron al fuego. Como si de una gran creación se tratara, se sentaron ambos a contemplar el agua hervir y a removerla con un cucharón. Había chorizo en un armario. Comieron con fruición, en silencio, como dos náufragos. Luego Mastreta le llevó un plato a Patricia. Tardó un buen rato en conseguir que volviera en sí y se enderezara. Comió un poco. Habían preparado una pasta caldosa de zanahorias y acelgas. Frederika insistía en que debía comer, y entre los dos casi la obligaban a tragar, a pesar de que Patricia apartaba la cara como una niña.

Era mediodía y ahora hacía calor. Mastreta se había arremangado la camisa y salió a fumar sentado en los escalones de la cabaña. Ella le siguió y se sentó también. Estaban a la sombra de los árboles que protegían aquel lugar. Daban una sombra verdosa y fresca. Se levantó un poco de viento, que no se sentía apenas donde ellos estaban, pero que hacía murmurar las hojas encima de sus cabezas. Era un sonido suave que crecía y decrecía como un balanceo, que calmaba los sentidos. Ella se caía de sueño. Con pocas palabras, dado el estado de Patricia, convinieron en que era aconsejable quedarse un día más. Mastreta le sugirió entre dientes, sin mirarla, que se tumbara en la cama junto a Patricia. Cuando ella se fue al dormitorio, pensó que él también tenía que dormir y que era mejor que lo hiciera al mismo tiempo que ella. Esperó un rato y fue al dormitorio. Frederika respiraba suavemente y sus labios estaban flácidos y entreabiertos. Salió y se sentó en la mecedora. No pensaba en nada y ello hizo que en pocos minutos estuviera profundamente dormido.

24

—¿Por qué la buscan? —dijo Mastreta. Ella no contestó—. Usted no vino aquí por una película, ¿verdad? Ese tipo, Ivanov, licenciado en Periodismo por la Universidad de Leningrado, tercero de su clase..., en realidad, no existe. Como tampoco existe Irina, y otros, me imagino. Solo que esta vez, con Ivanov, era distinto, los que me mandaron a mí aquí sabían que solo era un nombre en un papel, y en cambio Gil y los suyos no. Es lógico, ¿cómo no iban a saberlo los republicanos si esa película no se filmó nunca? ¿Cómo no iban a saberlo si no hay ningún Ivanov en la embajada rusa? A ellos no se les podía engañar esta vez, como sí lo hicieron con Irina. El engaño iba destinado a otros. —Había oscurecido. Frederika escuchaba sentada en la mecedora, recostada con la cabeza vuelta hacia la oscuridad. La lumbre de un fuego alegre se proyectaba sobre ella de un modo inquieto que ponía nervio en su imagen inmóvil—. Los fascistas, por el contrario, se lo tragaron. Pero ¿por qué había que engañarles? ¿No va a decir nada?

—Dígamelo usted. —Mastreta se frotaba la cabeza. Ella se incorporó en la mecedora. La luz del fuego le dio de lleno. Llevaba el pelo suelto y caía sobre sus mejillas—. Ni siquiera sabe por qué está aquí —dijo—. O lo sabe, pero no quiere hablar de ello, porque no lo entiende, ¿verdad? ¿Cuánto hace que se dedica a esto? Muy poco, sin duda. Si tuviera más experiencia, comprendería que no hay que hacerse tantas preguntas, simplemente cumplir órdenes, ejecutar sentencias sin cuestionarse los motivos y sin mirar luego atrás, como herramientas en una cadena de montaje. Otros piensan por usted.

—*Der Abschaum der Gesellchaft*.

—¿Qué?

—Una amiga mía la oyó hablar por teléfono. *Abschaum*. ¿Se

refería a sí misma?

Ella le miró, casi incrédula.

—¿Por qué me cuenta eso? Es usted muy torpe. ¿No se da cuenta de que pone en peligro a su amiga al decirme eso? ¿Igual que puso en peligro al hombre que le ayudó a traer a Patricia? —Ella se interrumpió abruptamente al ver que Mastreta no parecía inmutarse por sus palabras, y un escalofrío muy breve recorrió su espalda, porque comprendió que a él le daba igual, comprendió que aquel viaje no tenía camino de vuelta—. ¿Quiere respuestas? —dijo entonces—. Fíjese en usted, tuve su historial completo a las pocas horas de saber quién era. Le buscan por asesinato, el de una muchacha nada menos, en 1933. —Mastreta hizo una mueca fea, algo parecido a una sonrisa—. Mató a una muchacha, por eso está aquí. ¿Qué más tiene que saber? Para eso le quieren.

—Lo mismo que a usted, ¿no es así? Somos escoria, y la escoria se vende a un buen precio en tiempo de guerra. Pero usted es de las buenas, la escoria de mejor calidad, apuntó a lo más alto, ¿no es cierto? ¡Y qué cerdos que son! Todos ellos. La mandaron aquí a pesar de su propia tragedia.

—¿Qué quiere decir?

—Mihail. Hay que ser muy templada para seguir adelante con eso a cuestas.

Ninguno de los dos sabría decir por qué estaban hablando de todo aquello. Era como estar en caída libre, como si fueran caballos que de súbito se hubieran desbocado y hubieran comenzado a dar coces, a hacerse daño apuntando al alma. Ella se levantó y se adentró en la oscuridad, fuera del resplandor de la chimenea.

—Hacía días que no pensaba en ello. Desde la distancia se vive como si no hubiera ocurrido, como un sueño. O, al revés, el sueño es esto que estamos viviendo ahora y que nos mantiene lejos de lo que somos en realidad. —Frederika se interrumpió. Se dio cuenta de que pensaba en voz alta, se maldijo y se juró que ello no volvería a ocurrir—. No me haga más preguntas. —dijo—. Yo no puedo ayudarle. Usted tiene instrucciones respecto a mí, probablemente. Y yo sé también lo que tengo que hacer.

Estuvieron un rato sin hablar. Mastreta fue a ver a Patricia, que cada vez que le notaba cerca sonreía ligeramente haciendo un esfuerzo. Luego se abandonaba otra vez a una especie de trance en el que estaba atascada, durmiendo la mayor parte del tiempo, tranquila a ratos, angustiándose en otros, mascullando palabras inconexas. A veces volvía en sí y hablaba con sentido, pero era peor porque se sentía culpable, y se dormía entonces esperando no volver a despertarse jamás. Mastreta no podía sacarla de ahí. La luna estaba baja y su luz entraba por la ventana palideciendo a ambos como si estuvieran muertos.

En la sala, a tientas, sobre la mesa, Frederika preparaba algo de comer. Lo mismo que al mediodía, zanahorias, apio, cebollas, acelgas y ajos, todo en una olla con agua del pozo. Mastreta la ayudó. Ella usaba un pequeño cuchillo que había encontrado en un cajón para limpiar las zanahorias. Mastreta miraba sus manos, que eran solo sombras. Buscaron algo frente a él, unos ajos, y él le cogió la mano en la que sostenía el cuchillo.

—Tenga cuidado con eso —dijo.

Ella lo dejó caer sobre la mesa y entonces, espontáneamente, él entrelazó sus dedos con los de ella. Tenía las manos sucias, como él. Mastreta quiso decirle algo con el contacto, pero no podía ver su rostro, que estaba demasiado oscuro. Sin embargo, no le hacía falta, era consciente de que nada sería suficiente, tampoco para ella. Su esfuerzo iba a ser inútil. Pero, a pesar de todo, algo en él anhelaba aquel contacto y sentía, solo con un hilo de energía, que era un anhelo recíproco. Frederika le veía a contraluz, rodeado por la luz de las llamas que eran ahora impetuosas. Al contacto de su mano, derramó una lágrima sabiendo a ciencia cierta que esta era invisible para él. Separaron sus manos y siguieron cada cual con lo suyo, conscientes de que ese momento no podía significar nada. Fue muy breve, tanto que quizá no ocurrió. Pusieron la olla sobre el fuego, que chisporroteó lanzando minúsculos fulgores sobre sus pies. Eran sus mejores momentos, cuando algo les tenía ocupados y ambos se centraban en hacer bien las cosas, las tareas más sencillas. En ese quehacer se escudaban ocultando lo que sentían y lo que estaban obligados a sentir, comprendiendo que estaban en

un paréntesis grato y extraño lleno de contradicciones. Comieron en silencio e hicieron comer a Patricia. Todo en la oscuridad. Mastreta le dijo que se tumbara junto a Patricia y ella obedeció. Él se sentó en las escaleras de la cabaña escuchando el rumor del viento y fumando un cigarrillo, y al poco se sentó en la mecedora. Durmió apenas un par de horas. Al amanecer se levantó y, como si llevaran relojes sincronizados, Frederika apareció en la sala. A esa hora, el fuego llevaba rato muerto y hacía frío otra vez.

—No podemos esperar más —dijo Mastreta.

Frederika se alegró de no haber tenido que ser ella quien lo dijera. Se prepararon. Fuera había niebla, aunque el claro permanecía limpio, como una burbuja. Todo estaba húmedo. Ella caminaba por la hierba alta con su traje de noche sin mangas, bañada por la luz amarilla del amanecer que llegaba dispersa por la niebla. Mastreta quiso hacer una broma, pero se contuvo. Antes de marchar, ella le hizo las curas a Patricia y luego, cuando se las iba a hacer a Mastreta, él se negó. Metieron a Patricia en el coche y arrancaron. Creyeron que debían aprovechar la niebla antes de que se levantara. Patricia, en el asiento trasero, farfullaba. Salieron al camino. Frederika conducía con mucha cautela para evitar que Patricia fuera dando tumbos. La vigilaba constantemente a través del retrovisor. Mastreta, con el plano que había hecho la mujer de Uribe, iba guiando. Encontraron el empalme, que era un camino muy estrecho y sombreado lleno de ramas que iban golpeando el parabrisas, y de pronto desembocaron en la carretera que iba a Tolosa, en ruta a Vitoria. Enfilaron hacia el sur. La niebla se había levantado y brillaba un sol atenuado. Estaban ya cerca de Hernani, con lo que habían dejado ya atrás los controles que pudiera haber a la salida de San Sebastián. Se acercaban a Astigarraga y frente a ellos apareció como de la nada una señal que anunciaba que estaban a poca distancia de la carretera hacia Rentería, Irún y Francia. Entraron en el pueblo buscando el cruce. En la plaza había dos camiones de transporte de tropas y, a su alrededor, una cincuentena de soldados tomaba perezosamente el sol. Un capitán cruzó frente a su coche dando gritos a los quintos, que se veían muy jóvenes y poco disciplinados. Llevaban camisolas limpias

todavía, bien planchadas, y no sabían cómo sostener los fusiles. Frederika tuvo que pararse ya que la mitad de los hombres invadía la calle. Un par de ellos, rezagados, la vieron al volante y le sonrieron, lozanos e incontenibles en su juventud. El uniforme complementaba su carácter, fuera cual fuera, haciéndolos a todos más o menos iguales, con el mismo ímpetu varonil prestado. Piezas de una maquinaria, pensó Mastreta, hombres sin rostro, seres anónimos que prestaban sus cuerpos y sus almas. Se puso tenso porque el capitán se paró a mirar el coche. Frederika, en cambio, sonreía divertida, bajó la ventanilla, los saludó y les dijo que tuvieran cuidado y les deseó buena suerte. Gracias a ello, nadie se fijó siquiera en Mastreta y en Patricia. Arrancaron nuevamente con estrépito, con demasiadas revoluciones.

—Prefiero hacer ruido a que se me pare el coche aquí en medio —dijo Frederika.

Poco después encontraron el desvío hacia Rentería. Había muy pocos coches. A media mañana entraron en la ciudad y la cruzaron vertiginosamente. A las afueras había una posada solitaria. Mastreta bajó y compró bocadillos y caldo, que se llevó en una cantimplora de hojalata. Compró también una botella de vino. Siguieron adelante, hasta un solitario camino de tierra que se hundía en el bosque, por el que se desviaron conduciendo hasta un claro. Allí comieron y consiguieron que Patricia, sin despertarse del todo, se bebiera la mayor parte del caldo. Después, Frederika caminó por los alrededores. Hacía mucho sol. Paseando entre la hierba alta, parecía una imagen irreal, con su vestido sin mangas, con el cabello suelto, del mismo color que la luz del sol, que se embarullaba con la brisa alrededor de su cabeza. Si se hubiera topado con un lugareño, este habría creído que había tenido una alucinación. Mastreta la observaba desde el coche, bebiendo vino. La voz de Patricia le sobresaltó. Se había incorporado ligeramente y miraba lo mismo que Mastreta.

—¿Dónde estamos? Parece un sueño —dijo.

Mastreta le lanzó una sonrisa espontánea.

—¿Estás mejor?

—Tengo calor, pero estoy temblando.

—Tienes que pasar más tiempo despierta. Ya está bien de ser tan perezosa, hay que hacer funcionar esa cabeza otra vez.

—No sé.

Mastreta le ofreció un poco de caldo, pero ella negó con la cabeza.

—Es una mujer muy bella —dijo Patricia con un hilo de voz.

La observaron los dos.

—Tan bella como mala —masculló Mastreta.

—Eso depende de cómo se mire. No lo es para los suyos, no lo era para Mihail, que la quería. Por su carta parecía ser un buen muchacho. —Mastreta encendió un cigarrillo. Patricia cerró los ojos—. Si siguen fumando tanto aquí adentro, me voy a ahogar —dijo ella.

Mastreta apagó el cigarrillo. Patricia se había tumbado otra vez y pareció dormirse. Sin hacer ruido, él salió del coche. La hierba en el claro, todavía de un color verde oscuro, le llegaba hasta la cadera. Caminó hasta donde empezaba el bosque y se tumbó a la sombra de un árbol. Sacó su libreta y su lápiz y garabateó la imagen que tenía a la vista, el claro rodeado de árboles, el coche inclinado en el camino, el cielo blanquecino por el que se filtraba la luz del sol. Frederika se le acercó sin que se diera cuenta y se tumbó junto a él.

—Es un hermoso país —dijo Frederika—. ¿De qué parte es usted?

—De Barcelona. Pero usted ya lo sabe. —Ella no dijo nada—. Sería conveniente comprarle algo de ropa.

—Pagaría lo que fuera por poder lavarme.

Ambos estaban muy desaliñados. La ropa arrugada y manchada, las manos sucias, él con un principio de barba, ella con el cabello desordenado.

—¿Qué está dibujando?

—Nada en concreto.

—Se le da bien. ¿Se dedicaba a eso antes de la guerra?

—No. ¿Eso no estaba tampoco en el informe? —Ella sonrió levemente, otorgando—. ¿Va a seguir por ahí? —dijo Mastreta con voz ronca.

Él había traído consigo la botella de vino y bebió un largo trago. Lo hizo de un modo tan bruto que se le derramó gran parte sobre la camisa. Ella le pidió la botella con un gesto y bebió también.

—Hum... Mucho mejor que el vino que tenía usted en su habitación.

—Cualquier cosa es mejor.

—Consiguió engañarme, ¿sabe? —Él carraspeó escéptico—. No tengo motivos para mentirle. Me pilló con la guardia baja —admitió ella.

—La creo. Pero me pregunto por qué me lo cuenta. Yo también tuve a disposición informes sobre usted.

Ella rio, aunque asqueada.

—No hay remedio para nosotros. —Ella le miraba intensamente y habló muy despacio—: Podría decirle que en estas semanas solo he sido feliz junto a usted, podría decirle que lloré en silencio cuando le creí muerto, que sentí un vacío que no quise reconocer, que no quise explicarme. Podría decirle que cuando le vi otra vez hace dos noches me saltó el corazón con una fuerza que no había sentido nunca. Podría incluso entregarme a usted en este lugar tan hermoso y seguiríamos sin confiar el uno en el otro.

Mastreta se sonrojó y miró a otro lado para ocultarlo.

—Han hecho de nosotros un par de infelices —dijo.

—Acérquese a mí.

—Tenemos que seguir o se nos hará de noche —dijo él, aunque no se movió. Bebió vino como si con ello pudiera desviar sus pensamientos. Ella le pidió la botella con un gesto y él se la entregó evitando mirarla.

—¿Tan terribles eran los informes sobre mí? —Bebió un largo trago—. ¿Le doy miedo?

—No pienso en usted.

—¿Por qué?

—Porque no soy estúpido.

—Míreme. Solo soy una mujer en traje de noche. —Se rio—. Sabe, echo de menos a Juan Hernández. A saber qué estaría haciendo ahora ese loco cineasta en este lugar tan perfecto. ¿Qué

queda de él en usted?

—Cállese, ¿quiere?

—Solo intento salvarnos a los dos.

—¿Cuánto lleva preparando este momento? ¿Eh? ¿Desde anoche? ¿Desde que huimos de San Sebastián? ¿Qué no haría para salvar su vida?

—No nos dé por perdidos todavía, por favor. Acérquese a mí. —Mastreta se levantó con intención de alejarse. Ella se levantó a su vez y se puso junto a él—. Dígame, ¿qué haría Juan Hernández ahora?

—No diga estupideces.

Mastreta fijaba la vista en la distancia, en el coche, pero Frederika alzó su mano hasta su mejilla y condujo su cara hacia ella. Se reclinó sobre él alzando sus labios, acoplando su cuerpo, y Mastreta la besó al fin. Fue un beso impetuoso de inicio, y luego más tierno, y al final se volvió ansioso, como si no fuera capaz de colmarles y se desesperaran por ello.

—Dejemos de odiarnos por un rato —dijo Frederika—. Solo durante un día.

Entonces ya no tendrá remedio, pensó Mastreta. Y la atrapó en sus brazos.

25

Guzmán apagaba cigarrillos en el pecho de Del Río. Sin pretenderlo, había formado con los pequeños círculos de piel quemada algo parecido a una cara sonriente y, al verlo, se entretuvo en perfeccionarla. Ensanchó la línea de la boca, hizo una serie de tres nuevos círculos a cada lado a modo de orejas, y estuvo un buen rato configurando el cabello que, hecho de puntos, parecía el pelo rizado de un africano. De este modo, tardó un día en conseguir que dijera algo. No parecía muy importante, ya estaban tan diezmados que no había nada que contar. Hasta el final.

Del Río, ya fuera porque le parecía demasiado fácil de comprender cuando nunca lo era, porque seguía soñando con Irina y tenía aún una brizna de esperanza de que no fuera solo una invención, o porque después de haber salido ileso de Salamanca se creía inmune, tocado por una gracia que le hacía inmortal, había decidido echar un vistazo en el camino de Uba, a medianoche. Luego, esa misma noche, si la cita efectivamente no tenía lugar, si, como preveía, todo había sido un engaño, saldría de la ciudad, para lo cual ya había hecho gestiones. Oculto en los alrededores del camino, pasó el tiempo sin que nada ocurriera. Finalmente, se había confiado y como si fuera un novato terminó por dejarse ver. Y así le habían aprehendido dos jóvenes e inexpertos soldados que, a punta de fusil, vestidos de perfecto uniforme, habían surgido tropezándose de entre la maleza dándole el alto a voz en grito. Les había camelado contándoles un cuento de por qué estaba allí, pero aquellos quintos tenían instrucciones muy sencillas, así que, aunque se habían creído todas las excusas que había dado mientras los tres se fumaban un cigarrillo, y aunque si por ellos hubiera sido le habrían dejado marchar, tuvieron la cautela de conducirlo a la comandancia, por si acaso, ya que sus órdenes eran tajantes. Allí

ya se le iba estrechando el margen, cayó en manos de un sargento muy aplicado en lo suyo y enseguida comprobó que había mentido, y de allí había aparecido un capitán altanero que puso a dos hombres a identificarle. Al amanecer habían averiguado quién era y, después de encerrarlo en una celda, recibió la visita de un hombre alto, de piernas y brazos largos, con la cara tan bien tallada como la de una estatua griega de piedra. Había oído hablar de Guzmán, pero nunca le había visto, el servicio secreto republicano no tenía fotos, solo había rumores, terribles historias que circulaban entre los agentes. Al poco rato supo con certeza que era él.

Un día después, Del Río, ya muy castigado, incapaz de soportar más dolor y viendo que la muerte no llegaba nunca, le habló de Juan Hernández, con quien se había reunido hacía muy poco, estando Hernández herido de un balazo en la espalda.

26

Cuando Frederika paró el coche en el puerto, a una calle de la casa de Uribe, dos noches atrás, después de que Juan Hernández saltara del vehículo dejándola sola, estaba sin aliento, inmóvil frente al volante, sopesando la situación. Pensó que Hernández, herido, la necesitaba para conducir y que era mejor opción seguir con él para salir de la ciudad que andar sola en la noche cuando ya Benítez habría dado la alarma por su huida. Hernández tendría seguramente órdenes respecto a ella, pero pensó que, de algún modo, podría dominarle porque nadie, ni siquiera ella, podía ocultar la afinidad que había nacido entre ellos, porque ninguno de los dos podía haberla fingido, nadie era tan desalmado ni tan inalterable ni tendría el alma tan congelada. Pensó también, un segundo después, que era un error creer eso, ya que su inclinación inevitable hacia él sesgaba su criterio para no dejarla ver lo que quizá otro con la mente fría descubriría al instante. Aun así, se sintió confiada en que podría manejarle, seduciéndolo si hacía falta, entregándose a él. Unos golpes la sobresaltaron. Había un hombre junto al coche, inclinado sobre la ventanilla. Bajó al reconocerle. El chófer de la embajada resoplaba, aunque con una sonrisa satisfecha en la cara. Había conseguido encontrarla siguiendo los ecos del ruido del coche, en el silencio de una ciudad vacía en toque de queda.

—Cuando venga le golpearé y le dejaré fuera de combate —dijo el chófer.

—Él tiene la pistola. Y no es estúpido. Además, ha ido en busca de alguien. Puede que no regrese solo.

—Necesitamos el coche para que pueda sacarla. Ya se ha dado el aviso. En el hotel había mucho barullo.

—¿No puede arrancarlo sin la llave?

—Necesitaría tiempo.

Frederika daba vueltas pensando. Oyeron un camión que se acercaba y se cobijaron en la oscuridad de un portal. El camión pasó por la misma calle, lleno de soldados cabizbajos, posiblemente soñolientos, que se mecían todos al unísono con el traqueteo. El camión se alejó, pero oyeron su ruido durante mucho rato todavía.

—¿Y el piso franco? —dijo el chófer en un susurro.

—No es seguro. Los militares podrían conocerlo.

—¿Está segura de ello? —Frederika no contestó. El chófer propuso—: Me ocultaré aquí y usted le distraerá. Voy en busca de una piedra. —Hizo ademán de irse, pero Frederika le retuvo.

—Ya le he dicho que no es estúpido.

—¿Qué hacemos entonces?

Oyeron una puerta que al cerrarse tembló, y luego unos pasos presurosos.

—Escúcheme bien —dijo ella muy deprisa—. En las afueras de Irún hay una casa oculta en un bosque, muy cerca de la frontera. En la embajada conocen el lugar. Me las arreglaré para que tengamos que parar allí. Mañana por la noche, o a la noche siguiente.

—Venga conmigo.

—Puedo manejarle. Seguro que él tiene algún plan para salir. Nosotros ya no lo tenemos. Recuerde, mañana, o a lo sumo pasado mañana.

Sin decir nada más, el chófer se fundió en la noche dejándola sola justo cuando Mastreta aparecía con Uribe, quien llevaba en brazos a Patricia.

27

Frederika Heinz tenía veintisiete años, no había nacido cerca de Augsburg, sino en Leipzig, su padre no había muerto todavía y guardaba recuerdos de todas las etapas de su vida, de sus veranos infantiles en el Báltico, de su adolescencia en varias ciudades europeas, entre ellas Madrid, de su regreso a Alemania ya como una mujer independiente y hambrienta de vida. Después, en los últimos años, había sido entrenada para mentir, y había tenido que pasar tanto tiempo haciéndolo que, a veces, las mentiras habían generado recuerdos en ella que, en ocasiones, llegaban a confundirla brevemente. Necesitaba un momento para saber con certeza si un recuerdo era real o no. Él había dicho hacía solo un rato que habían hecho de ellos un par de infelices, y Frederika pensó que tenía razón. Con el paso del tiempo, se preguntaba a menudo los motivos por los que se había entregado a aquella vida, y le costaba enumerarlos, cada vez más, hasta que un día no supo decirse ninguno. Cuando eso pasó, funcionaba ya por inercia, atascada en su propio personaje. Desde entonces, sus satisfacciones, sus frustraciones, sus miedos, sus alegrías, eran gestos irrelevantes en un estrato intermedio que no hacía mella realmente. De algún modo sabía, sin tomar, sin embargo, consciencia de ello, que quedaba a la vista muy poco verdadero de sí misma.

Cuando Mastreta la besaba, junto a los árboles, en un extremo del claro, era rudo. No lo planeó, pero sintió la necesidad de escarbar en ella, porque de otra forma no era capaz de hallar satisfacción. Hubo en su encuentro una mimetización que, en busca de equilibrio, les exigía a ambos por igual, en simetría, no pudiendo de ningún modo avanzar uno sin el otro. Y en ese proceso consiguieron alcanzar una hondura muy cercana a la

verdad.

Ella se movía después, arreglándose el vestido, con mucha parsimonia, incapaz de pensar en nada que no fuera inmediato, que no estuviera presente a su alrededor. Mastreta, detrás, pasaba su mano por sus hombros, quitándole la hierba que había quedado pegada a su piel. Ella se dio la vuelta. Mastreta estaba serio, pero sus ojos sonreían, ella se colgó de su cuello y le besó tiernamente, hasta que él se quejó de una punzada en el hombro. No le había hecho la cura ese día. Volvieron al coche caminando entre la hierba, en un espacio que al caer el sol había cambiado por completo y que era ahora, casi en la sombra, más fresco, más bello aún, más cerrado y al mismo tiempo impreciso como si fuera una nube color verde oscuro que invadía los sentidos y suavizaba el ánimo y, por ende, los gestos. Ella le quitó el vendaje al llegar al coche, le aplicó un buen chorro de desinfectante y le vendó de nuevo la herida. Lo hizo lentamente, regocijándose en el contacto, como una adicción momentánea. No eran capaces de despegarse, las manos de ella ennegrecidas ligeramente de tierra y húmedas de desinfectante, y las de él, grandes y temblorosas, con las uñas sucias, ambos como labriegos. Ella le ayudó a ponerse la camisa. Hacía calor aún, estaban sedientos de agua, bebieron y Mastreta vertió un chorro en su cara y en la de ella.

Patricia dormía. Mastreta le tocó las mejillas y la sintió tranquila. Salieron otra vez a la carretera. Apenas hablaban. Encontraron muchos vehículos militares, de modo que decidieron seguir por carreteras secundarias. Frederika condujo en silencio. Mastreta no podía dejar de mirarla, fingía atención en las señales de la carretera, en lo que acontecía en los pueblos por los que pasaban tan rápidamente como podían, pero al poco sus ojos se posaban de nuevo en ella, que lo notaba al instante sin remedio y en su interior no podía ocultarse su propio gozo.

Al final de la tarde apareció la primera señal anunciando la ciudad de Irún. Apenas veinte kilómetros. Ella se puso tensa, y él lo notó. Había algo ahora que les conectaba.

—Patricia tiene que comer —dijo Frederika.

Mastreta asintió con repentina tristeza. Pararon otra vez en la

posada más apartada que encontraron. Dudó un segundo, pero esta vez, al bajar del coche, no se llevó las llaves. Estuvo mirando desde la ventana de la posada mientras esperaba y regresó enseguida con las provisiones. Oscurecía y había empezado a refrescar. Mastreta se sentó detrás con Patricia para intentar que comiera algo mientras Frederika conducía.

—¿Dónde estamos? —dijo Patricia.

—Muy cerca de Francia. Entonces podremos llevarte a un médico. Ya casi lo hemos conseguido.

Ella bebió caldo. Con el movimiento del coche se le derramaba buena parte. Mastreta la sostenía con sus brazos. Patricia estaba muy pálida, con los ojos a ratos perdidos, yendo y viniendo, diciendo cosas sin sentido.

—¿Cómo hemos acabado aquí? Echo de menos mi calle, mi casa, mis cosas, las prefiero a mi propia vida... Apareció de la nada, en el pasillo, junto a la marina que me regaló mi padre siendo niña, te lo juro, no pude evitarlo.

—Está bien. Come algo. Un poco más.

—Ella es una buena chica... Me cae bien... ¿La viste bailar aquella noche? Está buscando algo y no lo encuentra... —Frederika, que prestaba más atención a lo que decía Patricia que a la carretera, sintió un nudo en la garganta. Miraba por el retrovisor, pero atrás todo estaba oscuro—. Fue aquel día cuando el monstruo me vio, seguro que fue ese día... No me mataba, ¿comprendes? Y pasaba el tiempo y seguía allí en aquella pesadilla... No le dije casi nada, solo un poco... Te lo juro... Ella, ella no te odia, lo he visto... Si alguien tiene que morir, que sea yo, ¿de acuerdo? Que sea yo... Nadie más que yo... Dime que lo has entendido, por favor..., dime que lo has entendido.

—Te lo prometo. Lo he entendido. —Se quedó tranquila y bebió. Luego se adormeció. Mastreta estaba ahora asustado—. Ha empeorado —dijo—. Al mediodía todavía hablaba con sentido. No debimos dejarla sola, no debimos pasar tanto rato allí...

Frederika no fue capaz de decir nada. E inmediatamente después, él se arrepintió de lo dicho y tampoco fue capaz de decir nada. Al cabo de un rato encontraron un cruce y Frederika

disminuyó la marcha.

—Tenemos que parar. —Ya estaba oscuro y había encendido los faros—. Tiene que descansar o no sobrevivirá.

Para Frederika fue una suerte que Mastreta se sentara atrás. Todo lo que pasaba por su mente y no podía controlar afloraba en ella, pero permanecía invisible para él. En lugar de seguir recto hacia Francia, se desvió a la derecha por una estrecha carretera. A un par de kilómetros había un desvío hacia el sur, un camino de tierra fangoso y empinado. Mastreta apenas reparaba en la conducción, pero el traqueteo llamó su atención.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Busco un lugar para parar.

—¿Vas a parar en un camino en medio de la nada?

Ella aguantó sin responder durante los doscientos metros que tardaron en tener a la vista una casa vieja que parecía abandonada. Los faros la iluminaron. Ella paró el coche, pero dejó los faros encendidos. Se hizo el silencio. Mastreta iba a bajar, pero se detuvo. Desde el asiento de atrás, avanzó hasta Frederika y tomó suavemente su rostro.

—Perdóname. —Ella le miraba sin poder evitarlo—. Creo que... —dijo Mastreta, algo tímido, pero entonces habló con firmeza—: Tú eres el final del camino para mí. No tengo miedo, nada más me importa, ¿comprendes? Ya no puedo ver más allá de ti. —Le dio un beso que se alargó más de lo esperado.

—Quédate con Patricia —dijo ella intentando mantener firme su voz—. Voy... voy a ver cómo está la casa.

—Espera...

Ella bajó del coche y corrió hacia la casa. Mastreta la miraba sin comprender. Los faros la iluminaron hasta que entró y la perdió de vista. Se dio cuenta entonces de que algo no iba bien. Pasó al asiento delantero y apagó las luces. Quedó todo en una oscuridad pesada. Le pareció oír el rumor de algo impreciso, acaso unas voces, acaso el simple roce de la ropa en un hombre al moverse o de unos pies cautelosos al pisar un suelo lleno de polvo. Encendió los faros solo durante un instante, que irrumpieron en la noche como un fogonazo, tiempo suficiente para ver brillar una cara en

una de las ventanas, la de un hombre dentro de un abrigo. El rumor se hizo mayor y Mastreta salió del coche empuñando la pistola, caminando intuitivamente en la oscuridad, pero antes de llegar a la casa oyó un coche arrancar. El ruido venía del otro lado del edificio y de inmediato creció abruptamente, roncando. Vio solo luces aparecer proyectándose hacia el bosque, y entonces se movieron. El coche salió como un espectro, cruzando a cincuenta metros de él, desde la casa hasta un camino hasta entonces invisible que se perdía en el bosque, en el otro extremo. Mastreta regresó corriendo al coche y arrancó tratando de seguirlo. Veía sus luces traseras entre los árboles, avanzando muy deprisa, como precipitándose cuesta abajo sin control. La pista era muy sinuosa y abrupta, y cerca estuvo de salirse en una curva que se cerraba más de lo que podía adivinarse. Patricia gimió detrás de él. Tuvo que pararse. Se había caído del asiento al suelo del coche y respiraba como si se estuviera ahogando. Delante de él, todavía divisó un punto de luz roja que se desplazada zigzagueando en la nada, hasta que se apagó como una chispa que hubiera saltado del fuego.

28

Cuando Frederika entró en la casa, tres hombres esperaban dentro. No los conocía. Uno de ellos estaba junto a la puerta empuñando un arma.

—Debería haberle hecho entrar primero a él —susurró enfadado uno de los hombres en alemán.

Ella les hizo señas de que la siguieran al fondo con cautela. Se miraron entre ellos sin comprender. Eran fornidos, iban con abrigo y sombrero. La siguieron dos de ellos y el tercero, el que llevaba el arma, se quedó entre la puerta y la ventana, ya que solo tenía una cosa en la cabeza y no oía nada, como haría la mayoría de hombres antes de matar a alguien. Entonces se apagaron las luces del coche.

—Se ha dado cuenta —dijo uno de los que estaba con ella, el que estaba al mando—. Joder. Ahora tendremos que salir a por él.

—No hace falta matarlo —dijo Frederika—. ¿Dónde está el coche?

—No vamos a dejarle ir.

—He dicho que nos vamos. Ahora —ordenó ella con firmeza.

Una ráfaga de luz percutió sobre ellos y se extinguió al momento. Quedaron deslumbrados.

—Mierda. Creo que me ha visto —dijo el hombre de la pistola retrocediendo a tientas.

—Vámonos. Es demasiado peligroso. Yo respondo de esto —dijo Frederika.

Los otros, viendo la situación fuera de control, no dijeron nada más y la condujeron a una puerta trasera. El jefe del grupo se resistía a salir, pero lo hizo al fin. En el coche, se sentó con Frederika en la parte de atrás. Arrancaron y salieron disparados hacia el bosque.

—Creo que intenta seguirnos —dijo el que iba al volante.

Frederika se volvió a mirar. De vez en cuando, las luces del coche de Mastreta se alineaban brevemente con ella, que tenía un aspecto encendido e intenso, muy rojos los labios, muy blancas las mejillas, muy azules los ojos, como si quisiera proyectar también algo, dejando una estela tras de sí. Pero la luz se perdió tras los árboles y solo quedó el camino que se cerraba en la oscuridad.

Uno de los hombres, el que se sentaba atrás con Frederika, tocó al conductor en el hombro. Este apagó las luces y paró el coche en el camino. Nadie dijo nada, escuchaban. El conductor se frotó la cabeza y bajó la ventanilla. El que se sentaba junto al conductor encendió un cigarrillo. Estaba tenso otra vez. Le colgaba el cigarrillo de los labios mientras comprobaba su pistola. Bajó del coche y se perdió en el camino.

—Ve con él —dijo el jefe al conductor.

El otro obedeció y salió. El primero de los hombres caminaba con cautela. Se percató de súbito de que llevaba un cigarrillo en los labios y lo lanzó de inmediato. El otro le alcanzó. Sacó también una pistola. Aunque andaban con tiento, sus pasos crepitaban ligeramente sobre el camino pedregoso. Había en el aire un aroma a bosque húmedo que se mezclaba con el olor a polvo. El camino era muy estrecho. Antes de enfilar una curva, vieron una luz difusa. Al asomar, descubrieron el coche parado en oblicuo, con los faros apuntando al bosque. Esperaron ocultos. Vieron a Mastreta bajar del coche y meterse en el asiento trasero. Se adentraron en los aledaños del bosque, en el lado opuesto a donde apuntaban los faros para avanzar sin ser vistos. Entonces, a sus espaldas, sobresaltándoles, sonó el claxon de un coche durante unos segundos.

Frederika le había pedido un cigarrillo al jefe del grupo y cuando este metió su mano en el interior del abrigo, ella se había escurrido rápidamente hacia delante y había accionado el claxon, que irrumpió irracionalmente haciendo un ruido atronador. El hombre sacó su mano del abrigo derramando cigarrillos y agarró a Frederika del brazo. Luego le dio un golpe en la mejilla tan fuerte que quedó inerte. Tiró de ella y la depositó de malos modos en el

asiento trasero. La miró con rabia y agarró su cuello con la mano enguantada. Ella abrió los ojos lentamente, primero muy poco, aturdida, pero al notar que le faltaba el aire, los abrió con desmesura.

Los dos alemanes, con sus pistolas en mano, pararon su avance al oír el claxon, cautelosos. Cuando cesó, el primero hizo un gesto decidido y saltando al camino empezó a disparar a ciegas contra el coche, a la parte de atrás donde habían visto meterse a Mastreta. El otro le imitó. Hicieron entre los dos una decena de disparos que reventaron los cristales y llenaron de agujeros las puertas. Pero Mastreta, justo antes, al oír el claxon, sin haber visto aún a los dos hombres, se había agachado instintivamente escurriéndose entre las ruedas, pistola en mano. Recibió entonces la lluvia de balas, que venía del otro lado del camino. Angustiado, cogió del brazo a Patricia y tiró de ella dejándola en el suelo. Los tiros no cesaban. Se arrastró entre el polvo invisible hacia la parte delantera, y entonces vio los pies de los dos hombres que avanzaban hacia él. Se pararon a tres metros del coche. Uno de los hombres lo rodeó por la parte trasera. Mastreta retrocedió hacia el bosque, sin embargo, se hizo muy visible, ya que los faros le iluminaban directamente como iluminarían un ciervo. Pero algo distrajo la atención del hombre que venía a por él: vio a Patricia en el suelo. En esa fracción de tiempo, Mastreta se ocultó en unos matorrales. El otro alemán, el que había permanecido alejado del coche, percibió el movimiento en el bosque y se agachó tras el coche. Mientras, el primero, de pie junto a Patricia, le apuntó a la cabeza. Ella había vuelto en sí. Respiraba muy deprisa mirando la sombra que se abatía sobre ella. Mastreta, aún deslumbrado por la luz, vio el perfil del hombre con el brazo extendido hacia el suelo y comprendió lo que iba a pasar. Dispararon al mismo tiempo, del extremo del brazo del alemán surgió un fogonazo y, casi al instante, el hombre cayó fulminado hacia atrás. El disparo delató a Mastreta y el tipo que se ocultaba tras el coche emergió disparando sin parar hacia la luz. Los tiros resonaban en el bosque. Mastreta había tenido tiempo de ocultarse tras un árbol, rodeado de luz cegadora. El tirador no era preciso, disparaba a bulto. Se detuvo y

cambió el cargador, ocultándose. Era cauteloso en extremo. Como no podía ver a Mastreta, se metió en el coche por el lado del copiloto, lo puso en marcha y retrocedió. Lo hizo muy deprisa. Las luces iluminaban entonces una parte mayor de bosque. Mastreta estaba cegado, se vio acorralado. Pero entonces le ubicó y actuó por un impulso, salió del bosque hacia el coche, frente a la luz. El otro le vio delante de él y creyó que le tenía, cambió de marcha y se lanzó contra Mastreta. Pero este no vaciló, plantado ante el coche, levantó el brazo e hizo un único disparo a ciegas hacia el asiento del conductor. En el parabrisas apareció un agujero. El coche dejó de roncar, se quedó al ralentí, y se precipitó lentamente hacia él, que se apartó hacia el bosque, fuera de la proyección de luz de los faros. El vehículo ganó velocidad, salió recto de la carretera y se incrustó contra un árbol. Quedó a unos metros de Mastreta, que se acercó con la pistola por delante. Abrió la portezuela. El alemán tenía un tiro en medio de la frente. Corrió entonces hacia atrás. Las luces traseras iluminaban muy tenuemente dos cuerpos tumbados en la carretera. Estaban planos, pegados al polvo, acomodados como moldes al suelo bacheado. Se inclinó sobre Patricia. Tenía el tiro en el corazón.

En el otro coche, el jefe del grupo de los alemanes había dejado de apretar el cuello de Frederika al oír los disparos. Tras la primera secuencia de tiros, esperó unos segundos y por fin sonrió satisfecho. Se incorporó y bajó del coche. Entonces oyó dos detonaciones más casi al mismo tiempo, y enseguida una nueva secuencia de disparos. Después, un ruido confuso y una nueva detonación que resonó permaneciendo en el aire, proyectándose el sonido como algo aterrador. Luego un ronroneo, un fragor, un golpe y el silencio. Sin más dilación, se sentó al volante y arrancó el coche, pero antes de ponerlo en marcha notó una punzada en el cuello. Frederika, tumbada en el asiento trasero, había ido escuchando también los disparos, y cuando acabaron, sintió en el alma una ráfaga de aire, como si hasta entonces hubiera seguido sintiendo que la estrangulaban y ahora ya pudiera tomar aliento. Oyó sentarse delante al hombre y poner el coche en marcha. Buscó el bolso a tientas por el suelo. En él había escondido el pequeño

cuchillo que halló en la cabaña de las afueras de San Sebastián, con el que peló cebollas y zanahorias. Sin pensárselo dos veces, lo cogió, se incorporó y se deslizó hacia el otro lado desde el asiento de atrás. Era un cuchillo pequeño, inofensivo en apariencia, pero era cuestión de saber emplearlo. Lo hizo muy deprisa, sin mediar ni una palabra, sin hacer ningún ruido, bastaba asestar el golpe en el punto exacto. Una punzada letal que seccionara la yugular. El hombre, al sentirla, no creyó que fuera gran cosa. Un aguijonazo muy breve, un golpe concentrado que al cabo de un momento dejaba de doler, pero tras el cual se sintió mojado, empapado de líquido con olor a herrumbre, y notó un creciente mareo y una fatiga sin origen alguno. Se dio cuenta entonces de que del cuello le brotaba un chorro incontenible, y se tumbó de costado, incapaz de pensar en nada concreto, solo que se estaba yendo, hasta que se ennegreció todo a su alrededor. Frederika apagó el contacto del coche y puso el freno. Bajó y caminó a oscuras camino arriba. Tenía las manos manchadas de sangre y al recogerse los brazos para darse calor se los manchó también, al igual que el vestido.

Mientras, Mastreta sacó al alemán del asiento y se sentó al volante. Puso marcha atrás y el coche se movió. Hacía un ruido desmesurado y pedregoso, como si corrieran piedras por su interior, de algún lugar se oía el silbido de una fuga de vapor. Consiguió regresar a la carretera. Solo funcionaba uno de los faros. Fue descendiendo por la carretera, el coche perdía energía. Le temblaban las manos y sentía que le costaba respirar. A unos cincuenta metros apareció una figura ensangrentada frente a él. Apretó el pedal del freno y el coche derrapó, deteniéndose al fin. Frederika estaba cegada por la luz, temblando. Mastreta bajó y fue hacia ella, que veía un perfil solamente y durante un momento contuvo el aliento. Empezó, al reconocerle, a llorar en silencio, se tambaleaba y Mastreta la atrapó creyendo que iba a desplomarse. Sin embargo, ella estaba firme, enseguida se enderezó. Él le preguntó si estaba herida. Ella negó con la cabeza mirándole muy intensamente, y como si tuviera mucha prisa, como si fuera algo que de demorarse podía desvanecerse o estropearse, alzó su cara y le besó con toda la fuerza que le quedaba.

Mastreta no quiso dejar a Patricia tirada en la carretera. Frederika no discutió. Había una pala en el maletero del coche. Caminó entre los árboles hasta un ensanchamiento en el que se aplanaba la pendiente. El lugar era muy húmedo, el suelo estaba cubierto de musgo. Se oía un arroyo cercano. A ciegas, Mastreta cavó un hoyo en la tierra blanda. Contaba las paladas mentalmente, como si cada una de ellas tuviera que tener algún sentido. Se cargó a Patricia al hombro. Frederika le seguía. La depositó con cuidado y la cubrió de tierra.

—No sé gran cosa de ella —dijo Mastreta.

—Yo creo que sí.

Ella conducía. Iban en el coche de los alemanes.

—No hablaremos nunca de todo esto. Acabamos de conocernos —pidió ella. En su tono de voz había una súplica.

—De acuerdo.

Llegaron a una carretera vacía. De vez en cuando se cruzaban con algún vehículo, lo cual, pese a su condición de fugitivos, resultaba confortante. Todavía resoplaban.

—¿Y ahora qué? —dijo Mastreta.

—Todo el mundo nos buscará. Aquí, en Francia, en Alemania. No hay lugar seguro en Europa.

—Pues será mejor que aprovechemos bien el tiempo.

Ella sonrió. Él también. Ella le lanzó una mirada franca y transparente y empleó una voz rota pero firme, impregnada de fuerza y de un hálito inequívoco de esperanza.

—Creo que ya es hora de que me digas cuál es tu verdadero nombre, ¿no te parece?

29

Descartaron cruzar la frontera por Irún. Fueron hacia el este por caminos. En Navarra, al amanecer, muy cerca de Francia, en los alrededores de un lugar llamado Erratzu, escondieron el coche en un paraje perdido, oculto en un bosque frondoso, muy cerca de una pista. Esperaron el tiempo necesario. Cuando apareció un lugareño lo interceptaron y lo metieron en el coche a punta de pistola. Le ordenaron que les llevara a Francia por algún camino de contrabandistas que no estuviera vigilado. La pista era infernal e iban dando tumbos. Al poco, en lo alto de una cresta, el camino hacía un quiebro y tras doblarlo apareció en un lado un mojón de piedra labrada. Cuando lo rebasaron, el hombre indicó que estaban en Francia. Mastreta le hizo bajar y, sin mediar palabra, siguieron adelante dejándole plantado en medio del camino. Recorrieron una cresta pelada y pedregosa que en algunos tramos era tan estrecha y bordeaba una pendiente tan profunda que Frederika iba tensa y silenciosa, muy despacio, estirando el cuello para medir bien sus maniobras. Salieron al fin a la carretera que recorría el valle, que era sinuosa, como el paisaje que aparecía en armonía a su paso, colinas boscosas y prados muy verdes que despertaban lentamente al despuntar el día. Tenían un sol de cara que resplandecía, cegándoles, reconfortándoles, apaciguando sus nervios que hasta entonces habían estado tan tensos. Un rebaño de ovejas les obligó a parar, los perros corrían de un lado para otro, gruñendo; era un rebaño muy grande que rodeó el coche por completo. Frederika miraba las ovejas por la ventanilla, tan tranquila ahora que pareció que se adormecía. Siguieron adelante, el valle era muy suave, y sin perder suavidad, se ensanchaba y estrechaba sin aviso, apareciendo caseríos silenciosos con grandes ventanas rojas que les contemplaban inmutables, como testigos de su paso, guardando el

secreto de su presencia. Frederika miraba hacia adelante, muy concentrada, temía dormirse al volante. Mastreta, en cambio, miraba hacia atrás, a la carretera vacía que el sol de la mañana iluminaba. El alto que habían sorteado al cruzar la frontera formaba una ladera despejada y robusta, una compuerta cerrada que guardaba sus espaldas.

30

Mastreta bajó al bar del hospedaje. El coronel Santos ya estaba allí, sentado en una mesa alejada de la barra. Iba vestido de paisano. A excepción del propietario, que leía el periódico, no había nadie más. Santos había llegado antes de la hora convenida. Mastreta se sentó con él y esperó a que el coronel empezara a hablar.

—Ha montado un buen sarao —dijo.

Mastreta se encendió un cigarrillo. Había decidido que mediría en extremo sus palabras. Aun así, tenía muchas preguntas que hacer y no estaba seguro de si sería capaz de mantener en todo momento la calma. El coronel, en cambio, dejaba ver en su cara una ligera satisfacción que no pretendía pasar desapercibida, como indicando que, a pesar de todo, se sentía ganador habiendo Mastreta regresado indemne, y que quería que él lo supiera.

—¿Se encuentra bien?

—Sí.

Sentía dolor todavía, pero podía mover el brazo casi normalmente. Llevaban una semana en un pueblo llamado Baigorri, a pocos kilómetros de la frontera. Era un lugar apartado y aislado en el que se sentían relativamente seguros. No habían hecho otra cosa que descansar, y Mastreta había tenido la oportunidad de rehacerse físicamente. Sin embargo, el reposo había activado otros mecanismos de dolor invisibles. La llegada del coronel le había puesto en alerta otra vez, lo cual tuvo un efecto anestésico inmediato en su mente y en su cuerpo.

—¿Dónde está ella?

Mastreta se levantó de la mesa y pidió cigarrillos. Se reclinó en la barra esperando. Cuando el propietario se los trajo, pidió un coñac, esperó a que se lo sirviera y regresó a la mesa.

—No puedo responder a esa pregunta. Perdí su rastro cuando

cruzamos la frontera.

—Ya. Tenga cuidado. Hay cosas que no sabe de ella.

—¿Por ejemplo?

—No es quien usted cree.

Mastreta se rio.

—Usted no sabe qué es lo que creo. En realidad, nunca lo ha sabido.

—En eso le doy la razón. Por eso ha resultado un agente tan competente. Yo era consciente de eso, desde el principio, créame. Por eso le escogí. Sabía que no podríamos controlarle del todo, que haría las cosas a su manera. Solo así podía salir bien.

—¿Salir bien?

—Sí. Mejor no podía salir. Tres agentes alemanes muertos en territorio rebelde. Y no me engañe, la mujer alemana está aquí, en Baigorri, es probable que en este mismo hostal.

Mientras el coronel hablaba, Mastreta se terminó el coñac de un trago. Hizo un gesto al propietario para que trajera la botella.

—Hay algo a lo que le doy vueltas —dijo—. Me lo preguntó alguien poco antes de morir.

—¿Qué es?

—¿Valía la pena? Todo lo que ha ocurrido, ¿ha sido útil a alguien?

—Por supuesto...

Mastreta, en un gesto muy rápido, agarró al coronel del cuello y lo estampó contra la pared que tenía detrás. El propietario, que llegaba entonces a la mesa con la botella de coñac, se detuvo prudentemente.

—Ya no estoy a sus órdenes, ya no soy su subordinado. Ya no tengo que escuchar su mierda. Más vale que no me hable como a un estúpido porque usted es para mí tan enemigo como cualquier nazi. —Le soltó y el coronel tosió llevándose las manos al cuello. Por su parte, Mastreta respiraba muy deprisa, con ansiedad, le temblaban las manos. Trató de acompasar el ritmo de su respiración fijando la vista en su copa, cabizbajo. Luego miró al coronel—. No se moleste en llamar a los hombres que le esperan en el coche —dijo entrecortadamente—. No le conviene que nos

liemos a tiros aquí, en Francia.

El coronel carraspeó y se tragó la ira a la vez que inspeccionaba a Mastreta. La angustia de este le calmó. Ambos miraron al propietario, que esperaba a unos metros sin moverse. Mastreta le indicó con un gesto que todo estaba bien y se acercó y dejó la botella de coñac en la mesa. Luego se alejó mirando atrás un par de veces.

—Creo que no es consciente de su situación —dijo el coronel carraspeando todavía.

—Empecemos otra vez.

—Es usted un ingenuo, un novato, y no sabe lo que está haciendo. Se le ha subido a la cabeza la buena suerte. La verdad es que sin amigos no tiene ningún futuro. Y yo soy lo más parecido a un amigo que le queda en toda Europa. ¿Me entiende?

Por su actitud, a Mastreta le daba igual lo que le decía el coronel.

—Corríjame si me equivoco —dijo Mastreta—. Macario es en realidad un agente alemán. No hay ningún infiltrado en el servicio secreto republicano. En la fuente misma de la información es donde estaba la fuga. Ni siquiera los nacionales lo saben. —El coronel no dijo nada—. Pero ustedes sí que lo sabían, ¿no es cierto?

—Hace unos meses que lo empezamos a sospechar.

—Empezaron a matar agentes.

—Nos dimos cuenta de que todo lo que planeábamos y ejecutábamos a partir de sus informes terminaba mal.

—Y cuando les habló de la película de la matanza, eso fue la prueba definitiva. Esa película no existe, y ustedes lo sabían.

—Eso nos dio mucho que pensar. Ellos tenían que saber que eso descubriría a su agente. Supongo que comprendieron que Macario era un activo agotado, que no daba más de sí. Y lo utilizaron por última vez.

—Pero, en esta ocasión, lo usaron contra los nacionales. ¿Por qué?

—Dígamelo usted.

—Querían traer aquí a un agente muy especial, alguien que

pudiera acercarse lo suficiente al general Mola.

—Es una posibilidad.

—A los alemanes les interesaba más Franco que Mola, y decidieron solucionarlo por su cuenta.

—Nunca lo sabremos. Lo cierto es que detuvieron a un alemán. Alguien que había estado cerca del aeródromo de Vitoria la noche antes. Era el hombre más buscado en zona rebelde, aparte de usted, claro. Al final lo pillaron, pero después de varios días encerrado, lo han liberado y ha regresado a Alemania. Si fue porque no tenía nada que ver o porque Franco dio la orden de soltarle, eso no lo sabemos. Circulan muchas teorías. Hay incluso quien asegura que los alemanes en realidad tenían una cita secreta con Mola y que su muerte fue simplemente un accidente. —Mastreta escuchaba sin mirarle—. La verdad es que tanto rusos como alemanes nos utilizan, a nosotros y a los nacionales.

—¿Ella es Macario?

El coronel sonrió de un modo desagradable.

—¿Es que no se lo ha dicho?

—Responda.

—Es posible. Seguramente Macario es un personaje creado de la nada, inventado por un equipo, una sección de la Abwehr. Ella probablemente la dirige, o lo hacía. Fabricaron una identidad y le dieron todo lo necesario para que creyéramos que era real. Y su información era cierta y precisa, la obtenía de los mismos nacionales.

—Solo que era letal.

El coronel le miró seriamente, con reproche.

—Es nuestro trabajo, joder. Debimos mandarle al frente una temporada para que se diera cuenta de que hay una guerra de verdad aquí al lado, y de que podría haberla en toda Europa en solo unos meses.

—Todavía siento la sangre de Sanz en mis manos, hijo de puta. Todavía veo el cuerpo mutilado de Patricia Rulfo tirado en un camino.

—Lo de Sanz fue una desgracia.

—Nos mandaron allí sabiendo que era una trampa.

—No tenía que haber ningún peligro para Sanz, no en territorio francés. Su muerte no podía preverse, ha cambiado las reglas, se lo aseguro. Ahora toda Europa es campo de batalla de la guerra sucia, entonces no era así. Todo va muy deprisa. Nuestra guerra tiene mucho eco, el mundo entero está pendiente, la lucha entre las derechas y las izquierdas está en un momento clave en toda Europa.

—¿Y yo?

—Usted era un agente legal, Macario no sabía nada de usted, nos guardamos mucho de ello.

—Otros agentes iban detrás de este asunto.

—Lo harían por su cuenta, de lo que averiguaban por sus propios medios. Nos castigaron tanto que las comunicaciones sobre el terreno quedaron prácticamente cortadas en el mes de marzo. No se pudo dar aviso. La única plaza operativa era San Sebastián, los demás iban por libre.

Mastreta fumó en silencio. Estaba neutro.

—¿Qué ha sido de Del Río? Tengo una cita con él en París. —El coronel bajó la cabeza circunspecto. Con mucha calma, a pesar de la mirada inquisidora de Mastreta, se lio un cigarrillo. El silencio del coronel fue elocuente—. Joder —exclamó Mastreta, ahora visiblemente afectado—. ¡Ese pobre imbécil! ¿Cómo puede ser? Era mucho mejor agente que yo.

—El manco. Usted le conoce bien. Tengo entendido que le cortó los tendones de la mano derecha de un navajazo. No puede ni sujetar un cigarrillo con ella. Debe saber que nadie le busca tanto como ese asesino. Téngase por avisado. —Mastreta se rio solo para dar salida a lo que le bullía dentro, pero luego se le ensombreció la mirada—. Ha perdido a muchos camaradas —continuó el coronel con voz suave—. Comprendo que eso pese en su ánimo.

—¿Cómo sabe todo eso? —dijo Mastreta de súbito cambiando de tercio, apartándose la pesadumbre de la cabeza y guardándose de permitir que se crearan vínculos con el coronel a costa de un compañero muerto—. No queda nadie en San Sebastián para informar. ¿Y cómo sabía que habían detenido a un agente alemán?

—Tenemos un nuevo activo. Y muy válido, por cierto.

Mastreta se inclinó hacia adelante repentinamente inquieto.

—Dígame quién es. —Fue imperativo.

—¿Por qué? Ahora va usted por su cuenta.

—Dígamelo o le rompo la cara.

—Vuelva a hablarme así y usted y su puta alemana estarán en un agujero antes de la noche.

—Le creo. Y ahora dígame quién es.

El coronel se echó a reír.

—Todo le da igual —dijo—. Por eso ha llegado hasta aquí. No le importa vivir o morir. Hace tiempo que es como un muerto. Desde que mató a aquella chica. Me da pena, lo cierto es que le hice un favor al meterle en esto, algún día tendrá que agradecérmelo, si vive lo suficiente, lo cual es improbable. —Mastreta, inmutable, seguía esperando una respuesta a su pregunta, y lo manifestaba inequívocamente con una expresión muda en todos los sentidos—. No sé siquiera su verdadero nombre —dijo el coronel pausadamente—. Se hace llamar Denise. Se puso en contacto con nosotros por el canal habitual. Solo sabemos que es una mujer joven y que está muy bien relacionada. Es una especie de ahijada del coronel Gil. —Mastreta se frotaba la cabeza —. Primero no le dimos mucha importancia, pero todas las cosas que pudimos confirmar de lo que nos dijo eran correctas y muy precisas.

—Tienen que sacarla de allí. Se llama Laura y es una niña.

—¿Qué? ¿Cree que voy a sacrificar semejante tesoro? Me importa una mierda su edad. Además, fue ella quien vino a nosotros.

—No sabe nada, actúa por instinto, la matarán, y si lograra sobrevivir, se echará a perder, y es alguien que vale la pena, que merece ser salvada y protegida de todo esto. Se lo ruego, sáquela de allí. Ya ha sufrido mucho.

—Cada uno escoge su destino. También usted lo ha hecho, y yo no puedo hacer nada para remediarlo, ¿no es cierto?

—Ella no sabe lo que le conviene, no sabe siquiera por qué lo hace. —Mastreta sabía que luchaba por un imposible y su voz se

fue quebrando.

—No se puede salvar a todos.

Se oyó el tintineo de una campanilla que había en la puerta y entraron dos hombres con gabardina y sombrero. Sudaban como cerdos. Se sentaron al lado de la puerta y pidieron cerveza. Mastreta se puso tenso, más todavía de lo que ya estaba.

—No se preocupe —dijo el coronel—. Les prometí que podrían comer algo antes de partir. Hemos hecho un viaje muy largo.

Mastreta se encendió un cigarrillo. Le temblaba la mano muy visiblemente. El coronel lo percibió sin mover ni un músculo, y fue a decir algo, ahora con una expresión de ojos templada, casi cándida. Pero Mastreta intuyó su estrategia y se adelantó para no conceder nada y para no perder el hilo de lo que necesitaba saber.

—Todavía no entiendo por qué me mandó allí. ¿Solo para cabrear a los alemanes matando a su enviada? ¿Para que desconfiaran así de sus aliados españoles?

—¡Porque ella es el enemigo!

—Pero ya no podía perjudicarles. Macario estaba al descubierto.

—En este negocio no se perdona a nadie. ¿Es que no lo comprende? —El coronel hablaba ahora severamente, como si aleccionara a un alumno—. ¡A nadie! No se dejan cabos sueltos, no hay compasión. No es venganza exactamente, no es más que parte del trabajo. Tampoco le perdonarán a usted, ni a ella. No lo dejarán pasar, no funciona así. Unos u otros les cazarán en algún rincón de Europa, cualquier tarde tranquila, cuando menos lo espere, cuando crea que ya todo ha acabado.

Mastreta estaba visiblemente asqueado.

—Nada de todo esto cambia las cosas —reflexionó con tristeza—. El signo de la guerra, ¿se da cuenta?

—Supongo que no demasiado.

—Entonces, ¿de qué sirve?

—Simplemente hay que hacerlo, no hay alternativa, porque hay una partida en marcha y hay que formar parte de ella. Hay que hacer ruido, darles miedo, demostrarles que seguimos vivos y que

somos fuertes. Si desaparecemos, sabrán que hemos perdido. No importa la misión, eso es una excusa, lo que cuenta de verdad es la amenaza. —Hablaba con verdadera convicción, abriendo mucho los ojos, fumando sin dejar de hablar, enrojeciendo. Mastreta le miraba con desprecio. Al coronel le daba igual, eso le animaba más todavía—. Ya se lo dije una vez, somos prácticos, no patriotas, no hay nada noble en todo esto.

—Matar y morir. Todo a la vez. La escoria del mundo.

—Pero hay una salida para usted. —El coronel le miraba ahora con verdadera pasión—. Vuelva conmigo ahora y reintégrese. Hay pocos hombres como usted, muy pocos. Su pasado desaparecerá para siempre, se lo juro. Trabajaremos juntos, idearemos planes tan ingeniosos que les tendremos aterrorizados en su propio territorio, se cagarán de miedo. Si nos lo proponemos, podemos encontrar la manera de asesinar al mismísimo general Franco. Entonces sí que servirá de algo. —Mastreta iba a levantarse, pero el coronel le cogió el antebrazo—. ¿No me oye? Solo tiene que entregarme a la alemana y estará otra vez a salvo, usted y los suyos.

—No me preocupan los míos. Si algo les ocurriera, usted estaría perdido. Creo que lo sabe.

—¿Por qué se apega a ella?

Mastreta no dijo nada, pero la pregunta resonaba en su cabeza como un eco. Su cara se relajó, porque supo enseguida la respuesta, porque al pensar en ello, todo encajó, aunque no fuera capaz de dar una respuesta empleando palabras. Pensó que tal vez fuera capaz de dibujarlo, de filmarlo en una película. Pensó que el coronel no lo comprendería, pero luego se dijo que alguna referencia habría en él con la que entender que sus actos tenían todo el sentido del mundo. Cada uno escoge su destino, había dicho, el del coronel era dar órdenes, mandar tras las líneas a sus camaradas pese a lo que implicaba, lo cual no le era ajeno, estaba obligado a ver a sus hombres como piezas desechables, necesarias para que la máquina siguiera funcionando, pese a la estima que pudiera tener por ellos. Mastreta, al verlo, al contemplar con nitidez lo terrible de aquel trabajo, sintió por primera vez lástima

por el coronel, pero, al mismo tiempo, se horrorizó y le despreció por ser capaz de llevar a cabo ese destino. El coronel sintióse empequeñecer porque de alguna forma leyó en Mastreta su decisión y su valentía, que, posiblemente, desde su puesto, manejando desde la distancia las vidas de otros, motivaba en él unos celos animales, en un punto en el que tomaba conciencia de que seres como Mastreta, como Frederika, como Sanz, Patricia y Del Río entendían verdaderamente la realidad de la vida y la muerte, y recorrían la vida sin miedo, asumiendo los riesgos. Aun así, o quizá precisamente por esos celos, el coronel se sintió movido por un odio soterrado.

—Es usted un estúpido. —Se rio sin demasiado sentido—. Ella tuvo que huir de San Sebastián. ¿Sabe qué significa eso para ellos? ¿Sabe qué iba a hacerle su propia gente? Llevan años entrenando el odio como sistema de vida. Con suerte, la hubieran degradado y desterrado, aunque lo más probable es que hubiera acabado muerta. Usted era su única alternativa. No hay otra razón para que permanezca a su lado.

Mastreta se levantó con calma. Ahora regresaron a su cabeza los momentos vividos los últimos días con Frederika, la paz experimentada en el breve espacio de una habitación de hostal, que tenía para ellos dimensiones ilimitadas, la expresión de afecto casi olvidada que tuvieron que buscar uno en el otro, en el fondo de sus cuerpos y sus almas, sin comedimiento. Todo se había simplificado, y de ese modo había crecido en ellos un aliento de esperanza, acaso ingenuo, aunque no perdieran por ello la consciencia de su inminencia, de lo finito de su combinación imposible. Era tan breve su perspectiva que no podían dejar de cursar cada gesto, cada movimiento como un acontecimiento único que ya no podría volver, y en esa intensidad tan agotadora llegaron a tener la ebria certeza de que bien valía aquello una vida entera. El coronel le confirmó a Mastreta qué era lo que tenían que hacer, prepararse para un final que ambos aceptaban como una realidad inevitable, casi deseada por la verdad y la belleza que había en un camino tan breve.

—Alguien tiene que hacer su trabajo, supongo —dijo Mastreta

muy tranquilo antes de marcharse de vuelta a su habitación—. Otros tendrán ideales y lucharán convencidos en esta guerra, en un lado o en otro. Y alguien tiene que vivir lo que ella y yo tenemos.

31

Un mes después, a media tarde, Mastreta estaba sentado en la terraza del café Burguese, en la *rue* Saint-Denis. Pidió un Pernod y se encendió un cigarrillo. Observaba pasar a la gente sin moverse apenas. Había en cada portal una prostituta, a pocos metros las unas de las otras, y mientras esperaban, hablaban entre ellas con una naturalidad que se fundía con la calle bulliciosa. Cuando pasaba un hombre, como piezas de dominó, se volvían hacia él y se ponían a la venta, hasta que el hombre seguía su camino y una tras otra regresaban a sus conversaciones banales, en el punto donde las habían interrumpido. Mastreta observaba esos intermedios con una sonrisa, congraciándose con la humanidad de aquellas muchachas. Había en ellas marcas de sus penas, pero quedaban aplastadas por un impulso mucho más poderoso de vitalidad.

Desde la esquina de un angosto y maloliente callejón, Guzmán le observaba a su vez, fundido en el entorno. Estaba a unos cincuenta metros. De su boca torcida colgaba un cigarrillo tras otro. Iba con su sobretodo negro y sin sombrero. Cuando Mastreta se levantó y se marchó, a paso tranquilo, Guzmán le siguió manteniendo la distancia. Su presencia imponente activaba a su paso a las muchachas de los portales, que le miraban golosas. Siguió a Mastreta durante un buen trecho, hasta las profundidades de la calle Saint-Denis, y luego por las calles aledañas, estrechas y sucias. Aceleró el paso. Iba unos veinte metros por detrás cuando Mastreta llegó a un portal y sacó la llave para entrar. Entonces le llamó y fue hacia él a paso rápido.

Al verle, Mastreta se quedó quieto, esperándole. Creyó que le atacaría con un cuchillo y sacó al instante su navaja, que hizo saltar al tiempo que alzaba el brazo, pero Guzmán, a pocos pasos de él, sacó una pistola del bolsillo y se paró. Mastreta pensó que

con eso se acababan sus posibilidades. Pudo haberse metido en la casa, pero fue su decisión que todo concluyera en aquella calle sucia, sin implicar a nadie más. Le vio sonreír. Esta vez no había templanza en él, no vio esa escalofriante frialdad que le observara en sus encuentros anteriores, sino una ira desmesurada, y un destello de satisfacción, y humanidad, la propia de un intenso sentimiento de odio. Y, por ello, el hombre estatua, que había dejado de serlo por un momento, no estuvo atento a lo que ocurría tras él, y no vio a un hombre ligero de movimientos, liviano como un gato, vestido de oscuro, invisible, irreconocible, que de la nada se plantó a su espalda, que elevó el brazo y lo acercó a su cabeza. Sonó una detonación seca cuando Guzmán ya le apuntaba, y con ella, su cabeza, sonriente todavía, se dobló de súbito hacia delante y su cuerpo, tan largo, tan elegante, tan poderoso, cayó a plomo sobre los adoquines. A pesar de su envergadura, apenas hizo ruido al caer, se dobló sobre sí mismo, como si se arrodillara para emitir una súplica, o para pedir perdón. Tras un instante, su torso se precipitó hacia adelante, empinado el cuerpo sobre su cabeza, que, suelta sobre el suelo, parecía dislocada, asida a un cuello roto. Una mancha roja se extendió siguiendo la pendiente de la calle en un reguero alegre hasta la alcantarilla cercana.

Laguna se acercó a Mastreta, ágil pero tranquilo, simplemente como si tuviera un poco de prisa.

—Del Río me dijo dónde encontrarle. Supongo que ese malnacido se lo sacó. —Laguna le tendió la mano. Mastreta la estrechó, respiraba muy deprisa y no podía apartar los ojos del cuerpo de Guzmán—. Sin saberlo, usted ha hecho su parte. Y yo la mía. Se lo debíamos al compañero. —Laguna le tenía cogida la mano todavía—. Tengo otro encargo, ¿me entiende? Será mejor que usted y ella cambien de ciudad, de país incluso.

Laguna le soltó la mano y desapareció en un instante.

32

Conducía ella. Habían cogido el hábito de organizarse así. Mastreta la miraba, aunque el sol poniente le cegaba. Al anochecer llegaron a un pueblo. Olía a mar. A Frederika le trajo recuerdos de su infancia, de un verano que pasó con sus padres en la isla Rugen. Encontraron una habitación en un hotel discreto y con encanto. Caminaron por el centro del pueblo. Había bastante animación, turistas parisinos elegantemente vestidos que estaban allí fuera de lugar, pero a los cuales les daba igual, llevaban a cuestas su mundo y lo reproducían sin pudor allá donde iban, sin importarles nada más. Frederika y Mastreta andaban por la calle principal donde, a su alrededor, cada cual hacía su papel. También a ellos les observaban los lugareños y los turistas, ya que no pertenecían a ningún grupo. Una pareja sincronizada, sin desajustes, sin intermediarios visibles o invisibles, absorta en sí misma la mayor parte del tiempo, ajena a lo demás. Una pareja que quisiera ser irrelevante a su entorno, pero que no podía dejar de ser observada. Por la noche, después de cenar, encontraron un cine. Ponían *Tiempos modernos*. Mastreta quiso verla. Había decidido que se compraría una cámara de cine. Cuando terminó la película fueron los últimos en salir. Regresaron al hotel paseando. La noche era húmeda y estrellada.

Por la mañana tenían que tomar un barco hacia Inglaterra. Habían comprado el día anterior billetes de primera en el barco más lujoso. Los billetes eran nominativos. La terminal se vació lentamente, quedando apenas una decena de personas en ella. Un muchacho uniformado, risueño y de cara colorada, sosteniendo la lista de pasajeros, miraba a su alrededor buscando. Los llamó por sus nombres durante unos minutos, pero nadie atendió la llamada.

Agradecimientos

A Javi, a Jordi A. y a Edgar por prestarme sus nombres. Al primero, además, por ser primer lector empedernido, al segundo por un prólogo entrañable e impublicable, y al tercero por su arte inspirador.

A Maurici, por su entusiasmo y generosidad, que han conducido a que esta edición haya sido posible.

A Jordi G., por su buena cara y su paciencia durante el neurótico camino hasta aquí. A Carol y Juanmi, por su whisky y todo lo que va con ello.

A Rocío, por ponerme los pies en la tierra con sus comentarios.

A Núria, que le dio cuerpo y volumen a esta novela, y a Miquel, que tuvo siempre un optimismo contagioso.

A mi padre, Joan, por los apuntes, y a mi madre, Imma, por leerlo a viento y marea. A mis hermanas, Anna y Maria, por ser mujeres tan excepcionales, también en lo referente a esto, y a mis cuñados, Santi y Juan Carlos, por estar a su altura, también en lo referente a esto.

A Pep y Ava, por enseñarme a leer libros.

A Miryam y su equipo, por saber lidiar tan bien con los desatinos de un autor novato.

A Juan Martínez, él ya conoce los motivos.

Y a Macarena, tú sabes lo que nos ha costado llegar hasta aquí.

Al otro lado
Marc Betriu

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene
el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y
en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Mark Owen / Trevillion Images

© Marc Betriu Montull, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2023

ISBN: 978-84-670-6928-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!